

CAROL B. A.

Una
y mil veces
que me tropiece contigo



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Qué buscas en una novela romántica?

¿Amor?... Ésta lo tiene, y mucho.

¿Toques de humor?... También los tiene.

¿Que te enganche desde la primera página?... Cuenta con ello.

¿Algo de intriga?... No podía faltar.

¿Tensión sexual?... Demasiada. Quedas avisada.

Y por último, ¿un final totalmente inesperado?... Prepara las palomitas, porque sin duda ésta será la mejor parte.

¿Qué más necesitas para empezar a leer esta historia?

¡Ah, que aún no te he dicho de qué va!

Pues bien, te contaré que Vera, la protagonista, se despierta en un hospital al que no sabe ni cómo ha llegado ni por qué. Eso, ya de entrada, es como para que se ponga un poco de los nervios, ¿verdad?

Si a eso le sumamos que su señora madre aparece por allí con todo el repertorio de temas que la sacan de quicio, pues ya ni te cuento.

Pero es que si además el atractivo médico que la atiende es un poco «patán» y no quiere darle el alta, eso ya es como para crisparse del todo. ¿O no?

Pues bien, ¿qué crees que hará Vera ante esta exasperante situación?

Sólo te puedo adelantar que acabará en la otra punta del mundo aunque a ella no se le haya perdido nada allí. Pero es que en realidad eso es lo de menos, porque lo interesante de verdad es lo que se va a encontrar.

UNA Y MIL VECES QUE ME TROPIECE
CONTIGO

Carol B. A.

zafiro 

Las almas que se encuentran y se reconocen
nunca se sueltan,
ni con la distancia,
ni con el silencio,
ni con las vueltas que da la vida.

Capítulo 1

Me desperté muy lentamente. Era como si mi cuerpo se resistiera a salir del letargo que aún me invadía. Me encontraba muy cansada y no podía abrir los ojos, que parecían estar pegados. No entendía por qué. Además, me dolía todo el cuerpo.

Mentalmente hice repaso del día anterior para ver qué razón podría haber para encontrarme tan exhausta, pero curiosamente no recordaba nada.

Intenté abrir de nuevo los ojos y lo que vi fue una imagen borrosa, con muy poca nitidez, que no me resultaba para nada familiar. Sin duda, ésa no era mi habitación. Había muy poco color para lo que sería mi dormitorio. Además, el tacto que sentía bajo las manos tampoco era el de las sábanas de mi cama. Pero entonces ¿dónde estaba y cómo había llegado allí?

Quise forzar la vista para enfocar mejor las imágenes. La estancia donde me encontraba era aséptica, sin ninguna decoración. Intenté incorporarme y, a pesar de que mi cuerpo parecía una losa, lo conseguí. Sin embargo, me mareé y no me quedó más remedio que recostarme de nuevo.

¿Dónde estaba y qué me había pasado? Comencé a ponerme nerviosa. Ese entorno no me era familiar y sabía que algo me había ocurrido, a pesar de no poder determinar el qué.

Me giré hacia el lado izquierdo. Mi vista comenzó a enfocar un poco más las imágenes y pude distinguir un gran ventanal. Era de día. La silueta de un hombre a contraluz me dio a entender que no estaba sola. Quise hablar entonces. Quise pedirle ayuda y que me sacara del estado de estupor en el que me encontraba.

Él pareció oír el precario susurro que emití y se volvió. Se acercó deprisa, observándome atentamente y con cara de preocupación. Era un hombre muy alto y voluminoso, de unos treinta y pocos años, con el pelo largo y al menos un tatuaje que asomaba por su cuello. Llevaba, sobre su propia ropa, una bata blanca en la que había una pequeña placa de metal, probablemente con su nombre. Intenté leer lo que decía, pero mi aún mermada visión no me lo permitió.

—Hola... —susurró el desconocido con una leve sonrisa—. ¿Sabes dónde estás?

Negué con la cabeza.

Obviamente, eso era un hospital y él era un médico, pero no sabía cómo demonios había llegado allí ni qué me había pasado.

Comencé a ponerme más nerviosa aún e intenté incorporarme de nuevo. El hombre me sujetó con delicadeza, impidiéndomelo, y me suplicó que me tranquilizara.

—Quiero saber qué me ha pasado. Quiero saber dónde estoy —le dije con cierta ansiedad—. Quiero hablar con alguien de mi familia, por favor —terminé diciendo entre sollozos.

Me miró extrañado.

¿Qué no entendía? Estaba asustada y no quería que un extraño me contase qué me había sucedido.

Le pedí de nuevo que avisara a algún familiar.

Finalmente, aquel médico accedió y salió a buscar a alguien.

Estaba temblando. Miles de pensamientos acudieron a mi mente, miles de miedos surgieron. Intenté mover brazos y piernas y, a continuación, manos y pies. Estaba comprobando si había sufrido daños físicos irreparables tras un posible accidente. Sin embargo, todo parecía estar bien.

Al mismo tiempo, mi mente no hacía más que buscar qué demonios había ocurrido para encontrarme postrada en la cama de un hospital. Pero no conseguí recordar nada. La tarde anterior había salido de trabajar, y hasta ahí llegaba mi memoria.

Después de lo que para mí fue un larguísimo espacio de tiempo, se abrió la puerta. Tras ella apareció de nuevo el doctor, seguido de mis padres y mi hermano.

Cada rostro expresaba una emoción diferente.

Mi hermano me miraba con alivio. Comprendía perfectamente su sentimiento. Yo era su mitad. Éramos mellizos y no entendíamos la vida del uno sin el otro. Nuestra relación siempre había estado marcada por un vínculo muy especial y siempre habíamos sido inseparables. Si le faltase, mi hermano perdería el apoyo más importante de su vida. Así que yo también me sentí aliviada cuando lo vi entrar, porque en ese momento me vinieron a la memoria imágenes en las que la tarde anterior nos dirigíamos hacia algún sitio, que no podía determinar, en su coche. Si habíamos tenido un accidente, él también podría haberse visto afectado. Sin embargo, verlo allí y saber que se encontraba perfectamente me relajó bastante.

Mi padre, por su parte, se encontraba radiante. Ver que su «ojito derecho», la princesa de la casa, le estaba devolviendo una cariñosa sonrisa le daba a entender que todo estaba bien y que podía respirar tranquilo. Nos amaba a ambos hermanos por encima de todas las cosas, pero siempre había tenido predilección por mí. Era su pequeña y siempre lo sería, a pesar de los casi treinta años con los que yo ya contaba.

Y mi madre, a pesar de sonreírme tiernamente, mostraba cierta preocupación en su semblante. Era lógico. Todas las progenitoras se preocupan siempre en exceso por sus hijos, y por mucho que el doctor le hubiera dicho que me encontraba bien, hasta que ella no lo viera con sus propios ojos no iba a estar tranquila.

Porque yo me encontraba bien, ¿verdad? Todo parecía evidenciar que sí. Sin embargo, había algo en el ambiente que me hacía dudar. Había algo en el semblante de todos, a pesar de los esfuerzos que hacían por sonreírme, que no conseguía descifrar.

—¿Qué pasa? —pregunté mirándolos preocupada.

Nadie contestó. Seguían sonriéndome, a pesar de ese algo más que intuía en sus miradas.

—No pasa nada, Vera... —Oí un carraspeo y dirigí mi atención hacia la persona que lo había emitido—. Soy el doctor Sainz de Barahona —dijo el hombre de la bata blanca. Ahora ya podía leer su nombre en la placa. Debajo, además, indicaba que era neuropsicólogo. Ni su apellido ni su

profesión acompañaban a la imagen que éste ofrecía. Una imagen quizá demasiado alternativa o distante de lo que alguien podría esperar de un doctor al uso—. Puedes sentirte tranquila. Te encuentras bien, a pesar de estar en un hospital. Lo que no sé es si recuerdas por qué estás aquí... —me preguntó mirándome con cierta preocupación mientras esperaba impaciente mi respuesta. Negué con la cabeza, así que continuó hablando—: Bueno, no te preocupes. En estos casos es normal no recordar el hecho en sí por ser traumático para el paciente, pero lo importante es que recuerdes el resto de las cosas de tu vida. Es decir, que sepas cómo te apellidas, por ejemplo, dónde vives, qué edad tienes, cómo se llaman tus familiares más cercanos, etcétera —dijo invitándome a que lo intentara.

—Sé perfectamente cómo me llamo y dónde vivo —contesté algo malhumorada.

—Cariño, el doctor sólo quiere asegurarse de que todo está bien —me aclaró mi madre mientras me sujetaba la mano con firmeza y me retiraba, como siempre hacía, el flequillo de la frente.

Odiaba ese gesto.

—Está bien... —dije algo exasperada—. Ése es mi padre, se llama Emilio y trabaja de director en un banco. Él es mi hermano, Pablo, somos mellizos y trabaja en el departamento de relaciones comerciales de una empresa. Y, por último, la que va a conseguir que se me gangrene la mano si no deja de apretármela es mi madre, Teresa, que además es ama de casa y una obsesa de la limpieza. —Todos me observaban expectantes, así que continué—: Y yo me llamo Vera Cano, dentro de unos meses cumpliré los treinta, trabajo en una empresa de publicidad y odio ser el centro de atención y que todo el mundo me mire.

Los allí presentes sonrieron y se relajaron algo. No había perdido mi mordaz sentido del humor y eso pareció agradecerles.

—Bueno..., ¿y algo más, cielo? —preguntó aún un poco nerviosa mi madre, volviendo a repetir su, tan molesto para mí, gesto de apartarme el flequillo de la frente.

—No sé qué más quieres que te cuente, mamá. Recuerdo toda mi infancia, mi adolescencia. Sé quién soy, dónde vivo, dónde trabajo y quién es mi familia. Creo que he demostrado que estoy perfectamente, ¿no, doctor?

Todos se volvieron a mirarlo esperando impacientes su respuesta.

Él pareció sopesar lo que iba a decir a continuación. Quizá tuvieran que hacerme más pruebas o quizá hubiera algo que aún no me habían contado.

—Sí, Vera —terminó diciendo con un semblante que no pude descifrar—. Parece que todo está bien, pero te quedarás en observación un par de días más por si acaso. Después, si todo marcha correctamente, podrás irte a tu casa.

Todos acabaron sonriendo, incluso mi madre, a pesar de que pareció costarle un poco hacerlo. Y yo, por fin, pude respirar tranquila. Después del susto inicial supe que todo había pasado y que me encontraba bien. Sin embargo, necesitaba saber qué me había ocurrido y por qué había

acabado en un hospital, así que lo pregunté aun a riesgo de que no me gustara la historia que tendría que oír.

Todos se volvieron de nuevo hacia el doctor, dejándole así la responsabilidad de ser él quien me informara de todo. Aquel joven médico dudó unos instantes.

—Verás... —carraspeó mientras me miraba fijamente—, me gustaría que fueras tú misma la que recordases lo sucedido, Vera. Por eso prefiero esperar un par de días, para ver si tu mente es capaz de hacerlo sin ninguna ayuda que pueda enturbiar tus recuerdos. ¿Lo entiendes?

Asentí, pero no saber qué había pasado me inquietaba mucho.

De hecho, esa noche, después de marcharse todos y quedarme dormida, tuve una terrible pesadilla.

Voy en un coche por un lugar desconocido para mí. Un lugar siniestro que acompaña mi viaje hacia no sé dónde. Únicamente la luz de los faros ilumina la carretera. Tenebrosas sombras que, como aterradores ogros, se ciernen a mi paso, confundiéndome, asustándome e invadiendo el camino.

Se oye una canción de fondo.

Una fuerza impulsa el coche, lo saca de la carretera y lo lanza al abismo.

Un precipicio. La caída.

Pánico, terror.

Todo ha acabado.

Silencio.

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada por la terrible sensación que la dichosa pesadilla me había dejado. Tenía la boca pastosa y el cuerpo empapado en sudor. Mi flequillo se había pegado a mi frente y mi respiración estaba agitada.

—Eh, calma, calma... ¿Te encuentras bien?

El doctor me miraba inquieto mientras palpaba mi frente buscando evidencias de que me hubiera subido la fiebre. Lo aparté de un manotazo. No quería que me tocara un desconocido. De repente me sentí vulnerable, nerviosa, extraña. Algo no encajaba.

—Oye, oye..., tranquila —me pidió algo molesto.

El doctor me observaba confuso esperando una explicación.

Intenté incorporarme, pero me había quedado sin fuerzas y no pude.

—¿Y mi familia? ¿Dónde están todos?... ¿Y mi hermano?... Quiero verlo, necesito verlo.

—Tranquila, Vera. Están todos en la cafetería desayunando. Tu madre se ha quedado contigo toda la noche y tu padre y tu hermano han llegado esta mañana y se la han llevado para que tome algo. No tardarán en volver... —Esperó unos instantes a que yo procesara la información—. ¿Por qué quieres ver a tu hermano? —preguntó entonces curioso.

—No lo sé..., la pesadilla... —le contesté titubeante—. No quiero perderlo.

—Tranquila..., él está bien y tú también. Necesito hacerte unas pruebas esta mañana, pero... —carraspeó— va a ir todo bien, ya lo verás.

Por primera vez observé con atención a ese desconcertante doctor que no pegaba para nada en un hospital. Tenía unos inquietantes ojos negros que coronaban un rostro moreno casi perfecto. La nariz, importante, con personalidad, perfectamente esculpida, le daba un aire distinguido que, sin embargo, contrastaba mucho con el tatuaje que asomaba por su cuello. Sus labios, carnosos, delineados con precisión, se movían al compás del lenguaje técnico y estudiado que emitía. Por último, su pelo, esta vez recogido en un moño alto, enmarcaba un rostro que en su conjunto era muy armonioso y seductor.

Era un hombre muy atractivo, sin duda. Además, su educación y sus formas parecían muy refinadas y exquisitas. Sin embargo, su imagen alternativa no encajaba para nada con sus palabras, con su profesión y con aquel lugar.

Aun así, parecía ser del todo un profesional, por lo que no tuve más remedio que hacer caso de sus indicaciones.

—¿Te importa contarme en qué ha consistido la pesadilla que has tenido? —me pidió.

—Pues... la verdad es que no me apetece demasiado, doctor. Lo siento, pero es que ha sido muy desagradable; sobre todo por cómo la he vivido.

—Pero ¿tenía algo que ver con lo que te trajo al hospital?... Necesito saberlo para ver si has podido recordar algo de lo que te ha sucedido.

—No, no ha tenido nada que ver..., creo... No lo sé, la verdad. —No me apetecía revivir de nuevo el sueño y las sensaciones tan desagradables que me había producido, pero entendía la curiosidad del doctor y la posible relevancia que pudiera tener para mi amnesia, así que continué hablando—: En sí, la pesadilla era de un accidente de coche, y es verdad que lo último que recuerdo es ir con mi hermano Pablo en su deportivo... Aunque aún no sé adónde nos dirigíamos —susurré confusa—. Sin embargo, es como si el sueño no tuviera relación con lo que me trajo aquí..., aunque por otra parte tampoco consigo recordar qué pasó para despertarme en un hospital... No sé, pero siento que ambos sucesos no tienen nada que ver... Lo siento, doctor, me encuentro algo aturdida.

—No te preocupes, Vera, es normal... —dijo mientras probablemente intentaba poner en orden toda la información que le había dado—. Sólo una cosa más..., ¿qué te lleva a pensar que tu pesadilla no ha tenido relación con lo que te pasó?

—Pues porque lo que aparecía en mi sueño no era el deportivo de Pablo, ni tampoco mi coche, ni estábamos en un lugar que fuera conocido para mí. En realidad..., ni siquiera tengo claro con quién iba —terminé diciendo bastante confusa.

—Y entonces ¿por qué me has preguntado con esa insistencia por tu hermano cuando te has despertado?

No sabía qué contestarle.

—No sé..., en el sueño voy con alguien más, un hombre, creo.

—¿Crees?

—Sí. No le veo la cara, pero siento que es alguien a quien quiero mucho, por eso doy por hecho que es mi hermano.

El doctor se quedó pensativo.

—De acuerdo, Vera. Es importante que verbalices todos tus sueños y las cosas de las que te vayas acordando para asegurarnos de que todos tus recuerdos son correctos.

—¿Correctos? —pregunté confusa.

—Sí, verás..., a veces nuestra mente rellena lagunas inventando hechos que complementan la falta de recuerdos, así que no siempre éstos son correctos o verdaderos.

Saber eso no me alivió para nada. Pensar que mi mente podía estar ideando falacias, sin ser yo consciente, no me hacía ninguna gracia.

—Vera, sé que ahora mismo te sientes bastante aturdida con todo lo que te está sucediendo, pero debes relajarte. Todo volverá a la normalidad probablemente en unos días, así que no te agobies.

Lo miré con incredulidad. En esos momentos me encontraba tan perdida que sólo quería escapar de allí. Quería regresar a mi zona de confort, a mi casa, con mi familia, sintiéndome arropada y protegida, y no estar en aquel frío hospital, con la incertidumbre de si todo volvería a ser normal para mí después de lo que fuera que me hubiera pasado.

Una lágrima de desolación rodó por mi mejilla cuando el médico hubo abandonado la habitación. Necesitaba desahogarme. Necesitaba soltar todo el cúmulo de emociones que me invadía. Nunca antes me había sentido tan desorientada. Era como si hubiese perdido el control de mi vida al no saber qué había ocurrido en ella. Me sentía impotente por no poder recordar.

Aunque, por otra parte, tampoco tenía claro que quisiera hacerlo. ¿Y si la verdad de lo sucedido no me gustaba?, ¿y si era algo tan desagradable que quizá fuera mejor mantenerlo enterrado para siempre?

Necesitaba salir de allí y recuperar la normalidad. Necesitaba volver a ser yo, y no la confusa mujer que temía descubrir su desdibujada realidad en una temible pesadilla mientras dormía.

La puerta de la habitación se abrió entonces y mi hermano apareció tras ella.

Le lancé mis brazos como una chiquilla asustada buscando consuelo y Pablo no dudó en darme el abrazo más sentido que me había dado nunca.

No pude evitar sollozar desconsoladamente.

—Tranquila, Vera... Todo está bien, de verdad.

—Lo sé, Pablo, pero no puedo evitarlo. Necesito soltarlo. Necesito desahogarme. Despertarse en un hospital sin saber qué te ha pasado no es fácil, te lo aseguro.

—Lo sé..., debe de ser muy duro. Pero lo bueno es que te encuentras bien. Acabo de hablar con el doctor y dice que todas las pruebas que te han hecho han dado negativo. Físicamente te encuentras perfecta, Vera.

—Entonces ¿nos vamos ya de aquí? —le pregunté esperanzada.

—Bueno, el doctor quiere que permanezcas hospitalizada un par de días más para cerciorarse de que la confusión mental que sientes no te desestabiliza demasiado. Dice que es normal que te sientas así, pero quiere asegurarse de que eso no te alterará sumiéndote en un cuadro ansioso o depresivo.

Saber eso me hizo muy poca gracia. Estaba deseando volver a casa y olvidarme de toda aquella pesadilla. No pude evitar alterarme y poner mala cara.

Pablo me lo notó enseguida e intentó tranquilizarme.

—Vera, Ander sólo quiere...

—¿Ander?

—Es el nombre del doctor —me explicó.

Lo miré un poco perpleja.

—¿Ya te has hecho amigo del perroflauta ese?

—Vera..., él ha estado muy pendiente de ti durante estos cinco días —me contestó mi hermano, respondiendo así a mi comentario despectivo.

—¿Cinco días? —pregunté confusa.

Pablo asintió despacio y con preocupación. Acababa de darse cuenta de que me había desvelado un dato desconocido hasta ese momento para mí.

—Has estado en coma cinco días, Vera —me confesó mientras me miraba con absoluta ternura—. Por eso, hasta que esté seguro de que estás en perfectas condiciones, el doctor no te va a dejar ir. Además, todos estamos de acuerdo con que sea así.

—¡Pero si acabas de decir que físicamente estoy bien!... Pablo, no me fastidies. Necesito salir de aquí.

La noticia que acababa de darme me había alterado más aún.

—Vera..., ten un poco de paciencia, por favor —me pidió mientras me cogía la mano y me la acariciaba—. ¡¿Y qué es eso de llamar «perroflauta» a tu médico?! —me preguntó para desviar mi atención.

Salí del ensimismamiento que me había producido el hecho de conocer que había perdido cinco días de mi vida y le respondí.

—Pero ¿tú le has visto la pinta, Pablo?... No pega en un hospital para nada. Si parece recién salido de una manifestación del 15-M.

—Vera, Verita, Vera..., estoy flipando contigo —me aseguró con tono de reproche—. ¿Cómo puedes enjuiciar de esa manera a una persona?

Fui a responderle con total convicción que la imagen que proyectaba aquel doctor hablaba por sí sola y que no hacía más que poner en evidencia todas las conclusiones que yo había sacado, pero en ese momento aparecieron mis padres y me callé, mordiéndome la lengua para no liarnos en una de nuestras interminables peleas.

Mi malhumor aumentaba por momentos.

—Vera, cielo..., ¿cómo te encuentras?

Mi madre, con su manía de que las cosas tenían que ser como a ella le parecía, volvió a retirarme el flequillo que tan estratégicamente llevaba yo para tapar la frente para aterrizar aviones que me había dado Dios. Supongo que eso fue la gota que colmó mi vaso, lleno ya de frustración por la situación que estaba viviendo, y estallé.

—¡No quiero que me peines más, mamá! —le dije de muy malas formas—. Me gusta el pelo así —le espeté mientras me chupaba la palma de la mano y me la pasaba por el flequillo hacía abajo en repetidas ocasiones para dejarlo como si me lo hubiera lamido una vaca.

—Pero, hija...

—Ni pero hija, ni leches... Quiero irme de aquí y me da igual lo que el medicucho ese haya dicho. Estoy bien, ¿no?... , pues que me den el alta —terminé de decir mientras me incorporaba en la cama y me arrancaba las vías que me habían puesto.

Estaba fuera de mí. Notaba cómo la mala leche se me iba amontonando en vena y nublaba mi razón. Supongo que el estrés acumulado por toda la situación que había sufrido había aumentado mi irritabilidad y había acabado despertando al Gremlin que llevaba dentro.

Mi padre intentó razonar conmigo, mi hermano también, y mi madre, en su línea de mujer sufridora, se lamentaba en un rincón mientras veía cómo yo no atendía a nada y comenzaba a vestirme.

En ese momento llegó el médico, que se paró en seco al ver mi estado de nervios.

—Vera, pero ¿qué haces?

—Señorita Cano para usted, doctor —le contesté furiosa y con retintín.

—Vale, oye, mira..., supongo que todo esto te ha desbordado, es lógico, pero debes tranquilizarte —me suplicó mientras seguía observando atónito cómo recogía mis cosas para irme—. ¡Señorita Cano! —me gritó entonces intentando captar mi atención tras ver que yo no atendía a razones—. ¿No me ha oído?

Pues sí. Lo había oído. Pero no pensaba hacerle caso, así que terminé de recoger mis enseres y me dirigí hacia la puerta mientras todos me miraban estupefactos.

—¡Pero haced algo, por favor! —oí que suplicaba mi madre.

—Señorita Cano, si no se calma ahora mismo, me veré obligado a...

—¿A qué? —le espeté furiosa a aquel doctor sin pensar mientras me volvía y le plantaba cara.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo inmenso que era. Debía de medir alrededor de un metro noventa y tenía unos hombros y unos bíceps enormes. Yo, a su lado, parecía su llavero con mi escaso metro sesenta y mis cincuenta y cinco kilos.

—No me obligue a hacerlo, señorita Cano —me advirtió mientras me mostraba una inyección con lo que supuse sería un sedante.

—No será capaz..., doctor Suárez de no sé qué —lo desafié, insensata de mí.

—Mi apellido es Sainz de Barahona, y por supuesto que seré capaz. No lo dude ni por un instante.

Pero mi cordura simplemente se desvaneció y, a pesar de la señal de alarma que se encendió en

mi cerebro y que me decía «Vera, no la lées, que va a ser peor», me di media vuelta, abrí la puerta y, ante la atónita mirada de todos, comencé a correr.

No llegué a la puerta de la habitación siguiente.

Un enorme brazo rodeó mi cintura y me paró en seco.

A continuación sólo recuerdo un pinchazo en el brazo y los ojos de aquel exasperante médico mirándome fijamente mientras me abandonaba a un relajante y profundo sueño.

La noche lo inunda todo. La oscuridad se adueña de la carretera y las luces del coche son las únicas guías que muestran la dirección que debo seguir.

Hay una fiesta. La gente sonríe.

Se acaba. Ya es tarde.

Esa horrible canción.

Me altero. Algo malo va a pasar.

Un sonido seco, ensordecedor, taponando mis oídos.

Me derrumbo. Un golpe.

Niebla negra.

Todo va mal.

Me desvanezco. No lo soporto.

Todo ha acabado.

Ya no hay dolor.

Capítulo 2

—¡Mamá..., no le apartes el flequillo de la frente, que no le gusta!

—Pero si es que tiene que darle calor toda esa mata de pelo ahí pegada. No entiendo cómo no le molesta. Además, está dormida y no se entera.

—¡Sí me entero, mamá! ¡Qué manía de peinarme como a ti te gusta!

Me acababa de despertar y ya me sentía de mal ánimo otra vez. Entre las pesadillas que había tenido y lo *cansa almas* que era mi madre, mi humor no mejoraba. Eso, por no hablar de la rabia que sentía hacia el dichoso médico que me había drogado para impedirme que me fuera a mi casa.

—¡Cielo..., ¿ya te has despertado?!

—No, mamá, aún sigo dormida. La que habla es mi yo de una realidad paralela.

—¡Hija de mi vida, qué mal despertar tienes!

—Bueno..., haya paz —nos suplicó mi padre.

La situación me podía. Quería irme. Todo aquello me estaba sobrepasando. De normal, no es que tuviera mucha paciencia con mi madre; de hecho, nos llevábamos fatal. Pero, encima, tener que estar recluida en contra de mi voluntad, con ella al lado las veinticuatro horas, no ayudaba demasiado a sobrellevar mejor la situación. Deseaba volver a mi vida de siempre, volver a la normalidad.

Porque eso era lo que precisaba en esos momentos. Todos me trataban como a una enferma, pero yo no me sentía así. Me encontraba bien y lo único que anhelaba era que toda aquella pesadilla terminara. Pero eso sólo podía ocurrir de una manera: volviendo a mi realidad cotidiana, a mi casa, a mi trabajo y con mi gente. Sólo así superaría aquel mal trago y podría volver a respirar tranquila.

—Ay, ay, ay, ay...

Alguien había emitido unos terribles lamentos.

Mi hermano, conociéndome, me miró rápidamente y me hizo un gesto para que no dijera nada.

—Ay, ay, ay, ay... ¡Que alguien venga a sacarme de aquí! ¡Me tienen secuestrada! —dijo la voz a grito pelado.

«¡Mira, como a mí!», pensé yo.

Los quejidos provenían de mi compañera de habitación.

—La pobre mujer está loca —me explicó mi madre sin ningún tacto, ya que lo había dicho en un tono perfectamente audible para la señora en cuestión.

—¡Mamá, no está loca!... —le recriminó mi hermano susurrando—. Y baja el volumen, que te va a oír.

—¡Y qué más da que me oiga!... ¡Total, si ya piensa de nosotros que somos extraterrestres que la hemos abducido!

—¡Joder, mamá, qué poca delicadeza tienes! —bufó Pablo.

Lo que me faltaba. Por si yo no tenía poco, ahora encima mi compañera de cuarto estaba más para allá que para acá.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No sabía si reír o llorar ante aquella situación surrealista. Pablo enseguida se dio cuenta de cómo me sentía.

—Vera, he estado hablando con el doctor y he llegado a un acuerdo con él —me dijo mi hermano intentando calmarme—. Te van a hacer un par de pruebas más esta mañana y, si todo está bien, podremos irnos después de comer, ¿te parece?

—Claro que me parece —contesté sentándome en la cama, cruzándome de brazos y mostrando mi indignación—. Pero eso ya podría habérmelo dicho ayer el energúmeno ese, en vez de drogarme como lo hizo.

—¡No te drogó, hija! Sólo te administró un calmante para que te relajaras. Estabas demasiado nerviosa, cielo.

—¡Buenos días a todos!

El energúmeno acababa de entrar por la puerta y mi recién alcanzada alegría, tras oír que me iría pronto de allí, acababa de saltar por la ventana. Ese tipo me ponía de los nervios.

—Buenos días, doctor —respondieron todos al unísono.

—¿Les importaría salir de la habitación? Necesito hablar a solas con... la paciente —terminó por decir mientras me soltaba una sonrisa forzada. Obviamente, después de lo que le había dicho el día anterior ya no volvería a dirigirse a mí por mi nombre de pila.

—Señorita Cano... —comenzó a decir una vez salieron todos—, no tengo ningún interés en mantenerla más tiempo del debido en este hospital. Pero debe usted comprender que su *situación* —dijo esta última palabra haciendo mucho énfasis en ella— es un tanto complicada y atípica, y por eso me gustaría asegurarme de que todo está como debería antes de darle el alta. ¿Lo entiende?

Asentí con recelo.

—Por suerte, en su caso parece que el coma no ha producido daños neurológicos, ya que no tiene ninguna función alterada. Por tanto, a nivel fisiológico se encuentra usted perfectamente. Sin embargo, me preocupa su estado psíquico. —Se tomó unos segundos y después continuó—: Su cerebro ha borrado de su memoria el incidente que la trajo aquí como mecanismo de defensa. Pero es posible que con el tiempo empiece a recordar cosas. Necesito que acuda a mí cuanto antes si eso ocurre. Me gustaría supervisar todo el proceso y asegurarme de que todo transcurre con normalidad y no le crea problemas añadidos, como un posible trastorno por estrés postraumático.

Yo lo miraba sin prestarle demasiada atención. Sólo quería irme de allí.

—¿Lo ha entendido? —me preguntó entonces, haciéndome volver a la conversación.

—Sí. ¿Puedo irme ya?

El doctor soltó un bufido de exasperación. Después se dio media vuelta y se alejó de la cama.

—No, no puede aún. Necesito hacerle una prueba más —respondió desde la distancia mientras echaba un vistazo a mi historial.

—¿Y si me niego?

Yo misma me sorprendí ante mi desafiante pregunta. ¿Por qué demonios me comportaba de esa manera? Estaba claro que aquel tipo sacaba lo peor de mí.

Volvió a resoplar mostrando así su pérdida de paciencia conmigo. Sin embargo, cuando habló, su tono fue tranquilo aunque muy firme.

—Si se niega, no le firmaré el alta médica y no podrá irse —me contestó zanjando así la cuestión.

Obviamente, no me quedó otra que hacerle caso y seguir todas sus indicaciones.

A las dos horas ya habíamos terminado con todo el proceso y me firmó el alta.

—Sólo una cosa más antes de irme —me dijo muy serio acercándose a la cama.

—Usted dirá... —le contesté altiva.

—Por favor, tengo que insistirle en la importancia de que me llame ante cualquier recuerdo que tenga —indicó al tiempo que extendía su mano y me daba una tarjeta con su nombre y su número de teléfono—. Lo más mínimo puede ser crucial para su proceso de recuperación de la memoria, y es bueno que alguien le indique los pasos que tiene que seguir para no perderse en el camino. ¿De acuerdo?

—No se preocupe, doctor *Drogapersonas* —le dije sarcásticamente y mostrándole la sonrisa más amable pero al mismo tiempo más falsa que tenía—. Lo llamaré en cuanto necesite que alguien me «calme» si me pongo muy nerviosa o me «pierdo por el camino».

Su cara me lo dijo todo. Pasó de la incredulidad a la irritación en menos de un segundo.

Pero había conseguido mi objetivo. El doctor salió de allí escopetado, dando un portazo tras de sí.

—Vera, ¿qué le has dicho al médico? —entró preguntando mi madre—. Ha salido refunfuñando de la habitación.

—Nada, mamá. Se ve que no sabe aguantar una broma. Anda, ayúdame a recoger las cosas, que nos vamos. No quiero estar ni un segundo más aquí.

Poco después estábamos llegando a mi piso. Lo compré una vez terminada la universidad, con el primer trabajo que tuve y con la ayuda de mis padres. No era muy grande, pero sí más que suficiente para mí.

—¿De verdad que no quieres que me quede esta noche a dormir contigo, cielo? —me preguntó por enésima vez mi madre—. A tu padre no le importará.

—A él no, pero a mí sí, mamá —le contesté ya cansada de repetirle lo mismo una y otra vez.

—Mamá, yo me quedaré con ella —soltó entonces a traición mi hermano.

—De eso nada —repliqué cada vez más cabreada.

—Es ella o yo. Tú decides, hermanita.

Sonreía malévolamente porque sabía lo que le iba a contestar yo.

—Ésta te la guardo, te lo juro Pablo.

—No protestes más y vete a despedirte de papá y mamá mientras yo preparo algo de cena. Empiezo a estar muerto de hambre.

Y en ese momento me rendí. Necesitaba quedarme tranquila y necesitaba comer algo decente después de los días transcurridos en el hospital. Así que le hice caso, despedí a mis padres, me fui a darme una ducha bien larga mientras él preparaba la cena y me puse mi pijama de ositos, ese que jamás se me ocurriría enseñar a un novio, pero que tanta comodidad y calidez me ofrecía.

—Pablo, ¿qué me ha pasado? —le pregunté sin más una vez que habíamos terminado de cenar y nos habíamos puesto a ver la tele con una taza de café.

—Sabes que no debo decirte nada, Vera.

Ambos estábamos acurrucados el uno sobre el otro en el sofá, como tantas otras veces habíamos hecho.

—Lo sé..., y en realidad tampoco sé si quiero conocer la verdad. Pero sólo dime una cosa, por favor.

Pablo dejó su taza de café sobre la mesa, se volvió para mirarme y me cogió la mano.

—¿Qué quieres saber?... No sé si podré responderte, hermanita.

—Quiero saber si he sido violada —dije retirando la mirada por la vergüenza que sentí en ese momento.

—¡No! Vera, por Dios, no.

Respiré aliviada. Conocía a mi hermano lo suficiente como para saber que me decía la verdad.

Pablo, sin embargo, me observó preocupado, probablemente analizando mi pregunta.

—Debe de ser muy difícil estar en tu situación, Vera. Y me encantaría poder explicarte qué es lo que te ha sucedido y sacarte de dudas, pero le prometí al doctor que no te lo diríamos hasta que lo recordaras por ti misma. Lo que sí puedo hacer es decirte que estés tranquila, que lo que te ha pasado no es nada que el tiempo no pueda reparar y que, por supuesto, no has sufrido daño de ningún tipo, a excepción de la falta de memoria.

Sus palabras me aliviaron y me consolaron al mismo tiempo. Al menos ya sabía algo seguro. Ya podía descartar una idea que me había estado martirizando y que, sin embargo, ya no tenía por qué preocuparme.

Gracias a esa nueva información, esa noche pude dormir mucho más tranquila y las pesadillas no aparecieron.

A la mañana siguiente me desperté con el ruido del exprimidor y el olor a café. Mi querido hermano me había preparado el mejor desayuno del mundo. Tenía mucha suerte al tenerlo a mi lado. Era un pilar fundamental en mi vida y, sin él, estaba segura de que me faltaría el aire para respirar.

—Oye, que no se te olvide después llevarte tu cepillo de dientes —le dije nada más entrar en la cocina.

—¿Qué? —me preguntó Pablo algo confuso.

—Te lo has dejado en el vaso del baño. Échalo mejor en el neceser y, así, no se te olvidará.

—Ah, ya. Bueno..., es que había pensado dejarlo aquí y no tener que estar trayéndolo y llevándomelo cada vez que venga.

—Pablo, te quedaste anoche por no oír a mamá y porque acababa de salir del hospital, pero a partir de esta noche tú te vuelves a tu casa.

—Vera...

—No, Pablo. En algún momento tendré que continuar con mi vida donde la dejé, así que cuanto antes lo haga mejor. De hecho, mañana quiero acercarme al trabajo e ir poniéndome poco a poco al día. La semana que viene quiero reincorporarme.

—Mira, no pienso pelearme contigo. Bastante tengo ya con hacerlo con tu madre, que, por cierto, ha llamado bien temprano para ver cómo habías pasado la noche.

Hice un gesto de desesperación que no le pasó desapercibido.

—Vera, es normal que se preocupe por ti.

—Ya lo sé, lo que pasa es que me ahoga con su insistencia y con querer tenerlo todo controlado. Sé que lo único que quiere es ayudar, pero a mí eso a veces me desquicia. Yo ya no soy una cría pequeña a la que deba cuidar y proteger. Yo ya soy una mujer hecha y derecha, con la vida más que encaminada, y no necesito una persona detrás queriéndomelo hacer todo constantemente.

¡Hala, ya me había desahogado!

Quería muchísimo a mi madre, pero su forma de ver y hacer las cosas chocaba demasiado con la mía, así que siempre estábamos peleándonos. Ella era muy atascada y yo lo era aún más. Menos mal que en medio siempre estaban mi padre o mi hermano para quitar hierro al asunto y rebajar la tensión entre nosotras.

—Bueno, si te sirve de consuelo, la he convencido de que no viniera hoy a verte, pero, eso sí, a cambio he tenido que prometerle que pasaría el día entero contigo, *no dejándote ni un solo segundo a solas* —puso énfasis en esto último para que me quedara bien claro.

Pablo vio cómo la vena de mi cuello empezaba a abultarse.

—Tranquila, hermanita, que cuando vayas al baño no voy a entrar contigo. No pienso ser tan literal.

—¡Sólo faltaba! —le espeté yo, mostrando así mi cabreo.

—¡Vaya carácter que tienes! —dijo riéndose mientras esquivaba el cojín que acababa de lanzarle—. ¡Así no te voy a casar nunca!

Menos mal que mi hermano siempre sabía cómo sacarme una sonrisa. Había echado en falta esos momentos de complicidad y risas con él y por fin los habíamos recuperado.

El resto del día pasó muy rápido. Hicimos un poco de deporte por la mañana para ponerme de nuevo en forma, después preparamos la comida, y pasamos la tarde viendo un maratón de

películas románticas, a cuál peor. Al hilo de la trama de la última, quise saber algo que llevaba tiempo preocupándome.

—Pablo..., últimamente no te he preguntado por cómo van las cosas con Andrea.

Mi hermano soltó un corto pero intenso suspiro. Andrea era su talón de Aquiles.

Había estado enamorado de ella toda la vida. Desde que la conoció en el instituto, él se convirtió en su mejor amigo. Estudiaron la carrera juntos, salían de marcha juntos. Todo lo hacían siempre el uno en la compañía del otro. Sin embargo, Andrea nunca mostró querer algo más con mi hermano, así que él siempre se mantuvo en la sombra en ese sentido. No obstante, hacía poco, y viendo que Pablo no tenía ojos para nadie más, lo animé a que le confesara a Andrea lo que sentía por ella. Y me hizo caso. Se armó de valor y una noche, tras volver de fiesta, le dijo lo que sentía. Ella reaccionó riéndose y diciéndole que cómo podía ser tan guasón. Pensó que estaba de broma y se cachondeó de él. Al día siguiente vino destrozado a mi casa a contármelo. Nunca lo había visto derrumbarse de esa manera. Me partió el corazón y decidí hablar yo misma con Andrea. Sé que estuvo mal, sé que no debería haberme metido, pero mi hermano estaba muy dañado y ella debía saberlo. La muy zorra, después de la charla que tuvimos, optó por poner distancia con Pablo en vez de hablar abiertamente con él. Eso hizo que mi hermano lo pasara aún peor, porque no entendía ese cambio de actitud de su mejor amiga, que cada vez se alejaba más de él. Entonces intentó hablar con ella de nuevo para aclarar qué ocurría. Él quería poder entender qué demonios había sucedido para que todo se fuera a la mierda de esa manera. Estaba tan enamorado que prefería seguir siendo el eterno amigo *pagafantas* con tal de poder seguir permaneciendo a su lado. Intenté abrirle los ojos y hacerle ver que había más chicas en el mundo. De hecho, mi hermano toda la vida había sido un guaperas tremendo. Era alto, con una complexión muy atlética, y tenía el pelo castaño claro y unos preciosos ojos verdes que llamaban mucho la atención. En el instituto tenía a todas las chicas detrás y en la carrera incluso varias le pidieron salir. Pero él sólo tenía ojos para Andrea, así que las rechazó a todas y perdió oportunidades estupendas de conocer a otras mujeres que estaban locas por él.

—Hace tiempo que no hablamos —me explicó entonces—. No me coge nunca el teléfono y no quiero presentarme en su casa sin más, así que no sé mucho de ella —terminó por decirme bastante abatido.

—Vaya..., lo siento mucho, Pablo.

—No te preocupes, Vera. Ya es hora de que comience a asumirlo. Me está costando mucho, no te voy a engañar. Llevo toda la vida enamorado de ella, pero sé que tengo que hacer el esfuerzo y empezar a salir con otra gente.

—Claro que sí. Además, tú no vas a tener problema con eso. Yo sé de unas cuantas que se pondrán muy contentas cuando se enteren de que por fin estás en el mercado.

—¡Veraaa!

—¿Qué?

—¡Que no soy una mercancía, coño!

—¡Es una forma de hablar, Pablo!

—Sí, ya, claro. Además —dijo levantando amenazadoramente su dedo índice—, no quiero que me busques ningún rollo, que te conozco. Ya me buscaré yo la vida, ¿de acuerdo?

—Vaaale —contesté no muy convencida—. Pero si alguna vez te aburres y quieres que te presente a alguien, me lo dices.

—Vera..., ¿qué no has entendido de lo que acabo de decirte?... ¡Eres peor que mamá!

—¡Serás capullo!... Con lo que yo te quiero... Si sólo busco lo mejor para ti.

—¡Mira, eso mismo dice ella! —me soltó mientras me lanzaba una sonrisa burlona.

Sabía que me molestaba mucho que me compararan con mi madre. Siempre había dicho que no quería parecerme a ella en algunos aspectos, y estar excesivamente encima de las personas era uno de ellos. Así que me había dado donde más me dolía. Pero también me había hecho comprender que la actitud de mi madre únicamente era el resultado de un interés desmedido por las personas a las que quería y que ella, al igual que yo, no podía evitarlo. Mi madre nos quería muchísimo y ésa era su forma de demostrárnoslo. Aunque a mí a veces eso me desquiciara.

Cuando llegó el momento de despedirnos, Pablo se aseguró de que mi móvil estuviera encendido y cargado a tope de batería.

—Cualquier cosa, me llamas.

—Que sí, pesado. Lárgate ya a tu casa.

—Buenas noches. Te quiero mucho, hermanita, y ya sabes...

—Sí..., siempre estarás «a mi vera». Ya lo sé, hermanito.

Y, tras plantarme un cariñoso beso de buenas noches en la frente, salió por la puerta de mi piso dejándome sola pero muy tranquila, ya que sabía que siempre lo tendría ahí para mí.

A la mañana siguiente me levanté algo inquieta. No había vuelto a tener las pesadillas del hospital, sin embargo, algo había hecho que me despertara abruptamente.

Escuché con atención. Todo el piso estaba en calma, pero mi corazón latía con fuerza, como si algo no fuera bien.

Me dirigí al baño, pero entonces oí un ruido en la entrada a la vivienda que hizo que variara mi rumbo. Cuando llegué allí, vi cómo el pomo giraba y la puerta empezaba a abrirse. Grité como una loca para que me oyeran los vecinos y miré a mi alrededor en busca de algún objeto contundente con el que poder defenderme. Agarré la lámpara que había encima de la mesita del recibidor, tiré del cable para arrancarlo del enchufe y la levanté dispuesta a lanzársela al extraño que intentaba entrar en mi casa.

Menos mal que no lo hice.

Mi madre me miraba estupefacta al tiempo que me preguntaba si estaba loca.

Debería haberle lanzado la lámpara de verdad, después del susto que acababa de darme.

—¡Loca, yo?!... ¿Cómo se os ocurre entrar sin haber llamado antes?... Estoy flipando ahora mismo con vosotros. Sobre todo contigo, papá. No me esperaba esto de ti.

—Pero si le he dicho a tu madre que no lo hiciera, que te ibas a enfadar, pero ya sabes cómo

es. No escucha.

El pobre bastante tenía. Era consciente de ello. La culpa, como de costumbre, era de mi madre, que tenía que hacer siempre lo que ella quería sin tener en cuenta lo que opináramos los demás.

—¡Vamos, que el mal que yo hago...! —soltó mi madre en plan víctima total. Eso me sacaba completamente de mis casillas—. Encima de que vengo a ver cómo estás y a echarte una mano, soy muy mala.

—¡Papá, explícale, por favor, a tu mujer que existe una cosa que se llama intimidad y llamar a la puerta antes de abrir la casa de alguien! —Según iba hablando, mi cabreo iba aumentando—. Por cierto, ahora que lo pienso..., ¿puedes preguntarle también cómo demonios se ha hecho con una copia de la llave de mi casa? Porque, que yo sepa, yo no se la he dado.

—¡Hija, qué mal despertar tienes! ¿Te preparo una tila para los nervios esos tan tontos que se te ponen?

Me di media vuelta y me fui al salón a coger un cojín, taparme la cara con él y gritar hasta quedarme afónica.

—Cielo... —Mi padre se había acercado a mí y me había puesto una mano en el hombro para hacerme consciente de que quería decirme algo—. Anda, no te enfades con tu madre, que ya sabes que no lo hace de mala fe. Nos vamos ya. Sólo hemos venido a traerte algo de comida. Luego te llamamos para ver cómo te ha ido el día, ¿de acuerdo?

—Papá...

—Dime...

—Ya sé que no lo hace de mala fe. Es sólo que me gustaría que tuviera más en cuenta a los demás e hiciera las cosas respetando las opiniones de los otros.

—Ya lo sé, Vera. Llevo toda la vida diciéndoselo, pero me temo que ya no lo va a aprender.

Suspiré para terminar de soltar toda la rabia contenida que me quedaba.

Sabía que su intención era buena, pero seguían molestándome algunas actitudes suyas.

—Mamá... —dije después de respirar bien hondo para intentar serenarme. No quería empezar con ese mal rollo el día—, gracias por la comida.

—No me des las gracias, cielo. Mañana te traigo más.

—¡No!, no me traigas más comida. Además, mañana no voy a estar.

—No pasa nada. Ya abro yo con mi llave y te dejo los tápers en la nevera.

«¡Dios, qué pesadilla! ¡Paciencia, ven a mí!»

—Mamá, dame ahora mismo la llave.

—¿Cómo te voy a dar la llave?... Si te la doy, ya no podré entrar cuando quiera.

—Precisamente de eso se trata, mamá —le dije mientras se la arrebatava de las manos antes de que se la guardara en su bolso *comecosas* y, casualmente, ya no la encontrara.

—¿Y si un día te dejas tus llaves dentro y no puedes entrar?

—Ya tiene Pablo una copia para esos casos, mamá.

—¡Ah! O sea, ¿que a él sí se la das y a la madre que te ha dado la vida y te ha cuidado

dejándose la piel por el camino no?... ¡Muy bonito, hija, muy bonito! —soltó en un tono de agraviada total—. Emilio, vámonos de aquí, que por lo visto ya no somos bienvenidos —terminó por decir, demostrando así lo terriblemente ofendida que se encontraba.

—Teresa..., no saques las cosas de quicio, que tu hija no te ha dicho nada malo.

—¡Eso! Tú, encima, ponte de su parte.

—Cielo, nos vamos —me dijo mi padre suspirando al tiempo que tiraba de mi madre para que saliera de casa—. No te preocupes, que ya hablo yo con ella. Además, ya sabes que mañana ni se acuerda del disgusto. Perro ladrador...

—¡Ay, papá...! ¿Qué haría yo sin ti?

Le di un beso a mi padre y luego otro a mi madre, a pesar de la resistencia inicial que puso y de todo lo que rezongó.

Finalmente se fueron y pude darme una larga y relajante ducha. Después me preparé un buen desayuno; quería coger fuerzas para enfrentarme al día que me esperaba. Tenía pensado acercarme a la oficina y comunicar mi regreso para el lunes siguiente. El doctor me había aconsejado que me tomara la vuelta con calma, pero yo me encontraba bien y no veía motivo para retrasar mi incorporación al trabajo. Además, me había dejado una importante campaña publicitaria a medias y necesitaba retomarla cuanto antes para no perder al cliente.

Cuando llegué a la oficina, todos se alegraron mucho de verme. A pesar de mi conocido carácter, era buena compañera de trabajo. Siempre tenía una sonrisa que ofrecer, compartía mis ideas con los demás, era muy buena colaborando en equipo y jamás había intentado pasar por encima de nadie con tal de ascender. Eso no iba conmigo.

—¡Vera..., qué alegría verte por aquí! ¿Cómo te encuentras?... —me preguntó Diana al tiempo que se levantaba de su asiento y venía directa hacia mí para plantarme dos efusivos besos.

Ella era la persona con la que más relación tenía de toda la oficina. Siempre desayunábamos juntas y aprovechábamos ese momento para desahogarnos y despotricar de todo el mundo. Mi trabajo era muy estresante y trataba con todo tipo de personas, así que muchas veces necesitábamos descargar el mal rollo que algunas nos generaban.

Diana era mi compañera de departamento. Trabajábamos en una empresa de marketing y publicidad, y nuestro día a día era frenético. La presión del éxito de las campañas publicitarias y de sus anunciantes era difícil de llevar si no te encontrabas muy preparada para ello. Pero yo hasta entonces lo había estado. Mi trabajo lo era todo para mí. Por eso necesitaba volver y centrarme de nuevo en él. Eso me ayudaría a poner punto final a lo que me había ocurrido. Fuera lo que fuese.

—Estoy bien. Deseando ya regresar, Diana. Si no lo hago, me volveré loca —terminé por decir sonriendo. Sin embargo, noté un cambio en su cara que no me gustó nada y quise saber qué pasaba—. ¿Ocurre algo? —le pregunté preocupada.

—Será mejor que hables con Alfonso. Yo no puedo decirte nada, Vera.

Mil alarmas saltaron en mi interior, así que me fui directa a su despacho. De camino observé que se encontraban reunidos, en la sala de juntas, mi último y más importante cliente y otro

compañero de trabajo bastante trepa que había empezado a trabajar con nosotros hacía poco. Entré en el despacho de Alfonso sin ni siquiera llamar a la puerta.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunté de muy malas formas.

Él me miró sorprendido y después dio un largo suspiro antes de comenzar a hablar.

—Vera... Buenos días... Por lo que veo, ya te encuentras mejor.

—Lo estaba hasta hace un momento. Alfonso, ¿quieres explicarme qué demonios está pasando?!

Esta vez, el suspiro fue mucho más largo. Por lo visto, tenía algo importante que decirme y sabía que yo no me lo tomaría nada bien.

—No sabía que ibas a volver tan pronto, Vera. Pensaba que aún permanecerías un tiempo más en el hospital.

—¿Y?... ¡¿Me quieres explicar qué hace el trepa ese con mi cliente?! —De repente mi cabeza ató todos los cabos—. ¿No le habrás dado mi cuenta? —pregunté, sabiendo ya de antemano cuál sería la respuesta.

—Vera, estabas en el hospital. El cliente necesitaba su campaña ya y había que proporcionársela. ¿Qué podía hacer?

¡No me lo podía creer!

—Bueno, pues ya estoy de regreso —le dije a mi jefe intentando recomponerme del disgusto inicial—. Avisa al cliente de que ya he vuelto y de que yo continuaré el trabajo.

—No puedo hacer eso.

—¿Cómo que no puedes hacer eso?... —Estaba indignada—. Pues iré yo misma a decírselo.

Alfonso rodeó rápidamente su mesa y me sujetó del brazo para impedirme que saliera de su despacho.

—Acaban de firmar el contrato, Vera. La cuenta ya no te pertenece. Lo siento.

Me dejé caer sobre la silla. Había perdido la cuenta más importante de mi vida. Esa por la que tanto había luchado y que tantas horas de sueño me había quitado. Pero sabía que enfadarme no serviría de nada. Eso no me devolvería al cliente. Además, discutir con mi jefe sobre lo que yo creía que había sido una mala gestión por su parte tampoco mejoraría el desastre.

Estaba en *shock*.

—¿Y ahora qué? —atiné a preguntar.

—Vera... ¿Por qué no aprovechas y te coges unas vacaciones?... Te vendrá bien desconectar después de todo lo que te ha ocurrido. Te prometo que a tu vuelta te daré la campaña más grande que tengamos entre manos. Eres mi mejor publicista y lo sabes, pero las cosas han venido así y no he podido hacer otra cosa, lo entiendes, ¿verdad?

De repente todo mi mundo se había venido abajo. Necesitaba trabajar para volver a esa normalidad que tanto ansiaba.

Pero no podía hacerlo. Mi jefe me había *sugerido* que me tomara unas vacaciones.

¿Y qué demonios iba a hacer yo en vacaciones?

Mi móvil sonó entonces y me sacó del estado de estupor en el que me encontraba. Era mi hermano.

—Vera, tengo que verte. Ha ocurrido algo.

Capítulo 3

Quedé en verme con Pablo por la tarde en mi casa. Fuera lo que fuese lo que tenía que contarme, prefería que lo hiciera en un terreno donde yo me sintiera tranquila. No me encontraba lo suficientemente calmada como para no derrumbarme en cualquier momento, así que prefería que, si eso ocurría, al menos fuera en la tranquilidad de mi hogar.

Sobre las ocho sonó el timbre. Abrí y un demacrado Pablo entró. Su aspecto y su actitud apesadumbrada me asustaron bastante.

—Pablo, ¿qué ocurre?

—Voy a prepararme un café antes, si no te importa, Vera.

Lo miré expectante.

—No estés preocupada. Lo que ha pasado en realidad no es nada grave y, además, tarde o temprano tenía que ocurrir. Es sólo que... —Se le quebró la voz—. Enseguida te lo cuento —dijo una vez recuperado—. Deja que me tranquilice un poco.

Una vez nos sentamos en el salón y le dio un largo trago a su café, Pablo cogió aire y comenzó a hablar.

—Está embarazada —soltó sin más.

No sabía de quién me hablaba.

—¿Quién está embarazada, Pablo?

Hice un repaso mental de todas las personas allegadas que pudieran encontrarse ante esa posible situación, pero no encontré a nadie. De todas formas, tampoco entendía por qué debería afectarle a mi hermano una cosa así, a no ser que...

Abrí los ojos de par en par.

—¿A quién coño has dejado preñada?... ¡Madre mía, cuando se enteren papá y mamá!... ¡Pero ¿te has vuelto loco, tío?!... ¡Explícame cómo ha podido sucederte una cosa así, porque no lo entiendo, Pablo!

—Pero ¿de qué demonios estás hablando?... Yo no he dejado embarazada a ninguna mujer. Se te va la pinza, hermanita.

Pablo estaba muy ofendido y yo no entendía, entonces, qué problema podía tener con ese asunto. Si él no iba a ser papá, ¿por qué le preocupaba algo así?

«¡Oh, Dios mío!...» Acababa de caer en la cuenta.

—Andrea está embarazada —dijo completamente abatido, confirmándome así mi última suposición.

Procesé la información lentamente. Que yo supiera, por amigas comunes que compartíamos

ambas, ella ni siquiera tenía novio ni nada que se le pareciese.

—Pero ¿de quién?... Porque no tiene pareja —le aclaré a mi hermano.

—Pues ya la tiene —me contestó muy cabreado—. Ha tardado un poco en cazarlo, pero al final lo ha conseguido.

—Pero ¿tú sabes quién es?

—Sí, Vera, sí que lo sé.

Esperé a que mi hermano cogiera aire.

—Es un tío que ella ha perseguido durante mucho tiempo. A mí me lo contaba todo, así que conocía su historia con él. Estaba obsesionada con ese tipo, a pesar de las veces que le dije que no era buena gente y que la trataría fatal. Él era un picaflor que pasaba de ella y que la dejó en ridículo en varias ocasiones. Sin embargo, ella no ha cejado en su empeño y está claro que por fin ha acabado cazándolo. —Pablo hizo una larga pausa—. El problema es a qué precio lo ha conseguido, y se lo he echado en cara, Vera. Me he enfadado tanto cuando me he enterado que me he dejado llevar por mis emociones y he acabado en su casa discutiendo con ella.

—Bueno, es normal que te hayas sentido así, pero también es verdad que Andrea es libre de poder hacer lo que quiera con su vida. Entiendo que te afecte, es totalmente comprensible, pero tienes que pensar que tú no tienes ningún derecho sobre ella.

—¡Vera, eso ya lo sé, joder!... Por supuesto que puede hacer lo que le dé la gana. Pero me fastidia que para estar con ese imbécil, que encima no la quiere, haya sido tan estúpida de quedarse embarazada.

—Bueno, a lo mejor no lo buscaban..., son cosas que a veces pasan.

—Él desde luego que no lo buscaba. Me habría gustado verle la cara cuando Andrea le dio la noticia. Debió de ser un poema. Pero Andrea sí sabía perfectamente lo que hacía, Vera.

—¿Y tú cómo lo sabes? A lo mejor...

—Me lo ha confesado ella misma. —Hizo una larga pausa tras la que cogió aire para continuar hablando—: Me ha dicho que al menos ella ha luchado por lo que quería hasta que lo ha conseguido. Dice que yo no he tenido agallas para hacer eso y que he sido un cobarde toda mi vida.

—¡Será hija de...! Pero ¿cómo puede ser tan rastrera?

Estaba completamente alucinada. ¿Cómo podía haberle dicho eso a mi hermano, con lo bien que se había portado en todo momento con ella? Pablo siempre había sido muy respetuoso con Andrea y con sus opiniones, y había aceptado, a pesar de lo que había sufrido por ello, las decisiones que ella había tomado. Y ahora iba y le echaba en cara precisamente eso. ¿Cómo podía ser tan mala?

—Pablo..., esa tía no te merece. Para nada. Ha sido cruel, egoísta y totalmente despreciable. No entiendo cómo no sólo no te ha agradecido lo que siempre has hecho por ella, sino que encima te reprocha que no la hayas forzado de alguna manera a estar contigo. ¡De verdad que me dan ganas de ir y darle dos...!

—Vera, relájate, que te conozco...

—No, si yo me relajo. Pero como algún día me la encuentre, no va a tener calle para correr... ¡Será desgraciada!

—Lo que más me duele es que me diga eso después de tanto tiempo, porque no lo entiendo... ¿Qué se supone entonces que debería haber hecho yo, Vera?... ¿Haberla presionado hasta que me dijera que sí?... ¿En serio me está diciendo eso?

—No, Pablo. Olvida lo que te ha dicho. Probablemente se ha dado cuenta del pedazo de hombre que ha perdido y por despecho te ha dicho eso para darte donde más te dolía... ¡Calle, no! ¡No va a tener ciudad donde esconderse como me la encuentre!

—¡Vera...!

—¡Joder, Pablo!... Es que estas cosas me pueden.

—Pues imagínate a mí... —dijo muy apesadumbrado—. No sólo me entero de que se ha quedado embarazada de un tipo que hasta ahora sólo la había buscado para usarla a su antojo, sino que encima ha venido a decirme que la culpa de que no estemos juntos es mía por no haberle insistido más. ¡Con las vueltas que le he dado yo precisamente a ese tema y las veces que me he dicho a mí mismo que no la presionara más, que no estaba bien!... Estoy destrozado, Vera... Me siento muy confuso.

No sabía qué más decirle. Sentía tanta rabia por dentro que habría salido corriendo a buscar a Andrea y decirle cuatro cosas. Esas cuatro que seguro que mi hermano no le había dicho.

—¿Y qué leches haces tomándote un café?

—¿Qué?... —Pablo me miró sin entender lo que quería decirle.

—¡Que ahora mismo nos vamos a emborrachar! Los dos tenemos muchas cosas que «no celebrar» —dije al tiempo que me levantaba del sofá, me dirigía a la cocina y cogía todo lo necesario para agarrarnos una buena cogorza.

—Vera, no estoy de humor... En serio.

—Ya, ni yo. Por eso lo vamos a hacer.

Pablo me miró intrigado.

—¿Y tú por qué no estás de buen humor, si puede saberse?

—Espera, que te lo cuento mientras me preparo el segundo. —Acababa de beberme de golpe el primer cubata que me había servido.

—Vera, no creo que ésta sea la solución a nada.

—¡Calla y bebe, hermanito!

Al cuarto cubata ya estábamos riéndonos absolutamente de todo. Habíamos ahogado nuestras penas en alcohol y después de las veinte veces que Pablo me había insistido en que le contara lo que me pasaba ya me sentía preparada para explicarle el disgusto que tenía por la pérdida de mi cliente más importante.

—Hoy me han dado vacaciones en el trabajo —comencé a decirle—. La culpa la ha tenido el compañero ese nuevo del que te hablé que entró el mes pasado.

—No sé de qué compañero me hablas.

—¿Cómo que no?... ¡Si te lo conté hace poco!

—¡A mí no me has contado nada de eso, Vera!

—¿Ah, no? Bueno, da igual. El caso es que se ha quedado con mi principal cliente, el muy trepa, y a Alfonso no se le ha ocurrido otra cosa que darme vacaciones. ¡Vacaciones, Pablo!... — le dije haciendo énfasis en el disgusto que tenía—. ¡¿A ver qué hago yo ahora con tanto tiempo libre?!

—¡Ah, eso te lo soluciono yo rápidamente!

—¡¿Ah, sí?!... ¿Y cómo, si puede saberse?

Llevábamos ya seis cubatas en el cuerpo, a pesar de ser tan sólo las diez y media de la noche, así que estaba preparada para que me soltara cualquier tontería.

—Te vendrás conmigo de vacaciones. Yo las he pedido esta mañana en mi trabajo. —Su semblante cambió totalmente. Había pasado de sonreír abiertamente a mostrarse apenado—. Necesito largarme de aquí. Necesito poner tierra de por medio con Andrea, así que la semana que viene me voy de viaje.

—Pues vale, me voy contigo a donde sea —dije sin pensar.

—Está bien, Vera. Pero primero quiero que te comprometas conmigo de manera formal —añadió él muy serio—. Que ya nos conocemos.

—Que sí, Pablo..., que me iré contigo de vacaciones. Tienes mi palabra. Te lo juro —terminé por decirle para hacerle ver hasta dónde llegaba mi compromiso con él—. ¿Y adónde iremos? —pregunté entonces curiosa.

—¡Eso es lo mejor de todo, Vera!... —Pablo volvía a sonreír como un niño—. Nos iremos tan lejos que pondremos mucha tierra de por medio.

En ese momento fui consciente de que ya no estaba tan segura de seguir adelante con su plan.

—¿Como cuánta tierra, Pablo? —le pregunté comenzando a sentirme bastante inquieta.

—Espera, ahora te lo explico todo, que estoy reservándote la plaza para que no haya problemas.

Se me estaba empezando a pasar la borrachera con tanto misterio.

—Ya está —dijo mientras sonreía totalmente satisfecho.

—¿Ya está el qué, Pablo?... ¿De qué plaza hablas?... Yo de España no salgo, te lo advierto. Que ya sabes el miedo que tengo a volar en avión.

—Bueno, pues tendrás que aguantarte un poco, hermanita.

—Un poco, ¿por qué?... ¿Adónde vamos? —le pregunté ahora ya sí bastante preocupada por haberme dejado llevar por la euforia del alcohol.

—Nos vamos al país de las sonrisas.

¿De qué me sonaba a mí eso?...

—¡¿Tailandia?!... ¡¿Tú estás loco?! —le solté.

Mi hermano sonreía como un niño pequeño ante la mayor alegría de su vida. Me encantaba

verlo así, y no como había llegado a mi piso, pero no podía aceptar su propuesta.

—Pablo, no me voy a ir a Tailandia contigo. ¡Eso está... lejísimos!

—No te preocupes, el viaje no se hace del tirón. En realidad, se cogen dos aviones para ir.

—¡Pues lo estás arreglando...!

—Tampoco es para tanto, Vera. Realmente no se está demasiado tiempo en cada uno de ellos. Son sólo unas siete horas por vuelo.

¡Ay, Dios mío! ¡¿Quién me habría mandado a mí sacar el alcohol del armario?!

Empecé a ponerme blanca. Comencé a sudar exageradamente. Tuve que levantarme corriendo para alcanzar el baño porque los seis cubatas que me había bebido habían decidido salir de mi estómago sin previo aviso.

—Pero ¿por qué sales corriendo?

Enseguida lo entendió. Supongo que las arcadas que pudo oír, él y todo el edificio, le dieron una excelente pista.

—¡Vera, no me fastidies!... —dijo mientras se acercaba al baño—. Ya te dije hace mucho tiempo que no volvería a hacerlo. Odio tener que cogerte el pelo mientras vomitas..., ¡es asqueroso!

El pobre había sufrido muchas borracheras mías cuando fuimos adolescentes. Él tenía que ser el responsable y devolverme a casa sana y salva; así que, cuando yo me pasaba mucho con el alcohol, cuidaba de mí toda la noche para que mis padres no se enteraran.

—Ya he terminado, no te preocupes. Ya lo he echado todo —le dije mientras ponía pasta de dientes en el cepillo para lavarme la boca. Odiaba el sabor que se me quedaba después de vomitar—. Salgo enseguida.

Cuando volví, Pablo había encendido la tele. Sin embargo, lo que miraba muy atentamente era su móvil.

—No me ha dado tiempo a explicártelo todo —me dijo todavía con la ilusión en el rostro.

—¿Aún hay más? —pregunté temerosa. No sabía si mi estómago aguantaría otro susto igual que el anterior.

Definitivamente se me había pasado la borrachera de golpe. De repente, mi hermano me había embarcado en unas vacaciones junto a él en la otra punta del mundo. A eso, que ya de por sí no terminaba de convencerme, tenía que sumarle el hecho de tener que volar en avión durante infinitas horas. ¡Me quería morir!

—Pablo... —comencé a decir para convencerlo de que no había sido una buena idea y de que era mejor que yo no lo acompañara.

—¡Espera, que aún no has oído lo mejor!

—¡Es que no sé si quiero hacerlo! —lloriqueé.

—Vas a ser la profesora de cinco niños —me soltó mi querido hermano, sin tener en cuenta siquiera mi opinión.

Lo peor era que no entendía de qué demonios me estaba hablando.

—Pero ¿no nos íbamos de vacaciones, Pablo?

—Sí, a Tailandia.

—¡Pablo, eso ya me lo has dicho antes!... ¿Quieres contármelo todo de una vez, por favor?

—Vera, van a ser las mejores vacaciones de tu vida, ya lo verás.

—¡Pablo...!

—Enseguida te lo cuento todo, pero mira primero estas fotos.

Me acababa de pasar su móvil. En él había varias imágenes de un lugar con mucha vegetación, donde había varias cabañas hechas de bambú y con los tejados recubiertos de hojas de palmeras, y donde el lujo y la ostentación brillaban por su ausencia.

—Sigue pasando las fotos —me pidió a continuación.

En ellas empezaron a aparecer niños pequeños, no muy bien vestidos y, por lo visto, tampoco muy bien alimentados. Sin embargo, todos sonreían. Parecían felices.

—Son los peques a los que darás clase —dijo señalándome la imagen del móvil.

Lo miré estupefacta porque no comprendía aún qué quería decirme, así que dejé que continuara hablando.

—Nos vamos a hacer un voluntariado a Tailandia.

—¿¿Qué?!

Se me iba y se me venía el color de la cara.

—Lo que has oído. Quedaba libre el puesto de maestra, así que es para ti. Estaremos allí un mes dando lo mejor de nosotros mismos. Te aseguro que la experiencia superará todo lo que hayas vivido hasta ahora.

—¿Un mes?... Yo no puedo irme tanto tiempo, Pablo. ¡A ti se te va la olla!

La cosa iba de mal en peor.

—Bueno, en realidad en el campamento sólo estaremos tres semanas; la cuarta la pasaremos en la playa, en lo que sí serán nuestras verdaderas vacaciones.

Mi hermano hablaba y hablaba, pero mi ralentizado cerebro únicamente recogía la información sin apenas procesarla. Lo peor de todo era que ya me había comprometido con él y no podía faltar a mi palabra.

—Estoy empezando a tener angustia otra vez —le dije mientras me tapaba la boca por si acaso.

—¡Pero si ya no puede quedarte nada por echar! No digas tonterías.

Lo que acababa de ocurrir era la definición exacta de cómo, sin comerlo, ni beberlo, puedes meterte en un tremendo berenjenal.

—¿No estás feliz, Vera? —me preguntó entonces él, sacándome de mi ensimismamiento.

—A ver, Pablo, ¿cómo te lo explico?... Nos vamos a Tailandia, que está a tomar por saco, teniendo que coger dos aviones de ida y dos de vuelta, para trabajar allí durante casi un mes, dando clase a unos niños que no conozco de nada y viviendo en un lugar que dista mucho de ser urbano, donde además habrá unos bichos enormes y donde también habrá, por tanto, una enorme

posibilidad de adquirir cualquier tipo de enfermedad ya extinguida en el mundo occidental..., y todo eso, además, ¿por el módico precio de...?

Sabía que, a pesar de lo que a priori se pudiera pensar, los voluntariados no eran precisamente económicos, ya que el viaje te lo tenías que costear tú.

—Dos mil euros —me contestó, tan sonriente él.

—Ya. Dos mil euros de nada... ¿Y todavía me preguntas que si no estoy feliz?... No sé, Pablo..., ¿por qué no iba a estarlo, verdad?... Si esto es para dar saltos de alegría. ¡Vamos..., que estoy que no quepo en mí de gozo!

—Eso ha sonado irónico, Vera.

—No me digas... ¡Pero qué perspicaz eres, hermanito!... ¡Las pillas todas al vuelo, ¿eh?!... Bueno, pues a ver si pillas ésta también... ¡Yo no voy! ¡Me niego!

—¡Veraaa...!

—Pablo, ¿en serio creías que aceptaría esta locura?

—Bueno..., me lo has prometido, así que no tienes muchas más opciones. Además, ya estás inscrita y con el vuelo reservado.

—¡Dirás los vuelos! —lo corregí muy cabreada.

—Sí, los vuelos... Así que ve mentalizándote porque tus alumnos te están esperando, hermanita.

¡Dios! Quería matar a Pablo. ¿Cómo había conseguido complicarme tanto la vida y en tan poco tiempo?

Eran tan sólo las once de la noche y mi hermano había pasado de estar casi llorando a sonreír como un niño travieso. Y yo, en cambio, había pasado de estar cabreada por lo sucedido en mi trabajo a estarlo aún más por haberme dejado llevar por Pablo y haberle dicho que sí a semejante locura.

¡Estaba que explotaba!

—Venga, Vera... Que va a ser una experiencia maravillosa. ¿Te pongo una copa para celebrarlo?

Si las miradas matasen, mi hermano ya sería un fantasma vagando por la eternidad.

—¿Se lo has dicho a papá y mamá? —le pregunté entonces.

—No, aún no. Pero lo haremos mañana mientras comemos con ellos.

—¿¿Cómo que mientras comemos con ellos?!...

—Le he mandado hace un momento un mensaje a mamá diciéndole que mañana iríamos, así podremos contárselo todo.

¿Desde cuándo mi hermano se había convertido en mi secretario/organizador de vida?

No pude ni replicarle. Estaba tan exhausta por todo lo que me había sucedido ese día que directamente me acurruqué en silencio en el sofá y dirigí la mirada hacia la televisión encendida.

—¿Me darás la mano en el avión? —le pregunté a mi hermano, con voz de niña pequeña asustada, tras un largo silencio.

—Claro que sí, hermanita. No te preocupes por eso. Ya sabes que siempre estaré a tu vera.

Y con esa sensación de protección y seguridad que él siempre me ofrecía, y a pesar de las muchas emociones encontradas que había vivido ese día, conseguí relajarme y quedarme medio dormida.

—Vera, despierta.

Pablo me estaba acariciando el brazo para que me espabilara poco a poco. Abrí los ojos y vi que la tele seguía encendida y el telediario daba las noticias de medianoche.

—¿Qué hora es?

—Son las doce y media. Me voy, que ya que es muy tarde y mañana tengo que arreglar los papeles para el pasaporte. Dame tu DNI y te lo soluciono a ti también si quieres.

Me levanté a buscar mi bolso y, cuando volvía con él al salón, me llamó la atención una imagen de la tele. En ella, un hombre vestido de etiqueta con un elegantísimo esmoquin negro hablaba a las cámaras contestando las preguntas de una mujer.

—¿No es ése el doctor? —le pregunté a mi hermano, señalando la imagen que la televisión nos ofrecía.

Él se volvió rápidamente y me confirmó mi pregunta asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué hace el perroflauta ese saliendo en la tele?

—Espera, voy a darle voz.

«Tras la llegada de los invitados a la ceremonia, ha dado comienzo el excelente espectáculo al que nos tienen acostumbrados en este tipo de galas. La actuación de los diferentes grupos de música, todos ellos muy conocidos en el panorama musical actual, ha precedido a la entrega de premios a todas esas personas que tanto han colaborado en el avance de la medicina.

»En su caso, el renombrado neuropsicólogo Sainz de Barahona recoge por cuarto año consecutivo el Premio al Mérito en Investigación por su labor frente al equipo que dirige en la exploración de la memoria y de todos los procesos implicados en ella.»

—¿Has visto, Vera?... Ya te dije que era el mejor en lo suyo y que debías de hacerle caso en todo. Es una eminencia.

La periodista entrevistaba al doctor como si de una estrella de Hollywood se tratase. ¡Yo no daba crédito!

Iba vestido de etiqueta, muy adecuado para la ocasión, y sin un atisbo de la imagen de perroflauta que yo le había visto en el hospital. Llevaba el pelo engominado y bien recogido y no había ni rastro del tatuaje. Lo llevaba perfectamente camuflado.

—¿Cómo se encuentra su familia?... Hace tiempo que no vemos a sus padres o hermanos en algún acto social —le preguntó la periodista.

—Sabes que no hablo de esos temas. Gracias.

Y con esa escueta respuesta eludió la pregunta de la reportera, que, viendo su tajante negativa, decidió correr a la caza de otro famoso que le proporcionara algo más de información con la que rellenar el contenido de su programa.

—¿Por qué le han preguntado por su familia y sus actos sociales? —quise saber entonces.

—Porque pertenece a la nobleza.

—¿En serio? —le solté totalmente incrédula.

—Pues sí.

—¡Venga ya! ¡Pero si parece un perroflauta! ¿Cómo va a pertenecer a la alta sociedad?

—Joder, Vera... Me parece mentira que te dejes llevar de esa manera por los prejuicios. Tú nunca has sido así —me soltó Pablo algo molesto.

Y llevaba razón. No sabía por qué, pero eso era lo que había hecho desde que había conocido a aquel doctor. Ni siquiera entendía mi actitud cuando usaba el calificativo de perroflauta para menospreciarlo.

Me quedé en silencio reflexionando. Ahora entendía su saber estar y el lenguaje culto y refinado que había mostrado en el hospital. Además, en esa gala había derrochado elegancia a la hora de vestir y de desenvolverse en un evento de esas características. Evidentemente, eso no te lo proporcionaba una carrera. Eso lo había interiorizado desde bien pequeño debido a quién era y al lugar que ocupaba en la sociedad.

—Vera, tengo que irme ya. Se está haciendo muy tarde.

—Ah, sí..., claro —le dije a mi hermano acompañándolo hasta la entrada.

—Mañana nos vemos. No olvides que hemos quedado a comer con papá y mamá —y, diciendo esto, Pablo salió por la puerta cerrándola tras de sí.

Agradecí que se fuera. Después del día tan movido que había tenido, lo único que quería era acostarme y descansar. Necesitaba dormir y levantarme con otro ánimo al día siguiente. Necesitaba hacerlo para poder afrontar los nuevos planes que se me venían encima.

A la mañana siguiente me volví a despertar inquieta otra vez. Seguía sin haber rastro de las pesadillas, lo cual me alegraba enormemente. Pero de nuevo me sentía rara.

Quise suponer que eso era algo normal después de lo que me había ocurrido y lo dejé pasar. No quería obsesionarme con ello, porque tampoco había nada con que hacerlo.

Entonces fui consciente de que la ventana de mi dormitorio estaba abierta. Me gustaba que estuviera así para que entrara el fresco de la mañana; aunque no recordaba haberla abierto la noche anterior. A lo mejor había sido Pablo antes de marcharse. Él me conocía mejor que nadie y sabía de esa manía mía desde que era bien pequeña. Mi madre también la conocía; no la soportaba y era motivo de disputa siempre, ya que ella objetaba que iba a coger una pulmonía, sobre todo cuando era invierno. Sin embargo, a mí, como a mi abuela paterna, de quien heredé la costumbre, era algo que me encantaba. Despertarme bien arropada, pero con el aire fresco de la mañana sobre la cara me cargaba las pilas para comenzar la jornada con otro ánimo.

Así que, con la buena energía que me había proporcionado esa brisa fresca matutina, salí de la cama y afronté el nuevo día.

Bueno, eso sólo duró hasta que llegamos a casa de nuestros padres y les dimos la noticia de que nos íbamos a Tailandia. Ahí la buena energía se esfumó bastante; sobre todo cuando tuvimos

que defender que podíamos irnos de viaje a donde nos diera la gana, que ya éramos mayorcitos como para que nos pusieran pegos.

—Pero si podéis hacer lo que queráis —decía mi madre—. Yo sólo digo que si no hay un sitio más cercano para hacerlo, que no esté en la otra punta del mundo.

El caso es que yo estaba totalmente de acuerdo con ella. Pero, claro, cualquiera le daba la razón. Eso sentaría un terrible precedente al que siempre se agarraría mi señora madre y, por supuesto, no lo iba a permitir.

—Mamá, está más que decidido ya, así que deja de protestar —le dije para zanjar la discusión—. Los dos necesitamos un cambio de aires y es lo mejor que podemos hacer.

No me lo creía ni yo, pero ya no había marcha atrás.

Tailandia nos esperaba.

Capítulo 4

—¿Habéis cogido protección solar? —nos preguntó mi madre mientras hacíamos cola para facturar nuestras maletas con destino al país de las sonrisas.

Habían pasado casi dos meses desde que habíamos decidido hacer aquel viaje.

Por cuestiones meteorológicas, habíamos tenido que ir retrasando nuestra salida hasta ese momento. La organización había ido aplazando nuestra llegada al país hasta que cambiase la situación adversa por la que se había visto afectada la zona a la que íbamos tras las inundaciones que habían sufrido. Querían asegurarse de que todo estuviera en condiciones para cuando los voluntarios llegásemos allí.

Por suerte, mi hermano y yo habíamos podido cambiar nuestras vacaciones en el trabajo y ahora ya sí, por fin, estábamos camino de aquel país que tantas noches de insomnio me había provocado, porque seguía sin saber si aquello sería algo bueno para mí o no.

Después de incorporarme de nuevo al trabajo, tras convencer a mi jefe de que sólo serían unos días hasta que me cogiera las vacaciones que él mismo me había «sugerido», me costó mucho volver a la rutina diaria. Todo se me hacía cuesta arriba, y lo que antes era mi vida y me llenaba plenamente ahora me parecía aburrido y sin sentido. De repente, todo aquello por lo que había luchado tanto ya no era tan prioritario.

Además, seguía teniendo esa sensación de vacío de vez en cuando. No sabía a qué achacarla y, aunque no terminara de convencerme la idea de realizar aquel viaje, había una parte de mí que sí quería hacerlo, porque pensaba que a lo mejor con él lograría volver a encontrarme y así poder encauzar mi vida.

Mi hermano me había insistido varias veces en que visitara al doctor del hospital por si él podía ayudarme con todo lo que me estaba pasando, pero sinceramente no confiaba en que nadie pudiera hacerlo. Tenía que ser yo la que saliera de aquella situación. Por otra parte, no había recordado nada del suceso que me había llevado al hospital, pero es que tampoco había hecho esfuerzos por intentarlo. Simplemente no quería hacerlo. ¿Para qué?... Estaba convencida de que mi cerebro, muy sabiamente, había decidido esconder aquello que me había pasado en lo más profundo, para que yo no tuviera acceso. Además, las pesadillas habían desaparecido, así que sólo quería cambiar de aires y ver hasta qué punto me iba a resultar interesante aquel viaje.

—Sí, mamá —contestamos Pablo y yo al unísono a su pregunta sobre la protección solar, al tiempo que le mostrábamos a la azafata nuestros pasaportes y nuestras tarjetas de embarque.

—¿Y protección para los mosquitos?

—Sí, también.

—¿Y para las hemorroides?

—¡Mamá! —Me estaba poniendo de los nervios con tanta pregunta.

—¿Qué?... ¿Es qué allí no te pueden salir?

—Pero ¿por qué me iban a salir esas cosas precisamente en Tailandia? —le pregunté ya desesperada con ella.

—Pues por la comida picante... —Pablo y yo la miramos flipando—. Lo he leído en una revista. Es la segunda causa por la que los turistas tienen que acudir al médico allí.

—¡Por Dios, mamá! Haznos un favor a todos y deja de leer esas cosas. —La miré suplicante—. Además, allí también hay médicos y farmacias, ¿sabes? ¡No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy, por favor!

—Pablo, ¿has cogido el sedante? —le preguntó entonces a mi hermano.

—¿Qué sedante?!... ¿De qué habláis? —exclamé con mi nivel de ansiedad ahora ya por las nubes.

—¡Joder, mamá! ¡Lo tuyo no es la discreción, ¿eh?! —le reprochó mi hermano.

Mi madre simplemente se encogió de hombros y puso su famosa cara de cordero degollado, como hacía siempre que metía la pata hasta el fondo para que no le echásemos la bronca.

—Es sólo por si surge una emergencia, Vera —me explicó entonces Pablo.

—¿Me quieres drogar como al negro de «El Equipo A»?! —le pregunté atónita—. El sedante es para eso, ¿verdad?... ¡No me lo puedo creer! ¡Pero ¿qué os pasa a todos conmigo?! ¿Os ha sorbido el cerebro el dichoso doctor ese o qué? —Estaba alucinada.

—¡Señor guardia, señor guardia! —comenzó a gritar entonces un niño que estaba a nuestro lado. Todos nos quedamos parados mirando qué ocurría e intentando averiguar por qué llamaba a la policía.

—¡Estos señores llevan drogas! Acabo de oírlo decir. —El crío nos miraba y nos señalaba acusadoramente.

—¡Pero ¿qué dices, niño?! —le espeté yo con los nervios ya totalmente descontrolados.

—Vera, tranquila. ¡Que la vas a liar más!

—¿Que yo la voy a liar?... ¡Pablo, que el mocoso este nos acaba de acusar de llevar drogas!

—¡Vera, cállate y déjame hablar a mí, por Dios! —me suplicó mi hermano.

Mi padre me sujetó por los hombros, porque me conocía y porque sabía que si me dejaba libre me iba a comer al niño del demonio ese.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el policía que acudió a los gritos del niño.

—Señor guardia, estos chicos llevan drogas para tomárselas en el avión. Regístrenlos y lo verán. Yo los he oído hablar de ello —le dijo el niño al policía, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

—¡Pero ¿qué dices, niño?! —le espeté mientras me lanzaba hecha una furia hacia él.

Menos mal que mi padre me retuvo. Aun así, mi actitud no debió de gustarle demasiado a aquel policía, que decidió llevarnos esposados «hasta un lugar más tranquilo donde poder hablar

calmadamente y asegurarse de que todo estaba correcto», dijo.

Tras un exhaustivo registro de nuestras pertenencias y de absolutamente todas nuestras zonas corporales susceptibles de poder esconder incluso un garbanzo, nos dejaron subir al vuelo, que por nuestra culpa había sufrido un retraso de casi dos horas.

Los pasajeros, embarcados a su hora y que tuvieron que esperar a que nosotros llegásemos, nos miraban queriéndonos matar cuando recorrimos el pasillo del avión hasta llegar a nuestros asientos.

Lo peor de todo fue que el sedante que el doctor le había proporcionado a mi hermano había sido requisado por aquel policía, a pesar de todas las explicaciones que Pablo le había dado. Así que no nos impidieron volar, pero sí que llevásemos encima aquel calmante que tan bien me habría venido en aquellos momentos. Estábamos a punto de despegar y se me salía el corazón por la boca.

—Tranquila, Vera —me dijo mi hermano al tiempo que me cogía la mano y me la apretaba con suavidad.

Di un largo y profundo suspiro, cerré los ojos y me centré únicamente en la sensación de ternura y cariño que me producía su mano.

Cuando quise darme cuenta, ya llevábamos dos horas volando. Inexplicablemente me había quedado dormida y me sentía bastante relajada. Además, no había tenido ninguna pesadilla. No lo había hecho desde que había salido del hospital. Probablemente era el entorno el que provocaba que mi mente elaborara sueños desconcertantes para mí. Supongo que era su forma de quejarse y, sobre todo, de exteriorizar el estrés al que me había visto sometida.

—¡Hombre, bella durmiente! Te has despertado justo a tiempo. Han empezado a servir la comida —me anunció Pablo.

—¡Qué bien! Estoy hambrienta.

Debido a mi estado de nervios y a la preocupación que había sentido por cómo sobrellevaría los vuelos en avión, no había probado bocado desde la mañana anterior, por lo que llevaba como unas treinta horas sin comer.

El problema fue que, después de desmenuzar minuciosamente aquella inquietante comida en busca de alimentos reconocibles para mí y de ingerir únicamente un par de trozos de pollo, ya que era lo único identificable que había encontrado, seguía teniendo mucha hambre. Decidí entonces mantener la cabeza ocupada con algo, entre otras cosas, para no oír a mi estómago gruñir.

Me seguía encontrando bastante tranquila, pero era mejor no tentar a la suerte, por lo que resolví entonces ponerme a leer. Me había descargado una novela romántica en el iPad. *¿Y si te vuelvo a encontrar?*, era su sugerente título. Tenía buena pinta, así que me sumergí de lleno en su lectura.

Para cuando quise darme cuenta, estábamos ya aterrizando. Primer vuelo culminado con éxito. Estaba muy orgullosa de mí misma. Había superado mi miedo a volar y me sentía muy bien.

Después de hacer escala en Abu Dabi, donde decidimos buscar algún sitio para comer algo que

yo considerara decente, volvimos a embarcar, y para ese segundo vuelo adopté la misma táctica y de nuevo me sumergí en la lectura.

Por suerte para mí, cuando terminé con esa preciosa historia que me dejó suspirando de envidia, estábamos ya aterrizando de nuevo. Habíamos llegado a Bangkok. Bienvenidos por fin al país de las sonrisas.

—¡Madre mía, qué calor hace aquí, Pablo!

—Sí, la verdad es que sí. Menos mal que el norte del país, donde se encuentra el campamento al que vamos, es una zona menos cálida. Me han dicho que allí por las noches tienes que ponerte ropa de abrigo. Espero que te hayas traído alguna chaqueta. —Me miró pensativo—. Creo que te lo dije, ¿no?

—Pues no, querido hermano, no me lo dijiste. Pero, vamos, con el bochorno tan asfixiante que hace aquí, no creo que sea para tanto. Esperemos que el taxi que viene a recoger nos tenga aire acondicionado.

Por suerte para nosotros, lo tenía. Por supuesto, el hotel también. Pablo lo había elegido por ser el que mejor relación calidad-precio ofrecía según una conocida web.

Los tres días que permaneciéramos en la capital del país habíamos pensado aprovecharlos para hacer turismo. Sin embargo, al segundo día ya estábamos hartos del calor, la humedad, los olores, el tráfico, la comida y el terrible bullicio. Bangkok era una ciudad sucia, desordenada y muy caótica, y nosotros no estábamos acostumbrados a tanto ajeteo. Estábamos deseando perder de vista la civilización y poder relajarnos con los sonidos de la naturaleza.

La última noche que pasamos en el hotel me fijé en que en el cuarto de baño, al lado del váter, había un panel de mandos con una especie de dibujitos explicativos que yo no entendía muy bien. Como buena española que soy, quise tocar todos esos botones para ver cuál era su función. Lo primero que ocurrió fue que sentí mi cara mojada.

—Pero ¿qué es esto?... ¡Qué asco!

Un chorro de agua, salido de algún sitio estratégicamente escondido en el retrete, había ido a parar a mi cara. Más concretamente, a mi boca, que en ese momento tenía abierta. ¡Me quería morir!

—¿Qué te pasa, Vera? —me gritó mi hermano desde su cama.

—¡Puaj! —dije justo antes de empezar a lavarme la boca con agua y jabón como una loca.

Mi hermano, ante los desagradables sonidos que yo estaba profiriendo por la repugnancia que me había producido aquello, se acercó a ver qué ocurría.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—¡Que el váter me ha escupido! —le grité completamente asqueada—. ¡¿Te lo puedes creer?!

Mi hermano dirigió la mirada hacia el objeto de mi desagrado y comenzó a reírse.

—Vera..., no habrás tocado esos botones sin estar sentada, ¿verdad?

Lo miré estupefacta. No sabía qué quería decirme.

Pablo se cruzó de brazos y, casi sin poder contener la risa, esperó a que le contestara.

—Pero ¿tú me has oído lo que te he dicho?... ¡Que el váter me ha escupido!

—Sí, sí te he oído. Las dos veces, además. —Él seguía mirándome y riéndose.

—¡¿Me quieres explicar qué te hace tanta gracia?!

—Pues tú, que eres un caso... ¿Tú sabes para qué son esos botones? —Ahora la que se había cruzado de brazos, esperando su respuesta, era yo—. Son para lavar..., ya sabes...

—No, no sé.

—¡Vera, piensa un poco!

De repente caí y creí que había dado con la función de tales botones.

—¡Ah, vale!..., que son para limpiar el retrete... ¡Jolín, qué modernas son aquí las cosas!

—¡Madre mía, Vera..., qué bien te va a venir conocer mundo! —Lo miré esperando a que continuara porque era obvio que mi respuesta no era la adecuada y él me lo iba a explicar—. Esos botones accionan chorros para lavar a las personas después de ir al baño..., ¿me entiendes ahora?

Me fui directa a los dibujitos del panel de mandos para mirarlos más de cerca y entonces comprendí a qué se refería.

—¡Ay, la leche!... ¡Esto es para lavarte el culo! —Mi hermano estaba desternillado de la risa—. ¡Y esto, para lavarte el...!

—Sí, para eso también —me cortó—. Te lo lava todo, Vera. Y luego te lo seca también.

—¡Venga ya!... ¡Te estás quedando conmigo!

—No, para nada —me contestó mi hermano muy serio—. De hecho, creo que te voy a dejar aquí para que averigües tú solita las funciones del resto de botones. Pero eso sí, Vera..., esta vez hazme el favor de sentarte al menos —terminó de decir partiéndose de la risa y saliendo de allí.

Al cabo de media hora salí de aquel cuarto de baño con una sonrisa de oreja a oreja y totalmente relajada. Mi hermano no pudo contener la risa y yo no pude más que morirme de la vergüenza.

—¡Bienvenida al país de las sonrisas, hermanita!... ¡Ahora ya sabes por qué lo llaman así! —Pablo soltó una enorme carcajada al verme roja como un tomate.

Me estaba tomando el pelo. Lo poco que sabía de aquella nación era que sus gentes siempre intentaban agradar, y por tanto sonreír al otro para hacerle más feliz su existencia. Era parte de su cultura religiosa y todo el mundo lo hacía. Por eso le habían dado aquel sobrenombre al país, pero mi hermano había aprovechado aquella situación para, una vez más, sacarme los colores.

—Pero qué gracioso eres, ¡joye! Estás hoy que te sales..., Pablo, Pablete...

—¡No sigas, Vera...!

—Pablo, Pablete..., ¡el que nunca la mete! —terminé de decir partida de la risa.

Sabía que ese apodo sacaba a mi hermano de sus casillas, y siempre que se metía conmigo se lo recordaba. Durante los años de instituto, como había estado tan colado por Andrea y ella siempre le daba calabazas, los demás chicos empezaron a llamarlo así. A él le molestaba mucho y yo siempre lo calmaba para que no se metiera en líos cuando decía que les iba a partir la cara a los que se lo habían inventado. Pero ahora de mayores, cada vez que se reía de mí lo sacaba a

colación. Sé que no estaba bien, pero era consciente de que Pablo había superado aquello. No sólo porque habían pasado ya muchos años, sino porque él ya no era aquel chiquillo y, aunque no hubiera tenido nunca ninguna relación estable con ninguna chica, sí que se había acostado con muchas. Candidatas no le faltaban por lo guapete que era, así que tenía más que cubiertas sus necesidades en ese sentido.

—Te he dicho que no siguieras por ahí, Vera...

Pablo se había puesto muy serio. Normalmente, ante mi ofensiva, solía amenazarme de broma y casi siempre me lanzaba cojines, almohadas o cualquier cosa no demasiado dura que tuviera a su alrededor. Sin embargo, esta vez no se lo había tomado bien y parecía afectado.

Ante su actitud, tuve que dejar la broma aparte y me senté a su lado para ver qué le pasaba, porque estaba claro que esa vez mi comentario le había molestado más que de costumbre.

—¿Qué te pasa, Pablo?

—Nada, olvídale.

—Es por Andrea, ¿verdad?... Te la he recordado con lo que te he dicho.

Pablo se giró en la cama, dándome la espalda.

Me sentí fatal por ello. No había sido consciente hasta ese momento del daño que le había causado con mis palabras. Él estaba pasando por un mal momento en su vida y yo se lo acababa de recordar.

—Pablo, lo siento..., he sido una bocazas... Perdóname, por favor.

No me respondió.

Hacía mucho tiempo que no veía así a mi hermano. Temía que se echara a llorar por mi culpa y quise consolarlo.

—Pablo, por favor, perdóname... —Decidí seguir hablando ante su silencio—: Mira, en primer lugar, te prometo que jamás volveré a decirte eso y, en segundo lugar, si quieres, y para que estemos en igualdad de condiciones, puedo contarte cómo me llamaban a mí en la universidad. Nunca te lo dije porque es algo que para mí es absolutamente vergonzoso, pero si te va a hacer sentir mejor, te lo contaré.

Pude observar que él asentía levemente, así que continué.

—Me llamaban... —carraspeé— me llamaban «la Gusiluz».

Me pareció oír que Pablo decía algo, pero viendo que no se movía decidí terminar de contarle aquello que durante tantos años me había hecho sufrir en silencio.

—Me llamaban así porque decían que era tan blanca que por las noches resplandecía como un Gusiluz. Por eso me obsesioné tanto en aquella época con ponerme morena en verano y con continuar con las sesiones de rayos UVA en invierno. Me tenía traumatizada aquel apodo.

Intenté ver la cara de mi hermano. Quería saber si lo que le había contado le había servido de alguna ayuda y lo había tranquilizado. Entonces reparé en que se estaba moviendo convulsivamente. Me asusté y lo agarré del brazo para girarlo y verle la cara.

El muy capullo se estaba partiendo de la risa. En realidad lo había estado haciendo todo el

tiempo. Ahora era consciente. Por eso se había dado la vuelta, para que no lo viera reírse y que yo le contara lo de mi apodo.

—¡Pablo, eres... eres un desgraciado! Creía que te había hecho daño con lo que te he dicho y, en lugar de eso, estás ahí doblado de la risa. ¡Ésta me la vas a pagar, te lo juro!

Seguía riéndose a mandíbula batiente.

Me metí en mi cama muy cabreada. Mi hermano a veces me sacaba de quicio, y ésa había sido una de esas veces, porque se había aprovechado de mis buenas intenciones para luego usarlo en mi contra.

—Venga, Vera..., no te enfades, que ya casi estoy parando de reír.

Pero seguía llorando de la risa.

Eso me cabreó más aún. Sabía que el cachondeo me iba a durar varios días, y era lo único que me faltaba para terminar de crispas mis nervios, ya de por sí muy a flor de piel por todo lo que me esperaba en aquel dichoso viaje que yo ni había buscado ni había elegido.

Pablo debió de darse cuenta de mi frágil estado de ánimo y de que estaba a punto de ponerme a llorar. Porque de repente me sentía prisionera en aquella apabullante ciudad que me impedía estar donde yo más anhelaba en ese momento: en mi casa, con mi gente, en mi zona de confort. Ahí era donde quería encontrarme, y no podía.

Comencé a sentirme mal. Quería salir corriendo de allí. Quería gritar por lo enfadada que estaba por haberme dejado convencer de hacer aquel voluntariado.

Pablo se acercó a mi cama y se arrodilló.

—Vera..., ¿qué te pasa? —me preguntó ahora ya serio y preocupado mientras me cogía la mano para tranquilizarme como hacía siempre.

Se me quebró la voz. No pude hablar. No pude explicarle que me sentía atrapada en aquel estúpido viaje que no me iba a aportar nada y que lo único que quería era volver y continuar con mi vida como si nunca hubiera ocurrido nada.

Porque, después de haber salido del hospital, ya nada había vuelto a ser como antes. Desde entonces todo me había parecido extraño, vacío, carente de sentido. Había algo que se me escapaba de las manos y no conseguía saber qué era. Esa extraña sensación me había acompañado desde el día que había despertado en aquel dichoso hospital, pero no se lo había contado a nadie. Porque era una sensación estúpida, absurda. Pero no sólo seguía ahí, sino que conforme pasaban los días aumentaba en intensidad, confiriéndole a mi ya de por sí insulsa existencia un sentido más vacío aún.

Pasaron los minutos y el nudo de mi garganta se fue deshaciendo despacio. Pablo supo esperar pacientemente, como hacía siempre, a que yo pudiera hablar y contarle qué me sucedía.

—Lo siento, Pablo —comencé a decirle a modo de disculpa—. Me encuentro superada por todo lo que me ha ocurrido, y supongo que en algún momento tenía que explotar. Yo no debería haberte acompañado en este viaje, pero el caso es que aquí estoy; así que tengo claro que no me

queda otro remedio que apechugar y tratar de hacer mi voluntariado lo mejor posible. Es sólo que necesito tiempo para adaptarme a este sitio.

—Vera, por eso no te preocupes. Sé lo difícil que puede ser encontrarse en tu situación, pero si no estuviera completamente convencido de que realmente esto te va a ayudar, no te habría dejado venir. No te agobies. Date tiempo. Ya verás cómo al final te merecerá la pena todo el esfuerzo que estás haciendo. Deja de pensar en cómo serán las cosas y simplemente déjate llevar, ¿de acuerdo?

Sus palabras habían logrado lo que buscaban. Como siempre.

Pablo era mi ansiolítico, mi tranquilizante, y de nuevo había conseguido calmarme.

—Gracias. Gracias por estar siempre ahí, no sé qué haría sin ti. No me faltes nunca, por favor.

—¡Ay, hermanita! Yo tampoco sabría qué hacer sin ti.

Me dio un beso en la frente y me pasó la mano con mucha ternura por la mejilla. Después se dirigió a su cama, se metió en ella y apagó todas las luces.

El silencio envolvió la habitación, y la serenidad, por fin, hizo acto de presencia en mi ser. Esa noche, después de todo, dormiría tranquila tras haber soltado el lastre que me habían supuesto mis emociones contenidas.

—Vera... —susurró entonces Pablo para no romper demasiado el silencio de la noche.

—¿Qué? —le contesté yo en el mismo tono.

—¿No hay demasiada luz en la habitación?

Me incorporé un poco y miré a mi alrededor. La habitación estaba completamente a oscuras.

—Yo no veo ninguna luz, Pablo —le contesté confusa.

—¡Ah, no, perdona! Ya sé de dónde proviene el resplandor que veo... —Pablo hizo una pausa en la que me pareció oírlo reír—, *Gusiluz*.

Estalló en carcajadas de nuevo mientras yo lo mandaba a paseo una y otra vez. Me iba a vengar de él, me costara lo que me costase.

A la mañana siguiente vinieron a recogernos al hotel para llevarnos a nuestro destino definitivo. El campamento estaba situado en el norte del país, entre dos ciudades llamadas prácticamente igual: Chiang Mai y Chiang Rai.

Hasta ese momento, mi hermano no me había hablado de la necesidad de coger también vuelos internos para trasladarnos de un sitio a otro, así que casi lo estrangulo cuando fui consciente de que nos dirigíamos de nuevo al aeropuerto.

—El trayecto sólo dura una hora y poco, Vera. Si no te vas a enterar siquiera de que estamos volando. Cuando quieras darte cuenta, ya estaremos aterrizando.

—Pablo, no te mato aquí mismo porque estoy en un país donde no entiendo lo que leo, no entiendo lo que me dicen y no sabría cómo demonios volver yo sola a España. Si no fuera por eso, tú —lo señalé amenazadoramente— en estos momentos ya sabrías lo que es vagar por la eternidad.

Todo iba de mal en peor. Cuando ya creía que había superado una piedra en el camino, aparecía otra. ¿Hasta cuándo iba a durarme esa sensación de pérdida de control de mi vida?...

¿Cuándo iba a comenzar yo a tomar las riendas?... Porque primero habían sido mis forzadas vacaciones, luego el viaje dichoso, con su dichoso voluntariado y sus dichosos vuelos. El caso es que llevaba ya unas semanas, desde que me había despertado en aquel hospital, que yo no había decidido ninguno de los pasos que había ido dando y estaba comenzando a hartarme. La situación me estaba superando.

Aun así, respiré hondo, intenté relajarme y no pensar y me subí a mi tercer avión. Empezaba a sentirme ya como Willy Fog dando la vuelta al mundo.

—Para que no tengas más sobresaltos, Vera, te diré que cuando lleguemos al aeropuerto de Chiang Mai vendrán a recogernos y nos trasladarán a un campamento que está situado en un parque nacional. Allí nos alojarán en cabañas y conviviremos con los nativos, a quienes ayudaremos dando clases de diferentes materias, enseñándoles inglés y construyéndoles los espacios que necesiten para formar un pequeño poblado. También habrá un equipo médico que se encargará de enseñarles hábitos saludables y que, por supuesto, cuidará de nosotros en caso de necesidad.

—¿En caso de necesidad? —le pregunté a Pablo algo inquieta.

—Sí, ya sabes...

—No, no sé. —Ya estaba empezando a ponerme nerviosa de nuevo.

—Vera, en la zona a la que vamos hay ciertos peligros..., hay animales salvajes.

—¿Cómo de salvajes, Pablo?

—Pues... un poquito..., lo normal para esta zona supongo... Puede haber escorpiones, ciempiés gigantes, sanguijuelas, serpientes, tarántulas, tigres.

La cosa no mejoraba. ¡Pero ¿quién me habría mandado meterme a mí en aquel lío?!

—¡Pero para todo hay cura, Vera!... Así que no te preocupes.

La felicidad de mi hermano era envidiable. De verdad.

En cambio, yo no me sentía así. «¿Dónde demonios te has metido, Vera?»

Decidí no pensar en ello. Decidí escudarme en una actitud despreocupada, ya que consideré que tener mi mente abierta a todo lo que pudiera venir, para poder disfrutar de ello, sería un buen plan. Sabía que me iba a costar, pero era eso o morirme de asco el mes entero.

Mi hermano continuó contándome más cosas sobre nuestro viaje.

—Los fines de semana los tenemos libres y los podemos dedicar a hacer turismo. Yo ya tengo varias excursiones vistas que me gustaría hacer. Pero no quiero agobiarte ahora mismo con tanta información. Ya lo iremos viendo todo sobre la marcha.

Acabábamos de llegar. Realmente el vuelo se me había hecho muy corto y apenas me había enterado.

Nada más salir del aeropuerto, ya notamos el cambio en el clima. Hacía bastante frío.

Meternos en la furgoneta que nos llevaría a nuestro destino alivió bastante la tiritona que había comenzado a sentir. En cuanto llegara al poblado, iría a alguna tienda a comprarme algo de abrigo.

O eso pensé que podría hacer, pero nada más lejos de la realidad.

Después de recorrer una distancia de unos cien kilómetros, en los que cada vez nos alejábamos más de la civilización, empezamos a adentrarnos en un paraje bastante salvaje y ajeno a todo lo que tuviera que ver con el progreso urbanita.

Comenzaba ya a anochecer y estaba deseando llegar y poder instalarnos.

Al poco, nuestro transporte se paró y no vi ni rastro de ninguna tienda, ningún edificio ni nada que se le pareciese. Allí no había nada a la vista.

Le pregunté a la persona que nos acompañaba si podía indicarme dónde había alguna tienda de ropa. Se me quedó mirando extrañado. Le expliqué que no hacía falta que fuera ningún centro comercial, que con una pequeña tienda local me las apañaba, pero seguía mirándome raro.

—Eh..., verás, hermanita... —me dijo mi hermano con cierto retintín—, estamos en mitad de la selva. Aquí no hay tiendas.

—Pablo, eso ya lo sé. Ya le he dicho a este hombre que con que me lleve a alguna tienda local es suficiente.

—Ya, pero es que aquí no hay tiendas locales.

—¿Cómo no va a haber tiendas locales?... ¿Y dónde compran la comida, las medicinas, los libros, la ropa y todas esas cosas?

—¡Madre mía, Vera!... Te veo muy desubicada. Pero ¿tú dónde te crees que estamos?

—¡Pues no lo sé! ¡Dímelo tú!

Mi nerviosismo y mi enfado habían llegado a niveles peligrosos para la integridad de cualquiera que me hablase en ese momento. Mi hermano me conocía y lo sabía, así que intentó explicarme las cosas con mucho tacto y mucha paciencia.

—Vera, el voluntariado se hace precisamente porque esta gente está alejada absolutamente de todo. Aquí no hay tiendas de ningún tipo. Todo lo consiguen ellos de manera natural. La comida la cazan, la pescan o la cultivan, los medicamentos los hacen con plantas, los libros simplemente no existen y la ropa se la confeccionan ellos con pieles de animales o, en el mejor de los casos, tejiendo lana. Aquí no saben lo que es un comercio o lo que es ir a comprar.

Vale..., ¿podía ir algo peor?

Obviamente, no.

Estaba claro que me había embarcado en aquella aventura sin conocimiento de lo que estaba haciendo y sin pensar siquiera lo que me esperaba.

Comencé a tiritar. Tenía frío, mucho, pero ahora además sentía miedo. Sentía que mi vida se había ido desmoronando y yo me estaba derrumbando con ella. Acababa de comenzar a sentir una losa muy pesada sobre el pecho que no me dejaba respirar. Estaba empezando a tener una crisis de ansiedad en un lugar muy lejos de la civilización, sin recursos de ningún tipo y sin nada que me ayudara a superar mi estado.

Para colmo, había comenzado a llover. Y cuando digo llover no me refiero a un leve chispeo, no. Estaba diluviando.

—Corred, venid a refugiarnos aquí.

Una voz masculina me sacó de mi estado. Me volví y vi a un hombre haciéndonos gestos para indicarnos hacia dónde teníamos que ir. Me fijé en él y enseguida supe de quién se trataba. Me paré en seco.

—Esto ya es el colmo, Pablo... —dije al borde del llanto y mirando a mi hermano desesperada—. ¿Qué demonios hace él aquí?

Capítulo 5

Quería largarme de allí. Mi límite de despropósitos había llegado a su máximo y ya no quería continuar con aquella locura.

—Vera, te estás empapando —me advirtió mi hermano al ver que no me movía del sitio.

—Me da igual —le grité enfadada.

—A ver, ¿cuál es el problema ahora? —me preguntó entonces Pablo, algo desesperado ya conmigo y mi actitud.

—No lo sé —le contesté como una niña pequeña cuando no tiene argumentos que dar.

—¿Entonces?

Resoplé. Realmente no había ningún motivo de peso para que me molestara que él estuviera allí, pero de entrada no me había hecho gracia.

—Quiero saber qué hace él aquí —le dije al tiempo que cruzaba los brazos mientras esperaba su explicación.

—Vera, fue él precisamente quien me habló de este lugar. Una de las veces que estuvimos esperando a que nos dieran el resultado de unas pruebas que te habían hecho estuve hablando con él y me comentó que iba a venir aquí a hacer el voluntariado. Me pareció tan buena idea que le pedí el teléfono de la organización para llamar y reservar mi plaza. Ni siquiera caí en que tuviera que decirte que él estaría aquí —me dijo Pablo, claramente cansado de mi actitud—. Además... —continuó diciendo al tiempo que levantaba su maleta en peso y salía corriendo—, tampoco creo que sea para tanto, hermanita.

Y probablemente no lo fuera, pero yo ya estaba harta de todo. Al igual que el agua resbalaba por mi cuerpo y se diluía perdiéndose entre el barro, las pocas ganas que me quedaban de estar allí también acababan de desvanecerse.

El doctor que me había tratado en el hospital, aquel al que yo consideraba un energúmeno y que se había buscado mi odio eterno por haberme drogado de aquella manera tan ruin, estaba justo de pie frente a mí.

—Hola, Vera —me dijo bastante cauto. Supongo que mi cara de desagrado no le había pasado desapercibida.

Mi hermano, que había corrido para guarecerse de la lluvia, estaba entrando en una de las pocas cabañas que había con luz. Sin embargo, yo seguía allí, en medio de la nada. Me encontraba completamente mojada y tremendamente exhausta.

—Déjame que te ayude —me dijo entonces.

—Puedo yo sola —le espeté.

—No creo que puedas. La maleta se está hundiendo en el barro y...

Efectivamente, eso que él iba a decirme como si de un adivino se tratara, acababa de pasar. Se había hundido y, al tirar de ella, se había abierto. Todas mis pertenencias se habían volcado sobre el lodo, mojándose, manchándose y desperdigándose.

—¿Me dejarás ahora que te ayude? —me preguntó de nuevo el doctor.

Fue entonces cuando me fijé bien en él. En el hospital apenas lo había hecho. Su enorme complexión, su cuerpo musculado, sus expresivos ojos negros y sus carnosos labios entreabiertos lo hacían tremendamente atractivo.

Pero no iba a dejar que eso me confundiera y me apartara de mi idea de largarme de allí.

Me di media vuelta con la intención de dirigirme hacia el transporte que nos había traído. No iba a pasar ni un minuto más en aquel lugar. El problema fue que éste había desaparecido.

Me volví de nuevo y vi que ese hombre seguía allí, de pie delante de mí, observándome.

Su camiseta mojada, ahora transparente por la lluvia, mostraba el escultural cuerpo que tenía, y no pude evitar mirarlo de arriba abajo de nuevo.

Entonces caí en la cuenta de que probablemente mi camiseta también estuviera mostrando más de lo que a mí me habría gustado. Me miré y, efectivamente, se me transparentaba todo.

¡Por eso aquel energúmeno seguía allí plantado, mirándome de aquella manera!

Me tapé como pude con los brazos mientras sentía la mayor vergüenza de mi vida. Durante el vuelo había ido muy incómoda con el sujetador y había decidido quitármelo, así que ahora me quería morir.

—¡No pensarás que me han llamado la atención tus dos «fresitas»!... ¡Venga..., que no son para tanto! —dijo haciendo un ademán para restarles importancia.

Una ráfaga de ira recorrió todo mi cuerpo. Aquel imbécil no sólo me había desnudado con la mirada, sino que encima se estaba riendo de mis «fresitas».

Mis pechos no eran grandes, cierto. De hecho, eran más bien pequeños, y supongo que en sus enormes manos lo parecerían aún más, pero eso no le daba derecho a reírse así de mí.

—¡A mí tampoco me han llamado la atención tus dos canicas!... —le espeté señalándole con indiferencia la entrepierna.

Inmediatamente después me crucé de brazos otra vez, matando así dos pájaros de un tiro: taparme y mostrarme muy contrariada.

Se echó a reír. ¿Qué demonios le hacía tanta gracia? Acababa de burlarme de su paquete y no le había afectado en absoluto. Supongo que aquel patán se sentía muy seguro de sí mismo.

La lluvia comenzó a arreciar y un relámpago enorme cruzó el cielo. El ensordecedor trueno que se oyó a continuación hizo que me asustara y comenzara a temblar. Tenía miedo, frío, y estaba exhausta después del largo viaje.

—Vera, ¿me dejas que te ayude ya?... Vas a acabar poniéndote enferma.

—Para ti soy la señorita Cano.

—Lo siento mucho, *Fresitas*, pero ya no estamos en el hospital, así que aquí puedo llamarte

como me dé la gana —terminó de decir con toda la arrogancia del mundo.

Aquel doctor de pacotilla, energúmeno, perroflauta, patán *drogapersonas*, había acabado con la poca paciencia que me quedaba. Me lancé hacia él con la clara intención de darle dos guantazos y ponerlo en su sitio, pero el barro me lo impidió. Aquello se había convertido en un lodazal y me había quedado clavada en el suelo.

Tuve que soportar que aquel hombre me arrancara literalmente de donde me encontraba, me cogiera en peso como si fuera un saco de patatas y me llevara hasta una cabaña, dejando todas mis cosas tiradas en el barro.

Le golpeé la espalda y donde pude alcanzar. Le grité, lo insulté e intenté también darle patadas. Aun así, no me soltó. Aquella roca no se inmutó, y hasta que llegamos a la cabaña donde se encontraba Pablo no me dejó en el suelo.

Ahora sí que me iba a oír aquel patán. ¿Quién se había creído que era para tratarme de aquella manera?

—Ah, Vera, ya estás aquí —me dijo mi hermano llamando así mi atención, totalmente ajeno al enorme cabreo que yo sentía—. Mira, te presento a Malai. Ella es nuestro enlace aquí. Será la persona que mañana nos lo explique todo y a la que tendremos que acudir en caso de que ocurra algún problema.

Malai me había tendido la mano, pero yo no me había dado ni cuenta. Me sentía tan ofuscada que sólo pensaba en salir allí fuera, buscar a aquel desesperante hombre que se había largado sin más y darle donde más le doliera.

—¡Vera! —Mi hermano acababa de llamarme la atención para que me centrara y saludara a Malai.

—Ah, sí, perdona, Mulán —le dije tendiéndole ahora yo mi mano—. ¡Encantada!

—¡Vera...! Se llama Malai. —Mi hermano estaba comenzando a perder la paciencia conmigo.

—Ah, lo siento..., es que estoy con la mente en otra parte.

Me volví y miré hacia la calle. Ese imbécil estaba recogiendo todas mis cosas de cualquier manera y metiéndolas atropelladamente en mi maleta sin ningún cuidado.

—¿Quieres decirme qué te pasa, Vera?

La tal Malai se había ido y mi hermano me acababa de coger la cara para girármela y que lo mirara. Estaba esperando mi respuesta.

—¿Quieres decir además de haber tenido que coger en tres días más vuelos que en toda mi vida... —empecé a decirle muy alterada— para venir a un lugar que está situado en la otra punta del mundo, a pasar penurias, convivir con animales que hasta ahora sólo había visto en fotografías y tener que soportar además a un retrasado, y todo ello por el módico precio de dos mil euros?!... —Había perdido completamente los nervios y estaba gritando a mi hermano como nunca antes lo había hecho—. ¡¿Qué más quieres que me pase, Pablo?!

Sólo me dio tiempo a ver a mi hermano hacerle un gesto afirmativo a alguien y sentir un pinchazo en el brazo. Después de eso, me desmoroné y todo se volvió negro.

Oigo la lluvia caer. La noche lo envuelve todo.

Soy feliz.

Pero de repente todo vuelve a ir mal.

Me pongo muy nerviosa.

Mi pecho se contrae impidiéndome respirar.

Me ahogo.

Sé lo que viene a continuación.

El precipicio. La caída.

Pánico, terror.

Silencio.

A la mañana siguiente, ya no llovía. Los únicos sonidos que se oían eran los que emitían los pájaros con sus cánticos. Nunca había oído algo tan relajante. Era el sonido de la auténtica naturaleza, algo bastante desconocido para una persona criada toda su vida en la ciudad, como era mi caso.

Me sentía relajada, aún un poco desorientada, pero poco a poco iba recordando dónde estaba y cómo había llegado allí.

De nuevo había tenido aquella pesadilla, pero no iba a dejar que me influyera. Bastante tenía con solucionar todo lo demás.

Me incorporé un poco y pude echar un vistazo al lugar donde me encontraba. Las paredes eran todas de madera. El techo estaba hecho con una especie de hojas de palmeras secas. Apenas había muebles en la habitación, a excepción de la cama donde me encontraba, otra situada al lado izquierdo de la mía y que estaba vacía pero deshecha, un armario, una especie de mesa de despacho pequeña y una silla donde se encontraba sentado el dichoso doctor.

«¡Pues me iba a oír!»

—Eh, imbécil —le grité para llamar su atención. Cuando me miró, continué hablando—: Ya veo que sigues teniendo la misma fea costumbre de drogar a la gente en contra de su voluntad.

—Buenos días para ti también, Vera —me contestó como si aquello no fuera con él. Yo iba a seguir gritándole y lanzándole toda clase de improperios, pero no me dejó porque continuó hablando como si nada—: Tienes todas tus cosas en ese armario. —Miró entonces su reloj—. Por la hora que es, ya debe de estar servido el desayuno, así que te voy a dejar para que te vistas. Te espero fuera; quiero mostrarte dónde está todo.

—¿Y mi hermano?

—Pues supongo que ya estará desayunando. Ha dormido contigo esta noche —me dijo señalando hacia la cama que tenía a mi lado—, pero me ha pedido que te vigilara mientras iba a darse una ducha. Te espero fuera, no tardes.

Y, con las mismas, salió de allí.

¡Dios, no podía empezar peor el día!

Pero sí, sí que podía hacerlo, porque en ese momento recordé que toda mi ropa se había caído al barro, con lo que probablemente no tendría nada limpio que ponerme y me había despertado empapada en sudor después de aquella dichosa pesadilla.

¡Me quería morir! ¡¿Qué más me podía pasar?!

Aun así, decidí ver cómo había quedado todo lo que llevaba en mi maleta, y abrí el armario donde supuse que la encontraría.

Sorprendentemente, la ropa estaba fuera de ella, limpia y colgada. Con toda probabilidad, mi hermano, viendo cómo me había puesto, había decidido hacer algo para mejorarme la existencia allí y había lavado mi ropa y la había colgado para que se fuera secando. Con el calor que hacía, estaba ya todo prácticamente seco.

Me cambié a regañadientes. Porque primero me habría gustado darme una ducha antes de ponerme la ropa limpia, pero aquel energúmeno no me había dado opción, así que tendría que hacerlo más tarde.

Por otra parte, acababa de darme cuenta de que necesitaba imperiosamente desayunar, ya que mi estómago me estaba pidiendo a gritos algo de comida.

Cuando salí de la cabaña, un sol espléndido lucía en el cielo. Parecía mentira que la noche anterior hubiera diluviado de aquella manera y ahora no hubiera ni rastro de las nubes.

El doctor me estaba esperando sentado en los escalones de subida a la cabaña. Por lo que pude observar, todas estaban elevadas bastantes centímetros del suelo, probablemente para evitar que el agua de la lluvia entrara en ellas.

Respiré hondo e intenté calmarme. Ese energúmeno sacaba lo peor de mí, pero no podía permitir que eso siguiera ocurriendo si quería sobrevivir allí las tres semanas que aún me quedaban por delante.

—Vera, sé que estás enfadada conmigo —me aclaró cuando comenzamos a andar.

—¡Muy enfadada! —le espeté.

—Vale, y lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! —comencé a gritarle. Otra vez me había sacado de mis casillas. Para no variar.

—Vera... —me dijo intentando que me calmara—, escúchame, por favor.

Respiré hondo de nuevo y, haciendo un ejercicio de autocontrol absoluto, me callé y lo dejé hablar.

—Siento haberte sedado ayer.

—¿Ayer sólo? —le pregunté muy contrariada.

—Vale..., siento haberte sedado las dos veces que lo he hecho. Pero tienes que entender que siempre ha sido porque, como profesional, he considerado que era lo mejor para ti.

—¡Ya!

—Vera..., ¿podemos enterrar el hacha de guerra?, por favor... —me pidió suplicante.

—Siempre que me prometas que no volverás a drogarme —le contesté sin pensar.

Pero ¿por qué le estaba dando tregua? Acababa de sorprenderme a mí misma con mi propia respuesta. ¡¿Es que estaba bajando la guardia?!

El doctor me miró y me sonrió.

—Te prometo que no volveré a hacerlo.

Parecía sincero.

Entonces se paró y me señaló una cabaña.

—Ésa es la escuela. Ahí es donde les darás clase a los chavales. Luego los conocerás.

Habíamos llegado a una especie de plaza rodeada de cabañas y el doctor me estaba explicando para qué se usaba cada una.

—Aquella es donde comemos los voluntarios y sirve también a modo de salón social donde nos reunimos por las noches para charlar o hacer alguna fiesta, y aquella de allí es el centro médico.

—¿Donde tú trabajas entonces? —le pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—No, Vera, aquí no soy el médico.

—¿Qué? —le pregunté algo confundida.

—Vera..., ¡qué alegría verte con esa buena cara! —Mi hermano venía directo hacia mí, con los brazos abiertos dispuesto a envolverme con ellos—. Te encuentras mejor hoy, ¿verdad?... No me extraña, esto es impresionante. ¿Ander te lo ha enseñado todo ya?

No me dejó que le contestara. Se lanzó sin más hacia mí y me abrazó como si no hubiera un mañana. Estaba pletórico.

—Aún no he tenido tiempo de enseñarle prácticamente nada, Pablo. Prefiero que primero desayune tranquilamente y, cuando ya haya cogido fuerzas, Malai se encargará de explicarle todo lo demás.

La tal Malai acababa de llegar muy sonriente también. Apenas la recordaba de la noche anterior. Sabía que Pablo me la había presentado, pero ni idea de quién me había dicho que era.

Conforme llegó, le soltó dos besos muy cariñosos al doctor y otros dos a Pablo. Esa mujer no perdía el tiempo. ¡Tonta no era, desde luego!

A mí me saludó con un simple «hola», gesto que no le pasó desapercibido a nadie. Supongo que mi actitud de la noche anterior, cuando Pablo intentó presentármela, había hecho que de entrada yo no le cayera muy bien.

—Vera, ¿te acuerdas de Malai? —me preguntó entonces mi hermano.

—Sí, claro. ¡Hola! —le contesté devolviéndole el saludo y dirigiéndole una forzada sonrisa con la intención de caerle algo mejor y que mejorara su, probablemente, nefasta opinión sobre mí.

—¡Hombre, la famosa Vera! —dijo entonces un tío joven, alto y con una expresión muy simpática que venía directo hacia mí con la clara intención de soltarme dos besos.

—Éste es Xavi —me dijo entonces el doctor—. Él es el médico aquí.

—¿Y por qué no lo eres tú? —atiné a preguntar mientras aquel chico me plantaba los dos

besos.

—Es algo complicado de explicar, Vera —me respondió—. ¿Subimos a desayunar ya?

Claramente quería desviar el tema, y yo no era quién para inmiscuirme en su vida, así que seguí sus pasos y entré en aquella cabaña donde olía tan bien.

Mi estómago comenzó a hacer piruetas cuando vi todo lo que había para desayunar. Tenía muchísima hambre y, gracias a Dios, aquel desayuno era continental, por lo que la mayoría de la comida era reconocible para mí.

Los demás se habían quedado fuera hablando, así que, una vez cogí todo lo que me iba a comer, busqué donde sentarme. El doctor se acercó hasta la mesa donde yo me encontraba y se sentó frente a mí. Sin embargo, ambos comenzamos a comer sin decir absolutamente nada. Lo curioso fue que no me sentí incómoda por ello.

—Perdona, ¿cómo te llamabas?... —le pregunté por curiosidad cuando ya casi estábamos terminando de desayunar—. No consigo recordar tu nombre.

—Para ti soy el doctor Sainz de Barahona —me dijo con mucha altanería.

Le iba a contestar muy resuelta yo que no esperase ese trato por mi parte, pero se me adelantó.

—Es broma, Vera. Me llamo Ander.

—Vale —le dije recordando cuando yo le había soltado eso mismo en el hospital con la misma chulería o incluso más que la de él.

El resto del desayuno ambos continuamos en silencio. Parecía que ninguno de los dos tenía nada que decirle al otro. Sin embargo, cuando nos disponíamos a salir de allí, Ander quiso saber una cosa.

—Vera, ¿has recordado ya algo de lo que te pasó?

—No, aún no. Y tampoco sé si quiero hacerlo, así que no me importa demasiado.

—Comprendo.

A continuación abandonamos el comedor y ya no continuamos hablando más del tema.

El resto de la mañana Malai me lo estuvo explicando todo. Me dijo que ella era enfermera y que trabajaba junto con Xavi en el centro médico, cuidando de los nativos. Además, ella era el enlace que tendríamos con la organización que se encargaba de coordinar aquel voluntariado. Malai era oriunda de la zona, por lo que también hacía de intérprete cuando teníamos que comunicarnos con alguno de los lugareños que no sabía inglés.

Luego siguió explicándome que mi hermano y Ander se encargarían de construir una cabaña más. Ésta hacía falta para poder acoger a más niños huérfanos que habían encontrado.

Porque de eso trataba aquel voluntariado. Allí se atendía a niños sin familia que eran encontrados en las calles, y se les daba comida, educación y un hogar donde vivir.

La idea de que aquellos niños no tuvieran unos padres de los que poder disfrutar como había hecho yo siempre con los míos me partió el corazón. La labor que se hacía allí, por tanto, era muy importante y yo iba a poder participar en ella. De repente sentí que iba a hacer algo muy trascendente en mi vida y que eso, por fin, dotaba de sentido a aquel viaje.

La escuela, o lo que ellos llamaban escuela, distaba mucho de parecerlo. Era una estancia desvencijada, con muy pocas sillas, menos mesas aún y ningún material para poder trabajar con aquellos pequeños.

—Siento decirte que serás tú la que tenga que encargarse de preparar todos los materiales que vayas a usar —me explicó Malai—. Aquí no hay de nada, así que con lo único que cuentas es con tu imaginación y con tus ganas de hacer un bien a estos chicos.

Mi trabajo no iba a ser fácil, pero no podía amedrentarme a la primera de cambio. Había ideado campañas publicitarias muy llamativas y originales, por lo que eso no podía ser más difícil. Sólo tendría que ponerme las pilas y lo demás vendría rodado.

—Mira, Vera, ya están llegando los chavales —me dijo Malai al tiempo que un grupo de cinco niños entraba en la escuela—. Hoy sólo será conocerlos. Te los presentaré y te dejaré hablando un rato con ellos. Cuando ya sepas todo lo que necesites de cada uno, puedes darles la mañana libre y que se vayan a jugar, así tú podrás empezar a preparar todo lo que creas oportuno para trabajar con los chicos.

—Pero ¿cómo me voy a entender con ellos?

—Pues precisamente de eso se trata, Vera —me respondió Malai—. Tendrás que comunicarte con ellos en inglés, que es el idioma que deben perfeccionar. Se trata de darles la oportunidad de mejorar una lengua que aquí en Tailandia les abrirá muchas puertas, ya que para trabajar de cara al turismo, que es donde más salidas laborales hay para ellos, necesitan tener cierta fluidez con el inglés. Pero ya te anticipo que no vas a tener problemas con eso. Todos saben defenderse bastante bien. También les enseñarás a sumar, restar, multiplicar y dividir, para que puedan desenvolverse bien con el dinero, su cambio, etcétera. Pero ahora mismo no quiero agobiarte, poco a poco tú irás viendo también qué otras enseñanzas pueden serles útiles, ya que éste es un programa abierto donde ellos son esponjas y donde tú tratarás de prepararlos para un futuro mejor del que ahora mismo tienen.

Menuda responsabilidad. Acababa de hundirme. ¡No sabía ni por dónde empezar! Menos mal que por las exigencias de mi trabajo tenía un buen nivel de inglés, de lo contrario no sé qué habría hecho.

—Bueno, chicos... —comenzó a decir Malai—, ésta será vuestra nueva maestra, así que quiero que vayáis diciéndole vuestros nombres y la edad, los que la sepáis. Ah, se me olvidaba... —dijo dirigiéndose a mí de nuevo—, el chico que está sentado al fondo no habla. Lo llamamos Anurak, que significa «ángel». Fue encontrado en la selva por unos campesinos. Es un niño que nunca había convivido con otras personas hasta ahora. No sabemos quiénes son sus padres ni qué les pasó. No habla nada, así que vas a tener doble tarea con él. Ten paciencia y no te desesperes. Calculamos que tendrá unos diez años, por si te sirve de ayuda. Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Y se marchó, dejándome allí sin saber muy bien por dónde empezar con aquellos pequeños, que me observaban curiosos.

Me quedé en blanco. Simplemente no sabía qué decir, así que me dediqué también a observarlos y ver qué me transmitían sus caras mientras intentaba que se me ocurriera algo.

—*Hello...* —solté entonces muy tímida al tiempo que levantaba mi mano a modo de saludo.

Aquellos chiquillos seguían mirándome fijamente esperando algo más de mí. Pero yo seguía sin saber qué más decir.

—¡Vamos, *Fresitas...*! Estoy convencido de que puedes decir algo más que eso en inglés.

Ander había entrado en la escuela sin haberme dado yo cuenta y, desde el fondo de la sala, me observaba sonriendo burlescamente con los brazos cruzados esperando a que yo hablara.

Pero ¿quién había pensado que era?

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?... —le pregunté furiosa. Pero él seguía riéndose de esa manera tan descarada—. ¡Eres... eres un patán, energúmeno, perroflauta!

—Eh, eh... ¿A que no eres capaz de decirme todo eso en inglés? —me retó con suficiencia.

Si el imbécil ese pensaba que yo me iba a arredrar, lo llevaba claro.

Comencé a soltarle todos los insultos que conocía en inglés, volcando así toda mi rabia contra él.

Los pequeños empezaron a reírse porque, por lo visto, entendían ese idioma bastante más de lo que yo creía. Cuando fui consciente de que ésa no era la mejor manera de empezar a dar una clase, cerré la boca. Luego la abrí de nuevo para pedirle a *Míster Patán* que se largase de allí y para amenazarlo con que ya hablaría con él más tarde. Por último, me presenté ante los chavales una vez él se hubo ido, siendo consciente de lo mal que había quedado delante de ellos por culpa de aquel imbécil.

Después les di paso y comenzaron a presentarse ellos mismos. Así, fui conociéndolos poco a poco. Su inglés no era muy fluido, pero sí lo suficientemente claro como para poder entenderme bastante bien con ellos.

Primero lo hizo la más pequeña del grupo, Sunee. Era una niña morena, con la mirada muy despierta y con bastante desparpajo a pesar del idioma. No supo decirme su edad, aunque yo habría dicho que no tenía más de cinco o seis años. Sólo me contó que no había conocido a sus padres y que le gustaba mucho jugar con las muñecas, pero que nunca había tenido ninguna. Anoté mentalmente la posibilidad de enseñarles a hacer muñecos. El problema sería dónde conseguir los materiales.

Después se presentó Kanya. Ella sí supo decirme su edad: tenía trece años. Su historia había sido muy dura. Había perdido a sus padres con tan sólo diez años, así que su vida a partir de entonces había sido un caos. Había estado yendo de un sitio para otro sin tener una residencia fija hasta que llegó allí, donde por fin, según me explicó, se quedaría si nadie se lo impedía. Aquel sitio se había convertido en su nuevo hogar.

A continuación empezaron a hablar los chicos. Primero lo hizo Aroon. Su nombre significaba «el que viene de la aurora». Se lo puso su madre en el momento de nacer y justo antes de morir. El padre no supo o no pudo hacerse cargo de él y lo dejó, junto a una nota donde explicaba que no le

quedaba otro remedio que abandonarlo tras la muerte de su madre, en la puerta de un templo budista. Los monjes lo cuidaron y, cuando tuvo diez años, le contaron cuál había sido su pasado. Él, ni corto ni perezoso, decidió ir en busca de su padre para decirle que ya se había hecho un hombre, que ya podía cuidar de sí mismo y que, por tanto, ya podía vivir con él. Después de dar muchos tumbos por las calles y por supuesto no dar con su progenitor, las autoridades lo encontraron medio muerto de hambre y de frío y lo llevaron allí. Ahora tenía doce años.

Khalan era el otro adolescente que había allí junto con Kanya. Él era mayor que ella. Tenía quince años. No quiso contarme mucho, así que no le insistí. Parecía enfadado con el mundo y no me pareció que tuviera una actitud precisamente colaboradora, pero no quise adelantarme. Ya nos iríamos conociendo poco a poco. No quería forzar las cosas y empezar mal con ellos el primer día.

Por último, sentado en el suelo al fondo de la clase, se encontraba Anurak. Malai ya me había dicho que era un niño que habían encontrado en la selva, que tendría unos diez años y que no se comunicaba. Él me había estado mirando fijamente durante todo el tiempo que habíamos permanecido allí; incluso cuando habían sido sus compañeros los que habían estado hablando. Me acerqué a él con cuidado y me agaché. Le pedí permiso para cogerle la mano y, aunque al principio dudó, luego dejó que se la agarrara y, junto con la mía, la acercara a mí. Entonces le dije mi nombre. A continuación, acerqué ambas manos a su pecho y pronuncié el suyo. Le insistí varias veces para que lo repitiera conmigo, pero Anurak sólo miraba mi cara, sin observar siquiera el movimiento de manos que yo le había estado haciendo.

Le sonreí, aunque me sentí algo frustrada porque él no emitiera ningún sonido. Ya me había advertido Malai que con él tendría doble trabajo.

Recordé entonces la labor que hacía una amiga con niños que se encontraban dentro del espectro autista. Ellos, al igual que Anurak, a veces tenían problemas de comunicación y mi amiga les enseñaba a pedir objetos con la ayuda de imágenes. No recuerdo el nombre de la técnica, pero sí en qué consistía. El niño debía ser capaz de pedir cosas como agua, comida, juguetes, etcétera, cogiendo una fotografía de lo que quería y dándosela al adulto para que éste le entregara lo que le había pedido mediante la imagen. Así que decidí que comenzaría mi labor con él de esa manera. Lo malo fue cuando caí en que allí no podría hacer fotografías de los objetos para luego imprimirlas y usarlas con él. Tendría que idear otra forma de hacerme con esas imágenes.

Me levanté del lado de Anurak y decidí hacer caso a Malai y darles el resto de la mañana libre a los chicos. Necesitaba poner en orden mis ideas y trazar un plan de por dónde empezar a trabajar con cada uno de ellos.

Estaba estremecida con las terribles historias que me habían contado. Pero lo que más me impactó fue la alegría con la que me habían hablado, porque en el fondo, para ellos, todas sus historias habían tenido un final feliz. Era increíble cómo con tan poco se consolaban y eran capaces de superarlo todo. No miraban atrás, tampoco lo hacían hacia el futuro. Simplemente vivían el presente y lo hacían sin ningún rastro de dolor. Simplemente eran felices estando allí.

Aquello me superó. Me hizo replantearme muchas cosas. Me hizo ser consciente de dónde radicaba la verdadera felicidad y de lo equivocados que estábamos los occidentales pensando que una casa más grande o un trabajo mejor llenaría nuestras vidas.

Aquellos niños eran felices simplemente por el hecho de existir.

Se me saltaron las lágrimas y salí corriendo de allí. Corrí hasta que me quedé sin fuerzas para seguir haciéndolo. Entonces me dejé caer al suelo agotada y abrumada absolutamente por todo. Mi existencia había cambiado tanto de la noche a la mañana que ya no tenía claro ni quién era yo ni qué quería en la vida. Eso, unido a la sensación de que algo no encajaba y al terrible vacío que me dejaban las pesadillas, que para colmo habían vuelto de nuevo, había hecho que estallara de aquella manera. Porque llevaba tiempo no haciendo caso de esos sentimientos encontrados que me decían que algo no iba bien, que algo se me escapaba. Pero, además, encontrarme dentro de aquella locura del voluntariado, con las historias tan duras que acababa de conocer de aquellos niños, y con ese proyecto de vida tan diferente del nuestro, había hecho que empezara a replantearme algunas cosas.

Seguí llorando un rato más hasta que ya no tuve ganas, hasta que sentí que ya no necesitaba seguir haciéndolo, puesto que ya me había desahogado lo suficiente como para sentirme serena y preparada para volver con un aire renovado, dispuesta a luchar por esos niños, pero también por mí. Tenía que encontrar mi lugar en el mundo, y esta vez sería la definitiva.

Capítulo 6

Cuando regresé al campamento, todo el mundo se estaba dirigiendo al comedor. Se me había pasado la mañana sin apenas haberme dado cuenta. Xavi acababa de salir del centro de salud y se acercó a mí.

—¿Todo bien, Vera? —me preguntó mirándome con algo de extrañeza.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Es sólo que estás algo pálida.

—Estoy bien, no te preocupes. —Hice una pausa porque no me apetecía contarle nada de lo que me había ocurrido, pero tampoco quise ser demasiado cortante, así que continué hablando—: Es sólo que necesito tiempo para adaptarme a este sitio.

—Vale, pero si en algún momento te encuentras mal, no dudes en decírmelo, ¿de acuerdo?

Le sonreí asintiendo. Me había caído bien Xavi y estaba convencida de que lograríamos ser buenos amigos allí.

Cuando entramos en el comedor, todo el mundo estaba ya sentado y comiendo.

—Vera, ¿dónde estabas? —me preguntó mi hermano, que se encontraba posicionado entre Malai y Ander—. Cógete la comida y ven aquí a sentarte. Te hemos guardado un sitio.

Y, efectivamente, lo habían hecho. Lo malo era que estaba situado justo enfrente del doctor Patán.

Me eché en el plato lo que iba a comer y me senté de mala gana en el lugar que me habían guardado. Tampoco tuve otra opción, porque aquello se había llenado y ya no quedaba ningún asiento libre.

—¿Qué tal tu primera mañana aquí, hermanita? —me preguntó entonces Pablo.

Todos se quedaron mirándome, esperando mi respuesta.

—Bien, supongo —fue mi escueta respuesta, ya que no habría sabido por dónde empezar si hubiera tenido que contarles todo lo que esa mañana había supuesto para mí.

—Seguro que los chavales han aprendido hoy muchas palabras nuevas, ¿verdad, Vera? —me dijo Ander con retintín.

—¿Ah, sí? —preguntó curioso mi hermano—. ¿Y qué palabras son ésas?

Todos volvían a mirarme esperando que les dijera de qué palabras se trataba.

Carraspeé. No sabía qué decir. Aquel imbécil me la estaba jugando de nuevo.

—Bueno, yo le he oído nombrar a los perros, las flautas... —aclaró entonces Ander.

Mi hermano me miraba ahora con su ceja derecha levantada, preguntándome con ese gesto si era posible que yo hubiera sido tan insensible de haberle dicho a Ander lo de perroflauta.

Me sentí fatal. Aquel tío me sacaba de mis casillas, sí, pero eso no me daba derecho a dirigirme a él de la forma tan despectiva en la que lo había hecho. Agaché la cara por vergüenza y no volví a levantarla hasta que nos fuimos de allí.

Después de descansar un rato, cada uno en nuestras cabañas, Pablo y yo decidimos salir a explorar un poco los alrededores del poblado.

Comenzamos a andar hacia la parte baja, justamente por la zona por donde habíamos llegado la noche anterior. A tan sólo un par de kilómetros encontramos un pequeño río en el que el caudal fluía con bastante fuerza. A su alrededor había mucha vegetación y el ambiente era algo más fresco que en el poblado. Decidimos sentarnos en su orilla y deleitarnos con el agradable sonido del agua corriendo.

—Vera... —comenzó a decir mi hermano, rompiendo el silencio que había entre nosotros dos desde que habíamos salido—, ¿es verdad que has llamado «perroflauta» a Ander?

«Entre otras muchas cosas», pensé.

Asentí con la cabeza. Pero entonces quise explicarle por qué lo había hecho.

—Pablo, Ander no es ningún santo tampoco y sabe defenderse perfectamente. Sé que lo de perroflauta no estuvo nada bien y que suena muy peyorativo, pero él también se rio de mí, así que estamos empatados.

—¿Empatados?... Pareces una cría, Vera.

Eso me enervó.

—Mira, yo no tengo la culpa de que ese tío sea un imbécil que saca lo peor de mí. Además, ¿por qué demonios lo defiendes?

—Lo defiendo porque es tu médico y mientras estuviste en el hospital te trató muy bien y a nosotros también. Tuvo mucha paciencia contigo y siempre estuvo muy pendiente de tu evolución, y ahora vienes tú y se lo agradeces insultándolo cada vez que lo ves.

Me quedé parada analizando toda aquella información.

—Vale..., supongo que llevas razón, Pablo. ¡Pero es que no sé qué me pasa con él! Es verlo y..., no sé...

—Vera, ¿quieres un consejo?... No pagues tus frustraciones con él. Ander no tiene la culpa de lo que te ha pasado.

Me quedé en silencio pensando de nuevo. ¿De verdad era eso lo que hacía?

Pablo se levantó entonces y yo me quedé mirándolo, ya que no sabía por qué lo había hecho.

—He quedado con Malai para que me explique unas cosas —me aclaró mientras comenzaba a andar—. Luego nos vemos.

Estaba despidiéndose porque se iba a ver a aquella mujer que tampoco tenía muy claro si me caía bien o no. Así que me quedé allí sola. Pero no me importó. En aquel sitio me sentía muy relajada. Era como si hubiera pertenecido a él toda la vida.

Debía poner mis ideas en orden. Tenía que empezar a pasar del doctor y centrarme en aquella experiencia que estaba viviendo. Necesitaba, por tanto, olvidarme de todo lo demás.

Comencé a reflexionar cómo preparar determinados materiales para trabajar con los chavales. Para mí lo más importante era ayudar a Anurak a comunicarse. También me preocupaba Khalan. Parecía un adolescente enfadado con el mundo y difícil de tratar.

Pero necesitaba hacerlo bien con ellos. Sentía que, si hacía un buen trabajo, los ayudaría de alguna manera a tener una vida mejor.

Se me ocurrieron mil ideas y decidí volver al poblado para intentar ponerlas en marcha, pero antes quise pasear por la orilla del río un poco más. Estar allí era como un tranquilizante para mí. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía en calma.

Al llegar a un recodo del río me pareció oír un chapoteo. Había una especie de laguna pequeña donde el agua se quedaba relativamente estancada. Parecía el sitio perfecto para darse un baño.

Volví a oír de nuevo el movimiento del agua e, instintivamente, me escondí tras unos matorrales. Alguien estaba saliendo de aquella piscina improvisada. Enseguida reconocí de quién se trataba.

Me quedé agazapada y en silencio. De repente no sabía qué hacer. Ander estaba saliendo del agua y lo estaba haciendo completamente desnudo. No pude evitar observarlo. Tenía un cuerpo enorme, pero totalmente equilibrado. Sus músculos enmarcaban a la perfección unos rasgos muy masculinos. Era un hombre muy muy atractivo.

Pero también me fijé en sus tatuajes. Tenía varios a lo largo del cuerpo, pero sobre todo se concentraban en sus brazos. Sin embargo, el que más me llamó la atención fue uno situado en el centro de su pecho. Se trataba de un corazón no muy grande, formado con pequeñas rayitas. También pude observar una cicatriz circular en su hombro derecho, de alguna herida hecha recientemente.

Ander había salido ya del agua y se estaba secando con una toalla cuando lo oí decir algo.

—¿Disfrutando del paisaje, Vera?

¡Madre mía! Quise morirme en ese momento. Me quedé en blanco. No sabía qué hacer, ni mucho menos qué decir.

Ander se había colocado ya la toalla alrededor de la cintura cuando volvió a dirigirse a mí.

—¿Vas a venir aquí o piensas quedarte todo el día ahí escondida?

No tuve más remedio que salir, obviamente. Pero debía de estar tan roja por la vergüenza que sentía que él no pudo más que sonreír en cuanto me vio.

—Perdona, no sabía que estabas aquí. Ya me iba —le dije atropelladamente.

—No tienes por qué hacerlo... ¿No te apetece darte un baño?

—No he traído el bikini —le contesté.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?... ¡No voy a bañarme desnuda delante de ti! —repliqué estupefacta por el morro que le echaba.

—Bueno, tampoco me enseñarías mucho más de lo que ya lo hiciste anoche, y además, por lo que puedo recordar, tampoco hay tanto que ver.

Me lancé hacia él hecha una furia con la clara intención de darle un puñetazo, pero le bastó con una sola mano para impedirme que lo hiciera. Me había retorcido el brazo, girándome y colocándome de espaldas a él. Sentía su dura musculatura pegada a mi cuerpo.

Comencé a respirar aceleradamente.

—¡Suéltame, imbécil! —le grité mientras intentaba zafarme de él.

—¿Otra vez insultándome?... —me dijo muy tranquilo y muy próximo a mí. Sentía su respiración sobre mi mejilla—. Ésa es una fea costumbre, Vera. Deberías aprender modales.

—¡Ya! ¿Y me los vas a enseñar tú? —le pregunté yo muy chula.

—No me tientes, Vera... —me contestó susurrándome al oído—, porque estaría encantado de hacerlo.

Se me había puesto toda la carne de gallina y se me había acelerado el corazón. Tenía la respiración muy agitada. No recordaba haberme sentido así nunca.

No le contesté. Me había quedado sin nada que decir. Por primera vez en mi vida, alguien me había dejado sin palabras.

Ander me soltó y, sin mediar palabra, cogió su ropa y su cámara de fotos y se fue de allí.

Cuando recuperé el aliento, comencé a andar. Seguía sorprendida por lo que había pasado. No le iba a permitir a aquel energúmeno que me volviera a tocar.

En cuanto llegara al poblado le diría tres cosas.

Sin embargo, cuando llegué no lo encontré por ningún lado. Había desaparecido y nadie sabía decirme dónde podía estar.

Decidí entonces ponerme manos a la obra con el material de mis alumnos. Busqué en las revistas que había comprado en el aeropuerto, imágenes de cosas que pudieran servirme para usarlas con Anurak. Recorté, de momento, una botella de agua, un panecillo, un bol lleno de arroz, frutas y otros alimentos que me ayudaran a comunicarme con él. Las pegué en una especie de diario o agenda que venía de regalo con una de las revistas y escribí debajo los nombres de cada cosa en inglés.

También busqué algo que me sirviera a modo de pizarra donde poder explicarles lo que necesitara. Encontré un gran tablero negro y lo cogí para pedirle más tarde a mi hermano que lo colgara cuando pudiera en la escuela. Ya sólo me faltaban las tizas para usarlas con aquel tablero a modo de pizarra y los cuadernos con sus respectivos lápices para los pequeños. Eso me sería más complicado de encontrar, pero no pensaba rendirme.

Les pedí a todos los compañeros que me proporcionaran todo el papel en blanco que tuvieran y, con él, pude preparar los cinco cuadernillos que necesitaba. También les pedí algo con lo que escribir y no tardé en reunir los suficientes lápices para poder empezar a dar las clases.

Cuando terminé de prepararlo todo estaba satisfecha con mi trabajo pero exhausta. Sin darme cuenta, había pasado más de cuatro horas organizando todo aquello, así que lo único que quería hacer era darme una ducha, ponerme ropa limpia e ir a cenar algo.

No recordaba que me hubieran explicado dónde se encontraban las duchas. Obviamente debían

de ser compartidas, al estilo de las que suele haber en los campings.

Pero cuando me indicaron dónde estaban y me acerqué a ellas, me quise morir.

No había paredes ni, por tanto, puertas, por lo que tenía que ducharme con el bikini puesto, ya que todo el mundo podía verme. Tampoco había agua caliente. Había olvidado que estábamos en medio de la nada y que allí no habían oído hablar de lo que era un calentador en su vida.

No obstante, decidí que no iba a dejar que aquello afectara a mi estado de ánimo, así que me metí debajo de una de las mangueras, abrí una especie de llave que había a modo de grifo e intenté disfrutar del placer que un baño puede proporcionarte. Me lavé concienzudamente el pelo y dejé que el agua resbalara por mi cuerpo llevándose todo lo malo que había sufrido en los últimos días. Quise, de manera simbólica con aquella ducha, emprender un nuevo viaje en aquel lugar, limpiando mi cuerpo de todo lo malo que arrastraba para estar totalmente limpia de contaminantes que pudieran enturbiar mi paso por allí.

Por fin me sentía verdaderamente en calma y convencida de que aquello era lo que quería. Por fin había puesto rumbo a mi vida y era yo la que manejaba el timón. Me había costado hacerlo y había necesitado el empujón de los demás, pero por primera vez en algún tiempo percibía que mi vida comenzaba a tener sentido para mí y que empezaba a llenar aquel vacío que sentía.

Cuando cerré el grifo de la ducha, respiré profundamente. Me giré para coger la toalla que había dejado colgada en la rama de un árbol y entonces lo vi.

Ander me estaba observando parado frente a mí.

Casi había anochecido y apenas quedaba luz en el ambiente, sin embargo, podía verle perfectamente la cara. Me miraba con deseo.

Increíblemente, no me molestó que me estuviera mirando. En otro momento le habría dicho de todo, pero supongo que lo que había pasado por la tarde en el río, al haberlo visto yo completamente desnudo a él, hacía que hubiera perdido todo derecho a cabrearme ante una situación como ésa.

—Quería saber dónde tengo que colgar esto. —Ander me señaló el tablero negro que cargaba y que yo había decidido usar a modo de pizarra—. Tu hermano me ha dicho que te preguntara para ver dónde querías ponerlo.

Titubeé. Me había descolocado totalmente.

—En la escuela. En la pared que hay frente a la puerta —le expliqué.

No me dijo nada más. Levantó aquel tablero por encima de su cabeza como si fuera una simple hoja de papel y comenzó a andar en dirección a la cabaña que hacía las veces de colegio.

Fui a vestirme y, cuando lo hube hecho, me acerqué a la escuela. Ander acababa de terminar de colocar la pizarra en la pared.

Estaba serio y distante. No comprendía su actitud. Debería ser yo la que se mostrara así con él después de todo lo que me había hecho. Sin embargo, recordé las palabras de mi hermano y quise ser amable con él.

—Quería agradecerte lo que has hecho por mí —le dije antes de que saliera por la puerta. Se

paró en seco pero no se volvió a mirarme. Sin embargo, sí que continuó escuchando lo que tenía que decirle—. No me refiero sólo a colgar la pizarra. Quiero decir como médico. Te agradezco que cuidases de mí en el hospital y que te portaras tan bien con mi familia. Mi hermano dice que estuviste pendiente de mi evolución en todo momento, así que muchas gracias.

—Vale.

Eso fue lo único que me contestó, y comenzó de nuevo a andar para marcharse.

—Espera... —Ander volvió a pararse ante mi orden—. También quería pedirte perdón por los insultos de esta mañana. Creo que me he excedido un poco.

—¿Un poco sólo?

Resoplé. Ander llevaba razón, pero me iba a costar mucho reconocerlo. Seguía sintiendo rencor hacia él. El problema era que, por mucho que me lo había preguntado, no lograba saber por qué era así. Realmente Ander lo único que había hecho era hacer bien su trabajo conmigo. Supongo que mi hermano llevaba razón al aconsejarme que dejara de volcar mis frustraciones sobre él y hacerlo culpable de todo lo que me había ocurrido. Pero me costaba admitir que verdaderamente era eso lo que estaba haciendo y mucho más, me costaba entender por qué lo hacía.

Respiré hondo y me preparé para serle absolutamente sincera.

—Ander, no sé qué es lo que me pasa contigo. Sacas lo peor de mí y no entiendo por qué, pero no quiero que esto siga ocurriendo. De mi boca no volverá a salir nada desagradable hacia tu persona, te lo prometo.

Hubo un largo silencio.

—¿Es que no eres capaz de aceptar una disculpa, Ander?

Pero no me contestó. Simplemente se largó de allí dejándome sola con mis explicaciones.

El malhumor me invadió de nuevo. No entendía a ese maldito hombre. Desde que se había cruzado en mi vida sólo habíamos tenido encontronazos, y a lo mejor él no había tenido la culpa de todos ellos, pero no podía evitar sentir un rencor irracional hacia él.

Me dispuse a seguirlo para pedirle una explicación de por qué no había aceptado mis disculpas, pero no pude dar con él. De nuevo había desaparecido y nadie parecía saber dónde se encontraba.

Decidí entonces cenar e irme pronto a descansar. Había sido un día muy duro y sólo quería dormir y olvidarme de todo lo malo.

A la hora de acostarnos, Pablo me preguntó por qué había estado tan callada.

—No has dicho nada en toda la cena y no has querido quedarte a charlar con los demás un rato. Me tienes un poco preocupado, ¿te encuentras bien?

—Sí... No... No lo sé, Pablo. Llevo todo el día en una montaña rusa emocional. A ratos estoy feliz de haber venido aquí y me siento con fuerzas y ganas de sacar este proyecto adelante, y a ratos quiero salir corriendo y perderme. Ahora mismo querría desaparecer y volver a mi vida de antes; aburrida sí, pero al menos estable emocionalmente para mí. Porque, si sigo así aquí, siento

que me voy a volver loca. Cuando creo que lo he superado todo y que por fin me siento bien, viene ese imbécil y me hace replanteármelo todo de nuevo...

—Espera, espera..., ¿a quién te refieres, Vera? ¿De qué imbécil me estás hablando?

—¿De quién va a ser, Pablo?... De la única persona en el mundo que saca siempre lo peor de mí.

Mi hermano seguía mirándome a la espera de que le aclarara de quién le estaba hablando.

—¡Me refiero a Ander!... Cuando está cerca, todo mi mundo se pone patas arriba. Es como si fuera mi polo opuesto, y no puedo más que repelerlo. ¡Dios, no puedo con él!

—Vera, los polos opuestos se atraen... Pero, de todas formas ¿no habíamos hablado de esto ya?... No entiendo qué te pasa con Ander, pero creo que estás siendo muy injusta con los prejuicios que estás teniendo hacia él.

—¡Ya lo sé, Pablo! Pero es que luego hago el esfuerzo y le pido perdón por todo, y al muy imbécil sólo se le ocurre largarse sin contestarme siquiera. Y no es que quiera que seamos amigos, pero al menos me gustaría que hubiera cierta cordialidad entre nosotros. ¿Tan difícil es eso?

—Vera, ¿no te estará empezando a gustar Ander?

—¡Pero ¿qué dices, *chalao*?!... Sólo me faltaba eso. Entonces sí que podría pegarme un tiro directamente. ¡¿Cómo me va a gustar el perroflauta ese que parece un cuadro abstracto andante con tanto tatuaje en el cuerpo?!

Pero ¿cómo podía preguntarme mi hermano una cosa así?

En esos momentos comprendí por qué los hombres eran tan simples. Todo lo reducían a lo mismo.

¡Dios, qué pesadilla! Si mi hermano tampoco era capaz de entender cómo me sentía, ya podía olvidarme de tener a alguien con quien descargar mis frustraciones.

—Vera, no te enfades conmigo —me pidió entonces.

Traté de no hacerlo. Traté de respirar hondo y de deshacerme del malhumor que sentía.

—Mira, vamos a dejar este tema. Mejor cuéntame cómo te ha ido a ti el día —le pedí yo entonces para pasar a otra cosa.

—Pues muy bien —me contestó cambiando radicalmente su actitud y su expresión. Claramente Pablo estaba encantado de estar allí y las cosas no estaban siendo tan duras para él como lo estaban siendo para mí.

Entonces pude vislumbrar una luz especial en su semblante que nunca antes le había visto.

—Esto te gusta, ¿verdad? —le pregunté, ya sabiendo de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—Me encanta, Vera. Saber la importante labor que podemos hacer con estos chavales hace que me sienta muy bien y que tenga ganas de dar lo máximo de mí. Además, me está ayudando a superar lo de Andrea y también a darme cuenta, por primera vez, del error que cometí centrándome sólo en ella. Ahora soy consciente de que hay algo más allá de esa mujer que me tuvo tan cegado. —Pablo lanzó un sonoro suspiro que captó enormemente mi atención—. Creo que

empiezo a estar preparado para tener una relación con alguien. Estar aquí, tan alejado de todo, me ha hecho darme cuenta de que he perdido el tiempo y de que he hecho el tonto durante muchos años, así que ahora no pienso desaprovechar la más mínima oportunidad de recuperar todo ese tiempo perdido.

Eso me había sonado a una declaración de intenciones en toda regla por su parte, así que no me quedó más remedio que preguntarle por aquello que mi intuición femenina me había estado gritando desde hacía un buen rato.

—Pablo, no te gustará Malai, ¿verdad?

Si su respuesta fuera afirmativa, no me iba a hacer ninguna gracia. Aquella mujer no me parecía trigo limpio. Había mirado a mi hermano igual que lo había hecho con Ander, y eso no me daba a entender nada bueno. No quería que Pablo volviera a sufrir por una mujer, así que esperaba ansiosa su respuesta.

—Bueno, de momento sólo nos estamos conociendo. Me cae bien y hay muy buen rollo entre nosotros.

Mis peores temores se estaban confirmando. Esas palabras significaban algo, estaba segura de ello.

Pero sería mejor no darle muchas vueltas. Lo que tuviera que ocurrir ocurriría, y yo no podría evitarlo, así que, ¿para qué malgastar energías innecesarias?

Después de la charla con mi hermano, me costó mucho dormirme. En mi cabeza se sucedían una y otra vez las imágenes de aquel día tan estresante para mí, pero sobre todo había una que se repetía constantemente, martilleándome. ¿Por qué?

La imagen de Ander desnudo, y sobre todo la sensación que me había producido su cuerpo pegado al mío, con él susurrándome al oído, no desaparecía de mi mente y de mi cuerpo, que se estremecía cada vez que lo recordaba.

Con esa imagen en mente, me dormí.

Sin embargo, mis sueños quisieron recorrer otros derroteros.

La niebla.

Todo lo cubre.

El viaje. También lo cubre y lo empaña.

La intensa lluvia, que no amaina.

Todo se vuelve negro.

El coche patina.

La fiesta es alegre. Todos se divierten.

Yo también.

Me siento feliz. Pero entonces oigo esa canción.

Todo se precipita.

Un sonido ensordecedor.

*Un golpe.
El coche cayendo al abismo.
¿Qué ha ocurrido?
No me siento bien.
Quiero irme.
No lo puedo soportar.
Quiero desaparecer.
Todo se vuelve negro.
Dejo de sentir.
Por fin me siento en paz.
Ya me encuentro mejor. Así es mejor.
Me he ido.
Ya no hay dolor.
Así es mejor.*

Me desperté con una terrible sensación de ahogo.

Esa noche, la pesadilla había sido más intensa que nunca. Las imágenes, confusas como siempre, habían aparecido sin embargo más cargadas de emociones que nunca.

Tenía que salir de allí. Estaba empapada en sudor. Necesitaba darme una ducha, despejarme y quitarme esa sensación horrible de mi cuerpo.

Aún no había amanecido. Todo estaba en absoluta calma, lo cual agradecí. No quería tener que darle explicaciones a nadie de por qué me encontraba ya levantada. Miré el reloj. Tan sólo eran las cuatro y media de la mañana. Allí, el día comenzaba temprano y a las seis debíamos estar todos en pie, ya que había que aprovechar bien el tiempo porque sobre las seis de la tarde comenzaba a anochecer. Pero esa hora de la madrugada era demasiado temprana incluso para aquel lugar.

Cogí una linterna y recorrí el camino bastante asustada por los ruidos que se oían. De noche, la naturaleza cobraba vida propia y sonaba muy diferente de como lo hacía durante el día. Todo a mi alrededor me pareció muy amenazante.

Así y todo, la necesidad que tenía de darme aquella ducha era tan grande que me hice fuerte y deseché mis miedos.

Una vez debajo del agua, comencé a sentirme mejor.

Estuve pensando en hablar con Xavi sobre aquellas desconcertantes pesadillas. Quizá él pudiera recetarme algo que me ayudara a dormir mejor.

Cada vez que tenía una, la sensación de que había algo en mi vida que no encajaba se hacía más grande. Y eso era algo absurdo. Porque mi vida encajaba perfectamente. Tenía la vida que quería, con un trabajo estupendo y una familia aún mejor.

Pero entonces ¿por qué sufría aquellas pesadillas que no comprendía? Aquellas pesadillas que

impactaban en mí más de lo que me habría gustado.

Me iba a volver loca.

De regreso a mi cabaña, cuando ya casi estaba llegando, sentí que alguien o algo me observaba. Unos inquietantes ojos relucían en la oscuridad. Me asusté porque la altura a la que se encontraban no era donde deberían estar los de una persona que estuviera de pie. Pero sobre todo me asusté porque su forma no era la de unos ojos humanos.

Entonces oí un rugido y quise salir corriendo de allí sin mirar atrás. Sin embargo, el pánico me lo impidió.

Me quedé paralizada en medio de la negrura de la noche, sintiendo cómo aquella amenaza se disponía a atacarme.

Cerré los ojos y supliqué. Nunca antes lo había hecho, pero no quería ser despedazada por aquella bestia. Eso me hizo comprender que a pesar de mi malestar y de las emociones encontradas que había sentido últimamente, no quería abandonar la vida. Deseaba, ahora con más fuerza que nunca, seguir en ella y dar lo mejor de mí.

Pero aquello no entendía de emociones ni de sentimientos, y se abalanzó sobre mí.

Sólo pude encogerme y esperar lo peor.

Un rugido estremecedor fue lo último que oí.

Capítulo 7

Cerré la puerta tras de mí y algo al otro lado la golpeó ferozmente.

No sabía cómo, pero mi cuerpo había reaccionado a tiempo y había conseguido llegar a la cabaña. Me encontraba a salvo.

—Vera, ¿qué ha pasado?

Mi hermano obviamente se había despertado con el ruido y había encendido las luces.

—No lo sé. Había algo ahí fuera. No sé lo que era, Pablo.

—Pero ¿te estás refiriendo a un animal?

—Sí, supongo. No lo sé, pero he pasado mucho miedo.

—Bueno, no te preocupes. Seguro que era un perro salvaje. Aquí, en Tailandia, hay muchos y hay que tener cuidado con ellos porque a veces se vuelven peligrosos.

Pero no había sido un perro lo que a mí me había asustado tanto. A la mañana siguiente, todo el mundo comentaba el hecho de que habían encontrado huellas de un cachorro de tigre en el poblado.

Normalmente no solían acercarse a los humanos y, además, cada vez eran más escasos, por lo que era rarísimo encontrarte con uno de ellos. Pero parece que la región donde estábamos era parte de su hábitat natural y, cuando no tenían qué comer, a veces se acercaban en medio de la noche a las zonas pobladas para buscar alimento.

Todavía tenía el miedo metido en el cuerpo cuando mi hermano y yo fuimos a desayunar.

Conforme entrábamos por la puerta, un furioso Ander se me echó prácticamente encima.

—Pero ¿tú estás loca? —me gritó.

—¡¿Perdona?! —No sabía por qué se había dirigido a mí de esa manera.

—¡Joder, Vera! Eres una insensata —me dijo entonces—. ¿Se puede saber qué hacías a esas horas fuera de tu cabaña?

—Pablo, ¿quieres, por favor, decirle al energúmeno este que eso no es de su incumbencia?

Ander me observaba atónito ante mi respuesta.

Pero ¿qué esperaba que hiciera?... ¿Que cayera rendida en sus brazos tras ver su preocupación y la próxima vez que estuviera en peligro lo llamara para que viniera con su gran armadura a salvarme?...

¡Por favor!

Sin embargo, mi actitud lo había cabreado mucho, y me lo hizo saber.

—Mira, *Fresitas*, me importa una leche lo que a ti te pase, pero saliendo a pasearte en medio de la noche lo único que haces es atraer a los animales salvajes y poner en peligro a todo el

mundo. Porque ese tigre ya sabe que aquí hay carne fresca de la que alimentarse y no dudará en volver de nuevo.

Pues no, no se había preocupado por mí precisamente.

Supongo que llevaba razón y tuve que callarme y tragarme la respuesta que pensaba darle.

—Ander, Vera ya ha aprendido la lección. Estoy seguro de que no volverá a salir de noche ella sola, ¿verdad, hermanita?

Simplemente asentí.

Ander dio media vuelta y se largó de allí.

Pablo y yo fuimos a sentarnos con los demás.

Xavi y Malai también me recriminaron que hubiera salido sola en mitad de la noche. Al parecer, todo el mundo sabía lo peligroso que era, menos evidentemente yo, que ahora ya había aprendido la lección. No obstante, a partir de esa noche se establecería un toque de queda y nadie podría salir de sus cabañas después de que se apagara el alumbrado del poblado. Y si se hacía por alguna razón de emergencia, siempre se debía ir acompañado y con un arma encima.

Todo aquello me tuvo muy nerviosa todo el día. Al más mínimo ruido me ponía en alerta y corría como una chiquilla a esconderme en alguna cabaña. Poco después me enteré de que habían apresado al tigre y lo habían trasladado a un centro donde lo mantendrían, junto con otros de su especie, en cautividad. Según ellos, lo primero era la seguridad humana, pero yo no tenía tan claro que ésas fueran las verdaderas intenciones. Tailandia estaba lleno de centros de recuperación de especies, pero también de otros lugares que se dedicaban a comerciar con esos animales, sedándolos y maltratándolos para que los turistas pudieran hacerse la foto de rigor con ellos.

Todo eso me dio pie a proponer un debate con los chicos para ver qué opinaban ellos sobre esos temas. Pero simplemente el debate no se pudo hacer. Ellos no tenían ni idea de que eso estuviera ocurriendo en su país. Tenían tal desinformación que era imposible charlar con ellos sobre nada que estuviera de actualidad, por lo que decidí que necesitaba hacerme con un periódico con el que pudiera mantenerlos al día de lo que ocurría en el mundo. También pensé en un televisor y en internet, pero en aquella zona del globo el progreso no tenía previsto llegar, así que tendría que conformarme con la prensa local, si es que conseguía hacerme con ella.

—Xavi, espera —le dije al verlo salir del centro médico cuando terminé las clases con los chavales—. Necesito un favor.

—Pues tú dirás, preciosa —me contestó muy risueño.

¿A qué había venido eso? ¿Qué pasaba?, ¿que Malai ya no tenía ojos para él ahora que Ander y mi hermano estaban en el campamento y no tenía a nadie más a quien tirar la caña?

Aun así, no quise ganarme más enemigos, por lo que me guardé la contestación que le habría dado en circunstancias normales y seguí hablando con él como si no hubiera oído lo de «preciosa».

—Necesito ir a algún poblado cercano donde pueda comprar un periódico.

Xavi se echó a reír.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le pregunté mosqueada. ¿Era yo, que tenía una personalidad un poco arisca, o es que por esas latitudes los hombres se volvían imbéciles del todo?

—Pues que no hay poblados cercanos a los que ir a comprar nada, Vera. Pero hoy es tu día de suerte porque Ander va a ir a Chiang Mai. Allí hay de todo, lo malo es que el viaje os llevará un par de días, pero estaba buscando a alguien que lo acompañara, así que le vendrá genial que tú vayas con él.

—No, no, no... Verás, Xavi, yo sólo quiero un par de periódicos y si es posible algo de material escolar, pero con que tú se lo encargues a él será suficiente. No hace falta que yo vaya para nada.

—Sí, sí hace falta. Se precisan dos personas para comprar lo que necesitamos y los demás estamos todos muy liados con los preparativos de la fiesta anual. Porque tú no estés el fin de semana no pasará nada. Además, eso es parte también del voluntariado.

—Ya, si todo eso está muy bien. Pero, en serio, es que no quiero ir. No...

—Vera... —me cortó Xavi algo brusco—, no tienes otra opción, así que prepara una mochila con tus cosas y pregúntale a Ander a qué hora salís mañana.

¡No me lo podía creer! Maldito el momento en que se me había ocurrido mantener informados a mis chicos de lo que pasaba en el mundo.

Corrí en busca de mi hermano. Seguro que a él lo convencía de que me sustituyera en aquel viaje. Lo encontré en la plaza.

—Pablo, necesito un favor y no puedes decirme que no.

—Claro, Vera, ya sabes que puedes pedirme lo que quieras.

—Vale... —dije soltando todo el aire y toda la tensión que aquella historia me estaba provocando—. Tienes que irte mañana con Ander a Chiang Mai. Vais a comprar mate...

—¿Qué?!

—Que te vas mañana a...

—Sí, eso ya lo he oído, pero no puedo irme, Vera.

—¿Por qué? —le pregunté mientras me cruzaba de brazos y le anticipaba de esa manera que me enfadaría mucho con él si obtenía una negativa por su parte.

—Pues porque... porque me he comprometido con lo de los preparativos de la fiesta anual y, además... además, mañana he quedado.

—¿Que has quedado?... ¿Con quién demonios has quedado?

Conforme iba formulando la pregunta, iba siendo consciente de cuál iba a ser su respuesta.

—Con Malai —me respondió Pablo muy seguro.

—¡Ay, por favor! ¿No había otra?

—Pues no, Vera, no había otra porque es a ella a la que me gustaría conocer.

¡No me lo podía creer! ¡Eso no me podía estar pasando a mí!

—¿Y no puedes cambiar la cita para otro día?

—Pues no. Los días de diario todos vamos muy liados y estas cosas sólo se pueden hacer los fines de semana, así que...

¡Así que a mí que me partiera un rayo! O, lo que era peor..., ¡que me fastidiase porque iba a tener que pasarme los siguientes dos días con el doctor Patán!

¡Pues qué bien! ¡La cosa iba mejorando por momentos!

Me dirigí hacia mi cabaña hecha una furia. ¿Cómo iba a sobrellevar tener que pasar dos días enteros con aquel desesperante hombre?

—Hola, Vera.

Ander estaba esperándome sentado en los escalones. Me quedé parada delante de él.

—Supongo que ya te habrá informado Xavi de que mañana...

—Sí, ya me lo ha dicho —le espeté de malas maneras.

—Muy bien, saldremos a las seis. No te retrases.

Y, con esas palabras, se levantó y se fue.

A la mañana siguiente mi humor no podía ser peor, pero no quería estar así todo el fin de semana. Iba a intentar no hablar mucho con Ander y que el tiempo pasara lo más rápido posible. Cuando viniera a darme cuenta, ya estaríamos de vuelta.

O eso quería pensar yo.

—Buenos días, ¿estás lista ya?

—Sí —fue mi escueta respuesta. Iba a llevar a rajatabla eso de hablar lo mínimo con él, para intentar que no hubiese más peleas por el momento entre nosotros.

Me subí al jeep y Ander puso rumbo a Chiang Mai. Acababa de amanecer y la luz era preciosa en esos instantes. El paisaje también era espectacular. Hasta que salimos a una especie de autovía, recorrimos muchos kilómetros entre vegetación y no pude más que pasarme todo el tiempo admirando aquella maravilla de la naturaleza.

—Precioso, ¿verdad?

—Sí.

—Habías estado aquí antes alguna vez?

—No.

¡Bien! Mi plan estaba funcionando. Si seguía así, todo iría bien.

—¿Sólo piensas decir monosílabos?

—Sí.

Oí que Ander farfullaba algo, pero no le hice caso. Tenía que seguir adelante con mi plan.

Después de casi tres horas en absoluto silencio, llegamos a nuestro destino. Él parecía resentido por la posición que había mantenido con su hombro derecho en la conducción. Se tocaba constantemente haciendo muecas de dolor.

Chiang Mai era una ciudad enorme. No tan caótica como Bangkok, pero sí con un tráfico igualmente disparatado. Allí, cada uno hacía lo que quería. Era una auténtica jungla asfáltica. Nos tiramos casi tres cuartos de hora para entrar en la ciudad y llegar a nuestro hotel. Cuando lo

hicimos, me quedé un poco extrañada. Estábamos en un hotel de cinco estrellas. Estaba encantada, desde luego; iba a poder darme una ducha en condiciones y también iba a poder dormir en una cama, seguro, muchísimo más cómoda que la que tenía en el poblado. Pero no creía que aquel alojamiento estuviera dentro del presupuesto que se podía permitir la organización del voluntariado.

Estuvimos esperando el ascensor junto con un montón de gente más. Cuando por fin pudimos entrar en él, le pregunté por ello a Ander.

—¿Quién paga las habitaciones?

—¿Qué ha pasado con eso de los monosílabos, *Fresitas*?

—Escúchame... —comencé a decirle nuevamente enfadada y con la intención de soltarle toda una ristra de improperios. Pero no me dejó. Me puso el dedo índice sobre mis labios y acercó su boca a mi oído para susurrarme que las peleas entre novios no estaban bien vistas en aquel país, por lo que era mejor no montar un espectáculo.

Lo miré hecha una furia. Si pensaba que eso haría que me olvidara del tema, lo llevaba claro.

Cuando llegamos a la última planta del hotel, me avisó de que en ella se encontraban nuestras habitaciones.

Avanzamos por el pasillo en absoluto silencio. Entonces me indicó cuál era mi puerta y me dio la llave.

—Yo estoy en la de al lado. Dentro de media hora te espero abajo para irnos a hacer las compras. Pasaremos el día fuera, así que llévate calzado cómodo.

—Ander, quiero saber quién paga estas habitaciones —le dije de nuevo.

—No te vas a rendir, ¿verdad? —me preguntó.

—No.

—Si te digo que la organización, ¿te lo creerías?

—No.

—¿Hemos vuelto a los monosílabos?

—Ander...

—Ah, pues no, porque mi nombre tiene dos sílabas. Ya me había hecho yo ilusiones.

—¡Ander! —le grité de nuevo cabreada.

¿Cómo podía aquel hombre sacarme tanto de mis casillas?

—Vale, Vera. Las habitaciones son cortesía mía. ¿Hay algún problema con eso?

¿Lo había?

—¿Por qué las pagas tú?

—Porque quiero —me contestó. Pero entonces fue consciente de que yo seguía esperando una explicación mejor—. A ver, yo iba a dormir aquí, así que no iba a dejarte a ti en el hotel de mala muerte que paga la organización. No me parecía bien.

—Vale, pero yo pagaré mi habitación. No tienes por qué hacerlo tú.

—¿Y qué hay de malo en ello, Vera?

Pues no lo sabía, pero no me gustaba en absoluto la idea de que aquel hombre me pagara algo.

—Supongo que nada, pero prefiero costéarmela yo.

—Está bien. Me debes trescientos euros entonces.

—Pero ¿qué dices, *chhalao*?

—¿Volvemos otra vez a los insultos, Vera? —me preguntó mientras cogía mi tarjeta y abría la puerta de mi habitación con ella.

Me hizo un gesto para que mirara dentro. Aquello era tan grande como mi apartamento.

—Ésta es una de las *executive suites* del hotel. Por eso el precio. Pero si quieres podemos compartir habitación y así te ahorras la mitad del dinero, ¿qué te parece, Vera?

Me metí en la habitación y le cerré con la puerta en las narices.

—¿No te ha parecido buena idea? —me preguntó riéndose desde fuera.

No había hecho más que empezar el fin de semana y ya tenía ganas de estrangular a aquel tipo.

Pero eso me duró poco, porque cuando vi la enorme bañera con *jacuzzi* que había en la habitación se me fueron todos los males. Cuando volviera por la noche me daría el baño de espuma más largo que me había dado en toda mi vida.

Mientras tanto, aproveché para darme una ducha rápida y para cambiarme de ropa. Me sentía muy pegajosa después del largo viaje en aquel jeep sin aire acondicionado, y no dudé ni un instante en hacer un buen uso de aquel baño. A la media hora exacta me encontraba en el *lobby* del hotel esperando a *Mister Patán*.

Giré sobre mí misma para buscarlo en todas las direcciones. Aquel sitio era enorme y había mucho tránsito de turistas entrando y saliendo. Sin embargo, no tardé en localizarlo. Estaba sentado a la barra del bar hablando con una camarera a la que, por cómo lo miraba, estaba claro que aquel energúmeno le había gustado.

Cuando me aproximé, terminó amablemente su conversación con aquella mujer y se dirigió a mí.

—Si te parece, primero compraremos todo lo general para el poblado y ya luego nos dividiremos para comprar lo que los demás nos han pedido de manera particular —propuso Ander.

Yo estuve de acuerdo, así que eso fue exactamente lo que hicimos.

A la hora de comprar lo de nuestros compañeros fuimos a un gran centro comercial.

Ander me entregó una tarjeta de crédito donde debía ir cargando todos los pagos. Después, con los tiquets de cada cosa, ya se les iría pidiendo uno por uno a todos los compañeros el dinero de lo que habían costado sus compras. Se hacía así para no llevar tanto dinero en efectivo encima, y yo lo agradecí, porque no me había molestado siquiera en saber a cuánto estaba el cambio a euros de aquella moneda y habría sido un lío tremendo para mí.

—Nos veremos aquí a las cuatro. —Ander carraspeó antes de seguir—: Vera, ¿me permites que te invite a cenar esta noche? —me preguntó para mi sorpresa—. Me gustaría que no

tuviésemos este mal rollo y querría arreglarlo contigo llevándote a un sitio típico donde cocinan la auténtica comida tradicional de esta zona. ¿Te apetece?

¿Y ahora qué le contestaba yo?

Me miraba con cara de querer de verdad arreglar conmigo las cosas, y realmente parecía sincero con sus intenciones, pero me había pillado tan desprevenida su ofrecimiento que no sabía qué decirle.

—Espero que me contestes con un monosílabo afirmativo —me dijo sonriendo y esperando impaciente mi respuesta.

Dudé. Lo hice por un solo instante, pero lo hice. Porque no lo veía claro. Porque había algo en su mirada que me desconcertaba.

«Pero ¿por qué no?», pensé finalmente. ¿Qué podía perder?... Me encontraba en un país lejano, en una ciudad muy diferente de todo lo que yo conocía y con una proposición más que tentadora.

—Vale —le contesté decidida.

Ander sonrió satisfecho.

Después cada uno se fue a comprar lo que le habían pedido los otros compañeros. Pero, además, yo me fui corriendo a buscar un Zara. Por suerte, en la otra punta del mundo también había. Necesitaba comprarme algo bonito que ponerme esa noche, pero no me decidía. Porque... ¿qué se pone una para ir a una cena tradicional tailandesa con un hombre tremendamente atractivo pero que te desquicia constantemente? ¿Alguna idea?

Pues eso. Que no sabía qué comprar.

Finalmente me decidí por un vestido negro con la espalda descubierta. Era corto y un poco ceñido. Digamos que se adaptaba a mis curvas pero dejándome respirar. Me tuve que comprar también unos tacones. Aquel vestido con las deportivas no pegaba para nada.

Y, ya que estaba, también compré algo de maquillaje.

¡Vamos, que compré el kit completo para ligarse a un tío pero sin tener la intención de hacerlo! Incoherencias de las mujeres, supongo. ¡Pero que levante la mano quien esté libre de pecado! Ninguna, ¿verdad? Pues eso.

A las cuatro, como habíamos quedado, me recogió para irnos al hotel.

Cuando llegamos a la puerta de nuestras habitaciones, me dijo que tenía una hora para arreglarme.

¡Ya podía correr!

Y lo hice, pero el resultado parece ser que fue más que aceptable, porque cuando Ander me vio soltó un silbido que hizo que me sonrojara como una adolescente.

—Estás preciosa, Vera —me dijo cogiéndome la mano y besándomela cual galán de película tipo *Sissi Emperatriz*.

Supongo que por su estatus social había tenido que aprender aquellas normas de cortesía tan en desuso en el resto de los mortales.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —le dije sin pensar.

—¡Espera! ¿Quién eres tú y qué has hecho con la auténtica Vera? —repuso Ander riéndose.

Supongo que hasta ese momento no le había dicho nunca nada amable, así que no me quedó más remedio que aguantar de buen agrado su broma.

Mientras bajábamos en el ascensor pude fijarme en el reflejo de Ander en el espejo que había. Él iba mirando su móvil y pude aprovechar para observar mejor su físico.

Su pelo largo estaba muy cuidado y esa noche lo llevaba perfectamente recogido en un moño alto.

Ya sé que eso en un tío suena algo raro, pero sin embargo en él lo hacía muy atractivo. Ver a un hombre tan grande, con ese cuerpo tan musculado y con el pelo recogido de esa manera tan elegante pero a la vez tan informal me parecía tremendamente sexy.

Iba vestido de *sport*, pero sin perder ese porte distinguido que lo caracterizaba. Imagino que es lo que tiene pertenecer a la alta sociedad.

Lo único que no encajaba en toda aquella imagen eran los tatuajes. Sin embargo, tengo que admitir que, después de todo, eso también le daba un rollo muy seductor.

De repente fui consciente de que él también me estaba observando a través del espejo. Nuestras miradas se cruzaron y yo, instintivamente, bajé la mía por vergüenza.

Lo oí sonreír. Seguro que muchas mujeres caían rendidas a sus pies a diario. Pero estaba equivocado si pensaba que yo iba a ser una de ellas. Aún no había bajado la guardia con aquel patán, y me extrañaba mucho que llegara a hacerlo algún día. No me gustaban sus formas, ni todo lo que tenía que ver con él en general.

A las seis en punto llegamos al lugar donde íbamos a cenar. El sitio era precioso por fuera. Nos recibieron con un cóctel y con una danza típica de la zona. Después nos pasaron a una pequeña habitación donde todo el mundo dejó sus zapatos. Allí era una tradición, así que no nos quedó más remedio que hacerlo nosotros también.

Después nos condujeron a un enorme salón donde se encontraba el escenario para el espectáculo que nos iban a ofrecer y donde había unas mesas exageradamente bajas. Tanto que había que sentarse en el suelo con las piernas cruzadas para poder cenar en ellas.

Cuando lo vi, me quise morir.

¿A ver qué demonios hacía yo ahora con el vestido tan corto que llevaba? Iba a enseñar allí todo lo que no me había visto ni mi ginecólogo, porque a la hora de comprar todo el modelito se me había olvidado hacerme con un tanga, y las braguitas de algodón con la Hello Kitty que había traído al viaje no pegaban demasiado con aquel vestido, así que había decidido lanzarme por una vez a la piscina y no ponerme nada.

Supongo que Ander se fijó en el apuro que llevaba, sobre todo cuando nos explicaron que primero se cruzaban las piernas y, ya con ellas así, ibas bajando hasta sentarte del todo en el suelo. Se me iban y se me venían los colores de la cara.

—¿Te pasa algo, Vera?

—No. Sí. No. —Resoplé, y él se quedó mirándome esperando que me aclarara—. Sí, pero no

te lo puedo contar.

—Ah..., y ¿por qué no?

¿Qué demonios le decía yo ahora?

—Es que no llevo braguitas. —Mi boca se había independizado de mi cerebro y había decidido hablar sin mi permiso.

Ander me miró atónito. Yo también lo estaba por haber soltado aquello sin más. Después, él comenzó a reírse como si no hubiera un mañana.

—¡No es lo que piensas, imbécil! ¡No te creas que quiero nada contigo!

Él siguió riéndose. Lo hizo hasta que se me acercó lo suficiente como para poder susurrarme algo al oído. Me estremecí. Su tono había cambiado. Su actitud, ahora más intrigante, y sobre todo su proximidad a mi cuerpo, había hecho que se me acelerara la respiración.

—El otro día no llevabas sujetador y hoy no llevas braguitas. Ya no sé qué pensar de ti, *Fresitas*.

Entorné los ojos por pura rabia mientras pensaba qué podría tirarle a la cabeza a aquel patán engreído. Lo malo era que todo se encontraba en el suelo y no era capaz de llegar a ello.

Ander continuó riéndose un rato más, mientras yo seguía con mi cabreo y con mi agobio, puesto que éramos los únicos que aún no nos habíamos sentado y todo el mundo nos miraba esperando a que lo hiciéramos para que pudieran empezar a servir la cena y comenzar así con el espectáculo.

No sabía qué hacer, si darle un guantazo y salir en todos los periódicos de Tailandia por agresión o intentar sentarme sin enseñarlo todo y obviar su comentario, y a él en general, y poder así disfrutar de la noche.

Me decanté por lo segundo.

—Déjame que te ayude —me dijo entonces cuando vio que trataba de sentarme. Obviamente pretendía reconciliarse conmigo.

No tuve más remedio que aceptar su ofrecimiento. Era eso o que fuera yo la que, de una manera u otra, ofreciera el espectáculo aquella noche en el restaurante.

Ander se colocó delante de mí y me cogió las manos.

—Cruza las piernas y vete flexionándolas. Conmigo delante nadie te verá nada. Luego ponte esta servilleta por encima de los muslos.

Después de todo, pude disfrutar de la exquisita cena y del exótico espectáculo que nos ofrecieron, en el que magos, bailarinas, malabaristas y hombres que jugaban con las espadas como si fueran de juguete ofrecieron lo mejor de sí mismos para amenizar aquella entretenida y diferente velada, en la que, además, Ander pareció entusiasmado viéndome disfrutar de aquella cultura tan diferente y de las explicaciones que él me daba de todo. Parecía conocer a la perfección las tradiciones de aquel país. Sin duda, aquélla no era la primera vez que se encontraba allí.

De camino al hotel, me propuso recorrer el mercado nocturno y no pude negarme. Era algo muy típico que todo turista debe hacer cuando visita Tailandia.

Comenzamos a pasear tranquilamente entre los puestos. En todos nos ofrecían productos de

artesanía hechos por las gentes locales. Había pañuelos de seda, joyas de plata, tazas de cerámica y, sobre todo, pantalones y camisetas llenas de estampaciones de elefantes, el animal por excelencia de aquel país.

Me gustaron varias cosas, pero principalmente me fijé en un pañuelo de seda con unas tonalidades muy llamativas. Le pregunté al vendedor por su precio, pero cuando me lo dijo me pareció un auténtico disparate, así que me di media vuelta sintiéndome bastante mosqueada. Probablemente me había visto la pinta de turista que tenía y me había querido engañar.

Ander se percató y me preguntó qué pasaba. Le expliqué que aquel hombre me había pedido nada menos que dos mil bahts por el pañuelo. Pero ¿quién había pensado aquel vendedor que era yo?, ¿una de las Koplowitz?

Ander no hacía más que reírse, y a mí eso me cabreó más aún. Supongo que le hacía gracia verme tan disgustada porque quisieran aprovecharse de mí.

Después seguimos paseando, pero sin previo aviso, como es normal allí, comenzó a llover muy fuerte, así que tuvimos que resguardarnos en una cafetería de una famosa cadena que encontramos camino del hotel.

—¿Está bueno? —me preguntó Ander cuando le di un sorbo a mi café. Yo no le había especificado de qué tipo lo quería y los había pedido a su gusto.

—Humm... ¡Está muy bueno! Me encanta, gracias.

Sin darme cuenta me había quedado mirándolo con curiosidad otra vez. Cuando fui consciente de que lo estaba haciendo, ya era tarde, porque Ander se había percatado y mostraba una sonrisa picarona.

—¿Algo que quieras saber? —me preguntó.

—Sí —le dije envalentonada—. ¿Por qué los tatuajes?

—Porque me gustan —me contestó lacónicamente.

—Ya, pero no pegan contigo. —Él me miró extrañado, esperando que me explicara un poco mejor—. Me refiero a que no pegan con tu estatus social y la familia de la que provienes.

Sonrió.

—Bueno, ésa es una larga historia, Vera —me contestó tratando de disuadirme.

—No parece que vaya a dejar de llover en breve, así que tenemos tiempo.

Lo pensó unos instantes y después, algo resignado, tomó aire y comenzó a hablar.

—Es una manera de fastidiar a mis padres.

—¡¿Perdona?! —le dije, obviamente invitándolo a que me explicara aquello mejor.

—Vera, provengo de una influyente familia que pertenece a la alta sociedad española. Sin embargo, todo eso no va conmigo. No me interesan sus negocios, ni mucho menos su forma de hacer las cosas en general. Viven una vida para mí del todo vacía y muy poco ajustada a la del resto del mundo. Si por mí fuera, gastaría toda la fortuna que poseen en ayudar a los demás. Pero, obviamente, mi familia no está de acuerdo con mi forma de ver las cosas. Ellos están encantados

de pertenecer a esa clase social, de tener buenos coches y mejores casas y de dedicar su vida a irse de fiesta en fiesta, malgastando el dinero en ropa y joyas.

—¡Vamos, que viven como al resto de las personas nos encantaría vivir! —le solté, mostrándole así la envidia que eso le podría suponer a cualquiera.

—Pues a mí no, Vera. El dinero está bien, pero cuando se posee tanto todo se vuelve frívolo y vacío, y yo no quiero eso para mi vida. Las prioridades de mi familia distan mucho de las mías. Por eso siempre he sido la oveja negra, y para que quedara constancia de ello y desmarcarme de todos esos tópicos de las apariencias que ellos tanto desean mantener, decidí hacerme los tatuajes. Era mi forma de protestar ante tanto formalismo. Me los empecé a hacer siendo muy joven, en mi mayor etapa de rebeldía, pero no me arrepiento de ello. Era mi forma de decir que todo aquello no iba conmigo.

—¿Y tus padres cómo se lo tomaron?

—Muy mal. Quisieron meterme en un internado, pero en el momento en el que cumplí los dieciocho años me largué de allí y me independicé.

—Pero has acabado estudiando una carrera... —le dije animándolo a que me explicara cómo había llegado a estar donde estaba ahora, a pesar de todo.

—Dos, en realidad: Psicología y Psiquiatría. Las hice en la universidad pública, pagándomelas yo con lo que sacaba de trabajar como camarero por las noches en un bar de copas.

—¿Y cómo llevaron eso?

—Fatal, supongo. Creo recordar que, además de por otras cosas, estoy desheredado por ello, pero me da igual, Vera. Con lo que yo gano con mi trabajo me basta y me sobra para vivir muy cómodamente.

—¿Y tienes más hermanos?

—Sí, dos varones. Ambos mayores que yo.

—¿Y con ellos te llevas bien?

—Bueno, hablo con ellos por teléfono de vez en cuando y siempre que nuestras agendas nos lo permiten quedamos para vernos.

—Tengo curiosidad por saber qué opinan tus hermanos de tu actitud.

Ander resopló.

—No la comprenden, pero al menos la respetan. No entienden que no quiera hacer uso de mi herencia familiar y vivir con el tren de vida que llevan ellos. Pero también saben que así les tocará más dinero cuando se haga el reparto, por lo que supongo que tampoco debe de importarles demasiado mi actitud.

—¿Y con tus padres te hablas ahora mismo?

Ander sonrió con tristeza.

—Poco. Únicamente, cuando nos vemos en algún acto social y tenemos que guardar las apariencias.

—Tiene que ser muy duro —le dije sintiendo de veras que todo aquello le estuviera pasando

con su familia.

Yo no podía estar más de dos minutos sin hablarme con mi hermano y mucho menos con mi padre. Y, aunque con mi madre me llevara fatal, la quería con locura y no sabía qué hacer si algún día me faltara. Así que no era capaz de entender por lo que debía de estar pasando aquel hombre.

Había dejado de llover y nos habíamos terminado nuestros cafés, así que Ander me pidió que nos fuésemos de allí. Quería descansar, ya que al día siguiente teníamos un largo camino por delante hasta llegar al poblado.

Me habría encantado poder seguir hablando con él de aquella manera. Me había sorprendido mucho todo lo que me había contado. Jamás habría pensado que, tras su apariencia inicial de perroflauta, se escondiera un hombre con unos principios tan impresionantes y tan arraigados. Me parecía tan interesante su visión de las cosas a pesar de la familia en la que había nacido que no podía más que admirarlo por ello. Porque después de todo encima se encontraba allí, realizando un voluntariado en el que daba el máximo de sí mismo por ayudar a los demás.

—Sólo una pregunta más —quise saber.

—Vera, no me apetece seguir conversando sobre mí.

—Vale, pero contéstame a una última cosa y ya no hablaremos más de ti.

—Está bien. Dime.

—No entiendo que no te hables con tus padres y que luego aparezcas con ellos en actos sociales. No tiene sentido, y más si a ti todo ese tipo de cosas no te gustan.

—Eso sólo ocurre porque llegué a un acuerdo con ellos, para que, cuando hubiera un evento relevante en el que tuviéramos que representar a la familia, compareciéramos juntos para que la prensa no especulara sobre nuestras desavenencias. Para mis padres lo más importante es guardar las apariencias, así que les dije que lo haría siempre y cuando, cada vez que yo acudiera a uno de esos eventos con ellos, donaran una determinada cantidad a la ONG que yo eligiera. Por eso estoy aquí, porque, además de ayudar, también quiero supervisar que ese dinero se gestiona de la manera más correcta. —Hizo una pausa—. Lo que sí te voy a pedir es que, por favor, seas discreta con esto. Únicamente lo sabe Malai, y me gustaría que siguiera siendo así.

Por supuesto, le prometí que de mi boca no saldría una palabra.

Pero aquel hombre me había dejado de piedra. Toda la imagen que me había construido en mi mente sobre él acababa de saltar por los aires. Era todo lo opuesto a lo que me había imaginado.

No podría haberme equivocado más con él.

—Ander, una cosa más...

—La anterior pregunta era la última —me replicó.

—Vaya, por lo visto, no. Por lo visto, era la penúltima —le dije intentando convencerlo.

—Está bien. ¿Qué más quieres saber?

—Si reniegas de todo el lujo y los excesos de tu familia, ¿qué haces alojándote en la *suite* de un hotel de cinco estrellas?

Él se echó a reír.

—Reniego de la ostentación, de vivir del postureo, de vivir en ese mundo tan falso y frívolo que no me aporta nada. Pero eso no quiere decir que tenga que olvidarme de los pequeños placeres de la vida, y yo ya llevo más de un mes aquí, Vera. Así que necesitaba poder disfrutar de los servicios y las comodidades que ofrece un hotel de esas características.

Lo miré de nuevo sorprendida por el hombre que se escondía tras aquella fachada tan alternativa.

Durante el tiempo que transcurrió hasta que llegamos al hotel, ninguno de los dos dijo nada más. Ander iba en silencio, tocándose el hombro derecho de vez en cuando, y yo lo observaba inconscientemente al tiempo que iba absorta en mis pensamientos, dándole vueltas a todo lo que me había contado aquella noche. Me había sorprendido mucho descubrir esa faceta tan desconocida para mí de él.

Una vez en el hotel, cuando ya habíamos llegado a la altura de mi habitación, Ander se detuvo frente a mí. Me puse nerviosa. Me estaba mirando de una manera diferente de como lo había hecho otras veces. No tenía claras sus intenciones.

—Sólo quería darte las gracias por haber aceptado mi invitación. Me ha gustado mucho poder mostrarte parte de la cultura tailandesa.

Simplemente, le sonreí. No sabía muy bien cómo actuar porque aquel hombre me tenía totalmente desconcertada. Hasta esa noche, para mí aquel tipo no había sido más que un patán desquiciante que siempre conseguía sacar lo peor de mí. Sin embargo, después de la conversación que habíamos mantenido, mi juicio sobre él había cambiado considerablemente.

Pero ahí seguía, mirándome fijamente. Lo hizo hasta que su teléfono empezó a sonar de repente.

—Dime, Malai... —respondió al descolgar.

Después Ander me dijo en voz baja, mientras escuchaba atentamente lo que esa mujer le estuviera contando, que mañana saldríamos a las seis hacia el poblado, pero que sobre las cinco y media estuviera en el bufet del hotel para desayunar. A continuación se despidió de mí con un gesto y avanzó por el pasillo hasta entrar en su habitación y desaparecer.

Me di media vuelta y me metí en la mía algo confusa, pero también muy irritada. ¿No se suponía que Malai debía estar en una cita con mi hermano precisamente en esos mismos momentos? Entonces... ¿qué hacía llamando a Ander?

Capítulo 8

Me desperté sintiéndome estupendamente. Había dormido bien, estaba muy descansada y de un humor excelente.

Decidí darme un largo baño en aquel inmenso *jacuzzi* antes de bajar a desayunar. Probablemente no volviera a tener una oportunidad así en mucho tiempo, por lo que no podía desaprovecharla.

A la hora acordada con Ander me encontraba en el *lobby* del hotel, esperándolo. Viendo que no aparecía, decidí ir directamente al bufet para ver si se encontraba allí. Efectivamente, él ya había llegado, había cogido una mesa para los dos y ya se había servido su desayuno.

—Buenos días, Vera.

—Buenos días, Ander —le contesté muy sonriente debido a mi buen humor.

Mientras hacía cola para tostar el pan, estuve recordando la noche anterior. Ander me había sorprendido muchísimo y no podía quitarme de la cabeza esa nueva imagen de él, en la que un hombre sencillo y preocupado por los demás vivía su vida al margen de su familia, mostrando así sus grandes valores a muchos.

Pero entonces los llantos de un niño pequeño me sacaron de mis pensamientos. Estaba con su madre, que lo llevaba en brazos, situado detrás de mí en la cola, y parecía desesperado por desayunar. Decidí cederles mi turno para la tostadora, así que los dejé pasar delante de mí. Detrás se me colocaron un grupo de adolescentes españolas que precisamente había visto la noche anterior en el espectáculo tradicional tailandés al que me había llevado Ander. Estaban hablando de ello.

—¡Tía, cómo moló lo del tío ese con las espadas! ¡Como lo clave todo igual, tiene que ser la leche! —dijo una al tiempo que las demás rompían a reír sonoramente.

Puse los ojos en blanco. Para ser adolescentes me parecieron demasiado espabiladas en algunos temas.

—¿Y viste la que montó la pava esa? —preguntó entonces una de ellas a las demás.

—¿Quién? ¿La que estaba con el buenorro?

—Sí, la del vestido corto de Zara. Se ve que quería llamar su atención y no sabía cómo hacerlo.

Empecé a temerme lo peor. ¿Estaban hablando de mí?

—¡Menudo numerito montó para sentarse! —dijo otra de las muchachas.

—Es que lo que no entiendo es por qué si lleva un vestido tan corto se sienta en esas mesas, estando las otras que tienen el foso precisamente para eso.

¿Qué foso? ¿A qué se estaban refiriendo?

Claramente estaban hablando de mí. Fui consciente de ello y quise morirme, pero lo peor es que no quedó ahí su conversación.

—Escucha, si yo llevara un maromo al lado como el que llevaba ésa, monto todos los numeritos del mundo que tenga que montar con tal de que luego me empotre. —Todas comenzaron a reírse a carcajadas—. ¡Un tío así en la cama tiene que ser lo más grande!

—¡Ya te digo...! Sobre todo si la tiene en proporción al resto del cuerpo. ¡Menudo empotramiento te tiene que hacer! ¡Como para que quieras que te ponga mirando para Cuenca todos los días!

Volvieron a reírse todas escandalosamente.

Ya había oído suficiente.

Pasé del pan. Cogí dos cruasanes y un café con leche y me fui directa a la mesa.

—Oye, Ander, ¿qué es eso de los fosos en las mesas del sitio donde estuvimos cenando anoche? —le pregunté directamente conforme me senté.

Claramente mi humor ya no era el mismo de antes y estaba esperando su respuesta con cara de no muy buenos amigos.

Carraspeó y, después de unos segundos en los que imagino que sopesó qué explicación darme, comenzó a hablar.

—Algunas mesas tienen un foso alrededor para poner las piernas —me dijo sin más.

Seguí mirándolo fijamente esperando a que prosiguiera.

Ander volvió a pensar lo que iba a decir a continuación. Sabía que yo podía ser una bomba de relojería en algunas situaciones, y supongo que estaba temeroso de que ésa fuera una de ellas.

—Aquí es normal comer sentado en el suelo con las piernas cruzadas, es la tradición, pero los occidentales no tienen esa costumbre y a muchos de ellos se les acababan durmiendo durante el espectáculo, así que los dueños del restaurante decidieron hacer un foso alrededor de algunas mesas donde poder dejar colgadas las piernas y que no se les durmieran. Con eso han conseguido mayor comodidad para el turista, pero sin romper la estética y la tradición típica de aquí, ya que se sigue comiendo sentado en el suelo.

—¿Y quieres explicarme por qué habiendo mesas de ese tipo no nos pusimos en una de ellas? —le pregunté entonces.

—¿Y perderme el numerito que montaste para sentarte, Vera? —me dijo riéndose a carcajada limpia—. ¡Si ése fue el mejor espectáculo de toda la noche!

Respiré hondo e intenté calmarme contando, pero sólo me dio tiempo a llegar hasta tres, ya que eso fue lo que tardé en coger mi café con leche y tirárselo por encima a aquel imbécil.

Acto seguido me largué de allí dejándolo hecho una sopa. Pero me dio igual, no tuve ningún cargo de conciencia. Se lo merecía por patán.

Al rato, apareció en el *lobby*. Obviamente, después de que yo me fuera del bufet, Ander había subido a su habitación a ducharse y cambiarse de ropa.

Cuando me vio se acercó a mí y, sin dirigirme la palabra, me lanzó las llaves del jeep. Cogió su maleta y la mía y se fue hacia la puerta de entrada al hotel. Cogí las llaves que me había arrojado y salí corriendo tras él.

—¿Por qué me das las llaves del coche? No pensarás que voy a conducir yo...

—¿Qué pasa? ¿Es qué no sabes, *Fresitas*?

Lo miré tan cabreada que tuvo que sentir el fuego que escupía con mi mirada.

Rodeé el jeep, abrí la puerta del conductor y, sin pensar en nada más, lo arranqué. Si pensaba que me iba a arredrar, lo llevaba claro.

Comencé a conducir, pero me arrepentí al instante. Estaba en una ciudad que no conocía, que además era un caos circulatorio y en la que no había ni un solo cartel en cristiano para poder saber por dónde tenía que echar para salir de allí. Los coches no hacían más que pitarme, y estuvimos a punto de darnos con uno que me salió de improviso por la derecha. No estaba acostumbrada a esa forma de conducir tan atropellada, y la ansiedad que aquel tráfico me produjo mermó considerablemente mis capacidades.

—Métete en el siguiente desvío y para en aquella gasolinera —me dijo entonces Ander, señalando hacia una estación de servicio situada un poco más adelante.

—El depósito está lleno —le repliqué con la intención de no hacerle caso.

Sentí cómo me clavaba una furiosa mirada por no hacer lo que me había pedido.

Eso me puso más nerviosa todavía. Aun así, seguí conduciendo sin el propósito de tomar aquel desvío.

Sin embargo, cuando llegamos a la altura de la salida de la gasolinera, sin mediar palabra, Ander me cogió el volante y, haciéndolo girar, torció hacia la derecha, provocando que cogiéramos el dichoso desvío.

—Pero ¿tú estás loco? Podrías haber causado un accidente —le reproché, aunque sabía que eso no era cierto. No venía ningún automóvil en ese momento.

—Baja del coche —me pidió él bastante cabreado cuando llegamos a la gasolinera. A continuación, se vino hacia mi puerta y la abrió.

—No quiero. No pienso bajarme. Puedo seguir conduciendo perfectamente —le contesté.

Ander me miró incrédulo. Estaba esperando a que me bajara del jeep, pero yo no me moví de allí.

Supongo que, viendo mi obstinada reacción, no tuvo mucho que pensar.

Me sacó de allí en contra de mi voluntad, ante la atónita mirada de todo el mundo. Me cogió por la cintura con un solo brazo y, como si fuera una pluma para él, me llevó hasta el otro lado del jeep.

En esos momentos odié mi tamaño. Me sentía un juguete en sus manos. Pero es que, además, que me estuviera manejando a su antojo terminó de sacarme de mis casillas. Sin embargo, no pude hacer nada. Me tenía inmovilizada y, aunque no me hacía daño, no conseguí soltarme.

Cuando me dejó en el asiento del pasajero y me ajustó el cinturón, lo miré con tanta furia que

bajó la mirada, quizá arrepentido por lo que había hecho. Sin embargo, cerró de un portazo farfullando que yo me lo había buscado.

No volvimos a hablar durante el resto del trayecto. Me dediqué a observar el precioso paisaje y a pensar cuánto me había confundido la actitud de aquel medicucho patán la noche anterior. Casi había llegado a creer que era un buen tipo. Sin embargo, aquel energúmeno no lo era. Todo había sido un espejismo donde había creído ver a alguien que obviamente no era.

Cuando ya estábamos relativamente cerca de llegar al poblado, Ander paró el jeep en el arcén de la carretera y, sin mediar palabra, se bajó. Se quedó de pie, de espaldas a la ventanilla, apoyado en la puerta.

Parecía cansado y sin aliento, pero eso no tenía sentido.

Yo no sabía por qué había parado, así que me quedé observando qué demonios hacía. Con la mano izquierda se masajeaba el hombro derecho. Lo había visto hacer ese gesto varias veces en los días anteriores.

Me quedé en silencio esperando a que él se subiera de nuevo, pero estaba tardando demasiado, así que, aun a riesgo de acabar peleándome con él otra vez, bajé del coche con la intención de rodearlo y preguntarle si todo iba bien.

Cuando llegué a su altura y lo vi, me asusté bastante. Tenía la cara totalmente desencajada y estaba muy pálido. Una mueca de dolor cruzaba su rostro.

—Ander, ¿qué te pasa? —le pregunté preocupada.

—No es nada.

—Sí, sí lo es. Llevas todo el fin de semana haciendo ese gesto con el hombro y ahora tienes muy mala cara.

Pero no contestó.

—Ander...

Levantó el rostro y me miró directamente a los ojos. Un calambre me recorrió el cuerpo. Mi respiración de repente se volvió errática.

—No puedo seguir conduciendo —me dijo entonces.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te pasa?

—Ya no puedo soportar el dolor del hombro —y, diciendo esto, se apartó la camisa que llevaba, dejando al descubierto la herida que yo ya había observado el día que lo había visto bañándose desnudo en el río.

Era una herida circular, con no muy buen aspecto, que aún no se había cerrado del todo. La quise tocar. Posé mi mano sobre su pecho desnudo y, despacio, la deslicé hasta el borde de la herida. Con el dedo índice la rodeé como si con mi gesto pudiera ayudarlo a aliviar su dolor.

Se me quedó mirando y yo a él. A continuación posó su mano sobre la mía. Sentí entonces el calor y la suavidad de su piel, pero también sentí cómo se había agitado su corazón, al igual que lo había hecho el mío.

Un calambre recorrió todo mi organismo, revolucionando mi torrente sanguíneo. De repente

tuve la necesidad de permanecer muy cerca de él. No quería dejar de mirarlo, no quería separarme de él, pero sobre todo no quería alejarme de su contacto.

—Será mejor que no la toques —me dijo Ander entonces—. Podría infectarse.

—¿Cómo te la hiciste? —atiné a preguntar mientras seguía sintiendo en todo mi ser aquella sensación tan extraña que me había producido el contacto con aquel hombre.

—Me dispararon.

Un escalofrío me recorrió entera.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Fue en un atraco. Querían el dinero que llevaba y no quise dárselo. Tuve suerte. Si no hubiera reaccionado a tiempo, no podría haber desviado el arma de aquel tipo lo suficiente como para que la bala no me entrara directa al corazón.

Me estremecí al oír su historia. Una terrible sensación invadió mi cuerpo al imaginar aquella espantosa situación.

—La bala entró y salió limpiamente —dijo al tiempo que se volvía y me enseñaba la marca que también llevaba en la espalda—. Pero aún no se ha cerrado del todo y, cuando tengo el hombro durante mucho tiempo en tensión, se me resiente y acaba doliéndome.

—¿Y por qué no me has dejado conducir entonces?

La respuesta a mi pregunta era obvia. Mi forma de reaccionar ante el caos circulatorio de aquella ciudad había hecho que, a pesar del dolor que sentía, Ander decidiera conducir él todo aquel trayecto.

Sin embargo, ya no estábamos en Chiang Mai y apenas había tráfico en aquella carretera, así que tomé una decisión.

—Está bien. Dame las llaves y déjame que lo lleve yo ahora —le dije autoritariamente.

Él no replicó. Seguía pálido y tenía la frente perlada del sudor provocado por los fuertes dolores que estaba sufriendo.

—En cuanto llegemos al poblado iremos a que te vea Xavi —le dije convencida—. Ahora apóyate en mí. Vamos a acomodarte en el asiento del pasajero.

Ander me miró con escepticismo, porque, aunque mi intención era buena, obviamente yo no iba a poder ayudar en nada a aquella mole. Ni siquiera podría servirle como bastón.

Y, aunque lo intentó, sólo consiguió dar dos pasos apoyado en el jeep, porque comenzó a sentirse muy débil y mareado. Así que, medio tambaleándose, volvió a sentarse en el asiento del conductor. Por suerte, lo hizo justo antes de desmayarse.

—¡Ander, Ander...!

Comencé a darle palmaditas en la cara, pero no reaccionó.

La palabra «nerviosa» no definiría bien cómo comencé a sentirme. «Pavor» quizá fuera más correcta para explicar el sentimiento que me recorría de pies a cabeza. Ahora la que tenía la frente perlada de sudor era yo.

—¡Ander, por Dios, despierta! —Comencé a zarandearlo desesperadamente mientras le

gritaba.

No se despertó.

¡Vale! Tenía que calmarme y analizar la situación.

Me encontraba en medio de una carretera secundaria por la que no había pasado ningún coche desde que estábamos allí parados, sin saber exactamente cuántos kilómetros nos faltaban para llegar, haciéndose ya de noche y con el tío más grande del mundo desmayado sobre el asiento del conductor. Todo eso significaba que o se despertaba o tendríamos que pasar allí la noche, en medio de la selva y con los animales salvajes que la habitaban merodeando curiosos alrededor de nosotros, con el fin de saber si les podíamos servir como alimento.

Lo primero que hice fue encerrarme en el jeep y buscar un arma.

No sabía disparar, nunca lo había hecho. Y probablemente tampoco tendría buena puntería, pero saber que al menos tendría una pistola con la que poder disuadir a cualquier fiera que se nos aproximase, aunque fuera dando un tiro al aire, haría que me sintiera algo más tranquila.

Sin embargo, no encontré nada con lo que poder defendernos.

La situación comenzaba a ser algo más que preocupante. Intenté de nuevo que Ander se despertara, pero, aunque le grité como una loca y lo zarandé como pude, no se inmutó.

No sabía qué me preocupaba más, si su salud o que estuviéramos allí tirados en medio de la nada.

Pero ¿qué podía hacer?

Irme andando por la carretera hasta encontrar a alguien no me pareció un buen plan, sobre todo ahora que ya se había hecho completamente de noche. Quedarnos allí en el jeep, el cual no ofrecía demasiado refugio al ser las ventanas y el techo de plástico, tampoco era una buena opción, y más con la vida de Ander en peligro. Porque yo no sabía por qué se había desmayado, pero evidentemente algo en su cuerpo no estaba funcionando como debería.

Así que, en esas circunstancias..., ¿qué era lo único sensato que yo podía hacer?

Pues conducir el jeep siguiendo la carretera hasta llegar a algún sitio donde hubiera alguien que pudiera ayudarnos.

¿El problema? Que Ander estaba sentado en el sitio del conductor y, con su peso, me era imposible moverlo de allí.

¿Solución? Sentarme encima de él para poder conducir.

Y, como yo era muy chiquitilla y cabía en casi cualquier lugar, no tuve problemas para colocarme entre él y el volante. Aparté sus piernas hacia los lados para que no me estorbaran con los pedales, pisé el freno y arranqué el motor.

¡Bien! Estábamos en marcha.

Conduje así durante bastantes kilómetros, pero mis esperanzas comenzaron a disminuir cuando vi que, a pesar de todo lo que habíamos avanzado, no había ni rastro de civilización alguna. ¿Y si debería haber cogido algún desvío? Podía estar alejándome del poblado en lugar de acercarme.

Comencé a ponerme muy nerviosa. La negrura de la noche confundía el camino y cada vez me

costaba más enfocar la carretera. Los ojos me empezaron a llorar por el esfuerzo que estaban haciendo. Nunca me había gustado conducir de noche por lo mismo. La vista se me cansaba y me jugaba malas pasadas desdibujando el horizonte y volviéndome todo el paisaje borroso.

Estaba a punto de venirme abajo, pero no podía hacerlo. Nuestra supervivencia dependía de que no lo hiciera. Sin embargo, la desesperación comenzaba a hacer acto de presencia y no podía evitarlo.

Entonces me pareció ver una luz a lo lejos, así que no dudé en ir hacia ella, fuera lo que fuese aquello que brillaba.

—¡Si querías montarte encima de mí, sólo tenías que decirlo, *Fresitas!*

Frené en seco. Ander se había despertado.

Me volví hacia él y lo abracé emocionada por saber que estaba de vuelta.

Sin embargo, luego me separé y le solté un bofetón.

—¡Eres un imbécil! —le espeté por el comentario que me había hecho, al tiempo que me bajaba del coche y cerraba de un portazo.

Cuando fui consciente de que me encontraba en mitad de la más absoluta y aterradora negrura, fui corriendo al otro lado del jeep y me subí al asiento del pasajero.

Ander seguía riéndose.

—Ya veo que te las apañas muy bien sin mí, *Fresitas*. ¿A qué altura estamos?

No quería hablar con aquel patán engreído, pero obviamente tenía que darle la información que me estaba pidiendo para que supiera dónde nos encontrábamos exactamente y que pudiera poner por fin rumbo a aquel dichoso poblado.

—Hemos andado... —dije al tiempo que me asomaba a ver el cuentakilómetros y poder hacer la cuenta— setenta kilómetros. He seguido la carretera que llevábamos sin tomar ningún desvío.

—Pues entonces deberíamos de estar ya muy cerca de la bifurcación que lleva al poblado.

Y, efectivamente, pocos minutos después estábamos cogiendo un desvío a la izquierda. Reconocí el camino enseguida. Acabábamos de pasar sobre el río y el poblado no tardaría en divisarse.

Estaba deseando llegar y que Xavi le echara un vistazo al hombro de Ander, porque, a pesar de haberme dicho que ya se encontraba mejor y que podía conducir perfectamente, estaba convencida de que me estaba mintiendo. Seguía muy pálido y la herida no tenía buen aspecto.

Poco después, las luces del poblado llegaron hasta nuestros ojos. No había casi nadie fuera de las cabañas, a pesar de que aún no era la hora del toque de queda. Sin embargo, cuando nos vieron aparecer salieron todos a recibirnos. Que llevásemos todas esas cosas que nos habían pedido hacía que nos estuvieran esperando con bastante impaciencia.

—Pero ¿dónde estabais?... Habéis tardado mucho en llegar, ¿no? —le preguntó Malai a Ander mientras le abría su puerta.

—¿Ha pasado algo, Ander?... No tienes buena cara —le dijo entonces Xavi.

Pero él no pudo contestarle a ninguno. Se había vuelto a desmayar. Como si su cuerpo lo

hubiese sabido, se había despertado en el momento justo para poder guiarnos hasta el poblado y, una vez habíamos llegado a él, su mente había vuelto a desconectarlo.

Les expliqué rápidamente todo lo que había ocurrido y entre Xavi y Pablo llevaron a Ander a la enfermería. Malai, obviamente, también fue con ellos.

A mí no me dejaron pasar, y Pablo, una vez que los hubo ayudado a tumbarlo en la camilla, también tuvo que salir de allí. Nos quedamos los dos sentados en los escalones, esperando que nos dijeran algo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —me preguntó entonces mi hermano.

No sabía qué decirle. La mayor parte del tiempo la había pasado cabreada con Ander por sus groserías. Sin embargo, el sabor de boca que me llevaba a pesar de ello era muy bueno. Había conocido una ciudad muy bonita, había paseado por sus calles y su mercado nocturno y había probado su comida típica. Además, había disfrutado de las comodidades de aquel hotel y había podido comprar muchas cosas en el centro comercial. Pero sobre todo me quedaba con la cara tan diferente que Ander me había mostrado de sí mismo y que tan desconcertada me había dejado.

No obstante, no quise darle demasiadas explicaciones a Pablo, así que le dije que había ido todo bien sin más.

—¿Y a ti? ¿Cómo te fue la cita con Malai?

Mi pregunta no sólo iba dirigida a enterarme de cómo le había ido con ella, sino que también quería saber si había habido algún motivo especial para que aquella mujer llamara a Ander, supuestamente cuando tenía que estar en una cita con mi hermano.

—Muy bien, Vera.

A Pablo se le iluminó la cara y a mí se me vino el mundo abajo.

¿Cómo le explicaba yo que aquella mujer estaba jugando a dos bandas y que iba a salir escaldado? Porque eso era lo que yo pensaba que estaba haciendo Malai.

—Pablo...

—No, déjame que te cuente cómo fue nuestra cita antes de que me digas nada, Vera.

Y tuve que dejarlo. Estaba tan emocionado que parecía un niño pequeño ante su primera fiesta de cumpleaños.

—Le preparé la cena con ayuda de Jan, uno de los cocineros.

—Espera, espera, Pablo. ¿Eso no es ir demasiado rápido?

—Vera, aquí no puedo llevarla al cine o a pasear por un parque como habría hecho en una primera cita allí en España, así que lo único que se me ocurrió fue eso. No es que fuera una cena romántica, pero sí buscaba tener algo de intimidad entre nosotros para hablar tranquilamente y poder conocernos mejor.

Mis peores pesadillas comenzaban a cobrar vida.

Sin embargo, Pablo, ajeno a mis recelos, continuó hablando.

—El camarero que nos pone los desayunos me ayudó a montar una mesa en nuestra habitación para que la velada fuera más íntima y luego nos sirvió la comida y se fue, dejándonos solos. —Mí

hermano cogió aire y continuó hablando—: Pasé la mejor noche de mi vida. Malai es genial. Es inteligente, madura, tiene muy claro lo que quiere y es muy divertida. Me siento muy a gusto con ella, Vera.

Pablo me confesó esto último mirándome directamente a los ojos. Realmente aquella chica estaba calando hondo en él y, aunque yo debería haberme alegrado por ello, su historia con Malai no hacía más que chirriarme.

Le sonreí falsamente. No quería desilusionarlo mostrándole mis recelos hacia ella. Por primera vez en mucho tiempo veía esa luz en su cara, y eso era bueno porque significaba que ya había conseguido empezar a olvidar a Andrea. Sin embargo, que se estuviera ilusionando con otra persona que pudiera estar jugando a dos bandas, y que por culpa de ello acabara rompiéndole el corazón, no me hacía ninguna gracia.

Pero lo medité y decidí esperar un poco más, a ver cómo iba la cosa entre ellos. No quería meterme en su vida sin tener la certeza de que Malai no era trigo limpio, así que de momento me mantendría al margen. Pero, eso sí, pensaba vigilar los movimientos de aquella mujer muy de cerca y, si veía cualquier cosa rara, no dudaría en decírselo a Pablo.

—Bueno, pues ya hemos terminado con el reconocimiento médico del tío más cabezota del mundo.

Era la voz de Xavi, que, acompañado de Malai, había salido a decirnos cómo se encontraba Ander.

Pablo y yo nos levantamos rápidamente y nos volvimos para escucharlos.

—Puedes estar tranquila, Vera —comenzó a decir Xavi—. Ander es una roca y se encuentra bien. Otro, en su situación, a lo mejor habría tenido complicaciones, pero él, por suerte, goza de una muy buena forma física, lo que lo ha ayudado a sobreponerse rápidamente. Ahora sólo necesita descansar.

—Pero ¿qué es lo que le ha pasado? ¿Por qué se desmayó?

—Pues porque es muy testarudo. No debería estar aquí trabajando, y mucho menos darse una paliza a conducir como la que se ha dado. La herida es muy reciente y ya le veníamos advirtiendo hace un tiempo que si continuaba con ese ritmo podría ocurrirle esto. La herida se le ha abierto por la postura del hombro al conducir durante tantas horas. Además, se le ha infectado y eso ha hecho que se desmayara. Su cuerpo necesitaba todos los recursos posibles para luchar contra la infección. Le dije que te dejara a ti llevar el jeep, pero, por lo visto, no ha querido hacerme caso. Ahora tendrá que estar unos días tomando antibiótico y con el brazo inmovilizado hasta que se le vuelva a cerrar.

Que tuviera que cargar conmigo en aquella gasolinera, cuando por testarudez no quise moverme del asiento del conductor, seguro que también había tenido mucho que ver con que se le abriera la herida. Me sentía fatal por ello.

—Bueno, ¿qué?... ¿Descargamos las cosas del jeep? —Ander acababa de aparecer y, por lo visto, la cabezonería seguía acompañándolo.

Nos volvimos todos hacia él dispuestos a explicárselo muy seriamente cuando continuó hablando:

—¡Que es broma! ¡No me miréis así!

Pero yo sabía, por lo poco que lo conocía ya, que no tardaría en volver a las andadas. Era culo de mal asiento y eso de tener que estar en reposo no iba con él.

—Ander, vete a descansar, por favor —le pidió Malai—. Acuéstate y duerme un poco. Luego me pasaré a verte.

—Yo también puedo pasarme a verte —le solté sin pensar.

Un segundo..., ¿eso acababa de salir de mi boca?

Mi hermano me miraba de una forma extraña. Lo hacía igual que cuando éramos pequeños y descubría algún gran secreto que yo hubiera tenido celosamente guardado.

Supongo que le había descuadrado bastante mi cambio de actitud hacia Ander.

El caso es que yo tampoco lo entendía. Lo mismo lo odiaba a muerte como a veces me sentía un poquito atraída por él.

—¿Estás segura de que no tienes nada que contarme, Vera? —quiso saber Pablo en cuanto se fueron todos.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—No sé, llámame loco, pero me da que te vas a enamorar de Ander, si es que no lo has hecho ya.

—¡Pero ¿qué dices?! ¿Cómo me voy a enamorar de ese imbécil? Eso no pasaría ni aunque fuera el último hombre de la Tierra.

—¡Ya!

—¿Cómo que «ya»?... ¡Pablo, qué tú me conoces perfectamente!

—Pues por eso mismo, Vera.

Me estaba sacando de mis casillas.

Es posible que Ander me atrajera algo físicamente y que el fin de semana hubiera visto una cara de él que me había sorprendido bastante, pero de ahí a que me enamorara de aquel patán engreído había mucho trecho. No entendía cómo mi hermano tenía la osadía de pensarlo siquiera.

—Pablo —le dije muy seria—, si quieres seguir siendo mi hermano, abstente de pensar absurdos sobre mí y el perroflauta ese. De lo contrario, me veré obligada a rescindir mi parentesco contigo.

Él se echó a reír.

—Ay, Vera, Verita, Vera... ¡Que voy a acabar llevando razón!

—¡Que no, coño!

Me fui de allí malhumorada. Pero ¿por qué tenía que inventarse cosas y ver enamoramientos donde no los había?

Llegué al lugar donde se encontraban los demás y me puse a ayudarlos a descargar todos los paquetes del jeep. Necesitaba deshacerme de la mala leche que me había entrado después de mi

conversación con Pablo.

En las cajas habíamos ido escribiendo el nombre de la persona a la que pertenecían las cosas que había dentro. Así que fui apilando todas las que había para los chavales y las llevé a la escuela para dárselas al día siguiente.

Cuando volví al jeep ya no había nadie y sólo quedaban un par de paquetes en el suelo. Eran las cajas de Ander. Obviamente, él no había ido a recogerlas y los demás supongo que estaban demasiado entretenidos viendo todo lo que les habíamos traído.

Decidí llevárselas yo misma y aprovechar para preguntarle cómo se encontraba.

Llamé a la puerta con suavidad, pero no contestó. Probablemente estuviera dormido. Aun así, decidí pasar y dejarle allí sus cosas.

Entré en la habitación con mucho sigilo para no despertarlo.

Ander estaba tumbado en su cama.

Dejé las cajas encima de la mesa, al lado de su cámara de fotos. Pero al hacerlo vi que de una de ellas asomaba un trozo de tela. La abrí para acomodar lo que fuera que sobresalía y, al hacerlo, me di cuenta de que aquella tela pertenecía al pañuelo de seda que tanto me había gustado en el mercado nocturno.

Me quedé paralizada pensando cómo era que Ander lo llevaba entre sus cosas. ¿Habría vuelto a por él después de dejarme en el hotel para regalármelo en algún momento?

Sentí un vuelco en el estómago.

Me volví hacia él. Estaba tumbado boca arriba con los pantalones aún puestos. Sin embargo, Xavi le había quitado la camisa para poder examinarlo mejor y aún seguía sin ella.

Me quedé observándolo una vez más. Tenía el cuerpo más bonito que había visto en mi vida. La tenue luz de la lamparita de su mesilla de noche remarcaba aún más sus esculpidos músculos. Seguí con la mirada la línea de dos de ellos. Esos que se perdían por debajo de su pantalón y que parecían apuntar hacia aquello que tanta curiosidad me había provocado desde que aquellas adolescentes comentaron cómo se imaginaban que tendría su miembro viril.

¿Sería tan grande como habían sugerido ellas?

Pero Ander se giró en la cama y yo di un brinco por el susto. Me había quedado tan absorta observándolo que no me había dado cuenta de que se había despertado y me estaba mirando.

—Perdón. No quería molestarte —atiné a decirle—. Sólo he venido a traer tus cajas y a ver cómo estabas, pero ya me voy.

Él se puso en pie y avanzó unos pasos hacia mí.

—¿Estás segura de que quieres irte, *Fresitas*? —me preguntó con voz ronca.

Capítulo 9

Salí corriendo de allí.

Me quemaban los pulmones. Me faltaba la respiración.

Corrí hasta la escuela y me encerré en ella.

Pero ¿qué demonios me había pasado? ¿Por qué había reaccionado así?

Me había invadido un pánico atroz que no comprendía. Había reaccionado como una niña pequeña asustada a la que le viene grande una situación y decide que la mejor opción es escapar de ella. No sabía por qué había hecho aquello, pero ahora ya no había vuelta atrás. Había dejado a Ander, solo, en su dormitorio, sin darle explicación alguna.

Me quedé en silencio. Necesitaba tiempo para serenarme y recuperar el aliento. Sin embargo, no quería ponerme a pensar en lo que había ocurrido. Quería ocupar mi mente y no darle vueltas a por qué había reaccionado de aquella manera, sintiendo esa sensación de pánico tan extraña.

Cuando quise darme cuenta de dónde me encontraba, de lo tarde que era y de que ya no podría salir de allí hasta el día siguiente por el peligro que eso podría conllevar, me vine abajo. No me hacía ninguna gracia tener que pasar allí la noche yo sola, pero tenía claro que no me iba a arriesgar a salir, como la última vez, y que me atacara algún animal.

Decidí entonces que para ocupar el tiempo comenzaría a preparar todas las cosas que había comprado para la escuela. Tenía mucho material con el que empezar a trabajar, así que me puse manos a la obra.

Unas tres horas después, me encontraba exhausta y me dejé caer en el suelo. Apoyé la espalda contra la pared y no tardé en quedarme dormida.

La oscuridad. Siempre acechante.

Es la pregonera del peligro.

Pero ahora todo va bien.

No. Ya no.

Todo se precipita.

Una vez más.

Un destello. Un sonido seco.

Un grito. El golpe.

No puede ser. No aún. No otra vez.

La nada.

Dejo de sentir. Así es mejor.

Ya no hay dolor.

Así es mejor.

—Señorita Vera, señorita Vera..., ¿se encuentra bien?

Me desperté asustada y sin saber dónde me encontraba. Estaba totalmente desorientada. Los ojos de una niña pequeña me miraban fijamente esperando a que yo reaccionara. Era Sunee.

—Déjala, a lo mejor está muerta —replicó el chico adolescente.

—No estoy muerta, Khalan —le dije al tiempo que me levantaba del suelo e intentaba recomponerme un poco—. Es sólo que me he quedado dormida.

—¿Ha pasado aquí toda la noche, señorita Vera? —me preguntó entonces la chica adolescente con cara de extrañeza.

—¿Y a ti qué te importa, Kanya? —le soltó Khalan—. Siempre te estás metiendo donde no te llaman.

—No empecéis otra vez —les pidió Aroon—. Estáis siempre igual.

Sunee seguía mirándome fijamente.

—Es verdad —me dijo ella entonces asintiendo con la cabeza—. Siempre se están peleando —terminó de explicarme refiriéndose a los dos adolescentes, Khalan y Kanya.

Necesitaba unos minutos para recomponerme, así que les pedí que comenzaran a ordenar las cosas que había en las cajas mientras yo salía unos instantes.

Me fui a mi cabaña y allí me asexé un poco y me cambié de ropa. Con las mismas, fui al comedor y les pedí que, por favor, me sirvieran un café muy largo. Necesitaba espabilarme.

Cuando salí de allí me tropecé con Xavi.

—¡Buenos días, preciosa!

Ya estaba otra vez Xavi con lo de «preciosa». No me gustaba nada que usara ese apelativo para dirigirse a mí.

—Hola, Xavi —le contesté con desgana.

—Espera, espera..., ¿adónde vas con tanta prisa?

—Es que están los chavales solos en la escuela.

—¡Vera, esos chicos saben cuidarse mejor que tú y que yo! No te preocupes por ellos. Necesito hablar contigo de una cosa.

No pude decirle que no, pero había algo en él que no terminaba de gustarme. Se tomaba demasiadas confianzas conmigo, y no sólo porque invadiera mi espacio físico con una mano aquí y otra allá, sino que también su mirada y cómo me hablaba empezaban a hacerme sentir incómoda.

—¿Te han contado ya lo de la fiesta anual? —me preguntó.

—Pues no, Xavi. O sí, no sé. Creo que alguien me ha hecho alguna referencia a ella, pero realmente no sé muy bien de qué va la cosa.

—Humm..., eso significa que aún no tienes a nadie con quien ir. —Su tono no me gustó demasiado—. ¡Parece que hoy es mi día de suerte!

—Oye, Xavi, llevo prisa —le dije al tiempo que me daba media vuelta para largarme de allí.

Me había picado la curiosidad el tema de la fiesta, pero prefería que fuera otra persona la que me lo explicara.

Sin embargo, al volverme había visto a Ander en la puerta de su cabaña. Se encontraba a una distancia relativa; suficiente como para vernos perfectamente, pero no como para poder oír nuestra conversación. Y nos miraba con fijeza.

Comenzó a temblarme todo el cuerpo. Me moría de la vergüenza por cómo me había comportado la noche anterior con él y no quería tropezármelo.

Me volví de nuevo hacia Xavi y entonces le pedí que me contara lo de la fiesta de camino a la escuela.

—Pues, verás... —comenzó a decir muy entusiasmado—, dentro de dos semanas se celebra el Phi Ta Khon, o festival de los dioses, donde se festeja la llegada de los espíritus y la traída con ellos de la lluvia y, por tanto, la fertilidad a la tierra. Los tailandeses son, en general, muy supersticiosos, y muchos suelen creer en fantasmas, así que ese día se montan procesiones de gente disfrazada de ellos. Digamos que es una especie de Halloween tailandés, donde se bebe mucho whisky de arroz...

Apenas estaba escuchando lo que Xavi me decía. Casi habíamos llegado a la altura de la cabaña de Ander y sentía su mirada clavada en mí. Cada vez me estaba poniendo más nerviosa.

Intenté disimular haciendo como que escuchaba atentamente todo lo que Xavi me contaba.

—... así que tenemos que preparar los disfraces para ese día —terminó diciendo.

—Por supuesto, Xavi. Me pondré a ello enseguida. Los chavales estarán encantados de echarme una mano.

—Tendréis que cogernos las medidas a todos.

—Sí, sí, claro, no te preocupes. De eso ya me encargo yo. Déjalo en mis manos.

Mi plan estaba funcionando. Ya habíamos sobrepasado la cabaña de Ander y no tardaríamos en llegar a la escuela.

—¡Ah! Mira por dónde, voy a matar dos pájaros de un tiro —dijo entonces Xavi, volviéndose en dirección a donde se encontraba Ander—. Acércate un momento, por favor —le pidió.

Me quería morir.

—Xavi, yo tengo que irme, en serio —le dije muy azorada.

—Es sólo un segundo, Vera. Es que quiero presentaros a los nuevos voluntarios.

Ander acababa de llegar. Se había quedado justo detrás de mí. Demasiado próximo para mi gusto. Sentía que, si volvía la cabeza, mi pelo rozaría su pecho.

—Éstos son Pierre y Chloé —nos dijo entonces Xavi—. Llegaron anoche.

Una espectacular rubia de ojos verdes, delgadísima y altísima, se lanzó a darle dos besos a Ander pasando por encima de mi cabeza.

Al lado de ellos yo parecía su hija pequeña.

Me aparté dejándoles espacio y me acerqué a Pierre para saludarlo. Él también era muy alto y

delgado, y tuvo que agacharse y yo ponerme de puntillas para poder darnos dos besos.

¿Había una convención en Tailandia de gigantes y yo no me había enterado?

—*Enchantée, Ander* —le dijo la francesita.

—*Enchanté, Chloé* —le contestó Ander en un perfecto francés.

«¡Por favor!» Parecían salidos del típico anuncio de perfumes donde todo el mundo habla como si tuviera un huevo metido en la boca.

Puse los ojos en blanco. No podía con tanta tontería.

—Yo soy Chloé —me dijo entonces la francesita, agachándose también para darme dos besos.

¿Alguien más tenía que agacharse para saludarme?

—Ander... —comenzó a decir Xavi—, ya que tú no puedes hacer otra cosa de momento, ¿por qué no les enseñas todo esto a Pierre y a Chloé?

—Claro. Estaré encantado. Venid por aquí —les pidió con la mejor de sus sonrisas.

¿Era cosa mía o la francesita y él se habían caído muy bien?

Salí bufando de allí. En realidad, me daba igual cómo se hubieran caído, lo único que quería era alcanzar la escuela y empezar a trabajar con los chicos.

Cuando llegué, Khalan y Kanya se estaban peleando otra vez.

—Pero ¿qué os pasa, chicos? —les pregunté para intentar saber qué ocurría y ver si podía mediar entre ellos.

Kanya, la pobre, estaba casi llorando.

—Khalan me ha vuelto a decir que soy estúpida —me explicó muy enfadada.

—¡Khalan! ¿Por qué le has dicho eso? —le pregunté.

Agachó la cabeza y no me contestó.

—Khalan, no puedes ir insultando a la gente, y mucho menos si no tienes motivos para ello.

—Pero sí tengo un motivo —me gritó entonces el muchacho mientras salía corriendo de allí dando un tremendo portazo.

—¿Voy a buscarlo? —me preguntó Aroon.

—No, déjalo. Ya volverá cuando se le pase —le contesté algo contrariada por toda la situación.

—No se le va a pasar nunca —dijo entonces Sunee—. Él sí que es un estúpido. Siempre se está metiendo con Kanya. Siempre la está haciendo llorar.

Suspiré. No había comenzado bien el día, pero es que estaba continuándolo peor.

—Bueno, vamos a ver por dónde empezamos, chicos —les dije mientras intentaba ordenar mis ideas y planificar qué haríamos durante la mañana. Con tanto lío, aún no había decidido qué íbamos a hacer—. Vale, creo que lo primero es preparar los disfraces para el desfile. Xavi ya me ha explicado un poco en qué consiste la fiesta y, aunque no he podido atenderlo demasiado, creo que tengo más o menos claro cómo tienen que ser las ropas que nos pongamos. ¿Vosotros habéis pensado en algo en concreto?

Miré a Anurak, pero obviamente él no me iba a contestar. Sin embargo, saqué unos de los

cuadernillos que le había preparado donde estaban todos los colores y me acerqué a él.

—¿De qué color quieres que sean las máscaras que usemos, Anurak?

El niño me miraba a los ojos fijamente. Ni siquiera se había fijado en el cuadernillo de colores que le estaba mostrando. Tampoco sabía siquiera si me había entendido.

Volví a preguntarle, cogiéndole esta vez la cara y orientándosela para que mirara el cuadernillo. Comencé a preguntarle cuál le gustaba, pero siguió sin hablar.

Le cogí entonces su dedo índice y se lo fui pasando por todos los colores, preguntándole de nuevo si alguno le gustaba.

No hubo respuesta. Volvió a mirarme fijamente a los ojos, pero no emitió ningún sonido ni señaló ningún color.

Suspiré de nuevo. Comenzaba a sentirme muy frustrada con él.

—Elegid vosotros los colores predominantes de los disfraces, chicos —les dije entonces, dándome por vencida con Anurak.

—Pero eso hay que elegirlo entre todos... —me replicó Sunee—, y Khalan no está.

—¡Está bien! —dije ya algo desesperada con toda la situación—. Iré a buscarlo. ¿Alguien sabe adónde puede haber ido?

—Siempre que se enfada se va al lago que hay en el río. Lo he seguido muchas veces —me explicó Aroon—. ¿Quieres que te diga dónde es?

—No. Creo que ya sé dónde está eso. Empezad a pensar en cómo queréis que sean las caretas. Ya las pintaremos después del color que elijáis.

Salí de allí rumbo al lugar donde había encontrado a Ander bañándose desnudo hacía tan sólo unos días. Sin embargo, tenía la sensación de que ya hubieran pasado varias semanas desde aquello.

No sabía qué le iba a decir a aquel adolescente enfadado con el mundo, que parecía que únicamente sabía dirigirse a los demás mediante ataques. Tampoco sabía cómo me iba a recibir a mí, pero tenía que intentar llegar a él si quería que el grupo se cohesionara.

Estaba sentado en la orilla del río sobre una roca.

Hice ruido a caso hecho para que me oyera llegar y no se asustara.

—Hola, Khalan. ¿Puedo sentarme contigo?

—No.

Estaba claro que no me lo iba a poner nada fácil.

—Está bien —asentí—, me quedaré entonces aquí de pie.

—Haz lo que quieras —me contestó insolente.

—Es verdad que en ocasiones las mujeres podemos ser estúpidas —le dije para su asombro—, pero eso es porque a veces no sabemos reaccionar de otra manera ante determinadas cosas.

—No sabes de lo que hablas —me espetó.

—Cierto, y eso puede hacer que diga estupideces.

—Eso seguro —me contestó.

—Pero tú podrías ayudarme a no decir estupideces.

Khalan se me quedó mirando con escepticismo.

—Yo no puedo ayudarte.

—Sí, sí que puedes, Khalan. Sólo tienes que decirme, para que yo pueda entender qué os pasa, por qué te has enfadado tanto con Kanya.

—¡Porque nunca me escucha! —comenzó a decir gritando—. Siempre hace lo que le da la gana, y un día va a tener un problema con eso.

Khalan había estallado y había empezado a abrirse.

—¿Y tú quieres ayudarla con ese problema? —le pregunté.

—Pues claro, pero es una cabezota. No deja que nadie le diga nada.

—¿Has intentado explicárselo cuando estéis los dos tranquilos?

—Sí. ¡Pero nunca me escucha!

—Pero ¿en qué tiene que escucharte, Khalan?

—Pues en lo del río, por ejemplo —me contestó muy alterado—. No hace caso del médico y al final van a tener que cortarle la pierna.

No sabía de qué me estaba hablando, pero obviamente el tema parecía lo suficientemente serio como para seguir ahondando en él.

—Khalan, explícame eso mejor.

—No puedo. Si Kanya se entera de que te he dicho algo, dejará de hablarme para siempre.

—Y si no me lo cuentas seguirá haciendo lo que le dé la gana y acabarán teniendo que cortarle una pierna, ¿no es así?

Khalan asintió.

—¿Y tú qué prefieres que pase?

Lo había puesto entre la espada y la pared.

Esperé unos segundos a que él solo se convenciera de qué era lo mejor.

—El doctor le dijo que no podía bañarse en el río o se le infectaría la herida que lleva en la rodilla. Después le explicó que, si eso llegaba a ocurrir, podrían tener que amputarle la pierna. Pero ella no le ha hecho caso y se baña todos los días aquí. Es una insensata —acabó por decir muy cabreado.

—Y tú no quieres que Kanya pierda su pierna y sufra, ¿verdad? —le pregunté aun sabiendo ya cuál iba a ser su respuesta.

Ya creía entender la situación. Me daba la sensación de que la preocupación de Khalan por Kanya iba más allá de una simple amistad. Él quizá la presionaba en según qué cosas mirando por su bien y ella se tomaba eso como una imposición por su parte, por lo que reaccionaba seguramente a la defensiva, y eso los llevaba a acabar peleándose constantemente.

Tenía que hablar con Xavi sobre el tema para que fuera él el que convenciera a Kanya de no seguir bañándose en el río. Pero también tenía que hablar con ella para mostrarle que Khalan sólo

quería su bien. Tenía que hacerle ver que aquel adolescente enfadado con el mundo en realidad sólo quería ayudarla.

Convencí a Khalan de que volviera conmigo a la escuela. Al principio se mostró reacio. Seguía muy enfadado con Kanya por su actitud hacia él, pero finalmente accedió.

De camino pude observar cómo Ander continuaba con el recorrido turístico a los franceses. Les estaba explicando todo con pelos y señales. Parecía, además, estar encantado de poder responder a las innumerables preguntas que le estaba formulando Miss Francia.

Para cuando llegamos a la escuela y entramos, aquello era un caos.

Kanya ahora se estaba peleando con Sunee. Esta última había cogido unas telas y decía que eran para hacerle vestidos a su muñeca para cuando la tuviera, y Kanya le había dicho que nunca tendría una muñeca, así que la había hecho llorar y estaban discutiendo por ello. Aroon, por su parte, que había intentado mediar entre las dos, había salido malparado y se estaba quejando de ello.

El único que estaba tranquilo era Anurak, que observaba la escena desde un rincón de la estancia, obviamente, sin decir nada. A pesar de no entender supuestamente lo que los otros decían, sí que parecía comprender lo que ocurría. Pero aun así se mantuvo al margen como hacía siempre.

¿Podía complicarse más el día?

Intenté como pude poner orden y que comenzáramos a trabajar en los disfraces. Pero me fue imposible conseguirlo. Los chicos estaban todos muy nerviosos y seguían con sus peleas, así que resolví darles el resto de la mañana libre. Así no se podía seguir trabajando y, en realidad, tampoco quedaba tanto para que tuviéramos que ir a comer.

Entonces decidí que aquél podría ser un buen momento para ir a hablar con Xavi e intentar solucionar el tema de Kanya. Tenía que explicarle lo que estaba sucediendo para que la hiciera entrar en razón y que aquella adolescente no pusiera más en peligro su salud.

—Estaba buscando al doctor —le dije a Malai cuando entré en el centro médico.

—Pues ha salido a una urgencia. Han venido a buscarlo de un poblado cercano porque a un hombre le ha mordido una serpiente. ¿Puedo ayudarte yo?

—No, gracias, Malai. Es algo que sólo puede solucionar él.

Mi contestación había sonado un poco áspera, pero no había sido mi intención mostrarme así.

Malai se me quedó mirando pensativa, pero no me dijo nada. Probablemente había detectado en mí una actitud hacia ella más bien distante y desconfiada. Sin embargo, lo dejó pasar.

Me despedí lo más amablemente que pude.

A pesar de que no me gustara demasiado aquella mujer, tampoco quería ser una estúpida con ella, porque si bien no me agradaba el juego que parecía mantener con Ander y con mi hermano, conmigo se había portado muy bien desde que había llegado allí.

Después, en vista de que no podía hacer nada más productivo, decidí irme directa al comedor. Necesitaba llenar el estómago cuanto antes.

Cuando entré, vi que Pablo ya estaba acomodado. Ander estaba a su lado y los franceses se encontraban sentados justo enfrente. Todos habían comenzado a comer ya y charlaban animadamente.

Cogí mi bandeja y, mientras me servía la comida, estuve pensando qué hacer, si sentarme con ellos o hacerlo aparte. Necesitaba relajarme. Había tenido una mañana horrible y no me apetecía estar con Ander y los demás, así que finalmente decidí irme fuera a comer.

Cuando mi hermano me vio salir, corrió detrás de mí.

—¡Vera!

Pero me hice la loca.

—¡Vera! —me gritó entonces más fuerte.

Obviamente, tuve que pararme. Era mi hermano. No podía evitarlo.

—¿Por qué no comes con nosotros? ¿Es que no nos has visto?

—Sí os he visto, Pablo. Pero, lo siento, necesito estar sola. Llevo una mañana algo complicada y quiero tiempo para mí, para poner en orden mis ideas y relajarme. Dime que lo entiendes, por favor —le supliqué.

—Claro, Vera. Sabes que conmigo no tienes problema en ese sentido.

—Pues perfecto entonces. Luego hablamos, Pablo.

—Vale, pero antes dime si tengo que preocuparme por algo.

—No, de verdad. Es sólo cansancio. Nada que una buena siesta no pueda solucionar.

Le dije esto último y le di un beso en la mejilla. Hacía mucho tiempo que no le daba ninguno y en ese momento lo necesitaba.

Dos horas después, tras comer y tener luego un largo y reparador sueño, me desperté con otro ánimo.

Me puse a pensar en los chavales y se me ocurrió que podría hacer con ellos alguna dinámica de grupo de esas que se hacen en las grandes empresas como la mía para favorecer las relaciones entre el personal e intentar así que salieran a la luz los posibles desencuentros que pudieran tener entre ellos. Porque me parecía que había juzgado muy rápidamente a Khalan pensando que era el típico adolescente enfadado con el mundo y, en cambio, la que a lo mejor tenía ese problema era Kanya.

Pero antes iría a refrescarme. No soportaba aquel calor y mucho menos la sensación de humedad en el cuerpo.

Me puse el bikini, cogí la toalla y el neceser y me dirigí a las duchas.

De camino me encontré a Xavi y no me gustó la mirada que me dirigió. Me sentí algo incómoda y me puse la toalla alrededor del cuerpo para hablar con él. Quería comentarle todo el tema de Kanya.

—Se lo he repetido mil veces, Vera. Esa cría no sabe lo peligroso que es bañarse en esas aguas con la herida aún abierta. Puede coger de todo.

—Pues habrá que explicárselo de alguna manera que lo entienda mejor, porque por lo visto

hasta ahora no ha hecho caso. Khalan se lo ha repetido muchas veces, pero pasa de él, así que tendrás que ponérselo muy negro, a ver si así a ti te escucha.

—Por supuesto. En cuanto la vea se lo volveré a explicar todo de nuevo. Gracias por decírmelo, Vera.

—No me las des, Xavi. —Conforme le decía eso se me estaba pasando por la cabeza otra cosa, y tuve que preguntarle—: Cualquiera con una herida un poco abierta que se bañe en esas aguas es susceptible de coger una infección, ¿verdad?

—Claro, no estamos libres ninguno. Ese río arrastra mucha porquería y eso es lo menos que puede acarrearte bañarte en esas aguas.

Ya sabía entonces de dónde provenía la infección que había cogido Ander. El problema no había estado en conducir tantas horas, sino en haberse bañado en aquel río.

—Creo que la infección de Ander también le viene de ahí, Xavi.

—No, imposible. Se lo he advertido igual que a los demás, y él encima es médico, así que no creo que haya cometido una imprudencia semejante.

No quise seguir dándole más vueltas al tema. Yo lo había visto bañarse en aquel río con mis propios ojos, pero ¿para qué iba a insistirle a Xavi cuando sabía que Ander iba a seguir haciendo lo que le diera la gana de todas maneras?

—Por cierto, Vera, esta mañana no he tenido la ocasión de decirte que el día de la fiesta de disfraces por la noche habrá un baile. —Carraspeó y después cogió aire—. Me gustaría que fueses mi acompañante.

Me quedé muy parada. No me esperaba una petición de ese tipo por su parte, y no sabía muy bien cómo decirle que no quería ir con él al baile.

Me quedé pensando unos instantes en cómo darle mi negativa de una manera amable, pero cuando fui a hacerlo alguien nos interrumpió.

—Ya he acabado de explicarle todo a Pierre y a Chloé, Xavi —dijo Ander, que se había acercado a nosotros sin haberme yo dado cuenta—. Pierre ocupará mi puesto en la construcción de la nueva cabaña mientras yo tenga que seguir en reposo y Chloé ayudará en el comedor con la preparación de la comida. Por lo visto, sabe cocinar muy bien.

—Perfecto, Ander. Nos vendrá muy bien toda la ayuda que nos puedan prestar. Por cierto, estaba hablando con Vera del tema del baile de disfraces. Nosotros iremos juntos, ¿tú ya te has buscado pareja?

¡Pero ¿por qué había dicho eso Xavi, si yo no le había contestado aún?!

Iba a aclarárselo, entre otras cosas porque me había molestado mucho que hubiera dado por hecho una respuesta afirmativa por mi parte. Sin embargo, Ander comenzó a hablar sin darme opción.

—No tengo pareja aún, pero no me preocupa. No creo que tenga problema en conseguir una de aquí a entonces —terminó de decir, esto último mirándome fijamente.

Mi corazón empezó a latir más deprisa. Oficialmente ese hombre me ponía tremendamente

nerviosa y eso era algo que me molestaba sobremanera.

Vinieron a buscar a Xavi y éste se excusó para alejarse un momento. Sin embargo, su ausencia no pareció importarnos a ninguno de los dos.

—Pídeselo a Chloé —le solté yo entonces a Ander—. Estoy segura de que estará encantada de ir contigo.

—Yo también estoy seguro de eso, *Fresitas*. Pero prefiero esperar un poco. Quizá encuentre una mujer más interesante con la que poder ir.

Una ráfaga de calor recorrió todo mi cuerpo. Ander me había dicho eso en un tono de voz muy ronco y me miraba fijamente.

—Perdonadme, ya estoy de vuelta —dijo Xavi al regresar con nosotros—. Es que ha habido un problema en el centro médico, pero por suerte ya lo ha solucionado Malai. Volviendo al tema de antes... —añadió retomando la conversación—, estaba pensando, Ander, que a lo mejor Chloé podría ser tu pareja. Mujeres tan altas y guapas no se encuentran todos los días —terminó de decirle esto con un aire de camaradería quizá demasiado exagerado para la relación que ellos dos mantenían.

—Chloé efectivamente es muy guapa y tiene un cuerpo espectacular, Xavi, pero es que a mí me gustan las mujeres más bajitas; son más manejables —acabó diciendo a modo de explicación, con una sonrisa burlona pero, de nuevo, con una intensidad en la mirada que traspasó todas mis células.

El cuerpo esta vez me ardió casi literalmente. No sabía si lo que había dicho tenía algo que ver conmigo, pero mi interior había reaccionado a sus palabras de una manera descontrolada. El estómago me había dado un vuelco y sentía muchísimo calor en las mejillas.

Decidí irme. Necesitaba huir de nuevo. Sabía que Ander me estaba observando y no quería mostrarle lo vulnerable que conseguían volverme sus palabras. No quería darle esa satisfacción a aquel tipo tan engreído.

Con Xavi ya hablaría después y lo pondría en su sitio. La forma en que había dado por hecho las cosas no me había parecido nada bien. No quería ir con él a aquel baile y así se lo haría saber.

Cuando llegué a las duchas y me metí debajo del agua sentí un gran alivio. Realmente había llegado a tener mucho calor. Aquel hombre provocaba reacciones en mi organismo que hasta ahora nunca había tenido y eso me hacía sentir muy incómoda. No entendía por qué mi cuerpo se encendía de aquella manera ante su presencia. Tendría que aprender a controlarlo. No quería darle la satisfacción de que pensara que estar cerca de él podía afectarme de esa manera. Aquel patán engreído no se merecía la más mínima atención por mi parte.

Capítulo 10

Amaneció un nuevo y soleado día. Me había vuelto a despertar empapada en sudor como resultado de sufrir otra pesadilla. Hasta ahora todas habían sido iguales en intensidad y en todas ellas había ocurrido lo mismo. Las escenas se sucedían sin sentido alguno para mí. Escenas que, por otra parte, no entendía de dónde provenían. No reconocía a nadie en ellas, y los escenarios donde se desarrollaban me eran totalmente ajenos. En realidad, lo que soñaba era una sucesión de situaciones inconexas que no me llevaban a descifrar nada.

Pero esta vez habían sido diferentes. Esta vez, una música estridente las había acompañado. No recordaba qué canción era, pero sí tenía la certeza de que no me era desconocida.

Aquellos sueños me estaban empezando a pasar factura. Cada vez que los tenía me levantaba con una sensación extraña. Era como si a través de ellos mi mente quisiera decirme algo, pero yo no entendía el qué. No conseguía descifrarlos y eso cada día lo llevaba peor. Estaba ya cansándome de sufrirlos cuando no tenían ningún sentido para mí. Me sentía muy frustrada.

—Vera, ¿por qué no hablas con Ander y se lo cuentas? —me sugirió mi hermano, que había visto cómo me levantaba cada vez que tenía una pesadilla de ese tipo.

—No quiero hablar con él de eso... Bueno, en realidad no quiero hablar con él de nada — corregí malhumorada.

—¿Y eso por qué? ¿Qué problema tienes con él ahora?

—Yo ninguno.

—¿Y entonces?

—Entonces nada, Pablo. No me pongas de más mala leche.

—¿Te pone de mala leche que te diga que hables con tu médico sobre las angustiosas pesadillas que estás sufriendo, Vera?

—No, Pablo. Me pone de mala leche que el maldito doctor que llevó mi caso en el hospital sea el imbécil engreído más grande que ha pisado la Tierra. No quiero hablar con él y tener que contarle un tema tan delicado para mí, y punto.

—Está bien. No entiendo qué demonios te pasa con Ander, pero tú sabrás. Ya eres mayorcita.

Salí de allí bufando. Mi hermano últimamente no me entendía en nada, y eso era algo que me enfurecía enormemente. Siempre me había comprendido y siempre había sido mi mayor apoyo, pero últimamente no sentía eso. Últimamente había bastante distancia entre los dos y, cuando nos poníamos a hablar, siempre surgía algún conflicto entre nosotros. Eso me tenía muy desquiciada.

Fui directa a las duchas. Necesitaba refrescarme. Aquel calor tan sofocante también me ponía de muy mala leche.

¡Todo allí me ponía de mala leche!

Pero ¿qué me estaba pasando? Yo no era así. Yo siempre había sido una persona feliz, con bastante carácter sí, pero no desagradable con los demás. Sin embargo, sentía que allí mi humor últimamente era más bien agrio. Tenía que serenarme. Tenía que retomar mi forma de ser e intentar ser más agradable con la gente.

Estaba pensando en eso cuando llegó Miss Francia a darse una ducha también. Llevaba un bikini tan minúsculo y de un color tan llamativo que seguro que hasta los animalillos de la selva se habían fijado en ella.

—Universo, así no ayudas con lo de ser amable con los demás —farfullé.

¿Cómo no iba a odiar a una mujer así? ¿Cómo iba a ser simpática con una tía que en el día del reparto de la belleza se la había llevado toda ella?... Si es que eso estaba hasta escrito en el decálogo de las mujeres: «Aborrecerás a cualquier chica que sea más joven, guapa o exitosa que tú». Eso era así.

—*Bonjour, Vera* —me dijo muy sonriente.

—Buenos días, Chloé.

Yo también le sonreí. Pero fue la sonrisa más falsa que había dirigido a nadie en toda mi vida, porque encima su forma de ducharse no dejaba indiferente a nadie. El día del reparto de la sensualidad también debió de estar allí la primera.

¡Dios, ¿se podía ser más perfecta?!

Me consolé pensando que seguramente tendría callos en los pies o sería *tetifea*. Además, las mechas *guarrinianas*, que diría mi peluquera para referirse a las mechas californianas tan de moda que llevaba, no le quedaban demasiado bien. O al menos eso quería pensar yo. Aunque, en realidad, ¿eso qué más daba? Porque, ¿quién se iba a fijar en su pelo, con un cuerpo y una cara así?... ¿Xavi, que la miraba embobado desde la puerta del centro médico? ¿Mi hermano, que se había parado a decirme una chorrada para aprovechar y verla bien de cerca? ¿O Ander, que no nos quitaba el ojo de encima desde que estábamos allí las dos en las duchas? Me apostaba mi vida a que ninguno de los tres se había fijado en sus dichosas mechas californianas.

No, definitivamente, Miss Francia no ayudaba a que mi humor mejorara.

Me fui pitando de allí. Las comparaciones eran odiosas, y estaba claro que yo no iba a salir bien parada de ellas.

Me vestí en mi habitación, después fui a coger algo rápido para desayunar y me lo llevé. Sabía que, si seguía con esa actitud, comenzaría a parecer una antisocial, pero es que cada vez soportaba menos compartir mi espacio con determinadas personas y no me apetecía para nada sentarme a desayunar con ellas. Al menos, no esa mañana.

Recorrí la orilla del río sumida en mis pensamientos. Desde que me había despertado en aquel hospital, mi vida había cambiado tanto que ya casi no me reconocía. Sin embargo, estar allí, a pesar de los sentimientos contradictorios que me producía en determinados momentos, me estaba llenando en parte aquel vacío que sentía.

Trabajar con aquellos pequeños, saber que estaba aportando aunque fuera un pequeño grano de arena a sus vidas, me hacía feliz. También estar en aquel país tan diferente, conociendo sus costumbres y a sus gentes, era una experiencia más que enriquecedora. Todo ello me llevó a pensar que quizá lo que enturbiara mi estancia allí fuera la presencia de determinadas personas.

Hacia Malai tenía sentimientos encontrados. No me caía mal del todo y, de hecho, si tuviera que decir algo de ella, diría que era una persona muy entregada a su trabajo y con una calidad humana excepcional, ya que había visto cómo trataba a aquellos niños y cómo se desvivía por ellos, pero no podía evitar que me mosqueara el doble juego que yo creía que tenía con mi hermano y con Ander. Cada vez que estaba con este último se desvivía por él y se mostraba muy cercana y cariñosa. Sin embargo, supuestamente estaba empezando a conocer a mi hermano y debía de sentirse atraída por él, y no digo que no se mostrase en parte así, pero para mí la atención que le prestaba de más a Ander no era del todo correcta si quería centrarse en Pablo.

Por otra parte estaba Xavi. No era mala gente, pero desde mi punto de vista se tomaba demasiadas confianzas conmigo y parecía no entender que no podía ser tan apabullante con una mujer. Me hacía sentir incómoda.

Miss Francia tampoco había ayudado a que mi estancia allí fuera mejor. Sentía un odio irracional hacia esa mujer, lo que me llevaba a plantearme qué me ocurría con ella si en realidad no la conocía de nada. Estaba claro que su presencia me hacía sentir inferior de cara a los hombres y eso no me hacía ninguna gracia. Pero, en realidad, ¿de cara a qué hombres me molestaba sentirme inferior? Lo que pensara mi hermano en ese sentido, obviamente, me era del todo indiferente. Por otra parte, también me daba igual que Xavi me viera más fea que a ella. De hecho, ojalá él se hubiera volcado en Miss Francia y me hubiera dejado a mí tranquila.

Pero entonces ¿quién quedaba susceptible de poder prestarle más atención a ella y que a mí eso me pudiese fastidiar?...

Ander.

Cuando llegué a esa conclusión, me molestó enormemente. ¿Por qué me importaba tanto que aquel patán engreído desviara sus atenciones hacia aquella francesita salida de la Semana de la Moda de París? ¿Eso qué significaba en realidad?

Me dejé caer al suelo. Me había venido abajo al darme cuenta de que aquel hombre tan patán me gustaba más de lo que yo habría querido. Pero ¿cómo podía ser eso posible? No teníamos nada en común y no había nada de él que realmente me gustara. Bueno, sí. Obviamente tenía un aspecto que lo hacía sumamente atractivo. Sin embargo, unidos a ese físico se encontraban todos esos tatuajes, que tan poco iban conmigo y con mi forma de ser. Por otra parte, su carácter, a veces tan desquiciante, me sacaba de mis casillas, volviéndome loca constantemente. Aun así, allí estaba, sintiéndome celosa de aquella francesita a la que Ander parecía hacerle ojitos.

No me gustaba para nada aquella situación. No quería que mi estancia allí se viera ensombrecida por la atracción física que sentía por una persona. No quería perder el tiempo con

alguien que no me podía ofrecer nada más, así que quise solucionar aquel embrollo de la manera que supuse sería la más fácil.

Acababa de decidir que iría con Xavi al baile. Era lo mejor que podía hacer, porque así obligaría a Ander a cortar con el juegucito que se traía conmigo. Tenía que centrarme en disfrutar de aquella experiencia, y esa solución, probablemente, me facilitara bastante las cosas.

Cuando llegué a la escuela estaban todos en silencio y cada uno sentado en su sitio. Me sorprendió que Anurak no estuviera apartado en un rincón y que incluso él también se hubiera sentado en una silla como los demás.

—Buenos días, chicos. ¿Os pasa algo? —les pregunté al ver tanta seriedad en sus caras.

Ninguno me respondió. Todos parecían enfadados por algo.

—Sunee, ¿me cuentas qué pasa? —Apelé a ella porque sabía que, si alguien iba a explicarme algo, sin duda sería aquella pequeña.

—Pasan muchas cosas, señorita Vera —me dijo sin más.

—Bueno, ¿y me las vas a contar o voy a tener que estar preguntándote una por una por todas ellas?

Todos la miraron a ver qué respondía a continuación.

—Pues, además de las discusiones de siempre entre Khalan y Kanya y de que después la paguen continuamente con nosotros, señorita Vera, Aroon ayer nos metió en un lío muy gordo a todos, y si Anurak, que era el único que podía ayudarnos contando la verdad de lo que pasó, lo hubiese explicado todo, no nos habrían castigado; pero como no le dio la gana de hablar, al final nos la hemos cargado sin más remedio.

—Sunee..., Anurak no habla, no porque no quiera, sino porque no sabe hacerlo.

—¿Y a qué espera para aprender? ¡Ya es muy mayor!

—Ya, cariño, pero a veces las cosas suceden de un modo y hay que darles tiempo para que cambien. Anurak necesita que seáis muy comprensivos y pacientes con él. Pero ya veréis cómo poco a poco acaba aprendiendo a comunicarse con vosotros.

Desde luego, ése era mi deseo, pero claramente ese chiquillo iba a necesitar algo más que una loca con un cuadernillo lleno de imágenes para que aprendiera a hablar.

—A ver, chicos, esta mañana tenía pensado trabajar con vosotros operaciones matemáticas. Tenéis que aprender a sumar, restar, multiplicar y dividir para poder manejar bien el dinero. Después había pensado que siguiéramos con los disfraces y a última hora quería hacer una dinámica de grupo que se me ha ocurrido... Pero estoy pensando que quizá sea mejor realizarla ahora, puesto que estáis muy enfadados y no creo que así vayáis a trabajar muy bien.

No me contestaron. Simplemente se mostraron indiferentes ante mi proposición, pero aun así tenía que intentarlo de todas maneras.

Les expliqué en qué consistía el ejercicio. Cada uno debía lanzar una pelota de papel que había preparado para tal fin a la persona a la que quisiera imitar a continuación.

El único que no mostró desagrado ante la actividad fue Anurak, pero tampoco sabía si había

comprendido siquiera lo que había que hacer.

Como nadie se animaba a comenzar, decidí hacerlo yo. Nos habíamos sentado en círculo y le lancé la pelota a Anurak.

—Voy a imitar a Anurak —expliqué entonces.

—¡Pero eso es muy fácil! —me dijo Aroon—. Basta con quedarse callado para hacerlo.

Sin embargo, no sólo me mantuve en silencio, sino que también comencé a hacer los gestos que él hacía. No es que el chico tuviera un gran repertorio, pero sí los suficientes como para poder imitarlo de una manera bastante fidedigna.

Anurak estuvo pendiente de mí todo el rato, y en algún momento me pareció ver dibujarse una leve sonrisa en su rostro. Desde luego, había intentado hacer con todo el cariño aquella imitación. Cada día me enterneceía más aquel pequeño.

Se supone que a continuación la imitación tenía que hacerla él, pero a pesar de darle la pelota y de insistirle para que se la lanzara a alguien, no lo hizo, así que la volví a coger yo de nuevo y se la pasé a Kanya. Le pedí que se la pasara a la persona a la que quisiera imitar. Se la tiró a Sunee.

—Voy a tener una muñeca algún día... No sé cuándo, pero la voy a tener seguro—dijo la adolescente en un tono muy burlón.

Desde mi punto de vista, Kanya estaba siendo muy cruel con Sunee, a la que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Tuve que intervenir.

—Kanya, ya basta.

—¿Por qué? ¿Es que no la imito bien?

—Se trata de ponerse en la piel de Sunee y de actuar como ella lo haría, pero no de burlarse de sus ilusiones. Eso ha sido muy cruel, así que pídele disculpas ahora mismo.

—¿Y si no quiero? —me desafió Kanya.

—Pues, si no quieres, habrás hecho sentir muy mal a una persona que no se lo merece.

—Esto es lo que siempre pasa —me dijo entonces pareciendo muy ofendida.

—¿A qué te refieres, Kanya?

Si aquella adolescente seguía hablando y me contaba por qué había dicho aquello, probablemente diera con el problema que había entre ambas chicas.

Finalmente explotó.

—Me refiero a que Sunee siempre es la pobre niñita a la que todo el mundo le da pena, y gracias a eso consigue constantemente todo lo que quiere.

—Eso no es verdad —gritó entonces Sunee.

—¿En serio crees que Sunee consigue lo que quiere buscando dar pena a los demás? —le pregunté atónita.

No podía creer que Kanya estuviese siquiera planteando aquello.

—Pues claro. Siempre hace lo mismo y siempre saca beneficio, y por culpa de eso los demás muchas veces nos hemos quedado sin algunas cosas, porque finalmente se las han acabado dando a

ella. Ahora está con el tema de la muñeca, y ya ha conseguido que usted compre todos los materiales para hacérsela.

—¿Y qué problema hay con eso, Kanya? —No salía de mi asombro.

—Pues que se ha gastado todo el dinero en ese material y no ha comprado lo que yo le pedí, que era algo bastante más necesario que la dichosa muñeca.

—¿Cómo que no te lo he comprado? Claro que lo hice. Te traje la caja con las cosas que me habías pedido y te la dejé aquí, en la escuela. ¿Es que no la has visto?

Kanya negó con la cabeza.

No sabía qué había pasado, pero recordaba perfectamente haber transportado desde el jeep su caja hasta allí.

Me puse a buscar como una loca entre todo el material que allí había. Aquella caja tenía que aparecer como fuera.

Al cabo de cinco minutos la encontré. Alguien la había metido dentro de otra caja y nadie se había molestado en mirar dentro de ella.

Se la entregué a Kanya, que agachó la cabeza avergonzada. Sin embargo, yo no pretendía con aquello darle una lección. Lo único que quería era demostrarle que sus cosas eran tan importantes como las de los demás y que no había nadie por encima de nadie en cuanto a esos temas se refería.

Entonces me pidió irse a su cabaña para poder sacar sus cosas de allí y guardarlas donde correspondiera.

—Puedes irte, pero creo que antes debes hacer algo, ¿no, Kanya?

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia donde se encontraba Sunee, que seguía con los ojos anegados por las lágrimas.

—Lo siento mucho. Siento haberme burlado de ti.

Sunee no le dijo nada, simplemente se lanzó hacia ella y la abrazó. Aquella pequeña le había dado probablemente la lección más grande de su vida, mostrándole que el rencor no servía para solucionar nada y que, a pesar de lo mal que se lo había hecho pasar, para ella prevalecería siempre su amistad por encima de todo.

Cuando Kanya volvió de guardar las cosas de su caja, no me quedaban muchas ganas de dar matemáticas, pero tuve que hacerlo. La lección que todos acababan de aprender era muy importante, pero que supieran contar también lo era si querían tener un futuro mejor.

Dejamos para última hora el tema de los disfraces. Como estábamos todos, decidimos que el color predominante ese año sería el negro, así que nos pusimos manos a la obra y empezamos a pintar todas las máscaras de aquel color.

Después les prometí que a lo largo del día iría tomando las medidas de toda la gente que se fuera a disfrazar, para empezar al día siguiente a elaborar sus trajes.

Aproveché la hora de la comida para llevar a cabo aquella faena, ya que todos se encontraban reunidos en el comedor. En realidad, estaba todo el mundo menos Ander, que precisamente ese día

no había ido a comer. Nadie parecía saber dónde se encontraba, así que tampoco me molesté en ir a buscarlo.

—Vera, este fin de semana, Malai y yo hemos hecho planes —me soltó a bocajarro mi hermano cuando ya me disponía a irme de allí.

—Ah, qué bien —le dije intentando disimular mi irritación. Cada vez me encontraba más sola en aquel lugar, y mi hermano no parecía haberse dado cuenta de ello—. Me alegro por vosotros —añadí intentando ser lo más amable posible.

—Vera, te lo digo para que tú también te vengas. Xavi no puede acompañarnos, pero Chloé y Pierre ya se han apuntado, y me falta preguntarle a Ander, pero seguro que me dice que sí, porque es él quien me insistió en que hiciéramos esta excursión. Además, también nos vamos a llevar a todos los chavales. Esta tarde se lo diremos. Seguro que les va a encantar la idea.

—Ah, ¿y adónde se supone que vamos a ir?

Me acababa de arrepentir de los pensamientos tan injustos que había tenido hacia mi hermano, puesto que había considerado que él era un egoísta por mantenerme al margen de sus planes. Sin embargo, Pablo había contado conmigo desde un principio, así que me sentía fatal por haber pensado tan mal de él.

—Pues primero iremos a visitar a los elefantes. Eso será mañana sábado. Vamos a ver cómo los adiestran. Además, es probable que después podamos dar un paseo sobre ellos.

Aquella idea me había emocionado. Nunca había visto un elefante de verdad y no quería perderme aquella experiencia por nada del mundo.

—Y el domingo iremos a visitar el poblado de las mujeres con cuello de jirafa. ¿No sé si has oído alguna vez hablar de ellas?

Me sonaba de algo aquello, pero no tenía muy clara su historia. Había visto en la televisión alguna imagen de aquellas mujeres, con aquellos collares tan largos que hacían que sus cuellos parecieran interminables, pero hasta ahí llegaba mi información sobre ellas. Así que también me pareció muy interesante conocer su historia y el porqué de aquella costumbre tan curiosa.

—Vale, me llama mucho la atención todo lo que me has explicado, Pablo, así que cuenta conmigo para las excursiones.

Sin duda, salir del poblado me vendría muy bien. Pero, además, ahondar en las tradiciones de aquella cultura tan diferente de la nuestra era algo que me atraía mucho; porque estaba muy bien la inmersión cultural que estábamos teniendo a la hora de vivir en aquel poblado, pero hacer excursiones desde el punto de vista de un turista también tenía su parte de atractivo.

Salí del comedor con un entusiasmo renovado. Tanto mis planteamientos de cómo afrontar mi estancia allí como los que me había hecho Pablo para pasar el fin de semana habían hecho que mi ánimo cambiara radicalmente.

Me fui directa a intentar localizar a Ander, ya que él era el único al que me faltaba tomarle las medidas para su disfraz. Pero no lo hallé por ninguna parte. Ni siquiera se encontraba bañándose en el lago del río, así que desistí. Ya lo vería en algún otro momento.

A la vuelta de mi infructuosa búsqueda me tropecé con Xavi y quise aclararle una cosa.

—¿Tienes un segundo? —le pregunté.

—Claro que sí, preciosa. Dime.

—Mira, Xavi, el otro día me molestó mucho que, sin yo haberte dado una contestación sobre lo de ir contigo al baile, tú dieras por hecho que mi respuesta iba a ser afirmativa. Sí que voy a ir contigo, pero no vuelvas a poner en mi boca algo que yo no he dicho, ¿de acuerdo?

Sabía que aquello había sonado bastante brusco por mi parte, pero no quería que se confundiera conmigo y pensara que yo era una marioneta con la que poder hacer lo que él quisiera.

—Está bien, Vera. Lo siento. Simplemente pensé que dirías que sí, pero no volverá a ocurrir, te lo prometo.

Parecía arrepentido de verdad. Probablemente no lo había hecho aposta y había dado por sentadas las cosas sin ninguna mala intención, así que quise dejar ahí el tema.

—Esta tarde, acuérdate de que tenemos el partido —me dijo él entonces para romper el silencio que se había creado entre nosotros.

—¿Qué partido? —le pregunté sin saber de qué me estaba hablando.

¿Por qué yo nunca me enteraba de nada allí hasta el último momento?

—Del que estuvimos hablando ayer en la comida. ¡Ah, espera!, que tú no estabas.

Era cierto. Había decidido no comer con los demás y eso había hecho que me perdiera aquella conversación. Por eso a veces me sentía tan desconectada de las cosas que se hacían, porque me perdía aquellos momentos en los que se hablaba de todos esos temas. Pero la culpa de eso era únicamente mía, así que debía intentar cambiar aquello si quería sentirme una más y no quedarme al margen.

—Esta tarde se va a jugar un partido de baloncesto con los chavales. Se harán dos equipos: voluntarios contra los chicos. Pero hemos modificado un poco el número de los participantes en cada uno para intentar equilibrarlos. Tú irás con los chavales y también lo hará Pierre. Seréis dos jugadores más. En el nuestro, el de los voluntarios, jugaremos Ander, Pablo, Chloé, Malai y yo.

—Pero eso es a todas luces completamente desventajoso para mi equipo, a pesar de contar con dos personas más. La mayoría de los jugadores son niños pequeños sin la estatura suficiente, frente a cinco personas con una complejión enorme para ellos.

—Lo sé, Vera. Pero precisamente lo que buscamos es que, a pesar de esa injusticia, sean capaces de ponerse de acuerdo para trabajar en equipo y superarse ante las adversidades. Digamos que aprovechamos el partido no sólo para ponerlos en forma, sino que también buscamos que a través del juego puedan aprender una enseñanza valiosa para ellos.

Me pareció una excelente idea. Sin embargo, no confiaba demasiado en que fueran capaces de formar un equipo bien avenido todos juntos, debido a las grandes diferencias que estaban teniendo últimamente.

Sin duda, sería una actividad de lo más interesante.

Cuando llegó la tarde, la plaza del poblado se había llenado de gente para ver aquel partido.

Entre mi hermano y Pier, habían colocado las canastas que ellos mismos habían fabricado y habían dibujado en el suelo las líneas del campo.

Yo había mantenido una conversación previa con mis chicos, alentándolos a que formaran una piña y que juntos se hicieran fuertes para vencer a los voluntarios, pero no sabía hasta qué punto los ánimos entre ellos estaban como para que me hubieran hecho caso. Khalan y Kanya seguían sin hablarse, Anurak no se involucraba en nada, y, por si todo eso fuera poco, los pequeños, Aroon y Sunee, también estaban peleados esa tarde por algo que les había pasado durante la comida.

Aquello no iba a salir bien.

Pier, que también pertenecía a mi equipo, y a pesar de haber visto cómo estaban las cosas entre los chicos, me animó mucho a que confiara en lo que aquellos pequeños podían conseguir.

Cuando Jan, uno de los cocineros, pitó el inicio del partido, salí corriendo botando el balón como alma que lleva el diablo hasta aproximarme lo suficiente a nuestra canasta, donde estaba esperando Pierre para lanzar su tiro. La jugada nos salió bien, pero los chavales se nos quedaron mirando un poco atónitos porque ellos no habían intervenido.

Y llevaban razón. No se trataba de que nosotros ganáramos, sino de que ellos jugaran y aprendieran algo de ello. Así que decidí que cada vez que cogiera el balón se lo pasaría a uno de ellos para que pudieran continuar con su juego, a ver qué pasaba.

La teoría estaba bien planteada, el problema fue ponerla en práctica, ya que Ander, cada vez que yo intentaba lanzar el balón a alguien, me bloqueaba el juego.

—¿Es que no tienes otra cosa mejor que hacer?! —le espeté casi sin aliento por el esfuerzo que estaba haciendo para que aquel energúmeno no me pudiera quitar la pelota.

—Pues ahora mismo no, *Fresitas*. Me encanta verte tan apurada.

¡Dios, cómo odiaba a ese tío!

Intenté, ésa y mil veces más, hacer mi jugada, pero aquel patán siempre me lo impedía. Siempre acababa haciéndome un tapón y quitándome la pelota. Así que una de las veces que ya estaba harta de no poder moverme siquiera, ya que no se despegaba de mí, decidí darle un codazo.

Vi con el rabillo del ojo, mientras avanzaba hacia Kanya para poder pasarle el balón, cómo Ander se retorció de dolor.

Pero entonces el árbitro pitó falta.

Me encaré con Ander. Le dije que no hiciera teatro, que no había sido para tanto. Pero él se levantó la camiseta y mostró la rojez que el golpe que yo le había propinado le había producido.

Aun así, seguí diciéndole que no fuera tan flojo, que eso no era nada, lo que llevó a que nos liáramos a discutir.

Tuvieron que parar el partido. La gente nos miraba con incredulidad ante nuestro proceder.

—Vera, ¿quieres hacer el favor de comportarte como una persona madura? —me pidió mi hermano totalmente avergonzado por la actitud que yo estaba teniendo.

—Que lo haga él primero, que ha empezado.

—Pero ¿tú te estás oyendo, Vera?... ¡Pareces una cría, por Dios! —me soltó entonces Pablo.

—Yo no he empezado nada, *Fresitas* —terció Ander—. Yo sólo estaba defendiendo los intereses de mi equipo. No tengo la culpa de que me hayan elegido pívot y mi función, entre otras, sea la de intentar bloquear tu juego.

Fui a decirle de todo otra vez, pero noté que alguien me tiraba de la camiseta. Miré hacia abajo y vi que Sunee esperaba expectante a que dirigiera mi atención hacia ella. Intenté respirar hondo y calmarme.

—¿Qué quieres? —le pregunté entonces.

—Que dejéis de pelearos, que siempre estáis igual vosotros dos. Luego nos dices a nosotros.

Touché!

Aquella pequeña me había dado donde más me dolía.

Miré a Ander con furia, advirtiéndole que aquello no iba a quedar así, pero me volví dándole la espalda y comencé a andar. No iba a continuar aquella discusión con él delante de todo el mundo.

El árbitro pitó mi expulsión y la de Ander por nuestro comportamiento antideportivo. Ambos nos sentamos en el improvisado banquillo hechos una furia. Sin embargo, fuimos capaces de mantenernos en silencio por el bien de aquel partido y de los demás.

Desde aquel sitio pude observar mejor el juego de los que ya consideraba mis chicos y me sorprendió gratamente ver que, a pesar de sus diferencias fuera de aquel campo, dentro sabían organizarse y apoyarse unos a otros para conseguir su objetivo.

Finalmente ganaron a los voluntarios. Evidentemente, éstos los habían dejado ganar, pero lo hicieron porque habían visto en ellos ese espíritu de deportividad y colaboración tan necesarios para tantas cosas en la vida.

Cuando el árbitro pitó el final del partido, todos acudieron donde yo me encontraba a abrazarme. Aquello me conmovió. Porque, instintivamente, quisieron compartir sus logros conmigo como si yo fuera alguien importante en sus vidas.

Aquellos chicos me habían calado hondo, y parece ser que yo también lo había hecho en ellos. Se me saltaron las lágrimas.

Después de necesitar unos minutos para recomponerme de la emoción que me había supuesto que aquellos chavales me tuvieran en tanta consideración, decidí ir a darme una ducha para quitarme todo el sudor del ejercicio realizado y para quitarme también el mal sabor de boca que mi disputa con Ander me había dejado. No había nada que una buena ducha no pudiera solventar.

De camino a mi cabaña, iba pensando en lo que le diría la próxima vez que me lo encontrase. Estaba claro que éramos totalmente incompatibles, así que, cuanto más alejados estuviéramos el uno del otro, mejor para ambos.

De repente empecé a oír música. Era viernes y habían sacado unos altavoces a la calle para montar una pequeña fiesta improvisada. Agradecí que lo hubieran hecho, sobre todo después del día tan largo que había tenido. La verdad es que me apetecía divertirme un poco y desconectar.

Me duché rápidamente, me arreglé un poco y me acerqué a la plaza, donde estaban todos

reunidos alrededor de la música.

Los chiquillos corrían aquí y allá jugando entre los demás. Khalan y Kanya estaban sentados aparte, hablando de sus cosas. Mi hermano se había situado al lado de Malai y conversaba con ella animadamente. Ander no estaba por allí, por lo que me sentí algo más relajada. El resto estuvo contando anécdotas de sus otros viajes, lo que nos hizo reír a todos en muchas ocasiones.

Todo iba fenomenal. Me sentía de nuevo en calma. Sin embargo, todo se precipitó en el momento en que comenzó a sonar aquella canción.

Aquella melodía me desestabilizó completamente. Comencé a hiperventilar. El sonido estridente de la guitarra y la voz tenebrosa del cantante se hundieron en lo más profundo de mi ser, clavándose como aguijones en todas mis células nerviosas.

No la podía soportar. Me faltaba el aire. Me quemaban los pulmones y el corazón parecía que se me fuera a parar de un momento a otro. Quería gritar para que apagaran aquella música insoportable, pero las palabras se agolparon sin poder salir de mi garganta.

Comencé a correr para alejarme de allí. Me iba a estallar la cabeza. Me tapé los oídos. No soportaba seguir oyendo aquellos sonidos y comencé a llorar desesperadamente.

Seguí corriendo. Me ardían todos los músculos del cuerpo. Los tenía todos en absoluta tensión. El pánico se había apoderado de mí. Seguía corriendo descontroladamente sin ser consciente de adónde iba. Lo único que quería era huir de allí. Escapar de aquello que había provocado tanta angustia en mi ser.

De repente choqué contra algo y caí al suelo perdiendo el sentido.

Después, todo se volvió negro.

Capítulo 11

—Vera, Vera...

Una voz conocida pronunciaba mi nombre repetidamente.

—Vera, ¿qué te pasa?... Dime algo, por favor.

Comencé a sentir palmaditas en la cara e inmediatamente abrí los ojos.

Ander me estaba mirando con auténtica preocupación.

No sabía qué había pasado, ni mucho menos qué hacía en sus brazos. Ambos estábamos tirados en el suelo y respirábamos aceleradamente. No comprendía qué ocurría.

—Vera, tranquila. Todo está bien.

Me miraba inquieto, a pesar de que estuviera intentando que yo me calmara.

Traté de incorporarme y pensar en lo que había ocurrido. Me hallaba totalmente desorientada. No sabía dónde estaba ni qué hacía allí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a pesar del escozor que sentía en la garganta.

—No lo sé, Vera. Yo estaba haciendo fotos cuando vi que corrías despavorida en mi dirección. Intenté pararte, pero no me viste y chocaste contra mí. Estabas ida perdida y gritabas de una manera totalmente desgarradora. Por Dios, ¿qué te ha pasado?... Me has dado un susto de muerte. ¡Cómo esto haya sido una broma, te juro que no sé lo que te hago, *Fresitas!*

No lo había sido. Aquella canción había provocado ese estallido en mí. Lo que no entendía era por qué me había sucedido. Nunca antes me había pasado una cosa así. El tremendo pánico que había sentido al oírla había hecho que reaccionara de aquella manera tan descontrolada.

Entonces recordé que aquella dichosa canción era la misma que había aparecido en mi última pesadilla. ¡Dios, me estaba volviendo loca!

Quizá hubiese llegado el momento de hacerle caso a mi hermano y contarle a Ander todo lo que me estaba ocurriendo.

—Tengo que hablar contigo —le dije entonces.

—¿Y has tenido que montar todo este numerito para decírmelo, *Fresitas?*

—Vale. Olvídalo —repuse muy contrariada.

Me levanté con la intención de largarme de allí. No sé por qué se me había pasado siquiera por la cabeza que hablar con Ander podía ser una buena idea.

—Espera, *Fresitas*, no te vayas aún. Dime de qué quieres hablar conmigo.

Necesitaba desahogarme. Necesitaba contarle a alguien lo que aquellas pesadillas me estaban haciendo sufrir, y aunque aquel hombre fuera un patán, en aquella situación era el único que podía ayudarme, dada su condición de neuropsicólogo y doctor que había llevado precisamente mi caso.

—Sigo teniendo las mismas pesadillas que sufrí en el hospital y me van a acabar volviendo loca. Porque no las comprendo, Ander. No sé qué quiere decirme mi mente con ellas.

—Espera, espera... ¿Por qué crees que tu mente quiere decirte algo a través de ellas?

—Pues realmente no lo sé. Es sólo una corazonada, pero, si no, por qué iba a mostrarme todas esas imágenes sin sentido para mí. No tendría razón de ser.

—¿Y en qué consisten esas pesadillas? ¿Lo puedo saber?

—No lo sé muy bien, Ander. Se suceden imágenes que no entiendo, donde aparecen lugares que no conozco y, luego, o bien veo un coche caer por una especie de barranco, o bien oigo un ruido sordo y siento un golpe fuerte en la cabeza. Después de eso, en ambos sueños todo se vuelve negro y yo lo único que siento es primero mucho pánico y después un gran alivio.

Ander se quedó muy pensativo y tardó bastante en reaccionar.

—No sabes cómo me puedes ayudar, ¿verdad? —le pregunté entonces desolada.

Él negó con la cabeza. Parecía afectado.

—¿Y si me contarais qué me ocurrió? ¿Eso ayudaría a que las pesadillas desaparecieran?

Ander agachó la cabeza. Sin embargo, se levantó de allí y comenzó a andar algo alterado. Obviamente estaba sopesando qué respuesta darme.

—Vera, ya sabes que soy partidario de que recuperes la memoria por ti misma —me contestó.

—¡Ya, pero las pesadillas me van a hacer perder la cabeza! Y mira lo que me ha pasado hoy con esa canción. ¡He perdido completamente el norte! ¡¿Y si eso me vuelve a ocurrir?!

—¿Qué canción, Vera? ¿De qué me estás hablando?

—De la que apareció en mi último sueño. Es la misma que he oído esta noche y que ha hecho que me entrara el pánico sintiendo que me ahogaba y que el corazón se me paraba. Esa música ha hecho que llegara hasta aquí sin ser siquiera consciente de lo que estaba haciendo. Únicamente quería huir de ella. Necesitaba dejar de oírla como fuera, Ander —dije esto último con lágrimas en los ojos. Me sentía desesperada.

—Vera, lo que has sufrido esta noche ha sido una crisis de ansiedad. El corazón no se te va a parar, puedes estar tranquila. Lo que te ha pasado es que has tenido una serie de sensaciones físicas que te han llevado a pensar que te estaba ocurriendo algo malo. Pero simplemente ha sido la reacción que tu cuerpo ha tenido ante un factor que lo ha alterado. Aun así, te repito que puedes estar tranquila, son sólo sensaciones. Realmente no se te va a parar el corazón ni vas a dejar de respirar, aunque tú sientas que eso es lo que ocurre.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente, Vera —afirmó al tiempo que me atraía hacia sí y me abrazaba. Agradecí mucho ese gesto—. He visto cientos de crisis de ansiedad y son siempre igual. Esos mismos síntomas se repiten en todas ellas, pero tienes que saber que jamás a nadie que ha sufrido una crisis de ese tipo ha acabado pasándole nada malo.

Sus palabras me tranquilizaron enormemente. Sentir su calor también. Mi hermano últimamente me tenía muy abandonada y hacía tiempo que no tenía a nadie cerca a quien poder abrazar y con el

que poder sentirme segura y protegida.

Nos mantuvimos así unos minutos. Lo necesitaba y él parecía saberlo.

Después me separé y lo miré directamente a los ojos.

—Muchas gracias, Ander.

—No me las des, Vera.

—Me has ayudado mucho. Más de lo que imaginas.

Y era cierto. Aquella noche no tuve ninguna pesadilla.

A la mañana siguiente me levanté muy descansada. Más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Mi ánimo era estupendo y mis ganas de pasar más tiempo con los demás habían aumentado considerablemente.

Lo único que me tenía un poco cabreada era que mi hermano no se hubiese enterado de que la noche anterior a mí me había pasado algo. Estaba tan absorto con Malai cuando me dio la crisis de ansiedad que ni siquiera había reparado en que me había ido corriendo de la fiesta. Sin embargo, no quise reprochárselo. Había sufrido durante muchos años con el tema de su amor no correspondido con Andrea y ahora le tocaba ya por fin empezar a ser feliz.

Y me constaba que lo era. Cada día más.

—¡Buenos días, hermanita!

—Buenos días, Pablo.

—¿Preparada para lo que nos espera hoy? —me preguntó muy sonriente.

—Pues sí. Me apetece un montón.

Y realmente era así. Sentía la necesidad de vivir experiencias nuevas y empapar me de todo lo que aquella cultura me pudiera enseñar.

Después de desayunar nos subimos todos al autobús que habíamos contratado y salimos rumbo a un parque natural situado cerca de Chiang Rai, donde pasaríamos el día.

Como Pablo se había sentado con Malai, yo me senté sola y me puse los cascos. Sin embargo, al poco de iniciar el viaje alguien me tocó en el hombro, haciendo que me volviera en su dirección.

Era Anurak. Me quedé perpleja.

—Hola, Anurak. ¿Quieres algo? —le pregunté extrañada.

Pero obviamente no me contestó. Seguía de pie, mirándome.

No sabía lo que quería, así que le insistí.

—¿Va todo bien por ahí detrás? —le pregunté al tiempo que me volvía para asegurarme de que todo estuviera en orden. Los chicos iban cantando y armando algo de jaleo, excepto Kanya, que se había sentado sola y observaba por la ventanilla con la mirada perdida, pero por lo demás todo parecía ir como debería.

Sin embargo, Anurak seguía allí de pie, mirándome.

Recordé entonces que antes de salir me había pasado por la escuela y había recogido varias cosas, entre ellas, el cuadernillo con imágenes que le había preparado a él. Lo saqué de mi

mochila y comencé a enseñarle una por una todas aquellas fotografías, preguntándole al mismo tiempo si quería algo de todo aquello.

El niño seguía sin mostrar interés por ninguna de ellas y sin cambiar su expresión.

Comencé a sentirme bastante frustrada.

—Lo que quiere es sentarse a tu lado, *Fresitas* —me dijo Ander, que sin haber sido yo consciente se había sentado detrás de mí.

Lo miré escéptica, pero decidí probar y hacerle un gesto a Anurak, tocando el asiento vacío que tenía justo a mi lado, para ver si era eso lo que quería.

No me dio tiempo ni a pestañear cuando ya se había sentado.

Me volví para mirar a Ander completamente sorprendida.

—Estaba claro lo que quería, *Fresitas* —me dijo guiñándome un ojo y sonriéndome—. ¡Es un chico muy listo!

Me volví hacia delante y sonreí para mí. Aquel chiquillo había buscado mi compañía y eso me hacía sentir muy bien, porque quizá aún no hubiera conseguido que se comunicara, pero al menos había logrado que ya no rehuyera tanto el contacto con los demás.

El resto del camino estuve admirando el paisaje. La naturaleza allí era tan extraordinaria que, mirara donde mirase, me quedaba extasiada. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue encontrarme en un momento dado, en medio de toda esa naturaleza salvaje, la estatua de un Buda gigante, erigiéndose majestuoso y espléndido por encima de los árboles.

Como a todos nos llamó tanto la atención aquello, sobre todo por las colosales dimensiones de la figura, Malai nos explicó que para ellos era muy importante venerar y construir templos dedicados a él. En muchos casos, la gente pudiente donaba inmensas cantidades de dinero para levantar esas estatuas o templos, porque pensaban que con eso se ganarían la reencarnación a un nivel superior. Toda su existencia la orientaban a conseguir méritos para obtener una vida posterior mejor, por eso eran siempre tan amables con todo el mundo y sonreían tanto; porque, si hacían el bien a los demás, eso revertiría en su propio beneficio una vez tuvieran que reencarnarse de nuevo, ya que lo harían con un karma superior.

Me quedé pensando en todo aquello y en las implicaciones que aquella manera de pensar podría tener en general en el ser humano. Una filosofía de vida así podría cambiar muchísimas cosas en el mundo.

Cuando llegamos a nuestro destino, estaba tan inmersa en mis pensamientos que ni siquiera fui consciente de que el autobús había parado y todo el mundo estaba saliendo de él.

—¿Es que no piensas bajarte, hermanita? —me preguntó Pablo.

—Eh, sí, sí. Ya voy.

Cogí mis cosas y salí la última de allí.

Cuando bajé el último escalón del autobús y eché un vistazo a donde nos encontrábamos, me quedé boquiabierta. Aquello era impresionante. La naturaleza lo cubría todo, a pesar de las edificaciones que había.

Nos llevaron a una especie de auditorio hecho con troncos de madera, donde nos sentamos a la espera de que nos ofrecieran algún tipo de espectáculo con los elefantes.

Estaba ansiosa por ver uno de verdad. Debía de ser sorprendente poder admirarlos a tamaño real.

No tardaron mucho en empezar a desfilar con los paquidermos por allí. Eran impresionantes. Majestuosos.

Se fueron colocando al lado de lo que parecía un gran tablero con un papel encima, colocado todo ello sobre un caballete. Hasta ahí, todo bien, pero cuando observé que cada cuidador le entregaba a su elefante un pincel y le dejaba al lado una paleta de colores, comencé a sorprenderme como una niña pequeña. No me podía creer lo que estaba viendo.

Aquellos animales empezaron a dibujar trazos en aquel papel, pero no sólo eso, también rellenaban los huecos con absoluta precisión, sin salirse ni un ápice de los límites. Pero es que la cosa no quedó ahí. Cuantas más líneas trazaban, más sentido iban adquiriendo aquellos dibujos.

Me quedé impresionada cuando el elefante más pequeño dibujó un último trazo en su pintura, ese trazo que unió todo el dibujo confiriéndole el sentido final. Había dibujado un elefante visto desde la parte posterior con varios árboles alrededor. No salía de mi asombro.

Me volví para buscar a mi hermano y ver si él estaba tan impresionado como yo, pero me encontré con la cámara de fotos de Ander apuntándome directamente. Se había colocado a cierta distancia y por eso no había sido consciente hasta ese momento de que había estado sacándome fotos.

Al ver que lo estaba mirando, bajó la cámara y se quedó observándome.

Una ola de calor recorrió todo mi cuerpo y me ruboricé.

Después le retiré la mirada; me había puesto muy nerviosa. Me había entrado tanto calor que decidí salir de allí para que me diera un poco el aire.

Necesitaba serenarme.

Una vez fuera, quise explorar por mi cuenta todo aquello.

Fui andando, siguiendo la orilla de un río situado en la parte trasera de aquel gran parque, hasta que llegué a una especie de explanada que precisamente se adentraba en él. Me quedé mirando hacia el embarrado río. Ya había observado en otras ocasiones que allí las aguas siempre estaban muy turbias y que era imposible ver qué corría debajo de ellas. Entonces, un ruido a mis espaldas me asustó. Me volví y, justo detrás, un enorme elefante caminaba en dirección hacia mí. Retrocedí unos pasos, pero si seguía haciéndolo me metería irremediabilmente en el río y no quería eso. No sabía qué clase de animales podía haber dentro de él.

Entonces oí la voz de alguien gritar. No entendía lo que decía aquel nativo, pero me hacía gestos para que me apartara del camino del elefante.

Lo hice casi en el último momento. Aquel animal sólo quería refrescarse en el río, pero yo me había interpuesto entre él y su ansiado destino.

Con el susto aún en el cuerpo, me reuní con el resto del grupo, no sin antes prometerme a mí

misma que jamás volvería a separarme de los demás. Ya era la segunda vez que me ocurría algo parecido y había tenido suficiente como para no olvidar la lección durante mucho tiempo.

Poco después llegó la hora de la comida y nos pasaron a una zona de bufet. Nos sentamos todos juntos y estuvimos charlando sobre lo impresionante que había sido observar las destrezas que aquellos animales habían adquirido. Nos pareció increíble que pudieran hacer las cosas que hacían. La experiencia estaba siendo muy enriquecedora para todos.

Por la tarde nos llevaron a conocer a las crías de los elefantes. Evidentemente, su tamaño era bastante más pequeño que el de los padres, pero aun así imponían bastante.

Todo el mundo se estuvo haciendo fotos con ellos menos yo. Después del susto que me había llevado por la mañana, no quería acercarme demasiado. Sin embargo, Pablo y Malai me insistieron tanto que finalmente accedí a aproximarme a uno de ellos y tocarlo. Cuando me puse a su lado me di cuenta de que Ander me estaba sacando fotos con su cámara. El monitor me dijo entonces que me apoyara en la pata de aquella cría que acababa de sentarse, y lo obedecí sin pensar. Cuando lo hice, el animal movió la trompa para rodearme y abrazarme con ella. Yo, instintivamente, le correspondí a aquel abrazo.

No puedo expresar con palabras cómo me hizo sentir ese momento. Me embargó la emoción y las lágrimas afloraron a mis ojos. No entendía qué me había pasado y por qué había reaccionado así, pero aquella me pareció la experiencia más bonita que había vivido hasta ese momento en mi vida. No olvidaría nunca el abrazo de aquella criatura.

Después de aquello, lo siguiente fue ir a pasear a lomos de los elefantes adultos. Todos estábamos muy emocionados y la excursión no defraudó a ninguno. También estuvimos dándoles de comer plátanos y viendo cómo los bañaban después.

Por la noche, en la cena que nos dieron en el hotel en el que nos íbamos a quedar a dormir, estuvimos cambiando impresiones y todos coincidimos en que ninguno olvidaría en mucho tiempo aquella grata experiencia.

Me fijé entonces en que Kanya se había sentado separada de los demás chavales y parecía preocupada por algo. Quería preguntarle. Ya era la segunda o la tercera vez que me la había encontrado apartada de los demás y no me gustaba verla de esa manera.

Sin embargo, cuando vine a darme cuenta de nuevo, Kanya había desaparecido, así que no me quedó más remedio que dejar lo de hablar con ella para otro momento.

Después de la cena, mi hermano y Malai me dijeron de ir a tomar una copa al bar del hotel y accedí de buen agrado. Me sentía aún tan emocionada que no quería que terminara el día.

Cuando llegamos, Ander, Pierre y Chloé también se encontraban allí, y nos sentamos con ellos. Sin embargo, los franceses se marcharon enseguida. Querían dar una vuelta por el mercado nocturno antes de irse a dormir.

—¿Qué quieres tomar, Vera? —me preguntó mi hermano.

—Pues yo me tomaría un *mai tai* para probarlo, pero me temo que mi doctor me prescribió que no probara el alcohol en un tiempo, así que no sé cómo lo vería él —dije mirando a Ander para

buscar su aprobación. Éste sonrió.

—Yo no le voy a decir nada —me dijo guiñándome un ojo con complicidad—. Así que aprovecha ahora que no se va a enterar de nada y tómate lo que te apetezca.

Y eso hice. Lo malo es que no me bebí sólo uno.

Estuvimos charlando durante un buen rato. Malai nos estuvo contando historias sobre los elefantes y lo inteligentes que eran, pero a mí una me impactó sobremanera. Nos contó que en una ocasión una cría de elefante, que estaba posando para las fotos con los turistas y a la que le subieron a lomos a una niña pequeña, salió corriendo con ella encima y no pudieron pararla, para estupor de sus padres. Ése fue el fatídico día del gran *tsunami* que asoló aquella zona, y la cría de elefante, como tantos otros animales, lo había detectado antes de que ocurriera y por eso había salido corriendo en dirección a las colinas. Los padres de aquella niña murieron, en cambio, ella salvó su vida gracias al elefante.

—Qué terrible tuvo que ser todo aquello, Malai —le dije.

—Lo peor de todo fue la cantidad de niños que quedaron huérfanos —comentó tristemente—. Yo fui una de ellos —añadió a continuación con la voz quebrada y los ojos vidriosos. Sin embargo, después cogió aire y continuó hablando—: De ahí nació la organización con la que habéis venido a hacer el voluntariado.

Hasta ese momento no conocía la historia de Malai, pero ahora entendía la enorme implicación que mostraba en aquel proyecto. Cómo se desvivía por aquellos chavales no era más que la necesidad de intentar llenar con ellos el tremendo vacío que debía de haber sufrido ella en su día.

No me pasó desapercibido el gesto que tuvo Ander cuando le cogió la mano a Malai para mostrarle su apoyo y su cariño. Ella le sonrió tiernamente.

Sin embargo, y a pesar de que en aquellos momentos todos esos gestos podrían estar más que justificados, a mí me molestaron. Había demasiada complicidad entre ellos.

—Por suerte, ese año alguien donó una cantidad más que suficiente de dinero para poner en marcha el proyecto —continuó explicando ella—. Gracias a eso y a las aportaciones que ha ido haciendo de vez en cuando esa persona, hemos podido seguir manteniendo toda la infraestructura en pie, ofreciéndoles a los pequeños un hogar y una familia donde poder crecer.

Miré entonces a Ander. Él agachó la cabeza. Obviamente, la persona que había estado haciendo aquellas aportaciones había sido él, o más bien su familia, obligada por la determinación que él había tomado de emplear el dinero en algo bastante más altruista de lo que acostumbraban.

Malai sabía quién había estado haciendo aquellas aportaciones. Pero supongo que, al igual que Ander en su día me había pedido a mí discreción con ese tema, a ella también debía de habérselo pedido, y por eso en la conversación no había desvelado la identidad de su mecenas.

—Además, ese primer año apareció Ander y también nos ayudó mucho con la construcción del poblado —terminó por decir Malai mirándolo nuevamente con un especial cariño.

—Ah, pero entonces ¿vosotros ya os conocéis de hace tiempo? —les pregunté sorprendida.

—Sí, claro. Ander y yo somos viejos amigos. Él viene aquí año tras año a ayudarnos.

Lo miré a él, que seguía con la cabeza agachada. Ahora entendía por qué había tanta complicidad entre ellos y las muestras de cariño que tenía Malai hacia él. Para ella, aquel hombre representaba la esperanza de poder construir un hogar y un porvenir para aquellos niños, que, al igual que ella, habían sufrido sobremanera en sus vidas.

Me sentí entonces ridícula. Sentí vergüenza por haber pensado tan mal de Malai y de sus intenciones.

—Voy a la barra a pedirme otra copa —dije entonces—. ¿Alguien quiere algo?

Necesitaba tomarme lo que fuera. Me sentía muy estúpida después de haber descubierto que estaba tan equivocada con Malai.

—No, Vera. Gracias. Yo me voy a dormir ya, estoy algo cansada —contestó ella.

—Me voy contigo. Yo también me encuentro agotado —le dijo mi hermano levantándose para, efectivamente, marcharse con ella—. Buenas noches, chicos.

Ander y yo nos quedamos solos.

—Yo te acompaño con esa copa si quieres —me dijo entonces él.

Lo miré sin saber qué decir. ¿Quería tomarme una copa a solas con él?

No lo tenía claro, pero lo cierto es que no me apetecía irme a dormir todavía, así que acepté su ofrecimiento.

Una vez hube vuelto de la barra con ambos cócteles, me senté frente a él. Ambos nos quedamos en silencio durante unos instantes.

—Tu hermano y Malai se llevan muy bien, ¿no? —me preguntó entonces, rompiendo así el hielo.

—Creo que es algo más que eso —le contesté dejándome llevar un poco por el alcohol, porque no debería haber soltado aquello dando a entender algo que, quizá, ni mi hermano ni Malai querían que se supiera todavía.

—¿Ah, sí?... —me preguntó Ander con una sonrisa picarona—. Malai no me ha contado nada.

—No, bueno, no me hagas mucho caso. Seguro que no te lo ha contado porque no hay nada que contar.

Estaba intentando enmendar mi error, pero era evidente que ya era tarde.

—No te preocupes, *Fresitas* —me dijo con una sonrisa burlona viendo lo apurada que estaba por mi metedura de pata—. Tu secreto está a salvo conmigo —terminó por decir en un tono mucho más íntimo.

Y, de nuevo, me encendí ante sus palabras y su penetrante mirada. Aquellos ojos negros, intensos, hacían que mi cuerpo entero se estremeciera.

Esa noche, Ander estaba más guapo que nunca. Su piel había cogido color y el blanco de su camisa resaltaba sobremanera aquellas facciones tan seductoramente. Ya no veía en él a aquel tipo tan fuera de contexto con sus tatuajes que me había encontrado en el hospital, sino que tenía delante a un hombre sumamente atractivo que me despertaba instintos desconocidos hasta ahora para mí.

Me empezó a entrar mucho calor y sentí la necesidad de salir a coger aire.

—¿Te importa que demos un paseo? Tengo algo de calor aquí dentro —le dije un poco azorada. Ander me sonrió y asintió, levantándose y ofreciéndome su mano para ayudarme a ponerme en pie.

Me vino bien ese gesto suyo porque me sentía algo mareada.

Una vez salimos, comenzamos a andar en dirección a la piscina del hotel. De noche se veía espectacular por la iluminación que mostraba.

—¿Podemos sentarnos en esas hamacas? —le pedí a Ander. Seguía sintiéndome un poco aturdida. La falta de costumbre de tomar alcohol me estaba pasando factura.

Lo hicimos. Nos sentamos frente a frente y nos quedamos mirándonos.

—¿Cómo has dormido esta noche? ¿Has vuelto a tener alguna pesadilla? —me preguntó entonces.

—La verdad es que no. Hablar contigo me relajó bastante, y supongo que eso ha hecho que haya tenido un sueño más tranquilo. Esta mañana me he levantado muy descansada y de muy buen humor. Quería darte las gracias de nuevo, Ander. Aunque no lo creas, hablar contigo me tranquilizó bastante.

—No me las des, Vera. Únicamente hice mi trabajo.

Desde mi punto de vista, había hecho algo más que su trabajo, y así se lo hice saber.

—Ya... Y dime una cosa, ¿sueles abrazar siempre así a los pacientes en tu consulta? —le pregunté aun sabiendo que, obviamente, eso no sería así. Sin embargo, tenía curiosidad por saber qué me respondería.

—Si la paciente lo requiere, por supuesto que sí. Su bienestar está por encima de todo, *Fresitas* —terminó de decir con un tono burlón.

Le sonreí. Siempre tenía una respuesta para todo.

Después de unos momentos en los que ambos nos quedamos en completo silencio, Ander volvió a hacerme otra pregunta.

—Vera, ¿puedo saber qué canción fue la que desencadenó tu crisis?

—Sólo pensar en ella ya me provoca escalofríos, Ander. No es una canción que conozca demasiado, no al menos esa versión. —Hice una pausa para coger aire y serenarme para continuar hablando—. Ésta es una adaptación con sonidos muy estridentes. Pero sobre todo lo que me pone muy nerviosa es la voz del cantante. Su voz desgarrada fue lo que me hizo entrar en pánico. Lo que no entiendo es por qué mi cuerpo reaccionó de esa manera al oírla.

Me quedé pensando en ello.

Ander miraba al suelo mientras parecía estar analizando todo lo que le había dicho.

—Tú sabes qué tiene que ver esa canción con lo que me ocurrió, ¿verdad? —le pregunté entonces.

Él levantó la mirada, pero estaba claro que no me iba a decir nada.

—Vera, la policía me dio todos los detalles de lo que te pasó con el fin de poder ayudarte, pero ya sabes que...

—Sí, ya lo sé. Prefieres que lo descubra por mí misma. Pero ¿y si no lo recuerdo nunca? ¿Y si mi mente decide soterrarlo para siempre en lo más profundo?

—Vera... —comenzó a decir intentando ser paciente conmigo—, algún día lo recordarás todo, ya lo verás. Tu mente te está mandando señales y terminarás pudiendo unir todas las piezas del puzle. Es sólo cuestión de tiempo, estoy convencido de ello.

—Pero ¿y si no es así, Ander?... ¿Y si pasa el tiempo y las pesadillas continúan y no consigo desvelar qué demonios me ocurrió aquella noche?

Él soltó el aire contenido en sus pulmones. Mi insistencia lo había vencido. Pareció sopesar qué decirme a continuación. Después me miró fijamente y me dijo lo que yo tanto estaba ansiando oír.

—Si es tu deseo saberlo, no pondré ninguna objeción. Te lo contaré yo mismo si tú quieres. Pero date tiempo, Vera. Por favor.

Su tono suplicante acabó convenciéndome. Tendría paciencia durante un tiempo más y luego, según cómo me sintiera y, sobre todo, cómo me estuviera afectando, decidiría qué hacer.

Después de eso, ambos volvimos a sumirnos en un largo silencio.

Yo estuve observando el precioso paisaje que nos rodeaba. Aquel hotel, en medio prácticamente de la selva, era un lugar único con un encanto especial.

Hacía muy buena noche, pero a pesar de ello una fresca brisa nos envolvió y mi piel se erizó por completo.

Ander se levantó de su hamaca y se sentó en la mía justo detrás de mí, me rodeó con los brazos y pegó mi cuerpo al suyo.

—¿Mejor así? —me preguntó.

Afirmé con la cabeza. Porque realmente lo estaba. Me sentía muy bien entre los brazos de aquel hombre que tanto me desquiciaba en determinados momentos, pero que tan cariñoso y protector se mostraba conmigo en otras ocasiones.

Sentía su respiración en el lateral de mi cuello y cómo ésta se aceleraba al compás de la mía. Mi cuerpo ardía de nuevo. Ese hombre, por mucho que yo quisiera negarlo, me atraía poderosamente.

—Te noto un poco acelerada, *Fresitas* —me dijo entonces susurrándome con una voz muy sensual en mi oído.

Y, aunque me fastidiara reconocerlo, realmente lo estaba. Comenzaba a desear a Ander como nunca creí que se pudiera desear a nadie. Mi cuerpo entero palpitaba. Me estaba pidiendo a gritos aquello que empezaba a saber que sólo aquel hombre podría darme.

—Creo que será mejor que nos marchemos de aquí —me dijo entonces levantándose y tendiéndome de nuevo la mano.

Lo seguí sin saber muy bien qué significaba aquello.

Caminamos en silencio hasta entrar de nuevo en el hotel y nos dirigimos hacia los ascensores. Una vez en nuestra planta, Ander me acompañó hasta la puerta de mi habitación, se situó frente a

mí y se quedó mirándome fijamente.

Después se acercó despacio y me besó en la mejilla, muy cerca de la boca.

—Buenas noches, *Fresitas* —me dijo aún con sus labios muy próximos a los míos.

Se me iba a salir el corazón por la boca. Aquel hombre me aceleraba de una manera enfermiza.

Después se dio media vuelta y comenzó a andar hacia el final del pasillo.

—Buenas noches, *Patán* —atiné a decirle.

Oí cómo sonrió. Luego abrió la puerta de su habitación y desapareció tras ella.

Capítulo 12

Apenas pude dormir esa noche.

Comencé a dar mil vueltas en la cama. No podía quitarme de la cabeza a Ander, ni mucho menos el momento de despedida que habíamos tenido. Aún sentía mi corazón acelerado y continuaba con la piel completamente erizada.

Pero ¿qué me estaba pasando con aquel hombre?

Lo que en su día me pareció un aspecto muy poco convencional y bastante transgresor, ahora me parecía muy atrayente y sensual.

De igual manera me había ocurrido con sus tatuajes, que ahora me despertaban una gran curiosidad. Deseaba poder tocarlos, poder recorrerlos con las yemas de mis dedos. Quería sentir su piel, quería poder acariciar ese cuerpo tan perfectamente esculpido. Quería desnudarlo y que me desnudara. Quería que...

¡Dios! ¡Cómo empezaba a desear a ese hombre que tanto me desquiciaba!

Tardé muchísimo en dormirme. No había manera de quitármelo de la cabeza. Sin embargo, finalmente lo hice.

El problema fueron las pesadillas. No tardaron en aparecer.

La gente baila. La gente sonríe.

Yo también lo hago. Soy feliz.

Todo el mundo lo es.

El coche. La curva.

La canción. Esos hombres.

El ruido sordo.

La canción.

El precipicio.

El miedo. La angustia.

Pánico. Dolor.

Esa maldita canción.

No la puedo soportar.

Calma.

Me siento bien.

No hay sufrimiento.

No hay nada ya.

Así es mejor...

—Vera, Vera... Despierta.

Abrí los ojos. Pablo estaba prácticamente encima de mí.

—Ya está, Vera. Ya está. Ya ha pasado —me dijo sujetándome entre sus brazos.

Comencé a llorar desconsoladamente. Sentía miedo. Muchísimo miedo.

Pero ¿por qué? ¿Por qué demonios tenía que sentirme así?

Un terrible pánico comenzó a apoderarse de mí oprimiéndome el pecho. El corazón me empezó a latir erráticamente queriéndose salir de su caja.

—Ander —atiné a decirle a mi hermano—. No puedo respirar.

Pablo salió corriendo de allí.

Sentía mis pulmones cerrarse. El aire cada vez me faltaba más. Me estaba ahogando y el corazón se me iba a parar en cualquier momento. Esa forma de latir no auguraba nada bueno.

—Vera, tranquilízate. Tienes que calmarte —me dijo Ander nada más entrar en la habitación y ver el estado en el que me encontraba.

Sus brazos rodearon mi cuerpo y, como si de un bálsamo sorprendentemente milagroso se tratase, mi ser comenzó a recuperar la normalidad. Poco a poco me fui relajando. Mi respiración volvió a ser más calmada y los latidos de mi corazón retomaron su ritmo habitual.

—Ya está, Vera. Estás bien..., tranquila.

Ander seguía abrazándome con fuerza. No quería que dejara de hacerlo. Sólo en sus brazos me sentía segura, a salvo, protegida.

Una lágrima comenzó a rodar entonces por mi mejilla. Estaba totalmente desbordada. Todo aquello me había superado por completo. Me sentía al borde del precipicio.

No sabía cuánto tiempo más podría seguir aguantándolo.

Me mantuve abrazada a él un rato más.

—Me imagino que has tenido otra pesadilla —me dijo entonces separándose de mí para mirarme.

Asentí con la cabeza.

Ander me cogió la barbilla y me la levantó para que lo mirase.

—Vera, entiendo lo duro que está siendo esto para ti, pero debes confiar en mí. Ten paciencia. Todo esto acabará resolviéndose a su debido tiempo. Te lo prometo.

Su mirada, preocupada aunque segura, me transmitió la fuerza que necesitaba en aquellos momentos.

Asentí de nuevo. Quería confiar en su palabra. Quería confiar en que finalmente mi mente dejaría de fallar y me sacaría de aquel agujero en el que me había metido.

Estaba empapada en sudor. Cada vez que tenía alguna de aquellas dichas pesadillas me ocurría. Necesitaba meterme debajo de la ducha y sentir el agua caliente correr por mi piel, arrastrando consigo todo lo malo.

—¿Quieres que me quede en la habitación? —me preguntó cuando le dije que iba a ducharme —. No me importa hacerlo si lo necesitas.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —le contesté con una leve sonrisa.

Su mirada expresaba preocupación verdadera. Sentí en ella su reticencia a irse de allí, pero finalmente me hizo caso y salió.

Mientras me duchaba estuve recordando las imágenes que una y otra vez se repetían en las pesadillas. Ninguna significaba nada para mí. Ninguna me aclaraba qué demonios quería decirme mi mente.

Lo único que sí saqué en claro es que lo que me había provocado esa nueva crisis de ansiedad había sido oír de nuevo aquella música en mi pesadilla. La canción había hecho que comenzara a sentir todas aquellas sensaciones que tanto me estaban perturbando.

Para cuando bajé a desayunar, casi todos habían terminado y se estaban yendo hacia nuestro medio de transporte, así que cogí un cruasán y le pedí al camarero que me pusiera un café con leche para llevar.

Cuando me subí al autobús me encontré con que Anurak se había sentado en el asiento que estaba al lado del mío. De nuevo buscaba mi cercanía, y eso me alegró.

Ander se encontraba justamente detrás.

—¿Todo bien? —me preguntó al verme.

Asentí con la cabeza y me senté.

Estaba deseando llegar a nuestro nuevo destino. Necesitaba volver a tener un día como el anterior. Las experiencias vividas con aquellos elefantes me habían encantado, y era algo que recordaría toda mi vida.

Después de dos horas de trayecto llegamos a la aldea donde se encontraban las mujeres jirafa, denominadas así en alusión a sus largos cuellos. Éstos, además, los tenían cubiertos por collares que estaban formados por anillos dorados.

Al principio me pareció un poco extraña la situación. Cuando nos vieron llegar, aquellas mujeres comenzaron a salir de sus casas y empezaron a colocarse estratégicamente para que las pudiéramos ver y fotografiar. Además, todo aquello estaba lleno de puestos donde vendían productos de artesanía. Me dio la sensación de que era todo como el escenario de una película, donde esas gentes interpretaban el papel esperado con tal de conseguir el ansiado dinero de los turistas.

Pero mi percepción de todo aquello cambió cuando Malai nos explicó la cruda realidad de aquellas personas.

Muchos tuvieron que huir a Tailandia escapando de la dictadura birmana que intentaba acabar con ellos, y ahora vivían allí, pero habiendo perdido su estatus de ciudadanos de aquel país. Lo malo es que en su día tampoco se los reconoció como ciudadanos tailandeses, por lo que tampoco tenían ningún derecho allí y no podían trabajar. Por tanto, su único medio de vida eran las ganancias generadas por el turismo que los visitaba.

Me fijé en una de las mujeres. Inmediatamente la reconocí. Su cara me sonaba de una foto publicada por *National Geographic* que había dado la vuelta al mundo. Me aproximé a ella para saludarla y conocer su historia más de cerca.

Me quedé impresionada con la serenidad que mostraba a la hora de hablar, a pesar de la terrible historia que nos contó.

Cuando ella era una adolescente tuvieron que huir de su país. El gobierno birmano los obligaba a entregar casi todos los ingresos familiares al Estado y la situación comenzó a ser insostenible para ellos, entre otras cosas porque, si no les pagaban todo lo que pedían, se llevaban a los varones para reclutarlos. Además, en una de las ocasiones en que los militares los visitaron para recaudar dinero, mataron a su padre por no poder entregarles nada. Pero, por si todo eso fuera poco, la guerra también fue comiendo terreno a su región y empezó a ser cada vez más común oír explosiones de bombas demasiado cerca, así que se vieron obligados a huir de allí.

Durante aproximadamente una semana tuvieron que caminar por la selva, día y noche, con los peligros que eso conllevaba, para finalmente llegar a la frontera de Tailandia, donde decidieron establecerse definitivamente.

Me quedé impactada. Sin duda estaba ante una mujer muy valiente, con una historia personal detrás tremendamente desgarradora, pero que mantenía una sonrisa perpetua mostrando así lo feliz que se podía ser, a pesar de todo.

—¿Estás bien, Vera? —me preguntó entonces mi hermano—. Estás muy seria.

—Sí, es sólo que me ha impresionado mucho conocer a esa mujer —le expliqué.

Y realmente lo había hecho. Conocer experiencias tan traumáticas en la vida, de mano precisamente de sus protagonistas, era algo que no ocurría todos los días.

Decidí entonces darme un paseo por aquella aldea y echar un vistazo a los productos que tenían en venta. Quería colaborar con la buena marcha de su economía contribuyendo en lo que me fuera posible.

Compré de todo. Figuritas de madera para poner de adorno en mi casa, collares y pañuelos para regalar a las mujeres de mi familia y amigas, imanes para la nevera y hasta unas bolsitas a modo de estuches para regalarles a mis compañeras de trabajo.

Cuando acabé me dijeron que todavía tardaríamos un rato más en irnos, así que decidí sentarme en un banco hecho con troncos de madera y observar las vidas de aquellas gentes. En ese momento, un pequeño se me acercó. No debía de tener más de dos o tres añitos y me estaba mirando fijamente. Cuando quise darme cuenta se puso a tocar una de mis bolsas. Instintivamente, me levanté y las agarré todas con fuerza. Pensé que aquel pequeño quería robarme y comencé a andar.

Él me siguió de cerca y, cada vez que podía, tocaba una de ellas. Me paré entonces en seco. No le iba a permitir que se llevara mis cosas y le planté cara. Entonces él, sin pudor alguno, volvió a tocar la misma bolsa. En ella llevaba varios botellines de agua fresca que nos habían dado antes

de bajar del autobús para hidratarnos, ya que allí tanto la temperatura como la humedad que había eran muy elevadas.

—Quiere el agua fresca —me dijo alguien.

Me volví hacia la voz. Ander se encontraba sentado en un banco con su cámara de fotos en la mano y estaba mirándome.

—¿Cómo? —No entendía qué quería decirme.

—Que quiere el agua que llevas en la bolsa.

Había visto que tenían un pozo allí y que los chiquillos bebían cuando querían de él, así que no entendía por qué le podría interesar mi agua.

—¿Y por qué iba a quererla? —le pregunté atónita.

—Porque está fresca, *Fresitas* —me explicó Ander para mi asombro. Sin embargo, yo seguí mirándolo incrédula—. ¿Has visto algún frigorífico por aquí cerca?

—¿Qué?

Estaba perpleja.

—Lo que quiere es tocar los botellines y sentir el frescor —continuó diciendo—. Aquí el agua que beben es del tiempo, así que suele estar bastante templada. Por eso para ellos es toda una experiencia sentir el frío de los botellines en las manos y beberse el agua fresca que hay dentro.

No daba crédito. Jamás en la vida lo habría imaginado.

Inmediatamente saqué de la bolsa todos los botellines que llevaba y se los di.

Aquel pequeño salió corriendo de allí, con ellos en las manos como si llevara un gran tesoro, y fue a compartirlos con los demás niños.

—Acabas de hacerlos inmensamente felices —me dijo entonces Ander.

—¿Con tan poco?!

—Quizá para ti sea poco. —Se había levantado y caminaba hacia donde yo me encontraba—. Pero para ellos es todo un lujo eso de beber agua fría —terminó de decir justo cuando llegó a mi altura.

Se me quedó mirando intensamente. El calor apareció de nuevo. Sentía todo mi cuerpo arder. Bajé la mirada por timidez. Sin embargo, él se inclinó acercándose mucho a mí, pegando su rostro al mío, aproximando demencialmente sus labios a los míos. Y el mundo entonces se paró. Mi corazón dejó de latir y mi respiración se detuvo. Sentí su fresco aliento sobre las mejillas, acariciándome la piel, mientras un deseo irracional recorría todo mi cuerpo.

Ese hombre conseguía despertarme de una manera animal.

—Déjame que te lleve las bolsas. Pesan mucho para ti —me dijo entonces como si tal cosa.

«¿Qué?!»

No me lo podía creer. Únicamente se había inclinado, aproximándose tanto a mí, para cogerme las dichas bolsas. Sin embargo, yo casi había ardidido de deseo. ¡Seré idiota!

Me dio mucha rabia. No quería sentirme tan vulnerable ante su presencia. Tenía que empezar a controlar todas aquellas reacciones si no quería parecer una adolescente ante él.

—¿Te vas a quedar ahí, *Fresitas*? —me dijo cuando se separó de mí y comenzó a andar.

Me recompuse como pude.

—Pues no... ¡Y deja de llamarme «Fresitas»! —le exigí muy cabreada cuando pasé por su lado para echar a andar delante de él.

Él soltó una pequeña carcajada y eso me cabreó más aún.

¡¿Cómo podía alguien desquiciarme tanto?!

De vuelta en el autobús, estuve pensando en lo que había ocurrido en aquella aldea y en lo infinitamente relativo que era todo. Lo que para mí era algo sin ninguna importancia, puesto que podía acceder a ello cuando quisiera, para otros era un lujo que no se podían permitir. Eso me hizo pensar en que a veces les damos demasiada importancia a cosas que no la tienen y, sin embargo, dejamos de apreciar las que verdaderamente deberían importarnos.

Aquel viaje me estaba marcando. Mucho. Más de lo que jamás habría imaginado. Tenía muy claro que mi forma de pensar y de ver las cosas no volvería a ser la misma después de aquella, para mí, sumamente enriquecedora experiencia.

De camino a nuestro poblado, aún nos quedaba por hacer una parada más. Íbamos a ver un templo, uno de los tantos miles que existían en aquel país.

En sí, el templo no era nada del otro mundo, pero los trescientos nueve escalones que había que subir para acceder a él nos dejaron a todos sin aliento. Bueno, a todos no. Ander y Chloé los subieron del tirón sin ningún esfuerzo. Obviamente, estaban en muy buena forma física.

—¿Necesitas que te haga el boca a boca, *Fresitas*? Te veo un poco falta de aire —me soltó él acercándose discretamente cuando me vio aparecer con la lengua fuera y blanca como una pared.

No le pude contestar. O respiraba o hablaba. Las dos cosas a la vez en esos momentos eran totalmente incompatibles para mí. En cambio, sí que pude lanzarle una mirada asesina que lo hizo estallar en carcajadas al muy patán.

Cuando todo el grupo se hubo descalzado, pudimos pasar por fin a aquel centro de peregrinación para los budistas, en el que el olor a incienso estaba muy presente.

Nada más entrar nos llamó la atención la preciosa pagoda dorada erigida en su centro. Alrededor de ella se encontraban todos los demás elementos sagrados de aquel curioso lugar, en el que los monjes budistas, con sus túnicas anaranjadas, se mezclaban con los turistas formando un precioso mosaico de colores.

Recorrimos todos los pabellones, observando en cada uno de ellos aquellas magníficas estatuas de Buda a las que tanta veneración mostraban los tailandeses.

En una de ellas había, además, un monje en su entrada entregando una especie de pulsera hecha con un cordón blanco. Pero no se la daba a todo el mundo. Sólo algunos parecían ser los elegidos después de hacerles un pequeño escrutinio.

Sin embargo, a mí me la entregó nada más verme entrar en el templo. Ni siquiera me había dado tiempo a darme cuenta de su presencia cuando él vino directo a mí y me la puso en la muñeca al tiempo que recitaba lo que supuse que sería una oración.

Al salir de allí tan contenta con mi regalito, observé que Pablo, Malai y Ander estaban esperándome en la puerta. Pero estaban demasiado serios. Parecían preocupados por algo.

—¿Qué pasa? —les pregunté algo inquieta.

—Vera... —comenzó a decirme mi hermano—, yo no creo mucho en estas cosas, pero el caso es que ese monje te ha entregado precisamente a ti la pulsera.

No sabía de qué demonios me estaba hablando, así que Malai me lo aclaró.

—Ese monje tiene fama de poder ver en las personas los demonios que los acompañan y, cuando encuentra a alguna con un alma atormentada por la razón que sea, le entrega esa pulsera para que le sirva de protección hasta que encuentre su camino para llegar a conseguir la paz de su espíritu.

—¡Bah, yo no creo en esas chorradas! —le contesté mostrando así mi gran escepticismo.

—Puedes no creer, Vera —continuó explicándome Malai—, pero ese monje ha visto algo en ti que no le ha gustado y, por eso, ha querido bendecirte con su protección. No sólo te ha dado la pulsera, sino que también le ha pedido a Buda que te muestre el camino de vuelta a tu hogar, con tu familia, porque te ha visto perdida.

—¡Yo no estoy perdida! Y además sé muy bien cómo volver con mi familia. Sólo tengo que coger un avión, ¡vaya chorrada!

Se quedaron todos en silencio.

—Pero ¿de verdad os vais a creer lo que ha dicho el monje ese, que no me conoce de nada?... Estoy flipando con vosotros. Ese tío irá dando las pulseras conforme se le antoje y se habrá inventado todo eso para ganar puntos o lo que sea que haya que ganar para reencarnarse en alguien mejor.

—Vera, te acabas de pasar tres pueblos —me dijo entonces mi hermano—. Me parece muy bien que tú no creas en todas estas cosas, pero de ahí a burlarte de las creencias de los demás, me parece fatal.

—¡Venga ya, Pablo! Yo no me estoy burlando de nadie —le contesté en mi defensa—. Es sólo que no me creo las cosas que pueda decirme un charlatán que no me conoce de nada.

—¡Pues, para no conocerte de nada y ser un charlatán como tú dices, ha dado en el clavo! —me soltó entonces Pablo.

Me quedé mirándolo sin comprender por qué defendía a aquel monje y por qué me decía que había dado en el clavo.

Miré entonces a Ander buscando que pusiera algo de cordura en toda aquella conversación, pero éste bajó la mirada rehuyendo la mía.

No me lo podía creer. Pero ¿qué demonios les pasaba? ¿Habrían esnifado incienso de más y por eso estaban desvariando de aquella manera?

—Vera... —ahora era Malai la que se estaba dirigiendo de nuevo a mí—, ese monje también ha dicho algo más.

Me crucé de brazos desesperada ante aquella situación tan absurda para mí. Sin embargo,

aguardé educadamente a que terminara de darme su explicación. No quería que Pablo me volviera a repetir que estaba siendo irrespetuosa con nadie.

—Sus palabras exactas han sido que busques ese camino de vuelta en las pesadillas que estás teniendo —me dijo dejándome completamente desconcertada—. Dice que ellas te mostrarán la verdad que necesitas saber para poder, definitivamente, poner en orden tu vida. Y ha añadido que sólo tú puedes encontrar la clave para descifrar lo que te ocurre.

Estaba perpleja. ¿Cómo podía aquel monje saber lo de las pesadillas? ¿Cómo podía conocer lo que me ocurría con tanta precisión?

—¡Vale! ¿Dónde está la cámara oculta?... ¡Jolín, casi me lo creo! —les dije aliviada al caer de repente en que todo podía haber sido una broma.

Pero no lo había sido. Ander, Malai y mi hermano me seguían mirando muy serios y con cara de preocupación.

—Pablo... —comencé a decirle a modo de súplica, mirándolo fijamente con la intención de que me contara la verdad.

Pero no necesité seguir hablando. Ni tampoco que él me contestara nada. Sus ojos me lo estaban diciendo todo.

Comencé a marearme. Aquella situación me había superado desbordándome por completo.

Mi hermano y Ander me sujetaron. De no ser por ellos, probablemente habría acabado en el suelo porque las piernas comenzaron a fallarme. De repente mi cuerpo se quedó sin la fuerza necesaria para sustentarse.

Me llevaron hasta un lugar apartado y más tranquilo donde poder recuperarme del *shock* que me había producido todo aquello.

Yo sabía que mi mente intentaba decirme algo a través de las pesadillas. Era muy consciente de ello. Pero que ese monje lo hubiera visto, con tan sólo mirarme unas milésimas de segundo, era algo que escapaba a mi comprensión.

—Vera, no le des más importancia de la que tiene —me pidió entonces Pablo—. No te obsesiones con este asunto. Simplemente sigue con tu vida como hasta ahora y el tiempo resolverá lo que tenga que resolver.

Para él era muy fácil decir eso, porque no sufría, noche tras noche, aquellas insidiosas pesadillas.

No obstante, no quería que aquello marcara más aún mi vida influyéndome negativamente, así que intenté hacerle caso. Traté de olvidar aquel suceso y seguir como si nada.

Después del largo viaje de vuelta, cuando llegamos a nuestro poblado era ya casi de noche.

Estaba tan cansada que no me apeteció ir a cenar con los demás, a pesar de tener el estómago vacío. Prefería quedarme en la cabaña leyendo un poco.

Al poco rato llamaron a la puerta.

Cuando la abrí me encontré con Ander y un plato lleno de comida.

—Seguro que estás hambrienta, *Fresitas* —me dijo ofreciéndomelo.

La verdad es que lo estaba. Todo el ajetreo del viaje y el ejercicio que habíamos hecho me habían dado mucha hambre.

Le sonreí y le hice un gesto para que pasara.

—Estaba leyendo para distraerme un poco —le expliqué—. No quería irme a dormir aún.

—¿Cómo estás después de lo de hoy? —me preguntó entonces mostrándose preocupado.

—No lo sé, Ander. Todo esto está siendo bastante duro para mí. —Me senté abatida sobre la cama. Ander cogió una silla, la giró y se colocó con ella frente a mí, apoyando los brazos sobre el respaldo de la misma.

—Vera, es posible que ese monje haya visto algo en ti y que por eso haya querido ayudarte, pero no puedes dejar que eso te obsesione. Hazle caso a tu hermano y sigue con tu vida olvidándote de todo lo que te ha dicho.

—Lo sé, y es lo que pretendo hacer. Sin embargo, voy a tener en cuenta lo que me ha dicho de encontrar mi camino escuchando lo que esas pesadillas quieren decirme. Yo ya estaba convencida de que mi mente quería mostrarme algo a través de ellas y el monje no ha hecho más que confirmármelo, así que voy a ir anotando todo lo que recuerde de ellas, para intentar, como si de un puzle se tratara, recomponer todas las piezas.

—Vera, sé que quizá no te apetezca demasiado o que incluso no estés preparada para hablar de ello, pero... ¿puedo saber qué imágenes en concreto aparecen en tus pesadillas? Me refiero a que si puedes describirme con quién estás, dónde, qué ocurre exactamente. Es por motivos profesionales. Necesito saber cuánto de verdad hay en ellas.

Lo pensé un instante, pero finalmente decidí abrirme a él y contárselo todo.

—Siempre comienzan con una fiesta o con gente bailando y divirtiéndose. Yo también lo hago. Me siento feliz en esos momentos, pero luego todo cambia —empecé a contarle—. El colorido de las imágenes iniciales se torna pálido hasta volverse todo gris. —Hice una pausa para coger aire y poder continuar—. Un gris cada vez más oscuro y lúgubre, y entonces las imágenes empiezan a entremezclarse y se suceden rápidamente una tras otra. Veo un coche deslizarse en la noche a gran velocidad por una carretera. Luego me veo andando por la calle y comienza a sonar esa dichosa canción. Después veo el coche de antes, que no sé a quién pertenece, caer por un precipicio. A continuación veo a unos hombres delante de mí que no conozco de nada y oigo un ruido muy fuerte, pero no consigo saber de qué es. Y después de todo eso es cuando empiezo a sentir mucho miedo, Ander. Siento un pánico que me paraliza y sólo quiero huir. También noto un dolor muy fuerte en el pecho que me oprime impidiéndome respirar. Luego no sé qué ocurre, pero todo se vuelve blanquecino y ya no siento ni miedo, ni dolor, y me convengo a mí misma de que eso es lo mejor. Pero ¿lo mejor para qué, Ander? —terminé de decirle algo frustrada—. No lo entiendo.

Él no me contestó. Tenía la mirada perdida. Supongo que estaba analizando todo lo que le había contado.

No continué hablando. Me sentía tan exhausta como cuando me despertaba después de una de aquellas terribles pesadillas. Lo había revivido todo con unas imágenes tan vívidas que ahora me

parecían reales.

Permanecimos en silencio unos minutos. Ambos estábamos perdidos en nuestros pensamientos.

Después me armé de valor y le hice la siguiente pregunta a Ander:

—¿Lo que te he contado es parte de lo que me sucedió o esas imágenes no tienen nada que ver con mi vida?

Él seguía con la mirada perdida, pero finalmente se volvió hacia mí y decidió contestarme.

—Sabes que no debo responderte a eso. Si lo hiciera, estaría induciéndote de alguna manera tus recuerdos y entonces sí que podrías tener un problema, porque nunca sabrías hasta qué punto éstos serían reales o no.

Sabía que llevaba razón en eso. Me hablaba como profesional. Lo malo es que a mí eso no me ayudaba demasiado.

—Está bien —le dije—. No volveré a preguntarte, pero te aseguro que tarde o temprano descubriré qué me ha ocurrido y qué tienen que ver esas dichosas pesadillas con ello. No me daré por vencida hasta que lo consiga.

Él me miró de nuevo y sonrió.

—No me cabe la menor duda, *Fresitas*. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿aún tienes la pulsera que te ha dado el monje?

Instintivamente, me llevé la mano a ella.

—Sí. No creo en lo de que me vaya a proteger, pero bueno, es un recuerdo de este viaje — terminé de decirle encogiéndome de hombros, porque a pesar de mi reticencia inicial sobre ella, aún seguía llevándola.

Ander sonrió.

—No te la quites nunca, ¿vale? —me dijo entonces.

—¿En serio tú te crees que esto me va a proteger de algo? ¡Venga ya, Ander!

—Bueno, nunca se sabe, *Fresitas*. Tú llévala por si acaso. No tienes nada que perder, ¿no?

—No, supongo que no —le contesté mirando aquel cordón blanco sobre mi muñeca.

—Debería irme —me dijo entonces levantándose de la silla y colocándola en su sitio.

—Espera... —me apresuré a decirle mientras me acercaba a él.

Ander se me quedó mirando esperando que continuara hablando. Lo malo es que no sabía por qué le había pedido que esperara, así que tuve que pensar rápidamente qué decirle.

—¿Necesitas algo de mí? —me preguntó curioso.

Recordé entonces que a él no le había tomado todavía las medidas para el disfraz, así que utilicé eso como excusa.

—Sí, tengo que medirme para el traje que estamos haciendo para la fiesta.

—Ah, de acuerdo —me contestó al tiempo que comenzaba a quitarse la camiseta.

—Oh, no, no hace falta que te la quites —me apresuré a decir.

Estaba comenzando a ruborizarme.

Pero lo hizo. Se quedó con el torso desnudo delante de mis narices para recreación de mi vista.

—¿Algún problema, *Fresitas*?

—No —dije con voz temblorosa—. Ninguno.

Pero sí, sí que lo había. Me había puesto muy nerviosa.

Obviamente intenté disimular y fui a buscar el metro. Lo cogí y me acerqué de nuevo a Ander con la intención de medirle sin fijarme para nada en él.

Pero..., seré sincera, ¿cómo demonios no me iba a fijar en aquel cuerpo?!

Era imposible no hacerlo.

Capítulo 13

Intenté serenarme y lo rodeé para comenzar midiendo el ancho de su espalda. Puse una punta del metro en el extremo de uno de sus hombros y, recorriendo lentamente su espalda, llegué hasta el otro.

A él se le erizó la piel.

A mí me recorrió el cuerpo un perturbador escalofrío.

Anoté la medida en un papel que tenía encima del escritorio.

Me acerqué de nuevo a él y le medí la largura del brazo.

De nuevo, el roce de las yemas de mis dedos sobre su piel hizo que me estremeciera. Observé uno de sus tatuajes y, sin darme cuenta, comencé a recorrer sus líneas con mi dedo índice.

Ander carraspeó y me detuve al instante.

Fui a anotar la nueva medida que había tomado.

Volví y me situé frente a él. Me quedaba medirle la cintura y la cadera.

Ahora la que carraspeó fui yo. Estaba nerviosa perdida.

Me acerqué para ponerle la cinta métrica sobre el abdomen. Cuando lo hice, observé cómo Ander cerraba los ojos y apretaba los puños.

Corrí a escribir los centímetros que medía su cintura.

Me quedaba la cadera. Cuando me volví y lo pensé, me tembló todo el cuerpo. Sentía las mejillas muy sonrojadas. Tenía mucho calor y se me había acelerado el pulso considerablemente.

Me acerqué de nuevo a él.

Se me quedó mirando fijamente y levantó la ceja derecha con aire de suficiencia.

—¿Algún problema con la medida de la cadera, *Fresitas*?

No me salió la voz del cuerpo. Tenía la garganta seca de haber estado con la boca abierta prácticamente todo el tiempo.

Negué con la cabeza y puse el metro en un lateral, lo pasé por delante asegurándome de no rozar ningún sitio indebido y lo llevé hasta el otro extremo.

Luego lo solté rápidamente y me fui a anotar la medida.

Cuando llegué al escritorio, ya no la recordaba. «¡Mierda!»

Apunté lo primero que se me ocurrió. Ya solucionaría ese pequeño detalle en otro momento.

Me giré de nuevo. Ander seguía de pie, mirándome fijamente. Aún seguía apretando los puños con fuerza.

Me acerqué de nuevo a él, esta vez sin ser consciente de que lo hacía.

Cuando llegué a su altura me paré y levanté la mano. Comencé a recorrer uno por uno todos

aquellos tatuajes. Quería tocarlos, sentirlos. Quería saber el significado que tenían para él.

Ander posó su mano sobre la mía y la condujo a través de todo su musculado pecho, siguiendo aquellas líneas que tanto me hipnotizaban.

—¿Hay algo que quieras saber? —me preguntó entonces.

—Su significado —le contesté.

Sentía mucha curiosidad.

—Son tatuajes tribales. Se llaman así porque son originarios de las tribus. Ellos se los hacían por diferentes motivos. A veces, por creencias religiosas, otras veces como modo de representar su fuerza, otras para indicar el clan al que pertenecían, por ejemplo.

—¿Y por qué te los hiciste tú?

—Me los hice cuando estuve en Australia. Durante una época de mi vida quise romper con todo. Decidí viajar por el mundo y conocer diferentes culturas. Agarré mi mochila y fui de país en país, hasta que alguien me habló de una costumbre que había entre los aborígenes australianos, el *walkabout*. Se trata de un rito de iniciación al que someten a sus adolescentes y durante el cual tienen que vivir durante varios meses vagando por el desierto, sin ningún recurso disponible, nada más que lo que ellos puedan encontrar en la naturaleza. Me pareció tan atrayente la idea que decidí unirme a esos nómadas y seguir su camino a través del desierto. —Ander cogió aire y continuó hablando—: La experiencia fue durísima. Al principio estuve un mes con ellos y me enseñaron muchísimas cosas para poder sobrevivir allí, pero después continué mi camino en solitario y hubo momentos en los que creí que iba a morir. Sin embargo, no lo hice. Así que cuando regresé a la civilización quise grabarme en la piel lo que había supuesto para mí aquel viaje.

—¿Y puedo saber qué supuso?

Ander asintió con la cabeza y continuó hablando.

—Este tatuaje representa la soledad del espíritu —dijo señalándome uno que llevaba en el brazo—. Este otro, la capacidad del hombre para superarse ante las adversidades. Este de aquí, la motivación intrínseca por la vida, y éste, la conexión entre cuerpo y mente, entre corazón y espíritu, ente cielo y tierra. Cada uno representa un aprendizaje. Cada uno representa una nueva forma de ver las cosas en mi vida.

Me quedé embobada admirando todos y cada uno de aquellos tatuajes. Su significado los hacía más atractivos aún.

—¿Y éste?... No pega con los demás —le dije entonces preguntándole acerca del corazón que llevaba tatuado en mitad de su pecho y que, por lo que pude observar, parecía hecho más recientemente.

—Éste me lo hice en otro momento muy diferente de mi vida. No tiene nada que ver con el resto.

—Pues a mí me gusta. Las rayitas que lo forman lo hacen diferente de otros tatuajes de corazones que he visto.

Ander sonrió ante mi inocencia.

—No son rayitas, *Fresitas*. Son huellas dactilares —me explicó.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de ese detalle. El corazón estaba formado por las huellas dactilares de dos dedos superpuestos de manera cruzada.

Después quise seguir preguntándole acerca de los otros tatuajes, pero él se separó de mí y se fue a coger su camiseta.

—Debería irme —me dijo entonces.

Es posible que yo lo hubiera incomodado queriendo conocer tanta información quizá demasiado íntima. Ya me había dejado claro en otras ocasiones que no le gustaba demasiado hablar sobre él.

—Que descanses, Vera.

Y, diciendo eso, salió por la puerta cerrándola tras de sí al tiempo que se ponía la camiseta.

Me fui inmediatamente a sentarme en la cama. Después del momento tan intenso que habíamos tenido, necesitaba serenarme.

Nunca había encontrado a alguien tan diferente. Aquel hombre escondía unas vivencias tan distintas que me parecía muy atrayente oír todo lo que tenía que contar.

Después de aquello, sin duda la imagen que tenía de él había cambiado más aún. Ya no veía al patán perroflauta que había conocido en el hospital. Ahora veía a un hombre, cuando menos, muy interesante.

—Hola, Vera.

Pegué un brinco en la cama. Pablo acababa de llegar y su voz me había asustado.

—¿Es que no puedes llamar antes de entrar? —le dije algo irritada—. Podría haber estado cambiándome.

—Sí, o lo que es peor..., podrías haber estado intimando con Ander, ¿eh, hermanita? —me dijo en tono guasón.

—No sé a qué te refieres, Pablo —le contesté más irritada aún.

—Acabo de verlo salir de aquí, Vera.

—¿Y qué? Eso no quiere decir nada. Sólo ha venido para ver cómo estaba, como médico mío que es y que se preocupa por su paciente, y para traerme algo de comer.

—Ah... ¿Y me quieres decir entonces por qué salía poniéndose la camiseta?

—Eso... eso también tiene una explicación, Pablo. Resulta que necesitaba cogerle las medidas para el disfraz de la fiesta.

—Ya..., ¿y desde cuándo hay que desnudarse para que te tomen las medidas, hermanita?

—Mira, eso preguntásele a él. Que ya le he dicho yo que no hacía ninguna falta, pero el caso es que ya se la había quitado antes de que yo terminara de decírselo y..., pues eso.

—¿Pues qué, Vera?

—Pues nada, Pablo —repliqué ya totalmente irritada—. Le he tomado las medidas y se ha ido. Punto.

—Pero ¿por qué te cabreas? No pasa nada porque te guste Ander, ¿no?

—¿Que a mí no me gusta! ¿Cuántas veces te lo voy a tener que repetir?

—Pues muchas, porque no me convences, Vera.

¿A quién quería engañar? Mi hermano me conocía muchísimo mejor que yo misma y me miraba esperando que le dijera la verdad.

—Vale..., es posible que me haya despertado algo de interés. ¿Contento? —le dije finalmente.

—Sólo si tú lo estás, Vera.

Me quedé callada pensando. Ander no era para nada la expectativa que yo me había hecho de lo que sería para mí el hombre ideal. Ni físicamente, ni de forma de ser.

Toda la vida había imaginado que acabaría casándome con un chico de aspecto convencional, con su buen trabajo, su pisito en el centro, su deportivo, y con el que tendría una vida del todo tradicional.

Sin embargo, allí estaba yo, fijándome en un tío lleno de tatuajes, con el pelo largo, mochilero en su juventud y voluntario a tiempo parcial en su adultez y que había sabido captar sobremanera mi atención.

Miré a Pablo, que seguía pendiente de mi reacción, y no pude evitar explicarle lo que me parecía aquel energúmeno, patán, perroflauta.

—A ver, me sigue desquiciando a cada momento... —comencé a decir.

—¿Pero?

—Pero es verdad que me parece un hombre interesante..., diferente.

—Ya, ¿y todo eso se traduce en?... —quiso saber él.

—Pues no se traduce en nada, Pablo, porque no me veo con alguien así. Somos totalmente incompatibles.

De repente, lo vi claro. No teníamos nada en común y me extrañaría mucho que algún día pudiéramos llegar a tenerlo, así que ¿para qué darle vueltas a algo que nunca tendría futuro?

Pablo me miró negando con la cabeza. No se creía mis palabras, pero decidió dejarme por imposible porque sabía perfectamente que mis excusas no eran más que eso.

Él, por su parte, tenía mucho más que celebrar que yo. Había avanzado considerablemente con Malai, y quise saber en qué punto se encontraba con ella.

—Vera... —comenzó a decir entonces—, Malai es la mujer de mi vida y cada día estoy más convencido de que, si no me hubiera pasado lo de Andrea, jamás habría propuesto venir aquí y jamás la habría conocido.

—No, si al final la capulla de Andrea te va a reportar algo bueno después de todo.

—Pues mira, sí, no hay mal que por bien no venga. Cada día lo tengo más claro.

Me quedé pensando. Quizá las cosas tuvieran que pasar por algo. Quizá la vida te llevara por determinados derroteros, aunque a priori no fueran los más deseados, para que finalmente acabaras encontrando el camino adecuado. Tu camino.

Me quedé dormida con esos pensamientos. Si finalmente yo encontraba el mío y le daba sentido

a mi vida, estaba convencida de que acabaría siendo completamente feliz.

*La noche. La fiesta.
Todo se precipita.
El coche derrapa.
Cae al abismo.
La gente. La música.
Esa maldita canción.
Los hombres.
El sonido.
El silencio.
Dolor. Pánico. Terror.
Oscuridad.
El vacío. Nada.
Todo está bien.
Así es mejor.*

Me desperté abruptamente. La pesadilla había sido distinta esta vez.

Me levanté corriendo y me acerqué a la cama de mi hermano.

—Pablo, Pablo, despierta, por favor.

—Vera, son las cuatro de la mañana. ¡Por Dios!

—Ya lo sé, pero es importante.

—A ver..., ¿qué uña se te ha roto?

—¡No seas imbécil! ¡No se me ha roto ninguna uña!

—Pues tú dirás.

—Son dos momentos diferentes.

Pablo me miraba pero sin atenderme. Bastante tenía con intentar que no se le cerraran los ojos.

—Que son escenas de dos momentos diferentes en el tiempo, Pablo.

—Mira, Vera, o te explicas mejor o me temo que no me voy a enterar de nada.

—A ver, las imágenes de mis pesadillas se entremezclan y yo ya tenía casi la certeza de que pertenecían a dos momentos diferentes. Pero es que esta noche lo he visto claro, Pablo, porque en las escenas del accidente de coche me he visto a mí misma y llevaba el pelo rubio. Como lo llevaba hace tres años, ¿te acuerdas?

Él me observaba intentando procesar toda la información, pero yo no podía esperar a que su entenebrecido cerebro me siguiera. Necesitaba contárselo todo ya.

—Da igual, lo llevaba así, hazme caso. El tema es que, en las imágenes en que aparecen los dos hombres, la canción y el ruido ensordecedor, ahí llevo el pelo moreno, como ahora. Por tanto, son situaciones distintas en momentos diferentes.

Nerviosa, comencé a dar paseos por la habitación.

—Lo que no sé es cómo encajar lo del accidente de coche porque yo no he tenido ninguno, así que creo que esas imágenes son invenciones de mi cerebro. Tienen que serlo. Sin embargo, las otras deben de pertenecer al suceso que me llevó al hospital, porque mi apariencia en ellas es la actual.

Me paré en seco y me volví hacia mi hermano, que me miraba con cara de no poder seguirme.

—¿Te das cuenta de que ya estoy empezando a desentrañar lo que me ocurrió, Pablo?

Me sentía eufórica. Sabía que no había descifrado gran cosa aún del hecho que me había llevado a perder la memoria, pero sí que había aclarado una pequeña parte del enigma. Podía descartar todas las imágenes del coche cayendo por el precipicio por no pertenecer a mi vida, puesto que yo no había tenido ningún accidente, y centrarme por tanto en las demás.

Me tumbé de nuevo ignorando completamente a mi hermano, que se había quedado sentado en la cama procesando toda la información que le había dado.

Por primera vez en mucho tiempo, quería dormirme. Quería hacerlo para ver si conseguía descifrar más cosas.

Quizá la pulsera, después de todo, me estuviera ayudando de verdad.

A la mañana siguiente me levanté muy relajada. No había tenido más pesadillas y el sueño había sido muy reparador. Me sentía muy bien.

Me fui directa a las duchas y luego a desayunar. Me senté con los demás y estuvimos hablando de todo lo que quedaba por preparar para antes de la fiesta.

También comentamos la posibilidad de ponerles a los chicos por la noche alguna película o documental rodados allí en su país, por aquello de que vieran imágenes de zonas que probablemente nunca llegaran a conocer.

Una vez terminado el desayuno nos fuimos cada uno a nuestros quehaceres. Me fijé entonces en que Ander se dirigía hacia la nueva cabaña que estaban construyendo. Aún no debía forzar el hombro, pero conociéndolo seguro que se saltaba aquella prescripción médica, como ya había hecho antes con otras, y se ponía a trabajar.

No me equivoqué.

A la media hora de estar dando clase de matemáticas con los chavales, salí de nuevo a buscar agua, puesto que ese día hacía mucho calor y tenía mucha sed, y lo vi cargando tableros.

Me quedé observándolo y recordando su visita a mi cabaña la noche anterior. Me ericé entera mientras un calambre recorría todo mi cuerpo. Sentir su piel y la dureza de sus músculos bajo las yemas de los dedos había hecho que me estremeciera, en aquel momento, y ahora otra vez al recordarlo.

Pero aquello no podía ser. Ander y yo no teníamos nada en común y era imposible que algo pudiera funcionar entre nosotros. Éramos completamente diferentes.

Aparté la mirada y entré de nuevo en la escuela.

Estuve toda la mañana enseñándoles nuevos aprendizajes a los chavales. Daba gusto ver cómo

se interesaban por las cosas y cómo asimilaban rápidamente todo lo que se les explicaba, al contrario de lo que sucedía con los alumnos occidentales, a los que les aburría tremendamente estudiar y apenas tenían motivación por nada. Sin embargo, éstos sentían una curiosidad inmensa por todo y estaban encantados de que yo les explicara cuantas más cosas mejor.

Me sentía muy orgullosa de ellos, ya que estaban resultando ser unos pupilos excelentes.

Cuando acabé con las clases les di tiempo a terminar de hacer los disfraces. Íbamos algo retrasados, así que tendríamos que ponernos las pilas si queríamos tenerlos a tiempo para la fiesta.

Cuando llegó la hora de comer, los empecé a que volvieran por la tarde un rato para continuar con la confección de los trajes. La única que no accedió fue Kanya.

—¿Por qué no quieres venir? —le preguntó Sunee.

—Porque tengo mejores cosas que hacer —le contestó ella con altanería.

—Pues no nos va a dar tiempo a terminarlos —le advirtió la pequeña.

—Me da igual —le contestó Kanya muy soberbia.

Sunee fue a replicarle, pero, viendo la actitud de Kanya, me dio miedo que le soltara alguna bordería y le dije a la pequeña que no se preocupara, que los tendríamos a tiempo y que se fuesen tranquilos.

—Kanya, ¿puedes esperar un momento, por favor? Me gustaría hablar contigo un segundo —le dije cuando ya estaban saliendo todos por la puerta.

—Tengo prisa —me contestó.

—Será sólo un segundo, de verdad.

Con el gesto que me hizo me dejó claro que no le apetecía nada tener que oír lo que yo fuera a decirle, pero esperó.

—¿Te pasa algo? Últimamente estás un poco rara y te noto alterada, sobre todo con tus compañeros.

No sabía cómo decirle que su actitud para con los demás dejaba bastante que desear y que ésa no era la Kanya que yo había conocido.

—No me pasa nada.

—Kanya... —le dije cogiéndole la barbilla para levantarle la cara y obligarla a que me mirara —. Puedes contármelo. Sé que te ocurre algo.

Se quedó callada, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y rápidamente agachó la cabeza. Volví a levantársela, obligándola a que me mirara.

—Confía en mí. Dime qué te pasa para que pueda ayudarte.

—Ya nadie puede ayudarme —me contestó rompiendo a llorar.

—¿Cómo que no?... Claro que podemos ayudarte.

—No. No podéis. Ya no.

—Pero ¿por qué ya no?... Todo tiene arreglo.

—No, yo no. Ya no.

Kanya intentó salir corriendo de allí, pero se lo impidió.

Su reacción inmediata fue abrazarse a mí con fuerza y romper a llorar desconsoladamente.

Me quedé en silencio sin saber muy bien qué hacer o qué decirle.

Esperé hasta que se hubo calmado un poco y entonces volví a preguntarle. Aquella chiquilla parecía muerta de miedo por algo, y tenía que averiguar qué era lo que le estaba provocando que se encontrara de aquella manera.

—Kanya, dime qué te pasa. Te prometo que te ayudaré con todo lo que esté en mi mano. Confía en mí. —La observé atentamente durante unos segundos—. ¿Por qué dices que lo que te pasa no tiene arreglo, cielo? Seguro que sí lo tiene.

—No lo tiene —comenzó a decir una vez se hubo serenado un poco.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—Porque estoy rota —me dijo gritando. Parecía frustrada—. Me he roto por dentro y ya nadie puede arreglarme.

No sabía a qué se refería, pero era obvio que aquello la estaba martirizando sobremanera.

—Kanya, tienes que explicarme qué quieres decir con eso de que estás rota, ¿qué significa eso?

—Pues lo que has oído —comenzó a llorar de nuevo—. Ya no podré tener hijos —terminó de decir susurrando.

Era incapaz de entender lo que intentaba decirme, así que insistí usando sus propias palabras.

—¿Cómo sabes que estás rota? —le pregunté entonces.

—Por la sangre —me respondió—. Cada día tengo más y no para de salir.

En un instante mi cerebro ató todos los cabos. Entonces fui consciente de lo que le ocurría.

—Estás sangrando por ahí abajo, ¿verdad? —le pregunté señalando sus *shorts*.

Ella asintió con la cabeza.

Me dio por reírme de alivio. Pero ella no lo entendió y quiso irse.

—Espera, espera. No te enfades conmigo. No me río de ti, cielo. Me río porque ya sé lo que te pasa y puedes estar tranquila, Kanya. No es nada malo.

La adolescente me miró incrédula. Continué hablando.

—No estás rota, cielo. Al contrario. Lo que te pasa es que precisamente ya estás preparada para tener hijos.

Kanya negaba sin parar.

—Pero si estoy sangrando constantemente. Debe de haberse roto algo ahí dentro. Lo sé.

La abracé para calmarla.

Después tuve que explicarle tranquilamente todo lo que le estaba sucediendo y por qué. Kanya se fue relajando poco a poco.

—Ahora iremos a ver a Malai para que ella te haga una revisión de todas formas, ¿vale? Es bueno que un médico te controle las primeras menstruaciones.

Kanya asintió.

A pesar de que nunca nadie le había hablado de aquello, entendió perfectamente lo que le había

dicho, y ahora ya se encontraba mucho más serena.

Parecía incluso feliz. Su preocupación había desaparecido quitándose un gran peso de encima y por fin comprendía qué demonios le estaba sucediendo.

Pensar en los días que había tenido que pasar Kanya creyendo que «estaba rota» me partió el corazón. Debieron de ser horribles para ella. Ahora entendía su comportamiento. Aquella adolescente había pasado de ser niña a ser mujer sin que nadie le explicara en qué consistía aquello, y las conclusiones a las que ella había llegado eran terribles. Por suerte, mi insistencia había hecho que ella se abriera y me contara sus miedos, pudiendo así ayudarla.

Cuando la dejé en el centro médico, después de haber hablado con Malai y haberle explicado la situación, me fui a dar un paseo. Necesitaba calmarme un poco antes de ir a comer, pero sobre todo necesitaba pensar.

De todos los aprendizajes que me hubiera gustado enseñarles a aquellos chavales, jamás pensé que uno de ellos fuera a ser el que precisamente acababa de mostrarle a Kanya. Porque esas cosas se enseñan en casa, pero por desgracia ella no tenía una madre que le advirtiera sobre todo aquello, y me había tocado a mí. Había tenido que ejercer una labor delicada, pero en este caso gratificante, porque había aliviado la angustia de aquella adolescente. Y me sentía muy bien por ello. Solamente por ese momento sabía que el viaje ya había merecido la pena.

Sin darme cuenta, había llegado al lago que se formaba en el río donde había encontrado la otra vez a Ander. Me dieron ganas de bañarme, pero entre que no llevaba el bikini y que el agua no estaba clara, preferí no hacerlo. Me daba miedo no ver qué podía haber debajo del agua. Sin embargo, sí que decidí sentarme sobre una roca a contemplarlo. Si me preguntaran cuál era el sonido que más me gustaba en el mundo, siempre diría que el del agua de un río correr.

Me devolvía a mi infancia, cuando me paseaba con mi abuela por la orilla del que había en el pueblo en el que ella vivía. Siempre aprovechaba esas caminatas para contarme historias sobre su vida. Historias interesantes y con muchas moralejas.

—Es el sonido más bonito que hay, ¿verdad?

Una voz me sacó de mi ensimismamiento. Era mi hermano.

—Pablo, ¿qué haces aquí?! Me has asustado.

—Supongo que lo mismo que tú, Vera... Pensar —me dijo taciturno.

—¿Y en qué tienes que pensar? ¿Va todo bien?

Él torció el gesto. Eso significaba que algo no iba como debía.

Esperé a que hablara.

—Me he peleado con Malai —me dijo finalmente.

—¿Y eso por qué? ¿Qué ha pasado?

No quería por nada del mundo que mi hermano sufriera más por una mujer. Bastante lo había hecho por Andrea, y ahora ya le tocaba enamorarse y vivir su propia historia con final feliz.

—Dice que quiero ir muy rápido y que eso le da miedo. Pero es que no tenemos tiempo, Vera. En menos de dos semanas nos iremos de aquí, y entonces ¿qué va a pasar con nosotros?

Difícil situación la de ellos. Si de verdad se gustaban y querían intentar algo, ¿cómo lo harían? Hasta ahora no lo había pensado, pero ahora que él me hablaba de ese tema, era consciente de las dificultades que se les planteaban si querían tener una relación.

—¿Tú qué quieres, Pablo?

—Yo tengo muy claro lo que quiero, Vera. No lo he tenido más claro en toda mi vida. El problema es que para Malai lo que le planteo dice que es una locura.

—¿Y qué es lo que le has sugerido?

—Que se venga a España con nosotros.

—Pero Malai lleva razón. ¡Eso es una locura, Pablo! —le dije totalmente sorprendida por su propuesta.

—Pero ¿por qué?... No le estoy pidiendo que nos vayamos a vivir juntos, sólo que se venga un tiempo y que nos sigamos conociendo.

—¡Pero ¿cómo va a abandonar todo esto?!... Su vida está aquí. Ella vive por y para estos chavales. No puede alejarse sin más.

—Eso mismo me ha dicho ella.

Pablo estaba realmente afectado por la situación.

No sabía qué decirle. Aquello me parecía totalmente descabellado. Sin embargo, mi hermano parecía tan convencido de lo que sentía que me vi en la obligación de continuar hablando con él para hacerlo entrar en razón.

—Pablo, yo entiendo que tú ahora mismo estés muy ilusionado, pero las relaciones necesitan tiempo para asentarse y no puedes forzar las cosas. Sé que quieres estar con ella por encima de todo, pero no puedes arrebatarse su vida. Las cosas no funcionan así.

—Pues entonces me vendré yo aquí.

—¡Tampoco puedes hacer eso!... ¡Pero ¿qué aire te ha dado?!... No te reconozco, Pablo. ¡Tú, el chico cabal que siempre me ha dicho que no haga las cosas sin pensar, que reflexione primero, y ahora eres tú el que se lanza a la piscina sin saber siquiera si tiene agua!

—Mira, Vera, así no me ayudas, ¿vale? Todo eso ya me lo ha dicho Malai, pero por primera vez en mi vida voy a luchar por lo que quiero. Por primera vez en mi vida no me rendiré hasta que consiga estar con ella, sea al precio que sea.

—Pablo, no te obceques. No quiero que vuelvas a pasarlo mal otra vez.

—Esto no es cosa tuya, Vera. —Cogió aire y continuó hablando—: Mira, hermanita, yo te quiero mucho, pero esta vez tengo tan claro lo que quiero que no voy a dejar que te metas en mis decisiones, te gusten o no.

—Pero, Pablo...

—No, Vera —me cortó tajante.

Estaba claro que no lo iba a convencer de ninguna de las maneras.

—Vale, me rindo. Haz lo que te dé la gana. Pero tengo que decirte que en realidad no es a mí a quien tienes que convencer.

—Lo sé. Es a Malai. Pero te aseguro que encontraré la forma de conseguirlo.

—¿De conseguir el qué?

Pegué un salto. La voz de Ander había salido de la nada y me había asustado.

Él y Malai habían llegado paseando hasta nosotros.

—Cosas nuestras —le contestó entonces mi hermano, aún un poco alterado por la conversación que habíamos mantenido.

—Pablo, ¿puedo hablar contigo un momento? —le preguntó entonces Malai.

—Claro. Vamos a dar un paseo —le sugirió él.

Se fueron y nos dejaron a Ander y a mí solos.

Me preocupaba mucho la actitud de mi hermano. Me daba la sensación de que, si con Andrea se había obsesionado demasiado, con Malai estaba perdiendo el norte completamente. Pero ¿por qué tenía que ser todo tan complicado para él? ¿Cuándo iba a empezar a sonreírle la vida en cuestión de amores?

—Bueno, *Fresitas*..., ¿tú también quieres que demos un paseo?

—¿Has hablado con Malai, Ander? —le pregunté sin hacer caso de su propuesta. Sólo iría a pasear con él si podía sonsacarle información.

—Pues sí, lo hago todos los días —me respondió irónicamente.

—Estoy hablando en serio. Me preocupa mucho mi hermano y lo que le pueda pasar, y necesito saber hasta qué punto Malai está interesada en él.

—Vale. Te diré cómo lo veo yo, pero por supuesto no te voy a contar lo que he hablado con ella.

Eso me dolió. Que la protegiera de esa manera, por encima de mis intereses, no me hizo ninguna gracia.

—Sí, bueno. Ya veo que tu amistad con ella está por encima de todo —le dije molesta cruzándome de brazos.

—¡Pero bueno, *Fresitas*, ¿no te habrás puesto celosa?! —me soltó acompañado de una engreída sonrisa.

—¡Mira, *Patán*...! —empecé a decirle muy cabreada—. No tengo ningún motivo para sentirme celosa. No me gustas tú, ni tus formas, ni tus pintas.

—Pues para no gustarte... —comenzó a decir mientras me agarraba por la cintura y tiraba de mí, acercándose a él hasta dejarme completamente pegada a su cuerpo—, me miras demasiado, ¿no?

—¡Suéltame, imbécil! —le dije apartándolo de mí—. Además, yo no te miro.

—¡Ah, no?! ¿Y entonces que hacías esta mañana mientras yo cargaba los tableros?

Me quedé parada sin saber qué decir. Obviamente me había pillado observándolo.

Ander se echó a reír a carcajada limpia ante mi cara de desconcierto.

—¡Si es que te lo buscas tú sola, *Fresitas*!

Me di media vuelta para largarme de allí.

—Espera, espera... No te vayas así. —Ander me cogió la mano y tiró de ella acercándose de nuevo a él—. Demos un paseo y hablemos. A mí también me preocupa Malai.

Accedí.

Lo hice por mi hermano, no porque me sintiera atraída por aquel energúmeno que tanto me desquiciaba. ¡Que conste!

Comenzamos a andar hacia una parte del río que no conocía, siguiendo su orilla. Lo hicimos durante bastante tiempo en silencio. Únicamente el sonido del agua correr y el canto de algún que otro pájaro acompañó ese silencio. Yo estaba organizando mis ideas e intentando comprender qué le estaba ocurriendo a mi hermano para haber perdido la cabeza de aquella manera. Él, que era la persona más cabal y razonable del mundo. Pero no conseguía entender qué demonios le había pasado para dejarse llevar tanto por sus sentimientos, a pesar, precisamente, de lo que había sufrido él con eso en el pasado.

—No me gustaría estar en su situación —solté de golpe casi sin pensar.

Ander se me quedó mirando. Parecía estar sopesando lo que yo había dicho.

—¿Qué situación?

—Pues la de mi hermano, obviamente. Después de todo lo que ha sufrido por amor, ahora que parecía que empezaba a fijarse en otra mujer, resulta que ésta no vive en el mismo país. Ni siquiera en el mismo continente, con todo lo que eso conlleva.

—En el amor no hay distancias, Vera. Cada día estoy más convencido de que, si una persona quiere a otra, no hay nada que pueda separarlos. Seguro que llegan a encontrar la forma de estar juntos.

—Pues yo no lo tengo tan claro. Malai no quiere irse del poblado, como es lógico. Ella tiene aquí su vida y no creo que conciba otra cosa que no sea ayudar a estos chavales que tanto la necesitan. Y, por otra parte, mi hermano no puede abandonar su trabajo y a su familia allí, en España, para venirse a este país sin tener un futuro por delante. Sería una locura.

—De locos y de locuras está lleno el mundo, Vera.

—Sí, y de descerebrados que lo pierden todo por sus malas decisiones también.

Ander se paró en seco y se puso delante de mí mirándome fijamente.

—¿Dime que tú no harías una locura de amor por alguien, Vera? ¿Dime que jamás en la vida te plantearías ser feliz, aun a costa de sacrificar determinadas cosas?

—Eso está muy bien para las películas románticas, Ander. Pero esto es la vida real, donde uno tiene responsabilidades y familia a las que acudir. No puedes ir haciendo lo que te apetezca a cada momento y exponerte a perder tu trabajo.

Él me miraba fijamente, cosa que me puso sumamente nerviosa. Su proximidad aceleraba, sin ser yo consciente, todos mis ritmos vitales.

—Pues yo haría la locura más grande que mi corazón me pidiera, si con eso lograra estar con la persona a la que amo... —Me miraba tan intensamente que un latigazo de calor recorrió todo mi cuerpo—. Aunque eso me supusiera perderlo todo, Vera.

Me quedé mirándolo perdida en esos ojos oscuros que tanto transmitían. En ese momento me lo estaban diciendo todo. Aquel hombre sería capaz de hacer cualquier cosa por la persona que amara. No mentía.

Y en ese momento sentí envidia. Envidia de no ser la mujer que desatara esa locura en él. Envidia de no ser la mujer por la que él lo abandonara todo.

Sin embargo, en ese momento también vi clara otra cosa. Ander amaba a otra mujer. Una por la que ya había cometido esa terrible locura. Sus ojos me lo decían abiertamente.

Después, me retiró la mirada.

Estaba claro que aquello le había pasado factura. Sin embargo, estaba convencida de que seguía amando a esa persona. Por encima de todo.

—Ya veo que tú también has sufrido por amor —le dije con cautela intentando reencontrarme con sus ojos.

Pero Ander me rehuyó la mirada y comenzó a andar siguiendo el camino que llevaba al poblado.

—No quiero hablar de eso.

Intenté seguirle el paso, pero iba demasiado rápido para mí. Aun así, conseguí ponerme a su altura. Sentía mucha curiosidad y tuve que preguntarle.

—Las huellas dactilares del tatuaje son de la mujer a la que todavía amas, ¿verdad?

Se paró en seco. Mi pregunta lo había pillado totalmente desprevenido.

—Vera... —comenzó a decirme al tiempo que negaba con la cabeza y se pellizcaba el puente de la nariz. Parecía no saber por dónde empezar a hablar.

—¡Hola! Os he estado buscando por todas partes —dijo Xavi casi sin aliento.

Acababa de llegar corriendo hasta donde nos encontrábamos, sorprendiéndonos bastante, ya que lo último que esperábamos en ese momento era ver aparecer a alguien por allí.

Yo me quedé mirándolo esperando que nos dijera qué ocurría, pero Ander comenzó a andar, largándose de allí ante la atónita mirada de Xavi y la mía.

—Pero ¿qué mosca le ha picado?... Podría haber esperado dos segundos a que le contara lo de Pier.

No sabía qué decirle a Xavi. Yo tampoco entendía muy bien por qué Ander se había marchado de aquella manera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué querías decirnos, Xavi?

—Pues que a Pierre se le ha venido encima una de las palas de la obra, con tal mala suerte que ha caído seccionándole los tendones del tobillo y necesito que Ander lo lleve urgentemente al hospital de Chiang Mai. Tienen que operarlo allí. Yo aquí he hecho todo lo que he podido, pero sin el instrumental necesario no puedo hacer mucho más por él.

—Pues corre detrás de Ander antes de que desaparezca como hace siempre, Xavi —lo apremié.

Y eso hizo. Echó a correr en dirección al poblado. Yo también lo hice. Había que encontrarlo

como fuera.

Por suerte, no nos costó mucho dar con él. Ander se había ido directo a su cabaña. Cuando nos abrió la puerta, me miró directamente. Quería decirme algo, pero la situación se lo impidió.

—Ander, tienes que llevarte a Pierre al hospital. Tienen que operarlo de urgencia, si no, es posible que pierda la movilidad del pie derecho.

—¡Joder! Pero ¿qué coño ha pasado?

—Un accidente en la obra, pero eso ahora es lo de menos. Tenéis que salir cuanto antes.

—Está bien. Dame dos minutos, que recoja mis cosas, y nos vamos.

—Xavi... —Ahora era Malai la que venía gritando y corriendo hacia nosotros—. Xavi, tenemos que darle puntos a uno de los cocineros. Se trata de Jan, se ha cortado con un cuchillo y yo sola no puedo. Está sangrando mucho.

—Voy enseguida —le dijo—. Ander, Pierre ya está subido en la camioneta. En cuanto estés listo, lárgate con él, ¿de acuerdo?

Ander asintió, y Xavi salió corriendo hacia el centro médico.

Yo no sabía qué hacer. Me sentí muy inútil en esos momentos por no poder ayudar a nadie y me quedé allí parada.

—Vera, dile a Xavi que en cuanto lleguemos al hospital y vean a Pierre lo llamaré por teléfono con lo que me digan, ¿de acuerdo?

Asentí y me quedé observándolo.

Él también se paró un segundo a mirarme. Iba a decir algo, pero lo pensó mejor y finalmente no lo hizo. Después se acercó mucho a mí y me dio un beso en la mejilla. El beso más dulce que me habían dado nunca. De hecho, Ander no se apartó de mí hasta unos segundos después; segundos que aproveché para disfrutar de su proximidad, de la sensación de calor que me producía su presencia, pero sobre todo disfruté de la exquisita sensación que me provocaba el roce de su aliento sobre mi piel.

Disfruté de él hasta que se separó de mí.

Su gesto me había dejado de piedra. No me esperaba aquella reacción por su parte.

Después vi cómo se subía al jeep, lo arrancaba y se alejaba de allí dejándome totalmente desconcertada.

Capítulo 14

Seguí el jeep hasta que lo perdí de vista.

Ander se había ido, dejándome muy confusa.

El beso que me había dado no encajaba con lo que sus ojos y sus palabras me habían mostrado en el río. Estaba convencida de que estaba enamorado de otra mujer, pero probablemente, por las razones que fuera, no había sido correspondido y estaba sufriendo por ello.

Pero entonces ¿por qué me había dado aquel beso? ¿Por qué se había abierto a mí en varias ocasiones? Y, sobre todo y más importante..., ¿por qué yo sentía que él necesitaba tenerme cerca?

Mi cabeza estaba hecha un lío. Aquel hombre, que por un lado me importunaba cada dos por tres a sabiendas, buscando conscientemente sacarme de mis casillas, me daba la sensación de que en otras ocasiones buscaba mi presencia con el único motivo de disfrutar de mí. Y eso me iba a volver loca. Porque si no tenía claro lo que yo sentía por él, mucho menos intuía lo que él podía sentir por mí.

Decidí no darle más vueltas al asunto. No iba a llegar a ninguna conclusión nueva, así que ¿para qué? Lo mejor era irme a comer y olvidarme de todo.

Cuando llegué al comedor sólo encontré a mi hermano. Los demás estaban todos ocupados.

—Hola, Pablo. ¿Qué tal con Malai? ¿Habéis podido solucionar algo?

No levantó la vista de su plato siquiera. Era obvio que estaba enfadado. Evidentemente, la conversación no había ido por donde a él le habría gustado.

—No, Vera. Malai tiene muy claras sus prioridades, y yo no soy una de ellas.

—No digas eso. Seguro que sí lo eres, pero es que las cosas no pueden ser como tú las estás planteando. Todo lleva su tiempo y tú no le estás dejando ese tiempo a Malai. Ten paciencia y no la presiones. Ya verás cómo al final llegáis a un acuerdo.

—Vera, prefiero no seguir hablando del tema. No estoy de humor.

—Vale, bueno..., pero si necesitas hablar en algún momento de ello, ya sabes que aquí estoy.

Ni me contestó. Siguió comiendo sin levantar la vista de su plato y sin decir absolutamente nada más.

Cuando terminó simplemente se puso en pie, hizo una especie de carraspeo con la garganta a modo de despedida y me dejó allí sola.

Me preocupaba mucho que volviera a caer en lo mismo. Con Andrea lo había pasado muy mal durante años, y ahora parecía que llevaba el mismo camino.

Me habría gustado poder hablar con alguien de todo lo que nos estaba ocurriendo tanto a él como a mí, pero allí no tenía a nadie con quien hacerlo.

Cuando salí del comedor me tropecé con Xavi, que entraba.

—¡Hola, preciosa! ¿Te vas ya?

—Sí, ya he comido. Por cierto, ¿cómo está el cocinero?... Se llama Jan, ¿verdad?

—Sí. Se encuentra bien. Hemos tenido que darle bastantes puntos, pero no es nada grave. Oye, ¿por qué no me haces compañía mientras como y así charlamos un rato?

—Es que iba a... —En realidad no iba a ningún lado, pero no sabía qué excusa ponerle—. Bueno, vale —terminé por decirle. Había cambiado de opinión. Tampoco me vendría mal hablar con alguien.

—Oye, ¿tú sabes qué le pasa a Malai? —me dijo una vez se había servido la comida y nos habíamos sentado a la mesa—. Está de un humor de perros y no hay quien le hable.

—Pues no —repuse haciéndome la loca, porque evidentemente sí que tenía una ligera idea de lo que le podía estar ocurriendo.

—¿Y a ti, preciosa?... También te noto un poco cabizbaja.

Aunque me hubiera venido muy bien hablar con alguien de todo lo que me preocupaba, no creo que Xavi fuera la persona más adecuada para ello.

—Estoy bien. Es sólo este calor, que me deja sin fuerzas —le dije.

—Aún no te has aclimatado, ¿eh?... La verdad es que yo tardé bastante en hacerlo también, pero ya verás cómo tu cuerpo al final se acostumbra.

Le sonreí. Mi respuesta había colado.

—Oye, Vera —continuó diciendo Xavi—, ya me ha contado Malai lo de Kanya, y lo que has hecho esta mañana con ella no tiene precio. Esa chiquilla necesitaba a alguien a su lado en un momento tan difícil, y tú has estado completamente a la altura. Te aseguro que nunca olvidará lo que has hecho por ella.

—Gracias, Xavi, pero no he hecho ni más ni menos que lo que tocaba. La verdad es que debe de ser muy duro para ellos crecer sin padres, y seguro que tienen que surgir muchos momentos en los que necesiten la ayuda de los demás. Menos mal que, por suerte para ellos, vosotros siempre estáis aquí para echarles una mano.

—Es Malai la que lleva ese peso realmente. Yo los trato a nivel médico, pero la que ejerce de madre y los cuida en ese sentido es ella. Esa mujer se deja la piel a diario para darles lo mejor de sí misma. Bueno..., y ahora estás tú también. A ninguno nos ha pasado desapercibido el trato que tienes con los chavales y lo que ellos te están llegando a apreciar. Cuando te vayas, lo van a sentir mucho. A pesar del poco tiempo que llevas aquí, has llegado a convertirte en una figura muy importante para ellos.

Xavi acababa de complicarme mucho las cosas. Porque, aunque me hubiera dicho algo que en el fondo yo ya sabía, oírlo de boca de otra persona había hecho que fuera realmente consciente de ello. Además, lo malo de todo aquello no era sólo que los chavales me echaran de menos a mí, lo peor es que, para mí, ellos ya se habían convertido en parte de mi vida y cuando tuviera que dejarlos lo iba a pasar realmente mal. La conexión que había establecido iba más allá de la simple

relación maestra-alumno. Aquellos chiquillos habían calado hondo en mi corazón y me iba a resultar muy difícil separarme de ellos.

—Pero puedes volver siempre que quieras, Vera —me dijo entonces Xavi, que parecía haber oído mis pensamientos—. Estaremos todos encantados de acogeros a tu hermano y a ti siempre que vengáis.

Agradecí sus palabras porque no sabía hasta qué punto a lo mejor tenía que hacer uso de ellas. Aquella experiencia estaba siendo tan enriquecedora para mí que no podía descartar la idea de volver a ese lugar en otro momento.

Después de que Xavi terminara de comer, nos fuimos cada uno a nuestros quehaceres. Cuando llegué a la escuela ya estaban todos allí, trabajando en los disfraces.

La tarde, por suerte, transcurrió sin más incidentes de importancia, ya que los chicos estuvieron relativamente tranquilos. Las desavenencias entre ellos habían ido disminuyendo y únicamente quedaba que Khalan y Kanya hablaran para resolver sus tiranteces. Sabía que eso sería difícil de conseguir y seguramente tendría que intervenir yo en algún momento, pero esperaba que pudieran solucionarlo antes por sí mismos.

Cuando salimos de allí ya estaba prácticamente anocheciendo y me fui directa al comedor para cenar algo.

Al llegar, estaban todos ya sentados y deleitándose con una estupenda comida que habían preparado esa noche los cocineros.

—¿Se sabe algo de Ander y de Pier? —pregunté nada más acomodarme en la mesa con los demás.

—Sí —me respondió Xavi—. Ander ha llamado hace unos diez minutos y dice que ya lo han intervenido. Parece que todo ha salido bien y que no perderá la movilidad del pie.

Suspiré de alivio. Conocía de muy poco tiempo a Pier, pero evidentemente deseaba que todo le hubiera ido bien. Era un chico muy agradable que siempre tenía una buena palabra para todo el mundo. No era justo que por querer ayudar a los demás sufriera un accidente que le dejara secuelas para toda la vida.

—Y entonces ¿cuándo vuelven? —pregunté curiosa.

—Bueno, Pierre ya no va a volver, Vera. Aunque la operación ha salido bien —continuó explicándome Xavi—, tiene que recuperarse de ésta y después necesitará un tiempo más de rehabilitación para conseguir tener la misma movilidad que antes. Ander ya se ha puesto en contacto con su familia y están de camino. Cuando lleguen esperarán el tiempo que haga falta para que Pierre pueda volar y después volverán a Francia.

—Vaya, cuánto lo siento por él. ¿Y tú qué harás, Chloé? —quise saber entonces.

—¿Yo?... Yo, continuar aquí, ¿por qué? —me contestó como si fuera obvia su respuesta.

—¡Ah! Pensaba que, al ser amigos, a lo mejor te ibas con él.

—Bueno, es que amigos, amigos, no somos, Vera —me contestó entonces—. Nos conocimos en el vuelo al venir aquí.

—¡Ah, lo siento! No sé por qué había dado por hecho que ya erais amigos de antes. Perdona mi confusión.

—No te preocupes. En realidad me lo he tirado un par de veces, pero no creo que eso se pueda considerar tener una amistad, ¿no?

Me atraganté con la sopa que estaba comiendo.

—No..., claro que no, Chloé —contesté tras toser repetidas veces para intentar que la sopa volviera al conducto por el que debía ir.

Después de eso, le sonreí como si su respuesta me pareciera de lo más normal. No quería parecer una retrógrada.

No es que no estuviera acostumbrada a las relaciones sexuales fuera de la pareja. De hecho, yo las había tenido, pero no con un hombre al que acababa de conocer, del que no sabía nada y al cual no sabía si volvería a ver. En fin, que yo me consideraba muy abierta para esas cosas, pero por lo visto había alguien que lo era bastante más; porque yo necesitaba un mínimo de tiempo para conocer a una persona y poder intimar con ella, pero supongo que Chloé lo único que necesitaba era atracción y tener ganas, o a lo mejor sólo lo último. Porque hoy en día parece que el sexo es como al que le gusta ir al cine todas las semanas. A lo mejor no le llama demasiado la atención ninguna de las películas que hay en cartelera, pero el caso es que le apetece ver algo y pillla la primera que medio le cuadra. Pues lo de Chloé debía de ser algo parecido.

Pero no era yo la única sorprendida ante la revelación de la francesita. Xavi también la observaba con la boca abierta. De hecho, creo que había empezado a mirarla de una forma diferente. Literalmente, había empezado a babear. A lo mejor ahora ya se veía con posibilidades de alcanzar a Miss Francia con más facilidad.

«¡Hombres!»

—¿Y te ha dicho Ander cuándo regresa él? —le pregunté entonces a Xavi con la esperanza de que se recogiera la baba y volviera a ser lo suficientemente persona como para ser capaz de responderme.

—¡Eh?!... —Se volvió hacia mí, pero no se había enterado de lo que le había preguntado. Por lo visto, la declaración de Chloé no sólo lo había dejado babeando, sino que también lo había dejado imbécil.

—¿Que cuándo vuelve Ander? —le repetí perdiendo un poco la paciencia.

—Mañana. Saldrá al amanecer y estará aquí para la hora de la comida.

Menos mal que las neuronas de Xavi habían decidido volver a su trabajo después de las minivacaciones que se habían tomado.

Esa noche decidimos finalmente no poner ninguna película a los chicos. Ander era el que se encargaba normalmente de todas esas cosas, y ninguno tuvo ganas de complicarse la vida buscando a ver qué cables había que conectar y dónde para que pudieran ver algo en el proyector. Así que nos fuimos todos a dormir muy pronto.

No, no, no.

Algo no va bien.

El coche. La luz de los faros.

La oscuridad, que todo lo rodea.

Tengo miedo. Algo va a pasar.

El coche está sin control. Ha patinado.

Se sale de la carretera.

El abismo.

La caída.

La muerte espera.

No, no, no.

Dolor. Asfixia.

Me desperté incorporándome en la cama de una forma muy violenta. Necesitaba aire, necesitaba respirar. Inconscientemente había dejado de hacerlo y me estaba ahogando.

Tomé todo el aire que pude e intenté regular mi errática respiración.

Poco a poco, lo fui consiguiendo.

Sin embargo, me costó mucho más tiempo recuperar la calma. Me había despertado tremendamente angustiada y con una sensación horrible de aplastamiento sobre el pecho. Por eso me había faltado el aire.

Tenía todos los músculos en tensión. Los había tenido durante toda la pesadilla, por eso ahora me dolía tanto todo el cuerpo.

Esta vez no había conseguido descifrar nada nuevo en mi sueño, pero había algo distinto en él. Lo había vivido de una forma muy diferente de los anteriores. En éste, las sensaciones habían sido mucho más intensas, más sobrecogedoras, más reales. Aún las percibía en todo mi cuerpo. Aún tenía las emociones que me había causado a flor de piel. Aún estaban muy presentes.

Me abracé a mí misma y comencé a llorar. Necesitaba hacerlo para desahogarme y poder desechar el mal cuerpo que se me había quedado.

—Vera, ¿qué te ocurre?

Había despertado a mi hermano, y el pobre, al verme de esa manera, había corrido asustado a mi lado.

—He tenido otra pesadilla —atiné a decirle antes de ponerme a llorar de nuevo y de abrazarme a él con fuerza.

—Tranquila, Vera. Todo está bien. Sólo ha sido un sueño. Cálmate.

—Ya, pero esta vez ha sido muy real, Pablo. He... he sentido la muerte muy de cerca. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al decirlo.

—Bueno, pero ahora estás aquí, ¿no? —dijo intentando que me serenara—. Ya ha pasado y te encuentras bien, así que intenta olvidarte de ello. No dejes que te afecte o estas dichosas

pesadillas acabarán por destrozarte, Vera.

Lo decía muy en serio, y llevaba razón. No podía dejar que me trastornaran de aquella manera o iba a terminar muy mal.

Le hice caso y no quise pensar más en ellas. Las desterré completamente de mi mente y seguí como si nada con lo que tenía que hacer.

Acudí a la escuela después de haber desayunado, y me encontré con que los chavales ya estaban allí esperándome impacientes a que les enseñara cosas nuevas y nos divirtiéramos con ello. Aquellos chicos eran estupendos, tanto, que a mediodía habían conseguido no sólo aprender lo que yo había previsto para ese día, sino que también nos había dado tiempo a terminar prácticamente los disfraces. Únicamente faltaría darles algún que otro retoque el último día y ya estarían listos.

Al mediodía, después de decirles a los chavales que por supuesto se habían ganado tener la tarde libre, me fui al comedor con la esperanza de ver a Ander y que nos contara cómo había pasado la noche Pierre tras la operación. Sin embargo, cuando llegué allí, no sólo no estaba él, sino que tampoco estaba ninguno de los demás. Le pregunté al personal si es que ya habían ido a comer y me dijeron que por allí no había aparecido nadie aún.

Decidí entonces ir a buscarlos, entre otras cosas porque tampoco me apetecía ese día comer sola. Cuando los encontré, estaban todos pendientes de Xavi y el teléfono.

—Sigue sin contestar al móvil —oí que dijo.

Me acerqué a Pablo y le pregunté qué pasaba.

—Es Ander. No aparece —comenzó a explicarme mi hermano—. Debería haber llegado hace un par de horas, pero no lo ha hecho aún. Xavi lo ha telefoneado ya varias veces y, aunque el móvil da señal, no contesta a las llamadas.

—¿Qué?! —atiné a decirle antes de comenzar a marearme. Porque la escena del coche cayendo por el precipicio de mis pesadillas acudió caprichosa a mi mente, desequilibrándome por completo. Esa terrible escena se repetía una y otra vez en mi cabeza, martirizándome.

—No te preocupes. Ya verás cómo lo encuentran —me dijo mi hermano intentando tranquilizarme—. Seguramente habrá pinchado y estará arreglando la rueda y por eso no contesta al móvil.

Pero mi mente me decía que lo que había pasado era mucho más grave. De alguna manera intuía que Ander estaba en peligro y no podía quedarme quieta esperando que nos comunicaran lo peor.

—Hay que hacer algo. Hay que ir a buscarlo.

—No podemos hacer nada de momento, Vera. Ni siquiera sabemos con seguridad que le haya pasado algo. Puede haberse retrasado por mil motivos.

—Pablo... —repuse poniéndome muy nerviosa—, no me preguntes cómo, pero sé que le ha pasado algo y que nos necesita.

—Oye, Vera... —comenzó a decirme mi hermano con cautela—, quizá sea mejor que te vayas un rato a descansar. Así no ayudas mucho.

—Pablo, ya sé que suena a locura, pero tenéis que hacerme caso, por favor. Ander está en peligro. Lo sé.

—Vera... —Mi hermano estaba empezando a perder la paciencia conmigo—. Tranquilízate, ¿vale?

—No, no puedo tranquilizarme sabiendo que Ander está por ahí perdido y necesitando nuestra ayuda.

—Vamos a ver, Vera... —me dijo él levantando un poco el tono—, o te tranquilizas de una vez y dejas de decir chorradas, o te largas de aquí. Porque, si no, lo único que vas a conseguir es que todos creamos que te has vuelto loca. No puedes saber lo que le ha pasado a Ander, así que, por favor, relájate y no nos pongas más nerviosos a los demás.

—Pero sí lo sé, Pablo —le contesté con impotencia—. Hay algo en mí que me dice que le ha ocurrido algo horrible.

Él iba a contestarme al mismo tiempo que me agarraba del brazo para sacarme de allí. Sin embargo, la voz de Xavi lo detuvo.

—Acabo de hablar con la policía. Me han dicho que una patrulla ha encontrado huellas de neumáticos saliéndose de la carretera a unos cuarenta kilómetros de aquí. Van a inspeccionar el terreno por si Ander hubiera tenido un accidente y se hubiera salido de la calzada, pero me han comentado que tardarán bastante en poder decirnos algo, porque dicen que la zona por la que podría haber caído es muy peligrosa y de difícil acceso.

Pablo me soltó de inmediato y me miró absolutamente desconcertado.

Yo me acerqué a Xavi y le dije que teníamos que ir donde le había dicho la policía que habían encontrado las huellas.

—No podemos hacer eso, Vera. Allí no podemos ayudar en nada. Es más, probablemente lo único que haríamos sería entorpecer su labor.

Pero yo no me había quedado siquiera a escuchar su respuesta. Me había ido directa a coger un jeep, lo había arrancado y les había dado un ultimátum.

—Yo voy a ir, lo queráis o no, así que si alguien me quiere acompañar, aún está a tiempo.

—Yo voy contigo —dijo entonces Malai subiéndose también al coche.

Mi hermano nos miraba atónito.

—¡Joder, Vera!

—Pablo, ¿vienes o no?

Me miró primero a mí, seguidamente a Malai y, después, rezongó algo al tiempo que se subía al jeep.

Tardamos casi una hora en llegar al lugar que nos había indicado Xavi. Malai lo conocía perfectamente. De hecho, nos estuvo contando que en esa zona, por desgracia, había habido muchos accidentes.

Cuando llegamos, la policía no nos dejó acercarnos. Nos pidió que esperásemos detrás de la cinta que habían puesto para acordonar la zona. Por lo visto, habían encontrado un coche al fondo

del barranco y estaban intentando llegar a él.

Me eché las manos a la cara y comencé a llorar.

—Vera, no tiene por qué ser él —me dijo entonces Pablo para intentar calmarme.

Pero sí lo era. Nos dieron la descripción del vehículo que habían encontrado y coincidía exactamente con los jeeps que teníamos en el poblado para hacer los traslados.

Malai también comenzó a llorar. Ander había hecho mucho por ella, y sentía por él un inmenso cariño.

Estuvimos allí esperando más de cuatro largas e interminables horas en las que se me pasó absolutamente de todo por la cabeza. Pero lo que más me atormentaba era la posibilidad de no volver a ver con vida a Ander.

Nos habían dicho que, a pesar de lo aparatoso que había sido el accidente, por lo que podían divisar desde arriba, parecía que el coche no se había visto demasiado dañado y que eso había podido deberse a la gran cantidad de árboles que había y que podrían haber frenado su caída. También nos comentaron que quizá si la persona no había salido despedida del vehículo cabría la posibilidad de que aún se encontrara con vida. Todo dependía de que hubiera llevado puesto el cinturón de seguridad y de que hubieran funcionado correctamente los airbags.

Esa información nos ayudó a sobrellevar la búsqueda con esperanza, pero conforme pasaba el tiempo, poco a poco nos fuimos desanimando cada vez más. Ya había comenzado a anochecer y nos dijeron que, si en cuestión de media hora no conseguían llegar al jeep, tendrían que abandonar la búsqueda hasta la mañana siguiente, con lo que eso podría suponer para la vida de Ander.

Sin embargo, a escasos diez minutos de que suspendieran todo el dispositivo montado, se oyó un grito y todo el mundo comenzó a movilizarse. Al parecer, habían conseguido por fin acceder al vehículo y habían encontrado a alguien en su interior.

Los minutos de espera hasta que nos confirmaron que el conductor de aquel jeep estaba aún vivo fueron terribles. Ahora sólo faltaba por confirmar que fuera Ander, pero eso sólo lo sabríamos una vez lo viéramos arriba después de ser rescatado. Sin embargo, yo tenía la certeza de que era él. La tenía por encima de todo. Estaba tan convencida de ello que, si me hubieran dicho en ese momento que apostara mi vida, lo habría hecho sin dudar ni un solo instante.

Y no me equivoqué.

Habían conseguido sacar del vehículo la mochila de Ander donde iban sus papeles y la habían subido para que pudiéramos constatar que efectivamente era él.

Cuando vi su documentación, sentí emociones encontradas. Por un lado, alivio, porque por fin lo habían hallado y sabíamos dónde estaba con certeza, pero por otro sentí un terrible pánico por no saber su estado. Que lo hubieran encontrado y que aún siguiera con vida no era garantía absolutamente de nada.

Los siguientes minutos fueron interminables. Antes de sacarlo del vehículo tenían que comprobar su estado para ver hasta qué punto podían movilizarlo.

Al parecer, Ander estaba consciente y pudo ayudar bastante a los médicos a determinar cómo

se encontraba. Sin embargo, eso tampoco era garantía de nada, ya que un traumatismo craneoencefálico podía no detectarse a simple vista, pero podía estar ahí y ser el causante de serias complicaciones posteriores.

Al cabo de una hora más, y habiendo anochecido completamente, subieron por fin a Ander.

Malai les pidió a las autoridades que, por favor, nos dejaran verlo antes de llevárselo al hospital. Después de mucho pelear con ellos nos dijo que éstas habían accedido a que una persona lo viera. Pero sólo una.

Me quedé mirando a Malai, porque, aunque yo no tenía ninguna relación con él, deseaba poder verlo y comprobar por mí misma que se encontraba bien. Sin embargo, sabía que no me correspondía a mí hacerlo. Lo lógico es que fuera ella, ya que lo conocía de hacía mucho más tiempo.

Pero Malai supo leer en mis ojos la necesidad que yo sentía. Supo entender mi desesperación y me cedió su privilegio. Así que corrí hacia la camilla donde lo tenían.

Cuando ya estaba llegando, uno de los médicos se retiró y pude verlo bien. Ander volvió la cara en ese momento y entonces me vio.

Nuestras miradas se cruzaron y yo me paré en seco. De repente me entraron dudas. A lo mejor no era a mí a quien quería ver.

Pero me recibió con una dulce sonrisa.

—¿Pensabas que ya te habías librado de mí, *Fresitas*? —me preguntó entonces.

Se me saltaron las lágrimas. Todas las emociones acumuladas hasta ese momento me desbordaron, haciendo que comenzara a llorar y a reír de alegría al mismo tiempo.

Corrí a abrazarlo.

Pero me lo impidieron.

—No puede usted tocarlo, señorita —me dijo alguien del personal sanitario reteniéndome—. Podría causarle daños.

—O sea, que ya no sólo no te conformas con comerme con la mirada, sino que ahora encima también quieres tocarme. ¡Vaya, vaya, *Fresitas*! Al final va a resultar que sí que soy irresistible para ti.

Estaba claro que Ander se encontraba perfectamente y en su sano juicio. No había ningún motivo para no contestarle lo que me pedía el cuerpo en ese momento.

—¡Mira, *Patán*... —comencé a decirle—, te vas a librar porque no me dejan acercarme a ti, pero ya saldrás del hospital!

—¿Y entonces qué me harás, *Fresitas*? —me preguntó muy sugerentemente.

No me dio tiempo a contestarle. Me pidieron que me marchara de allí mientras lo metían en la ambulancia y cerraban las puertas de ésta.

Cuando volví con mi hermano y con Malai, me preguntaron cómo se encontraba Ander.

—Muy bien. Por lo visto, el accidente no ha hecho que pierda su fastidioso sentido del humor —les solté cabreada, aunque sintiendo en el fondo un gran alivio por saber que Ander se

encontraba perfectamente.

Malai y mi hermano suspiraron más tranquilos. Sabían que lo que les había dicho significaba que él se encontraba bien.

Después de eso alguien detrás de mí comenzó a hablar llamando la atención de todos. Era uno de los médicos que había visto al lado de la ambulancia.

Al cabo de un rato, Malai nos explicó que, dado que Ander no entendía demasiado bien el idioma y que en el hospital apenas había personal que hablara inglés, le habían pedido a ella que fuera con él para hacer de intérprete. Así que acordamos que Malai se fuera con nuestro jeep siguiendo a la ambulancia hasta el hospital y que a nosotros nos llevaran hasta el poblado las autoridades.

Cuando llegamos, todos estaban impacientes por conocer el estado de Ander.

—Tienen que hacerle pruebas aún para descartar que haya sufrido alguna lesión interna, pero aparentemente está bien. Por lo que nos ha dicho Vera, que es la que lo ha visto, parece que estaba incluso de buen humor, ¿no, hermanita? —les dijo Pablo a todos.

Simplemente asentí. No tenía ganas de hablar. Después del día tan largo y estresante que habíamos pasado, lo único que me apetecía era irme a descansar.

Y eso hice. O al menos lo intenté, porque en realidad las pesadillas no me dejaron.

Cuando me desperté a la mañana siguiente tenía la sensación de haber sido atropellada por un camión. Notaba el cuerpo dolorido después de haberlo tenido en tensión toda la noche y la cabeza me iba a estallar. Las imágenes se habían ido repitiendo con la misma intensidad y realismo de la última vez.

Sin embargo, nada nuevo había aparecido en ellas. Nada que me ayudara a desentrañar lo que me ocurría.

Pero aquella mañana no me preocupaban precisamente las pesadillas.

Lo primero que hice nada más levantarme y vestirme fue ir a buscar a Xavi; primero, para que me dijera si había hablado con Malai y si se sabía ya algo del estado de Ander y, segundo, para ver si tenía algún analgésico que pudiera suministrarme.

Su respuesta fue afirmativa en ambos casos.

—Se encuentra perfectamente. Por lo que me ha dicho Malai, han estado toda la noche haciéndole pruebas y está todo bien. Sólo tiene algunas contusiones debido a las vueltas de campana que dio, pero nada de importancia. De hecho, me ha comentado que dentro de un par de horas le darán el alta y saldrán para acá. Así que a la hora de la comida los tendremos aquí.

No podían ser mejores noticias.

Realmente aquel hombre me importaba. No había sido consciente hasta ese mismo momento de lo mucho que él significaba para mí. La angustia que había sufrido pensando que quizá no volvería a verlo me había hecho darme cuenta de que me gustaba más de lo que yo en un principio habría querido. Pero el problema ahora era que tendría que lidiar con mis sentimientos, ya que el corazón de Ander parecía pertenecer a otra mujer.

Y, si eso era así, ¿qué podría hacer yo entonces?

Capítulo 15

La mañana se me hizo eterna, a pesar de que los chavales estaban disfrutando mucho con todo lo que les estaba enseñando. Había decidido, después de lo que le había ocurrido a Kanya, hablarles sobre el cuerpo humano, sobre los cambios que se producían en éste en la adolescencia y, también, aunque de una manera muy sutil, de lo que era el sexo. Sabía que Aroon, Anurak y Suneo no estaban preparados aún para entender determinadas cosas, por eso no quise ahondar demasiado en el tema, pero sí que quise explicarles a Khalan y a Kanya, una vez los pequeños se fueron un rato a jugar, los posibles problemas que podían derivarse de la práctica de sexo, sobre todo si no se tomaban las precauciones necesarias.

Ambos me miraban con unos ojos como platos, absorbiendo como esponjas todo lo que les estaba contando. Quizá me estuviera extralimitando en mis funciones y no me correspondiera a mí aquello, o quizá incluso estuviera yendo en contra de sus creencias al hablarles de determinadas cosas tan abiertamente, pero sentía que tenía que hacerlo, porque la desinformación en esos temas era lo que más podía provocar que una cosa tan natural se convirtiera en un problema con graves repercusiones.

—Pero entonces... ¿si me besa un chico puedo quedarme embarazada?

Estaba claro que, después de conocer lo que implicaba tener la menstruación, Kanya quería saber hasta dónde podía llegar con alguien del sexo opuesto sin tener problemas.

—No, claro que no. —Carraspeé nerviosa porque había llegado el momento en que tenía que explicarles cómo se concebían los niños y no sabía por dónde empezar—. Para que te quedes embarazada..., a ver cómo os lo explico —dije intentando organizar mis ideas—. Cuando dos personas practican sexo deben tomar una serie de precauciones...

—Vaya, vaya..., pues sí que se han vuelto interesantes tus clases, *Fresitas*.

—¡Ander! —grité de alegría al verlo.

Los pequeños, que lo habían visto llegar a la escuela, entraron detrás de él y se lanzaron a darle un inmenso abrazo. También acudieron Khalan y Kanya, así que cuando llegué a su lado estaba rodeado de los chavales y no pude acercarme demasiado a él.

Sin embargo, Ander no los estaba mirando a ellos. Tenía clavados sus ojos en los míos.

Una dulce sensación recorrió mi cuerpo, seguida de un latigazo de calor.

—Si me hubieras dicho que tus clases iban a ser tan interesantes, habría venido todos los días, *Fresitas*.

El mundo se había parado a nuestro alrededor.

A pesar del jaleo que estaban montando los pequeños, saltando y gritando de alegría en torno a

Ander, éstos no existían para ninguno de los dos. Sólo estábamos él y yo en aquel lugar.

Empecé a ponerme muy nerviosa. Mi respiración se había acelerado junto con mi corazón, que latía desbocado ante su presencia. Ese hombre hacía que mi cuerpo reaccionara sin medida, desajustándose por completo.

—Chicos, chicos..., yo también me alegro mucho de veros, pero me vais a destrozar si seguís abrazándome así —les advirtió entonces Ander.

—Khalan, Kanya... —dije llamando su atención—. ¿Por qué no cogéis a los pequeños y os vais todos a comer?... Y ya esta tarde, si queréis, continuamos por donde lo habíamos dejado, ¿os parece?

No pusieron objeción. Se despidieron de Ander y se marcharon dejándonos allí solos.

Cuando volví a cruzar mi mirada con él, sentí cómo mi estómago daba un vuelco. De nuevo tuve aquella extraña sensación.

—Vera... —empezó a decirme. Pero no lo dejé terminar. Me lancé a abrazarlo. Necesitaba sentirlo. Necesitaba sentir su piel.

Él también me abrazó. Lo hizo con la misma necesidad que tenía yo. Podía sentir sus enormes brazos rodeándome con ternura. Podía sentir el alterado latir de su corazón en su pecho, donde yo había apoyado la cabeza.

Sus brazos me envolvieron durante un tiempo más. Estaba claro que ninguno de los dos quería separarse del otro. Con él abrazándome me sentía como en casa, me sentía tranquila, protegida..., totalmente a gusto.

Apenas conocía de nada a aquel hombre, pero cómo me hacía sentir era suficiente para saber que quería tener algo con él. Que quería intentarlo. Que quería que esos abrazos se repitieran muchas más veces.

Entonces nos separamos y nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos. Esos que tanto me expresaban. Esos que me decían que yo también era importante para él. Los mismos que, por otra parte, me advertían de que él me ocultaba algo.

—Vera... —comenzó a decir.

—¡Ander! —Alguien había irrumpido en la escuela buscándolo.

Era Chloé. Se lanzó directa a abrazarlo con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Vaya susto que nos has dado! Pero ya estás bien, ¿verdad? —le preguntó al tiempo que lo tocaba por todas partes como si así pudiera comprobar su estado de salud.

Él asintió, y Chloé, aliviada, volvió a abrazarlo y a besarle por toda la cara.

—¡Madre mía, casi me quedo sin pareja para el baile, Vera! —dijo entonces la francesita volviéndose y dirigiéndose a mí.

«Y sin tío al que tirarte», pensé.

—¡Vaya! —atiné a decir sonriéndole falsamente e intentando parecer que me ponía en su lugar.

La magia había desaparecido entre nosotros y, de repente, sentí que sobraba allí.

Aquella mujer no dejaba de tocar y besar en la cara a Ander y no pude soportarlo. Tuve que

irme. Me despedí de ellos y salí huyendo.

Las cosas estaban empezando a complicarse para mí. De pronto fui muy consciente. Porque lo que acababa de sentir no eran otra cosa que unos terribles celos. Celos de aquella mujer, que tenía muy claro lo que buscaba, y de la que no dudaba que fuera a conseguirlo.

Pero tampoco era aquello lo que más me preocupaba. Lo que realmente me atormentaba era saber que el corazón de Ander, correspondido o no, pertenecía a otra mujer. Él no me lo había dicho abiertamente, pero lo había visto en sus ojos y lo había intuido en sus palabras.

¿Cómo había podido pasar? ¿Cómo había podido llegar a gustarme alguien tan diferente de mí? ¿Cómo había podido caer en la misma trampa de la que tantas veces había advertido a mi hermano y que me gustase un hombre que estaba enamorado de otra mujer y que además tonteaba con el resto?

Llegué sin apenas haberme dado cuenta a la orilla del río. Había estado tan inmersa en mis pensamientos en los últimos minutos que no había sido consciente hasta ese mismo momento de dónde me encontraba.

Pero gracias a eso ya había conseguido tomar una decisión. Una que probablemente no fuera la más fácil, pero que quizá sí fuese la que más me facilitara las cosas mientras tuviera que estar allí. Tenía que olvidarme de Ander como fuera si no quería acabar como mi hermano.

Volví al poblado con esa férrea determinación ya tomada.

No quería pasar ni un segundo más desperdiciando mi tiempo de aquella manera. Iba a hacer caso a Pablo e iba a desterrar de mi cabeza todos aquellos pensamientos que me atormentaban, ya fueran las pesadillas o lo que comenzaba a sentir por aquel hombre.

Me fui directa al comedor. Cuando llegué ya se habían sentado todos y habían comenzado a comer.

Estaba claro que mi hermano seguía enfadado con Malai y no hablaba. Únicamente miraba su plato y comía con prisa para poder irse cuanto antes. Malai, que estaba sentada junto a él, removía su comida pero sin llevársela a la boca y tenía la mirada perdida en ella. Enfrente estaban Xavi, a continuación Chloé y, al lado, Ander. La francesita parecía estar encantada de estar sentada entre los dos y no hacía más que tontear con uno y con otro y sobar a uno y a otro.

Estaba convencida de que no le importaría hacer un trío con ellos.

Se me revolvió el estómago.

Me senté en el único sitio que quedaba libre, al lado de Malai y enfrente de Ander, que se me quedó mirando como si estuviera esperando alguna reacción mía.

Pero simplemente lo ignoré. Me dediqué a comer y a intentar que hubiera un ambiente algo más distendido en la mesa.

—¿Les pondremos por fin esta noche a los chicos el documental sobre Tailandia? —pregunté —. Estoy deseando ver sus caras cuando descubran lo fascinante y precioso que es su país.

Nadie me contestó. Cada uno estaba a lo suyo y no parecieron oírme.

Sabía que Malai y mi hermano era lo último en lo que estaban pensando, pero al menos me

esperaba una respuesta por parte de los demás.

—¡Xavi! ¿Me has oído? —le dije molesta.

—¿¿Qué?!... Sí, sí. Eso preguntáselo a Ander —me contestó volviendo a centrarse en su plato y en aquello en lo que estuviera pensando.

Obviamente hice un gesto de desesperación. Si se lo había preguntado a él era porque no quería dirigirme a Ander. Quería evitar cualquier contacto con él y poner tierra de por medio entre nosotros para que la situación no acabara haciéndome daño.

Pero cuando vine a darme cuenta, Chloé miraba a Ander esperando su respuesta y éste, a su vez, me estaba mirando a mí esperando a que me dirigiera a él con mi pregunta.

Pero no la formulé. Simplemente lo miré invitándolo a que me contestara.

—Si tú me ayudas a hacer la instalación, por mí no hay problema —me dijo entonces.

—Uy, no, no. Yo no puedo ayudarte, no entiendo nada de esas cosas —le respondí.

—Yo sí puedo ayudarte —soltó muy solícita la francesa.

Pero Ander ni la miró ni le contestó.

—No necesitas saber nada, *Fresitas*. Basta con que hagas lo que yo te pida. —Fui a responderle, pero me hizo un gesto para que me callara y después continuó hablando—: Eso, aunque te cueste, seguro que lo sabes hacer.

Me subió toda la sangre de golpe a la cabeza y, con ella, muchas ganas de decirle cuatro cosas a aquel patán engreído.

—A mí no me costaría nada hacer todo lo que me pidieses, fuera lo que fuese, Ander —contestó Miss Francia en un tono que dejaba más que entrever lo que estaba dispuesta a hacer por y para él.

—No lo dudo, Chloé... —le contestó, aunque sin mirarla siquiera. Tenía los ojos clavados en mí—, pero prefiero que me ayude Vera.

Y todos reaccionaron a la intensidad de su comentario, soltando sus cubiertos sobre el plato y mirándonos con expectación a ver qué le respondía yo.

—Está bien, te ayudaré —salió de mi boca, obviamente como respuesta a la insinuación de aquella francesita acaparadora que había hecho que yo, de una manera totalmente inconsciente, sacara las uñas y defendiera lo que creía que era mío. Que en realidad no lo era, pero ya sabéis cómo somos las mujeres en ese sentido. ¡Antes muertas que cederle el terreno a otra! Aunque el terreno no lo queramos para nada; eso era lo de menos. ¡Lo importante era demostrar quién era allí la hembra alfa!

En fin, que me había venido arriba con tal de fastidiar a Chloé y al final tendría que ayudar a aquel patán, que me sonrió satisfecho por haber logrado lo que pretendía.

Una vez hubo anochecido, me acerqué a la cabaña de Ander. No quería faltar a mi palabra y que por culpa de ello los chavales se quedaran otra vez sin ver el documental.

Llamé a su puerta y esperé. Cuando la abrió, iba cargado con una caja enorme en la que transportaba todos los dispositivos que se necesitaban para montar el cine.

—Espera, no deberías cargar con tanto peso —le dije tratando de ayudarlo a sujetar aquella caja.

—Estoy bien, *Fresitas*. Tú sólo coge la caja con cables que hay encima del escritorio y llévala a la plaza —me dijo señalando hacia donde se encontraba.

Cuando me acerqué a la mesa vi también la caja donde Ander había guardado todas las cosas que habíamos comprado en Chiang Mai; entre ellas, el pañuelo que tanto me había gustado en el mercado nocturno. La caja estaba abierta, sin embargo, el pañuelo ya no estaba dentro. ¿Se lo habría regalado a alguien?

Pensar en que eso hubiera podido ocurrir me puso de muy mala leche.

—¿Tengo que coger algo más? —le pregunté muy seca.

—Pues mira a ver si por ahí encima hay un poco de buen humor y te lo traes también, que veo que esta noche te hace bastante falta.

—A lo mejor tiene la culpa de mi malhumor algún que otro patán —le solté de muy mala leche.

Ander dejó en el suelo la caja que llevaba y se acercó a mí. La intensidad de su mirada consiguió ponerme realmente nerviosa y me sonrojé.

—¿Tanto te afecta mi presencia, *Fresitas*? —me preguntó una vez se hubo aproximado lo suficiente a mí como para que únicamente nos separara la caja de los dichosos cables que yo llevaba cogida.

—Pues... pues... —Me había quedado en blanco.

Ander me quitó la caja de las manos, volvió a dejarla sobre la mesa y se acercó tanto a mí que yo literalmente dejé de pensar y de respirar.

—¿Y si hacemos algo para cambiar eso? —me preguntó cogiéndome de la cintura y atrayéndome hacia sí.

—¡Hola, Ander! ¿Necesitas que te ayude con algo? —Era mi hermano, que acababa de entrar en la cabaña—. ¡Ah, perdón! He visto la puerta abierta y no pensé que pudieras estar acompañado. Lo siento, ya me voy —terminó de decir dándose media vuelta y saliendo bastante apurado.

Pero Ander ya me había soltado y se había apartado de mí. Le había dado tiempo incluso a coger su caja de nuevo.

—Que no se te olviden los cables —me dijo al tiempo que salía de allí dejándome sin aliento.

Cuando llegué a la plaza, mi hermano y él estaban montando todo el dispositivo.

—Aquí tenéis los dichosos cables —les dije soltando la caja y dándome media vuelta con la intención de largarme de allí.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —me preguntó entonces Ander.

—Ya te está ayudando mi hermano, así que yo no te hago falta para nada —le contesté al tiempo que echaba a andar.

—Vera... —oí que decía Ander.

Sin embargo, yo no respondí y seguí alejándome.

Necesitaba coger aire. Necesitaba estar a solas un rato, así que me fui a mi cabaña.

Comenzaba a sentirme un poco atrapada en aquel sitio.

Aunque sabía que ésa sólo era una sensación pasajera fruto de lo que comenzaba a sentir por Ander y de la rabia que me producía ese hecho. Porque yo no quería complicarme la vida, pero intuía que con él lo haría. Porque aquel hombre escondía algo y eso acabaría haciéndome daño. Estaba convencida de ello.

Sin embargo, al cabo de media hora decidí volver a la plaza. No tenía sentido estar recluida allí. Además, quería ver las caras de los chavales cuando descubrieran lo bonito que era su país a través de los documentales que habíamos preparado.

Cuando llegué, Ander se me quedó mirando. Probablemente estaba intentando averiguar cuál era mi estado de ánimo, pero yo tan sólo busqué un sitio donde sentarme y lo ignoré por completo.

Cuando terminó de comprobar que todo funcionaba bien y que el vídeo se estaba reproduciendo correctamente, cogió una silla que había quedado libre y la levantó en peso para traerla hasta donde yo estaba y colocarla a mi lado. Después se sentó en ella sin decir absolutamente nada.

Empecé a ponerme nerviosa de nuevo. ¿Por qué hacía esas cosas? ¿Por qué no se sentaba al lado de otra persona? ¿Por qué no me dejaba en paz sin más?

—Quiero hablar contigo —me soltó cuando el documental estaba casi acabando.

No me esperaba que me dijera eso, así que me pilló totalmente desprevenida.

—Pues dime... —le dije extrañada.

—Ayúdame a desmontarlo todo y después hablaremos.

Accedí.

No puedo negar que me picó muchísimo la curiosidad por ver qué quería decirme, así que me quedé ayudándolo mientras los demás desaparecían de allí.

Cuando hubimos terminado, lo acompañé a dejarlo todo en su cabaña.

Una vez dentro, Ander cerró la puerta y comenzó a hablar.

—Malai me ha dicho lo preocupada que estuviste por mí cuando tuve el accidente, y también me ha contado que fue idea tuya lo de ir hasta allí y esperar hasta que me sacaran de aquel barranco. —Ander se había aproximado mucho a mí y me miraba fijamente—. Gracias —susurró. A continuación, después de un larguísimo e intenso segundo, carraspeó y continuó hablando—: Quería darte una cosa desde hace tiempo y creo que éste es el mejor momento para hacerlo —dijo sacando algo de su bolsillo.

Dejé de mirarlo para observar atentamente lo que me ofrecía. Enseguida comprendí de qué se trataba. Era el pañuelo que me había comprado aquella noche, sin yo saberlo, en el mercado nocturno de Chiang Mai. Ese que había pensado que le iba a regalar a otra mujer. Sin embargo, no había sido así.

Lo miré emocionada.

Él cogió el pañuelo y me lo puso alrededor del cuello.

La intensidad de su mirada caló hondo en mi interior. La magia había aparecido y el tiempo se había parado. Solos él y yo en aquella habitación, con las sensaciones a flor de piel y con las más que explícitas miradas que mostraban lo que ambos deseábamos, supe lo que iba a ocurrir a continuación. Lo ansiaba sobremanera.

Y no pudimos evitarlo. Me atrajo hacia él y yo dejé que lo hiciera. Subió sus manos de mi cuello a mi cara y, acariciándola dulcemente, acercó su boca a la mía. Después la sensación fue increíble. Sus jugosos labios chocaron contra los míos, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera de placer. Aquella sensación deliciosa me recorrió esparciendo estremecedoras sacudidas por toda mi piel. Su beso fue el más cálido, húmedo, sensible y seductor que había recibido nunca. Le respondí con vehemencia dejándome llevar, dejándome inundar por aquellas sensaciones tan intensas. Perdí la conciencia, perdí la noción de todo. No existía nada más para mí que aquel hombre, aquellos brazos envolviéndome dulcemente y aquellos labios robándome el beso más increíble que jamás me habían dado.

No podía. No quería parar. La sangre me bullía y mis terminaciones nerviosas se colmaban de un embriagador y placentero deseo.

No recordaba haberme sentido así nunca antes.

La intensidad con que ese hombre me estaba besando y con la que yo le estaba correspondiendo no hacía más que evidenciar lo que sentíamos el uno por el otro.

Sin embargo, el golpeteo de unos nudillos en la puerta nos devolvió a la realidad e hizo que inmediatamente nos separásemos. Aun así, continuamos mirándonos mientras intentábamos corregir nuestra errática respiración.

Ander fue a aproximarse de nuevo a mí, pero los nudillos volvieron a golpear insistentemente la puerta.

—Será mejor que abras —le dije apartándome definitivamente de él.

Dudó, pero finalmente se dirigió hacia la puerta y la abrió. Una decidida Chloé entró y se quedó mirando extrañada. Probablemente no entendía qué podía hacer yo en la habitación de un hombre como Ander. Estaba claro que yo no era la única que pensaba que no pegábamos para nada.

—Ah, hola, Vera —me dijo entonces con bastante fastidio.

—Hola, Chloé —le contesté con desgana.

Sin embargo, mi presencia, aunque inicialmente sí parecía haberla cohibido algo, ahora ya no representaba para ella ningún obstáculo, así que ignorándome descaradamente, se aproximó a Ander y, rodeándole el cuello con los brazos en una actitud más que cariñosa, le dijo algo al oído.

Ander intentó zafarse de ella para acercarse a mí, pero yo salí corriendo de allí.

—Vera, espera.

Me paré en seco. No sé por qué lo hice. Pero lo hice y me volví para mirarlo. Ander había salido de la cabaña tras de mí, así que lo tenía muy cerca.

—No te vayas, por favor. No es lo que piensas.

Había miedo en su mirada.

Dudé unos instantes. Después me decidí a hablarle.

—Ander, esto no tiene sentido. Y no lo digo sólo por lo que puedas tener con Chloé o con la mujer por la que te hiciste el tatuaje del corazón. En realidad, no lo tiene porque nosotros somos muy diferentes y nunca podremos tener un futuro juntos.

Él se echó a reír, algo que me descolocó totalmente.

—Vera, ahora más que nunca todo esto tiene sentido —me dijo mientras se acercaba lentamente a mí—. Lo creas o no, acabarás siendo mía —me soltó a continuación con absoluta seguridad.

La intensidad de su mirada me hizo estremecer y una extraña sensación recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. El estómago se me puso del revés nuevamente ante la confianza que mostraba.

Sin embargo, mi reacción fue darle un bofetón. Él no lo esperaba, pero es que yo tampoco. Mi cerebro había mandado la orden sin consultármelo primero.

De nuevo, la actitud que tuvo Ander a continuación volvió a descolocarme. Porque simplemente sonrió, lo que a mí me cabreó aún más, así que me di media vuelta y me fui bufando de allí.

Después, conforme me alejaba, oí a Chloé preguntarle qué era lo que había pasado para que yo le soltara aquel tortazo. No esperé a oír su contestación.

Cuando llegué a mi cabaña cerré de un fuerte golpe la puerta. Pablo no estaba allí, así que pude desahogarme como quise.

Lo primero que hice fue quitarme el pañuelo tirando de él con rabia y lanzándolo contra el suelo. Después lo pisoteé y, a continuación, me lancé a la cama gritando y golpeando con los puños el colchón. La rabia se había apoderado de mí. La seguridad con la que Ander había pronunciado aquellas palabras me hervía en la sangre.

Si pensaba que yo algún día caería en sus redes y acabaría liándome con él, estaba muy pero que muy equivocado. Detestaba a los hombres así de prepotentes y, lo que era aún peor, detestaba a los hombres que jugaban a dos y tres bandas con tal de satisfacer su ego y poder creerse irresistibles.

Aquel patán, energúmeno, iba a tragarse sus palabras. Es más, le iba a dar donde más le dolía demostrándole que no todas estábamos dispuestas a rendirnos a sus pies.

Me quedé dormida ideando la estrategia que iba a seguir a partir de entonces con él. «Indiferencia» era el nombre del plan y «Dar Celos» eran los apellidos.

Contradictorio, lo sé. Pero mi vengativo cerebro de mujer no daba para más en esos momentos y, al final, eso fue lo que decidí hacer.

Capítulo 16

Amanecí con mucho sueño. A pesar de no haber sufrido ninguna pesadilla aquella noche, no había descansado bien.

Al poco de conseguir quedarme dormida, después de haber trazado mi «plan antipatanes prepotentes», llegó mi hermano y me despertó. Resulta que venía borracho. Había vuelto a hablar con Malai y, como no habían llegado a un acuerdo, había decidido ahogar sus penas en alcohol. Por lo que me dijo, Ander lo había acompañado también.

Últimamente compartían mucho tiempo juntos y parecían tener mucha confianza entre sí, cosa que me enervaba, porque no quería que mi hermano fuera amigo de aquel patán al que pensaba darle en todas las narices con mi estudiado plan.

Evidentemente, no me molesté en despertar a Pablo para ir a desayunar. Sabía que con la resaca que debía de tener no iba a poder incorporarse en la cama siquiera. De hecho, estaba tan profundamente dormido que ni se enteró de que me fui. Les diría a los demás que se había despertado algo indispuerto para excusarlo de sus labores. Al fin y al cabo, tampoco es que estuviera alejándome tanto de la realidad.

Eso sí, cuando se encontrara bien, me iba a oír. Desde que habíamos llegado allí no había hecho más que perder la cabeza y cometer muchas tonterías. Casi no reconocía a mi habitualmente cabal y aburrido hermano.

Cuando llegué al comedor ya se encontraban todos allí. Cogí un plato, lo llené con lo que iba a ser mi desayuno y me senté en el único asiento libre que quedaba, justo enfrente de Ander y al lado de Xavi. Pero eso no me molestó, porque me iba a venir estupendamente para poner en marcha mi plan.

—Buenos días —dije en un tono un poco más elevado de lo normal y muy sonriente nada más acomodarme.

Todos me contestaron a excepción de Ander, que hizo una mueca de desagrado ante mi elevado tono de voz. Obviamente, él también tenía una tremenda resaca y estaba claro que le dolía la cabeza.

—Ya sólo quedan dos días para el baile —solté de nuevo mostrando un entusiasmo desmedido—. Xavi, estoy deseando que me expliques muy a fondo... —dije esto último con una entonación bastante pícara al tiempo que lo cogía del brazo y le pasaba la mano por el hombro haciéndole ojitos— de dónde viene la tradición de esa fiesta.

Por supuesto, el simplón de Xavi entró a saco en mi juego y dejó de lado su desayuno para comenzar a explicarme lo que le había pedido.

Ander siguió con la vista fija en su plato sin decir absolutamente nada.

—Espera, espera... —le dije a continuación—, ¿y si me lo cuentas mejor esta noche dando un paseo? —terminé por preguntarle en un tono meloso que no le pasó desapercibido a nadie.

Ni siquiera a Ander, que alzó la vista de su plato, me miró fijamente y levantó su ceja derecha ante la sorpresa que le habían causado mis palabras.

Yo le devolví el gesto dándole a entender que a partir de ese momento eso era con lo que iba a tener que lidiar a diario.

Me había propuesto fastidiarlo dándole una oportunidad a Xavi.

Sin embargo, Ander sonrió. Pareció entender mi juego y no quiso darle ninguna importancia.

¡Pues se iba a enterar! Porque pensaba llevarlo a cabo hasta las últimas consecuencias. Aunque tuviera que enrollarme con Xavi.

Después de terminar con el desayuno, me dirigí hacia la escuela, donde ya me estaban esperando los chicos. Continué explicándoles cosas del cuerpo humano que consideré que debían saber y, después, estuvimos trabajando el tema del dinero para que conocieran bien cómo tenían que manejarlo y que no los engañaran al hacer alguna transacción.

Anurak, que normalmente no prestaba atención a las cosas que allí ocurrían o a lo que yo decía, comenzó a mirarme fijamente; tanto, que llegó a incomodarme, así que me acerqué a él.

—Anurak, ¿puedo ayudarte con algo? —le pregunté aun sabiendo que no me iba a contestar.

Obviamente, no lo hizo. Tan sólo siguió mirándome sin cambiar su indescifrable expresión; así que me acerqué a mi mesa, cogí el cuadernillo que le había preparado y me aproximé de nuevo a él. Le mostré todas las imágenes que había en él, preguntándole si quería algo de todo aquello y dirigiendo su dedo para que aprendiera a señalar lo que quisiera pedir. Pero no sirvió de nada. Siguió mirándome fijamente sin hacer caso de mi explicación.

Decidí entonces no perder más el tiempo con él y me dirigí de nuevo a mi mesa. Pero le dejé el cuadernillo con las imágenes en la suya y, cuando me volví, me di cuenta de que lo había cogido y estaba observando todas las fotografías que yo había incluido en él. Ojalá aprendiera a usarlo.

A veces me daba por pensar si aquel chiquillo no tendría nunca la necesidad de comunicarse, de poder ya no sólo pedir algo que precisara, sino también de expresar emociones o pensamientos que le surgieran. Desde luego, si a mí me quitaran el habla y de repente un día no me pudiera comunicar con los demás, creo que explotaría de tanto pensamiento acumulado y no expresado.

Sin embargo, a él no parecía afectarle aquello. Simplemente nos miraba en contadas ocasiones y el resto del tiempo lo pasaba jugando con cualquier cosa que encontrara y sin interactuar con los demás.

A media mañana decidí darles un descanso a los pequeños y, mientras, ir a ver cómo se encontraba mi hermano. Cuando llegué a la cabaña, lo hallé tal y como lo había dejado. No se había movido ni un ápice de su cama. Intenté entonces despertarlo, pero no hubo manera. Llevaba aún tal borrachera encima que ni un terremoto habría conseguido sacarlo de los brazos de Morfeo.

Desesperada por no poder hacer nada por él, decidí volver a la escuela, pero cuando iba a

salir de la cabaña me encontré con Ander, que al parecer iba a llamar a la puerta en ese mismo instante.

Me quedé inmóvil delante de él sin reaccionar.

—Venía a ver cómo se encontraba tu hermano —me dijo en un tono un poco seco.

—Pues no muy bien, después de cómo llegó anoche. Pero supongo que ya te harás tú una idea de cómo se encuentra, ¿verdad?

—¿Puedo pasar a verlo? —me preguntó ignorando mi puntilloso comentario.

—Puedes, pero no va a servir de nada. No hay quien lo despierte.

A pesar de lo que le dije, Ander decidió entrar y se dirigió a la cama de mi hermano mientras yo me quedaba como un pasmarote en la puerta.

—No hace falta que te quedes si no quieres —me soltó entonces—. Sólo voy a asegurarme de que se encuentra bien.

—¿Tienes cargo de conciencia, Ander? —le pregunté de nuevo quisquillosa.

—Oye, yo no le metí el alcohol en el cuerpo. Se lo bebió él solito. Y que conste que si no tomé más fue porque no lo dejé y lo traje aquí para que no siguiera bebiendo. Si por él hubiera sido, habría acabado con todas las existencias del poblado.

—¡Ya!

—¿Algún problema, Vera? —me preguntó entonces.

—Pues sí, porque no entiendo qué relación tienes tú ahora de repente con él como para ser tan amigos y que queráis emborracharos juntos.

Ander, que ya había examinado minuciosamente a mi hermano, comprobando hasta la reacción de sus pupilas, se puso de pie, se acercó hasta mí y se me plantó delante.

—La relación que yo tenga con tu hermano no debería ser asunto tuyo. —Fui a replicarle, pero continuó hablando, así que no pude decir nada—. En cualquier caso, te diré que ayer tu hermano necesitaba a alguien con quien hablar y desahogarse; pero por lo visto tú hace tiempo que estás muy ocupada como para que pueda acudir a ti y, cuando lo hace, no te pones en su situación y no tratas de comprenderlo.

Aquel imbécil había firmado su sentencia. Si quedaba algún resquicio de que en algún momento pudiéramos tener aunque fuera una pequeña amistad, se lo había cargado con aquel comentario tan acusador que me había hecho.

—¡Sal de mi habitación! —le grité totalmente ofendida.

—Puedes enfadarte conmigo si quieres, Vera. Pero Pablo te necesita muchísimo y deberías intentar comprender cómo se siente.

Lo miré atónita. ¿Cómo se atrevía a meterse en la relación que yo tenía con mi hermano cuando nos conocía de tan poco tiempo?

—¡He dicho que te largues de aquí! —le volví a gritar.

—Está bien —me contestó muy sereno—. Pero habla con él. Me preocupa que haga una tontería.

Y, diciendo eso, se fue.

Me quedé allí de pie, con la mirada perdida y las lágrimas aflorando a mis ojos. Porque, después de todo, a lo mejor Ander tenía razón y debía echarle un cable a Pablo para ayudarlo a gestionar su relación con Malai.

Supongo que al repetirse la historia que había sufrido con Andrea yo había dado por hecho que Pablo ahora ya sabría lo que tendría que hacer, y no me entraba en la cabeza que volviera a cometer los mismos errores del pasado. Por eso había sido tan exigente con él, no dejándolo siquiera que se explicara y mostrándome muy tajante cuando hablaba conmigo.

Pero estaba claro que así no lo estaba ayudando. Mi hermano necesitaba a alguien que lo escuchara, lo comprendiera y le echara una mano, y no encontrarse con el muro que yo le había puesto delante y que estaba poniendo tanta distancia entre nosotros sin haber sido yo consciente.

Obviamente, aquel patán había dado en el clavo, y por eso precisamente me habían dolido tanto sus palabras. Con seguridad, la noche anterior Pablo le había contado a Ander todo aquello que no se había atrevido a decirme a mí, precisamente por mi falta de empatía y de tacto.

A pesar de lo mal que me sentía en esos momentos, decidí volver a la escuela con la intención de continuar con las clases. Pablo seguía durmiendo como un lirón y yo necesitaba ocupar mi mente. Sentirme mal por no haber sabido escuchar a mi hermano no iba a solucionar nada. Lo que tenía que hacer era sentarme y hablar tranquilamente de todo con él cuando se encontrara mejor de su resaca.

Cuando acabé las clases con los chicos, les dije que no era necesario que vinieran por la tarde, ya que esa mañana habíamos avanzado mucho y los disfraces ya estaban terminados del todo. Eso supuso que podía contar con tener tiempo libre para mí, así que decidí organizarme para hacer diferentes cosas.

Por un lado, quise hacer algo de deporte. Desde que había llegado al poblado no había salido a correr y empezaba a notarme algo anquilosada, así que me puse la ropa adecuada, cogí los cascos y tomé la carretera, ya que me pareció la mejor zona para ir a practicar ejercicio.

Me resultó muy relajante. Sin embargo, no quise alejarme demasiado del poblado, así que no estuve mucho tiempo. De regreso decidí pasarme por la piscina natural que formaba el río, pero no sin antes asegurarme de que allí no había nadie, ya que quería disfrutar de aquello sin que nadie me robase la paz que aquel sitio me ofrecía.

Me senté en una roca y cerré los ojos. Sólo se oían los pájaros y el agua del río correr. Me dejé llevar por las sensaciones que me producía aquel inigualable entorno que tan a gusto me hacía sentir.

Sin embargo, un punzante dolor hizo que me pusiera en pie rápidamente. Algo me había picado en la pierna, por encima del tobillo. Un enorme mosquito salió volando cuando un manotazo mío intentó apartarlo. Pero ya era demasiado tarde. Ya me había picado y tenía la zona muy roja y me escocía bastante.

Decidí entonces volver al poblado para que me lo vieran por si acaso. Pero para cuando llegué

ya no tenía nada. La rojez se había ido y ya no me picaba, así que me olvidé del tema y me fui directa a mi cabaña para coger una toalla e ir a darme una ducha.

De camino, me encontré con Xavi, que iba con alguien a quien no conocía.

—Vera, ya que estás aquí, aprovecho y te presento a Zoe. La nueva cooperante que ha venido a ocupar el puesto de Pier.

—Encantada —le dije ofreciéndole mi mano a aquella chica con el pelo lleno de rastas, un montón de *piercings* en las orejas y unos pantalones de mil colorines en los que cabíamos al menos tres personas.

—Lo mismo digo —me contestó amablemente ella.

Tenía cara de ser buena persona.

—¿Te importaría enseñarle el poblado, Vera? —me pidió entonces Xavi—. Es que me han avisado de una urgencia y tengo que irme corriendo.

—Sí, no te preocupes. Ya me quedo yo con ella.

—Gracias. Te debo una —me dijo Xavi al tiempo que me daba un beso en la mejilla para mi completo asombro—. Nos vemos luego.

Me quedé de piedra ante su gesto. Es verdad que por la mañana había tonteado un poco con él a la hora del desayuno para darle celos a Ander, pero no creo que eso le diera derecho a coger esa confianza conmigo. No me lo esperaba en absoluto, y debí de poner cara de enfado a juzgar por el comentario que me hizo Zoe a continuación.

—Un frenazo a tiempo es la mejor solución para que no se estampen contra ti —me soltó.

Me la quedé mirando unos segundos. Llevaba razón. Tendría que hablar con Xavi y serle totalmente sincera sobre lo que podía esperar de mi relación con él.

Le sonreí agradeciéndole el consejo. Quizá pudiera encontrar en ella a alguien con quien hablar y contarle todo lo que me estaba pasando. Zoe sin duda me daría una opinión totalmente objetiva, ya que no nos conocía a ninguno.

Después le pedí que me acompañara para enseñarle las instalaciones.

Una vez hicimos el recorrido y le presenté a todo el mundo que nos encontramos, le dije que se fuera a cenar con los demás mientras yo me daba la ducha que obligadamente había postergado.

Cuando llegué al comedor, estaban todos hablando animadamente. Zoe parecía haber traído consigo mucha energía positiva, pero sobre todo mucha locura también.

Estaban comentando la posibilidad de ir a bañarse a la laguna que se formaba en el río para celebrar así su bienvenida, pero a mí aquello me pareció una locura. No me atrevía a bañarme de día, mucho menos casi de noche.

—¡Pero si enseguida empezará a anochecer!... —argumenté para convencerlos de que no lo hicieran.

—¿Qué pasa, *Fresitas*, que te vas a convertir en un Gremlin si te toca el agua siendo de noche? —me soltó entonces Ander.

Lo miré con ganas de tirarle por la cabeza el cuenco de sopa que me estaba tomando. Pero no

lo hice. Si quería mostrarme indiferente ante él, tenía que aparentar que sus palabras no me importaban para nada.

—Venga, Vera, será divertido —me dijo entonces Zoe.

—Si no quiere venir, que no venga —soltó Chloé en un tono que no me gustó nada. Porque obviamente lo que ella quería era quitarme de en medio para tener vía libre con Ander.

—Está bien, iré —contesté sin pensar.

A veces tendría que echarle la bronca a mi cerebro por su rapidez a la hora de tomar decisiones y responder sin consultarme a mí antes.

El caso es que diez minutos después teníamos los bikinis puestos y nos dirigíamos al río. Mi cara debía de ser un poema, porque no iba más que pensando qué podría decirles a los demás para excusarme. Porque, evidentemente, no pensaba meterme en esas aguas en las que no se veía el fondo y en las que podrían habitar miles de especies en las que mejor no pensar.

Sin embargo, el problema fue lo que pasó una vez llegamos allí.

Todo el mundo se lanzó al agua siguiendo a Zoe. Incluso mi hermano, al que aún le duraba la resaca. Claro que, precisamente a lo mejor por eso, pareció agradecer más que ninguno el agua fresca en la cabeza.

Lo bueno fue que nadie me dijo nada ni intentó convencerme de que me bañara. Así que me quedé sentada en una piedra observando cómo se divertían los demás.

Pero eso sólo ocurrió hasta que Xavi, que apareció por detrás de mí sin yo esperármelo, me levantó en peso y corrió conmigo en brazos hasta lanzarme al río.

Cuando fui consciente de lo que había pasado, instintivamente abrí los ojos, pero me encontraba debajo del agua, completamente desorientada y sin saber dónde se hallaba la superficie, porque era imposible ver nada en aquel lodazal. Eso provocó que me pusiera muy nerviosa. Mi mente comenzó a ponerse en lo peor y empecé a agobiarme, tanto que sólo conseguí mover los brazos y las piernas de una manera absolutamente errática. Además, notaba cómo la corriente me arrastraba hacia el fondo sin yo poder evitarlo. Era como si estuviera atrapada en una especie de remolino.

Por suerte, alguien me agarró y tiró de mí para sacarme de aquellas implacables aguas.

Cuando pude por fin coger aire y respirar, sentí un gran alivio. Por unos instantes me había visto bastante agobiada.

Pero una vez relativamente cerca de la orilla y ya de pie, con los pies bien anclados en el fondo para que no me llevara la corriente, me volví buscando a quien me había sacado de allí.

Había sido Ander.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—Sí... —le contesté, aunque no muy convencida—. Es que me he agobiado un poco.

—Le voy a decir cuatro cosas al imbécil ese —dijo girándose en el agua para ir en busca de Xavi, que aún estaba riéndose ajeno a lo mal que yo lo había pasado.

—No. No me dejes aquí sola, por favor —le pedí.

Ander respiró profundamente y se volvió de nuevo hacia mí.

—No lo ha hecho con mala intención —le dije intentando excusar a Xavi.

No quería que por mi culpa ambos se enfrentaran.

—Ya, pero no debería haberlo hecho.

Me lo quedé entonces mirando fijamente. Cada día me parecía más atractivo.

Teniéndolo enfrente ya no me daba miedo estar allí. Volvía a sentir que a su lado estaba protegida. Sin embargo, algo me tocó en la pierna. Grité e, irreflexivamente, me abracé a su cuello y encaramé mis piernas a sus caderas.

Ander, que me agarró por instinto de la cintura, se me quedó mirando muy fijamente.

Volvíamos a estar muy próximos y nuestros corazones de nuevo latían desbocados.

—Me ha rozado algo... —le dije para excusar mi comportamiento, a todas luces improcedente si quería mantenerme alejada de él.

Pero no lo pude evitar y, de nuevo, me dejé llevar. Me perdí en aquellos ojos. Me perdí en él.

—Ander... —susurré mientras ambos nos devorábamos con la mirada.

Porque, si me encontraba lejos de él, podía controlar mis impulsos, pero con él tan próximo me era del todo imposible, y en esos momentos sólo quería abrazarlo y que me besara. Sólo sus labios sabían calmar la inquietud que su cercanía me proporcionaba.

Pero no debía caer en aquel error. No podía dejarme llevar por lo que aquel hombre me hacía sentir y que al final me hiciera daño.

—Será mejor que salga del agua —conseguí decirle al tiempo que me separaba de él y comenzaba a nadar hacia la orilla.

—Vera...

No le contesté. Seguí avanzando hasta que salí de aquellas turbias aguas.

Después simplemente me fui directa a la cabaña, cerré la puerta tras de mí y me dejé caer abatida en la cama.

Media hora más tarde, me dormía y tenía la peor pesadilla que había sufrido desde que había comenzado con ellas.

La noche. La carretera.

El miedo en mis ojos.

El precipicio.

Gris. Negro.

Blanco.

Paz.

Negro de nuevo.

Voces.

No quiero oír a esos hombres.

No quiero oír esa música.

*No puedo soportarlo.
Me dejo ir. Es lo mejor.
Blanco. Ya no hay dolor.
Alivio.
Sólo así sobreviviré.
Así es mejor.*

Me desperté de nuevo sobresaltada. Miré el reloj. Tan sólo eran las dos de la madrugada.

La angustia campaba a sus anchas por mi cuerpo. Las escabrosas imágenes, enlazadas unas tras otras, de nuevo habían hecho estragos en mí. Más vívidas que nunca, traspasaban hasta mis huesos haciéndome sentir vulnerable, indefensa, aturdida, muy sola. Hasta ahora no habían impactado tan profundamente en mí. Hasta ahora no había sentido dolor. Dolor en el alma. Dolor en el corazón.

Necesitaba contarle a alguien cómo me sentía. Necesitaba el abrazo de mi hermano y sentirme protegida por él.

Pero Pablo no estaba allí.

No sabía cuánto tiempo se habría alargado la fiesta de bienvenida a Zoe, ni si él se habría ido después con Malai. Pero necesitaba hablar con alguien y sentirme acompañada, así que salí de la cabaña e instintivamente me dirigí hacia la de Ander.

Sin embargo, al acercarme a ella me di cuenta de que había alguien llamando a su puerta. Era Chloé.

Capítulo 17

Retrocedí sobre mis pasos hasta llegar de nuevo a mi cabaña. Cerré de un tremendo portazo.

Definitivamente no debía acercarme a aquel patán ni mucho menos dejarme llevar por mis sentimientos. La intención de aquel hombre no era otra que sumar trofeos a su colección. Pero yo no iba a formar parte de ella. Tenía que evitarlo a toda costa.

Ya nos quedaba poco tiempo de estar allí. Tan sólo seis días para largarnos a una playa paradisíaca y perder de vista a aquel engreído prepotente.

Lo estaba deseando. Necesitaba escapar de aquel lugar y de la asfixia que me provocaba tener que ver todos los días a Ander tonteando con Chloé después de haberlo hecho conmigo.

Ya no quería seguir ningún plan para darle celos. Tan sólo deseaba que pasasen los días para marcharnos y que no tuviera que volver a verlo. Nunca.

Un ruido me sobresaltó. Había estado tan metida en mis pensamientos que hasta ese momento no había sido consciente de que habían estado llamando a la puerta.

—Vera...

Era la voz de Zoe, que seguía tocando con los nudillos insistentemente.

Me sequé las lágrimas, me sacudí la rabia que sentía y me acerqué a la puerta.

Cuando la abrí, Zoe se quedó parada observándome.

—No me digas que para ti también es un mal momento porque no sé a quién más acudir, Vera.

—Pues... —comencé a decirle.

—Pues, mira —me interrumpió—, lo siento mucho, pero tengo que entrar. Me niego a dormir ahí fuera.

—¿Y por qué ibas a tener que hacerlo?

—Pues porque no tengo otro sitio. Resulta que mi compañera de cuarto, Miss Francia... —me dijo al tiempo que hacía una estirada imitación de Chloé—, se ha traído a un maromo a la habitación, y no lo ha hecho precisamente para hablar.

Me hizo gracia el apelativo que había usado con la francesa, porque había elegido el mismo que yo. Cada vez me iba cayendo mejor aquella chica.

Sin embargo, lo que no me hizo ninguna gracia fue saber que por fin Ander había caído en sus redes. Obviamente ella no había dejado de insistir y, por otra parte, él no parecía haberse resistido demasiado, así que el resultado de la ecuación no podía ser otro más que ése.

—He ido a la cabaña de Malai y resulta que también está acompañada. No sé si debería decirte de quién. Acabo de llegar y no quiero meter la pata...

Le sonreí.

—No te preocupes, Zoe. Sé que quien la acompaña es mi hermano y espero que estén hablando. Ambos se gustan —le expliqué—, pero les está costando llegar a un acuerdo sobre los términos de su relación. Deseo que de una vez por todas lo consigan.

—Ya, bueno..., el caso es que ya no sabía dónde más acudir. No tengo donde dormir, así que, si no te importa, ¿me puedo quedar aquí?

—Sí, supongo que sí —le contesté—. Si todo va bien, no creo que mi hermano haga uso esta noche de su cama.

Le hice un gesto para que entrara y le mostré dónde se encontraba todo.

—Si no tienes pijama puedo dejarte una camiseta —le ofrecí.

—No, no te preocupes. Me gusta dormir en pelotas, y más con el calor que hace, no te importa, ¿verdad?

—Eh..., no, no, claro.

No es que me molestara ver a una mujer desnuda. No sería la primera vez. Pero no conocía a aquella chica de nada y me resultaba algo raro tenerla como Dios la trajo al mundo en la cama de al lado.

Sin embargo, una vez nos hubimos acostado, me di cuenta de que no tenía nada que temer. La naturalidad de aquella muchacha y su desparpajo me llevaron a que diez minutos más tarde me hubiera abierto a ella y le estuviera contando toda mi vida con pelos y señales.

—¡Joder, Vera, qué fuerte todo! Qué impotencia no saber qué te ocurrió. Yo habría sobornado ya a alguien para que me lo contara.

—Pues yo no estoy tan segura de querer saberlo, Zoe. Si es algo malo, casi prefiero continuar en la ignorancia y vivir feliz.

—Mirándolo de esa manera, no puedo quitarte la razón, desde luego —dijo pensativa—. Ahora que, de todo lo que me has contado, lo que me parece más fuerte es lo de la francesa. ¡No atranca la tía, qué disparate!... —Hizo una larga pausa—. Pero tengo que decirte una cosa, Vera...

Me quedé esperando que lo hiciera.

—Ander no tiene ojos nada más que para ti. —Fui a replicarle porque obviamente se confundía de cabo a rabo, pero continuó hablando y no me dejó—: Sí, ya sé que tú piensas lo contrario por el tonto que dices que se lleva con Chloé, pero yo sé mucho de estas cosas y te aseguro que para ese hombre sólo estás tú. ¡He visto cómo te mira, Vera! No existe otra mujer en su mundo.

—¡Ya, por eso está ahora mismo tirándose a Miss Francia!

—¿Qué dices?!

—Lo que oyes.

—¿El tío que está con la francesa es él?

Asentí.

—¡No fastidies! ¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque he visto a Chloé ir a buscarlo a su cabaña.

—Y entonces ¿por qué se han ido después a la de Miss Francia?... No lo entiendo.

Me encogí de hombros. Yo tampoco conocía el motivo, pero evidentemente la explicación para mí era lo de menos. Lo importante era que Ander ya había hecho su elección, y yo ahora, más que nunca, tendría que empezar a actuar en consecuencia.

Sus actos me habían ayudado a que por fin tomara una determinación. Acababa de cerrar mi puerta a cualquier relación con él. Ahora ya sabía a qué atenerme. Ahora ya sabía que entre él y yo jamás ocurriría nada.

Con esa irrevocable decisión por mi parte, dimos por zanjada nuestra charla y nos quedamos dormidas.

—Vera, Vera...

Oía una voz llamándome, pero no quería o no podía salir del ensañamiento que me envolvía.

—Vera, Vera...

Alguien me estaba zarandeando.

Abrí los ojos sin ser muy consciente aún de dónde me encontraba.

—¿Qué pasa? —atiné a preguntar. Todavía estaba algo desorientada.

Mi hermano Pablo me miraba impaciente.

—Vera, ¿¿me quieres explicar qué hace una mujer desnuda en mi cama, por favor?!

—Es Zoe.

—Ah, muy bien. ¿¿Y por qué demonios está Zoe durmiendo ahí y sin nada de ropa encima?! No te habrás acostado con ella...

Me quedé mirándolo perpleja.

—Ay, pues mira, sí. Estaba aburrida esta noche y de repente he pensado que sería buena idea probar cosas nuevas. Y tengo que decirte que me ha encantado. Zoe es una amante excelente. Me ha hecho disfrutar muchísimo. —A mi hermano se le salían los ojos de las órbitas mientras yo continuaba hablando—: Me ha hecho una cosa con la lengua en...

—Ya, ya, Vera. No me des detalles. Ya puedo hacerme una idea yo solito.

—Zoe, cariño, mira quién ha venido —dije dirigiéndome a mi nueva amiga, que había estado escuchando toda mi conversación con Pablo sin decir absolutamente nada, pero que, por deferencia hacia mi hermano, creo yo, porque me daba la impresión de que a ella le daba exactamente igual quién la viera desnuda, se había tapado con las sábanas.

—Humm..., tengo ganas de comerte entera otra vez... —soltó ella siguiéndome el rollo y dejando a Pablo completamente en *shock*—. Por cierto..., podría unirse tu hermano a nosotras —propuso a continuación con un tono más lascivo.

A Pablo se le iban y se le venían los colores de la cara y nos miraba a una y a otra completamente atónito.

Me dio la risa. No pude aguantarme más.

—Te debía una —le dije aún riéndome—. La Gusiluz te la ha devuelto ¿eh, hermanito?

Salió bufando de allí.

Sin embargo, al cabo de veinte segundos volvió a entrar. Supongo que no le había gustado

demasiado la idea de quedarse fuera en medio de la noche.

Zoe y yo lo miramos expectantes ante lo que tuviera que decirnos.

—No me habéis explicado aún qué hace aquí Zoe y por qué está... —dijo señalándola— así..., sin nada de ropa.

—Estoy aquí... —comenzó a decirle Zoe en su defensa— porque Chloé tiene nuestra habitación ocupada y Malai también tenía compañía esta noche, así que no sabía dónde meterme a dormir.

—Lo de Chloé lo tengo claro porque se oyen los jadeos hasta en la selva. Pero Malai ya tiene sitio en su habitación, así que puedes irte allí con ella.

Pablo había dicho esto último muy contrariado. Al parecer, esa noche tampoco había conseguido solucionar lo suyo.

—¡Pero Zoe no se va a ir ahora sola para allá, Pablo! —le repliqué.

—Mira, Vera, no estoy de humor y habrá que solucionar esto de alguna manera.

—¿Y por qué no te vas tú a la cabaña de Ander?... —le propuse entonces—. Debe de estar vacía.

Se me quedó mirando unos segundos mientras sopesaba qué hacer. Finalmente, y sin mediar palabra, salió de allí y se dirigió hacia la cabaña del patán.

—A lo mejor debería haberme ido yo... —dijo entonces Zoe con un poco de remordimiento.

—No te preocupes —le contesté—. Mi hermano no es así de cascarrabias normalmente. Es sólo que está pasando una mala época.

—Bueno, de todas formas, mañana le pediré disculpas por las molestias que le he causado y le agradeceré lo que ha hecho esta noche. No quiero que piense de mí que soy una desagradecida además de una aprovechada.

Desde luego, Zoe parecía ser muy buena gente y a mí ya me había ganado por completo. Había podido abrirme del todo a ella y me había sincerado mostrándole mis sentimientos como creo que no había llegado a hacer nunca con nadie, a excepción de mi hermano.

Lo que me recordó que con Pablo cada vez había más distancia y eso comenzaba a pasarnos factura. Pero es que tampoco encontraba el momento de poder hablar tranquilamente con él.

Obviamente, tendría que buscarlo si quería que entre nosotros todo volviera a ser como siempre, así que, con esa idea y con la férrea determinación de solucionar lo nuestro, volví a quedarme dormida.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Zoe ya no se encontraba allí. Luego me enteré que se había ido temprano para buscar a mi hermano, disculparse con él y decirle que volviera a nuestra cabaña. No quería importunarlo más de lo debido estando ella allí.

Pero Pablo no había aparecido. No sabía si se había ido directamente a trabajar o dónde demonios estaba. Porque en el comedor tampoco lo encontré.

Yo me fui directa a la escuela. Los chicos estaban fatal ese día. Se sentían nerviosos por el desfile y la fiesta de después, y no había quien hiciera nada con ellos, así que organicé un circuito

improvisado donde trabajarles la psicomotricidad y que quemaran algo de la energía de más que tenían.

Acabaron fundiéndome ellos a mí. Aquellos chiquillos tenían pilas para rato.

Después nos fuimos a comer, momento en el que tampoco vi a mi hermano. Preocupada, le pregunté a Malai por él, pero ella tampoco sabía dónde estaba. Me comentó que no lo había visto, ni a él ni a Ander, en toda la mañana.

La que sí se encontraba en el comedor era una más que sonriente Chloé. Su cara de satisfacción lo decía todo y a mí me llevaban los demonios. Pero es que, además, ahora por lo visto ya había cambiado de objetivo y se dedicaba a tontear y a mostrarse muy acaramelada con Jan, uno de los cocineros.

¡Pero ¿es que esa mujer no tenía hartura?!

Por la tarde les dije a los chicos que podían dedicarse a lo que quisieran. Seguían insoportables y no iba a poder avanzar nada con ellos, así que para qué quemarme la sangre innecesariamente.

Yo, por mi parte, también me encontraba bastante nerviosa, no sólo por la importancia de la fiesta y de lo que representaba para todos los que estaban allí, sino también por el que sería mi acompañante y sus intenciones.

Yo sola me había metido en un jardín del que no sabía muy bien cómo iba a salir. Esperaba que Xavi se comportara como un caballero, pero la fiesta y el alcohol podían resultar ser dos malos aliados para el plan que yo había previsto y en el cual ya no estaba incluido que me enrollara con Xavi.

Porque en el fondo sabía que liarme con él no sería una buena idea y que no me traería más que problemas, aunque en su momento hubiera decidido llegar hasta donde fuera con tal de darle celos a Ander. Sin embargo, después de reflexionarlo mejor, había llegado a la conclusión de que no era necesario hacer cosas de las que luego pudiera arrepentirme. Así que simplemente sería la acompañante de Xavi. Bailaría y me divertiría con él, no sin antes explicarle que entre nosotros no iba a ocurrir nada. Para que no hubiera malos entendidos.

Así que, media hora antes de dar comienzo el desfile que precedía a la fiesta, fui a buscar a Xavi a su cabaña.

De camino pude observar que Ander se encontraba en el porche de la suya. Estaba apoyado en la barandilla, de espaldas al camino. Llevaba el disfraz que habíamos hecho para el desfile, pero tan sólo subido hasta el comienzo de sus caderas. Debajo únicamente llevaba unos bóxers negros y tenía toda la parte superior de su cuerpo descubierta, mostrando así su enorme espalda con el tatuaje tribal más grande que tenía en el cuerpo. Llevaba el pelo recogido y estaba hablando con alguien por el *walkie-talkie*.

¡Me entraron los calores! Ese hombre era atractivo hasta de espaldas.

—Malai, ¿tú estás segura de que el disfraz que te dio Vera era el mío?... A ver si va a ser el de otra persona, porque la parte de abajo a mí no me pasa de las caderas... Pues entonces tiene que

haber un error con las medidas... Sí, la parte de arriba sí que me está bien. Me queda perfecto de todos lados menos de las caderas...

En ese momento recordé el día que le tomé las medidas a Ander, y cómo al llegar a la altura de las caderas me puse tan nerviosa que no supe ni qué medidas había tomado, así que me las inventé.

Estaba claro que me había quedado corta y por eso ahora no le entraban los pantalones del disfraz.

Quise largarme rápidamente de allí y llegar cuanto antes a la cabaña de Xavi, pero Ander se volvió en ese mismo instante y, cual conejo al que lo deslumbra la luz de los faros de un coche por la noche, me quedé allí, delante de él, petrificada, sin poder mover ni un solo músculo.

Él me observaba curioso.

—Vera, ¿tú sabes qué ha podido ocurrir para que no me pase el disfraz de las caderas?... —me preguntó entonces.

—¿Yo?!... ¿Por qué iba a saberlo yo?

—¿Quizá porque fuiste tú la que me tomó las medidas?! —me dijo levantando la ceja derecha con ese gesto tan característico suyo que tanto me gustaba.

¿O era verlo con todo el torso desnudo, marcándosele todos sus músculos, lo que realmente me gustaba? ¿O a lo mejor era la apariencia irresistible que su pelo recogido le proporcionaba? ¿O quizá fuera la intensidad con la que su mirada me desnudaba cada vez que me veía?

¡Madre mía! O me iba de allí o iba a perder la cabeza del todo. Aquel hombre despertaba mis hormonas, mi libido y hasta mis mariposas, que hasta entonces habían permanecido dormidas.

—¡Habrás engordado! —le solté al tiempo que salía corriendo.

Sentí su mirada clavada en la nuca y cómo me siguió en todo mi recorrido hasta llegar a la cabaña de Xavi.

Una vez allí, y antes de llamar a su puerta, me volví y pude observar cómo Ander me seguía mirando expectante, con sus enormes brazos cruzados, como si no se creyera que esa noche yo fuera a salir con Xavi.

Eso me cabreó mucho. ¿Por qué ese patán estaba tan seguro de que lo mío con Xavi no iba en serio?

Seguía observándome con prepotencia y una leve sonrisa en los labios, así que se me fue totalmente la cabeza y, conforme Xavi abrió la puerta de su cabaña, me lancé a besarlo.

Fue un piquito casto, escueto y por supuesto sin sentimientos, pero fue un beso en la boca al fin y al cabo, así que Xavi se quedó bastante alucinado, y entiendo que Ander bastante cabreado, a juzgar por el portazo que se oyó proveniente de su cabaña.

Le había dado en todos los morros a aquel prepotente y me sentía feliz por ello.

Si él había podido acostarse con Chloé, yo podía hacer con mi vida lo que me diera la gana. Por supuesto.

Ahora ya sólo me quedaba solucionar un pequeño e insignificante inconveniente surgido: Xavi

y lo que pudiera esperar él de mí después de aquello.

—Hola, preciosa. ¡Vaya..., la noche promete ¿eh?! —me dijo en un tono que no me gustó nada.

¿En qué maldito momento se había convertido mi incursión en la cabaña de Xavi para decirle que no iba a obtener nada más de mí que una simple amistad en un «¡Estoy que lo regalo todo, oiga!»?

¡Dios! Las cosas no iban por buen camino y se me acababan de ir completamente de las manos. ¡Mucho! Demasiado, para ser exactos, porque Xavi me agarró de la cintura y tiró de mí arrastrándome al interior de su cabaña con la clara intención de obtener algo más de lo que yo estaba dispuesta a darle.

—Espera, espera... —le dije mientras intentaba apartarlo de mí.

—¿Me pones la miel en los labios y ahora me la quitas, Vera? —me preguntó juguetón, intentando atraerme de nuevo hacia sí.

—Xavi, perdona..., yo no quería... Verás... —por suerte, había conseguido separarlo de mí—, siento haberte besado. No era mi intención. Ha sido algo que no volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Pero, Vera, si a mí me ha encantado...

—Ya, Xavi, pero es que realmente no debería haberlo hecho. No... no debería haberte besado.

—¿Te preocupa lo que piensen los demás? —me preguntó entonces un Xavi que no entendía para nada mi comportamiento.

—Sí —le dije rápidamente, aprovechando la excusa que él mismo, sin saberlo, me había proporcionado—. No quiero tener problemas aquí, así que será mejor que de momento sólo seamos amigos.

No sabía si la explicación que le había dado lo iba a convencer, pero al parecer la vio bastante lógica.

—Sí, será mejor que no se entere nadie de lo nuestro —me dijo entonces, obviando por completo lo que acababa de explicarle.

—¿De qué nuestro?... Xavi, creo que no me has entendido...

No pude terminar la frase. Un enorme estruendo nos anunció que la fiesta acababa de iniciarse y que el desfile estaba a punto de comenzar, así que él me agarró la mano y tiró de mí arrastrándome hasta la plaza del poblado, donde ya estaba todo el mundo reunido.

Con los disfraces puestos me costaba reconocer a la gente, ya que las enormes máscaras tapaban sus cabezas. Sin embargo, había alguien que estaba parado en medio del bullicio y que me miraba fijamente.

Era Ander. Su altura y su enorme complexión lo delataban.

Agaché la cabeza; no tanto por lo intimidatoria que me estaba resultando su mirada, sino por lo mal que me empezaba a sentir al pensar lo que había hecho con Xavi tan sólo por querer darle celos a aquel patán. Ciertamente era que se lo había buscado, pero, aun así, me sentía muy arrepentida.

La música comenzó a sonar y todo el mundo se puso a bailar. Xavi se disculpó conmigo y me pidió que le concediera diez minutos porque quería aprovechar para acercarse a saludar a varias

personas que habían venido a la fiesta y que hacía mucho que no veía. Por supuesto, le dije que se tomara todo el tiempo que necesitara.

Aquello era una locura con tanta algarabía y ruido. Los chiquillos comenzaron a correr entremezclándose con la gente que había venido de otros poblados cercanos y todo el mundo parecía feliz.

Me di cuenta entonces de que durante todo el día no había visto a mi hermano. Tampoco había podido hablar con él como me habría gustado después de su borrachera y de lo que me había dicho Ander.

Yo ya había entendido que, por desgracia para él, de nuevo se repetía la historia de su vida, sólo que esta vez Malai no estaba siendo un enamoramiento de adolescente alargado en el tiempo. Ahora mi hermano ya era un hombre adulto que tenía claro lo que quería, pero que la vida no parecía querer ponérselo fácil.

Yo sabía que acabaría con ella. Sólo era cuestión de tiempo porque veía cómo Malai lo miraba y lo destrozada que estaba ella también con toda la situación. Ambos se gustaban, y sabía que su final sería estar juntos. Pero mi hermano no tenía paciencia. Había sufrido muchísimo toda la vida con su amor imposible hacia Andrea y, ahora que sabía que por fin era correspondido por alguien, no quería esperar ni un segundo más a ser feliz con la mujer que amaba.

Y lo entendía, pero a pesar de haber intentado hacérselo ver y de haber tratado, días atrás, que comprendiera que sólo era cuestión de tiempo y de paciencia, él no veía más que incompreensión por mi parte y eso lo había llevado a querer aislarse. Apenas aparecía por el comedor cuando estábamos los demás y casi nunca hablaba con nadie a excepción de Ander. Me destrozaba verlo así, por eso quería hablar con él cuanto antes y decirle que comprendía cómo se sentía. Quería que viera que lo apoyaba más que nunca y que siempre estaría ahí cuando me necesitara. Quería, además, intentar convencerlo de que esa noche disfrutara de la fiesta. Quería que dejase un poco de lado el tema y que se centrara en vivir aquella experiencia, y más en una velada tan mágica como prometía ser aquella.

Lo busqué entre la multitud y no lo encontré, así que decidí ir a nuestra cabaña, donde pensé que probablemente se hallaría.

No me equivoqué. Me lo encontré sentado en su cama, sin su disfraz puesto y con la mirada perdida.

—Lo siento, Vera —me dijo nada más oírme entrar.

Yo no comprendía muy bien a qué se refería, así que le pregunté.

—¿Qué es lo que sientes, Pablo?

—Pues todo, Vera. Absolutamente todo.

Esperé a que continuara hablando porque obviamente tenía que explicarse mejor.

—Por fin lo he visto claro y comprendo perfectamente lo que piensas de mí, Vera. Sé lo mal que lo he estado haciendo, y ya sé que he sido tan tonto, inmaduro e irracional como para caer otra vez en lo mismo y repetir de nuevo la historia. No se puede ser más imbécil. Lo sé.

—Pablo, no seas tan duro contigo mismo.

—Sí, sí lo soy, Vera. Tengo que serlo porque me lo merezco. Porque me he comportado como un quinceañero que no ha sabido gestionar bien sus sentimientos y se me ha ido completamente la cabeza. Es lo mismo que me pasó con Andrea, sólo que entonces tenía quince años y, por tanto, también una excusa. Pero ahora tengo ya casi treinta y una supuesta madurez.

No sabía qué decirle. Obviamente, había reflexionado sobre el tema y no quería machacarlo con algo que ya parecía haber entendido.

—No he hecho más que perder el tiempo aquí. Perderlo dejando de lado esta impresionante experiencia y perderlo de estar con Malai. Porque lo único que he hecho con mi actitud ha sido presionarla, asustarla y alejarla de mí, con lo que me he perdido un sinfín de momentos preciosos que podría haber vivido con ella.

—Y entonces ¿qué haces aquí solo? ¿Por qué no te vienes a la fiesta y disfrutas de ella y, sobre todo, de estar con Malai?

—Pues porque ya es tarde para eso, Vera. He vuelto a discutir con ella. Estaba muy dolido porque para mí esa mujer era la culpable de todo y me sentía muy frustrado por no saber gestionar mis sentimientos, así que le dije cosas muy feas. Se me fue de las manos completamente y actué de una manera irracional. Tanto, que la asusté y ahora no creo que quiera tener una amistad conmigo siquiera. —Pablo agachó la cabeza. Estaba completamente abatido—. He perdido mi oportunidad de vivir una experiencia única aquí, pero lo peor de todo es que he perdido la oportunidad de conocer mejor y estar con una mujer que a día de hoy creo que es increíble y que sin duda habría sido lo mejor que me hubiera pasado en la vida.

—Pero, Pablo, no tires la toalla aún. El paso más importante ya lo has dado dándote cuenta de los errores que estabas cometiendo. Ahora sólo tienes que hablar con Malai, explicárselo todo, y pedirle disculpas por tu actitud.

Pablo seguía cabizbajo. Me acerqué a él, me senté a su lado y le cogí la mano. Entonces levantó la mirada y pude ver sus ojos llenos de lágrimas. Detrás de ellas se escondía un miedo aterrador a perder a aquella mujer. Algo que nunca había visto antes en él, a pesar de lo que había sufrido con Andrea.

—¿Y si la he perdido para siempre, Vera?

—Hermanito, he visto cómo te mira Malai y conozco a las de mi género, así que puedo asegurarte que, si hablas con ella y se lo explicas todo, no va a tardar ni dos segundos en querer abrazarte y darte la oportunidad que tanto te mereces. Sólo tienes que abrirla a ella y ser sincero como lo has sido ahora conmigo y la tendrás rendida a tus pies para el resto de vuestros días.

Al fin conseguí arrancarle una sonrisa.

—¡Pero mira que eres cursi, hermanita!

—A lo que tú llamas cursi yo lo llamo ser una romántica empedernida a la que le encantaría tener a un hombre como tú tan colgado de mí como lo estás tú por Malai.

—Ya te llegará, hermanita. Cuando menos te lo esperes, lo hará. Ya lo verás.

Y, diciendo esto, se levantó de la cama, se dirigió al armario y sacó de allí su disfraz.

—¿Me ayudas a ponérmelo? —me preguntó entonces con un semblante muy diferente del que tenía cuando había llegado. Ahora su rostro reflejaba esperanza e ilusión—. Te voy a hacer caso, hermanita. Sólo espero que no sea tarde y que Malai me dé una oportunidad más.

Cinco minutos más tarde salíamos por la puerta de la cabaña para dirigirnos al desfile, que estaba en su momento de mayor apogeo.

Capítulo 18

Cuando llegamos a la fiesta, mi hermano se fue directo a buscar a Malai, así que yo me quedé sola. No veía a Xavi por ninguna parte, por lo que decidí acercarme a los chavales y pasar un rato con ellos.

Estaban todos disfrutando a excepción de Khalan y Kanya, que parecían enfadados. Sin duda tendría que ayudarlos a resolver su problema.

—Hola, Vera. —Zoe acababa de llegar a mi lado—. Oye, ¿cuánto dura esto del desfile? Estoy deseando que se acabe y comience lo bueno —terminó por decir frotándose las manos.

—¿Lo bueno? —le pregunté curiosa porque no sabía a qué se refería.

—Sí, ya sabes... Que saquen el famoso whisky de arroz para poder emborracharnos —me dijo al tiempo que me daba un codazo y me guiñaba el ojo con complicidad.

—Pues no tengo ni idea, Zoe. Es la primera vez que estoy en una fiesta así.

—Porque digo yo... que esto será una fiesta del estilo Full Moon Party, ¿no?

—¿Del estilo qué? —le pregunté.

—La Full Moon Party... ¿Es que no sabes de qué te estoy hablando?

No tenía ni idea.

—*Fresitas*, ¿no me digas que no sabes de qué fiesta te está hablando Zoe?... Todo el mundo la conoce.

Ander se encontraba justo detrás de mí.

Ni siquiera me volví a mirarlo y tampoco le contesté.

—Seguro que tú has estado, ¿verdad, Ander? —le preguntó Zoe. Entonces él, que seguía situado detrás de mí y muy pegado a mi cuerpo, debió de responderle afirmativamente con un movimiento de la cabeza, porque mi nueva amiga se volvió loca—. Uff..., me lo tienes que contar todo. A mí me encantaría ir, tiene que ser un desfase total.

—Sí que lo es —continuó explicándole Ander. Pero ahora no sólo se dirigía a ella, sino que también se había aproximado lo suficientemente a mí como para poder susurrarme al oído. Me estremecí—. En esa fiesta la gente bebe tanto que acaba perdiendo los papeles y enrollándose con cualquiera, ¿sabes, *Fresitas*?

—Para hacer eso no hace falta ir a esa fiesta —le solté con desdén.

Zoe, que sabía cómo estaban las cosas entre Ander y yo, decidió largarse cuanto antes de allí y dejarnos solos.

—Cierto. En todas partes hay gente que comete estupideces y acaba enrollándose con quien no debe —replicó entonces en un tono muy agrio.

—¿Como tú con Chloé, Ander?! —le solté sin pensar. Acababa de mostrarle lo dolida que me sentía, a pesar de que era algo que jamás me habría gustado revelar.

Él se separó, me rodeó y, poniéndose frente a mí, se me quedó mirando fijamente.

Su expresión era de no entender mis palabras. Sin duda lo había dejado muy descolocado.

—¿Qué pasa, Ander?! ¿Qué pensabas?, ¿que no me iba a enterar de tu doble juego?

—No sé de qué me estás hablando, Vera.

Fue a aproximarse a mí, pero en ese momento llegó Xavi y se quedó parado.

—Hola, preciosa, te estaba buscando. Perdona que haya tardado tanto, pero es que me he entretenido hablando con un amigo que hacía mucho tiempo que no veía.

Yo agaché la cabeza por lo incómoda que me hizo sentir la situación. Por un lado estaba Xavi, que lo primero que había hecho nada más llegar había sido agarrarme de la cintura y que para colmo llevaba unas copas de más. Y por otra parte estaba Ander, que se había quedado parado como si tuviera algo que decirme, pero estaba claro que con Xavi allí no lo iba a hacer.

Comencé a andar huyendo de allí, porque nada de todo aquello me hacía sentir bien. Me encontraba como si estuviera atrapada en la tela de una araña, con un Xavi que únicamente esperaba su momento para poder devorarme y con un Ander que revoloteaba alrededor sin yo saber aún cuáles iban a ser sus intenciones con respecto a mí.

—Vera, ¿adónde vas? —oí que me preguntaba Xavi.

Pero no le respondí. Salí huyendo y me fui directa a mi cabaña. Quería desaparecer. Sólo esperaba que a nadie se le ocurriera ir a buscarme allí, porque realmente lo que quería era estar sola.

Sin embargo, a los dos minutos llamaron a la puerta.

—Vera, ¿te encuentras bien?

Era Xavi.

No quería verlo. Pero él no tenía la culpa de lo que me pasaba, así que tampoco quise ser grosera y le abrí la puerta.

—Estoy bien. Sólo necesito descansar un poco —le dije para que se fuera y me dejara tranquila.

—Es una pena que te pierdas la fiesta, Vera, pero si quieres puedo pasar y hacerte compañía. Así no te aburrirás.

—A ver, Xavi... —comencé a decirle. La situación me estaba sobrepasando, pero no podía culparlo a él de nada porque había sido yo la que le había hecho creer determinadas cosas que no eran—. Mira, te agradezco que te preocupes por mí, pero ahora mismo lo único que necesito es estar sola. Siento haberte hecho perder el tiempo y siento haberte dado falsas esperanzas de lo que iba a ocurrir entre nosotros dos. Te pido disculpas por ello, pero a partir de ahora es mejor que cada uno siga su camino, ¿de acuerdo?

—Pero, Vera, esto ya lo habíamos hablado... No te preocupes, que ante los demás seré muy discreto. Nadie sabrá nunca que entre nosotros hay algo.

¡Dios, pero ¿de qué tenía relleno el cerebro ese tipo?!

—Xavi... —comencé a decirle ya muy irritada—. ¿Qué no has entendido de que entre nosotros dos no va a haber nada?... Nunca.

—Venga, Vera... —dijo al tiempo que empujaba la puerta para que se abriera del todo y se colaba dentro de mi habitación—. Los dos sabemos que hace tiempo que nos atraemos y es tontería seguir disimulando. No juegues más conmigo... Además, el beso que me has dado antes ya me ha dejado bastante claro lo que buscas.

La situación empezaba a no gustarme nada. Xavi no sólo se había colado en la cabaña, sino que además había cerrado la puerta tras de sí y con su cuerpo estaba bloqueando la única salida.

—Xavi..., oye... —le dije al tiempo que retrocedía unos pasos para alejarme de él. Cómo me miraba me estaba haciendo sentir muy incómoda—. Siento mucho el beso de antes. Sé que estuve muy mal por mi parte y de verdad te pido perdón. Pero ahora, por favor, vete de aquí. No quiero tener una relación con nadie ahora mismo...

—Pero ¿quién está hablando de tener una relación, Vera?... ¡Venga..., que los dos somos ya mayorcitos! Yo sólo busco follarte, preciosa —terminó por decir al tiempo que se abalanzaba sobre mí con la clara intención de no dejarme escapar.

Me tiró sobre la cama y comenzó a quitarse la ropa. El pánico me invadió por completo.

—Xavi, no sigas con esto, por favor. Deja que me vaya —le pedí intentando levantarme para poder salir corriendo de allí.

Pero me fue imposible. Se abalanzó sobre mí con todo el peso de su cuerpo y me sujetó para que no me moviera.

—¿Qué pasa?, ¿te gusta el sexo duro, Vera?... —me dijo entonces mientras yo intentaba zafarme de él—. Pues si es lo que quieres, te lo daré.

A continuación, ante mi estupor, mientras con una mano me sujetaba las muñecas, con la otra comenzó a bajarse la bragueta. Intenté de nuevo soltarme y convencerlo de que no era eso lo que yo quería y que, por favor, me dejara.

Pero Xavi ya no escuchaba nada. Parecía ido.

Empezó entonces a meter su mano por debajo de mis pantalones. El disfraz que nos habíamos puesto, por suerte, le estaba dificultando bastante poder llegar a su objetivo.

Comencé a llorar. Mi estúpido juego estaba pasándome factura de la manera más terrible en que podía hacerlo. Pero no podía darme por vencida. Tenía que escapar de allí como fuese antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Vamos, Verita..., no te me resistas tanto, que sé que lo estás deseando! —dijo al tiempo que con un movimiento de sus piernas conseguía abrirme las mías.

Sin embargo, algo hizo que Xavi parara de inmediato. Alguien había llamado a la puerta. Instintivamente, yo comencé a gritar. No lo había hecho antes porque sabía que con todo el jaleo de la fiesta sería imposible que alguien me oyera. Sin embargo, en ese momento se convirtió en mi

única oportunidad de salir indemne de allí. Lo malo fue que Xavi reaccionó rápidamente, tapándome la boca con la mano.

Mis oportunidades de salir ilesa se acababan de desvanecer.

Pero tuve suerte. La persona que había al otro lado de la puerta quiso entrar.

—Vera, voy a entrar.

La puerta se abrió y Ander apareció.

Al ver lo que ocurría se quedó parado, e incluso comenzó a retirarse, probablemente pensando que aquella escena de sexo estaba consentida por ambas partes.

Pero no era así. Xavi estaba intentando forzarme en contra de mi voluntad.

—Perdón..., no sabía que..., ya me voy.

Intenté decirle lo que pasaba, pero Xavi ahogó mis palabras introduciendo la lengua en mi boca y dando a entender que nos besábamos desesperadamente.

Sin embargo, mi mirada pudo hablar por mí y explicarle a Ander que aquello que estaba pasando lo estaba haciendo en contra de mi voluntad.

Ander observó el miedo en mis ojos y entonces comprendió qué sucedía. Inmediatamente se abalanzó sobre Xavi y, sacándomelo de encima, lo lanzó contra la pared.

—¡Serás de hijo de puta! ¡Te voy a matar! —le gritó mientras lo sujetaba por las solapas de su chaqueta y lo arrinconaba contra la pared dejándolo casi sin respiración—. ¡Vera, dime que este desgraciado no estaba intentando forzarte! —Ander estaba fuera de sí—. Dime que no te ha hecho nada en contra de tu voluntad o, de lo contrario, te juro que lo mato aquí mismo.

Ander seguía teniendo retenido a Xavi, que intentaba soltarse en vano.

Yo no sabía qué decirle. No podía ocultar lo que Xavi había intentado hacerme, pero tampoco podía dejar que Ander lo golpeará.

—Por favor, suéltalo —dije entonces para asombro de todos. Incluso mío. Porque realmente deseaba ver a aquel gusano destrozado. Pero no podía dejar que Ander se involucrara en algo así por mi culpa y que tuviera problemas con la justicia por ello.

—Vera... —comenzó a decir él muy cabreado. Obviamente no entendía lo que le estaba pidiendo.

—Ander, por favor —le dije de nuevo—. Déjalo que se vaya y hablaremos. Te lo explicaré todo, te lo prometo, y luego, si quieres ir en su busca, no te lo impediré.

Ander se volvió para mirarme. Yo me encontraba a tan sólo dos pasos de él. Estaba llorando y me temblaba todo el cuerpo. Supongo que ver cómo me encontraba terminó de convencerlo.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo y no vuelvas a cruzarte en mi camino si no quieres que te mate! ¿Me has entendido? —terminó gritándole al tiempo que lo soltaba y lo empujaba hacia la puerta.

Xavi salió corriendo de allí.

Cuando Ander se volvió de nuevo y me miró sólo pude correr a su lado y abrazarme a él. Necesitaba su seguridad. Necesitaba su protección. Lo necesitaba a él.

Me recibió con absoluto cariño, abrazándome sin esperar nada a cambio.

Permanecimos así varios minutos hasta que yo estuve más calmada y Ander se decidió a hablarme.

—Vera..., tienes que contarme qué ha pasado.

Me separé de él y lo miré a los ojos, pero no pude decirle que todo había sido por mi culpa, que me había comportado como una niña inmadura y que había jugado con fuego para finalmente acabar quemándome.

No obstante, Ander ya sabía lo que había ocurrido y parecía comprender perfectamente lo que yo estaba pensando y sintiendo en esos momentos.

—Vera, esto no ha sido culpa tuya, ¿me oyes?

Agaché la cabeza por vergüenza. Porque pensaba que todo lo había provocado yo con mi insensatez.

—No, no te culpes. No te lo voy a permitir —me volvió a decir, esta vez cogiéndome la cara para que lo mirara—. Que tú hayas hecho determinadas cosas no le da derecho al gusano ese a forzarte a nada. No te voy a consentir que ni por un momento se te pase por la cabeza que esto es culpa tuya o que lo has provocado tú, ¿me oyes?

Volvió a abrazarme. De nuevo me rodeó ofreciéndome su protección. De nuevo me brindó su pecho para apoyar mi cabeza en él y poder así sentirme segura. En calma.

Comencé a llorar otra vez.

—Vera... —susurró al tiempo que con absoluta ternura me pasaba la mano por el pelo y besaba mi coronilla.

Me aferré a él. Me aferré a lo que su presencia me hacía sentir.

Cuando conseguí calmarme, me separé y lo miré directamente a los ojos con la intención de contarle todo lo que había ocurrido. Sin embargo, Malai y mi hermano irrumpieron en la cabaña y no pude hacerlo.

—Vera... —Pablo enseguida comprendió que algo me pasaba—. ¿Está todo bien?

Ante mi silencio, Ander empezó a hablar.

—Pablo, verás... —comenzó a decirle—, Xavi... ha intentado forzar a tu hermana.

—¿Qué? —Mi hermano me miró buscando que yo le confirmara aquella información.

De nuevo agaché la cabeza por vergüenza.

—Vera, lo que está diciendo Ander ¿es cierto?

Asentí.

Malai inmediatamente se aproximó a mí para ver si requería atención médica y Pablo se quedó mirándome intentando comprender toda la situación.

Entonces Ander comenzó a explicarle lo sucedido.

—He venido a la cabaña porque tenía que hablar con tu hermana y he oído un grito, así que he abierto la puerta y, bueno..., Xavi se encontraba encima de ella. —Ander me miró pidiéndome permiso para seguir contándole a mi hermano lo ocurrido. De nuevo asentí. Yo no iba a ser capaz de explicarle nada—. Estaba intentando forzarla.

—¿Qué?... —Pablo no salía de su asombro y Malai tampoco—. ¿Dónde está, Ander?... ¡Dímelo! ¡Dime dónde está Xavi! —terminó gritando fuera de sí.

—¡No lo sé, joder! Lo he echado de aquí y le he dicho que si me lo vuelvo a cruzar lo mataré. Supongo que si es un poco inteligente y le queda algo de decencia se habrá largado con alguien a otro poblado.

Pablo miraba atónito a Ander, probablemente intentando comprender cómo era posible que lo hubiera dejado marchar. Se paseaba de un lado a otro de la habitación. Estaba muy furioso.

—Por favor, tranquilízate... —le pedí—. En realidad no ha llegado a hacerme nada. Yo me encuentro bien, de verdad.

Miré suplicante a mi hermano porque no quería que todo aquello fuera a más.

—¡Ander, vamos a buscarlo!

—Pablo, no creo que sea buena idea —le contestó éste—. Ninguno de los dos está lo suficientemente calmado como para ir a hablar con él y que no salga muy malparado.

Mi hermano le dio una patada a una silla y salió escopetado de allí. Miré a Ander y enseguida entendió qué le estaba pidiendo, así que fue tras él para intentar retenerlo.

—Pablo, no lo hagas —le ordenó entonces para que se detuviera.

—¿¿Que no lo haga?!... ¿¿Que no lo haga?!... ¿Cómo me puedes pedir eso, Ander?

—No soy yo el que te lo pide —comenzó a explicarle—. Es tu hermana la que no quiere que hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte. —Ander había agarrado a Pablo por los hombros para intentar calmarlo y que lo escuchara—. Te aseguro que me he tenido que controlar mucho para no matar al hijo de puta ese, y también te aseguro que si me lo vuelvo a cruzar quizá no salga muy bien parado. A mí también me gustaría ir a por él, Pablo... Pero ahora mismo tu hermana no necesita que te metas en líos. Lo que necesita es que estés con ella dándole todo tu apoyo. Así que vamos a tranquilizarnos todos un poco y ya mañana, más calmadamente, pensaremos qué hacer, ¿de acuerdo?

Pablo sopesó lo que Ander le había dicho. Después se volvió hacia la cabaña y me vio en la puerta.

—Pablo, no quiero que te busques un problema por mi culpa. Vuelve aquí, por favor.

No necesité decirle nada más. Agachó la cabeza y, con la rabia aún recorriéndole el torrente sanguíneo, entró de nuevo en la cabaña.

Ander también se acercó hasta quedarse parado delante de mí.

—Vera..., yo... siento mucho lo que te ha pasado —me dijo con auténtica rabia en sus ojos.

—No es culpa tuya Ander.

—Si puedo hacer algo por ti..., lo que sea..., no tienes más que pedírmelo. —Me miró entonces con absoluta ternura al tiempo que cogía mi cara entre las manos y me acariciaba dulcemente las mejillas con sus dedos pulgares.

De no ser porque Malai salió en ese momento de la cabaña, habría cerrado los ojos y me habría dejado llevar por las sensaciones que aquellas manos me transmitían.

—Vera, yo me voy... Te dejo que descanses. Ya he hablado con tu hermano y está más tranquilo. No obstante, si necesitáis cualquiera de los dos algún calmante, no tenéis más que pedírmelo. Mañana vendré a primera hora para ver cómo te encuentras, ¿de acuerdo? —Malai, que desde el primer momento se había volcado conmigo, me cogió la mano y, sujetándola entre las suyas, me brindó todo su apoyo y su cariño.

Eso me conmovió y se lo agradecí dándole un emotivo abrazo.

Cuando se marchó se me saltaron las lágrimas de nuevo.

A pesar de los malos momentos que acababa de pasar, también me llevaría de aquel lugar muy buenas personas que querría conservar para siempre en mi vida.

—Vera... —Ander carraspeó—, yo también debería irme. No quiero molestarte. Necesitas estar tranquila y descansar.

Asentí de nuevo. Porque, aunque mi corazón me gritaba que le pidiera que no se marchase, mi mente sabía que lo mejor era que cada uno siguiera caminos diferentes. Además, él en realidad ya había escogido a otra persona.

Él ya había escogido otro camino.

Capítulo 19

Apenas pude dormir en toda la noche.

Mi hermano tampoco pudo pegar ojo, a pesar de las veces que le repetí que se durmiera, que no se preocupara por mí, que yo me encontraba tranquila.

Y era cierto. A pesar de todo.

Porque no iba a permitir que la mala experiencia que acababa de ocurrirme enturbiara mi estancia allí, y mucho menos que marcara mi vida. Tenía que desechar aquel suceso para poder continuar. Para poder seguir adelante.

En mi vida últimamente había experimentado algunos momentos desagradables, que sin embargo había intentado dejar atrás para volver a ser una mujer feliz. Y con ese último no iba a ser menos.

Obviamente no olvidaría nunca a Xavi ni lo que había intentado hacerme. Y por supuesto tomaría todas las medidas legales que pudiera para que ese impresentable no volviera a hacerle daño a nadie más.

Pero después de eso seguiría adelante con mi vida e intentaría ser feliz. Porque me lo merecía.

—Pablo, ¿tú crees que las cosas nos pasan por algo? —le pregunté cuando había amanecido y estaba claro que ninguno de los dos iba a dormirse ya.

—¿Qué pregunta es ésa, Vera?... Las cosas pasan y ya está. No hay que darle más vueltas.

—Ya, pero ¿tú crees que ocurren por alguna razón en concreto?... Quiero decir..., ¿tú crees que pasan para que de alguna forma sigas un camino que te lleve a un final ya determinado de antemano?

—¡Joder, Vera! ¡Son las seis de la mañana y, después de estar toda la noche sin dormir, ¿tú crees que yo soy capaz de responder a una pregunta así?!

Me quedé reflexionando sobre ello. Porque desde hacía ya algún tiempo pensaba que si yo había acabado yendo con mi hermano a Tailandia era porque de alguna manera tenía que hacer ese viaje para descubrir algo. Tenía metida en la cabeza la idea de que las cosas no pasaban porque sí, sino que todas ocurrían por alguna razón que a priori no podíamos comprender, pero que al final conformaban nuestra línea de vida que previamente estaba establecida.

Y no sé si estaba en lo cierto o no, pero pensar de esa manera me ayudaba a ver mi estancia allí como un paso para acabar encontrándome a mí misma. Porque últimamente me costaba mucho hacerlo. No sabría cómo explicarlo. Era como si estuviera viviendo una vida prestada hasta que encontrara la mía propia. Ésa era la sensación, extraña y bastante incomprensible por otra parte, que tenía.

En fin, tampoco quise seguir dándole vueltas a tanta reflexión, que finalmente siempre acababa por no llevarme a nada, excepto a un dolor de cabeza.

Me levanté dispuesta, lo primero, a darme una larga ducha. Porque quería sacarme de encima todo lo malo, y el agua corriendo sobre mi cuerpo tenía ese efecto en mí. Después desayunaría y a continuación iría a la escuela para ver si de alguna manera podía solucionar los problemas de Khalan y Kanya, porque encargarme de los suyos haría que me olvidase de los míos.

Sin embargo, cuando fui a salir de la cabaña, no sin antes oír a mi hermano renegar por no querer tomarme al menos un día libre después de lo ocurrido, vi que sentado en los escalones se encontraba Ander. Estaba recostado en el poste que sujetaba el porche y parecía dormido.

Lo rodeé y me quedé delante de él, mirándolo. Aquel tío tan grande y musculoso aparentemente había pasado la noche allí.

Aquello me conmovió.

Sin embargo, no podía dejar que eso me confundiera y olvidara que dos noches atrás aquel patán engreído había dormido con otra mujer. Bueno, dormir, lo que se dice dormir, realmente no creo que lo hubieran hecho mucho. Pero ¿para qué martirizarme pensando también en eso?

Lo que sí tenía claro es que no podía relajarme con él. Las cosas no habían cambiado entre nosotros, incluso después de cómo se había comportado la noche anterior, así que no bajaría la guardia a pesar de que mi corazón me suplicaba que lo hiciera, sobre todo viéndolo allí dormido.

¡Por favor, qué atractivo era!

—¡Vera...! —Era la voz de Pablo, que me llamaba.

Di un respingo. Estaba tan embobada contemplando a Ander que no me había dado ni cuenta de que mi hermano había salido de la cabaña y me estaba mirando.

—¿Qué?!... ¡Me has asustado! —le dije medio susurrando para no despertar a Ander.

—¿Qué hacías ahí parada?

—¿Yo?!... Yo, nada... No sé de qué me hablas, Pablo. Yo no estaba aquí parada mirando a nadie.

¡Ups! Acababa de decir exactamente lo último que querría haber dicho, porque le había soltado a mi hermano, y a Ander, que ya se había despertado y me estaba mirando con una ligera sonrisa, justo lo que había estado haciendo.

—Bueno, ¿quieres decirme qué demonios querías? —continué intentando desviar la atención de ambos hacia otro tema.

—Yo, nada —me contestó Pablo.

—Y entonces ¿para qué me has llamado? —le pregunté exasperada—. Desde luego que a veces pienso si no serás adoptado, hermanito.

—Somos mellizos, Vera.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora? —le contesté ya muy enervada.

—Pero ¿cómo voy a ser adoptado si soy mellizo tuyo?... ¡De verdad que a veces no entiendo cómo has podido sacarte una carrera, hermanita!

—Puff...

Eché a andar porque no tenía el cuerpo para tonterías. Pero también porque no iba a ser capaz de explicarle a mi hermano qué demonios hacía parada delante de Ander, que, desde que habíamos empezado a hablar mi hermano y yo, seguía nuestra conversación mirándome muy atentamente y con esa sonrisa de satisfacción que tanto me molestaba.

«¡Maldito patán engreído!»

—Vera, espera —me pidió entonces al tiempo que me cogía de la mano para interrumpir mi huida.

—Ander, llevo prisa —le dije a modo de excusa.

—¿Se te va a escapar el metro, *Fresitas*?

—Uff...

Me volví para iniciar de nuevo mi marcha y alejarme de aquel hombre.

Pero no me dejó hacerlo.

Se puso delante de mí cual muro infranqueable y no me dejó pasar. A cada movimiento mío, él se desplazaba y me impedía avanzar.

—Sólo quiero saber cómo te encuentras, Vera.

Parecía realmente preocupado.

—Estoy bien —le dije al tiempo que dejaba de intentar escapar de él.

Era consciente de que, si aquel hombre se proponía no dejarme pasar, yo no tenía nada que hacer.

—Vera... —me dijo al tiempo que cogía mi cara entre las manos y me la elevaba—. Mírame a los ojos. Quiero saber si de verdad estás bien.

—¡Mira, esto es nuevo! ¿Y se puede saber desde cuándo eres tú capaz de adivinar los estados de ánimo de alguien mirándolo a los ojos?! —le pregunté con desdén.

A continuación iba a decirle, para que no siguiera con tonterías, que no me contara cuentos de charlatán y me dejara ir, pero la vidriosidad de sus ojos y la intensidad de su mirada hicieron que un extraño escalofrío recorriera mi cuerpo dejándome muda de repente.

Su mirada..., aquella mirada tenía algo.

Me separé de él inmediatamente y salí corriendo de allí.

Lo hice hasta que llegué a la escuela y me encerré en ella para poder recuperar el aliento. Para poder recuperar la razón.

Cuando levanté la cabeza y pude soltar el aire que había retenido en los pulmones desde que Ander me había mirado de aquella inquietante manera, me di cuenta de que los chavales ya estaban en el aula y me observaban esperando una explicación a mi extraño comportamiento.

Me recompuse como pude y les dije que estaba sin aliento porque había corrido hasta allí para escapar de un peligroso moscardón que me estaba persiguiendo.

A juzgar por sus caras, no los convenció demasiado mi explicación, y eso que desde mi punto de vista yo no les había mentado en absoluto.

Sin embargo, por suerte para mí, no hicieron más preguntas y pude comenzar a dar la clase.

Ese día quería ver con ellos todo lo que me quedaba pendiente de las operaciones matemáticas con las que poder manejar correctamente el dinero. Sin embargo, la conversación que comenzaron a mantener acabó derivando en contarse todo lo que había ocurrido en la fiesta de la noche anterior y en cómo se lo habían pasado.

Cuando vi que ya no podía reconducir la clase, porque todos charlaban animadamente sobre la gente que había venido de otros poblados, los disfraces que éstos llevaban y un sinfín de cosas más, decidí darles un rato de descanso y así aprovechar yo también para ir a ver a Malai, que, a pesar de haberme prometido que vendría por la mañana a visitarme, no lo había hecho y me parecía un poco raro. Además, la picadura de aquel mosquito en el río dos días atrás se había acabado inflamando bastante y me dolía considerablemente, por lo que necesitaba que algún sanitario me la viera de inmediato, ya que me empezaba a preocupar su aspecto.

Pero para mi desgracia Malai no se encontraba en su puesto de trabajo. Había tenido que salir a atender una emergencia y en su lugar se había quedado Ander cubriéndola, ya que era la siguiente persona más cualificada allí para hacerlo.

Cuando lo vi quise dar media vuelta y largarme sin decirle nada, pero parece ser que aquel patán tenía activado el radar *detectapresas*, y en cuanto se percató de mi presencia se acercó a mí para cogerme de la mano e impedirme la huida.

—¿Se te escapa otra vez el metro, *Fresitas*?

—Venía buscando a Malai, pero como no está, me voy —le dije muy seca al mismo tiempo que intentaba soltarme para largarme de allí.

Sin embargo, Ander no me lo permitió.

—Vera, tengo la impresión de que siempre andas huyendo de mí.

Se había puesto muy serio y me miraba intensamente. Pero eso no me amilanó y mi Vera guerrera salió a la luz.

—¡Anda..., ¿y de dónde has sacado esa idea, lumbreras?! —le dije con sarcasmo.

Sin embargo, Ander no reaccionó a mis palabras como yo habría esperado.

—Vera, no sé qué te ocurre conmigo, pero no voy a parar hasta averiguarlo, así que o me lo cuentas tú o tendré que seguirte día y noche como si fuera tu sombra hasta que dé con lo que es.

—¡No seas idiota, no vas a hacer eso en absoluto!

—¿Me estás retando, Vera?... —me preguntó clavándome su intensa mirada al tiempo que elevaba la ceja derecha—. Porque te advierto que aún no sabes de lo que puedo llegar a ser capaz cuando me propongo algo.

Comenzaron a temblarme las piernas. Pero no fue por miedo a sus amenazas precisamente. Siempre que me encontraba delante de aquel hombre me sentía muy vulnerable. Y lo odiaba. Odiaba que su presencia me afectara tanto.

—Sólo dime una cosa antes de que vuelvas a salir corriendo, Vera... —me pidió entonces al mismo tiempo que, inexplicablemente, me soltaba—, ¿vienes a ver a Malai por lo que te ocurrió

ayer?

—No... —La preocupación que ahora reflejaba su rostro hizo que bajara un poco la guardia—. Venía por otra cosa.

—Pues si es algo médico me temo que vas a tener que contármelo a mí, porque ella no volverá hasta mañana y hasta entonces yo la estaré sustituyendo. Recuerda que yo también soy doctor —me dijo para terminar de convencerme—. Antes de hacer la especialidad de psiquiatría tuve que estudiar seis años de medicina general.

Acababa de convencerme. No podía esperar hasta el día siguiente para que Malai me mirara lo que cada vez tenía peor aspecto.

—Está bien... —le dije finalmente—. Hace dos días me picó algo y se me ha hinchado.

—Ven, entra, que te lo vea. Tumbate en la camilla —me pidió mientras se ponía unos guantes.

Le hice caso.

Cuando se giró, directamente se le fue la vista al tobillo. La hinchazón era tan grande que aquello no pasaba para nada desapercibido. Se me acercó y con una expresión de preocupación comenzó a explorar la zona.

—¿Cuándo dices que te picó?

—Hace dos días, en el río.

—¿Viste qué fue lo que te picó?

—Creo que fue un mosquito. Uno muy grande.

—No sería uno negro con rayas blancas, ¿verdad?

—Pues sí, era así..., ¿por qué?

—Joder, Vera.

—¿Qué? —La expresión de su cara me dio a entender que algo no andaba bien y eso me preocupó. Bastante, además—. ¡Ander, ¿me quieres decir qué ocurre?!

—¿Cómo has podido dejar pasar tanto tiempo sin venir a que alguien te lo viera?

—Pues... pues no lo sé. ¿Me quieres decir qué pasa? Me estás asustando.

—Joder, Vera..., lo que te ha picado es un tipo de mosquito endémico de esta zona. Es una especie muy peligrosa que puede llegar a causar la muerte si la picadura no se trata a tiempo, y tú has tardado dos días en venir... ¿En qué demonios estabas pensando?

—¡Y yo qué sé!... El primer día se me bajó enseguida la hinchazón y ayer, con todo el lío de la fiesta, ni me acordé.

—Madre mía, Vera. En estos casos, muchas veces hay que amputar el miembro a la persona para que la infección que se produce no se extienda a todo el cuerpo y acabe provocando el colapso general de todo el organismo.

—¿Qué?!...

Acababa de entrar en *shock*. Aquello no auguraba nada bueno. Una simple picadura podía, en el mejor de los casos, dejarme coja de por vida, y en el peor, podía matarme. ¿Cómo había sido tan indolente y había dado lugar a verme en aquella situación? No me lo podía creer.

La vista se me había nublado por completo y mi mente se había quedado bloqueada. Simplemente me había quedado colgada como si fuera un ordenador y no era capaz de procesar ninguna información, a pesar de que Ander seguía hablándome y riéndose al mismo tiempo.

«¡Un momento!»

Volví a conectar con el mundo exterior y enfoqué la vista.

Ander estaba partiéndose de la risa.

—¡Serás hijo de...!

—¡Deberías haberte visto la cara, Vera! Era todo un poema.

Y siguió riéndose a carcajada limpia, a pesar de que mi cabreo estaba llegando a límites muy peligrosos para él.

Pero ¿cómo podía aquel patán haberme hecho creer semejante cosa? ¡Y yo, ¿cómo podía haber sido tan tonta de dejarme engañar por semejante imbécil?!

¡Estaba que trinaba!

—¿Esto te lo enseñaron en la carrera de Medicina también? —le pregunté con toda mi mala leche bulléndome en el interior—. ¿Cómo se llamaba la asignatura?... ¿«Introducción a la metodología de cómo ser un poco más imbécil con tus pacientes cada día»?

—Vera, no te enfades... ¡Ha sido una broma inocente! Sólo quería asustarte un poco porque es verdad que no deberías dejar estas cosas pasar, ya que realmente pueden llegar a ser peligrosas. Sin embargo, has tenido suerte y el mosquito que te ha picado no suele causar problemas que vayan más allá de la hinchazón de la zona y algo de picor.

Lo miraba pero no lo veía. Tenía la vista nublada por las ganas que me invadían de vengarme de aquel patán insensible que había hecho que casi me diera un infarto pensando que algo muy malo me iba a ocurrir.

La venganza sería terrible. ¡Lo juro!

—¡Mira, no me lío a darte guantazos porque sé que no me dejarías ni que te soltara el primero, porque obviamente eres mucho más fuerte que yo... —empecé a decirle gritando—, pero ya te relajarás y llegará el día en que me vengue de ti y de lo mal que me lo acabas de hacer pasar, imbécil!

—Vera...

Lo miré con tal furia que no tuvo más remedio que agachar la cabeza.

—Está bien... —me dijo ahora ya serio—, deja que te pinche un antibiótico y te vende el tobillo para que la inflamación no vaya a más. Después podrás irte.

Obviamente no me quedaba más remedio que aguantar que aquel tipo terminara su labor como médico si no quería tener más problemas con aquella dichosa picadura. Pero después de eso me largaría de allí y juro que no le volvería a dirigir la palabra en toda mi vida.

—Necesito que te pongas de pie y te bajas las braguitas.

—¡¿Perdona?!

No salía de mi asombro.

—Es para suministrarte el antibiótico, Vera. Es una inyección intramuscular y, por tanto, debe pincharse en el glúteo.

¡Ahora tendría que enseñarle el culo a aquel patán engreído! ¡Qué bien..., la cosa mejoraba por momentos!

Mi ira iba aumentando conforme más tiempo pasaba con aquel hombre.

Aun así, me bajé de la camilla, me giré sobre mí misma poniéndome de espaldas a él y me bajé las braguitas soltando un bufido al mismo tiempo.

Oí que Ander dejaba escapar una pequeña carcajada. Aquel patán se lo estaba pasando en grande a mi costa.

Después cerré los ojos temerosa del dolor que pudiera sentir y esperé el dichoso pinchazo. Pero éste no llegó.

Me giré sobre mí misma y vi que Ander estaba haciendo algo en la mesa donde había preparado la inyección.

—¿Quieres hacer el favor de pincharme ya de una maldita vez? —le dije desquiciada por la espera.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué?

—Que ya te he puesto la inyección, Vera.

—¡Pero si no me he enterado! —Acababa de tirar al contenedor específico para ese tipo de residuos la aguja con la que me había pinchado. Carraspeé—. Pues... gracias entonces... Por no haberme hecho daño, digo.

—Vera, soy un profesional.

Eso era cierto. Ander hacía su trabajo a la perfección siempre.

—Necesito que vuelvas a tumbarte para vendarte el tobillo.

No rechisté. Me recosté de nuevo y esperé pacientemente a que lo hiciera. Y, para ser sincera, debo que decir que disfruté bastante con la calidez de sus manos y la delicadeza con la que me estuvo manipulando el tobillo.

—Listo. He terminado. Ya puedes irte si quieres.

Carraspeé. Había tenido las manos de aquel hombre rozándome de nuevo la piel con la extraña pero también deliciosa sensación que aquello me producía.

Así que, después de recomponerme un poco, me levanté y me dirigí a la puerta sin decir nada más.

—Por cierto, *Fresitas*... —comenzó a decirme entonces—, tienes el glúteo más bonito que he visto en mi vida..., anatómicamente hablando, claro está. No me entiendas mal, te estoy hablando siempre desde el punto de vista profesional, por supuesto. —Su sonrisa pícaro delataba el propósito que tenía su comentario, a todas luces provocador.

A aquel tipo le encantaba ponerme nerviosa.

Salí de allí pitando sin contestarle todo aquello que me habría gustado. Pero es que si lo hacía

corría el peligro de que Ander se me acercara demasiado, y entonces no sé si hubiera podido evitar hacer aquello que mi cuerpo me pedía a gritos.

Porque, ¿para qué negarlo?, aquel hombre me volvía loca.

En todos los sentidos.

Volví a llegar corriendo y sin aliento a la escuela, y volví a tener clavada la mirada de aquellos cinco chavales que ya me empezaban a tomar por una loca.

—El moscardón otra vez... —les dije a modo de excusa—. Es que me lo encuentro en todas partes.

Y, sin dar más explicaciones, comencé con las clases.

Sin embargo, después de dos horas más de cálculos matemáticos con los chavales di por concluida la mañana con ellos porque nos encontrábamos ya todos muy cansados.

Decidí entonces que nos fuéramos a comer y por la tarde ya retomaríamos las clases trabajando otras materias que no necesitaran tanto esfuerzo mental.

En la comida, donde coincidimos todos sentados a la misma mesa, pude hablar con Zoe, a la que tenía situada enfrente, y me estuvo contando cómo le fue a ella la noche anterior. Por lo visto se había buscado a alguien con quien pasar un buen rato.

¡Otra que no perdía el tiempo!

¿A ver si es que la rara era yo?! Porque Chloé seguía haciéndole ojitos a Jan. Se ve que aún no había conseguido tirárselo y por eso seguía tan interesada en él.

Y, por otra parte, mi hermano parecía haber tenido un acercamiento con Malai, con la que charlaba de una manera muy cariñosa.

El caso es que todo el mundo allí, de una manera u otra, tenía su rollo con alguien. Menos yo, claro, que ya empezaba a tener complejo de monja de clausura.

—Oye, Ander, ¿y tú te enrollaste con alguna en la fiesta? —le preguntó entonces a bocajarro Zoe—. Porque no te vi en toda la noche —continuó diciéndole—. Claro que tampoco te vi a ti, Vera... ¡Ostia, espera!... Eso es que estuvisteis juntos por fin, ¿no? —terminó por decir sonriendo como si acabara de destapar la noticia del corazón más destacada del año.

Yo no sabía dónde meterme. Aquella muchacha era una bocazas nivel Dios.

—¿Yo con Vera?! ¡No digas tonterías, Zoe! —le contestó entonces Ander, acompañando sus palabras con un gesto de la mano que daba a entender que eso era algo totalmente descabellado—. Ni que estuviera loco.

—¿Perdona?! —le solté.

¡Uh, lo que acababa de decirme! Aquel tipo se estaba jugando una patada en ciertas partes. ¡Se la estaba jugando, no! ¡Se la había ganado de pleno por ser un patán engreído!

¡Me iba a oír!

—¡Ya querrías tú tener a una mujer como yo a tu lado, imbécil! ¡Ni en tus mejores sueños me tendrías!

—Eso más bien serían mis peores pesadillas, *Fresitas*.

«¡Puff!» Me puse de pie.

Las mejillas comenzaron a arderme. El corazón se me salía por la boca y la rabia fluía por mis venas alimentando el cabreo que sus palabras me habían producido.

Tuve que irme de allí escopetada, porque si me quedaba iba a acabar echándole por encima toda la comida del bufet a aquel idiota y no quería montar un espectáculo. Y, por supuesto, mucho menos aún quería mostrarle hasta qué punto me afectaban sus palabras.

Pero ¿quién se había creído que era?... ¿El tío más bueno del mundo? ¿El hombre más sexy y atractivo del universo?

¡¡Argggg!! ¡¿Y qué si lo era?!

Me fui directa a mi cabaña.

El portazo que di debió de oírse en toda la selva, porque hasta los animalitos de alrededor se quedaron mudos por unos instantes.

—Pero ¿qué demonios te ha pasado, Vera? —me preguntó mi hermano, que al parecer me había seguido y acababa de entrar por la puerta.

—Vera, siento haber metido la pata —dijo entonces Zoe, que por lo visto también había venido acompañando a Pablo.

Resoplé. Porque ahora encima tendría que dar explicaciones por mi comportamiento y a ver qué demonios decía.

—Tía, de verdad que no sabía que estaba metiendo la pata. —Zoe estaba realmente arrepentida —. Simplemente creí que habíais pasado la noche juntos, y la verdad es que me alegré mucho al pensarlo.

—Ya lo sé, Zoe. No ha sido culpa tuya. Es sólo que Ander me pone muy tensa.

—Bueno, en realidad os ponéis tensos mutuamente, hermanita. Es obvio que cuando estáis juntos saltan chispas entre vosotros... Tensión no resuelta se le llama a eso. Pero deberíais relajaros, sobre todo por el bien de los demás.

—No pienso bajar la guardia con ese patán, Pablo.

—Mira, haz lo que te dé la gana. No voy a discutir más contigo sobre este tema, ya eres mayorcita. Me voy con Malai a dar un paseo. Luego hablamos.

Y, dándome un beso en la mejilla que hizo que se me pasara el cabreo de golpe, se fue de allí dejándonos solas a Zoe y a mí.

Mi hermano era mi ansiolítico y con un solo gesto de cariño siempre conseguía relajarme. Por eso lo quería y lo necesitaba tanto.

—Yo también me voy —me anunció entonces Zoe—. Sólo he venido a decirte que sentía mucho haberla liado.

—Tú no la has liado. Es ese imbécil, que siempre acaba sacando lo peor de mí.

Zoe sonrió entonces.

—¿Se puede saber por qué demonios te ríes ahora? —le pregunté curiosa.

—Por nada —me contestó. Pero obviamente sí había alguna razón—. Es sólo que me he

acordado de un refrán que decía mi abuela.

Me crucé de brazos a la espera de que me dijera aquel refrán que tanta gracia parecía haberle hecho.

Zoe resopló.

—Es que si te lo digo te vas a enfadar —me advirtió.

—Pues eso haberlo pensado antes. Ahora no puedes dejarme así. ¡Vamos, suéltalo!

—Pues mi abuela decía, creo que muy sabiamente..., que los amores reñidos son los más queridos —me explicó con cautela y muy pendiente de mi posible reacción.

—Eso son chorradas de viejas —le espeté yo.

—Claro, claro, por supuesto —se apresuró a responder—. Eso no son más que tonterías de antiguas.

—Pues sí —le dije a continuación intentando reafirmarme, sobre todo para convencerme a mí misma de que yo estaba en lo cierto.

¡Ainss..., pero ¿a quién quería engañar?!

Si es que lo peor de todo es que a lo mejor su abuela llevaba un poco de razón.

Me dejé caer sobre la cama, aplastando la cara contra la almohada en un intento de ahogarme, a ver si así ya desaparecían todos mis males.

—Yo mejor me voy —me dijo entonces Zoe mientras salía por la puerta de la cabaña y la cerraba tras de sí, dejándome sola.

¡Dios, pero ¿por qué había tenido que cruzarme con aquel hombre?! Con lo tranquila que vivía yo antes de que él entrara en mi vida.

A la media hora, y después de haber descansado lo suficiente, me levanté con un aire renovado tras decidir que ya nada de lo que viniera de aquel patán me iba a afectar.

Me quedaban muy pocos días de estar allí, y después lo perdería de vista para siempre. Así que sólo tenía que aguantar ese poco tiempo y después podría, por fin, vivir una vida relajada y sin los sobresaltos que aquel hombre me producía.

Me dirigí, por tanto, a la escuela, puesto que ya era la hora que había acordado con los chavales en que reanudaríamos las clases.

Cuando llegué, Khalan y Kanya estaban peleándose de nuevo.

Definitivamente tenía que hacer la dinámica de grupo con ellos para intentar solucionar lo suyo. Sin embargo, esa tarde no me encontraba de humor como para dirigir una sesión de ese tipo, así que decidí posponerla para otro momento más apropiado en el que me encontrara más tranquila.

Comencé, por tanto, con un tema radicalmente diferente. Esa tarde quería explicarles cómo se conformaba el mundo en el que vivíamos. Es decir, cómo estaba dividido el globo terráqueo en continentes y océanos, y cómo a su vez, los continentes se dividían en países con distintas razas, lenguas, costumbres, religiones, etcétera.

Aquello resultó ser muy impactante para mí, y eso que ya sabía de su desconocimiento en ese

tema, sobre todo después de ver cómo habían alucinado ante los vídeos que les habíamos puesto de zonas totalmente desconocidas para ellos de su país. Ni siquiera puedo explicar la cara que pusieron cuando vieron la inmensidad del océano bañando las costas tan preciosas que tenían allí.

Pero, por desgracia, aquellos chiquillos nunca habían tenido acceso a la educación, y mucho menos a una televisión, un libro o internet como para poder hacerse una idea de cómo era el mundo en el que vivían. Y, por supuesto, ninguno de ellos había salido nunca de la selva, con lo que su visión del planeta se reducía única y exclusivamente a lo que conocían de aquella zona. Todo ello los llevaba obligadamente a tener una visión del mundo sumamente simplista. Pero, claro, ¿cómo vas a tener conocimiento de algo cuando jamás lo has visto ni te lo han mostrado? Eso era imposible.

Por tanto, me pareció muy importante enseñarles, aunque fuera a grandes rasgos, cómo era el planeta en el que vivían, y ellos, como hacían siempre, lo agradecieron enormemente.

—Señorita Vera... —me empezó a decir Sunee, que era la que más atención había prestado de todos—, ¿yo podré algún día ir a visitar todos esos países?

Obviamente, aquella chiquilla, y probablemente tampoco los demás, se habían formado aún una idea aproximada de la inmensidad que suponía el planeta Tierra.

—Bueno, Sunee..., es posible que puedas conocer algunos, sí. Pero debes tener en cuenta...

De repente tuve que dejar de hablar. El ruido de una sirena comenzó a sonar impidiendo que pudiéramos siquiera oírnos entre nosotros.

Traté de preguntarles a los chavales si sabían qué significaba aquello, pero apenas oía sus contestaciones. Sólo pude ver que todos, en el momento justo en que comenzaron a oír la sirena, corrieron a esconderse debajo de sus pupitres.

—Vera, ¿qué haces aún ahí de pie?

Ander acababa de entrar en la escuela.

¡Lo que me faltaba para terminar de crispar mis nervios!

Pero no me dio tiempo ni a abrir la boca. Se vino derecho a mí, se agachó, se metió bajo mi mesa y me hizo un gesto para que yo también lo hiciera.

—Venga, vamos. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿de qué hablas? No pienso meterme contigo ahí debajo —le dije absolutamente convencida.

—Vera, no seas cabezota, que esto no es un juego. ¡Métete aquí ahora mismo! —me ordenó gritando, entre otras cosas para hacerse oír por encima de la dichosa sirena que nos iba a dejar a todos sordos.

—¡Ni lo sueñes!

—¡Joder...! —dijo al tiempo que miraba alucinado cómo yo me cruzaba de brazos y me negaba a hacer lo que me estaba pidiendo—. Escúchame bien, *Fresitas*, o te metes ahora mismo aquí debajo por tus propios medios o no me vas a dejar otra opción, ¡te lo advierto!

—¡Uy, qué miedo me das! —le respondí retadora.

Ander exhaló el aire que había en sus pulmones y volvió a coger más en un intento de no perder los estribos ante mi conducta.

—¿Te das cuenta de que no estás dando el mejor ejemplo a los chavales y todo por tu cabezonería?

—¿Ejemplo de qué?

—De lo que hay que hacer en un terremoto.

—¿En un qué?...

La paciencia se le agotó y con un movimiento rápido tiró de mí, tumbándome en el suelo.

—Te lo advertí, así que ahora no protestes.

Se había sentado a horcajadas sobre mí y tenía su cuerpo echado hacia delante, cubriendo el mío. Además me sujetaba las muñecas por encima de la cabeza para que no pudiera golpearlo.

Imposible moverme. Imposible escaparme de él.

Nuestros ojos se encontraron entonces y ahí fue cuando perdí la razón. Porque ese hombre, tanto en un sentido como en otro, siempre hacía que me volviera loca. Pero es que, además, estar en la postura en la que nos encontrábamos empezaba a pasarme factura.

Porque realmente lo deseaba.

Pero es que el modo en que me miraba Ander tampoco dejaba lugar a dudas de lo que él me deseaba a mí.

Sentir su fresco aliento a escasos centímetros de mis labios no mejoró la situación.

—Vera... —susurró acercando su boca peligrosamente a la mía.

¡Oh, Dios! No lo iba a poder evitar.

Se me iba a salir el corazón por la boca. Mi respiración, totalmente desacompañada, denotaba los estragos que aquel hombre producía en mi organismo. Porque se me aceleraba la respiración y el corazón y se me enlentecía el cerebro.

—Eres preciosa... —me susurró entonces.

Aquel hombre volvía a mirarme tan intensamente que un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, encendiéndolo.

Estaba perdida. Completamente perdida. Porque seguía mirándome con tal deseo que asustaba.

Para él tampoco estaba siendo fácil aquello. Su expresión lo delataba. Por la razón que fuera, sentía algún tipo de temor. Sin embargo, como si no pudiera evitarlo, comenzó a bajar las manos recorriendo mis brazos hasta llegar a la altura de mi cara. Después, dulcemente, acarició mis mejillas.

A continuación rodeó con los dedos mis labios y acercó su boca a la mía. Podía sentir su respiración acariciarme la piel. Podía sentir cómo nuestros corazones se desbocaban al mismo tiempo.

Un pequeñísimo instante duró el roce de sus labios con los míos. Un pequeñísimo instante, dulce como la miel, que sacudió mi cuerpo entero.

Un susurro ahogado salió de mi garganta. Un susurro que coronó el momento. Un susurro que

expresó todo lo que aquel hombre me hacía sentir.
Después, simplemente, volvimos a la realidad.

Capítulo 20

La sirena había dejado de sonar y los pequeños, que ya habían salido de debajo de las mesas, nos miraban perplejos.

Ander carraspeó y comenzó a moverse.

Yo también lo hice gracias a su ayuda.

Nos pusimos en pie y ninguno de los dos dijo nada.

Yo simplemente me puse a ordenar los papeles de encima de mi mesa y a decirles a los chicos que ya se había acabado la clase y que podían irse a jugar, porque aquello, obviamente, sólo había sido un simulacro.

—Será mejor que te vayas —le pedí también a Ander.

—Vera... —comenzó a decirme.

Pero no lo dejé continuar mostrándome muy tajante.

—Si no lo haces tú, me iré yo.

Hubo un largo y tenso silencio hasta que Ander se decidió a hablar.

—Está bien, me voy —me contestó al tiempo que echaba a andar para marcharse de allí.

Sin embargo, antes de alcanzar la puerta, giró sobre sus talones y me miró directamente a los ojos.

—Es sólo cuestión de tiempo que acabemos juntos, *Fresitas*. Porque tengo claro, aunque tú no quieras admitirlo, que tu corazón ya es completamente mío.

Me dejó con la palabra en la boca. Primero, porque después de soltar aquello se fue sin esperar que le contestara. Y, segundo, porque aunque se hubiera esperado, yo me había quedado tan impactada con su afirmación que no habría sido capaz de decirle absolutamente nada.

De nuevo aquel hombre me había dejado completamente descolocada. Tanto, que necesité varios minutos para recomponerme y salir de allí.

Una vez recuperado el aliento y la razón, salí por la puerta de la escuela y me dirigí a mi cabaña con la clara intención de encerrarme en ella y no salir de allí hasta que se me hubiese pasado el cabreo que tenía encima. ¡Que era grande! Porque de nuevo había sucumbido a los encantos de aquel hombre, que no me traería más que problemas. De eso estaba completamente segura.

Cuando llegué a la cabaña me encontré con mi hermano, que estaba echado sobre su cama. Estaba muy pensativo.

—Hola, Pablo.

—Buenas. —Fue su escueta contestación. Parecía perdido en sus pensamientos.

—¿Todo bien? —le pregunté algo inquieta, ya que normalmente él no era un hombre de reflexionar demasiado sobre las cosas y en ese momento sí daba la sensación de estar haciéndolo.

—Sí, mejor que nunca —me contestó esbozando una enorme sonrisa.

—¿Y tiene eso algo que ver con Malai?

Pablo se incorporó en la cama y se quedó sentado en ella girado hacia mí.

—Pues sí, Vera. Malai me ha perdonado mi asfixiante comportamiento y vamos a tener otra oportunidad, así que estoy muy feliz. Porque además ahora lo veo todo claro. Por fin he podido relajarme y no sentir el miedo que tenía. Ahora entiendo que, aunque de momento no podamos estar juntos físicamente durante un tiempo, eso no significa que la vaya a perder. He comprendido que Malai no es como Andrea y que no puedo tener los mismos miedos que tuve con ella. Porque nuestra relación es muy diferente y Malai, además, no es alguien que me vaya a hacer daño. Ella me quiere de verdad y hará todo lo posible para que estemos juntos. Es sólo cuestión de tiempo que podamos encontrar la forma, Vera.

Pablo sonreía como un niño. Realmente estaba feliz. Era lógico. Por fin había encontrado lo que tanto se merecía.

Se me saltaron las lágrimas. Verlo así me producía sentimientos encontrados. Por un lado me alegraba muchísimo que por fin pudiera sentirse correspondido y que hubiera encontrado la paz en ese sentido. Pero, por otro, no podía evitar tener un miedo terrible a perderlo. Porque egoístamente lo necesitaba y mucho. Necesitaba que siguiera a mi lado como lo había hecho hasta ahora, y me daba pánico pensar que al tener Pablo una relación con alguien no pudiera tenerlo a mi disposición como hasta ahora.

—Vera... —comenzó a decirme al tiempo que se levantaba de la cama y se acercaba a mí—. Siempre estaré a tu lado. No me vas a perder.

Rompí a llorar. Pablo había adivinado en mis ojos mi miedo.

Me abracé a él durante un buen rato. No quería soltarlo porque sabía que, aunque siempre tuviéramos nuestra conexión y siempre estuviéramos en contacto, las cosas ya no serían igual. Eso era inevitable. Sin embargo, saber que él también había pensado en ello me proporcionó bastante tranquilidad.

—Me alegro muchísimo por ti. De veras. Pero no puedo evitar sentirme muy rara. Es como si fuera a perder una parte de mí misma; esa parte que me sustenta y me da apoyo para seguir adelante en los momentos difíciles.

—Vera, de verdad que no tienes nada que temer. Todo seguirá igual entre nosotros. Confía en mí, ¿vale?

Asentí. No muy convencida, pero lo hice. Porque siempre había confiado en mi hermano y tenía que seguir haciéndolo.

—¿Piensas soltarme algún día? —me preguntó entonces al tiempo que intentaba separarse de mí—. Más que nada, por aquello de poder respirar y esas cosas.

Sin haberme dado cuenta me había aferrado a él de tal manera que incluso a mí también me

estaba costando respirar.

Lo solté inmediatamente sin poder evitar sonreír. De nuevo mi hermano había calmado mi ansiedad y había acabado sacándome una sonrisa.

—Oye, cambiando de tema... —me dijo entonces—, este fin de semana nos vamos de nuevo de turismo. Cuento contigo, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Qué vamos a ver?

—Pues primero veremos el Triángulo de Oro, después navegaremos por el río Mekong y finalmente veremos el famoso Templo Blanco. Ah, y de camino pararemos en un lugar donde es típico comer insectos.

—¿Y para qué vamos a parar ahí?

—¿Tú qué crees, Vera? ¡¿Para probar una degustación de macarrones?! —me soltó mi hermano con sorna.

—¡¿En serio vamos a ir a un sitio para comer insectos?! ¡Tú estás *chalo*!

—Es lo típico.

—¡Sí, pues a mí que me esperen!

—Pues yo sí pienso probarlos. Dicen que tienen muchas proteínas y que son el alimento del futuro.

—Pues espero no seguir viviendo para entonces. De lo contrario, me moriré de inanición.

—¡Hermanita, qué falta te hace pasar hambre!

—¡Mira, lo dice el que ha vivido una posguerra, no te fastidia!... Pareces la abuela con ese comentario.

—Oye, ahora que dices eso, hace ya bastantes días que no llamamos a casa —me recordó—. Este fin de semana, cuando encontremos un sitio con wifi, les hacemos una videollamada, ¿de acuerdo?

—Vale.

Había estado tan sumida en mis cosas y en todo lo que me estaba pasando que me había olvidado por completo de que tenía una familia.

¡Mi madre seguro que estaba que trinaba por no poder saber más a menudo de nosotros!

Esa noche me acosté precisamente pensando en ellos. Tenía mucha suerte de tener los padres que teníamos. Jamás nos habían defraudado, y sé a ciencia cierta que jamás lo harían. Para mí ellos, junto con mi hermano, lo eran todo.

Supongo que pensar en todo eso antes de dormirme fue lo que me hizo soñar con ellos. Pero no fue un sueño normal. De nuevo, la dichosa pesadilla hizo acto de presencia. Sólo que esta vez me reveló detalles nuevos.

La fiesta.

Todos sonríen. Mis padres y mi hermano también lo hacen.

Todos estamos felices.

*Pero se acaba. Nos vamos.
Salimos a la calle. Está oscuro.
Un coche se aproxima.
Entonces oigo esa música.
Me pongo muy nerviosa. Sé lo que viene a continuación.
No, no, no...
Caigo al suelo.
No lo podré soportar. No podré soportar el dolor.
Me desvanezco.
Así es mejor.
Ya no hay dolor.
Blanco.
No hay dolor.*

Me desperté, como siempre, empapada en sudor y muy tensa. Esta vez incluso me encontraba mareada. Me costó bastante recuperarme de esa horrible sensación del desvanecimiento del final del sueño.

Cuando lo hice, me giré para buscar a mi hermano.

Me sorprendió verlo despierto. Estaba sentado sobre su cama, observándome atentamente.

No me hizo falta decirle nada. Inmediatamente se levantó, se aproximó a mí y me abrazó. Comencé a llorar. Empezó a salir la tensión que había acumulado durante la pesadilla.

Cuando conseguí calmarme, me separé de él y lo miré directamente a los ojos.

—En la fiesta estaban papá y mamá —le dije atoradamente—. Tú también estabas.

Él agachó la cabeza.

—Pablo, dime qué pasó de una vez.

—Sabes que no puedo. Ander nos pidió...

—¡Estoy harta de Ander! ¡Quiero..., necesito saber qué me ocurrió! ¡Por favor, Pablo, dímelo!

—Vera..., ¿por qué no vamos a buscar a Ander y le contamos qué es exactamente lo que has soñado esta vez y que él decida qué hacemos?

Me quedé mirándolo estupefacta. ¿Por qué daba prioridad a lo que un médico había dicho frente a mi imperiosa necesidad de conocer esa verdad que tanto me estaba perturbando en forma de pesadillas?

Mi hermano supo inmediatamente cómo me estaba sintiendo.

—No te enfades conmigo, Vera. Ni con Ander tampoco. Únicamente seguimos el protocolo que se establece en estos casos pensando en tu bien.

Estaba harta.

—¡Busca a Ander y dile que venga! En una ocasión me dijo que, si yo se lo pedía, él mismo me contaría lo que me había pasado. Pues bien, ¡ha llegado ese momento!

—Vera...

—Pablo.

—Está bien, está bien. Iré a por él.

Y lo hizo. A los pocos minutos ambos cruzaban la puerta de nuestra cabaña.

—Vera, ¿estás bien? —me preguntó Ander con cara de preocupación nada más entrar.

Pero no pude responderle. Porque me había sumido en mis pensamientos intentando recordar las imágenes de las pesadillas. Estaba tratando de encontrar el nexo de unión entre todas ellas para darles un sentido.

—Vera... —Ander acababa de sentarse a mi lado en la cama. Me cogió la cara y me la giró para que lo mirara—. Vera, háblame... Dime qué has soñado.

Entonces fui consciente de su presencia y, como si de un imán se tratase, me abracé a él. Me abracé instintivamente a la única persona en el mundo que había conseguido que me sintiera entre sus brazos igual que lo hacía entre los brazos de mi hermano. Sólo él conseguía calmarme como lo hacía mi hermano, pero, además, con él me sentía segura, protegida.

—Vera...

Tras unos segundos más, me separé de él. Su mirada, aquella vidriosa mirada, penetró en mi cuerpo recorriéndolo como un latigazo. Había algo en ella que me inquietaba y me seducía al mismo tiempo.

—Ander, necesito saber qué me ha ocurrido.

—Vera..., sé cómo te sientes ahora mismo, pero creo que ya estás empezando a recordar cosas a través de tus sueños, y quizá, si esperásemos un poco más, acabarías descubriendo por ti misma lo que sucedió sin que nada externo enturbie tus recuerdos.

—Ander, estoy harta de esta situación.

—Lo sé, tu hermano me ha contado cómo te sientes —me dijo al tiempo que me cogía las manos y comenzaba a acariciármelas con las suyas—. Haremos una cosa si te parece. Tú me cuentas qué es lo que has visto en tus sueños y yo te digo si realmente se corresponde con la realidad de lo que ocurrió.

—¿Y después me contarás el resto? —le pregunté esperanzada.

Sin embargo, Ander agachó su cabeza, dándome a entender que no lo haría.

—Vayamos por partes, ¿de acuerdo? —me pidió entonces—. Empieza por contarme qué ha sido lo que has visto.

—Está bien... —le contesté vencida—. Verás..., ha sido la misma pesadilla de siempre, pero en la fiesta del principio también se encontraban mis padres y mi hermano.

—De acuerdo, Vera —me dijo entonces al tiempo que analizaba lo que yo le estaba contando—. Pero tengo una duda..., ¿en la fiesta había alguien más que conocieras, como amigos u otros familiares?

—No, que yo recuerde. Sólo ellos y más gente a la que no le veo la cara.

—Vale, ¿y después qué ocurre?

—Que nos vamos de la fiesta.

—¿Quiénes os vais exactamente?

—Pues... no lo sé realmente. Yo salgo con alguien de ella, pero no sé quién es.

—¿Sales con una sola persona?

—Sí, y me atrevería a decir que es mi hermano, pero no lo sé seguro, porque no le veo la cara.

Me volví para mirarlo, esperando que me confirmara que ciertamente se trataba de él. Pero no encontré tal ratificación. Simplemente agachó la cabeza escapando de mi mirada inquisitiva.

—Ander, por favor... —Me giré de nuevo hacia él para mirarlo directamente a los ojos—. Necesito saber al menos qué hay de verdad en todo lo que he soñado —le pedí sintiendo cómo una lágrima brotaba de mis ojos.

—Está bien, Vera..., pero, por favor, no llores —me contestó mientras secaba dulcemente con sus dedos mis lágrimas—. Esa noche fuiste a una fiesta. Eso es correcto. Y en ella se encontraban tus padres y tu hermano. Eso también es correcto. De hecho, todo lo que nos has contado es tal como sucedió. ¿Estoy en lo cierto, Pablo?

—Sí, así es —le contestó mi hermano.

Ander me miraba esperando una reacción por mi parte, pero yo simplemente continué explicándole lo que recordaba.

—Después oigo esa canción y algo horrible ocurre. No sé exactamente qué es, pero es algo que hace que prefiera desconectar.

—¿Qué significa eso de desconectar, Vera? ¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé muy bien. Es una sensación que tengo. Es como que esa situación me sobrepasa y prefiero huir de ella. No sé..., cierro los ojos y de repente lo veo todo blanco y ya no hay nada a mi alrededor. Nada de lo que preocuparme. Eso hace que me sienta mejor, y me repito a mí misma para convencerme que así es mejor, como si eso fuera la salida a algo. No lo sé..., es todo tan confuso que sólo puedo guiarme por mis sensaciones. Pero ni siquiera sé si éstas son acertadas.

Hubo un silencio mientras Ander sopesaba lo que iba a decirme a continuación.

—Vera, creo que vas por el buen camino y por eso pienso que ahora mismo sería un error contarte lo que ocurrió. Parece que tu mente empieza a recuperar la información de una manera correcta, por lo que prefiero esperar a que termines de encajar tú sola el puzzle.

Si me hubiera dicho eso nada más entrar en la cabaña, me habría echado sobre él hecha una furia exigiéndole que me lo contara todo. Pero ahora ya no tenía esa necesidad imperativa. Me había calmado bastante y hablar con él había hecho que viera las cosas de otra manera. Si él llevaba razón, y así empezaba a creerlo yo también, sólo sería cuestión de tiempo que terminara de recordarlo todo y descubriera por mí misma, por fin, qué demonios me había ocurrido. Así que decidí nuevamente hacerle caso y esperar.

—Vale —les dije a ambos, que inmediatamente soltaron el aire que habían estado conteniendo en sus pulmones a la espera de mi resolución. Obviamente se sintieron muy aliviados con mi cambio de actitud.

Ander me sonrió con dulzura y a continuación me acarició la mejilla izquierda con el dedo pulgar.

—Todo va a ir bien, Vera. Vas por el buen camino, te lo aseguro.

No me iba a rendir con ese tema hasta que averiguara qué me había sucedido, porque cada vez estaba más convencida de que saberlo haría que todo en mí encajara finalmente y dejara de sentir ese vacío que tanto me atormentaba. Porque tenía claro que lo sucedido iba más allá del hecho en sí que me había llevado al hospital. Eso sólo era una pequeña parte de algo más grande que necesitaba resolver para volver a sentirme en calma conmigo misma, pero, sobre todo, para recuperar ese algo que me faltaba y que ayudaría a llenar el desasosegante vacío que sentía.

—Gracias, Ander —le dije con verdadera gratitud—. Ahora me siento algo más tranquila y eso te lo debo a ti.

Pablo sonrió satisfecho ante mis palabras y, con las mismas, se excusó para salir de allí y dejarnos solos.

—Espera, espera... —comenzó a decirme Ander poniendo cara de preocupación—. Las pesadillas deben de haberte afectado más de lo que creía. ¿Tú dirigiéndote a mí sin insultarme y encima para darme las gracias?... Esto es nuevo, *Fresitas*.

—Mira, Ander... —comencé a decirle—, será mejor que no tientes a la suerte, ¿de acuerdo? Así que empieza por dejar de llamarme «Fresitas».

—Está bien... —me dijo sonriendo como un niño—. Podemos hacer un trato. Tú no me vuelves a insultar y yo no te llamo más así.

Lo miré incrédula. No me fiaba mucho de él.

—Vale —le contesté aun así, a pesar de mis reticencias iniciales—. Trato hecho.

Ander sonrió ahora abiertamente.

—¿Sabes, Vera...? —comenzó a decirme al tiempo que se aproximaba bastante a mí y me miraba directamente a los ojos—. Podría acostumbrarme a este cambio en nuestra relación. Creo que hasta podría gustarme.

Carraspeé. La cercanía de su boca y la intensidad de su mirada me habían puesto tremendamente nerviosa.

—Pues no te acostumbres demasiado —repliqué al tiempo que me levantaba de la cama para poner distancia entre él y yo—. No creo que dure mucho la tregua entre nosotros.

—¿Ah, no?! ¿Y eso por qué? —me preguntó mientras se levantaba y de nuevo se acercaba peligrosamente a mí.

Retrocedí unos pasos, pero la pared que tenía detrás me impidió alejarme más de él. Me había quedado sin salida.

—Porque no confío en ti y sé que me la volverás a jugar —le espeté—. Además, estoy segura de que me acabarás haciendo daño.

Ander se paró de repente y comenzó a mirarme extrañado.

—Jamás te haría daño, Vera —me dijo completamente convencido.

Pero no lo creí. Sus hechos, anteriormente, ya habían contradicho sus palabras, y no era la primera vez que me sentía herida por sus juegucitos.

No obstante, tampoco quise mostrarle hasta qué punto eso me afectaba, así que me escabullí como pude y abrí la puerta para irme de la cabaña.

—Vera, no huyas de nuevo.

Pero no le hice caso y me largué de allí.

Aquel hombre no me convenía para nada y, cuanto más cerca lo tenía, más difícil me era alejarme de él, así que poner distancia entre nosotros era la mejor solución que había encontrado para no sentirme atrapada en sus redes.

De hecho, mi plan habría funcionado a la perfección de no ser porque había salido de la cabaña en pijama, sin calzado y sin peinarme siquiera.

«¡Mierda!»

—¿No se te olvida algo, Vera? —me preguntó entonces Ander desde la puerta. Sonreía burlonamente porque sabía de sobra que no me quedaría más remedio que volver.

Y lo hice. Para exasperación mía y satisfacción de él.

—Lárgate ahora mismo —le espeté conforme entraba por la puerta.

—Me iré sólo si me das algo que quiero de ti.

Aquello me dejó atónita. ¿Qué podía querer aquel patán engreído?

Me di media vuelta para mirarlo y me crucé de brazos invitándolo, no muy amablemente, a que me dijera qué demonios quería ahora.

—Quiero un beso tuyo —me soltó entonces a bocajarro.

—¡Ja! ¡Ni lo sueñes!

Pero, a pesar de mi negativa, se acercó lentamente hasta pararse a escasos centímetros de mí.

—Tarde o temprano tus labios acabarán buscando los míos y entonces desearás que mis besos no terminen nunca. Te dije que tu corazón ya me pertenecía. Ahora sólo falta que tu mente te deje ver lo que verdaderamente sientes por mí.

Me temblaba el cuerpo entero. Aquel hombre despertaba en mí demasiadas cosas a la vez.

—Yo no siento nada por ti y mucho menos deseo besarte, así que ya puedes ir largándote —le dije intentando parecer convincente.

Ander se echó de nuevo a reír.

—No sé qué es lo que te aleja de mí, Vera, pero acabaré averiguándolo.

—Pues, mira, hoy estás de suerte, porque yo misma te lo voy a explicar para que, de una vez por todas, me dejes tranquila.

—Te escucho —me dijo muy interesado.

No sabía por dónde comenzar, así que solté lo primero que se me vino a la cabeza.

—Pues, para empezar, no me gustas. Tu lado «salvaje» no me atrae en absoluto. Odio los tatuajes y a los chicos de pelo largo, así que no encajas para nada con mi tipo ideal de hombre. — Ander me miraba divertido. Estaba claro que mi discurso no lo estaba convenciendo en absoluto,

pero, así y todo, continué—: Para seguir, tú y yo somos muy diferentes y, por tanto, incompatibles. Vemos el mundo de una manera muy distinta y nunca podríamos tener una vida en común. —Ander fue a decir algo, pero no lo dejé porque continué hablando, esta vez con mucha más decisión—: Y, para terminar, te diré que no sólo eres un picaflor de manual, sino que además lo haces para cubrir el vacío que te ha dejado la mujer por la que te has hecho el tatuaje del corazón. —A Ander le había desaparecido la sonrisa de la boca—. Así que más vale que centres tu interés en esa otra mujer, porque conmigo no tienes nada que hacer.

Quizá había sido demasiado dura con mis palabras, pero eso lo ayudaría a que tuviese clara mi postura hacia él y, sobre todo, qué era lo que podía esperar de mí.

—¿Tanto se nota cuánto la amo? —me preguntó entonces para mi sorpresa, y probablemente también para la suya. Porque una confesión así no lo dejaba precisamente en buen lugar. Pero estaba claro que no podía ignorar lo que sentía por ella.

—Tus palabras dicen una cosa, Ander, pero tu mirada refleja la verdad de lo que realmente sientes, así que, por favor, aléjate de mí —le exigí—. No quiero que me hagas daño.

Me sentía tremendamente herida. Su confesión acababa de terminar con las pocas esperanzas que me quedaban de que entre él y yo pudiera existir algo algún día.

—Vera... —Estaba intentando acercarse de nuevo a mí, pero obviamente lo rehuí.

—Ander, ¿qué es lo que no has entendido aún de que no quiero nada contigo? —le escupí con odio.

Porque ya no iba a permitirle que siguiera jugando conmigo.

Sin embargo, él no se esperaba para nada mi actitud y se quedó sin saber qué decir.

Sus ojos se volvieron vidriosos de nuevo, con esa mirada extraña que tantas sensaciones encontradas me producía y que tan profundo calaba en mi ser.

Se separó de mí con incredulidad. Después cerró los ojos y comenzó a frotárselos con los dedos. Parecía cansado. A continuación soltó un suspiro que me estremeció por completo.

—Está bien. Me iré y no te molestaré nunca más.

Cuando terminó de decirlo, levantó la cabeza, clavó sus ojos en los míos con aquella extraña mirada que tan confusa me hacía sentir y, después, dio media vuelta y se marchó.

Me quedé helada. Comencé a sentirme muy mal por lo dura que había sido y quise correr tras él. Parecía tan afectado...

—Ander, espera... —le grité desde la puerta de la cabaña.

Pero no se paró. Se subió a un jeep, lo puso en marcha y se largó de allí.

Capítulo 21

No podía sentirme peor. Ander se había marchado de aquella manera tan abrupta y pareciendo tan herido por mis palabras que me sentía muy culpable.

Sabía que había hecho lo correcto si quería pararle los pies y no acabar siendo una marioneta más en su juego. No deseaba que mis sentimientos fueran a más, si es que eso era posible, y acabar sufriendo por amor cuando ya sabía de antemano el final que podía tener nuestra historia, y más después de que me confesara abiertamente que amaba tanto a aquella otra mujer.

Sin embargo, su reacción me había pillado completamente por sorpresa. Porque parecía realmente abatido ante mis palabras. Era como si de repente se hubiera dado cuenta de que lo que perseguía, fuera lo que fuese, era imposible de conseguir, por lo que se había dado por vencido.

Quizá yo, con mi discurso, le había removido los sentimientos hacia esa otra mujer que tanto parecía haber querido enterrar. Quizá le hubiera abierto una herida, a todas luces aún sangrante, pero que Ander había tratado por todos los medios de tapan, aunque obviamente sin éxito alguno.

Pero se había ido y no había podido hacer nada para evitarlo.

Lo único que me quedaba era esperar. Cuando volviera hablaría con él y le pediría disculpas por haberle hecho daño al removerle de aquella manera sus sentimientos. Después, obviamente, cada uno seguiría por su camino y dentro de pocos días nos separaríamos para no volver a vernos más.

Ese último pensamiento atravesó mi cuerpo como un latigazo lastimándome cada célula de mi ser. Porque, sin haberlo buscado, me había enamorado completamente de aquel hombre, que jamás sería mío porque su corazón pertenecía por entero a otra mujer.

Me derrumbé y rompí a llorar.

Estaba desbordada por los sentimientos acumulados dentro de mí. Porque no los había dejado salir hasta ahora por miedo a sufrir.

Pues bien, daba igual cuánto hubiera tratado de negármelos. Estaban ahí y ahora habían salido a la luz para quedarse y mostrarme lo sumamente fuertes que eran. Más de lo que habría querido. Más de lo que me habría imaginado.

—Vera, ¿qué te ocurre?

Mi hermano acababa de entrar en la cabaña y, viendo mi estado, se había asustado bastante.

—No es nada —le dije intentando disuadirlo para que no siguiera indagando.

—Vera...

Me abracé a él y continué llorando desesperadamente durante muchos minutos más. Después, poco a poco me fui tranquilizando. No se calmaron los sentimientos, pero sí el malestar que ser

consciente de ellos me había producido.

—Háblame. Necesito saber qué te ocurre.

—No sé ni por dónde empezar, Pablo. Todo es tan complicado.

—¿Se trata de Ander? —me dijo entonces él, sorprendiéndome mucho con su pregunta—. Vera, es muy obvio lo que sentís el uno por el otro —añadió a continuación.

Me eché a reír.

—Pablo, precisamente ése es el problema que hay entre nosotros. Ander está enamorado de otra mujer y nunca podrá corresponderme como a mí me gustaría. Pero no sé por qué me extraño. Conozco ese hecho desde hace tiempo y, sin embargo, he dejado que esto ocurriera. Sabía que acabaría explotándome en la cara y, aun así, he sido tan tonta de dejarme llevar por mis sentimientos.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando, Vera?... Ander no está enamorado de ninguna otra mujer. Sólo tiene ojos para ti. Además, me parece increíble que no te hayas dado cuenta ya de eso.

—Pablo, no intentes echarle un cable a tu nuevo mejor amigo. Él mismo me ha confesado lo que siente por esa otra persona.

—A lo mejor has interpretado mal sus palabras, Vera.

—«¿Tanto se nota cuánto la amo?»... Ésas han sido sus palabras exactas cuando le he dicho que lo único que intentaba al acercarse a otras chicas era llenar el vacío que esa mujer le había dejado. Eso es lo que me ha contestado, Pablo. ¿Todavía te parece que estoy malinterpretando sus palabras?

—Pues mira, Vera, realmente no lo sé, pero si no estuviera completamente seguro de lo que Ander siente por ti, no estaría aquí diciéndote esto. Soy tu hermano y jamás te mentiría en algo así.

—¿Y me quieres explicar cómo demonios sabes tú lo que ese imbécil siente por mí?

—Pues porque él mismo me lo ha confesado.

—Pero, Pablo, Ander podría haberte dicho muchas mentiras para hacerte pensar lo que a él le interesa.

—Dos cosas, Vera: una, ¿qué motivo podría tener para hacerme querer ver que sus sentimientos hacia ti son los que son?... Si no sintiera nada por ti, ¿para qué molestarse en convencerme a mí de lo contrario? Y, dos, al margen de los sentimientos que él me haya podido mostrar, el interés que tiene por ti va más allá del que tendría cualquier hombre que sólo quisiera tirarse a una tía. Estoy convencido de que quiere algo más contigo.

—No digas chorradas. Lo conoces sólo de dos días y las personas pueden ser muy engañosas cuando se lo proponen.

—Ya, ¿y me puedes explicar entonces qué motivos podría tener él para mentirnos con sus sentimientos? ¿Por qué debería hacer algo así, según tú?

—No lo sé, Pablo. Quizá esté confundido. A lo mejor pensó que podría intentarlo con otra persona y que así se olvidaría de esa otra mujer. Pero es obvio que no ha funcionado.

—¡Joder, Vera!... ¡Pero ¿cómo puedes ser tan terca y estar tan ciega?!

—¡Pablo, que ama a otra mujer! ¿Qué es lo que no entiendes?

—Está bien —me dijo mi hermano, ya cansado de discutir—. No vamos a seguir dándole vueltas a lo mismo. Cree lo que tú quieras, ya eres mayorcita.

Y, diciendo esto, se levantó y se fue de la cabaña dejándome sola de nuevo.

Sabía que injustamente había volcado sobre mi hermano toda la frustración que me producía el tema de Ander, pero no había podido evitarlo. Sentir que de alguna manera lo defendía y, sobre todo, que justificaba sus palabras, y lo que era peor, sus actos, había hecho que me pusiera más a la defensiva aún.

De hecho, tenía tal cabreo en esos momentos por todo lo que me estaba pasando que si me hubieran puesto mil muñecas delante les habría arrancado de cuajo, una por una a todas, la cabeza y las extremidades. Eso era lo que siempre hacía de pequeña cuando me enfadaba por algo y lo que me habría gustado poder hacer en aquel instante para desahogarme.

Todo aquello me había dejado muy tocada. Sin embargo, pensar dónde podría estar Ander, a pesar de todo, me preocupaba. No quería que pudiera tener un accidente de nuevo por las palabras que le había dicho. Me sentía tremendamente culpable.

Pero no sabía qué podía hacer.

Me fui directa a darme una ducha. Necesitaba despejar mi mente y disipar el calor que sentía. La mañana se presentaba ya muy calurosa de por sí, por lo que el día lo sería aún más.

De camino me encontré con Malai, que ya había vuelto de la emergencia que había ido a cubrir.

—Vera, tú no sabrás dónde está Ander, ¿verdad? Debería estar en el centro de salud ocupando mi puesto, pero aún no ha llegado. He mirado también en su cabaña y en el comedor y tampoco está allí.

—No lo sé, Malai —le contesté mintiéndole y sintiéndome fatal por ello—. Lo vi salir hace un rato con el jeep, pero no sé adónde ha podido ir.

—¡Qué raro! A lo mejor es que ha tenido que acudir a algún aviso —terminó por decir muy pensativa.

Yo simplemente me encogí de hombros como si no supiera nada de él.

¿Cómo explicarle que había sido tan desagradable con Ander, que lo había hecho salir huyendo de allí de aquella manera?

Pero el problema no fue que Malai no lo encontrara a primera hora de la mañana. El problema fue que a la hora de comer tampoco nadie conocía su paradero.

—Pablo, ¿tú sabes dónde puede estar Ander? —le pregunté muy nerviosa, abordándolo cuando se levantó en el comedor a servirse su comida.

—Sí, sí que lo sé —me dijo sin más.

Me quedé de piedra, porque a pesar de que se lo había preguntado, simplemente no me esperaba que fuera a saberlo.

—No me mires así, Vera. Sé adónde va cuando necesita estar solo, así que a media mañana he ido a buscarlo y he estado hablando con él.

Se me hizo un nudo en la garganta. Al menos, nada malo le había ocurrido.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Realmente te interesa, hermanita?

—¡Pablo! —No daba crédito a su contestación—. No entiendo qué demonios te pasa últimamente y por qué te muestras tan duro conmigo. Ha sido él el que me ha hecho daño a mí, ¿sabes? Ha sido él el que me ha roto el corazón.

Se me saltaron las lágrimas y tuve que irme de allí.

—Vera, espera... Lo siento.

Mi hermano corrió tras de mí, pero no me alcanzó hasta llegar a la cabaña.

—Vera, lo siento. Lo siento mucho, perdóname. Ahora he sido yo el que se ha pasado tres pueblos.

—No entiendo tu actitud, Pablo —le dije encarándome con él—. No entiendo que te hayas hecho tan amigo de Ander y que lo defiendas por encima de mis sentimientos y de lo mal que me lo está haciendo pasar. No entiendo nada últimamente y me voy a acabar volviendo completamente loca. Porque tú eres mi único apoyo en este sitio y, entre unas cosas y otras, siento que cada día te voy perdiendo un poco más. Y eso también duele y mucho, Pablo.

Estaba fuera de mí.

—Vera, tranquilízate y hablemos. Déjame que te explique las cosas, por favor.

Y, contra todo pronóstico, me rendí ante sus palabras. Estaba tan cansada de la noria emocional en la que me hallaba que sólo quería encontrar la paz y sentirme bien conmigo misma y con los demás. Así que lo dejé hablar.

—Vera..., siento mi contestación de antes —comenzó a decirme mi hermano—. Por supuesto que te preocupa cómo se encuentra Ander. Tú siempre has sido una persona con muy buenos sentimientos hacia los demás y sé que te preocupas por todo el mundo. Pero es que vengo de hablar con él y lo he visto tan mal que..., en fin... —Hizo una pausa y después continuó hablando—: Sé que tampoco entiendes muy bien la relación que tengo con él, pero puedo asegurarte que Ander es una de las personas más honestas que he conocido en mi vida y lo aprecio muchísimo. Por eso me da tanta pena la situación que estáis viviendo. Porque ambos estáis sufriendo y no es justo para ninguno de los dos. —Hizo otra pausa en la que pareció estar tomando una decisión y después de eso prosiguió con su explicación—: Sin embargo, a partir de ahora no me voy a meter más entre vosotros y la relación que decidáis tener. Ander así me lo ha pedido, entre otras cosas porque está viendo lo perjudicada que puede acabar quedando mi relación contigo, y yo estoy completamente de acuerdo con él. Eso no significa que no puedas acudir a mí cuando me necesites. Por supuesto, siempre estaré ahí para ti, Vera. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Pero no me pidas que te dé mi opinión sobre Ander o sobre tu relación con él, porque no quiero seguir en medio de todo esto. No quiero estar en medio de vosotros dos. Ahora sólo espero que comprendas mi postura.

Pablo terminó de hablar buscando mi mirada a la espera de una respuesta por mi parte.

Yo, sin embargo, no pude hacer otra cosa más que agachar la cabeza por vergüenza. No había sido demasiado justa con mi hermano últimamente y tampoco había estado a la altura de las circunstancias con él en muchos momentos, y encima, después de todo, ahora me atrevía precisamente a echarle en cara eso a él.

Toda aquella experiencia había acabado por sacarme de mi zona de confort en cuanto a las relaciones personales se refería, y los muchos desencuentros que había tenido con Malai al principio, con Xavi después, pero sobre todo con Ander y con mi hermano, habían hecho mella en mí.

Pero no quería mirar aquello como un fracaso. Quería intentar ser positiva y aprender de los errores cometidos. Quería llevarme de aquel voluntariado, además de la preciosa experiencia con los chavales, un aprendizaje sobre lo difíciles que pueden llegar a ser las relaciones humanas, pero también lo enriquecedoras que pueden resultar cuando intentas ver lo bueno de ellas.

—Pablo, entiendo perfectamente que quieras mantenerte al margen de lo que ocurre entre Ander y yo. Sin haberme dado cuenta, te he puesto entre la espada y la pared y de alguna manera te he hecho elegir entre uno y otro, lo que es totalmente injusto para ti, porque yo soy tu hermana, pero él, aunque a mí no me haga mucha gracia, es tu amigo. Por otra parte, si algo he aprendido en estos días es que tú, a pesar de todo, siempre vas a estar ahí, a mi lado, incondicionalmente; pero no para decirme todo lo que quiero oír, sino para decirme lo que, aunque me duela, tengo que escuchar. Eso te convierte en el mejor hermano del mundo, porque sé que no me vas a regalar los oídos para que yo me sienta bien, sino que vas a hacer lo necesario para que aprenda como ser humano y avance en la vida siendo una mejor persona cada día. Así que gracias por todo lo que has hecho por mí hasta ahora y perdona mi comportamiento cuando no he sabido estar a la altura. No puedo tener más suerte contigo, hermanito.

A Pablo se le saltaron las lágrimas y se lanzó a darme el abrazo más sentido que me había dado nunca.

—¡Eres la hostia, Vera! Sólo alguien como tú es capaz de hacer algo como lo que acabas de hacer y eso te hace muy grande. Porque sabes reconocer tus errores y rectificar a tiempo. Pero, sobre todo, lo que más me llama la atención de ti es que, a pesar de cómo te sientes de confusa ahora mismo con todo lo que te está pasando, eres capaz de ponerte en el lugar del otro y preocuparte por cómo se sentirá por encima de cómo lo hagas tú o de los problemas que hayas podido tener con esa persona. Y, para colmo, encima eres capaz de pedir perdón si es necesario, gesto que normalmente hoy en día nadie tiene. Estoy muy orgulloso de que seas mi hermana, Vera.

Sus palabras hicieron que se me saltaran las lágrimas esta vez a mí. Porque sé que las pronunciaba de todo corazón y que las sentía una por una.

Hablar con él me había venido muy bien, porque no sólo habíamos aclarado las desavenencias que tanto estaban enturbiando nuestra relación, sino que además me había hecho darme cuenta de algunas cosas buenas que yo poseía y que hasta ahora me habían pasado desapercibidas.

Ahora sólo me quedaba pedirle perdón a Ander por mis duras palabras y porque me había

metido donde no me llamaban, haciéndole además un daño innecesario.

Eso no quitaba, por supuesto, que no siguiera pensando lo mismo de él y sus, desde mi punto de vista, confundidos sentimientos hacia mí. Todo eso no había cambiado en absoluto.

Para eso pensé en pedirle a mi hermano que me llevara hasta donde se encontraba Ander. Pero, si no quería ponerlo en una situación complicada, como me había pedido él precisamente hacía unos momentos, sería mejor que me olvidara de ello. Ya hablaría con él cuando volviera al poblado.

Así que nos fuimos de nuevo al comedor, donde se habían quedado los demás un tanto extrañados por cómo nos habíamos marchado de allí en mitad de la comida. Sin embargo, no tuvimos que dar ninguna explicación a lo ocurrido, ya que por suerte nadie nos preguntó.

Cuando nos sentamos, Malai, Zoe y Chloé estaban hablando sobre la excursión que íbamos a hacer al día siguiente.

—Yo no voy al final —comenzó a decir Chloé para extrañeza de todos—. Quiero aprovechar estos últimos días para estar con Jan —acabó aclarando.

Chloé había dejado de buscar a Ander para centrarse en aquel cocinero, que por lo visto había conseguido robarle el corazón a la francesita, ya que últimamente no tenía ojos nada más que para él. Cosa que a mí, a pesar de no querer nada con Ander, me alivió bastante. Porque que yo no quisiera tener nada con él no significaba que no me doliera verlo tontear con otras. Los sentimientos, me gustara a mí o no, estaban ahí.

—Esto... —comenzó a decir Zoe—, yo tampoco voy a ir.

—¿Qué?! —preguntamos todos al unísono.

—Es que yo también quiero aprovechar para estar con Kasem. Le prometí que iríamos juntos a Chiang Mai este fin de semana.

Otra que al parecer había acabado encontrando pareja allí. Por lo visto, había hecho muy buenas migas con el chico con el que se había enrollado en la fiesta de disfraces.

Pero ¿qué le pasaba a aquel lugar? ¿Estaríamos sobre una mina de corazones y yo no me había enterado? Y, por otra parte, ¿qué tenía aquel sitio en contra de mí? Porque estaba claro que la buena suerte de los demás en cuanto a amores se refería no la estaba disfrutando yo.

Eso me cabreó. Porque de repente sentí la necesidad de tener a alguien a mi lado, alguien que me acompañara en la vida y me la hiciera más fácil. Alguien a quien acudir en los malos momentos y que te proporcionara los buenos.

Pero no podía ser. No al menos allí, ni en aquel momento.

—Bueno, pues quedamos sólo cuatro personas para el viaje. Espero que no se raje nadie más —terminó por decir mi hermano mirándome directamente, porque sabía que eso era lo primero que se me había pasado por la cabeza.

Obviamente, la idea de tener que pasar tanto tiempo con Ander, ya que Pablo estaría con Malai, no me hacía ninguna gracia.

Pero tampoco quería perder la oportunidad de visitar los sitios que teníamos previstos.

Después de todo, sería de muy tonta desaprovechar la oportunidad que se nos brindaba al estar allí.

—Iré, no te preocupes —le dije en voz baja para que los demás no me oyeran.

Iba a decirle también que esperaba que al menos no me dejara mucho tiempo a solas con Ander, cuando éste entró por la puerta y todos dirigieron su atención hacia él.

Malai se levantó corriendo y se le acercó.

—¿Dónde demonios has estado metido? Me tenías muy preocupada.

Pero él no le contestó. Simplemente cogió una bandeja con comida y se sentó a la mesa como si nada.

Se acomodó en el único hueco que había disponible. El situado frente a mí.

—Ander, no puedes esfumarte sin más. —Malai volvió a dirigirse a él, esta vez recriminándole su comportamiento.

—Lo siento, necesitaba desaparecer —le contestó muy serio y sin levantar la vista de su plato—. Pero puedes estar tranquila. No volverá a ocurrir.

Yo me estaba sintiendo fatal porque la culpa de todo la había tenido yo, ahondando en su herida como lo había hecho. Porque, a pesar de mis vapuleados sentimientos, tenía delante de mí a un hombre que parecía destrozado, y eso me estaba partiendo el corazón.

Cuando todos terminaron su comida decidieron irse a sus quehaceres. Pero Ander aún no había terminado de comer y permaneció sentado.

Decidí aprovechar el momento para hablar con él.

—Quería pedirte disculpas por lo que te he dicho esta mañana y por el daño que te he podido causar. Lo siento de veras.

Pero no me contestó. Ni siquiera levantó la vista de su plato. Simplemente siguió removiendo su comida.

—Ander..., por favor..., perdóname. Me siento muy mal por haber sido tan dura contigo. No tenía derecho a decirte las cosas que te he dicho aunque las piense.

Levantó la cabeza y me miró directamente.

—No sabes nada de mí, Vera. No sabes por lo que estoy pasando y qué ha ocurrido en mi vida para encontrarme en la situación en la que estoy. Sé que tu intención no ha sido dañarme, pero es lo que has hecho. Sin embargo, la culpa no es tuya. En realidad la culpa es mía por querer aferrarme a algo inexistente y por querer intentar lo que es del todo imposible. Tengo que comenzar de nuevo. No puedo seguir forzando las cosas. No saldrá bien.

—Ander...

Sus desgarradoras palabras me habían conmovido hasta lo más profundo.

Él llevaba razón. Yo no sabía nada de su vida ni de lo que había acontecido en ella. Por tanto, no podía permitirme el lujo de juzgar sus sentimientos, porque yo no me había calzado sus zapatos ni había andado su camino.

—Te vuelvo a pedir disculpas —le dije al tiempo que posaba mi mano sobre la suya. Quería

acariciársela, quería transmitirle que de verdad mi arrepentimiento estaba ahí, pero sobre todo quería hacer que se sintiera mejor, que dejara de sufrir—. He estado muy preocupada por ti.

Levantó la vista y la clavó en mis ojos. Tenía esa mirada vidriosa que tanto me impactaba. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, seguido de una sensación muy extraña.

Pero no dejé de mirar aquellos intensos ojos, que de nuevo me hablaban contándome lo que sus labios no hacían. Sentía miedo, sentía tristeza, pero al mismo tiempo parecía esperanzado. Quizá, después de todo, hubiese encontrado el camino para solucionar sus problemas.

—Te agradezco las disculpas, Vera. Significan mucho para mí. Más de lo que imaginas. También te agradezco tu preocupación.

Seguía mirándome muy intensamente. Tanto, que empecé a ponerme muy nerviosa. Porque aquel hombre comenzaba a ser para mí como el aire que respiramos. Imprescindible.

Pero estaba claro que lo nuestro no podía ser. No hasta que él olvidara a aquella otra mujer. Y eso, por el momento, parecía sumamente complicado.

Carraspeé. Necesitaba salir de allí.

—Esto..., tengo que irme. Me están esperando los chavales en la escuela —le dije bastante nerviosa.

Ander sonrió. Sabía que lo que acababa de decirle no era más que otra excusa para salir huyendo de nuevo.

—¡Ya! El metro otra vez, ¿no? —dijo recuperando su sarcasmo y la sonrisa.

Le sonreí. Porque, a pesar de todo lo que había sucedido, parecía que Ander no me guardaba rencor y que todo volvía al punto donde lo habíamos dejado.

Luego me fui directa a ver a mis chavales. Me sentía aliviada y tranquila conmigo misma. Había hecho lo correcto después de todo.

Comencé explicándoles lo que íbamos a ver en la excursión del fin de semana y todos parecieron muy interesados. Seguir conociendo su país era algo que les estaba encantando.

Quise entonces dibujarles en la pizarra el itinerario que seguiríamos, pero ésta se cayó inesperadamente, golpeando el suelo con un estruendoso ruido. Por suerte, no me llegó a caer en los pies, pero el sobresalto que me llevé fue tremendo.

Cuando recuperé el aliento y me volví, estaban todos con unos ojos como platos mirando lo sucedido. Ellos también se habían llevado un buen susto.

—Khalan, vete a buscar a mi hermano, por favor. Cuéntale lo que ha pasado y dile que necesito que venga a colgar la pizarra, ¿de acuerdo?

No me contestó, pero se levantó, aunque de mala gana, y se fue a buscarlo.

Khalan y Kanya seguían enfadados. No parecía que pudieran arreglar sus diferencias por sí mismos, así que tendría que hacer otra dinámica, más temprano que tarde, para ver si conseguía solucionar sus problemas.

Estaba justo pensando hacia dónde quería llevar dicha dinámica para que se abrieran y confesaran sus sentimientos cuando Khalan entró en la escuela seguido de Ander.

—No he encontrado a tu hermano por ninguna parte y se lo he dicho a Ander —me explicó el chico.

—Ah —fue todo lo que conseguí decir.

Una mueca de desagrado cruzó mi cara sin yo quererlo. Porque quería mantener las distancias con él a pesar de que hubiéramos solucionado nuestros problemas.

Sin embargo, tenerlo a tan pocos metros de mí no ayudaba para nada en mi propósito.

—¿Algún problema con que yo te la cuelgue? —me preguntó Ander, ya que al parecer mi gesto no le había pasado desapercibido.

—Eh... No, no. Además, así arreglas lo que hiciste mal la otra vez.

—¿Perdona?! —repuso algo ofendido—. ¡Yo no hice nada mal! La pared tiene mucha humedad y por eso no ha aguantado el peso de la pizarra.

—Bueno, lo que sea. Tú vuelve a colgarla y punto —le contesté de mala gana.

—Señorita Vera, ¿podemos ir mientras a jugar fuera? —me preguntó entonces Sunee.

—Eh, no, no. —Obviamente, no quería quedarme a solas con Ander y tenía que intentar a toda costa que los chavales no se marcharan—. Esperad aquí, que enseguida la cuelga y ya seguimos.

—Voy a tardar un buen rato —dijo Ander para mi sorpresa—. Tal y como está la pared, tendré que asegurar la pizarra de otra manera, así que eso me va a llevar bastante tiempo —terminó por decir.

Me quedé mirándolo. Parecía estar disfrutando con la situación.

—Da igual, chicos —les dije intentando seguir con mi empeño de que no se fueran de allí—. Continuaré explicando mientras *Míster Patán* intenta arreglar lo que hizo mal la otra vez.

No pensaba dejarlo ganar la batalla.

—Uy, no creo que puedas, con el ruido que voy a tener que hacer, *Fresitas*. —Y para darle peso a sus argumentos puso en marcha el taladro—. No creo que se pueda dar la clase así, ¿verdad, chicos?

Evidentemente, todos negaron con la cabeza y no necesitaron nada más para salir pitando de allí. Acababa de perder la batalla y la guerra, y volvía a quedarme a solas con él. Regresaban, de nuevo, las sensaciones tan raras que su presencia me producía.

—Te dije que no volvieras a llamarme «Fresitas» —le recriminé entonces muy cabreada.

Ander se aproximó a mí quedándose a escasos centímetros de mi cuerpo, se inclinó hacia delante poniendo su cara a la altura de la mía y, susurrándome al oído, me soltó muy tranquilamente:

—Y yo te dije que no lo haría mientras no volvieras a insultarme.

De nuevo me temblaba todo el cuerpo. De rabia, sí. Pero también de deseo. El más grande que había sentido nunca. Cada poro de mi piel anhelaba la caricia de aquel hombre.

Me separé de él bruscamente.

Era eso, o sucumbir a sus encantos cual serpiente ante la melodía de una flauta tocada por su encantador.

—Esperaré fuera hasta que la arregles —le dije muy azorada mientras recogía mis cosas de encima de la mesa.

—¿Qué pasa, *Fresitas*? ¿Que te ha entrado mucho calor de golpe y necesitas salir a refrescarte?

Salí bufando de allí.

¿Es que ese hombre no iba a cambiar nunca?!

Después de lo que había ocurrido por la mañana, de las palabras tan duras que le había dicho y de lo claro que le había dejado que no quería nada con él, ¿por qué seguía atormentándome? ¿No se suponía que le había hecho mucho daño con mi discurso? Entonces ¿por qué seguía buscándome? Y, lo que era peor, ¿no se suponía que seguía perdidamente enamorado de otra mujer? Entonces ¿por qué demonios se acercaba a mí?

No entendía nada.

—Vera, me han dicho que me estabas buscando —me dijo de repente mi hermano.

—¡A buenas horas apareces!

—¡Perdona! Estaba trabajando, ¿algún problema con eso? —me preguntó Pablo un poco cabreado.

—No, lo siento —le dije intentando relajarme y rebajar mi enfado—. Es que he vuelto a tener otro encontronazo con Ander.

—¡Mira, qué novedad! Lo vuestro ya empieza a ser como un *déjà vu* eterno, hermanita.

Y llevaba razón. De nuevo volvíamos al punto de partida. Pero no entendía el porqué.

—Pablo, por más que lo intento no entiendo qué me ocurre con él, y eso me va a volver loca. Tan pronto se muestra muy cariñoso y atento conmigo, como se muestra ofendido por mis palabras, como me ataca a la mínima de cambio. Esto es agotador.

—Quizá si no me insultaras no actuaría así —me soltó Ander, que acababa de salir de la escuela y obviamente había oído lo que le había dicho a mi hermano.

—Yo no me he metido contigo, imbécil —le espeté.

Obviamente, con mi comentario no estaba arreglando las cosas.

—Yo me largo —nos soltó entonces Pablo al tiempo que hacía un ademán dando a entender que éramos imposibles.

—Mira, Ander, esto es muy sencillo —empecé a decirle—. Tú por tu camino y yo por el mío y así todos felices, ¿qué te parece?

—Si es eso lo que quieres, me parece perfecto, Vera.

Realmente mi corazón no era eso lo que quería. Anhelaba que aquel hombre me amara, pero aquello era imposible. Hasta que su corazón olvidara a esa otra mujer, yo no tendría cabida en él. Así que lo mejor era, aunque me costara la vida, que siguiéramos cada uno nuestro camino.

—Eso es lo que quiero —le comuniqué.

—Perfecto, Vera. Así será.

Y, diciendo esto, se largó ante mi atónita mirada y la de los chavales, que se habían acercado a

ver qué ocurría.

Entré de nuevo en la escuela. Porque si me quedaba fuera me iba a poner a gritar como una histérica para aliviar el cabreo que tenía. Así que mejor no dar el espectáculo.

El problema fue que los chicos entendieron con eso que se reanudaban las clases y entraron en el aula tras de mí.

¿Y ahora qué leches hacía yo con ellos si no era capaz ni de ordenar mis ideas?!

—Ehh..., no vamos a continuar con las clases —les dije para su asombro—. La pizarra no ha sido colgada, así que no puedo seguir explicándoos las cosas. —Obviamente había usado ese pretexto para excusarme ante ellos—. Vamos a hacer la dinámica del otro día —añadí entonces, ya que me pareció buena idea en ese momento ahondar en los problemas de los demás para olvidarme de los míos propios.

—¿Ahora, señorita Vera? —me preguntó Sunee algo extrañada.

—Sí, ahora. Retirad las mesas y sentaos todos en círculo en el centro de la clase.

No sabía cómo iba a terminar aquello, pues el ánimo de todos era bastante raro. Sobre todo, el mío. Pero tenía que intentarlo. Por el bien de ellos y por el mío propio.

Así que, sin demora alguna, le lancé la pelota a Khalan. El adolescente me miró sorprendido, pero también expectante por la imitación que pudiera hacer de él.

Comencé a reproducir sus gestos y a hablar como lo hacía normalmente.

—Kanya es estúpida y siempre anda haciendo estupideces —dije intentando poner su voz y su acento.

Todos se rieron al ver mi imitación, menos, obviamente, el protagonista de mi burla.

—Sí, pues ahora me toca a mí, ¿no? —preguntó Khalan bastante mosqueado—. Voy a tirar la pelota... a Kanya.

Se la había lanzado con mucha rabia. Ésta la recogió de mala gana y lo miró con indiferencia.

—Hola, soy Kanya y soy muy cabezota —comenzó a decir Khalan, imitando los gestos y la voz de la chica adolescente mejor de lo que me habría esperado—. No hago caso de nada y no me importa lo que me pase porque me creo superior a los demás.

—Yo no me creo superior a los demás —replicó entonces ella muy ofendida.

Mi plan empezaba a funcionar. Con él quería provocar el enfado de los dos y que salieran a la luz sus problemas.

Kanya le devolvió entonces la pelota a Khalan y comenzó a imitarlo a él con un tono muy burlón.

—Kanya, no hagas esto; Kanya, no hagas lo otro; Kanya, no te subas ahí; Kanya, no te bañes en el río; Kanya, no respire...

Khalan estaba rojo por la ira.

—Encima de que me preocupo por ti, ¿así me lo agradeces? —le escupió el adolescente.

—Nadie te ha pedido que lo hagas. No eres mi padre, ¿sabes? —le respondió ella.

Había estallado la guerra entre ambos y estaban empezando a decirse todo aquello que

pensaban. Si mi plan funcionaba acabarían dándose cuenta de que el uno sólo quería lo mejor para el otro.

—Ya sé que no soy tu padre, ni pretendo serlo. Yo sólo quiero que no te pase nada.

—¿Ah, sí?! ¿Y desde cuándo te importa lo que a mí me pase?

Khalan se calló. No quería mostrar sus sentimientos delante de los demás. Sin embargo, tendría que hacerlo si quería solucionar el problema entre ambos, así que forcé un poco más la situación.

—Bueno, Kanya, a lo mejor es que simplemente Khalan es un pesado que no quiere dejar vivir a nadie y por eso anda siempre metiéndose contigo.

—Eso no es así —soltó el adolescente gritando totalmente enfurecido.

—Pues Kanya es lo que ve en ti —le dije para hacerlo estallar del todo.

—Pues se equivoca. Todos os equivocáis. —Estaba fuera de sí—. Yo sólo me preocupo por ella porque me importa, porque no quiero perderla. —Se estaba rompiendo—. Porque me gusta demasiado —terminó de decir sin ser consciente de lo que acababa de soltar delante de todos.

Nos quedamos atónitos. Especialmente Kanya. Su confesión nos había dejado impactados a todos por la intensidad de sus palabras. Aquel adolescente enfadado con el mundo, pasota y, en apariencia, carente de emociones acababa de mostrar sus sentimientos más profundos.

Kanya me miró entonces, buscando que yo le confirmara que aquello que acababa de pasar era real.

—Será mejor que nos vayamos a dar un paseo, chicos —les dije al resto, invitándolos a salir de la escuela para que dejáramos a los dos adolescentes que hablaran a solas. Tenían muchas cosas que aclarar entre ellos.

Al salir, Sunee fue la primera en preguntarme por la reacción de Khalan.

—¿Por qué se ha puesto así, señorita Vera?

—Porque le gusta mucho Kanya, pero hasta ahora no había reunido el valor de decírselo.

—Pero ¿cómo le va a gustar, si siempre está pinchándola y metiéndose con ella?

—Pues porque a veces las personas no sabemos muy bien cómo expresar los sentimientos de una forma clara, y entonces hacemos cosas que a priori parecen contradictorias. Pero realmente no lo son, porque él lo único que quiere es protegerla y que no le pase nada porque la quiere demasiado.

—¿Ah, ya lo entiendo! Es lo mismo que le pasa a Ander con usted. Que le gusta mucho y por eso la hace rabiar tanto. Siempre se están peleando, pero sin embargo él se preocupa mucho por usted y la quiere un montón. Lo veo en sus ojos.

Aquella chiquilla acababa de dejarme sin habla.

Capítulo 22

Las palabras de Sunee estuvieron martilleándome en la cabeza durante todo el trayecto hasta nuestro destino. Íbamos camino del Triángulo de Oro, primera parada de nuestro recorrido turístico, llamado así porque era el lugar donde se encontraban las fronteras de tres países: Tailandia, Laos y Myanmar, además de ser la confluencia de los ríos Ruak y Mekong.

Esa mañana habíamos madrugado mucho e iban todos con los ojos cerrados en el autobús. Incluso Anurak, que de nuevo se había sentado a mi lado y al que de normal le encantaba observar el paisaje.

Sin embargo, yo no había podido conciliar el sueño porque no paraba de rememorar, una y otra vez en mi cabeza, las palabras de Sunee. Durante la noche me había pasado igual y tampoco había podido descansar mucho.

No entendía muy bien qué nos estaba ocurriendo, pero sobre todo lo que no llegaba a comprender era lo que le pasaba a Ander conmigo.

Por mi parte, yo tenía bastante claros mis sentimientos. Lo que había comenzado como una relación médico-paciente un tanto accidentada había acabado siendo para mí una tormentosa utopía. Porque si algo tenía claro es que él, con los sentimientos que tenía hacia esa otra mujer, jamás me podría amar a mí. No al menos en un futuro próximo.

Pero lo que no podía llegar a comprender es por qué si Ander sentía eso por alguien tonteaba con otras. Y, sobre todo, por qué lo hacía repetidamente conmigo.

¿Estaría buscando una sustituta para intentar llenar su vacío?

La cabeza me comenzó a doler, así que decidí no darle más vueltas al asunto. Fuera como fuese, no iba a llegar a ningún punto ni iba a conseguir entender la situación, así que para qué molestarme.

Media hora después llegamos a nuestro destino y todos comenzaron a bajarse del autobús.

Cuando yo lo hice me quedé asombrada por el paisaje, ya que era espectacular. Aquello era naturaleza en estado puro y la vegetación lo cubría todo. De hecho, precisamente debido a esa abundante vegetación, el ambiente era más fresco y enseguida comencé a sentir frío. Pero nuevamente había cometido el error de no coger algo de abrigo.

Por supuesto, eso a los chavales no les importó, ya que estaban como locos. Nunca habían visto un río tan grande y estaban disfrutando muchísimo con las vistas que aquel espléndido paraje nos ofrecía.

Cuando Malai les dijo que cogeríamos varias barcas para navegar por el río y llegar hasta una isla que existía en medio de él, se pusieron a dar saltos de alegría.

Mientras todos esperaban para poder subirse a lo que a mí me parecieron más bien bañeras flotantes, ya que tenían un aspecto un tanto desvencijado y sólo cabían tres o cuatro personas en cada una, decidí aprovechar para echar un vistazo en los puestos que había de artesanía, a ver si podía encontrar algo que me sirviera de abrigo. Eso hizo que me quedara rezagada del grupo y, cuando llegué a la orilla del río desde donde estaban saliendo las barcas, sólo quedaba una persona por subirse a ellas.

Ander.

No pude evitarlo y solté un bufido. ¿Aquel patán lo hacía a caso hecho o es que el universo se había conjurado en mi contra porque me tenía manía?

Caminé despacio para ver si no me veían y la barca se iba. Esperaría a la siguiente para unirme al grupo. Pero para mi desgracia sabían que sólo faltaba yo y me esperaron.

Cuando llegué a la orilla, el patrón encendió el motor, y Ander, que ya había embarcado, se acercó al borde para tenderme la mano y ayudarme a subir.

Por supuesto intenté hacerlo sin su ayuda, obviando la mano que me ofrecía. El problema fue cuando pisé el borde de aquella bañera y ésta comenzó a moverse haciendo que perdiera totalmente el equilibrio. Mi cuerpo se fue para atrás, pero él me sujetó fuertemente por la cintura y tiró de mí hacia delante. Me quedé suspendida en el aire, únicamente siendo sujeta por los enormes brazos de Ander, que me miraba intensamente.

—Bájame —atiné a decir con voz temblorosa.

Y lo hizo. Dejó resbalar lentamente mi cuerpo sobre el suyo mientras me devoraba a cámara lenta. Me deslicé abrasadoramente sobre él, hasta que mis ojos quedaron a la altura de los suyos. La intensidad de su mirada incendió mi interior. Su aliento quemó mi piel y sus labios... sus labios, con un leve roce sobre los míos, calcinaron mi determinación de apartarme de él. Todo en mí ardía. Mi cuerpo, mi deseo, mi necesidad de él. El contacto de su piel con la mía había carbonizado todos mis sentidos.

Pero entonces mis pies tocaron el suelo y Ander me soltó, dejándome totalmente confundida.

—Será mejor que te sientes si no quieres caerte de la barca. No es muy segura —me dijo al tiempo que se alejaba de mí para sentarse en la otra punta.

Y me senté. Pero no porque él me lo hubiera sugerido, sino porque las piernas me temblaban tanto que temí caerme de verdad.

Solté otro bufido.

Últimamente éste se había convertido en el sonido que más salía de mi boca.

Enseguida llegamos al embarcadero de la isla donde estaban esperándonos los demás. Cuando mi hermano me vio bajar, debió de intuir que algo ocurría y se acercó a mí.

—¿Todo bien, Vera?

—Sí, Pablo. Todo perfecto. Todo va a las mil maravillas. ¿No me ves la cara de felicidad que traigo? —le terminé preguntando con mucho sarcasmo al tiempo que le ponía la sonrisa más falsa de mi vida.

—¿No me digas que en el trayecto de dos minutos que habéis estado solos los dos en la barca ya os habéis peleado Ander y tú?

—Pues mira, no. Esta vez no nos hemos peleado. Más bien nos hemos casi besado. ¿A que es todo muy coherente, eh, Pablo?

Mi hermano me miraba atónito.

—Joder, Vera. Lo vuestro es como para escribir un libro, en serio.

—Ya, no me digas.

—¿Ocurre algo, Vera? —Malai se había acercado a nosotros al ver que nos habíamos quedado rezagados.

—No, Malai. Gracias por preocuparte. Es sólo que me he sentido un poco indisputada hace un momento, pero ya me encuentro bien.

—¿Indisputada, *Fresitas*?... Yo no diría exactamente que es así como te has sentido hace un momento, pero vamos, tú misma. —Ander se encontraba justo detrás de mí.

—¡Pablo! —le dije entre dientes pero a punto de estallar.

O se llevaba de allí a aquel patán o me iba a poner a gritar hasta que me oyeran en China.

—Eh..., Ander, ¿por qué no vamos a ver qué están haciendo los chavales? —le sugirió mi hermano al tiempo que tiraba de él para sacarlo de allí cuanto antes.

—Vera, sé que Ander puede ser a veces un hombre algo confuso... —comenzó a decirme entonces Malai.

—¡Algo, dice! ¡Pues no tienes tú guasa ni nada! Mira, Malai, déjalo. No te molestes. Sé que él es tu amigo y que evidentemente lo vas a defender.

—Sí, pero no lo defiendes porque sea mi amigo, Vera. Lo defiendes porque es un hombre que, a pesar de lo que ha sufrido y de lo mucho que lo sigue haciendo, no se da por vencido y sigue intentando sobrevivir día tras día a las adversidades que la vida, tan injustamente, le ha puesto en el camino.

Aquello me dejó noqueada. Esperaba que Malai lo defendiera, pero no que hubiera una razón de peso detrás para que lo hiciera.

Por lo visto, había muchas cosas en la vida de aquel hombre que yo desconocía.

—No sabía que Ander estuviera sufriendo —le dije algo avergonzada por haberlo juzgado tan a la ligera—. Es por esa mujer de la que sigue tan enamorado, ¿verdad? —le pregunté entonces aun a sabiendas de que no me contestaría.

—Sólo él, cuando esté preparado, te dará la respuesta a esa pregunta, Vera.

Y, diciendo esto, Malai se dio media vuelta y se fue dejándome bastante aturdida.

Ahora más que nunca me picaba la curiosidad y quería conocer más cosas sobre Ander, quien a todas luces era una auténtica caja de sorpresas.

Después de recuperarme del impacto que me habían supuesto las palabras de Malai, decidí acercarme donde se encontraban los demás.

La isla en la que estábamos era bastante pequeña y realmente, aparte de la vegetación y de la

fauna del lugar, no había mucho más para ver, así que decidieron que ya era hora de volver. Aún nos quedaba un largo camino por delante hasta llegar a nuestro siguiente punto de interés: el famoso Templo Blanco.

Sin embargo, no lo visitaríamos hasta el día siguiente. Habían decidido que fuéramos a comer a un pueblo que también era muy turístico y después, por la tarde, pondríamos rumbo al hotel donde íbamos a pasar la noche.

—Vera, ahora vamos camino del sitio ese donde se hace la degustación de los insectos. Es allí donde vamos a comer, de hecho —me adelantó mi hermano.

—¿Y será verdad?

—Pues sí. ¿Por qué no habría de serlo?

—¿En serio me quieres decir que vamos a comer en un restaurante donde en la freidora lo mismo meten saltamontes que patatas?

—Mantén tu mente abierta, hermanita.

—No, si la mente la puedo tener abierta, Pablo, pero ya te digo yo que la boca la voy a mantener cerrada.

Y lo hice.

Cuando llegamos a aquel lugar y empecé a ver que en todas las mesas servían larvas, gusanos, saltamontes y demás variedad de despropósitos a modo de picoteo para los comensales, decidí largarme cuanto antes.

Enfrente del local había un paseo que daba a un precioso y enorme lago, donde había además bancos donde sentarse. Decidí hacerlo y disfrutar de aquellas preciosas vistas.

Verdaderamente tenía mucha hambre, pues no había comido nada desde hacía más de ocho horas. Pero estaba convencida de que en aquel sitio sería incapaz de abrir la boca, así que ni lo intenté.

Lo bueno es que fuera no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor, así que esperarí allí a los demás hasta que terminaran.

Cuando llevaba ya un buen rato deleitándome con las vistas de aquel lago y mi estómago no hacía más que rugir, alguien habló a mi espalda.

—Te he traído algo para comer.

Me volví y, para mi asombro, me encontré con Ander. Llevaba una bolsa de papel de la que emanaba un agradable olor a comida.

—Te lo agradezco, pero tengo el estómago un poco revuelto —le dije a modo de disculpa, porque a pesar del hambre que sentía no quería ingerir nada que proviniera de aquel establecimiento.

—Esta comida no es de ese restaurante —comenzó a decir como si me hubiera leído el pensamiento al tiempo que rodeaba el banco y se sentaba a mi lado—. Sé que no comerías nada que hubiesen preparado en él, por eso he ido a donde sé a ciencia cierta que no usan los insectos como ingrediente en ninguno de sus platos.

Me quedé mirándolo sin más. El detalle que había tenido conmigo me había pillado totalmente desprevenida. Ese hombre era del todo impredecible y cada día me sorprendía con una cosa nueva.

—Mira, te he traído *som tam*, *kai satee* y *pad thai*, porque no sabía qué podía apetecerte más. Seguí mirándolo impertérrita. No había entendido ni una sola palabra de lo que me había dicho.
—¿No quieres saber lo que es cada cosa?

Ni le contesté. Miré los platos perfectamente preparados en envases de aluminio para llevar, aspiré el aroma que desprendían y, sin más, cogí el que más a mano tenía y comencé a devorarlo. Aquello estaba delicioso.

Cuando quise ser consciente me había comido más de la mitad de uno de los platos y Ander me miraba sonriendo dulcemente.

—Tenías hambre, ¿eh?

Asentí con la cabeza.

—Esto está muy bueno. Muchas gracias por el detalle.

—Es todo de un restaurante al que vengo siempre que me encuentro por esta zona del país. La comida es casera y el sabor y la calidad de los platos, excepcional.

—Desde luego —le dije comenzando a degustar el siguiente.

Después de media hora habíamos terminado de comer y él me propuso que fuéramos a una especie de cafetería para degustar el típico té tailandés.

No pude negarme.

—Ander, me gustaría hablar contigo de algo —comencé a decirle.

—Eso suena a que quieres preguntarme cosas muy personales, Vera.

Le sonreí. Ander había captado mis intenciones y yo con mi gesto le confirmé sus sospechas.

—Es que hay muchas cosas que me gustaría saber de ti.

—¿Muchas?

—Bueno, algunas —le contesté algo tímida.

—¿Y si ahora disfrutamos de este delicioso té y esta noche ya hablamos sobre lo que te interese, Vera?

¿Era cosa mía o estaba intentando eludir mis preguntas?

—Me parece bien si me prometes que luego cumplirás tu palabra.

Él sonrió, pero no me prometió nada. No obstante, yo era muy buena sonsacándole cosas a la gente y pensaba usar todas mis armas para averiguar lo que quería. Intentaría comenzar hablando de algo totalmente banal e iría poco a poco dirigiendo la conversación hacia donde a mí me interesara. Cuanta más información tuviera de él, mejor sabría a qué atenerme.

—Me va a dar mucha pena cuando tenga que irme de aquí —comencé a decirle entonces—. Voy a echar muchísimo de menos a los chavales.

Ander sonrió.

—Es muy duro cuando te vas y los dejas. Te lo digo por experiencia. Además, no pasa un día

sin que te acuerdes de ellos y quieras volver aquí para ver cómo les va y qué es de sus vidas. Por eso yo regreso año tras año. Bueno, por eso y por Malai también. Ella es alguien muy importante en mi vida. Desde hace años somos muy buenos amigos y, a pesar de la distancia, ella siempre ha permanecido a mi lado.

Aunque sabía que entre Malai y Ander únicamente existía una buena amistad, y más ahora que mi hermano y ella se habían convertido en pareja, no podía evitar sentir celos por la estrecha relación que mantenían.

Ander pareció observar en mí algún gesto que lo hizo seguir hablando y explicarme lo siguiente:

—Con Malai no sólo comparto este proyecto, también comparto vivencias personales comunes que han hecho que nos unamos más.

Me quedé mirándolo a la espera de que me contara qué vivencias habían sido ésas, pero en ese momento aparecieron Malai y Pablo, y obviamente tuvimos que dar por concluida nuestra conversación.

—Vera, te estaba buscando. Deberíamos aprovechar que aquí hay wifi para llamar a papá y a mamá. Me preocupa que no sepan nada de nosotros después de tantos días y que nuestra querida madre quiera mandar a los geos hasta aquí para asegurarse de que nos encontramos bien.

Desde que habíamos salido de España siempre había sido Pablo el que se había comunicado con ellos para decirles que todo iba bien, así que, seguro, me esperaba una buena bronca por parte de mi madre.

—¿Y no puedes llamarlos tú luego desde el hotel? —le pregunté intentando disuadirlo para eludir mis responsabilidades de hija.

—Vera, al final se van a cabrear y con razón si no hablas con ellos tú también. Anda, no seas así y haz un pequeño esfuerzo.

—Vaaale...

Pablo llevaba razón, pero malditas las ganas.

Nos acomodamos los dos en un sillón y nos pusimos delante de su teléfono. Después Pablo le dio al botón verde para iniciar la videollamada.

En cuanto vi que aparecía la imagen en grande de mi madre en la pantalla, me puse a hablar como una loca para que ella no pudiera hacerlo.

—¡Hola, mami! ¿Cómo estáis? ¡Qué guapa te veo! ¿Y papá? Todo bien, ¿verdad? Uy, me están llamando. Tengo que irme. Os dejo con Pablo. Besitos. Os quiero.

Y, conforme dije eso último, me escabullí de allí, no sin antes oír la voz de mi madre diciéndome la poca vergüenza que tenía, que ya hablaríamos cuando llegara a casa y que me iba a quedar sin padres como siguiera siendo tan descastada.

No es que me hubiera librado del todo de la bronca, pero al menos no tener a mi madre enfrente haría que la discusión no se convirtiera en eterna.

—Vera, ¿cómo eres así con tu madre? —me preguntó entonces Ander, que estaba sentado en el

sillón de enfrente.

—¡Anda..., ¿y eso me lo preguntas tú precisamente?!

Se me quedó mirando sin decir nada, pero con un semblante bastante serio.

—Perdona. Me he pasado —le dije intentando disculparme.

—Yo soy como soy con mis padres porque ellos me han obligado a serlo. No respetan mis ideas ni mi forma de vida y no quieren tener un hijo; ellos quieren una maceta que enseñar a la sociedad y yo no estoy dispuesto a pasar por ahí. Pero lo de tus padres es diferente, Vera. Ellos te quieren con locura y se preocupan mucho por ti. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de los míos.

Touché!

Me volví a disculpar con él porque llevaba razón en todo. Ni él había buscado que sus padres fueran tan superficiales ni yo podía quejarme de los míos porque me quisieran tanto.

Durante un buen rato mi hermano siguió hablando con mi madre y le estuvo contando cómo nos iban las cosas allí.

—Sí, mamá. La comida es muy buena. Hoy, por ejemplo, hemos comido larvas rebozadas y saltamontes fritos. Todo un manjar.

—¡Ja, ja, qué gracioso eres, hijo! Mira que te gusta bromear. Bueno, espero que no os estén dando cosas raras para comer.

Todos nos echamos a reír. Si ella supiera que Pablo había comido de verdad, y precisamente ese mismo día, todos esos insectos, yo creo que se habría caído redonda al suelo.

—Bueno, mamá. Te voy a dejar ya, que nos tenemos que ir.

—Venga, vale. Ah, oye, ¿cómo está Ander? Que se me olvidaba preguntarte por él.

¿Había oído bien?

Miré a Pablo en busca de una explicación. Pero antes siquiera de que yo pudiera reaccionar, observé cómo Ander se levantaba, le cogía el teléfono a mi hermano y se ponía a hablar con mi madre como si tal cosa.

—Hola, señora Ruiz.

—Hola, hijo. ¿Cómo van las cosas?

Yo estaba alucinando. Pero ¿desde cuándo mi madre tenía esa confianza con Ander?

—Pues muy bien. Estamos trabajando muy duro, pero estos chavales lo merecen todo. Su hija nos está ayudando muchísimo con su educación. La quieren todos mucho. Tendría que ver cómo se divierten en sus clases y la cantidad de cosas interesantes que están aprendiendo gracias a ella. Pero bueno, todo eso ya se lo contara Vera cuando vuelva, ¿a que sí? —me preguntó conforme se acercaba a mí y, rodeándome con su enorme brazo, me obligaba a ponerme delante del móvil. Yo simplemente asentí como una idiota porque obviamente estaba que no daba crédito—. La vamos a echar mucho de menos cuando se vaya. Bueno, a ella y a Pablo también, por supuesto.

—Cúidamela mucho y mándamela sana y salva, ¿vale, hijo?

—Por supuesto.

—Ah, y si se te pone muy farruca, párale los pies inmediatamente. Ya sabes tú el carácter tan

agrio que tiene. Aunque luego sea muy buena gente, pero de primeras es que le gusta asustar.

—¡Mamá!

No daba crédito.

—Bueno, señora Ruiz, ya hablamos en otro momento. Salude a su marido de mi parte.

Pero ¿en qué momento me habían abducido los extraterrestres y me había perdido la relación tan cordial que tenía mi señora madre con Ander?

—Pablo... —le dije esperando una explicación.

Pero éste me ignoró completamente, así que me acerqué a él y le di un pellizco de monja con muy mala leche en el pezón derecho.

—O me cuentas ahora mismo qué se llevan entre manos mamá y Ander, o te pongo el pezón como la ubre de una vaca.

—Coño, Vera, suéltame.

Le di una vuelta más al pezón.

—¡Ay! —se quejó mi hermano.

—Empieza a cascar ya, Pablo.

—Pero ¿qué es lo quieres saber?

—Pero ¿tú acabas de oír lo mismo que yo?

—Vera, te recuerdo que Ander es tu doctor y que nuestros padres han hablado muchísimas veces con él sobre ti. Además, ellos estaban delante cuando Ander me contó lo de este proyecto y ya sabían que él iba a estar aquí cuando viniéramos. Si no, ¿tú te crees que tu madre, después de lo que te había pasado, te iba a dejar venir a Tailandia sin asegurarse de que estarías bajo la supervisión de un médico?

Estaba alucinada.

¡Resulta que lo habían hablado todo a mis espaldas sin yo enterarme de nada!

El cabreo que estaba sintiendo no era precisamente pequeño.

—¡Vera, relaja, que te estoy viendo venir! —continuó diciéndome Pablo—. Que ahora mismo eres como una olla a presión y cuando te pones así me das miedo.

—Pablo, tenemos que irnos. El autobús está ya en marcha esperándonos —nos dijo entonces Malai desde la puerta de la cafetería.

Me volví en busca de Ander para que me diera una explicación de por qué nadie me había dicho nada de todo aquello. Se encontraba justo detrás de mí, así que cuando lo miré me crucé de brazos con muy mala leche esperando que me ilustrara.

—A ver si resulta que tu madre va a tener razón y tienes el carácter un poco agrio, *Fresitas*.

¡Estaba que trinaba!

—¡Tú provócame, que verás, *Patán!*

—Oye, oye... No te me pongas farruca, que ya sabes que tengo el permiso de tu madre para pararte los pies... como sea necesario —y dijo esto último muy despacio y de una manera muy provocativa.

Ni le contesté. No pensaba hacerlo, entre otras cosas porque la olla exprés estaba a punto de estallar y no quería hacerlo en un sitio público, así que me di media vuelta y me largué de allí.

De regreso en el autobús, me fui relajando poco a poco.

En realidad no me molestaba que mi madre tuviera una relación cordial con Ander. Lo que verdaderamente me molestaba era no haberme enterado de nada. No entendía por qué me habían ocultado todas esas cosas.

—¿Más tranquila ya, *Fresitas*?

Ander se había sentado a mi lado y me miraba con ojos de cordero degollado.

Me rendí. Ante esa mirada era imposible no hacerlo.

—No me gusta que me oculten las cosas.

—Lo sé... —Ander carraspeó—. Te conozco poco, pero eso salta a la vista.

—Bastante tengo ya con lo que me esconde mi mente como para que vosotros también me ocultéis cosas.

—Tienes razón. —Se quedó por unos instantes pensativo, pero después continuó hablando—: Tus padres son muy buena gente, Vera. En el hospital lo pasaron muy mal e intenté que no perdieran la esperanza en ningún momento. Piensa que hasta que saliste del coma la angustia que sufrieron fue terrible. Y yo también, que, quieras que no, al final acabé involucrándome. No es fácil muchas veces mantenerte al margen del dolor que sufren los familiares y acabas empatizando con ellos.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me comenzaron a saltar las lágrimas.

Hasta ese momento no me había parado a pensar en lo que mis padres pudieron sufrir por mí en el hospital y en lo que pudo ayudarlos aquel patán para superar todo lo que me ocurrió. Verdaderamente había sido muy injusta con él en muchas ocasiones.

—Ander, yo me siento avergonzada por mi comportamiento hacia ti en algunos momentos. Creo que no he sido del todo justa contigo y que te debo una disculpa.

—Vera, no es necesario. Yo también entiendo la situación por la que estás pasando y lo desbordante que puede llegar a ser, así que no te he tenido en cuenta nunca nada de lo que me hayas dicho que estuviera fuera de lugar.

Aquel patán tenía un corazón enorme y yo no me había dado cuenta hasta ese mismo instante. Ander era una de las mejores personas que me había cruzado a lo largo de mi vida. Era sensible, generoso, dedicado y altruista.

También me sacaba de mis casillas. Eso no se me había olvidado, que conste. Pero, para ser justa con él, en esos momentos me pesaba más su buen corazón que la mala leche de la que me ponía a veces.

—Ya hemos llegado —nos avisó Pablo, que en ese momento se encontraba de pie en el pasillo. Eché un vistazo por la ventanilla y sólo pude ver naturaleza por todas partes.

—Pero ¿dónde está el hotel? —pregunté curiosa.

—En medio de toda esa vegetación, hermanita.

—Espero que te gusten los bichos, Vera —me soltó entonces Malai—. Aquí los vas a tener de todos los tamaños y colores.

«¡Pues qué bien! Malai, animando el espíritu.»

—No te preocupes, Vera —comenzó a decirme entonces Ander—. Normalmente no suelen entrar en las habitaciones.

—¿Cómo que «normalmente»?

—Sí, bueno..., a veces se puede colar alguno, pero no es lo habitual.

—Y, para ser más exactos, ¿concretamente de qué tipo de animales estamos hablando?

—Pues tarántulas, ciempiés gigantes, escorpiones... Ya sabes, lo normal en esta zona.

Por favor, ¿alguien con una máquina teletransportadora a mano para llevarme muy muy lejos de allí?

¡Me quería morir!

—Vera, estate tranquila. No son animales demasiado peligrosos.

—Así no lo estás arreglando, Ander.

—Hermanita, ¿se puede saber por qué no has salido ya del autobús? —me preguntó entonces Pablo desde la puerta.

Ya no quedaba nadie allí arriba y el conductor estaba esperando a que nos bajásemos para irse.

—¿Y no me puedo quedar a dormir aquí esta noche? Al señor conductor seguro que no le importa.

—¡No seas cría y baja ya de una vez, por Dios!

—Venga, Vera —me dijo entonces Ander—. Si quieres puedo revisar tu habitación de arriba abajo antes de que entres para asegurarnos de que no hay ningún bicho en ella, ¿te parece?

Asentí y accedí a bajar. Pero no porque ellos me lo hubieran pedido o me hubieran convencido, sino porque el conductor del autobús me estaba empezando a mirar a través.

—Sólo una cosa... —comenzó a decirme Ander una vez abajo—. Si te encuentras con una serpiente, tú no te pongas nerviosa. Tú, tranquilamente, empieza a andar para apartarte de ella, sin darle la espalda, sin hacer movimientos bruscos y sin mirarla a los ojos. Es muy probable que se vaya sin más.

Y después de decir eso me sonrió como si me hubiera dado el consejo más útil de toda mi vida.

Pero ¿allí estaban todos locos o qué? ¿Por qué demonios habían cogido un hotel en mitad de la selva? Con lo bonitos que era los de las ciudades, sin sus tarántulas, ni sus serpientes, ni nada de eso.

No es que me quisiera morir..., ¡es que me iba a morir!

Porque tenía claro que si me estaban advirtiendo tanto sobre los bichos que había en aquel lugar era porque su tamaño y sobre todo su peligrosidad eran bastante considerables. Lo cual no me hacía ninguna gracia.

Pero, por suerte para mí, aquel patán se había ofrecido a revisar exhaustivamente mi habitación para tener la certeza de que en ella no había ningún invitado extraño.

Sin embargo, todo se complicó cuando llegamos al *lobby* del hotel.

Capítulo 23

Por lo visto, había estado lloviendo muy fuerte, de hecho, aún lo seguía haciendo, y habían surgido algunos problemas.

—Buenas noches, señores clientes. Bienvenidos a nuestro hotel —comenzó a decirnos el recepcionista en un tono excesivamente amable—. Como sabrán por las noticias, llevamos varios días con intensas precipitaciones en esta región, lo que nos está ocasionando algunos problemas, por lo que les pedimos disculpas de antemano por los inconvenientes que les puedan surgir a lo largo de su estancia. El tema es que han quedado deshabilitadas algunas habitaciones para su uso y hemos tenido que reacomodar a algunos de ustedes en otra ala diferente del hotel... ¿El señor y la señora Cano? —preguntó entonces.

—Somos nosotros —le dijo mi hermano al tiempo que levantaba la mano.

—Me temo que ustedes tendrán que ocupar otra zona del hotel. Pero no se preocupen por la distancia, porque llamando a recepción irá un carrito eléctrico hasta su habitación a recogerlos para trasladarlos a cualquier parte del complejo que deseen.

Menos mal que me daba igual dónde me pusieran, porque iba a compartir habitación con Pablo.

—Oye, Vera, tengo que comentarte una cosa —empezó a decirme entonces mi hermano al tiempo que me cogía del brazo y tiraba de mí para apartarme un poco del grupo—. Verás, es que esta noche pensaba pasarla con Malai...

—¿Y? —le dije, porque no entendía muy bien cuál era el problema.

—Pues que me preocupa, con lo que está lloviendo, que te quedes tú sola en el cuarto estando tan lejos de recepción y del resto de la gente. —Obviamente, yo no había caído en eso—. Pero he pensado que, si quieres, tú puedes quedarte en la habitación de Malai y yo irme con ella a la nuestra, ¿qué te parece?

No tuve que pensarlo mucho.

—Pues bien. Me parece perfecto, Pablo.

Y así lo hicimos.

Una vez nos dieron las llaves a todos y nos indicaron cómo llegar a nuestras habitaciones, nos dirigimos a ellas.

Primero nos aseguramos de dejar a los chavales ya instalados y a continuación Ander me acompañó para cumplir con su promesa de revisar que no hubiera ningún habitante indeseado en la habitación.

—Vera, puedes estar tranquila. Lo he mirado todo palmo a palmo y aquí no hay ningún ser viviente, a excepción de esa planta. Eso sí, es carnívora, por lo que no te arrimes mucho a ella —

terminó por decirme.

¿Es que allí no había nada que no fuera peligroso?

Mi cara debió de ser un poema.

—Es broma, Vera —me dijo entonces riéndose.

—Ja, ja... ¡Qué gracioso, oye!

Pero ¿cómo demonios iba a dormir tranquila en aquel dichoso lugar? No pensaba pegar ojo en toda la noche.

—Bueno, te dejo. Mi habitación es la de enfrente. Cualquier problema, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

—No dudaré, no te preocupes.

Ander sonrió con dulzura y se aproximó a mí peligrosamente.

—Dentro de media hora te veo abajo para la cena.

Y, diciendo eso, me dio un dulce beso en la mejilla que me desestabilizó por completo. Física y mentalmente. Porque las piernas se me volvieron de mantequilla y el cerebro... el cerebro también. Porque si en ese justo momento aquel hombre me hubiera arrastrado dentro con las peores intenciones..., ¡pongo a Dios por testigo que no le hubiera rechistado ni chispa!

Pero no lo hizo. Simplemente se dio media vuelta y desapareció tras la puerta de su habitación. Así que, después de soltar un largo suspiro, decidí enfrentarme a mis miedos y entrar en los que serían mis aposentos esa noche.

Para ser sincera, diré que la habitación tenía muchísimo encanto. Todos los muebles eran de madera rústica y alrededor de la cama había una mosquitera gigante que la rodeaba. En este caso, obviamente no la habían puesto sólo de decoración, y eso me gustó mucho. Porque al menos sabía que una vez dentro de la cama podía despreocuparme de que se me acercara algún que otro bicho inmundito. Poder tachar unos cuantos insectos voladores de la lista de «animales potencialmente atacantes» calmaba bastante mi ansiedad.

No obstante, decidí revisar de nuevo toda la habitación. No es que no me fiara de Ander, es que tenía que comprobarlo por mí misma para quedarme más tranquila.

Después de diez minutos de exhaustivo chequeo, determiné que ya podía instalarme en ella sin ningún problema, así que lo primero que hice después de abrir la maleta y sacar algunas de mis cosas fue darme una larga ducha.

A la media hora, como habíamos quedado, salí de la habitación para dirigirme al restaurante del hotel y me encontré con Ander, que estaba apoyado en la puerta de su habitación con las manos metidas en los bolsillos y la mirada perdida en el pasillo.

Un silbido fue lo primero que oí salir de su boca cuando se volvió y me miró.

—¡Vaya! Esta noche estás preciosa, Vera.

Me sonrojé como una quinceañera. No pude evitarlo.

—Gracias —le contesté tímidamente al tiempo que yo también me fijaba en lo irresistible que se le veía a él—. Tú también estás muy... —carraspeé. De repente, me sentí muy vergonzosa.

—¿Muy qué, *Fresitas*?... ¿Muy guapo, muy atractivo?...

Resoplé y Ander soltó una carcajada.

—Muy patán... Esta noche estás muy patán. ¡Como siempre! —terminé por decirle cabreada. La seguridad que mostraba en sí mismo me desquiciaba tanto como me atraía.

Porque, ¿para qué nos vamos a engañar? Que Ander fuera tan condenadamente sexy y que encima lo supiera era algo que por una parte me repateaba, pero que, por otra, lo volvía más irresistible aún.

Sin embargo, mis palabras, lejos de molestarlo, habían hecho que se quedara mirándome de una manera muy dulce.

—Veo que lo de patán ya no te afecta lo más mínimo —le dije entonces.

—Nunca lo ha hecho, *Fresitas*.

No supe qué replicarle, porque estaba convencida de que en realidad no mentía en eso.

Después lo seguí en silencio hasta que llegamos al restaurante del hotel, al cual se accedía a través de un precioso puente colgante hecho con madera y cuerdas y a lo largo del cual lucían muchas velas encendidas.

Había dejado de llover hacía un buen rato y el cielo ahora estaba completamente despejado. Tanto que había salido el sol, aunque éste ya estaba empezando a ponerse.

En cuanto entramos en el restaurante me quedé con la boca abierta. Estaba situado a orillas de un río. Incluso sobresalía por encima de él. Pero lo más impactante eran las vistas que tenía, que, junto con la puesta de sol, hacían que aquel lugar tuviera una magia especial.

—Buenas noches, señores. Número de habitación, por favor —nos pidió alguien del personal del restaurante nada más entrar.

—Ciento veinticinco —contestó Ander.

—Pues acompañenme, por favor. Su mesa está por aquí —dijo al tiempo que nos guiaba hasta una zona privilegiada del restaurante, puesto que era donde mejores vistas había. El sitio era simplemente espectacular.

—¿Les traigo algo de beber mientras le echan un vistazo a la carta?

—¿Te apetece una copa de vino, Vera? —me preguntó entonces Ander.

—Vale —contesté despreocupadamente.

—Tráiganos una botella de Chamtep —le pidió al camarero.

—Veo que conoce usted el que está catalogado como uno de los mejores vinos del país, señor. Ander simplemente le sonrió y asintió.

—Excelente. Pues enseguida se lo traigo.

—¿Uno de los mejores vinos del país? —le pregunté una vez se hubo ido el camarero.

—Eso dicen —me respondió sin más.

—Ander... —No quería que de nuevo gastara mucho dinero conmigo igual que había hecho con las habitaciones que había cogido en el hotel de Chiang Mai.

—Vera, ¿podemos hacer un trato tú y yo esta noche?

Lo miré directamente a los ojos y asentí, a pesar de no saber aún qué me iba a proponer.

—¿Podemos olvidarnos por un rato de quiénes somos y disfrutar simplemente de esta velada como una pareja cualquiera? —me preguntó a continuación.

—¿Como una pareja?

—Bueno... —carraspeó—, Malai me ha llamado antes y me ha dicho que tu hermano y ella han pedido que les lleven algo de picoteo a la habitación y los chicos han estado cenando en el turno anterior, así que, técnicamente, al ser sólo dos..., somos una pareja. Obviamente de amigos, claro.

Me quedé mirándolo intentando averiguar si detrás de todo aquel rollo que me había soltado había alguna intención oculta.

—Vera, sólo quiero disfrutar de las maravillas que este sitio nos ofrece y no quiero hacerlo solo. ¿Es posible que te olvides, aunque sea sólo por esta noche, de la manía que me tienes?

—¡Yo no te tengo manía, Ander! —le dije sintiéndome muy mal porque hubiera podido pensar que eso era así.

Él simplemente sonrió.

—Bueno, a lo mejor manía no, pero tampoco es que me tengas mucho aprecio —me replicó.

—Ander..., eso no es así —le expliqué entonces avergonzada por haberle dado a entender algo que tampoco era del todo cierto—. Yo sí que te tengo aprecio... Es verdad que a veces me sacas de mis casillas, pero en realidad te he cogido bastante cariño... Quiero decir que, después de todas las cosas que hemos vivido aquí, pues le he cogido mucho cariño a todo el mundo, incluido a ti, por supuesto.

Ander volvió a sonreír y se le iluminaron los ojos.

—Pues brindemos entonces por este lugar, por la experiencia tan maravillosa que estamos viviendo, por las increíbles personas que hemos conocido aquí y, sobre todo, por ti y por mí. Porque seamos amigos, Vera.

Por supuesto, levanté mi copa y la choqué con la suya.

Aquel lugar me estaba proporcionando más de lo que nunca habría imaginado, así que ese brindis estaba más que justificado.

—Humm... No entiendo mucho de vinos, pero éste está muy rico, Ander.

Realmente su sabor era exquisito, pero es que el lugar, junto con la puesta de sol, y ¿para qué negarlo?, junto con la compañía también, hacía que ese momento fuese único.

Se me quedaría grabado en la retina a fuego. Para siempre. Porque, además, el resto de la velada junto a Ander fue deliciosa. Disfruté de su compañía como no lo había hecho nunca hasta ese momento.

Estuvimos hablando de un millón de cosas. Cuanto más conocía a aquel hombre, más me interesaba, entre otras cosas porque su vida había sido muy diferente de lo que yo había imaginado. Tenía unos valores y unas prioridades que me habían conquistado por completo. Él, en todo su ser, me había enamorado por completo.

Sin embargo, había un tema que no dejaba de rondarme la cabeza, perturbándome más de lo

que me habría gustado.

—Ander, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Tengo otra opción?

—Me prometiste a mediodía que hablaríamos esta noche.

Él sonrió. Realmente no me había prometido nada, simplemente había intentado retrasar mis preguntas porque estaba claro que no le apetecía hablar de sí mismo.

—Está bien —me dijo entonces—. En realidad, yo también tengo curiosidad por saber qué es eso que tanto te interesa de mí.

—Es sobre esa mujer...

—¿Qué mujer?

—Esa de la que estás tan enamorado.

Ander agachó la cabeza y centró su mirada en el plato. Después suspiró y comenzó a hablar.

—El otro día no debería haberte dicho lo que te dije. Fue un tremendo error por mi parte. Esa mujer ya no está en mi vida, Vera —me contestó muy tajante.

—Sí, pero tú aún no te has olvidado de ella.

—Ya, pero tengo que hacerlo —replicó muy convencido.

—Sin embargo, yo creo que te está resultando imposible.

—Vera... —Esperé a que cogiera aire y continuara hablando. Sin embargo, parecía que una losa lo estuviera aplastando y le costara hablar—. Es una historia muy complicada que prometo contarte algún día, si es que continúo en tu vida. Pero créeme que ahora mismo es mejor que nos olvidemos de ese tema.

Ander claramente se mostraba muy hermético con ese asunto y yo no era quien tampoco para forzarlo a hablar, así que a pesar de la curiosidad que sentía tuve que dejarlo, pero, eso sí, no sin antes hacerle la pregunta que realmente más necesitaba que me respondiera.

—Sólo una cosa más, y te prometo que no volveremos a hablar de ello hasta que tú no estés completamente preparado —le dije.

Volvió a suspirar. Realmente se sentía muy incómodo.

—Ander... —Intenté llamar su atención para que me mirara, pero no lo hizo. Sin embargo, yo continué con mi pregunta—: ¿Podrás algún día olvidarte de ella?

Él levantó la mirada y clavó sus ojos en los míos.

—Vera, si lo que me estás preguntando es si estoy preparado para conocerte a ti, te diré que sí.

No lo creí. De nuevo sus palabras no se correspondían con lo que me decían sus ojos. Que él pensara que ya estaba preparado para conocer a alguien no significaba que verdaderamente lo estuviera. Y, por mucho que él quisiera intentarlo, era obvio que aún no era posible. Y, a pesar de que entre él y yo cada vez había más acercamiento, ¿hasta qué punto sería suficiente para mí eso? ¿Hasta qué punto podría yo soportar que Ander siguiera sintiendo tanto por aquella maldita mujer?

Lo nuestro no podía ser. No de esa manera. No en ese momento.

—Creo que debería irme a dormir ya, me siento muy cansada —le dije entonces, porque no

soportaba seguir allí. Haber entrevisto en sus ojos que aún no la había olvidado me había dolido más de lo que me habría gustado y necesitaba irme inmediatamente.

Sin embargo, cuando fui a levantarme, me cogió la mano.

—No te vayas, Vera. Por favor...

—Ander, no quiero seguir aquí. No me encuentro bien.

—Vera, dame una oportunidad. —Se me saltaron las lágrimas e intenté soltarme, pero él no me lo permitió. Se levantó, se puso frente a mí y me cogió de la barbilla para obligarme a mirarlo—. Sé que no lo entiendes, pero te pido, por favor, que no te cierres a mí. Quizá no debería haber sido tan sincero. Quizá no debería haberte hablado tan abiertamente acerca de mis sentimientos. Pero, por favor, Vera, olvídate de lo que te dije y déjame intentarlo contigo.

Le retiré la mirada. Me sentía herida.

—Ven —me dijo entonces para mi desconcierto, agarrándome la mano y tirando de mí.

—Ander, ¿qué haces?

—Llévate a un sitio.

—No quiero ir a ninguna parte.

—A este sitio, sí.

Y no me dejó más opción que seguirlo, porque a pesar de todo quería creerlo, quería darle esa oportunidad aunque mi cabeza me dijera que estaba cometiendo el error más grande de mi vida.

—Ahora voy a taparte los ojos, Vera.

Fui a negarme, pero Ander puso su dedo índice sobre mis labios para evitar que lo hiciera.

—No te estoy preguntando. Te estoy diciendo lo que voy a hacer, así que déjate llevar y confía en mí, por favor.

Y, de nuevo, lo hice. Volví a confiar en él porque algo en mi interior me pedía a gritos que lo hiciera.

Después de que Ander se pusiera detrás de mí, me tapara los ojos con las manos y avanzáramos andando unos metros así, llegamos a algún lugar donde claramente se oía el agua correr. Ese sonido que a mí tanto me gustaba.

—¿Estás lista?

Asentí, y entonces Ander me retiró las manos de los ojos. Al principio me costó enfocar la imagen, sobre todo porque ya no quedaba mucha luz natural, pero después lo que vi me cortó el aliento.

Giré sobre mis pies para mirarlo a los ojos.

Sonreía como un niño y tenía la mirada vidriosa.

—¿Te gusta?

—Ander, éste es el lugar más bonito del mundo —le dije.

Me giré de nuevo para observar que ante mí se abría un pequeño lago de aguas turquesas, coronado por una impresionante cascada y rodeado por una espectacular vegetación. Todo ello conformaba un paisaje absolutamente idílico.

Si me hubieran pedido que imaginara el lugar más bonito del mundo, sin duda habría imaginado uno igual que ése. Tanto mi vista como mi oído se estaban deleitando con aquella impresionante maravilla de la naturaleza.

Me volví para mirarlo. Quería agradecerle que me hubiera mostrado aquel lugar. Pero no me dejó hablar.

—¿Quieres bañarte? —me dijo entonces.

—¿Podemos hacerlo? —le pregunté incrédula.

—Bueno..., digamos que por una bastante considerable cantidad de dinero harán la vista gorda.

—¿En serio?

Se me había olvidado todo por completo. En ese momento sólo quería disfrutar de aquel lugar y de la compañía de Ander. En lo demás ya pensaría después.

Así que me encaminé hacia aquel lago, me quité el vestido sin reparar en que me estaba quedando en ropa interior delante de él y me lancé a las cristalinas aguas.

Cuando me volví en el agua en busca de Ander lo tenía pegado a mí. Peligrosamente pegado a mí. Lo que sentía por él y lo que me transmitía aquel lugar sólo conducían a una cosa.

Nos miramos. Nos perdimos en los ojos del otro. En los de Ander había deseo. En los míos también.

Y de repente ocurrió.

Me derretí en ese momento, mis convicciones lo hicieron. Mi determinación de huir de él se diluyó en aquellas aguas y quise que me besara.

Y lo hizo. Lenta y pausadamente. Lenta y deliciosamente.

Las sensaciones que tuve desbordaron mi corazón, desbordaron mi alma, llenando mi vacío.

Sus labios rozando suavemente los míos, su lengua jugando lentamente con la mía, sus manos recorriendo dulcemente mi espalda, mi pelo, mi cuello... Fluíamos.

Me encaramé a él. Levanté las piernas y le rodeé las caderas. Sus besos se intensificaron. Nuestro deseo se exacerbó.

Un gemido ahogado surgió de mi interior. Tan sólo con sus besos había conseguido sublimar mi deseo por él. Tan sólo con sus besos hizo que todo mi ser lo necesitara.

—Vera...

Lo volví a besar. No quise que hablara en aquel momento. Sobraban las palabras. No quería que nada rompiera aquel dulce instante.

—Vera, no estamos solos —me dijo entonces susurrando y con una leve sonrisa.

—¿Qué?!

Me separé de él inmediatamente y miré a nuestro alrededor.

Anurak estaba en la orilla del lago y nos observaba atentamente.

—Anurak, ¿necesitas algo? —le pregunté olvidándome de que no me iba a contestar.

Pero el niño salió corriendo antes de que yo pudiera llegar a la orilla. Cuando llegué a ella me

volví hacia Ander.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté bastante confusa mientras salía del agua.

—Déjalo estar. No estábamos haciendo nada que no fuera natural, e intentar explicarle las cosas creo que únicamente complicaría más la situación.

Ander había salido del agua también y se encontraba delante de mí. Yo estaba tiritando por el frío, pero no fui consciente hasta que él me lo dijo.

—Vamos a cambiarnos. Estás helada —terminó de decirme al tiempo que me rodeaba con un brazo y me giraba para encaminarnos hacia las habitaciones.

Cuando llegamos a las puertas de éstas, Ander se paró frente a mí y me cogió la cara con las manos para levantármela y que lo mirara.

—Pasa la noche conmigo, Vera.

No debía. No debía hacerlo.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, Ander. No puedo.

—Vera, duerme conmigo. Sólo te pido eso... Por favor.

Su mirada. Esa mirada de nuevo. Esa mirada que me traspasaba y hacía reaccionar a cada célula de mi ser. Esa mirada intensa, vidriosa, dulce, perturbadora.

—Ander...

—Vera, por favor... Regálame esta noche.

No dije que sí, pero tampoco dije que no. No debía dormir con él, pero no fui capaz de negarme. Porque mi corazón me gritaba por encima de lo que me decía mi razón y no me dejaba oírlo. Porque mi corazón anhelaba pasar la noche con Ander. Porque cada poro de mi piel me pedía a gritos que lo hiciera. Porque yo quería hacerlo. A pesar de todo.

Y lo hice.

Pasé la noche más maravillosa de mi vida con él.

Capítulo 24

—Ven, te daré una camiseta mía para que te quites esa ropa húmeda —me dijo Ander tirando de mí cuando comprendió que yo no era capaz de negarme y que definitivamente pasaría la noche con él.

Entré en su habitación y fue como entrar de lleno en su vida. Toda su esencia estaba allí, a pesar de ser la habitación de un hotel. Pero sus cosas, su olor y su presencia la invadían.

—Mira, esta camiseta la compré en un viaje que hice a Brasil. Creo que te irá bien. Ahí está el baño, para que puedas cambiarte.

Tenía mi habitación en la puerta de enfrente con todas mis cosas dentro de la maleta. Pero quise ponerme aquella camiseta. Quise sentir algo suyo sobre mi cuerpo.

Y lo hice. Me cambié y salí de aquel cuarto de baño nerviosa como una quinceañera e ilusionada como una mujer adulta.

Ander se había cambiado también de ropa, pero sólo se había puesto unos pantalones cortos. La camiseta la llevaba en la mano.

—¿Te importa si no me la pongo? —me dijo levantándola—. No estoy acostumbrado a dormir con ropa, así que cuanto menos lleve lo agradeceré —me explicó.

No me salió la voz del cuerpo.

Solamente pude articular un extraño sonido, acompañado de un gesto con la mano que le daba a entender que podía hacer lo que quisiera.

Ander sonrió. Obviamente sabía que verlo con el torso descubierto no me dejaba para nada indiferente.

—He pedido que nos suban una botella de vino a la habitación.

—¿Chamtep de nuevo?

Él sonrió y asintió.

—Si quieres podemos salir a la terraza —me propuso entonces tendiéndome la mano.

La acepté y salí con él.

En ella había, entre otro mobiliario de exteriores, un enorme sofá en el que cabían al menos cuatro personas sentadas. Estaba lleno de cojines y tenía pinta de ser muy confortable. Mientras Ander iba a abrirle la puerta al camarero yo me acomodé en él.

Después, cuando regresó, sirvió el vino, puso música en su móvil de una lista de reproducción llamada «Tailandia» y a continuación se sentó a mi lado, ofreciéndome una copa.

—Por un nuevo comienzo —me dijo al tiempo que levantaba la suya para brindar.

Choqué mi copa con la de él y bebí esperando que de verdad pudiéramos comenzar de nuevo.

—Ander, ¿tú crees en el destino? —salió de mi boca sin ni siquiera pensar.

—Creo que el destino te lo labras tú a lo largo de la vida y que, si no te gusta lo que ésta te ofrece, siempre puedes cambiarlo. Pero ¿por qué me preguntas eso, Vera?

—No lo sé. Es una idea que me ronda desde hace poco. Nunca me lo había planteado, pero últimamente no hago más que darle vueltas. Intento buscar una explicación a cómo me siento en algunas ocasiones aquí, porque tengo la sensación de que tengo que vivir esta experiencia por alguna razón especial, y no sé... —Me quedé pensando en mis palabras—. Pero, déjalo, no me hagas mucho caso. No quiero aburrirte con mis locuras.

—No me aburres, Vera. Todo lo que tenga que ver contigo me interesa mucho.

Le sonreí. Sabía que sus palabras eran sinceras. Esas cosas se notaban.

—¿Qué harás después de esto? —le pregunté a continuación, también sin pensar. Esa noche mi mente tenía mucha curiosidad y poca paciencia, así que estaba funcionando por libre, sin esperar a que yo filtrara las cuestiones—. Me refiero a cuando se acabe el voluntariado aquí. ¿Regresarás a tu trabajo en España?

—¿Y volver a encontrarme con pacientes que me gritan y me insultan a la primera de cambio? ... No, gracias. Prefiero quedarme aquí.

Evidentemente su comentario iba por mí y la actitud que había tenido con él mientras había estado en el hospital.

—Espero que no todas sean tan ariscas como yo.

—Bueno, no todo el mundo sabe encajar bien determinados sucesos, y es muy duro despertarte sin recordar determinadas cosas, así que las reacciones son muy variopintas. Sin embargo... —continuó diciendo mirándome fijamente a los ojos—, hasta ahora jamás me había encontrado con una persona tan..., ¿cómo dijo tu madre?... Ah, sí, que te gustaba asustar de primeras... Bueno, yo diría más bien que nunca me había encontrado con alguien con tanto... carácter. Vamos a dejarlo ahí.

Le sonreí. Estaba siendo demasiado amable para cómo me había portado yo con él en el pasado.

—¿Y eres igual de paciente y comprensivo con todas tus enfermas?

—No, qué va. Sólo con las que me llaman «patán» una y otra vez. Al resto no les hago ni caso.

Volví a sonreír, volví a beber vino y volví a sentirme muy cómoda con él.

Entonces Ander alargó el brazo para que me recostara sobre él y yo lo miré dudosa.

—Te está dando frío, Vera. Tienes la carne de gallina. Ven aquí, yo te daré calor, vamos —me dijo, explicando así por qué me pedía que me echara sobre él.

Y llevaba razón. Había comenzado a tiritar, aunque no había sido consciente de ello hasta que él me lo había dicho.

Lo hice. Me recliné y dejé reposar la cabeza sobre sus piernas.

Pero entre el vino, la calidez de su cuerpo y las caricias que me estuvo haciendo, al final me quedé dormida.

La fiesta.

La carretera.

Esos hombres. La música.

El sonido ensordecedor.

El golpe. La música de fondo.

Estoy en el suelo.

Sirenas.

Todo se vuelve blanco.

Desconecto.

—Señorita Cano, ¿puede oírme?

No, no quiero oír nada.

Mejor no hacerlo.

Desconecto.

Así ya no hay dolor.

Así es mejor.

Me desperté sobresaltada. Como siempre que tenía una de esas pesadillas.

—Vera..., Vera..., tranquila. Estoy aquí. Estoy contigo.

Ander me había ayudado a incorporarme y me abrazaba al tiempo que acariciaba mi pelo.

—Tranquila, ya ha pasado. No tienes nada que temer. Estoy aquí contigo, Vera.

Y como si de un mantra se tratase, sus palabras aplacaron mi angustia.

Lo miré entonces a los ojos y sentí la necesidad de no separarme nunca de él. Porque Ander calmaba mi ansiedad. Porque con él me sentía a salvo, protegida, segura.

—¿Quieres que vayamos dentro? Aquí ya hace demasiado frío.

Asentí.

Entramos en su habitación y me condujo a la cama.

—Voy a por un botellín de agua, ¿de acuerdo?

—No, no me dejes sola, Ander.

—Sólo bajaré un momento a recepción y volveré enseguida.

—No, por favor. No quiero quedarme sola.

—Está bien —me contestó, aunque no muy convencido, mientras se recostaba junto a mí—. Ven aquí —me dijo entonces mientras me rodeaba con sus brazos y me miraba fijamente a los ojos—. Las pesadillas acabarán. Confía en mí. Será pronto, te lo prometo.

No podía entender cómo podía tener tanta seguridad en sus afirmaciones, pero quise creerlo. Quise pensar que no se equivocaría y que pronto terminaría todo aquel calvario para mí.

Con ese pensamiento, volví a quedarme dormida.

Para cuando desperté, ya había amanecido. La luz del sol empezaba a colarse por las rendijas

que quedaban entre las cortinas.

Yo estaba tumbada de lado y Ander se encontraba justo detrás, completamente pegado a mí y rodeándome con sus brazos.

Ése había sido el mejor despertar de mi vida.

Sentir la respiración de Ander en mi nuca, el calor de su cuerpo sobre mi espalda y la protección de sus brazos sobre mi pecho era lo mejor que me había ocurrido en mucho tiempo. Porque amaba a ese hombre. En toda la dimensión de la palabra.

Lo que había comenzado como un flirteo y una atracción puramente sexual se había convertido en un sentimiento profundo no equiparable a ninguna otra cosa en el mundo. Porque él empezaba a serlo todo para mí, sin ser aún nada en realidad.

Porque no podía olvidarme de esa amarga realidad. Era posible que Ander pudiera sentir algo por mí, pero ese algo no era para nada comparable con lo que sentía por aquella otra mujer.

Y entonces tuve mucho miedo. Pánico.

Tenía que salir de allí inmediatamente.

El muro que había intentado construir para que Ander no me hiciera daño se había desvanecido la noche anterior. Pero tendría que construirlo de nuevo si no quería sufrir.

Tenía que desaparecer y poner mucha distancia entre ambos. No podía volver a cometer el gravísimo error que había cometido la noche anterior. No podía permitirme el lujo de caer en algo que seguro acabaría haciéndome mucho daño.

Así que cogí mi ropa y me fui de allí.

Sin embargo, a los cinco minutos Ander tocó a mi puerta.

—Vera, ¿estás ahí?

No le contesté. No sabía qué hacer. Simplemente rompí a llorar.

—Vera, sé que estás ahí. Estoy oyendo ruido. Ábreme la puerta.

Pero seguí ignorando mis sentimientos y las palabras de Ander hasta que éste decidió golpear la puerta con más fuerza. Si seguía haciendo todo ese ruido al final acabaría despertando a los clientes del hotel y todo el mundo se enteraría de lo que había pasado, y para nada quería eso. Así que le abrí y me fui corriendo a encerrarme en el cuarto de baño.

Pero Ander fue más rápido y se interpuso entre la puerta de éste y yo, no dejándome entrar en él.

—Pero ¿qué demonios te pasa, Vera? ¿Tú sabes el susto que me he dado cuando me he despertado y no te he visto junto a mí?

Me miraba buscando una explicación. Esa que no llegaría nunca porque no sabría por dónde empezar a dársela.

Así que simplemente le dije estas palabras:

—Sal de mi habitación y de mi vida.

—¿Qué?! —Ander estaba atónito.

—Lo que has oído —repliqué muy fría, a pesar de estar derrumbándome por dentro.

—¿Pero ¿qué...?! Vera..., ¿qué ocurre?

—No ocurre nada —le grité—. Sólo quiero que te largues de una puta vez. ¿Puedes entender eso?

Se separó de mí mostrándose completamente atónito. En su mirada, además, había miedo. Nunca lo había visto así y me estremecí. Mis palabras se habían clavado como agujones en él.

—Vera, sólo te pido que me digas por qué, que me digas qué demonios ocurre —me dijo intentando mantener la calma.

—Mira, Ander, tú no tienes la culpa de sentir lo que sientes por esa mujer, y yo no puedo luchar contra ello, así que dejémoslo estar. Por el bien de ambos.

—No, no, no... Esto no se puede quedar así, Vera —repuso bastante alterado.

—Ander... —Mi hermano acababa de entrar en la habitación seguido de Malai. Por lo visto, llevaban un rato escuchando nuestra conversación.

—Ander, ven conmigo —le pidió entonces Malai cogiéndolo del brazo para llevárselo de allí. Pero él se zafó de ella y continuó mirándome fijamente.

—Vera, no me voy a ir de aquí hasta que me des una explicación.

—Pregúntale a tu corazón cuál es la explicación. Él lo sabe muy bien —le espeté.

Ander agachó la cabeza y levantó las manos en señal de rendición. Malai no tuvo más remedio que soltarlo, y todos nos quedamos a la espera de su reacción.

Después de unos largos segundos volvió a levantar la cabeza, me miró fijamente e intentó hablar de nuevo.

—Vera... —Pero se le quebró la voz y volvió a quedarse en silencio.

—Ander... —comenzó a decirle entonces mi hermano—, no creo que éste sea el momento de hablar nada. Los dos estáis muy alterados y es posible que digáis cosas de las que luego os podáis arrepentir.

Ander se volvió y lo miró.

Después, cuando sopesó lo que Pablo le había dicho y fue capaz de serenarse, se giró de nuevo hacia mí.

—Tu hermano lleva razón —me dijo ya más calmado—. Hablaremos más tranquilamente en otro momento. Pero antes de irme quiero que sepas que significas mucho para mí, así que no pienso dejar que te alejes, Vera. Tenlo muy presente.

Y, según pronunció esas últimas palabras, bajó la mirada y se marchó de la habitación.

Malai lo siguió, pero Pablo se quedó conmigo.

Se me acercó muy despacio porque no sabía cuál iba a ser mi reacción, pero en cuanto llegó a mi altura me abalancé sobre él buscando sus brazos, pero sobre todo su apoyo y su cariño. Ahora más que nunca los iba a necesitar.

—Tranquila, Vera. Todo pasará —me dijo.

Y así quería creerlo yo. Porque aquello dolía mucho. Tenía el corazón roto y el dolor era insoportable.

Cuando pude por fin dejar de llorar, me sequé las lágrimas y me prometí a mí misma que jamás volvería a acercarme a Ander. Había sido débil, pero no volvería a ocurrir. No volvería a dejarme llevar por mis sentimientos. No volvería a estar cerca de él.

Al cabo de media hora había conseguido serenarme lo suficiente como para, después de darme una larga ducha, bajar a desayunar al restaurante.

Al entrar me encontré con que los chavales ya se iban, así que cogí un par de cruasanes, que envolví en una servilleta, y me fui directa al autobús.

Anurak se había colocado en el asiento situado al lado del mío, como hacía últimamente. Al parecer, lo que había visto la noche anterior entre Ander y yo no había cambiado su deseo de seguir estando sentado a mi lado. De hecho, cuando me vio aparecer sonrió y se movió para facilitarme el acceso a mi asiento. Eso me alegró.

Sin embargo, cuando fue Ander el que se subió al autobús, la expresión de Anurak cambió radicalmente, poniéndose muy serio, y cuando éste pasó por su lado el gesto del chico llegó a ser incluso de desagrado.

A Ander no quise mirarlo. No quería ponerme a llorar allí, delante de todo el mundo. Lo que sí pude observar fue que no se sentó detrás de mí como había hecho siempre, sino que se fue al final y se sentó solo.

Al haber subido ya todos al autobús, el conductor lo puso en marcha y una hora después alcanzábamos nuestro nuevo destino: el famoso Templo Blanco.

Cuando llegamos, la cola que había para entrar en él era tremenda, así que Malai nos aconsejó que primero nos diéramos una vuelta por los alrededores, después comiéramos, y cuando cayera la tarde y la gente comenzara a irse, ya lo visitaríamos nosotros más tranquilamente.

Y eso hicimos.

Yo decidí estar todo el tiempo con los chicos, y así se lo hice saber a mi hermano, por lo que Malai y él se fueron a disfrutar de algo de tiempo libre para ellos. Por otra parte, Ander se había desvanecido nada más llegar, así que podía estar tranquila porque no tendría que estar lidiando con su presencia.

Decidí entonces llevarme a los chavales a ver el mercado que había cerca del templo. Ver la artesanía era algo que les gustaba mucho, así que no lo pensé. Los distraería de esa manera y haríamos tiempo hasta que llegara la hora de la comida.

Dos horas después, nos encontrábamos todos exhaustos. Aquel clima era capaz de dejar sin fuerzas al más preparado, por lo que determinamos que aquél era ya un buen momento para buscar un sitio donde comer.

Les propuse hacerlo cerca del templo, ya que no conocía demasiado la zona.

Cuando tomamos asiento en un local típico de allí, aparecieron Pablo y Malai, por lo que pudimos comer todos juntos. Bueno, todos menos Ander, que seguía sin aparecer por ninguna parte.

Después, habiendo ya bajado bastante el número de visitantes en el templo, decidimos por fin

entrar a verlo.

Aquel edificio me llamó la atención no sólo por su singularidad, sino sobre todo por su estética blanca, creada así para representar la pureza de Buda.

Pero para acceder a él había que cruzar primero un puente. Pues bien, alrededor de él habían sido esculpidas cientos de manos blancas suplicantes, representando la angustia y el sufrimiento humano. Sentimientos que en aquellos desesperantes momentos para mí compartía con aquellas, cuando menos, inquietantes esculturas.

Quise pasar rápido por aquel puente, hacer la visita del templo cuanto antes y largarme de allí enseguida. En otras circunstancias de mi vida, aquel lugar me habría fascinado. Sin embargo, lo que vi allí esa tarde sólo consiguió exacerbar mi sentimiento de desesperación y, ¿por qué no decirlo?, también de soledad.

Así que me separé del grupo e hice el recorrido en el menor tiempo posible. Después decidí buscar una zona tranquila donde intentar descansar un rato y poder serenarme. Lo hice a la sombra, sobre el césped que había en la parte trasera del templo, donde no había nadie.

Pasé allí sentada menos de dos minutos cuando vi aparecer a Ander, que venía muy decidido hacia mí.

No me dio tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera siquiera intentar ponerme en pie me había cogido en brazos, había girado sobre sí mismo y me sacaba de aquella especie de jardín a paso rápido.

—Bájame ahora mismo —le grité, a pesar de estar estupefacta por su actitud.

—Lo haré enseguida —me contestó sin más.

Y lo hizo, pero no fue hasta salir de aquel recinto.

Cuando me dejó de pie en el suelo fue a decirme algo, pero finalmente no lo hizo.

—¿Me quieres explicar por qué demonios has hecho eso? —le pregunté muy confusa.

Pero no me contestó. No lo hizo porque un guardia se nos acercó gritando como un loco. Obviamente, yo no entendía lo que decía, pero estaba claro que lo que buscaba no era ser mi amigo. Eso sobre todo lo entendí cuando lo vi sacar unas esposas que quiso ponerme.

Instintivamente, me refugié detrás de Ander y éste automáticamente me protegió con su cuerpo de aquel energúmeno.

Estuvo un buen rato hablando con él en inglés, pero a pesar de ello me costó mucho seguir su conversación. Aquel hombre sólo quería llevarme consigo, y yo no entendía el porqué.

Cuando Ander por fin logró deshacerse del guardia, se volvió y me abrazó soltando un profundo suspiro.

—Ander... —le dije temblorosa—, ¿qué ha ocurrido?, ¿qué quería ese hombre?

—Pertenece a la guardia del templo y quería llevarte esposada porque has infringido dos normas, una de ellas bastante delicada, Vera.

—¿Qué?!

—Para empezar, este jardín es sagrado y nadie puede pisarlo. Hay carteles por todas partes

que advierten de ello, ¿es que no los has visto?... —me preguntó. Yo negué con la cabeza—. Y, para continuar, estabas sentada con los pies en dirección al templo. Los pies son la parte de nuestra anatomía más baja y sucia, y por tanto la más impura, según sus creencias, por lo que sentarte con los pies dirigidos hacia cualquier imagen o templo dedicado a Buda para ellos es una terrible ofensa que contraviene sus normas básicas de conducta y puedes tener hasta cárcel por ello, Vera.

Estaba en *shock*.

Si no hubiera sido por él, aquel hombre me habría llevado esposada, Dios sabe dónde y por cuánto tiempo. No quise ni pensar en las repercusiones que aquello podría haber tenido para mí.

Me abracé a Ander como una niña asustada. De no ser por él, me habría metido en un grave problema.

Después, cuando fui consciente de lo que estaba haciendo, me separé inmediatamente.

Ander me miró confuso, pero yo no debía acercarme a él de nuevo. No, si quería salvaguardar mi salud mental, pero sobre todo mi salud emocional.

Así que me di media vuelta y me fui de allí.

—Vera...

Pronunció mi nombre, pero yo no me detuve. No debía hacerlo. Ya había tomado mi decisión de apartarme de él y ésta era completa y absolutamente irrevocable.

Busqué a los demás y decidí continuar con ellos la visita de aquel lugar. No quería tener más altercados que me pusieran en peligro. No quería que Ander tuviera que solventar de nuevo cualquier problema que me pudiera surgir.

—Vera, ¿estás bien? —me preguntó entonces mi hermano, que había notado algo raro en mí.

Intenté contener las lágrimas y, mordiéndome la lengua para no romper a llorar, asentí con la cabeza.

—¿Seguro, hermanita?

Volví a asentir, esta vez intentando mostrarle una sonrisa.

—Necesito ir al baño —les dije entonces. Porque necesitaba quedarme a solas y soltar todo lo que llevaba dentro. Necesitaba unos minutos para recomponerme de nuevo y poder continuar adelante con mi vida.

—Vera, en un lateral del templo están los famosos baños de oro —me explicó entonces Malai—. La gente va a visitarlos porque el edificio donde están también es parte de este complejo y son muy bonitos de ver. Te aconsejo que, ya que tienes que ir, entres en ellos porque realmente merecen la pena.

Y le hice caso. En realidad me daba igual lo bonitos que pudieran llegar a ser. Yo sólo buscaba tener un poco de intimidad para poder desahogarme. Sin embargo, cuando los encontré me quedé maravillada. No sólo por lo limpios que estaban, sino porque todo era dorado en ellos. La fachada, el tejado, las paredes interiores. Todo.

Todo relucía allí menos mi corazón. Pero tenía que seguir adelante con mi vida. Tenía que ser

fuerte y continuar. Así lo había decidido y así lo haría.

Me sequé las lágrimas y me hice fuerte. Salí de allí con la intención de no volver a llorar más. De no sufrir más por él.

Entonces vi que había un grupo de personas alrededor de una especie de árbol fabricado por el hombre. Se trataba de turistas españoles y su guía les estaba explicando cuál era su significado.

—... en él podéis poner un corazón de metal —les estaba diciendo—. Podéis comprarlo en aquella tienda, escribir un deseo en él y colgarlo del árbol a modo de hoja. Lo que hayáis pedido se quedará aquí para la posterioridad y, cuando se hayan completado varios árboles como éste, los pondrán juntos y formarán un pequeño bosque con ellos.

Quise entonces acercarme a la tienda, porque me gustó la idea de contribuir de alguna manera con la creación de aquellos árboles llenos de deseos de la gente. Pero cuando ya estaba llegando a ella vi cómo Ander salía por su puerta con uno de esos corazones en la mano. Lo llevaba firmemente agarrado y se dirigía hacia el árbol. Lo seguí de cerca y puede ver cómo, antes de colgarlo, lo besaba dulcemente. Después lo colocó en su sitio y se fue de allí cabizbajo.

No pude evitarlo. Necesitaba saber qué mensaje había escrito Ander en aquel corazón.

Me acerqué al árbol, lo cogí y leí su deseo:

Regresa a mí.

Tres palabras. Tres punzantes palabras que se clavaron en mi corazón como acero afilado hiriéndome sin compasión.

Mis peores temores se convirtieron en ese instante en mi mayor pesadilla.

Su corazón seguía perteneciendo a aquella mujer. No la había olvidado en absoluto, a pesar de lo que me había dicho, y por supuesto no iba a poder hacerlo en mucho tiempo. Las pruebas estaban ahí y confirmaban lo que mi razón llevaba tiempo advirtiéndome.

No se había olvidado de ella y, lo que era aún peor, seguía con la esperanza de recuperar al que por supuesto era el gran amor de su vida.

Me derrumbé por completo. Literalmente. Las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo.

Pero no lloré. Algo dentro de mí se negó a hacerlo. Así que me hice fuerte de nuevo, miré al frente y me levanté de allí antes de que nadie pudiera verme.

Algo en mí había cambiado. No sólo la determinación de alejarme de aquel hombre se había hecho más fuerte, sino que además estaba convencida de que esta vez lo iba a conseguir. Mi decisión, más férrea que nunca, estaba ya tomada, y nada, absolutamente nada, la cambiaría.

Ander desaparecería de mi vida. Para siempre.

Capítulo 25

La vuelta al poblado se me hizo eterna. Estaba deseando llegar de una vez y bajarme de aquel autobús. Me asfixiaba saber que estaba respirando el mismo aire que Ander. Me quemaban los pulmones y me ardía el corazón.

Pero pronto podría perderlo de vista y así todo sería más fácil para mí. Dentro de tres días nos iríamos de allí y no lo volvería a ver más.

Por supuesto, cuando llegara a España lo primero que haría sería pedir un cambio de médico para no tener que encontrármelo bajo ninguna circunstancia.

—Vera, si no te importa, me gustaría dormir con Malai esta noche —me dijo mi hermano una vez llegamos al poblado y entramos en nuestra cabaña.

No le había contado nada de lo que me había pasado con Ander en todo el fin de semana, aunque por la escena que había vivido en el hotel creo que ya se hacía una idea de cómo estaban las cosas entre nosotros. Sin embargo, él no era consciente del dolor que yo sentía y de cómo se habían precipitado los acontecimientos haciendo que mi corazón se rompiera en mil pedazos.

Pero no quise que mi desesperanza enturbiara los pocos días que le quedaban de disfrutar allí con Malai, así que le dije que no había problema, que aprovechara el tiempo con ella y que fuera feliz. Algo que yo no podría ser en mucho tiempo hasta que me recuperara de aquello. Pero eso no se lo dije. Simplemente le di un beso y lo dejé marchar.

Esa noche volví a tener pesadillas. Las más terribles que había tenido hasta el momento. Porque en ellas esta vez se había colado Ander. Aparecía y desaparecía intermitentemente en ellas sin ningún sentido, enturbiándolo todo aún más. Si ya de por sí las pesadillas me desestabilizaban enormemente, que él apareciera en ellas fue lo más horrible que podría haberme pasado. Porque mis sensaciones al despertar fueron de absoluta angustia. De absoluta desesperación.

Lancé la almohada contra la pared, me agarré del pelo y tiré con fuerza de él, y después grité hasta quedarme sin aliento. Estaba enfurecida.

—Vera, ¿qué te ocurre?

Zoe acababa de entrar en la cabaña corriendo. Seguramente mi grito la había despertado y había acudido a ver qué me pasaba.

Se me acercó lentamente, examinando mi actitud para ver qué podría haber pasado para que yo hubiera gritado de aquella manera.

—Vera, ¿estás bien?... ¡Dime qué coño te ha pasado! Se ha oído el berrido que has dado en todo el poblado.

—Vera...

Ander acababa de entrar en la cabaña también.

Eso no me lo esperaba. No quería verlo. Necesitaba que se fuera. No quería estar en la misma habitación que él.

—Estoy bien —dije entonces para tranquilizarlos y convencerlos de que se fueran—. Es que he visto una araña y me he asustado, pero ya se ha ido, así que ya podéis marcharos. Necesito dormir.

—¿Estás segura, Vera? —me preguntó Zoe.

—Sí, sí, segura. Hasta mañana —terminé de decirles levantándome de la cama para conducirlos hasta la puerta.

Pero una vez Zoe la cruzó, Ander se parapetó en ella y no quiso salir.

—Vete, por favor.

—Ha sido otra pesadilla, ¿verdad?

Cerré los ojos con resignación, cogí aire y entonces le solté todo lo que llevaba dentro.

—Tú eres mi peor pesadilla, Ander. ¿Lo entiendes ya? Así que no quiero volver a verte nunca más. Desaparece de mi vida. Olvídate de que existo de una vez por todas. ¡Lárgate para siempre! —terminé gritándole crispada.

Jamás en mi vida había sentido tanta cólera.

Entonces comencé a golpearlo en el pecho. Pero cada golpe no hacía sino acrecentar más mi sentimiento de desesperación.

Sin embargo, Ander no se inmutó. Permaneció impasible mirándome con profunda tristeza mientras yo lo golpeaba una y otra vez hasta caer exhausta a sus pies, llorando amargamente.

Después él me cogió en brazos, me llevó hasta la cama y me dejó sobre ella.

—Siento el dolor que te estoy causando, Vera —comenzó a decirme con los ojos vidriosos. Me volví para no verlo—. Todo está siendo demasiado complicado y jamás pensé que esto podría llegar a ocurrir. Yo... yo me siento desbordado. Necesito pensar. Necesito aclarar mis ideas. Todo esto se me ha ido completamente de las manos... —terminó de decir en un leve susurro más para sí que para mí—. Pero no volveré a molestarte. Te lo prometo.

Y, conforme dijo eso, oí sus pasos alejarse y la puerta cerrarse.

Ander se había ido. Para siempre.

Me quedé dormida después de pasarme más de dos horas llorando desconsoladamente. Me dormí exhausta y no me desperté hasta que alguien llamó a la puerta de la cabaña a la mañana siguiente.

Me levanté sin apenas fuerza para sostenerme en pie y me dirigí hasta ella. Cuando la abrí me encontré con mis cinco chicos mirándome ojipláticos. Mi aspecto no debía de ser muy bueno.

—¿Qué hacéis aquí? —atiné a preguntarles.

—Señorita Vera, ¿se encuentra usted bien? —me preguntó entonces Sunee.

—Sí, claro, ¿por qué? ¿qué pasa?

—Es que llevamos más de una hora esperándola en la escuela.

Miré mi reloj y me llevé las manos a la cabeza. O la alarma no había sonado o no la había

oído.

—Está bien, chicos, perdonadme. Me he quedado dormida, pero ¿por qué no hacemos una cosa?... Kanya, llévatelos a la escuela y empieza a leerles esta historia. —Cogí un libro de encima del escritorio y se lo di a la adolescente—. Enseguida iré yo y os preguntaré sobre el tema de la novela. Hoy vamos a trabajar lectura comprensiva, ¿de acuerdo?

Todos asintieron y se fueron por donde habían venido sin replicar. Aquellos chavales eran geniales.

Con las mismas, me vestí corriendo, me asexé, y adecenté un poco mi aspecto. Y aunque después quise entrar en el comedor para coger algo de desayuno, éste ya se encontraba cerrado y me fue imposible. Mi estómago no me lo iba a perdonar. De hecho, comenzó enseguida a protestar.

Pero cuando fui a bajar los escalones del comedor para dirigirme a la escuela me encontré de frente con Ander. Traía en las manos una caja que me entregó sin decir una sola palabra y continuó su camino.

Cuando llegué a la escuela y abrí aquella caja descubrí en ella un café servido en un recipiente para llevar y dos cruasanes. Eso era lo que yo desayunaba siempre.

Me quedé en *shock*.

—Señorita Vera, ¿nos va a preguntar ya?

—Eh... Sí. No... Kanya, léeles otro capítulo más, por favor. Tengo que salir un momento, pero vuelvo enseguida y ya os pregunto, ¿de acuerdo?

Los chicos volvieron a hacer lo que les pedí sin rechistar.

Crucé la puerta de la escuela y me senté en sus escalones. Necesitaba que me diera el aire. Sin embargo, no pasó ni un minuto cuando Anurak salió y se sentó a mi lado.

Lo miré sorprendida. Llevaba el cuaderno que yo le había hecho y lo abrió por una página donde le había puesto imágenes de personas mostrando diferentes emociones. Me señaló una mujer triste y luego me miró a mí.

Se me saltaron las lágrimas al mismo tiempo que me daba la risa. Sentí en ese momento tristeza por mí, pero una alegría inmensa por él. Aquel chiquillo acababa no sólo de comunicarse conmigo, sino que también había sido capaz de identificar una emoción en mí y relacionarla con la de otra persona en una imagen.

Aquello era todo un logro, y mi pena se desvaneció para dar paso a una gran alegría y satisfacción. Estaba orgullosísima de aquel pequeño y lo abracé con absoluta ternura.

Simplemente con aquello que acababa de ocurrir ya me había merecido la pena aquel viaje. A pesar de todo.

Cuando lo conté en el comedor a mediodía, los demás no daban crédito. Todos, incluido Ander, me felicitaron por lo importante que era lo que había conseguido con aquel chiquillo.

—Vera, eso hay que celebrarlo por todo lo alto —comenzó a decirme Malai—. Mira, esta noche va a haber una fiesta de despedida que os queremos hacer a tu hermano y a ti. No hemos querido esperar a mañana, que es vuestro último día, porque probablemente estaremos todos muy

cansados después de llegar de la excursión a la cueva y hemos pensamos que mejor hacerla hoy. Así que a partir de las ocho os quiero a los dos en la plaza —dijo señalándonos a Pablo y a mí—. Celebraremos ambas cosas, ¿de acuerdo?

Aunque no estaba de mucho humor para fiestas, el gran logro de Anurak había cambiado un poco mi estado de ánimo y tenía ganas de acudir a ella. Así que, a la hora acordada y tras habernos arreglado con nuestras mejores galas, Pablo y yo aparecimos en la plaza del pueblo, donde todos nos recibieron con aplausos y un gran cartel que decía lo mucho que nos iban a echar de menos.

Inmediatamente se me saltaron las lágrimas. Pero es que miré a mi hermano y él también tenía los ojos vidriosos. Porque entonces fuimos realmente conscientes de que aquella gente nos apreciaba de verdad.

Pero es que en ese preciso instante también fuimos conscientes de que aquella fiesta significaba el fin de nuestra estancia allí. Porque todos se nos fueron acercando para darnos un emotivo abrazo.

Menos Ander, que nos observaba desde la distancia.

Habían organizado la fiesta de manera que primero cenaríamos los platos más típicos de allí y después se haría una especie de baile en el que todo aquel al que le apeteciera podría bailar con Pablo y conmigo y aprovechar ese momento para decirnos lo que quisiera a modo de despedida.

La idea me pareció estupenda, hasta que caí en la cuenta de que quizá Ander quisiera aprovechar esa oportunidad para hablar conmigo, por lo que llegado el momento tendría que poner en marcha un plan con el que eludir dicho peligroso acercamiento.

Pero Ander no apareció en toda la noche, por lo que poco a poco me fui relajando y pude disfrutar muchísimo de la fiesta.

Mi hermano y yo bailamos con todo el mundo. Hasta Anurak, que no sé hasta qué punto había entendido la dinámica de aquello, se me acercó también.

Obviamente, él no me habló para despedirse de mí, pero el abrazo que me dio y cómo se aferró a mí cuando terminó el baile fueron lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo. Volvieron a saltáreme las lágrimas. Pero esta vez de alegría. Una inmensa y desbordante alegría.

Sin embargo, ésta me duró poco. Por lo visto, Ander había esperado pacientemente su turno para despedirse y ahora reclamaba su momento.

Cuando lo vi frente a mí, no tuve más remedio que poner en marcha el plan que había estado ideando durante toda la noche.

—Si os parece, vamos a hacer esto un poco más divertido. A partir de ahora haremos un juego y con él echaremos a suertes los bailes —comencé a explicar tranquilamente—. Todo el que quiera participar deberá primero sacar un papel de esta bolsita y éste determinará si la suerte lo ha acompañado y puede echar un último baile con nosotros o no.

Le di a mi hermano una bolsita para él y yo me quedé con otra.

—Venga, vamos, ¿quién es el primer valiente que se atreve? —dije muy dispuesta.

Mi hermano me miraba sin comprender mucho mi actitud, pero el pobre me siguió el rollo como tantas otras veces lo había hecho a lo largo de su vida.

Malai fue la primera que se acercó a él. En este caso, ella tuvo suerte porque sacó el papel en el que había escrito «Baile».

Después, uno de los cocineros se aproximó a mí y, metiendo la mano en mi bolsita, sacó su papel.

«Otra vez será», ponía en él.

Le sonreí amablemente y le di las gracias por intentarlo.

Me sorprendió entonces que, a pesar de tener a Ander mirándome fijamente, no se hubiera acercado él a intentarlo.

Después vinieron dos compañeros más y a ambos les pasó lo mismo. Incluso Zoe también lo intentó. Igualmente les di las gracias a todos muy amablemente después de haber sacado su papel de «Otra vez será».

Mi plan era infalible, por lo que podía estar tranquila.

Aun así, y a pesar de saber que nada podía fallar, me puse algo nerviosa cuando vi acercarse a Ander con paso decidido. Carraspeé y le ofrecí la bolsa.

Sin embargo, él hizo algo que yo no había previsto. Cogió su papel y, sin mirarlo, lo quemó delante de todos.

—Pero ¿qué haces? —le dije muy sorprendida.

—Veamos qué papel ha sido el que he sacado —replicó entonces.

—¿Y se puede saber cómo lo vamos a averiguar, si lo has quemado? —le pregunté cruzándome de brazos.

—Muy fácil. Saca tú el que ha quedado en la bolsa y lee en voz alta cuál es.

Me quería morir. Ander había descubierto mi trampa.

En mis dos papeles había escrito «Otra vez será» para que, sacara el que sacase la persona que fuera, nunca ganara el baile. Así me aseguraba de no tener que hacerlo con Ander.

Pero aquel patán, muy inteligentemente, había estado observando todo y había deducido qué era lo que ocurría.

Todos me miraban esperando que leyera lo que ponía en el papel que quedaba en la bolsa.

—Pone «Otra vez será», ¿verdad, *Fresitas*? —me preguntó entonces Ander ante mi reticencia a leerlo—. Por tanto, eso significa que en el que yo he quemado debía de poner «Baile». ¡Vaya, qué suerte he tenido!

Quise morirme en esos momentos. Ander me había descubierto y ahora, o bien me delataba yo misma delante de todo el mundo o bien le concedía el baile que se había ganado, sin lugar a dudas, por méritos propios.

A pesar de odiarme a mí misma por ello, hice lo segundo. Porque, ¿con qué cara les explicaba a los demás que en los dos papeles ponía «Otra vez será»? Eso no diría nada bueno de mí, y no quería que se quedaran con una imagen mía tan despreciable.

Ander se me acercó entonces mirándome fijamente. Pero lo que hizo a continuación fue algo que nunca habría esperado.

—No te voy a forzar a hacer algo que tengo claro que no quieres hacer, Vera. Sólo pretendía despedirme de ti. —Ander cogió aire y continuó hablando—: Mañana yo no iré a la excursión de la cueva, así que ya no volveremos a vernos más. Espero que tu estancia aquí haya sido agradable y, sobre todo, deseo de corazón que vuelvas de nuevo. También espero que no me guardes rencor y que algún día podamos hablar tranquilamente de todo. —Parecía abatido—. Jamás fue mi intención hacerte daño.

A continuación fue a decir algo más, pero no lo hizo.

Luego me dio un dulce pero intenso beso en la mejilla que me dejó petrificada, y seguidamente dio media vuelta y se fue de allí.

Necesité varios segundos para poder reaccionar.

Después me acerqué a mi hermano y le dije que necesitaba irme a descansar. También me despedí del resto de la gente, agradeciéndoles sinceramente a todos la fiesta que nos habían organizado y, a continuación, me fui a la cabaña.

Pero no quise pensar en nada.

Simplemente me puse a organizar mis cosas para luego comenzar a meterlas en la maleta. Sólo dejaría fuera la ropa que necesitara para la excursión del día siguiente a la cueva y lo que me fuera a poner para el viaje hasta Phuket.

Cuando terminé de recogerlo todo, me sentía exhausta. Pero no sólo físicamente, sino también mental y emocionalmente.

Aquel viaje había supuesto para mí tantas cosas que jamás lo olvidaría. Cosas negativas, pero también muchas positivas. Y tenía que quedarme con eso.

Hice un repaso mental de todos mis buenos momentos allí y acabé sonriendo de felicidad. Toda aquella experiencia me había cambiado considerablemente, pero para bien. No volvería a España siendo la misma Vera. Volvería siendo una mujer más madura y completa.

Regresaría lastimada también, pero de eso no tenía la culpa aquel sitio.

Intentaría recordar sólo lo positivo. Sabía que poca gente podía vivir una experiencia así y me sentía increíblemente afortunada por ello.

Con esos pensamientos, me quedé dormida.

Sin embargo, algo me despertó a medianoche. No sabía qué había sido. Me giré para mirar en la cama de mi hermano, pero éste no se encontraba allí. Desde hacía ya varias noches no dormía conmigo. Lo hacía con Malai.

Me volví hacia el otro lado de la habitación, pero allí no había nada ni nadie. No obstante, encendí la luz y me levanté. De repente sentí mucho calor y abrí la puerta para salir fuera.

Hacía una noche espléndida. La temperatura era muy agradable y había esa calma que tanto me gustaba. Todo el mundo dormía y sólo se oía el silencio de la selva. Sentí entonces la necesidad

de pasear bajo aquel manto de estrellas y observarlo por última vez. Aquel cielo era increíble. Jamás volvería a ver uno igual.

Cuando quise darme cuenta, mis pasos me habían llevado, sin quererlo, hasta la cabaña de Ander. Me encontraba ante su puerta cuando ésta se abrió.

Él estaba prácticamente desnudo, ya que sólo llevaba puesto unos bóxers. El pelo lo llevaba suelto y me miraba intensamente.

—No sé qué hago aquí —le dije. Yo estaba tan confusa como él.

Pero a ninguno de los dos pareció importarnos demasiado por qué había acabado allí.

A continuación, me hizo un gesto para que entrara.

Y lo hice.

Avancé unos pasos y me quedé de espaldas a él. Oí cómo cerraba la puerta y después sentí su aliento en la nuca. Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero. Un calambre me sacudió entera.

Ander comenzó a acariciarme lentamente los brazos desde las manos hasta los hombros. Después me apartó el pelo a un lado y acercó sus labios a mi cuello. Su aliento me quemó por completo.

Yo no debería estar allí. Pero estaba, y ya no podía hacer nada para detener lo que vendría a continuación. Porque lo deseaba con todo mi ser. Deseaba que ocurriera. A pesar de todo.

Me volví lentamente y me encontré con esa mirada de Ander. Esa que me traspasaba y acariciaba cada célula de mi ser. Esa que me completaba.

Y ocurrió de nuevo.

Ander me besó en la boca dulcemente, pasionalmente, sinceramente, vehementemente. Sin duda, sin prisa, sin pausa.

Después me cogió en brazos y me llevó hasta la cama. Me dejó sobre ella y se acostó a mi lado. No me dijo nada, pero su mirada me preguntaba si realmente yo quería aquello. Y asentí.

Lo que pasó a continuación es imposible de describir. Miles de sensaciones, miles de emociones brotaron a flor de piel. Cada caricia suya, cada beso suyo despertaron en mí todo lo que sentía por aquel hombre.

Y entonces la conexión se estableció. Esa conexión que duraría toda la vida. Porque nunca podría olvidar esa noche. Amar y ser amada de aquella manera fue algo que jamás imaginé que podría existir. Sentir lo que sentía y cómo lo sentía me desbordó por completo, haciéndome llorar pero de auténtica y sublime felicidad.

Aquel hombre me estaba entregando todo su amor con cariño, con ternura, pero también con deseo, con pasión, con necesidad.

Y cuando ya no pude soportarlo más, cuando ya no pude contener en mí todas esas intensísimas sensaciones, exploté. Y él también lo hizo.

La conexión se cerraba, quedando establecida para siempre.

Jamás seríamos de otros.

Siempre nos perteneceríamos.

Siempre.

* * *

Me desperté abruptamente.

Miré a mi alrededor. Me sentía muy confusa.

Estaba en mi cabaña.

Y Ander no estaba allí.

Había sido todo un sueño. Un dulce, pero a la vez tormentoso sueño.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Aún tenía a flor de piel las emociones que había sentido. Aún percibía el calor de Ander sobre mi piel. Aún conservaba todo lo que aquel hombre me había transmitido a través de aquel sueño. Aún sentía la conexión.

Pero nada de todo aquello había ocurrido.

Esta vez, mis habituales pesadillas habían dado paso a un sueño más agradable, pero igual de desconcertante y dañino para mí.

Tenía una terrible confusión de sentimientos. Porque el sueño había sido precioso, y cómo lo había vivido había sido tan real y tan increíble que jamás lo olvidaría. Pero saber que toda aquella dulce experiencia no ocurriría en la vida real me destrozaba el corazón. Me sentí entonces totalmente rota. Vacía.

Me sentí desconcertantemente incompleta después de aquello.

—¡Buenos días, hermanita! —Pablo acababa de entrar en la cabaña con mucha energía—. ¿Lista para nuestro último día? ¿Lista para explorar una cueva de verdad?

Su semblante transmitía la felicidad que sentía. Después de muchísimo tiempo, mi hermano por fin había conseguido ser feliz, y yo lo estaba también por él.

Pero tuve que hacer de tripas corazón para poder compartir su entusiasmo.

—Sí, claro. Estoy deseando ver esa cueva —le dije al tiempo que intentaba mostrarle aunque fuera una leve sonrisa.

—Pues venga, vámonos a desayunar, que hoy nos espera un duro día.

Teniendo días muy duros llevaba yo ya un tiempo, pero no se lo quise decir. Me guardé para mí el comentario y la amargura que lo acompañaba.

Cuando llegamos al comedor estaban todos desayunando y charlando animadamente.

—Pues va a ser la primera vez que yo me meta en una cueva —dijo Chloé.

—No te preocupes —comenzó a decirle Malai—. Esta cueva está abierta a los turistas, lo que quiere decir que no se necesitan conocimientos de espeleología para visitarla. Es muy segura y, no saliéndote del camino establecido, no tendrás ningún problema.

—Pues yo tampoco he estado nunca en ninguna, y desde ya aviso que soy un poco claustrofóbica, así que a la mínima que me empiece a sentir agobiada me largo pitando de allí —anunció Zoe.

—Estaos tranquilos, que ya veréis cómo os va a encantar —nos terminó por decir Malai para tranquilizarnos—. La cueva es una de las más bonitas del país.

—Ander, ¿y tú por qué no te vienes? —le preguntó entonces Chloé—. Yo pensaba que sí lo harías.

—No se me ha perdido nada allí —replicó él de malas formas.

Nos quedamos todos callados. No estábamos acostumbrados a esas salidas de tono en Ander. No era típico de él y jamás lo había hecho con nadie.

—Lo siento, Chloé —le dijo a continuación—. No debería haberte hablado de esa manera. Perdóname, pero es que no me encuentro muy bien esta mañana.

Y, diciendo esto, se levantó y se marchó de allí.

Zoe me miró inmediatamente. Mi hermano y Malai también lo hicieron.

—¿Qué?!... ¿Por qué me miráis así?

—¿Tú sabes lo que le pasa? —me inquirió Malai.

—¿Y por qué iba a saberlo ella? —preguntó confusa Chloé.

Todos se volvieron hacia ella y la miraron como si no se creyeran que pudiera estar tan ciega como para no ver lo que había ocurrido entre nosotros dos.

Pero evidentemente la francesita había tenido mejores cosas que hacer que estar pendiente del culebrón en el que se había convertido mi vida.

—¿No fastidies que al final te lo has tirado?! —me preguntó incrédula. La miré pero no le contesté—. ¡Vaya con la mosquita muerta, que al final se ha calzado al buenorro de Ander!

Iba a decirle cuatro cosas a aquella Barbie descerebrada, pero decidí que era mejor no hacerlo. No quería que mi último día allí se viera empañado por una trifulca con aquella aspirante a Paris Hilton.

Así que yo también me levanté y me largué.

Me fui directa al autobús que nos llevaría a ver aquella dichosa cueva a la que ya le había cogido manía antes de entrar.

Cuando se subieron todos los demás, el chófer puso rumbo a ella y al cabo de unos treinta minutos ya habíamos llegado.

Bajamos y vimos que estaba el cielo muy nublado, pero por suerte no llovía.

Los guías que salieron a recibirnos nos pidieron que los acompañásemos a ponernos los equipos necesarios para entrar. Simplemente teníamos que tomar algunas medidas de seguridad por si acaso.

Para ello, nos pusimos una especie de mono desechable, unas botas de agua con la suela de goma para no resbalar en el barro que a veces había en la cueva y un casco con una pequeña linterna en la parte frontal, de la que nos advirtieron no hiciéramos uso a no ser que ellos nos lo pidieran, para no gastar la batería innecesariamente.

Después de todas las explicaciones pertinentes y de recordarnos varias veces que no traspasásemos nunca el cordón de seguridad que había colocado a lo largo de todo el recorrido,

nos fuimos directos a la entrada de la cueva.

De ella salía en ese momento otro grupo que acababa de visitarla y estaban comentando lo alucinante que había sido estar allí dentro y ver las formaciones que había, así que entramos todos esperando que la visita no nos defraudara.

Y no lo hizo. Aquello era impresionante.

Lo primero que tuvimos que hacer fue bajar haciendo rápel unos veinticinco metros por una especie de agujero enorme, hasta la que debía de ser la verdadera entrada a la cueva.

Cuando vi la forma en que teníamos que acceder a aquel lugar, no me hizo ninguna gracia. Sin embargo, cuando observé la facilidad con que se deslizaban los chavales por aquellas cuerdas y las medidas de seguridad tan fuertes que había, entendí que no tenía nada de lo que preocuparme.

Y realmente me resultó muy sencillo. Además, la bajada ya de por sí tenía su encanto.

Una vez estuvimos todos abajo, comenzó la verdadera visita a la cueva.

Las enormes salas que se iban abriendo ante nosotros, con estalactitas y estalagmitas formadas a lo largo de miles de años, nos dejaron con la boca abierta.

Pero lo más impactante para mí fue cuando en una de las salas nos pidieron que apagásemos todos nuestros frontales y los guías hicieron lo propio los suyos y sus linternas de mano. Se hizo la oscuridad. Pero no esa que cuando llevas un rato en ella al final la vista se adapta y acabas viendo el contorno de las cosas, no. Se hizo la oscuridad más absoluta. Allí no había ni un ápice de luz por ninguna parte y, por mucho que lo intentaras, lo único que podía apreciar tu vista era un negro intenso sin más. Definitivamente no se podía ver nada, y sentí un escalofrío. Porque entonces imaginé lo terrible que tendría que ser que alguien se quedara atrapado en un sitio así.

Pero para nuestra tranquilidad los guías encendieron de nuevo las linternas y las imágenes volvieron a nuestras retinas.

Después iniciamos el camino de vuelta, pero lo hicimos por otro lugar. Uno menos accesible y, por tanto, menos visitado por los turistas. Pero por alguna razón los guías habían decidido hacerlo así.

Cuando llevábamos ya un buen rato andando nos pidieron que nos parásemos. Algo no iba bien.

Malai estuvo intentando averiguar qué ocurría. Por lo visto, había comenzado a llover con mucha fuerza en el exterior y el agua estaba empezando a inundar la cueva. Aun así, nos dijeron que no debíamos preocuparnos por nada. En ese momento estábamos muy por encima del nivel del agua y la salida no estaba demasiado lejos.

Sin embargo, seguimos durante un buen rato allí parados hasta que finalmente decidieron que diéramos media vuelta y saliéramos de la cueva por donde habíamos entrado.

El camino de vuelta se hizo muy pesado. Había partes en las que prácticamente el terreno se había vuelto intransitable y constantemente resbalábamos con el barro que había.

—Vera, por favor, ten mucho cuidado —me pidió entonces mi hermano.

—Sí, no te preocupes, que desde luego no está la cosa para andar haciendo tonterías —le contesté.

Pero finalmente pudimos llegar a la salida sin ningún contratiempo. Únicamente nos quedaba subir por las cuerdas igual que lo habíamos hecho en la bajada y ya estaríamos fuera de aquella cueva.

Comenzaron por los chavales. Mientras tanto, los demás estuvimos esperando pacientemente, ya que sólo podía subir una persona cada vez.

Cuando ya llevábamos allí un buen rato decidí moverme un poco y comencé a andar arriba y abajo para intentar calmar el nerviosismo que sentía. La espera estaba empezando a pasarme factura.

Ni siquiera fui consciente de lo que pasó a continuación, porque todo ocurrió de repente.

El suelo desapareció bajo mis pies. Y yo con él.

Capítulo 26

Me desperté. Estaba desorientada. Intenté abrir los ojos pero los tenía cubiertos de tierra, al igual que el resto del cuerpo. Entonces traté de incorporarme. Lo hice, pero sintiendo mucho dolor. Tenía todo el cuerpo magullado. Me froté los ojos y conseguí abrirlos. Pero no era capaz de ver nada. Estaba completamente a oscuras.

Me acordé entonces de la linterna que llevaba en el casco. La busqué a tientas hasta que la encontré, pero ésta no se encendió. Probablemente se hubiera golpeado durante la caída y se hubiera roto. Sin embargo, insistí zarandeándola y golpeándola, intentando ver si así se encendía, y al final lo hizo.

Me encontraba en una pequeña cavidad donde había una especie de charco que cubría la mayor parte del suelo. Pero allí no había nada más. Ningún signo de que esa zona de la cueva hubiera sido explorada. Ninguna cuerda, anclaje o cualquier otra pieza usada por los espeleólogos en sus incursiones.

Desconocía dónde me hallaba, desconocía cuánto tiempo había estado inconsciente y si los demás podrían llegar hasta donde yo me encontraba, si es que sabían dónde era.

Comencé a asustarme mucho. De hecho, comencé a hiperventilar. Jamás había estado en unas circunstancias parecidas y, desde luego, nadie me había enseñado cómo afrontar una situación de ese tipo.

Pero tenía que tranquilizarme. O al menos intentarlo. Porque si algo tenía claro era que la ansiedad no era buena consejera en momentos así y podía llevarme a cometer errores.

Por tanto, me paré a pensar calmadamente. Lo primero era intentar avisar a los demás de dónde me encontraba. Seguramente me estuvieran buscando y, si yo les hacía señales de algún tipo, les facilitaría la labor. Así que decidí orientar la luz de mi casco hacia el agujero por donde había caído. Si la veían, sabrían que me encontraba allí. Después decidí gritar para ver si alguien me contestaba.

Pero no obtuve respuesta.

Volví a hacerlo varias veces más, dejándome la voz en el intento. Tenía que conseguir que me oyeran. No podían estar tan lejos. No podía haber caído tantos metros como para que no oyeran mi voz. Sin embargo, nadie me respondió.

Me paré a pensar de nuevo. Entonces recordé que fuera estaba lloviendo y me quedé mirando el charco que allí había. Tenía que saber si el nivel de aquella agua estaba subiendo. Porque, si eso era así, entonces sí que estaba metida en un verdadero problema.

Decidí poner una piedra como referencia justo donde llegaba el agua. Si después de un rato

ésta no se había mojado, podría respirar tranquila.

Mientras tanto, busqué en los bolsillos de aquel mono y en los de mi propia ropa si había algo en ellos que pudiera serme útil.

Únicamente encontré un chicle, una goma del pelo y dos horquillas.

«¡Por lo menos estaré bien peinada cuando me encuentren!», pensé intentando buscarle la parte positiva a algo que por supuesto no la tenía en absoluto.

Sin embargo, necesitaba que no decayera mi ánimo porque sabía que eso era lo peor que podía pasarme.

De nuevo volví a gritar, desgañitándome. No podía creer que no pudiera oírme nadie.

Cuando me falló la voz, dejé obligadamente de seguir intentándolo.

Entonces me fijé en la piedra que había puesto para ver si estaba subiendo el nivel del agua. Había desaparecido por completo. Eso sólo podía significar una cosa.

Comencé a ponerme aún más nerviosa.

Tenía que salir de allí como fuera.

Traté de ponerme de pie e intenté trepar por el agujero por el que había caído. Pero la tierra y el agua que caían por allí hacían que aquello fuera sumamente resbaladizo, por lo que me resultó imposible.

Intenté buscar otra salida alternativa. Mi lógica me decía que lo mejor era no moverme de donde estaba para no perderme y facilitar así mi búsqueda, pero que el nivel del agua estuviera subiendo cambiaba la lógica de las cosas según mi, en esos momentos, asustado criterio.

Sin embargo, y a pesar de que miré exhaustivamente cada palmo de aquel lugar, no encontré ningún sitio por donde pudiera huir.

La ansiedad empezó a apoderarse de mí.

Me abracé a mí misma y comencé a llorar. No quería ser derrotista, pero aquella situación empezaba a ser más que preocupante.

Después de un largo rato sollozando quise cambiar de nuevo mi actitud. Las lágrimas no me sacarían de allí.

Me quedé pensando qué otras cosas podía hacer para salir de aquella dichosa cueva. Tenía que haber algo que no se me hubiera ocurrido aún y que me ayudara.

Pero ninguna idea acudió a mi cabeza.

Sin embargo, después de varios minutos en absoluto silencio, creí oír voces.

Afiné el oído, y si mi mente no me estaba jugando una mala pasada, habría jurado que parecían hombres hablando.

Volví a gritar cuanto pude. Lo hice hasta quedarme sin voz de nuevo. También agité la linterna de mi casco para que me vieran. Tenía que hacer todo cuanto estuviera en mi mano para que me encontraran.

Al poco, las voces se oían más cercanas. Volví a gritar, pero seguían sin contestarme. ¿Por qué yo sí podía oírlos a ellos, pero ellos no podían oírme a mí?

Al cabo de un rato me pareció ver luces de linternas. Apagué entonces la de mi casco para ver si no eran reflejos de ésta.

Y no lo eran. Por suerte, aquellas luces eran reales y se movían.

Después de cerciorarme de que realmente mi imaginación no me estaba jugando una mala pasada, volví a encender la linterna de mi casco. Tenía que seguir indicándoles dónde me encontraba para que pudieran llegar a mí.

Al cabo de un buen rato, las voces se intensificaron y, aguzando el oído, comencé a entender lo que decían.

—No podemos seguir descendiendo. La situación es ya muy crítica y estaríamos poniendo en peligro la vida de todos los hombres del equipo. Es imposible llegar donde ella está y volver a ascender por el mismo sitio con la cantidad de agua que hay ya.

—Mire, comprendo lo que me dice y sé perfectamente cuál es la situación, pero no voy a haber llegado hasta aquí para ahora darme media vuelta. Entiendo que ustedes no quieran seguir bajando, pero yo no voy a parar hasta que la encuentre. Su vida depende de eso.

Era la voz de Ander. No me lo estaba imaginando. Habría reconocido su voz entre un millón. Estaba completamente segura. ¿Qué hacía él allí?

Intenté chillar. Apenas me salió la voz del cuerpo; sin embargo, fue suficiente para que me oyeran.

—¡Vera! —oí que gritaba entonces Ander. Él también había reconocido mi voz—. ¿Cómo te encuentras? Vera...

Definitivamente, era su voz.

Mi estómago dio un vuelco. Mi corazón también.

—Estoy bien. No me he roto nada, pero tengo mucho miedo. Aquí hay mucha agua y el nivel no para de subir.

—¿Lo ve? No podemos seguir bajando. Es muy peligroso y estaríamos poniendo en riesgo la vida de todos —oí que le decía alguien a Ander.

—Escúcheme bien, voy a bajar a por ella le guste a usted o no —le contestó él enfurecido—. Si puedo contar con su ayuda para poder salir después, estupendo, pero, si no, ya me las apañaré yo. Lo que no pienso es dejarla ahí sola bajo ninguna circunstancia, ¿me ha entendido?

—No está pensando con la cabeza —le reprochó el hombre—. Si baja ahí es muy posible que no podamos sacarlos a ninguno de los dos. ¿Es que no lo entiende?

—Lo entiendo perfectamente y soy consciente del peligro. Ahora, ¿puede, por favor, ayudarme a ponerme el equipo?

—Quiero que quede constancia de que se le ha advertido de manera clara y explícita del riesgo que supone descender ahí y que, si lo hace, es únicamente bajo su responsabilidad.

—No se preocupe. Asumiré todos los riesgos.

Después de eso no volví a oír nada más.

Cabían varias posibilidades.

Podían entre todos haber ideado una estrategia para ayudar a Ander a llegar hasta mí. Podían haberlo dejado solo ante el peligro abandonándolo a él y, por tanto, a mí también a nuestra suerte. Y por último podían haber convencido a Ander y haberse ido todos viendo lo peligrosa que se estaba volviendo la situación debido al aumento del agua en la cueva.

Me quedé en absoluto silencio intentando oír algo. Pero no lo logré.

La terrible idea de pensar que hubieran abandonado mi búsqueda hizo que me derrumbara completamente.

Mi vida entonces comenzó a desfilarse por mi mente. Los buenos y los malos momentos vividos en ella se sucedieron como fotogramas de una película, mostrándome un resumen muy gráfico de ella.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ya no había esperanza para mí.

Entonces deseé que todo aquello sólo hubiera sido una terrible pesadilla.

Me froté los ojos y luego los abrí con la esperanza de encontrarme de nuevo en casa.

Pero todo seguía igual. Seguía atrapada en aquella maldita cueva, sólo que ahora, además, veía a Ander frente a mí. Mi cerebro había empezado a desvariar, perdiendo así la poca cordura que me quedaba. Porque no podía ser real.

Sin embargo, en ese instante lo oí pronunciar mi nombre.

—Vera...

—No, no, no... —grité—. Sólo eres una alucinación. Déjame en paz. Me voy a volver loca...

—Vera, soy yo, soy real —me dijo al tiempo que se acercaba a mí y me ponía las manos en la cara para obligarme a mirarlo—. Mírame, soy yo. Estoy aquí contigo. En cuanto me han llamado para decirme lo que te había sucedido vine inmediatamente.

Lo observé fijamente. No era un engaño de mi mente. Porque le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Era real.

Ander no me había abandonado.

Me abracé a él y comencé a llorar.

—Vera, tranquila... No llores... —Después carraspeó—. Oye, mira, no tenemos mucho tiempo para salir de aquí, así que necesito que estés lo más serena posible, ¿de acuerdo?

Me separé de él y lo miré fijamente a los ojos. Acababa de ser consciente de lo que significaban sus palabras.

Que él estuviera allí no conllevaba en absoluto que ya estuviéramos a salvo.

—Vera, no te voy a mentir, la situación es muy grave. El equipo de rescate no ha querido seguir avanzando porque es muy peligroso. En el exterior sigue lloviendo y el nivel del agua está aumentando muy rápido en la cueva.

—Pero ¿y entonces cómo vamos a salir de aquí?

Dejó de mirarme a los ojos.

—Ése es el problema. Tenemos muy pocas opciones, pero aun así no debemos perder la esperanza, ¿vale?

—Pero Ander...

—Mira, ahora te voy a explicar cuál es el plan. No podemos perder más tiempo. Lo que vamos a hacer...

Pero dejé de escucharlo.

Si no teníamos opciones, ¿por qué había bajado a por mí poniendo en riesgo su vida?

Había oído la advertencia que le había hecho aquel hombre antes de que él bajara, pero no había querido creer que la situación fuera tan extrema. ¿Cómo lo iba a ser, si ellos estaban tan cerca de mí? ¿Cómo no iban a poder sacarme de allí?

—Vera, necesito que me escuches atentamente... ¡Vera!

Abandoné mis pensamientos y regresé a la realidad.

—¿Qué?... Perdona. Te escucho.

—Mírame —me pidió entonces. Y lo hice—. Para salir de aquí necesitamos sumergirnos en el agua y bucear hasta otra cavidad contigua más grande. Ésta no tardará en inundarse, así que aquí no podemos quedarnos.

—Vale —le dije sin pensar siquiera lo que me había explicado. Aún no estaba siendo consciente de las dimensiones de todo aquello.

—Lo primero es que te quites las botas y el mono, porque eso no haría más que retrasarte a la hora de avanzar en el agua.

Y lo hice como una autómatas que no se replantea lo que le piden que haga.

—Vale, ahora te explicaré cómo usar la botella de oxígeno. Estaremos poco tiempo debajo del agua, pero es importante que sepas cómo utilizarla.

Las palabras se iban acumulando en mi cerebro a la espera de que las procesara, pero es que todo estaba sucediendo tan rápido que me costaba digerir lo que ocurría.

—Vera, Vera... —Miré a Ander y luego dirigí la vista hacia donde él la tenía. El agua ya nos llegaba por las rodillas—. Necesito que estés aquí conmigo, ¿vale? Necesito que me escuches, por favor. Esto es muy importante.

Y comencé a hacerlo. Porque en ese momento entendí la gravedad de la situación y también entendí que, si no ponía de mi parte, no podría salir de allí con vida.

Escuché atentamente todas las explicaciones y quise retenerlas en mi cabeza.

—Lo más importante es que no pierdas la calma en ningún momento y no te separes de mí —me dijo después de haberme advertido de los riesgos que conllevaba lo que íbamos a hacer—. Si todo va bien, tendremos una oportunidad, ¿de acuerdo, Vera?

Asentí, respiré hondo y le dije que me encontraba preparada. Aunque no lo estuviera en absoluto. Pero no quedaba otra opción.

Poco después nos estábamos sumergiendo en las que ya me había advertido Ander serían unas aguas muy turbias. De hecho, cuando me puse las gafas de bucear e introduje la cabeza en el agua para comprobar que la botella de aire funcionaba correctamente, fui consciente de que la visibilidad era prácticamente nula.

—Ander, no podré hacerlo. No se ve nada. ¿Y si me pierdo?

—No nos separaremos en ningún momento. Tenemos que mantener siempre el contacto físico, ¿de acuerdo? Me han explicado que el trayecto no es demasiado complicado y que podremos avanzar los dos a la vez.

Lo miré con absoluto pánico.

—Vera, confía en mí.

No me quedó más remedio que hacerlo.

Una vez terminamos de colocarnos todo el equipo, me miró a los ojos y después nos sumergimos.

Apenas se veía nada, pero la linterna que llevábamos al menos nos ayudaba a saber hacia dónde teníamos que dirigirnos. Comenzamos a avanzar despacio, siempre guiados por una especie de brújula que llevaba Ander y que le indicaba el rumbo que teníamos que seguir.

A los pocos minutos, la cavidad por la que íbamos comenzó a ensancharse. Ander dirigió entonces el haz de luz de la linterna hacia arriba y vimos que estábamos cerca de la superficie. Comenzamos a ascender.

En menos de medio minuto habíamos salido.

Estábamos a salvo.

Nos acercamos a la orilla y entonces pude observar lo enorme que era aquella cavidad en comparación con la que yo había estado. En ésta no tendríamos el mismo problema, puesto que era demasiado grande como para inundarse entera.

Una vez fuera del agua me volví hacia Ander y lo abracé.

Él me devolvió el abrazo, pero lo noté tenso.

—Ander, ¿qué ocurre?... Estamos ya a salvo, ¿no?

—Del agua, sí.

Me separé de él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué significa eso? —le pregunté inquieta. Obviamente pasaba algo más que yo no llegaba a entender.

—Vera, la situación sigue siendo muy complicada. Al irnos de la otra galería nos hemos puesto a salvo del agua, pero hemos perdido la posibilidad de que nos rescaten.

—¿Qué?!

Lo miré atónita. ¿Había oído bien?

—Nuestra única opción de no morir ahogados era venir aquí. Pero a partir de ahora estaremos solos. Toda esta parte de la cueva sólo es accesible a través de donde hemos venido y, si eso se encuentra inundado, no podrán llegar hasta aquí. Además, las posibilidades de que se derrumbe esa zona con la gran cantidad de agua que está acumulando son muy elevadas.

—Pero entonces ¿qué vamos a hacer ahora?

—No hay plan B, Vera. No sé qué vamos a hacer ahora.

Me quedé mirándolo, intentando comprender.

Aquello era una locura.

—Si no hay un plan B para salir de aquí..., ¿por qué has venido entonces?

No me contestó. Se giró sobre sí mismo y se alejó de mí.

—Ander...

—Tenemos que quitarnos la ropa mojada —comenzó a decirme mientras se deshacía de su camiseta y el pantalón—. Aquí hace demasiado frío como para seguir con toda esta humedad encima.

Pero yo estaba en *shock*.

—Vera...

No podía reaccionar.

Él se me acercó y me cogió de la cara para que lo mirara.

—Ya se nos ocurrirá algo, *Fresitas*.

Y, conforme dijo eso, agarró mi camiseta y tiró de ella hacia arriba para quitármela. Yo simplemente me dejé hacer.

A continuación me bajó los pantalones y me los quitó. Ambos nos quedamos en ropa interior.

Después me abrazó. Su piel estaba helada, pero al contacto nuestros cuerpos reaccionaron. Aun así, yo no terminaba de entrar en calor.

—Tienes los labios morados. Todavía estás tiritando —me dijo al tiempo que me agarraba de la mano y tiraba de mí—. Ven, nos tumbaremos aquí y nos taparemos con esto.

Ander sacó de su mochila una manta térmica. Después me tumbé de lado y él se colocó detrás, completamente pegado a mí, tapándonos a ambos con la manta. A continuación, me abrazó.

Yo comencé a llorar.

No entendía aquel despropósito. ¿Qué posibilidades teníamos de sobrevivir allí? ¿Por qué, si no teníamos ninguna opción, Ander había decidido venir a por mí? ¿Qué haríamos a continuación?

No podíamos no tener un plan B.

Estaba cansada y me dolía todo el cuerpo. No tenía ni idea de la hora que podía ser, pero probablemente ya fuera de noche. También tenía mucha hambre, pero en ese momento aquello era lo que menos me importaba.

La respiración acompasada de Ander, el calor que comenzaron a generar nuestros cuerpos bajo aquella manta, y lo exhausta que me encontraba hicieron que acabara durmiéndome. Cuando me desperté, él ya no se encontraba a mi lado.

Me sentía menos dolorida y con la mente más lúcida. Sin embargo, la angustia seguía ahogando mi pecho.

Me incorporé en busca de Ander.

Me di cuenta entonces de que había encendido un fuego mientras yo había estado durmiendo. Sin embargo, a él no lo veía por ninguna parte. Me asusté.

—Ander —lo llamé.

Pero no me respondió.

—¡Ander! —grité entonces más fuerte.

—Estoy aquí —oí a lo lejos—. Voy enseguida.

A los pocos segundos comencé a ver el haz de su linterna.

—¿Dónde estabas? —le pregunté impaciente—. Me he asustado al no verte cuando me he despertado.

—He estado tratando de buscar una salida.

—¿Y?

—No sé, Vera. El equipo de rescate me dijo que a partir de aquí la cueva ya no había sido explorada y que no podían darme ninguna información sobre ella, así que, aunque he encontrado varios pasadizos por los que continuar, no sé adónde nos podrían llevar.

—Bueno, pues vamos probando por uno y, si no es, pues probamos por otro.

—No es tan fácil. Esas galerías, además de tener mil bifurcaciones cada una, pueden ascender, pero también pueden descender y dejarnos en una posición peor de la que estamos. Además, no sabemos si son practicables o si pueden tener peligro de derrumbamiento o inundación.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —le pregunté a continuación con lágrimas en los ojos.

—No lo sé. Necesito pensar. Necesito estudiar todas las opciones y luego tomar una decisión. Pero no pierdas la esperanza, por favor —me dijo entonces cogiéndome la cara con las manos para después darme un dulce beso en la mejilla—. Te necesito conmigo.

Asentí. Tenía que ser fuerte. Tenía que conseguir no derrumbarme. No hasta que lo hubiéramos intentado todo para salir de aquella maldita cueva.

—¿Tienes hambre? —me preguntó entonces.

—Mucha —contesté llevándome la mano al estómago, que no hacía más que rugir.

—Pues vamos a comer algo. Yo también estoy hambriento.

Ander se dirigió a su mochila y sacó varias cosas de ella.

—De momento tenemos agua y comida para varios días, pero tendremos que racionarla, porque no sabemos cuánto tiempo vamos a tener que estar aquí —me explicó mientras sacaba una lata de lo que parecía arroz con algún ingrediente más—. Toma, la compartiremos.

Aquello no tenía muy buena pinta, pero a pesar de eso mi estómago lo agradeció enormemente.

—Ander, ¿por qué lo has hecho? —le pregunté una vez hubimos terminado de comer.

—¿Por qué he hecho el qué?

—Venir a por mí.

—Alguien tenía que hacerlo. Lo echamos a suertes y me tocó a mí, *Fresitas* —me soltó sin más, restándole importancia.

—El equipo de rescate se ha negado a continuar por la peligrosidad. Sin embargo, tú estás aquí a pesar de sus advertencias. Oí toda la conversación, Ander.

—Vera... —Tomó aire—. Si alguien no hubiera bajado a por ti, no habrías tenido ninguna posibilidad.

—Ya, pero ahora tampoco es que tenga muchas más, y encima tu vida también está en peligro.

—Saldremos de esta cueva... Confía en mí.

Me quedé mirándolo fijamente. Él también lo hizo.

Estoy convencida de que, si en ese momento nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias, nos habríamos besado.

—¿Cómo lo haremos? ¿Cómo saldremos de aquí? —le pregunté entonces.

—He decidido que voy a probar por aquella galería de allí. Parece que asciende y también es la más ancha, por tanto, a priori parece la ruta con más posibilidades, así que buscaré la salida y, cuando la encuentre, volveré a por ti con el equipo de rescate.

Pero ¿de qué demonios estaba hablando?

—De eso nada. No pienso quedarme aquí yo sola. Iré contigo —le dije muy convencida.

—La cosa no funciona así, Vera —me contestó muy tajante—. Lo más cabal es que tú te quedes aquí mientras yo busco una salida. Esto no es negociable.

—¡Oh, ya lo creo que es negociable! —repliqué bastante alterada—. Me voy a ir contigo lo quieras o no.

—No te lo permitiré, Vera.

—¿Ah, no?! ¿Y qué vas a hacer para evitarlo, eh, *Patán*? ¿Dejarme atada a una piedra?

—Pues, mira, es una idea.

Me acerqué a él. Tanto que sentí cómo se aceleraba su corazón.

Lo miré fijamente a los ojos y, a continuación, hecha una furia, le expliqué lo siguiente:

—Estás en esta situación por mi culpa y no voy a permitir que encima te juegues la vida buscando una salida para mí. Iremos los dos juntos y lo que nos tenga que pasar nos pasará a los dos. Y esto sí que no es negociable, Ander.

Entonces, para mi completo y absoluto asombro, sonrió.

—Está bien, *Fresitas*. Tú ganas.

Lo miré con recelo.

—¿Así de fácil? —le pregunté entonces. No me fiaba mucho de él.

—Así de fácil.

Pero me quedé cruzada de brazos esperando una explicación a su cambio de actitud.

—Vera, te conozco lo suficiente como para saber que nunca ganaría esta batalla, así que ¿para qué malgastar energía tontamente?

Lo miré de medio lado.

Pero llevaba razón. A cabezota no me ganaba nadie.

—Vale, ¿pues cuál es el plan? —pregunté entonces.

—De momento vamos a descansar un poco mientras pienso cómo lo vamos a hacer, ¿de acuerdo?

Asentí y lo seguí hasta donde había hecho el fuego. Después nos sentamos y pude observar cómo sacaba de su mochila lo que parecía ser un mapa de la cueva con su topografía.

Me acerqué lo suficiente como para poder ver bien aquel plano, pero no pude comprender nada

de lo que aparecía en él.

—¿Tú entiendes lo que significan todos esos dibujos? —le pregunté.

—Sí. —Me quedé mirándolo esperando una explicación. Ander carraspeó y continuó hablando —: He practicado la espeleología muchas veces y también he hecho varios cursos de supervivencia con el ejército.

—¡Ah, vale! Lo normal que suele hacer todo el mundo, claro.

Él me miró y sonrió.

—Vera, siempre me ha gustado mucho practicar deportes y la espeleología era uno de ellos. Y en cuanto a lo del ejército, si quería irme a sobrevivir durante meses en el desierto, más vale que estuviera bien preparado antes, así que me alisté durante un año en la legión.

—¿Con los de la cabra?

Ander soltó una carcajada.

—Sí, con éstos.

Aquel hombre cada día me sorprendía más.

—¿Y fue muy dura la experiencia en la legión? —quise saber entonces.

—Partiendo de la base de que se trata de un cuerpo de élite que trata de mantener la paz en zonas de conflicto, te podrás imaginar que aquello no fueron precisamente unas vacaciones. Además, nos mandaron a Iraq y las cosas allí se pusieron muy difíciles. De hecho, al volver de la misión me largué inmediatamente.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te fuiste?

—Me di cuenta de que aquello no era para mí. Se suponía que nosotros íbamos a ayudar, pero las cosas no siempre salen como se pretende, y al final acabaron sufriendo inocentes. Decidí entonces que yo no quería colaborar con aquello. No de esa manera.

Me quedé pensando en todo lo que aquel hombre había visto y había vivido a lo largo de su vida, a pesar de haber nacido en la familia en que lo había hecho. Para mí era de admirar.

—Pues yo he estado en los *scouts* —le dije entonces.

Ander soltó una enorme carcajada.

—Sin duda, Vera, uno de los mejores cuerpos de élite del mundo —me dijo con toda la guasa.

—Bueno, en realidad sólo duré dos semanas. La primera, que fue la de presentación, y la siguiente, porque aún no sabía de qué se trataba aquello. En cuanto lo supe no volví más. —Hice una pausa—. Ahora me arrepiento de ello.

—Bueno, no te preocupes, con que uno de los dos tenga los conocimientos es suficiente.

Mientras habíamos estado hablando, Ander había seguido examinando el mapa.

—Continúo pensando que aquella galería es nuestra mejor opción —me explicó entonces—. Según el plano, no estamos muy lejos de la ladera de la montaña y, por tanto, de una posible salida. Quizá tengamos suerte después de todo, Vera.

Y conforme dijo esto me miró intensamente a los ojos. Había miedo, pero también había esperanza en su mirada. Y yo quise agarrarme a ella.

—Nunca te estaré lo suficientemente agradecida por lo que estás haciendo por mí, Ander.

—Bueno, eso dímelo cuando te haya sacado de aquí —me contestó resuelto.

Pero, pasara lo que pasase, aquel hombre ya había hecho por mí mucho más de lo que nadie había hecho en toda mi vida.

—Ahora deberíamos descansar un poco para coger fuerzas —me propuso—, y dentro de un par de horas, después de comer algo otra vez, deberíamos emprender la marcha.

—Vale —le contesté.

Me vendría bien descansar un poco más.

Me recosté sobre el suelo, cerca del fuego y a su lado.

Ander cogió la manta térmica y me tapó con ella.

—¿Tú no descansas? —le pregunté.

—Ahora lo haré. Antes quiero echarle un último vistazo a las posibilidades que tenemos.

Un buen rato después, cuando ya se suponía que yo debería haberme dormido, sentí cómo él se tumbaba junto a mí y me rodeaba con sus brazos.

—Saldremos de ésta, Vera —me susurró entonces—. Te lo prometo.

Capítulo 27

—Vera..., despierta.

Alguien me estaba llamando, pero yo no quería despertarme. Estaba teniendo un precioso sueño.

—Vera, tenemos que irnos.

Abrí los ojos. Ander se encontraba delante de mí y me miraba impaciente.

—Estaba soñando —le dije.

—¿Otra vez una de tus pesadillas?

—No. —Yo misma me sorprendí de que no lo hubiese sido—. Soñaba con algo agradable, algo bueno. No consigo recordar qué era, pero sí que me encontraba muy feliz.

—Pues siento haberte fastidiado el sueño, pero tenemos que irnos ya —me explicó mientras metía apresuradamente todas las cosas en la mochila—. El nivel del agua sigue subiendo y eso no es bueno. Podrían inundarse las galerías de alrededor o haber derrumbamientos.

Inmediatamente me puse a guardar las cosas con él.

—¿Estás lista? —me preguntó una vez lo hubimos recogido todo.

Busqué su mano y se la cogí.

—Ahora sí.

Ander me sonrió, se aproximó a mí y depositó un dulce beso en mi mejilla que alargó unos segundos. Después se apartó y emprendimos la marcha.

—Mantente siempre pegada a mí. No debemos separarnos bajo ninguna circunstancia, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. No tengo pensado irme a ninguna parte.

Él volvió a sonreír y se relajó un poco.

La galería por la que empezamos a caminar no era excesivamente estrecha, pero su suelo era muy irregular y había que llevar cuidado para no pisar mal. Una torcedura en un momento así no haría más que complicar mucho las cosas.

Poco a poco, fuimos avanzando. Al principio, nuestro ánimo era bueno, pero, según iba pasando el tiempo y la orografía del terreno se iba complicando, el ánimo empezó a decaer. Al menos, el mío.

Comencé a tener frío, a pesar de llevar ya mucho tiempo moviéndonos. Las gotas de agua que caían del techo iban recalando en nuestra ropa y empecé a sentir la humedad en los huesos. Me dio un escalofrío.

—¿Estás bien, Vera?

—Sí, no te preocupes.

Pero no lo estaba. Quizá él estuviera más acostumbrado a estar en un entorno tan hostil, pero a mí me estaba resultando muy complicado.

La oscuridad de aquel sitio, su humedad, los ruidos extraños que se oían de vez en cuando, pero sobre todo saber que estábamos allí atrapados sin tener idea de si podríamos alcanzar una salida por donde volver a nuestras vidas no era algo fácil de sobrellevar.

Y comencé a sentir bastante ansiedad. La galería por la que íbamos cada vez se estrechaba más y la claustrofobia hizo acto de presencia. Eso, unido a todo lo demás, comenzó a hacer mella en mí y empecé a hiperventilar.

—Vera, ¿qué te ocurre?

Apenas podía hablar.

—No puedo seguir.

—Vale, pararemos un momento. Necesitas calmarte y descansar.

Seguía hiperventilando. Me estaba desmoronando.

—Vera, mírame. Vamos, mírame.

Lo hice, pero me costaba verlo. Se me había empezado a nublar la visión.

—No puedes fallarme ahora, ¿me has oído? Tienes que quedarte conmigo.

Oía la voz de Ander muy lejana, a pesar de tenerlo a mi lado.

—Vera..., Vera..., no te vayas... Vera.

Pero desconecté.

No sé por cuánto tiempo, pero cuando desperté me encontraba sola.

—Ander... —Apenas me salía la voz del cuerpo. Me encontraba muy débil.

No hubo contestación.

Volví a desconectar.

—Vera..., Vera...

Abrí los ojos. Él estaba frente a mí.

—Ander...

—Tranquila, estoy aquí —me dijo al tiempo que me cogía la mano y me besaba la frente.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté confusa.

—Te has desvanecido. Pero estás bien. Sólo necesitabas recuperarte.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Algo más de una hora. Pero lo importante es que ahora ya estás de vuelta. Tenemos que continuar avanzando.

—Está bien.

Intenté levantarme, pero tuvo que ayudarme. Me encontraba muy débil.

—Espera, bebe un poco de agua. ¿Tienes hambre?... Podemos comer algo antes de continuar.

—No, no hace falta. Con el agua será suficiente.

—Vale. —Ander cogió aire para continuar hablando—: Vera, he estado inspeccionando la

galería y más adelante el camino se estrecha bastante, pero se puede continuar, sólo que tendremos que hacerlo arrastrándonos y pasando de uno en uno.

Lo miré con pánico.

—No podré hacerlo.

—Sí, sí que podrás, Vera. Yo iré delante de ti y tú me seguirás. Son pocos metros y enseguida la galería vuelve a ensancharse, así que podrás hacerlo.

Lo miré directamente a los ojos. La confianza que me transmitió me infundió el valor suficiente como para querer al menos intentarlo.

—Vale. Estoy lista —le dije al tiempo que le sonreía levemente. Tenía mucha suerte de tenerlo a mi lado en aquellos momentos.

—Pues andando, *Fresitas*.

Era la primera vez que no me molestaba que me llamara así.

—Tú primero, *Patán* —le contesté cariñosamente.

Y continuamos avanzando. Lo hicimos hasta llegar al estrechamiento.

Volví a hiperventilar.

—¿Y por qué no paso yo primero y tú vienes detrás de mí?... Por favor, Ander.

—No podemos hacerlo así, Vera. Debemos seguir el protocolo. Por seguridad.

—¿Qué protocolo? ¿Qué seguridad? ¿Qué más da quién vaya primero?

—No da igual. —Cogió aire y después lo soltó lentamente, preparándose para explicarme, con mucho tacto, algo que no me iba a gustar—. Si tú vas delante y entras en pánico quedándote atrapada, dejarás obstruida la única salida posible que tenemos y yo no podré hacer nada. Pero si el que va delante soy yo, aunque tú te quedes atrapada, yo podré continuar avanzando y buscar ayuda. ¿Lo entiendes ahora?

Sí lo entendía, y era lógico hacerlo así, pero para nada me hacía gracia la idea.

—Aun así, ahora no tienes que pensar en eso porque eso no va a ocurrir, Vera. Tú eres una mujer muy fuerte y vamos a salir de aquí los dos juntos, ¿de acuerdo?

Quería creerlo. Necesitaba creerlo.

Así que respiré hondo y, como un mantra, me fui repitiendo a mí misma que podía hacerlo, que era totalmente capaz.

Sin embargo, a la hora de la verdad me entró el pánico.

Mientras él avanzaba por aquel estrecho pasaje y yo intentaba seguirlo, comencé a imaginarme lo peor. Eso no me ayudó en nada.

Pero Ander intuyó lo que me pasaba al oír que mi respiración volvía a acelerarse.

—Vera, lo estás haciendo muy bien. Ya nos queda muy poco, te lo prometo. ¿Ves dónde estoy enfocando con la linterna?... Pues es ahí donde tenemos que llegar. No nos queda ya prácticamente nada, *Fresitas*. ¡Venga, que cuando lleguemos te voy a preparar una comida riquísima!

—¡Sí, en la cocina de lujo que llevas en la mochila, no te fastidia! —le espeté.

Ander había conseguido su propósito. Me había distraído de mis pensamientos y eso había hecho que automáticamente me calmara.

En esos instantes aprendí que lo peor que puedes hacer en una situación de ese tipo es empezar a pensar de manera negativa, porque eso, lejos de dejarte avanzar, lo único que consigue es ir mermándote el ánimo hasta que acabas por desmoronarte por completo.

Así que el resto del trayecto Ander siguió manteniéndome distraída hasta que llegamos a la desembocadura de aquella galería.

Lo habíamos conseguido. Habíamos dado un pequeño paso más en nuestro avance para encontrar la salida de aquella dichosa cueva.

—Vale, aquí descansaremos un rato y comeremos algo. Después veremos las opciones que tenemos y decidiremos qué hacer a continuación.

Yo estaba de acuerdo en todo. Sobre todo, en lo de comer. Sentía más hambre que nunca debido al esfuerzo físico.

—Bueno, pues a ver con qué delicioso manjar eres capaz de sorprenderme —lo reté entonces.

Lo hizo con una lata de fideos con verduras que a mí me supo a gloria, a pesar de que en circunstancias normales no habría sido capaz de abrir la boca ante semejante bazofia.

Después nos tumbamos a descansar y nuevamente lo hicimos el uno junto al otro y abrazados. Me estaba empezando a acostumbrar a aquello.

Al poco rato, él me estaba pidiendo que nos pusiéramos en marcha de nuevo.

Sabía que debíamos hacerlo, pero mi cuerpo estaba comenzando a resentirse de tanto esfuerzo físico. No estaba acostumbrada a tanta tensión y aquello era demasiado para mí, tanto física como emocionalmente.

Pero quise hacerme fuerte. Tenía que demostrarle a Ander, pero sobre todo a mí misma, que era capaz.

Una vez mi hermano me habló de la importancia que tiene la actitud con la que nos enfrentamos a las cosas. Y llevaba razón, porque si tú ya sales pensando que eres el caballo perdedor, difícilmente podrás ganar la carrera. Así que tenía que sentir que era capaz de lograrlo y para eso sólo necesitaba convencerme a mí misma de ello.

Estuve repitiéndomelo a lo largo de todo el camino y funcionó. Lo hizo hasta que las cosas empezaron a complicarse de nuevo y el miedo y la angustia volvieron a surgir.

—Parece que vuelve a haber un estrechamiento en el camino —me comunicó Ander.

—Sí, ya lo veo.

—Lo malo es que parece haber mucha agua en él. Necesito que hagamos una cosa... Quiero que te quedes aquí mientras yo voy a inspeccionar si es transitable.

—No, yo iré detrás de ti.

—No, Vera. No sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí. Es mejor que vaya yo, y, si se puede pasar, volveré a por ti y avanzaremos juntos como lo hemos hecho antes. —Me miró

directamente a los ojos y se puso muy serio—. Aquí no hay negociación posible, Vera. Esta batalla sí que la voy a pelear y la voy a ganar.

—Está bien —le contesté resignada porque sabía que esta vez no cedería.

Entonces vi cómo aquel hombre, que se estaba dejando allí la piel por mí, se preparaba para introducirse en aquella angosta cavidad.

—Ander... —En ese momento estuve a punto de decirle lo que sentía por él. Sin embargo, no lo hice—. Lleva mucho cuidado, por favor.

—Estaré de vuelta antes de que me echés de menos, *Fresitas*. No pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente.

Y, diciendo eso, me dio otro dulce beso en la mejilla, algo a lo que me tenía últimamente muy acostumbrada y que, ¿por qué no decirlo?, me encantaba.

Me quedé allí sola, sentada, viendo cómo el hombre al que comenzaba a amar con locura desaparecía de mi vista sumergiéndose en un amenazante agujero negro.

Al poco rato, al no oír nada de ruido ni oír su voz, comencé a ponerme nerviosa.

—Oye, ¿cómo va todo?...

Pero no hubo respuesta.

—Ander...

Nada.

Me levanté y avancé hasta la entrada de aquella cavidad.

—Ander... —Volví a llamarlo, esta vez más fuerte aún.

Sin embargo, ningún sonido provino de aquel lugar.

Enfoqué con la linterna de mi casco hacia dentro y pude ver cómo aquella galería descendía hasta quedar sumergida por completo. Quizá por eso no me estaba contestando. Quizá aún seguía inmerso en el agua.

Intenté esperar pacientemente. Pero era imposible. Se me iba a salir el corazón del pecho. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si se había quedado atrapado bajo el agua y no había podido salir? Comencé a llorar.

El tiempo siguió transcurriendo y él no daba señales de vida. Aquello no podía ser nada bueno.

—Ander... —Volví a pronunciar su nombre con la esperanza de que me contestara.

Pero siguió sin hacerlo.

Entonces me vine abajo por completo. Me derrumbé y comencé a llorar.

Me encontraba sola, perdida en una cueva de la que jamás podría salir, y el hombre con el que empezaba a tener claro que querría pasar el resto de mi vida había desaparecido.

—Ander... —dije esta vez casi susurrando. Ya no me quedaban fuerzas.

Después supongo que me desvanecí de nuevo. Desconecté porque simplemente ya no quería seguir unida a este mundo. Las pocas esperanzas que tenía de salir con vida de aquella dichosa cueva se habían desvanecido junto con aquel hombre.

—Vera... —Alguien a lo lejos estaba pronunciando mi nombre.

Estaba metida en otro sueño.

—Vera, contéstame... —Era la dulce voz de Ander. Había conseguido meterlo otra vez en mis pesadillas.

—Vera, sé que estás ahí. Tienes que estar ahí, ¿por qué no me respondes?

—Ander... —salió de mi boca en un susurro.

Probablemente aquéllos estaban siendo mis últimos momentos conscientes antes de dejarme ir del todo.

—Vera... —Esta vez, el grito fue mucho más intenso, aunque seguía oyéndolo muy lejano.

Sin embargo, me hizo abrir los ojos. Me hizo volver a la realidad.

Pero allí no había nadie. Probablemente estaba sufriendo alucinaciones. Volví a cerrar los ojos.

—¡Vera, háblame! ¡Vera!

No. Aquello no podían ser alucinaciones.

Los abrí de nuevo, pero seguía estando sola. Sin embargo, no los volví a cerrar. Decidí asomarme otra vez a aquel agujero.

—Ander... —dije vacilante, esperando que lo que había oído no fueran embaucamientos de una mente trastornada y alguien me contestara.

—Vera... ¡Por Dios, ¿dónde estabas?!

Definitivamente era la voz de Ander.

—Eres tú, ¿verdad?... ¿No eres un engaño de mi cerebro?

—Soy yo, *Fresitas*. Puedes estar completamente segura.

Solté todo el aire retenido en mis pulmones. Por fin podía respirar tranquila. Él estaba vivo.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no has vuelto?

Su voz seguía oyéndose muy lejana.

—No puedo hacerlo, Vera. He gastado todo el aire que quedaba en mi botella y no puedo volver a por ti. Tendrás que venir tú sola. Te explicaré lo que tienes que hacer y llegarás hasta aquí conmigo. Estaré esperándote, ¿de acuerdo?

El mazazo fue tremendo. Ya no me quedaban fuerzas para nada después de lo que había pasado, y mucho menos para atravesar aquella galería inundada yo sola.

—Vera, sé lo que estás pensando ahora mismo, pero sí que podrás hacerlo. Tú eres capaz de eso y de mucho más.

Ander trataba de animarme, pero esta vez, allí sola, me veía más incapaz que nunca de nada.

—Vera..., necesito que sigas conmigo. Necesito que vengas hasta aquí. Tú y yo tenemos algo pendiente y lo sabes, así que ponte ahora mismo el equipo y escucha mientras tanto lo que voy a decirte.

—Vale —le contesté sin pensar.

Simplemente empecé a hacer todo lo que me iba diciendo como una autómatas. El paso hasta la galería donde se encontraba él no iba a ser nada fácil. Tendría que sumergirme yo sola en el agua

turbia y avanzar orientándome con los ruidos que Ander me iba a ir haciendo. Así, hasta que viera la luz de su linterna. Ésa era la única manera que tendría de llegar hasta donde estaba él.

Me armé de valor. Respiré hondo varias veces y sólo me focalicé en las palabras de Ander y en su imagen... «Tú y yo tenemos algo pendiente», me había dicho.

Comencé a avanzar por aquel angosto pasadizo hasta que llegó el momento de sumergirme en sus aguas. En el instante en que lo hice empecé a oír los sonidos que me había dicho Ander. Eran unos golpes metálicos, repetitivos. Intenté guiarme hacia ellos, porque la cavidad, en un momento dado, se había hecho enorme y costaba saber hacia dónde debía dirigirme. Además, el hecho de saber que en la botella de aire que llevaba para respirar debajo del agua sólo quedaba el oxígeno suficiente para hacer aquel recorrido sin perder demasiado tiempo, hizo que tuviera que obligarme a agudizar mis sentidos y no pensara en otra cosa más que en dirigirme hacia mi destino.

Y lo hice. Enfoqué mis pensamientos en conseguirlo. En llegar como fuera hasta Ander.

Y de repente vi su luz.

Eso me insufló la energía que me faltaba y, como si me hubieran puesto un propulsor, comencé a aletear para llegar cuanto antes a él.

Incurrí en el error más grave que podría haber cometido.

En pocos segundos la visibilidad se volvió nula. Apenas podía ver mis manos delante de mí. Entonces recordé las palabras que él me había dicho antes: «Bajo ningún concepto aletees con fuerza, Vera. Es lo único que no puedes hacer. Porque, si lo hicieras, removerías todo el sedimento y te quedarías sin visibilidad alguna, lo que haría que te desorientaras y no pudieras llegar hasta mí».

Estaba perdida. Literalmente. Porque comencé a moverme en todas las direcciones intentando buscar el haz de luz. Pero no se veía nada. Todo a mi alrededor era fango, agua enturbiada con millones de partículas que yo había puesto en suspensión.

Estaba completamente desorientada. No sabía hacia dónde tenía que ir. Había girado sobre mí misma tantas veces que ya no sabía si estaba avanzando hacia Ander o lo hacía en dirección a cualquier otro rincón de aquella maldita galería.

Y eso me pasó factura. Física y emocionalmente. Me encontraba extenuada por el esfuerzo. Pero lo peor fue el agotamiento mental. Ya no me quedaban fuerzas. Para nada.

Así que simplemente dejé de moverme y me quedé allí, con los ojos cerrados en medio de la nada; en suspensión, como las partículas que yo misma había removido y que habían causado mi desorientación.

Pero debía, aunque mis posibilidades fueran una entre un millón, al menos intentarlo. Por mis padres, por mi hermano, por Ander, por mí.

Pero ¿hacia dónde ir?

Abrí de nuevo los ojos y me pareció ver un destello, aunque sabía que era imposible.

Sin embargo, seguía viéndolo agitarse delante de mí, así que no lo pensé dos veces y me dirigí hacia él como una polilla lo hace hacia la luz.

De repente sentí una sacudida y, a continuación, alguien empezó a tirar de mí.

Ander me estaba sacando del agua. Me estaba arrastrando a la orilla.

—Vera...

—Estoy bien, estoy bien.

Me abrazó y yo me aferré a él con fuerza. Después comencé a llorar.

—Tranquila, ya ha pasado todo —me dijo intentando calmarme. Luego me cogió la cara entre las manos para que lo mirara—. Vera, estamos juntos de nuevo, ¿me oyes? Tú y yo.

Lo miré fijamente a los ojos. Tenían aquella mirada suya. Esa que penetraba por cada poro de mi piel y que traspasaba cada célula de mi ser. Esa que me desestabilizaba por completo.

—Te prometo que no volveré a dejarte sola nunca más —continuó diciéndome—. ¿Me has oído? Nunca más.

Volvió a abrazarme con fuerza y me sentí en casa. Como cada vez que lo hacía. Porque sólo aquel hombre era capaz de hacerme sentir segura, tranquila, protegida. Estaba convencida de que estando en sus brazos jamás me pasaría nada.

—Ahora tienes que quitarte todo el equipo y la ropa, Vera —me indicó al tiempo que se levantaba y me ayudaba a hacerlo—. Tienes mucho frío y necesitas entrar en calor ya.

Le hice caso. Después me tumbé en el suelo, arropada con aquella manta y abrazada a él.

A los pocos minutos ya había entrado en calor y comenzaba a encontrarme mejor. La experiencia que había vivido había mermado mucho mi ánimo, y, a pesar de encontrarme a salvo, la sensación de angustia y de pánico sentidas al pensar que no volvería a ver a mi familia y tampoco volvería a verlo a él aún seguía muy presente en mí.

—Ander..., yo... —Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me hizo un nudo en la garganta. Aún no estaba preparada para hablar.

—Tranquila. Ya hablaremos después. Ahora sólo descansa. Intenta dormir un poco. Yo, mientras tanto, echaré un vistazo alrededor, ¿de acuerdo?

No tuve fuerzas ni para contestarle. En pocos segundos caí rendida, ya que mi cuerpo necesitaba urgentemente reponerse. Y lo hizo. No sé cuánto tiempo necesité, pero cuando me desperté me encontraba mucho mejor.

Abrí los ojos y vi a Ander sentado a poca distancia. Estaba mirando algo que llevaba en las manos.

—Hola... —le dije nada más verlo.

Él me miró sorprendido y rápidamente se levantó y guardó lo que fuera que tenía entre las manos en un bolsillo de su pantalón.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó entonces.

—Mucho mejor. Al menos, he descansado.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

Negué con la cabeza.

—Vera, tienes que comer para reponer la energía que tu cuerpo necesita para seguir

funcionando. No sé siquiera para qué te he preguntado. Voy a abrir una lata de pasta y la compartiremos, ¿de acuerdo?

Esta vez, no me negué. Hambre tenía, y mucha, pero me daba miedo quedarnos sin comida, por eso le había dicho que no.

—¿Sabes ya por dónde vamos a continuar? —le pregunté entonces.

—Sí. Sólo hay un camino por el que podamos avanzar. Asciede, lo cual es bueno. Pero tiene muchas rocas desprendidas en el suelo. Vera, no te voy a engañar... Podría ser peligroso, pero es nuestra única opción.

—Está bien —le dije con determinación—. Ya hemos recorrido mucho trecho y seguimos aquí, ¿no? Pues vamos a seguir pensando que continuaremos con la misma suerte y que saldremos de esta cueva más temprano que tarde.

A Ander se le iluminó la mirada y después me sonrió.

—*Fresitas*, nunca dejas de sorprenderme.

Tenía que ver las cosas de esa manera si quería seguir intentando salir de aquella cueva, así que retomé la actitud que tantas veces mi hermano me había aconsejado que tuviera ante la vida y ante los problemas. Ésta tenía que ser siempre positiva.

Después de comer decidimos descansar un poco más antes de iniciar la marcha de nuevo. Volvimos a tumbarnos juntos. Él pegado a mi espalda, abrazándome.

—Ander, ¿puedo preguntarte una cosa?

—No.

—¿Ander?!

—Entonces ¿para qué me preguntas, si vas a hacer lo que te dé la gana?

Sonreí. Me conocía ya muy bien y sabía lo testaruda que podía ser cuando me empeñaba en algo.

—¿Para qué fuiste a mi cabaña la noche en que Xavi intentó... forzarme?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Fui a aclarar contigo una cosa.

—¿El qué?

—Quería saber por qué en la fiesta de disfraces insinuaste que yo me había acostado con Chloé.

—¡Perdona, no lo insinué! Lo afirmé, porque eso fue lo que ocurrió.

—No sé qué te ha podido llevar a pensar eso, Vera, pero yo no me he acostado con Chloé.

—¡Venga ya, Ander! La vi llamar a tu puerta la noche anterior al baile y luego mi hermano apareció diciendo que se oían los jadeos de Chloé hasta en China.

—¿Tan lejos?! —me contestó con sorna.

Eso me cabreó y quise separarme de él. Pero me abrazó fuerte y me impidió que me moviera.

Entonces, acercándose a mi oído, me dijo:

—Vera, esa noche Chloé vino a mi cabaña a pedirme condones. Iba a acostarse con Jan, uno de los cocineros, y quería estar preparada. Se los di y se fue. Nunca me he acostado con ella y nunca lo haré.

—Y entonces ¿los gemidos?

—Pues está claro que Jan debe de ser muy buen amante, Vera.

—Ah.

No sabía si creerlo. Parecía del todo sincero, pero una parte de mí recelaba aún de él.

—¿Algo más que quieras que te aclare? —me preguntó a continuación.

Me quedé en silencio. Me habría gustado preguntarle por la mujer que tanto amaba, pero además de tener claro que ese tema era tabú entre nosotros, no tenía ninguna necesidad de martirizarme con ese asunto. Así que no lo hice.

—Puesto que veo que no me vas a hacer ninguna pregunta más, te haré yo a ti una —me dijo a continuación.

—Está bien, dispara. —Tenía mucha curiosidad por saber qué podía interesarle de mí.

—Vera, ¿tú por qué crees que estoy aquí?... Me refiero a en esta cueva, contigo.

Aquella pregunta me dejó de piedra. Me mantuve en silencio. Porque las implicaciones de la respuesta a aquella cuestión me desbordaron por completo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sólo te voy a pedir que lo pienses y que saques tus propias conclusiones —me dijo a continuación—. Cuando estés preparada hablaremos sobre ello, ¿de acuerdo?

Simplemente asentí. Ni siquiera podía articular palabra.

¿Por qué alguien, a pesar de las pocas posibilidades de salir con vida de allí, decidía hacer lo que Ander había hecho? ¿Por qué, a pesar de las advertencias del equipo de rescate, había decidido bajar?

No era necesario contestar a todas esas preguntas. La respuesta caía por su propio peso.

No habría arriesgado su vida de esa manera si no hubiera sentido algo por mí.

Capítulo 28

No me pude dormir. Teníamos que descansar, pero en mi mente se repetían una y otra vez las palabras de Ander: «Tú y yo tenemos algo pendiente...», «¿Tú por qué crees que estoy aquí, en esta cueva, contigo?»....

Quizá había comenzado a olvidar a esa mujer de una vez por todas. Quizá lo que estaba empezando a sentir por mí era más fuerte. Quizá, a pesar de todo, tuviéramos una oportunidad.

Pero eso sólo ocurriría si conseguíamos salir de allí.

Él se movió entonces. Se estaba despertando.

—Hola —me dijo en cuanto abrió los ojos—. ¿Nos ponemos en marcha?

Asentí y, con un rápido movimiento, me puse en pie. En aquel instante, más que nunca, sentí la necesidad de salir de aquella desesperante cueva. Porque debíamos tener una oportunidad. Porque nos la merecíamos.

—¡Vaya, *Fresitas*, te ha sentado bien descansar!

—Ander, tenemos que salir de aquí —le dije mirándolo fijamente.

Entonces él me sonrió con dulzura, se acercó despacio a mí, me cogió de la nuca atrayéndome hacia sí y me dio un beso en la boca. Un beso cálido, lento, apasionado.

Un beso que para mí lo fue todo.

—Vamos a ello —me dijo a continuación, dejándome con la sensación más deliciosa del mundo.

Y nos pusimos en marcha.

El camino, ya me lo había advertido él, tenía muchas rocas desprendidas en el suelo, lo que dificultaba que pudiéramos avanzar rápido. Además, resultaba peligroso porque el techo no parecía muy firme y se nos podía venir encima en cualquier momento. Pero yo estaba decidida a salir de allí y, para ello, empecé por apartar todos mis miedos. Me concentré sólo en pensar en todo lo que me esperaba fuera y en las ganas tan enormes que tenía de ver a todo el mundo. Y funcionó.

Recorrimos bastante trecho y mis energías seguían estando ahí.

—¿Necesitas que paremos? —me preguntó Ander en un momento dado.

—No. Lo que necesito es salir de esta cueva ya. Así que, venga, continuemos andando.

Y lo seguimos haciendo hasta que nos encontramos con un muro de rocas desprendidas que impedían que pudiéramos seguir avanzando.

—¡Joder! —soltó Ander al tiempo que lanzaba con rabia su mochila contra el muro.

—Vamos a quitarlas, venga —le dije empezando a coger algunas de las piedras más pequeñas

para apartarlas.

Esta vez era yo la que estaba intentando animarlo a él.

—Vera, es imposible. ¿Tú has visto el tamaño de esas rocas? Su peso es excesivo para poder moverlas y además son muchas, demasiadas.

Me dio igual. Trepé por aquella montaña y continué quitando piedras de un lateral, donde en su parte superior eran más pequeñas.

Pero Ander no me siguió. Se quedó sentado con la cabeza entre los brazos. Claramente se había rendido.

Sin embargo, yo continué. Lo hice hasta caer exhausta. Hasta que ya mis manos dejaron de responderme por el cansancio y el dolor.

Entonces me dirigí hacia donde estaba Ander y me dejé caer junto a él. Apoyé la cabeza en su hombro y comencé a llorar. Después él me rodeó con su brazo y me besó en la frente.

Habíamos llegado al final de nuestra andadura. Aquél sería nuestro fin.

Cerré los ojos y dejé la mente en blanco.

Ander tampoco dijo nada. Estábamos vencidos.

—¡Oye!, ¿por qué me has tirado del pelo? —le pregunté entonces sorprendida.

Él levantó la mirada y a continuación dio un manotazo en el aire por encima de mi cabeza.

—Es un murciélago. Se te ha enganchado en el pelo —dijo intentando apartármelo—. ¡Vera! —gritó entonces, asustándome, al tiempo que como un resorte se ponía de pie.

—¿Qué? ¡Quítamelo! ¿Qué?

Ander sonreía como un niño. No entendía a qué venía aquello ahora.

—¡Vera, si hay un murciélago es que estamos cerca de una salida! —me explicó entonces—. Todavía tenemos una posibilidad —terminó de decir mientras trepaba por las rocas derrumbadas hasta el lugar donde yo había estado quitando piedras.

A continuación cogió su linterna y alumbró esa zona con ella.

—¡Vera, estamos salvados! ¡Estamos salvados!

Ander vino corriendo hasta mí y me abrazó levantándome del suelo y haciéndome girar en el aire.

Después estuvimos un largo rato quitando más piedras en el mismo sitio donde yo había comenzado a hacerlo. Lo hicimos hasta que quedó una cavidad lo suficientemente ancha para pasar por ella.

Primero lo hizo Ander y después lo hice yo.

Cuando asomé la cabeza al final de aquel agujero pude ver que ante nosotros se abría una enorme galería en la que los murciélagos campaban a sus anchas. Pero lo que más me llamó la atención fue que no tuve que usar la linterna para verlo. Allí había luz natural.

Corrimos hacia el lugar de donde provenía aquella luz, aquel por donde entraban y salían los murciélagos.

Tuvimos que esperar unos segundos hasta que nuestros ojos se acostumbraron a la claridad.

Pero después Ander me tendió su mano, se la cogí y, juntos, salimos de aquella cueva.

Lo habíamos logrado.

Tuvimos que recorrer bastante distancia por la ladera de la montaña hasta llegar a donde se suponía que debía de estar la entrada a la cueva, según la orientación de Ander y lo que el mapa que llevaba le indicaba. Había dejado de llover y era de esperar que el dispositivo de rescate aún estuviera allí montado.

Y lo estaba. Había decenas de personas pululando alrededor de la entrada de la cueva.

Pero de todas ellas a mí sólo me interesaba encontrar a una. Y lo hice rápidamente.

Cuando me acerqué a mi hermano y él fue consciente de lo que veían sus ojos, no pudimos más que romper a llorar mientras nos abrazábamos.

Nos costó bastante separarnos. Lo éramos todo el uno para el otro, y sabía que Pablo habría sufrido mucho durante el tiempo que había estado perdida.

—¿Lo saben papá y mamá? —le pregunté entonces, aún sollozando.

—Claro, Vera. ¿Cómo no se lo iba a decir? De hecho, están de camino. Llegarán esta misma noche.

No podía imaginarme el sufrimiento que habrían tenido que pasar ellos también.

—El médico quiere haceros un examen para descartar cualquier problema de salud —nos dijo al cabo de un rato Malai, que también se había abrazado a Ander y a mí, demostrándonos cuánto le importábamos ambos.

—Estamos bien. No es necesario —le dije totalmente convencida.

—Sí, sí es necesario, Vera —replicó Ander—. Es posible que tengamos déficit de determinados nutrientes debido a la escasa comida que hemos ingerido. Incluso es posible que también estemos algo deshidratados, así que no está de más que nos hagan un chequeo completo.

No me quedó más remedio que aceptar, a pesar de las ganas que tenía de perder de vista aquella dichosa cueva y su entorno.

Sin embargo, a las dos horas ya habían acabado de examinarnos en el hospital de campaña que habían montado allí junto con todo el dispositivo, y, como todo estaba correcto, nos dieron el alta y pudimos marcharnos.

Yo sólo estaba deseando llegar al poblado para darme una larga ducha, comer algo decente y acostarme en la cama para poder dormir por fin en condiciones.

Pero cuando llegamos todos nos estaban esperando. Querían vernos y querían que les contásemos lo que nos había ocurrido con pelos y señales.

Así que nos acomodamos en el comedor y hasta los cocineros se sentaron a nuestro alrededor para escuchar de primera mano cómo habíamos conseguido salir de allí. Estaban todos muy interesados, porque, según nos contaron después, la cueva no se había seguido explorando debido a la muerte en ella de un reputado espeleólogo al que había sorprendido un derrumbamiento. Así que nosotros habíamos tenido muchísima suerte.

Yo apenas podía hablar de la emoción, pero Ander les fue narrando con todo lujo de detalles

cómo había transcurrido nuestra aventura.

—¿Y no pasasteis miedo? —nos preguntó entonces Zoe.

—Mucho —le dije con un nudo en la garganta.

Entonces, para mi sorpresa, Ander me cogió la mano delante de todos, me la apretó con cariño y después me la besó.

—Vera ha sido muy fuerte —explicó a continuación—. No estaríamos con vida si no hubiese sido por ella. Yo me rendí en el último momento, pero ella insistió y, gracias a eso, estamos aquí ahora sentados.

Lo miré con cariño. Por todo. Por lo que había hecho por mí en la cueva, por las palabras que acababa de dedicarme, pero sobre todo por el gesto que acababa de tener conmigo delante de todo el mundo y que no les había pasado desapercibido a determinadas personas.

De hecho, Pablo y Malai me miraron inmediatamente, pero no supe cómo reaccionar. Ni siquiera yo tenía claro aún qué iba a pasar entre nosotros dos.

Cuando hubimos satisfecho la curiosidad de todos, decidimos que ya era momento de ir a descansar.

De camino a las cabañas nos sorprendieron los chavales, que también habían estado esperando impacientes nuestra llegada.

—Pero bueno, ¿vosotros no tendríais que estar ahora mismo ya acostados y durmiendo? —les dije conforme se abalanzaban sobre nosotros para abrazarnos.

Evidentemente, mi comentario no iba en serio, porque estaba encantada de tenerlos a todos a nuestro alrededor.

Sunee fue la que más me costó que se separara de mí. Se había abrazado a mi cadera y no quería soltarme, así que, cuando los demás nos dejaron un poco de espacio al cabo de un rato, me agaché para quedar a su altura y poder hablar más detenidamente con ella.

—Me asusté mucho cuando se cayó usted por el agujero, señorita Vera —me dijo entonces con lágrimas en los ojos.

—Bueno, pero ya estoy aquí, Sunee. Ya he vuelto y estoy perfectamente.

—Sí, pero mañana se va y ya no volveremos a verla más —añadió abrazándome de nuevo y rompiendo a llorar desconsoladamente.

Se me partió el corazón.

Sabía que aquel momento sería muy duro, pero nunca imaginé que pudiera llegar a serlo tanto. Se me hizo un nudo en la garganta y sólo pude mantenerme abrazada a aquella pequeña durante un buen rato hasta que ambas pudimos separarnos.

—Sunee, te prometo que volveré, cielo. Volveré y te traeré la muñeca más bonita del mundo, ¿me has oído?

Volví a abrazarme a ella.

Cada uno de aquellos maravillosos chavales me había conquistado a su manera. Todos eran especiales y todos tendrían siempre un lugar en mi corazón. Pero Sunee, por encima de los demás,

había llegado a mí de una manera muy especial. Aquella dulce niña me había cautivado. Su ternura, su manera de hablar, su cercanía, su naturalidad. Aquella niña permanecería conmigo, en mi recuerdo, durante toda la vida.

Después fue Khalan el que quiso decirme unas palabras.

—Yo quería agradecerle lo que ha hecho por mí, pero sobre todo por Kanya, señorita Vera. Porque, de no ser por usted, se habría metido en muchísimos problemas y quién sabe cómo habría terminado. Ahora ella ya me escucha y me hace caso, y eso se lo debo todo a usted.

Sonreí a aquel adolescente enfadado con el mundo y le puse la mano en el hombro.

—Khalan, no cambies nunca. Tienes un corazón enorme y Kanya tiene muchísima suerte de tenerte a tu lado. Llegarás a ser un gran hombre. Estoy segura de ello.

Le apreté el hombro en un gesto cariñoso y después se fue, dejando que esta vez fuera Aroon el que se acercara a mí.

—A ti también te voy a echar de menos —le dije—. Me has ayudado muchas veces con estos dos —le expliqué al tiempo que señalaba a Khalan y a Kanya—, así que te estoy muy agradecida por ello.

Aroon era un chico de pocas palabras, y simplemente se puso de puntillas para darme un beso en la cara.

—No se olvide de nosotros, señorita Vera —me dijo al oído a continuación—. Nosotros no lo haremos nunca de usted.

Se me volvieron a saltar las lágrimas.

Cada uno me había aportado algo muy especial. Cada uno me había enseñado algo diferente. Cada uno estaría muy presente en mis pensamientos a lo largo de toda mi vida.

Cuando se me acercó Kanya pensaba que con ella no me derrumbaría, porque cometí el error de pensar que ella tampoco lo haría.

Pero me equivocaba por completo.

—Señorita Vera, yo quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí. —Agachó la cabeza, cogió aire y la elevó de nuevo para mirarme directamente a los ojos—. Para mí ha sido como una madre y la echaré muchísimo de menos. Tiene que prometerme que no nos olvidará y que volverá algún día a vernos.

Se le saltaron las lágrimas. A mí, por supuesto, también.

Nos fundimos en un tierno abrazo al tiempo que ambas exhalábamos el aire de nuestros pulmones, quedándonos prácticamente sin aliento.

El cariño que aquella adolescente me estaba transmitiendo con aquel sentido abrazo quedaría grabado a fuego en mi memoria.

—También quería contarle una cosa —me dijo a continuación, cambiando su semblante por completo. Había comenzado a sonreír como una niña pequeña, aun teniendo todavía lágrimas en los ojos. Después carraspeó—. Khalan y yo... —No sabía muy bien cómo continuar, pero yo ya

me imaginaba por dónde iban los tiros— nos hemos hecho novios —terminó de decirme mirándome a los ojos, esperando claramente mi aprobación.

—¡Kanya..., me alegro muchísimo por los dos! —le dije con entusiasmo, ya que no podrían haber encontrado mejor persona el uno para el otro—. Enhorabuena, cielo.

La volví a abrazar y miré hacia donde se encontraba Khalan. Le sonreí, le guiñé un ojo y le levanté mi dedo pulgar dándole a entender que estaba encantada con que él lo hubiera conseguido y que por fin estuvieran juntos.

Después Kanya quiso decirme algo más.

—Señorita Vera, también quería contarle otra cosa muy importante para mí.

—Pues dime.

Lo soltó rápidamente.

—Khalan me ha besado.

Su cara era pura alegría, pura emoción, puro sentimiento.

Yo no sabía prácticamente ni qué decirle.

—¿Te ha gustado? —le pregunté entonces.

La respuesta era obvia. Su cara lo decía todo.

—Ha sido la sensación más maravillosa que he sentido en mi vida, señorita Vera —me explicó entonces.

No pude contenerme. Volvieron a saltárseme las lágrimas.

—Me alegro muchísimo por ti, Kanya.

Iba a abrazarla otra vez, pero tenía a Anurak esperando impaciente su turno, así que simplemente me despedí de ella.

Anurak llevaba consigo el cuaderno que yo le había hecho y lo abrió por una página que tenía cogida con el dedo. En ella aparecía la imagen de todo el personal que trabajaba allí, la de los voluntarios y la de ellos mismos también.

Me señaló su propia fotografía y después buscó otra página, la de las emociones, y entonces me señaló la tristeza. A continuación me mostró un avión y después buscó la palabra «No». Anurak no quería que yo me fuera y se sentía triste por ello.

Rompí a llorar como una niña pequeña. Me agaché y me abracé a él con fuerza.

Estuvimos así un largo rato. Yo no podía hablar. No era capaz.

Lo que aquel niño acababa de hacer había sido sumamente extraordinario. Se estaba comunicando de nuevo. Estaba, además, expresando sus sentimientos.

Aquello sólo era el comienzo. A partir de entonces Anurak sería capaz de decir lo que quisiera siempre que necesitara hacerlo, sin restricciones.

Me sentía inmensamente feliz por aquello, porque de alguna manera había contribuido a su felicidad. Yo le había proporcionado las herramientas y Anurak había comenzado a utilizarlas.

Cuando nos separamos, ambos teníamos los ojos anegados en lágrimas. Él, de tristeza por mi marcha, y yo de alegría por sus progresos.

De nuevo en mí había sentimientos terriblemente encontrados. Por una parte estaba deseando volver a casa, ver a mi familia, volver a mi vida normal. Pero, por otra, aquel lugar, aquellos compañeros, aquellos chavales, habían conquistado mi corazón de tal manera que mi marcha de allí, sin duda, sería probablemente una de las cosas más tristes que haría en la vida.

Llevaría en mi corazón para siempre no sólo el lugar, no sólo la experiencia, sino también la inmensa satisfacción de haberlos conocido a todos ellos y de poder decir que estarían en mi mente para siempre.

Con las agrídulces sensaciones que nos había dejado la despedida con los chavales, mi hermano y yo nos fuimos a nuestra cabaña.

—Pablo..., ¿papá y mamá van a venir aquí? —le pregunté cuando ya casi estábamos llegando.

—No, Vera. Al final lo he organizado todo para que esta noche duerman en Bangkok y mañana salgan hacia Phuket. Nosotros también saldremos para allá mañana y nos reuniremos directamente allí con ellos. Así, tu madre podrá comprobar con sus propios ojos que realmente te encuentras bien. Ya sabes lo desconfiada que es. Y además así también podremos disfrutar de unos días en familia.

—Eso significa que esta noche es nuestra última noche aquí —le dije siendo consciente de ello en ese mismo momento.

—Sí, Vera. Así es —me contestó también con un nudo en la garganta—. Por eso, si a ti no te importa, me gustaría pasarla con Malai.

—Claro que no me importa, Pablo. Vete con ella —le respondí convencida—. Bueno..., espera, ¿puedo preguntarte una cosa antes?

—Claro, dime.

—La noche que Zoe durmió aquí conmigo... —empecé a decirle—, ¿recuerdas qué noche te digo?

—Sí, la que tuve que irme a dormir con Ander. Menos mal que a él no le importó, por cierto. Me quedé parada.

—¿Él estaba en su cabaña, Pablo? ¿Dormisteis juntos?

—Bueno, juntos no. Cada uno en su cama, Vera.

—Ya, bueno, pero en la misma cabaña, ¿no?

—Pues sí —me contestó muy seguro—. Hermanita, haces unas preguntas muy raras... ¿Me quieres explicar adónde quieres ir a parar?

—Pensaba que esa noche Ander la había pasado con Chloé, y aunque él me lo desmintió cuando se lo pregunté en la cueva, yo no terminé de creerlo.

—Vera, ya te dije en su momento que Ander es una de las personas más honestas que me he encontrado en mi vida. Él nunca te mentiría, y menos en una cosa así.

—Ya, pero yo vi cómo la francesita llamaba a su puerta aquella noche.

—Puede ser, pero no se quedó con él. Chloé pasó la noche con Jan. ¡Pero si los oyó todo el mundo, ¿es que tú no te enteraste, Vera?! —Negué con la cabeza. Había oído a los demás comentar

sobre los jadeos de Chloé, pero no que éstos los hubiera provocado Jan—. Si hasta Ander y yo tuvimos que ponernos tapones en los oídos para poder dormir —terminó por contarme.

Mi corazón latía con más fuerza que nunca y no podía evitar sonreír como una adolescente.

—Bueno, me voy, Vera —me dijo entonces Pablo, que ya había recogido las cosas que iba a llevarse para pasar la noche con Malai—. Si necesitas algo, lo que sea, o vuelves a tener alguna de tus pesadillas, no dudes en llamarme al *walkie*. Estaré aquí enseguida, ¿de acuerdo, hermanita?

Asentí y, a continuación, Pablo me dio un beso en la frente.

—Pásalo bien —le dije conforme salía por la puerta y me dejaba sola en la habitación.

Entonces, mi estómago y mi corazón dieron un vuelco. Porque pensé en Ander. Pensé en las palabras que me había dicho en la cueva, pensé en lo que acababa de revelarme mi hermano y, sobre todo, pensé en lo que sentía por aquel hombre.

Ander había arriesgado su vida por mí. Eso tenía que significar algo.

De hecho, eso significaba mucho.

Así que después no pensé en nada más. Simplemente salí por la puerta de mi cabaña y me dirigí hacia la suya.

Iba mirando al suelo imaginando qué le iba a decir cuando tocara a su puerta y él la abriera.

Sin embargo, algo me hizo levantar la mirada.

Ander venía decidido hacia donde yo estaba. También iba mirando al suelo.

Pero en ese momento él también levantó la mirada.

Nos quedamos parados los dos a escasa distancia, mirándonos fijamente.

—Ander...

—Vera, precisamente iba a...

Sobraron las palabras. Me lancé a sus brazos y a su boca.

Él me acogió con la misma vehemencia con la que yo había llegado hasta él.

Comenzamos a besarnos como si no hubiera otra cosa en el mundo.

Besos cálidos y apasionados, dulces y enérgicos al mismo tiempo. Cargados de libido. Cargados de tensión sexual.

Me encaramé a sus caderas y un suave gemido salió de su garganta.

—Vera...

Se giró sobre sí mismo y se dirigió con paso firme a su cabaña, manteniéndome aún cogida.

Seguíamos besándonos. Seguíamos chocando nuestras bocas de una manera loca.

Subió los escalones de la cabaña, abrió la puerta como pudo y fue directo a su cama. Me depositó suavemente sobre ella, se tumbó sobre mí, me apartó el pelo de la cara y me miró con absoluta devoción.

Después, simplemente nos dejamos llevar.

—Si supieras las veces que he deseado esto, Vera... —me susurró.

Lo besé. Yo también lo había deseado en demasiadas ocasiones.

Comenzó entonces a recorrer mi cuerpo con sus húmedos labios, bajó por mi cuello hasta mi

pecho. Desabrochó lentamente todos y cada uno de los botones que tenía mi blusa. Después la apartó y continuó su recorrido con aquellos jugosos labios que ardían al contacto con mi piel. Me mordisqueó, me saboreó, me lamió incendiando mis sentidos. Sus manos también acompañaron su dulce recorrido. Mis pechos primero, mi abdomen después. A continuación comenzó a desabrocharme los *shorts*. Cada roce de sus dedos abrasaba mis células. Lento, suave, jugando con mis emociones, jugando con mis sentidos. Abrazándolos. Acariciándolos.

Pero yo también necesitaba sentirlo bajo mis manos y le quité la camiseta. Sus músculos reaccionaron a mis caricias poniéndose en tensión, endureciéndose.

Sin embargo, no me dio tregua y continuó avanzando por mi cuerpo. Ahora sus labios juguetones mordisqueaban la tela de mis braguitas, levantándola, mojóndola, abrasándola.

Volví a él. Quería sentir su piel sobre la mía. Tiré de sus pantalones hacia atrás. Él hizo lo mismo con los míos. Después terminó de desnudarse y, con absoluta delicadeza, acabó de desnudarme a mí también. Piel con piel. Célula a célula. Sentimiento a sentimiento. Así volvió a recorrerme, esta vez en sentido ascendente. Se detuvo en cada rincón de su trayecto. Se deleitó con cada centímetro de mí. Saboreando mis pechos, mi cuello...

—Ahh... —gemí sin poder contenerme.

Y siguió su camino derecho a mi boca para volver a besarme con ímpetu, con necesidad. Con absoluta y desbordada pasión.

Aquel hombre lo tenía todo. Fuerza y dulzura a la vez. Vehemencia y paciencia. Sensualidad y cariño. Me volvía loca.

Sus manos me recorrían despertándome sensaciones increíbles, sus labios arrancándome profundos gemidos.

Y entonces ocurrió. Mirándome con aquellos ojos explícitos, con aquella intensa mirada, conquistando mis sentidos, mi alma y mi corazón, lo hizo.

Me hizo volar, me hizo perder la cordura. Me hizo sentirme mujer.

—Ander...

No había nada más en el mundo en ese momento. Solos él y yo.

Sentimiento puro, sensaciones increíbles. Emociones a flor de piel.

La dermis erizada, las células alteradas y mi mente narcotizada.

Sólo amor. Sólo conexión. Sólo verdad.

Él y yo.

Y nada más.

Después todo.

Explosión de sensaciones, de emociones, de sentimientos.

Me aferré con fuerza a él. Le clavé las uñas. Lo miré. Me miró.

Intensidad.

Éramos uno.

Lo éramos todo.

Después Ander cayó rendido a mi lado.

Seguíamos mirándonos, seguíamos diciéndonos sin palabras todo lo que sentíamos el uno por el otro.

No nos hacía falta nada más.

Me acarició el pelo. Me acarició las mejillas. Volvió a besarme dulcemente, cálidamente. Con pasión de nuevo.

Y no lo pudimos evitar. Ocurrió otra vez. Había demasiada necesidad contenida. Demasiada necesidad aplazada.

Luego ambos caímos exhaustos y, deliciosamente abrazados, nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, cuando desperté, lo hice de la manera más maravillosa en que podía hacerlo. Ander estaba tumbado a mi lado, abrazándome.

Aquello era real.

Sin embargo, yo tenía que irme.

Tenía que recoger mis cosas y subirme a aquel transporte que me llevaría lejos de allí. Lejos de él. Lejos de todo lo que ahora llenaba mi vida.

Recogí mi ropa con lágrimas en los ojos. Le di a Ander un dulce beso en los labios sin despertarlo y salí.

Poco después había llegado el momento de irnos. Ya habíamos recogido todas nuestras cosas y el transporte que nos llevaría a Chiang Mai nos estaba esperando.

Cargamos nuestras maletas y empezamos a despedirnos uno por uno de todos. Pero me estaba resultando muy doloroso. El nudo que tenía en la garganta me impedía hablar y decirle a cada uno que los llevaría siempre en mi corazón.

Pero eso ellos ya lo sabían. Ya había tenido la oportunidad de decírselo en la fiesta de despedida que nos hicieron.

Lo peor fue cuando Pablo tuvo que despedirse de Malai. Ninguno pudo contenerse y las lágrimas afloraron sin medida en sus ojos.

Estaba siendo muy duro para los dos. Habían podido solucionar sus diferencias y llegar a un acuerdo, pero tener que separarse era algo que no habían podido evitar, al menos por un tiempo.

Sin embargo, el cambio de actitud de mi hermano había permitido que sobrellevaran la despedida de otra manera. No sabían aún cómo resolverían su situación, no sabían cómo arreglarían el tema de la distancia que los separaba, pero sí tenían claro que, de la manera que fuera, estarían juntos. Así que su despedida era más bien un hasta pronto repleto de esperanza y de ilusión.

Y entonces sentí envidia, porque a pesar de lo que había ocurrido entre Ander y yo la noche anterior, no sabía qué pasaría en el futuro entre nosotros. Porque no habíamos hablado.

Ni lo hicimos tampoco a la hora de despedirnos, cuando él apareció en el último momento.

—Vera...

No podía hablar. Yo tampoco pude hacerlo.

Me cogió la cara entre las manos y me obligó a mirarlo. A continuación, me besó.

Fue el beso más cariñoso y sincero que me había dado nunca.

Pero después agachó la cabeza y se fue de allí.

Me subí a aquel vehículo y, cuando éste inició la marcha, rompí a llorar.

Me sentí completamente perdida.

Me sentí más vacía que nunca.

Capítulo 29

Ni Pablo ni yo hablamos en todo el trayecto. Ninguno de los dos quiso hacerlo. Ninguno pudo hacerlo. Estábamos destrozados.

Simplemente nos dedicamos a mirar por la ventanilla de aquel transporte, perdidos en nuestros pensamientos y en aquellos paisajes que quedarían en nuestra memoria para siempre.

Dejábamos atrás muchas cosas. Demasiadas, en realidad.

Yo dejaba atrás la experiencia más maravillosa de mi vida. Y lo había sido en muchos sentidos. A nivel personal sobre todo. Y no sabía cómo afectaría eso a mi vida cuando regresara a España. Algo en mí me decía que ya nada volvería a ser como antes. Intuía que aquel viaje había sido un punto de inflexión en mí. Un punto de no retorno.

Pero tendría tiempo de masticar todo aquello antes de llegar a España. Los días que íbamos a pasar en la playa me ayudarían a poner en orden mis ideas y a tratar de entender qué había ocurrido dentro de mí, y sobre todo qué era lo que quería de ahí en adelante. Porque me imaginaba en mi vida de antes y simplemente no me veía. Aquello ya no me llenaba. Y tendría que lidiar con ello.

Pero lo que más me preocupaba ciertamente no era eso.

Lo que más me preocupaba era algo en lo que ni siquiera podía pensar, porque cada vez que lo hacía aparecía un nudo en mi garganta, en mi corazón e incluso en mi alma.

Necesitaría tiempo para digerir todo lo que había vivido con Ander y todo lo que sentía por él. Tendría que plantearme qué iba a ser de nuestra relación. Pero eso último no podía decidirlo yo sola, porque eso era cosa de dos. Y aunque yo tuviera muy claro qué era lo que quería, aún no sabía si Ander también lo deseaba tanto como yo. Porque no habíamos hablado. Las circunstancias no nos habían dejado tiempo para ello. Y ahora yo, en lugar de estar con él para poder conversar y aclarar las cosas entre nosotros, estaba camino de una playa paradisíaca que tendría que compartir con mi familia y no con la persona que amaba, como realmente me habría gustado.

—Vera, ya estamos llegando al aeropuerto —me anunció mi hermano—. Vamos muy justos de tiempo, así que ahora nos toca correr si no queremos perder el avión.

La voz de Pablo lo decía todo. Era apagada, triste y sin motivación, justo como se sentía él.

Mal apoyo íbamos a ser el uno para el otro en aquellas circunstancias. Menos mal que ver a nuestros padres nos iba a entretener de alguna manera y haría más llevaderas aquellas vacaciones.

Cogimos el avión por los pelos y a las dos horas estábamos aterrizando en el aeropuerto de Phuket, donde nos estaban esperando de la agencia de viajes para trasladarnos hasta nuestro alojamiento.

—Acabo de hablar con papá, Vera —me dijo Pablo cuando ya casi estábamos llegando a nuestro destino final—. Van a estar esperándonos en el *lobby* del hotel cuando lleguemos.

Y, efectivamente, así fue.

Debajo de una enorme pamelita verde loro se encontraba mi señora madre, y debajo de un gorro de paja estilo espantapájaros, mi padre.

¡Madre mía, qué pintas tenían! Parecían doña Croqueta y don Pimpón.

Me dio la risa nada más verlos. No pude evitarlo.

—Vera, hija... —Mi madre se abalanzó sobre mí con lágrimas en los ojos en cuanto me vio bajar de la furgoneta que nos había llevado hasta allí—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? Te veo muy delgada. —Se separó de mí para poder verme mejor, momento que aprovechó mi padre para abrazarme—. No me extraña que hayas adelgazado con lo que se come aquí. ¡Si no saben cocinar! Esta mañana he preguntado en el restaurante si podían hacerte unas lentejas para comer porque seguro que tienes el hierro bajo, y no sabían ni de qué alimento les estaba hablando. ¿Te lo puedes creer?

—Ay, mamá, por Dios, ¡qué vergüenza! Pero ¿cómo se te ocurre? —le dije abochornada, y eso que no había presenciado la escena.

—¡Pues prepárate, porque lo peor no ha sido eso! —empezó a decirme mi padre, que ya me había soltado y estaba dándole dos besos a mi hermano—. Lo peor es que ha tenido que venir hasta el director del hotel porque nadie la entendía y ha liado una que para qué. Ya conoces a tu madre, te puedes imaginar la que ha montado. Con decirte que nos han cambiado de habitación y nos han dado una *suite* premium.

—Sí, sí, mucha habitación con premio, pero las lentejas no te las han hecho —soltó entonces mi madre—. Mucha estrella pero poco tenedor tiene este hotel, me parece a mí.

A Pablo y a mí nos dio por reír. Mi madre era única para sus cosas.

Desde luego, los días que estuviéramos allí no nos íbamos a aburrir con ella.

Cuando terminamos de registrarnos nos fuimos directos a acomodarnos. Por lo visto, con el cambio que les habían hecho a mis padres nos íbamos a arreglar los cuatro, porque la suite que les habían dado era como una especie de apartamento de lujo, con dos habitaciones, un enorme salón, terraza con vistas al mar y *jacuzzi* incluido.

—Mamá, te voy a llevar a todos nuestros viajes para que montes tus numeritos y que nos den los acomodamientos más lujosos que haya —le dijo mi hermano cuando pudimos comprobar que aquella *suite* era absolutamente alucinante.

—Sí, pero las lentejas ya me las traeré yo hechas de casa en un táper, porque esta gente no tiene ni idea de cocinar —soltó ella muy convencida.

—Y dale con las lentejas, ¡mamá, por Dios! —le solté ya algo alterada con el tema.

Ésas eran las cosas que me sacaban de quicio de ella.

—No empecéis, por favor —dijeron mi padre y mi hermano al mismo tiempo.

—Eso, hija, que eres muy arisca conmigo. Con lo que yo te quiero, cielo.

—Que sí, mamá. ¿Nos podemos ir a comer ya, por favor? —les pedí entonces. Estaba hambrienta.

Y, ante el estupor de cocineros, camareros y demás personal del restaurante, allí aparecimos con mi señora madre. Esa que los había puesto a todos a correr. Porque al final tuve mis dichas lentejas. Con cuarenta grados que hacía, me las tuve que comer. Porque, claro, habría estado muy feo que, después de la que les había liado, encima yo me las hubiera dejado.

—Vera, hija, apártate el flequillo de la cara —empezó a decirme mi madre—. ¿Es que no te molesta ahí, todo pegado en la frente?

—Lo tengo pegado a la frente porque estoy sudando como una cerda, mamá —repliqué bastante alterada—. Porque sólo se te ocurre a ti venir a Tailandia a pedirles a los cocineros que me hagan unas lentejas con chorizo con los cuarenta grados que están cayendo.

—¡Hay que ver!... Todo lo hago mal.

—Mamá, reconoce que esta vez te has pasado un poquito —le dijo con tacto Pablo al tiempo que le cogía la mano también con mucho cariño—. Se te agradece la intención, pero a partir de ahora déjanos a nosotros que elijamos lo que queremos comer, ¿vale, mamita?

Y ya está. Pablo le decía eso y mi madre se convertía en una pastilla de jabón que la podías encaminar hacia donde quisieras. Estaba claro que yo no sabía llevarla y él sí.

—Si yo sólo lo he hecho porque, después de los días que ha pasado en la cueva, seguro que venía desnutrida —comenzó a decir mi madre.

—Mamá, nos hicieron un exhaustivo chequeo a... —se me quebró la voz. Carraspeé y tuve que coger aire para poder continuar— a Ander y a mí, y los dos estábamos perfectamente —le expliqué.

—Entonces ¿todo está bien, Vera? —me preguntó esta vez mi padre, claramente preocupado—. Te han pasado muchas cosas recientemente y, aunque tu hermano nos ha ido manteniendo informados de cómo te encontrabas, me gustaría que fueras tú la que nos dijese cómo estás realmente.

¿Y ahora qué les decía yo? ¿Que había estado teniendo unas horribles pesadillas que cada vez eran más dañinas para mí?, ¿que seguía sin recordar nada de lo que me había llevado al hospital?, ¿que la experiencia que había vivido en aquella cueva había sido muy dura y había temido por mi vida?, ¿o que me había enamorado perdidamente de un hombre al que no sabía cuándo volvería a ver?

—Me encuentro bien, papá —le contesté sin más.

Pero mi padre me conocía lo suficiente como para saber que le ocultaba algo.

—Bueno, cuando te apetezca podemos hablar de lo que tú quieras, ¿de acuerdo? —me dijo dándome la tregua que en esos momentos necesitaba.

Y lo agradecí. Muchísimo. Porque aún no estaba preparada para hablar abiertamente de todo, y menos con ellos.

Aún necesitaba tiempo incluso para poder hablar conmigo misma, para mirar dentro de mí y

averiguar qué quería de ahora en adelante en mi vida. Porque si había algo que tenía muy claro es que algunas cosas iban a cambiar, porque la Vera que había salido de España no iba a ser la misma que volviera allí otra vez.

De hecho, esa misma tarde, mientras todos dormían la siesta, estuve precisamente dándole vueltas a los cambios que sentía que tenía que hacer en mi vida. Sin embargo, aparte de un gran dolor de cabeza, no conseguí sacar en claro nada más.

Porque aún era pronto y tenía mucho en que pensar y que decidir. Y necesitaba ir poco a poco madurando mis ideas.

—Te va a salir humo de la cabeza —me dijo mi hermano una vez se hubo despertado y vio que yo no dormía.

Y llevaba razón. Debía dejar pasar algo de tiempo antes de intentar aclararme. No debía forzar las cosas.

—Pablo, ¿tú no sientes que algo en ti ha cambiado? —quise saber entonces.

—Claro que lo siento, Vera. Han cambiado muchas cosas dentro de mí. Después de todo lo que hemos vivido me va a resultar muy difícil volver a España y a la rutina que llevaba antes. De hecho, no estoy seguro de querer hacerlo.

—Pablo, a mí me pasa igual, pero no sé muy bien cómo encajarlo. No sé por dónde empezar.

—Vera, ahora mismo no pienses en ello. De momento estamos aquí y tenemos que aprovechar los días que nos quedan. Este sitio es impresionante y tenemos que disfrutar de él. Cuando llegemos a España ya tendremos tiempo de pensar qué es lo que realmente queremos para nuestras vidas y qué debemos hacer con ellas.

—Ya, pero es que no puedo dejar de darles vueltas a determinadas cosas, Pablo.

—Te aseguro que sé cómo te sientes con respecto a la experiencia que hemos vivido, a la increíble gente que hemos conocido y también al hecho de habernos enamorado. Pero te voy a dar un consejo si no quieres volverte loca. Yo, al menos, es lo que pienso hacer. —Pablo cogió aire y continuó hablando con mucha seguridad—: Voy a aprovechar aquí los días sin pensar en nada, y cuando vuelva a España voy a retomar mi vida tal cual era antes. Si consigo seguir con ella y compaginarla con mi relación con Malai, bien. Pero si tengo la más mínima necesidad de salir corriendo de allí, te aseguro que lo haré. Lo dejaré todo atrás y me iré donde me tenga que ir para hacer lo que me haga sentir bien. Eso tenlo muy presente, Vera. Es más, espero que tú hagas lo mismo, porque ésa será la única manera que tendremos de poder ser felices.

Me había convencido. No sabía hasta qué punto iba a ser capaz de apartar mis pensamientos durante los días que nos quedaban de estar allí, pero tendría que intentarlo.

Así que, con esa idea en la cabeza, decidimos bajar a la piscina. Queríamos simplemente echarnos sobre una tumbona, pedir alguna bebida refrescante, ponernos música en los cascos y dedicarnos a tomar el sol panza arriba, panza abajo, como lagartos.

De camino a ella pudimos ver lo bonito que era el lugar donde estaba el hotel. Se encontraba en la ladera de una montaña y desde toda ella se podía ver la enorme playa que teníamos delante.

Estaba deseando poder caminar sobre la arena cuando cayera el sol y bajara un poco la marea.

Pero eso sería más tarde, porque en ese momento sólo tenía ganas de refrescarme en aquella inmensa piscina que parecía fusionarse con el mar cuando te encontrabas dentro de ella.

Cuando ya llevábamos allí dos horas tumbados en las hamacas y teníamos derretidas hasta las neuronas, aparecieron nuestros padres.

—¿No os cansáis de tomar tanto el sol? —nos preguntó mi madre—. Espero al menos que os hayáis echado protección.

—Sí, mamá —comencé a decirle con retintín—, nos hemos echado crema solar, nos hemos hidratado bebiendo mucho líquido, hemos esperado dos horas para bañarnos y nos hemos metido al agua con los flotadores. —Estaba claro que me molestaba enormemente que nos tratara como a niños pequeños.

—Ay, hija, qué siesa eres conmigo. ¡Desde luego! —replicó algo disgustada.

—Vera, ¿puedes acompañarme a la barra a pedir algo fresco de beber para papá y mamá? —me pidió entonces Pablo.

Le iba a decir que fuera él solo, que no necesitaba mi ayuda para nada, pero cuando vi cómo me estaba mirando intuí que lo que quería era hablar conmigo a solas.

Me levanté de mala gana y lo seguí.

—Hermanita... —comenzó a decirme entonces en tono cariñoso—, ¿sería posible que intentaras mantener la paz con mamá, durante estos días al menos, para que todos podamos disfrutar de unas buenas vacaciones sin tener que estar en tensión cada vez que estáis juntas?

Suspiré.

—Está bien, lo intentaré. Trataré de no entrar al trapo en sus cosas —le contesté sabiendo que hacía lo que debía por el bien de todos, a pesar del enorme esfuerzo que eso me supondría.

Porque mi hermano llevaba razón, y, si yo no cambiaba mi actitud teniendo que pasar tanto tiempo allí con ellos, aquello podría llegar a convertirse en una auténtica pesadilla.

Pero, aunque yo estuviera dispuesta a ceder en algunas cosas, también necesitaba que mi madre bajara un poco la guardia.

—¿Hablarás con ella también y le dirás lo mismo que a mí? —le pregunté entonces, esperando que su respuesta fuera afirmativa.

—Por supuesto, Hermanita. Aunque creo que papá ya está haciéndolo ahora mismo también.

Y era posible que fuera así como decía Pablo, a juzgar por los gestos que hacían y por las palabras que se les intuían.

Así que, con la idea de hacer más llevaderas para todos, incluida yo, aquellas vacaciones, decidí morderme la lengua cada vez que mi madre me dijera algo con lo que yo no estuviera de acuerdo.

Sólo esperaba no hacerme callo.

Después de que mis padres se tomaran las bebidas que les habíamos pedido y de que se dieran un refrescante baño en la piscina, decidimos subir a la habitación y arreglarnos para cenar.

Esa noche había un espectáculo en el bar del hotel, y acordamos ir a verlo. En realidad, allí no había mucho más que hacer. Aquello estaba diseñado únicamente para ir a relajarte y descansar, y no había demasiadas actividades más que pudieras hacer a no ser que fueras a alguno de los pueblos de los alrededores, donde sí que se podían encontrar muchas otras alternativas de ocio.

Pero habíamos decidido que esa noche nos quedaríamos allí. Ya habría tiempo de conocer el resto en los días siguientes.

Sin embargo, cuando ya llevábamos una hora escuchando versiones de canciones muy conocidas, más mal que bien salvadas, decidí no seguir martirizando a mis oídos e irme a dormir. Pablo también me acompañó. Ambos nos encontrábamos muy cansados después de la noche anterior y del viaje hasta allí. Mis padres, por su parte, que nunca habían salido de casa ni habían tenido unas vacaciones en condiciones, decidieron quedarse bailando como dos recién casados. La verdad es que daba gusto verlos así de acaramelados. Aquello estaba siendo como una especie de segunda luna de miel para ellos y eso me alegraba mucho, porque se lo merecían después de todos los sacrificios que habían hecho por nosotros a lo largo de los años.

Cuando llegamos a la habitación, Pablo me dijo que antes de acostarse quería llamar a Malai para hablar un rato con ella. Así que, mientras él lo hacía, y para dejarle un poco de intimidad, yo decidí ir a dar aquel paseo por la playa que tanto me había apetecido desde que habíamos llegado.

El entorno era espectacular, pero lo habría sido mucho más si hubiera tenido a alguien con quien compartirlo.

Las muchísimas estrellas que se veían salpicaban el negro y despejado cielo, haciendo que se viera precioso. Además, la luna, prácticamente llena, iluminaba aquella playa de una manera espectacular. La marea había bajado, ocasionando que la anchura de la arena creciera considerablemente, por lo que la playa se veía inmensa. Tanto que daba impresión.

Y ante aquel marco tan incomparable no lo pude evitar y comencé a llorar.

Porque me sentía perdida, vacía, sola.

Oía de fondo las canciones románticas que mis padres seguramente continuaban bailando. Y también me imaginaba a mi hermano hablando con Malai como dos adolescentes enamorados.

Y yo, en cambio, me encontraba en un paraje absolutamente espectacular pero completamente sola. Estaba paseando por una preciosa playa a la luz de la luna, con la única compañía de las olas del mar y los latidos de mi corazón. Esos que me recordaban que aún seguía viva, a pesar de todo lo que me había pasado. Esos que también me recordaban que ahora más que nunca tenían un motivo para latir y ser escuchados.

Y aunque mi hermano me había recomendado no darle vueltas a nada, yo no podía evitar pensar en Ander. Cómo me habría gustado tenerlo allí en aquellos precisos instantes, cómo me habría gustado poder coger su mano, esa que siempre me tendía, y caminar junto a él por aquella romántica playa.

Le echaba de menos. Mucho. Demasiado.

Envidiaba a Pablo. Al menos, él podía hablar con Malai. Al menos, él sabía lo que había entre

ellos. Al menos, él tenía un futuro con la persona de la que se había enamorado.

En mi caso, todo eso estaba en el aire. No sabía qué podía esperar de Ander. No tenía la menor idea de qué ocurriría entre nosotros. No sabía aún si él, después de todo, habría comenzado a amarme a mí y habría empezado a olvidarse de aquella dichosa mujer que tantas barreras había puesto entre nosotros.

Continué llorando ante la impotencia que me creaba aquella situación. Porque no sabía qué demonios podía hacer para resolverla. No sabía cuándo volvería a verlo y, cuando lo hiciera, no sabía qué podía esperar de él. Así que la incertidumbre me estaba matando.

Unas bellas notas de piano llegaron entonces hasta mis oídos. Aquella melodía era preciosa. Me imaginé bailando con Ander, sintiendo su calor, su piel sobre mi piel. A mi mente acudieron entonces imágenes de la última noche. Esa que habíamos pasado juntos. Esa que había sido la más increíble de mi vida. Porque todo lo que aquel hombre me hacía sentir estaba por encima de cualquier otro sentimiento o emoción. Porque jamás nadie me haría sentir lo que él, de esa manera tan dulce, tan absoluta.

Intenté secarme las lágrimas, pero éstas continuaron brotando durante un buen rato más. Lo hicieron hasta que ya me sentí exhausta y decidí volver a la habitación.

Cuando crucé la puerta oí que Pablo aún continuaba hablando con Malai.

Miles de imágenes se agolparon entonces en mi mente. Miles de preciosos momentos vividos en el poblado con Ander, pero también con los demás.

Y volví a derrumbarme de nuevo. Me tiré sobre la cama y sumergí la cara en la almohada en un intento de ahogar mi descontrolado llanto.

—Malai, tengo que dejarte. Vera acaba de llegar y creo que me necesita. Mañana vuelvo a llamarte a la misma hora, ¿de acuerdo?... —Hubo un silencio en el que sin duda ella le dijo algo a modo de despedida—. Yo también —le contestó mi hermano a continuación antes de colgar.

»Vera, ¿qué ocurre? —me preguntó entonces al tiempo que se acercaba a mi cama y se tumbaba a mi lado.

No podía hablar. El nudo en la garganta me lo impedía.

—Vera... —Mi hermano sabía de sobra cuál era el motivo de mis lágrimas—. Habíamos quedado en que no íbamos a pensar en nada ni en nadie.

—Para ti es fácil decirlo, Pablo, porque tú tienes a Malai y puedes hablar con ella cuando lo necesites. Además, tienes claro qué esperar de ella y de la relación que hay entre vosotros. Pero yo no tengo nada de eso —le expliqué amargamente.

—Bueno, en algún momento podrás hablar con Ander y aclarar vuestra situación —me contestó.

—¿Cuándo, Pablo? Yo no sé nada de su vida, no sé dónde vive, no sé su teléfono, no sé cuándo volverá a España o si lo hará siquiera, y, lo que es peor, ni siquiera sé si él estará preparado para iniciar una nueva relación —le dije llorando desconsoladamente—. Todo es un despropósito, y lo peor es que escapa a mi control. Porque yo no puedo hacer nada por mejorar la situación o

cambiarla. Me siento impotente. Necesitaría poder hablar con él, solucionar nuestra historia y saber a qué atenerme. La incertidumbre me mata, pero es que pensar que todo pueda quedarse aquí y que de ahora en adelante ya no haya nada más entre nosotros dos, eso... —se me quebró la voz por completo— eso va a acabar conmigo, Pablo —terminé de decirle en un susurro ahogado por la desesperación.

—Vera... —Obviamente mi hermano no sabía ni qué decirme. Mi situación era muy complicada y él lo sabía certeramente. Aun así, quiso darme ánimos o al menos intentarlo—. Siempre hay una salida para todo, y seguro que acabarás encontrándola. Ander es tu médico y siempre puedes volver a su consulta para buscarlo. Hallarás la manera de hablar con él y de solucionar las cosas. —Cogió aire y continuó hablando—: Vera, Ander no te va a dejar ir así como así. Estoy convencido de que él siente por ti lo mismo que tú por él. Es sólo cuestión de tiempo que aclare su mente y, cuando lo haga, ten por seguro que te buscará.

Ojalá tuviera razón. Ojalá las cosas fueran tan fáciles y sólo necesitaran tiempo para solucionarse. Me aferré a eso. No podía hacer otra cosa. Me aferré a la única idea que me podía ayudar a sobrellevar mis días venideros sin volverme completamente loca.

Dejé entonces de llorar. Porque no podía seguir haciéndolo. Porque aquellas lágrimas socavaban las pocas esperanzas que tenía en que todo se arreglara y no podía permitir que lo hicieran. No podía dejarme arrastrar por la desesperanza y el desconsuelo de un posible futuro que aún estaba por venir y del cual aún no tenía ninguna certeza de cómo se iba a resolver.

Haría caso a mi hermano e intentaría centrarme en mis días allí, tratando de disfrutar de ellos al máximo.

Con esa idea, me dormí.

El coche. La fiesta.

El precipicio. Aquella música.

El abismo. Aquellos hombres.

El golpe. Los golpes.

Todo se tiñe de rojo.

Después, todo se vuelve negro.

No lo puedo soportar. No puede estar pasando de nuevo.

No.

Tengo que desconectar.

Tengo que irme.

Así es mejor.

Ésa es la solución a mi dolor.

No lo soportaré de nuevo. Seré incapaz.

Me dejo ir.

Así es mejor.

Todo se vuelve blanco.

Ya no hay nada.

Ya no sufro.

Así es mejor.

Me desperté incorporándome bruscamente en la cama y por completo empapada en sudor. Cogí aire. Tenía los pulmones vacíos. Aún sentía la sensación de ahogo en la garganta.

—Vera... Vera...

Mi hermano se encontraba frente a mí, intentando que fijara la atención en él. Pero yo no lo veía. Las imágenes de aquella pesadilla se repetían en mi cabeza una y otra vez, impidiéndome que me centrara en nada más.

—Vera, me estás asustando... Dime algo, joder.

Pablo me miraba con verdadera preocupación.

—Estoy bien —conseguí decirle con apenas un hilo de voz.

—¡Joder! —soltó al tiempo que se ponía en pie para liberar la tensión acumulada—. Vera, esta vez te ha costado mucho volver a la realidad una vez te has despertado. Has estado más de dos minutos incorporada en la cama sin responder a ningún estímulo. Estabas del todo ida y me has dado mucho miedo verte así, ¡joder!

—Lo siento, Pablo —atiné a decir.

No sabía qué me había pasado realmente, ni por qué mi cuerpo había reaccionado de aquella manera. Hasta ahora nunca lo había hecho.

—No tienes nada que sentir, Vera. No es culpa tuya. Es sólo que me he asustado. —Volvió a sentarse sobre la cama, a mi lado. Seguía mirándome con atención—. ¿Cómo estás?, ¿te encuentras bien ahora?

Asentí con la cabeza. Sin embargo, aún seguía dándole vueltas a la pesadilla.

—Estoy algo confusa —comencé a explicarle a continuación—. Los sueños se han mezclado de una manera extraña. No sé, es como si mi mente quisiera revelarme la relación que hay entre ellos, pero creo que es todo fruto del estrés y de cómo me siento. Porque yo no veo relación ninguna y, sinceramente, cada vez tengo menos ganas de complicarme la cabeza con estas dichas pesadillas. Bastante tengo ya con lo que me ocurre en la vida real como para perder el tiempo con ellas. Estoy cansada ya, Pablo —le terminé por decir bastante afectada.

—Pues entonces no hagas caso de ellas. Levántate, date una ducha y vámonos a desayunar. Hoy nos espera un día entretenido.

Íbamos a acercarnos a uno de los pueblos que había en los alrededores del hotel. Era el más grande de todos, y allí esperábamos pasar el día haciendo algo de turismo.

Así que, después de darme una refrescante ducha, me vestí y me puse mi calzado más cómodo.

A la hora, y después de haber desayunado todos juntos, Pablo y yo cogimos un transporte que nos acercó a aquel pueblo de nombre impronunciable para nosotros.

Claramente, aquél era un sitio muy turístico. Estaba lleno de tiendecitas y de restaurantes a lo largo de todo su paseo marítimo. También había muchos puestos callejeros que ofrecían bebidas y comidas preparadas al momento, así como frutas exóticas para nosotros, aunque de lo más corrientes para los habitantes de aquel lugar.

Paseamos durante todo el día por allí comprando muchísimas cosas de artesanía, comimos en un restaurante típico, después descansamos tumbados sobre la blanca arena de la playa y finalmente decidimos volver al hotel para darnos una ducha y bajar al restaurante para cenar todos juntos, ya que no habíamos visto a nuestros padres en todo el día.

—¿Qué, papá?! ¿Ha liado hoy alguna mamá? —le preguntó con mucha guasa Pablo a mi padre cuando nos sentamos a la mesa con ellos.

Él lo miró atravesado, lo que significaba que efectivamente mi señora madre ya había hecho otra vez alguna de las suyas.

—Cocido hemos comido hoy. Con eso te lo digo todo, ¿verdad? —soltó muy cabreado.

Pablo estalló en carcajadas. Yo también lo hice. Lo de mi madre no tenía nombre.

—Sí, tú riéte, pero cuando mañana te pongan para comer alubias, entonces el que se va a reír voy a ser yo.

A mi hermano se le cortó la risa de golpe.

—¡No fastidies, mamá, que yo paso de comer eso! Quedamos en que no ibas a meterte en lo que íbamos a tomar cada uno —le soltó bastante alterado.

Sabía que a Pablo le daban verdadera angustia las alubias y, desde bien pequeño, cada vez que las comía era tener arcada tras arcada, hasta que acababa vomitándolas en el baño sin que mi madre se enterara.

Así que yo no podría haber encontrado mejor momento para vengarme. Ya estaba bien que por una vez fuera él el que sufriera a mi madre.

—Pablo, no le hables así a mamá, hombre —le solté entonces con toda mi mala leche—. Encima de que ella sólo lo hace por nuestro bien, no seas desagradecido.

Él me echó esa mirada que me ponía siempre que me amenazaba con que la venganza sería terrible. Pero ya no éramos unos críos, y a mí aquello ya no me daba miedo. Así que, lejos de arredrarme, me vine arriba.

—¿Qué bien, mamá! Alubias para comer mañana. Estoy deseando ver cómo las cocinan aquí, y Pablo seguro que también se halla expectante. ¡Con lo que le gustan a él! ¡¿A que sí, hermanito?! ¿A que estás impaciente porque llegue el momento de degustarlas?

Si las miradas matasen, yo ya me hallaría muerta, enterrada y vagando por la eternidad. Pero me daba igual. Estaba disfrutando de lo lindo. Por una vez, no era yo la que tenía que sufrir en mis carnes las cosas de mi madre.

¡Hala! ¿A ver cómo se comía mañana mi hermano las dichas habichuelas?

El resto de la velada, por suerte, transcurrió sin ningún incidente destacable. Eso sí, mi hermano no me quitó la cara de perro en toda la noche.

—Vera, me voy a llamar a Malai —me dijo al rato aprovechando que mis padres habían salido a darlo todo en la pista de baile.

Ellos todavía no sabían nada de su relación con ella, y yo no entendía a qué esperaba mi hermano para contárselo.

—Pablo, ¿por qué no se lo has dicho ya? —le pregunté—. Has tenido muchas oportunidades de hacerlo, y no comprendo por qué aún no lo has hecho.

—Eso es cosa mía, Vera. Ahí no te metas, por favor. Lo haré cuando me encuentre preparado para ello.

No entendía a mi hermano. Sabía que era muy suyo para sus cosas, pero yo, en su lugar, se lo habría contado todo a mis padres desde el primer día. Sin embargo, él, por alguna razón que yo no alcanzaba a entender, no había querido hacerlo aún.

Sabía que para mi madre sobre todo sería un poco traumático eso de que la novia de su hijo no fuera española, católica y apostólica. Pero no creo que ésa fuera la razón de Pablo para retrasar el hecho de poner en conocimiento suyo su nuevo estado sentimental. Había algo que a Pablo le preocupaba y que no me estaba contando.

El caso es que de nuevo mi hermano se fue y me quedé de sujetavelas de mis padres, que cada vez estaban más desatados y comenzaban a ser lo más parecido a una pareja de recién casados.

¡Qué envidia me daban!

Les dije entonces que yo también me iba. Pero no me fui a la habitación. No quise hacerlo aún para dejarle tiempo a Pablo para que hablara tranquilamente con Malai.

Así que me fui de nuevo a darme un paseo por aquella solitaria playa. La luna lucía más llena aún y el reflejo de ella en el mar se veía espectacular.

Y no pude evitar pensar de nuevo en Ander. En todo lo que había vivido con él. En todos nuestros momentos en aquel poblado y fuera de él. En todas nuestras conversaciones. Pero, sobre todo, no pude impedir que imágenes de nuestra última noche acudieran caprichosas a mi mente, haciéndome estremecer por completo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, mi corazón y mi alma.

¿Sentiría él lo mismo cuando pensara en mí?

¿Pensaría siquiera en mí?

Iba a volverme loca.

Regresé a la habitación.

Mi hermano ya había dejado de hablar con Malai y se encontraba sentado en unos de los sillones de mimbre que había en la terraza.

—Pablo, ¿tú en mi lugar llamarías a Ander? —le pregunté a bocajarro según llegué.

—Pues claro, Vera. Si es eso lo que sientes en tu corazón y es lo que quieres hacer, por supuesto que lo haría. Se lo puedo decir a Malai y que ella le pase la llamada. —Me quedé callada pensando y mi hermano continuó hablando—: ¿Qué te impide hacerlo? —me preguntó a continuación.

—Supongo que el miedo. Tengo pánico de pensar que él no sienta lo mismo que yo, que siga enamorado de esa otra mujer que te dije y que se olvide de mí.

—Eso no va a ocurrir, Vera. Seguro que Ander te tiene muy presente en sus pensamientos. Estoy totalmente convencido de ello.

—¿Y por qué no me ha buscado, Pablo? ¿Por qué no ha intentado ponerse en contacto conmigo? ¿Por qué no sé nada de él desde que salimos de allí? —le dije liberando de esa manera todos mis auténticos miedos.

—No lo sé, Vera. A lo mejor él también necesita tiempo para digerirlo todo, o a lo mejor simplemente no ha tenido la oportunidad de hacerlo.

Me convencía más su primera opción. Y eso era lo que realmente a mí me aterraba. Que Ander tuviera que pensar qué quería o, sobre todo, qué sentía.

Porque yo no tenía que hacerlo en absoluto. Yo lo tenía totalmente claro. Sin embargo, él podía tener dudas y eso era lo que a mí me estaba haciendo que me desmoronara por momentos.

No quise continuar hablando con mi hermano. Las palabras me dolían y necesitaba descansar mi mente, pero sobre todo necesitaba darle tregua a mi herido corazón.

Me acosté con la esperanza de no tener más pesadillas que afectaran aún más a mi ya de por sí menoscabado estado de ánimo.

Y esa mañana tuve suerte, porque amanecí muy serena y despejada. Ninguna extraña imagen o escena había perturbado mi mente durante el sueño.

Así que me sentía mejor, más fuerte para hacer frente a mis dañados sentimientos.

Ese día que teníamos por delante lo pasaríamos entero en el hotel, descansando, porque como al día siguiente era nuestro cumpleaños, habíamos decidido hacer algo especial, así que habíamos reservado una excursión para visitar una zona que nos habían dicho que merecía mucho la pena por lo espectacular de sus paisajes.

Por la noche estuvimos precisamente hablando de los sitios que íbamos a ver.

Mis padres querían ir sobre todo a uno en concreto. Y es que en una antigua película de James Bond salía una playa con una formación rocosa muy característica de Tailandia al fondo de ella y, por supuesto, querían verla.

Yo no estuve muy pendiente de la conversación, la verdad. Mi mente estaba en otra parte, y realmente me daba igual lo que viéramos. Con tal de ocuparnos en algo y que no me quedara mucho tiempo para pensar, para mí era suficiente. Porque los días allí ya se me estaban empezando a hacer cuesta arriba, pues guardar las apariencias delante de mis padres, fingiendo que todo estaba bien, cada vez me costaba más.

Así que, una vez terminaron de hablar de lo que veríamos al día siguiente, decidí que era buen momento para irme a dormir.

Sin embargo, cuando fui a decir que yo me retiraba, mi madre se echó las manos a la cara y empezó a gritar como una loca. Miraba algo que había por detrás de mí.

Mi padre y mi hermano también se volvieron hacia donde estaba mirando mi madre y a ambos

se les dibujó una enorme sonrisa.

Yo no estaba para rollos y realmente me daba igual la clase de truco de magia que estuvieran haciendo en el escenario que tenía situado detrás de mí, al fondo del salón donde nos encontrábamos. Yo sólo quería irme a dormir y que terminara otro día más.

Me levanté y les dije, ante su aún atónita mirada, que me iba a la habitación. Pero entonces sentí que alguien me tocaba en el hombro.

Si alguno de los payasos que había por allí esa noche haciendo los trucos de magia pensaba que yo iba a contribuir de alguna manera al espectáculo, lo llevaba claro, porque no estaba de humor para nada.

Así que, dispuesta a decirle que se buscara a otra pringada, me giré sobre mis talones y se lo solté sin más.

—Mira, hoy no es mi mejor día, así que búscate a otra persona para que te eche una mano con lo que sea que tengas que hacer.

—Pero es que yo no quiero a otra persona, *Fresitas*. Yo sólo te quiero a ti.

Capítulo 30

Me froté varias veces los ojos.

Pero Ander seguía allí. De pie, frente a mí, mirándome expectante.

Fui a abalanzarme sobre él, pero entonces recordé que justo detrás estaban mis padres, mirándonos. Así que intenté moderar un poco mi comportamiento y únicamente le di un abrazo. Eso sí, fue el abrazo más sentido que había dado en mi vida. De hecho, no quise que nunca terminara.

Sentir de nuevo la piel de Ander, su calor, su olor, fue como volver a estar en casa.

Me sentía la mujer más feliz del mundo en esos momentos y no pude evitar que se me saltasen las lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas de alegría, de inmensa alegría.

Cuando me giré, vi que tanto mis padres como mi hermano estaban sonriendo abiertamente. Ninguno parecía extrañado de que Ander se encontrara allí, y eso me chocó.

—Ander, hijo..., qué alegría verte —le dijo mi madre al tiempo que le daba un efusivo abrazo.

—Pablo... —le dije a mi hermano en voz baja mientras él seguía saludando, esta vez a mi padre—, ¿tú sabías algo de esto?

—Puede ser —me contestó de manera evasiva.

—¿Cómo que puede ser? ¿Lo sabías o no?

—Más o menos, Vera.

—¿Y me quieres explicar por qué si tú sabías que Ander iba a venir no me lo dijiste? —le pregunté completamente atónita por su actitud.

—Porque yo se lo pedí, Vera —me susurró al oído Ander, que ya había terminado de saludar a mis padres y se encontraba justo detrás de mí—. Él no lo ha sabido hasta esta mañana, y yo quería que fuera una sorpresa para ti.

Y no tuve nada más que objetar. Porque me sentía tan feliz en aquel momento que ya todo lo demás me daba igual. Porque la sorpresa había sido como una goma de borrar que había eliminado todo lo malo de mis días anteriores.

Ander estaba allí, junto a mí, y eso era lo único que me importaba.

—Siéntate, hijo, y cuéntanos cosas... —empezó a decirle mi madre entonces—. Estuvimos muy preocupados cuando os perdisteis en la cueva. —Se le empezaron a saltar las lágrimas.

—Mamá, eso ya pasó —tercié—. Estamos los dos bien y seguro que Ander prefiere no recordarlo. Además, estará reventado del viaje y seguro que quiere irse a descansar.

Yo no tenía ganas de recordar los momentos de angustia que habíamos vivido en la cueva. De hecho, ya había comenzado a borrarlos, dejando única y exclusivamente los que a mí me

interesaban y que, por supuesto, eran los que concernían a mi relación con Ander.

Pero es que, además, en esos momentos no quería compartir a aquel hombre con nadie. Lo quería sólo para mí. Quería poder abrazarlo en condiciones, tocarlo, besarlo. Pero sobre todo quería saber qué significaba que estuviera allí. Quería saber de una vez por todas qué sentía él por mí.

Pero tuve que esperar.

Ander se acomodó en una silla y comenzó a contarles un sinfín de cosas, mostrándome a mí, así, lo afable y cercana que había llegado a ser su relación durante mi estancia en el hospital. Y eso me gustó. Que mis padres lo aceptaran de aquella manera y que él se sintiera tan a gusto con ellos era algo que en realidad me encantaba. Porque yo era una persona muy familiar y quería lo mismo en mi pareja. Así que no me quedó más remedio que compartirlo.

Sin embargo, mientras él les relataba cosas sobre nuestra estancia en Tailandia, aproveché para pedirle a Pablo que justificara la presencia de Ander allí hasta que yo les contara lo nuestro, diciendo que ellos habían cogido mucha amistad durante el voluntariado y que por eso lo habíamos invitado a pasar unos días con nosotros. Y mi querido hermano, que siempre estaba ahí para cubrirme las espaldas, así lo hizo.

Pero una vez que mis padres satisficieron por completo su curiosidad sobre nuestro paso por aquel país, necesitaba que Ander fuera mío. Así que les dije a todos, sin dejarles opción a réplica, que lo iba a acompañar a su habitación para que por fin pudiera irse a descansar.

Pero nada más lejos de las intenciones que yo llevaba.

—Ander, ¿estás muy cansado o podemos ir a pasear un rato? —le pregunté temerosa de que me dijera que prefería irse a dormir.

—La verdad es que estoy reventado —comenzó a decirme para mi desconsuelo—, pero ni por todo el oro el mundo me perdería un paseo contigo, *Fresitas*.

No lo pude evitar. Me faltó cara donde meter la enorme sonrisa que se me formó al oír sus palabras.

Así que nos encaminamos hacia la playa. Pero, antes de llegar a ella, Ander me tendió la mano, la agarré y, juntos, comenzamos a andar bajo aquella preciosa y enorme luna llena.

Tenía tantas cosas que decirle que no sabía ni por dónde empezar. Tenía tantas cosas que preguntarle que tampoco sabía por dónde comenzar.

Pero ya lo haría. Porque habría tiempo para todo y porque ahora lo único que quería era disfrutar de él, de su compañía.

Así que paseamos en silencio, acompañados únicamente por el sonido de las olas del mar y el de nuestros corazones latiendo desbocadamente.

Yo, de momento, no necesitaba nada más.

—Esto es precioso, ¿a que sí? —le pregunté.

—Lo es. Y más si es en tu compañía —me soltó él entonces al tiempo que se volvía hacia mí, me cogía la cara entre las manos y se acercaba lentamente a mi boca para darme el beso más

apasionado y abrumador que me había dado hasta la fecha—. Te he echado muchísimo de menos, Vera.

Se me saltaron las lágrimas porque mi corazón sintió un gran alivio en aquel preciso instante. Porque entonces dejó de dolerme. Porque todavía había esperanza de que todo saliera bien entre nosotros.

Y no hablamos nada más. Simplemente nos encaminamos hacia su habitación y, allí, sin pronunciar palabra alguna, nos lo dijimos todo.

Comenzó con sus húmedos besos, aquellos que me dejaban sin aliento y que mi cuerpo absorbía en forma de deseo desatado. Porque sólo él sabía besarme de esa manera tan arrasadora, tan incitadora, provocando en mí aquel calor tan sofocante, tan delirante.

Después vinieron sus cálidas caricias recorriendo todo mi cuerpo de la manera más placentera y abusiva que me había encontrado nunca. Porque yo sólo era para él. Todas y cada una de mis células le pertenecían a él y las manejaba a su antojo volviéndome loca. Loca de deseo por aquel hombre que sabía qué puntos tocar y cómo hacerlo a la perfección. Que sabía qué zonas explorar, con cuáles jugar y cuáles atrapar entre sus jugosos labios y tirar de ellas hasta hacerme desgañitar de placer.

Mi cuerpo entero vibraba ante las sensaciones que me producía. Mi cuerpo entero se sonrojaba ante el placer que me proporcionaba, cortándome el aliento.

Sus manos desvistiéndome, su boca aprisionándome, sus ojos conquistándome.

Placer absoluto, desmedido, exacerbado. Placer desbocado ante su deseo de hacerme suya.

Y después el éxtasis. La recreación. Piel con piel, célula a célula, sentimiento a sentimiento. Una y otra vez. Sin descanso, sin pausa. A veces con prisa, a veces despacio, lenta y desgarradoramente. Haciéndome perder la cabeza. Una y otra vez introduciéndose en mí, resbalando dentro de mí. Una y otra vez tocando fondo para luego salir lentamente y comenzar de nuevo su deliciosa entrada. Una y otra vez, imparable, inagotable. Embestidas cargadas de absoluto sentimiento, de absoluta necesidad. La suya y la mía. Porque yo lo necesitaba en esos momentos como una droga. Necesitaba inyectármelo, necesitaba que penetrara hasta lo más profundo de mi ser. Lo haría hasta llevarme a descubrir el mayor de los placeres, hasta que mis sacudidas le dieran el aviso.

Porque sólo él era capaz de hacerme estallar de aquella manera. Con todo mi cuerpo, con todo mi ser, con toda mi alma. Con el corazón.

Después, ambos caímos rendidos, exhaustos. Plenos.

Y así nos quedamos, dormidos hasta que la luz comenzó a entrar por la ventana, y entonces mi cerebro despertó siendo consciente de dónde estaba y la hora que era.

—¡Madre mía, Ander! Tengo que irme. Es casi la hora de irnos a la excursión y, como mis padres se enteren de que he pasado aquí la noche, me van a matar. Tú no los conoces, pero son bastante tradicionales para estas cosas. Sobre todo mi madre.

—Yo no me preocuparía por eso ahora. —Y, diciendo eso, me agarró por la cintura y me atrajo

de nuevo dejándome sentada a horcajadas sobre su cadera, frente a él—. Muchísimas felicidades, Vera —terminó de decir justo antes de darme un precioso y contundente beso en la boca.

Y después no lo pudimos evitar. El deseo entre nosotros ya no era aplazable y volvimos a sucumbir. De nuevo recorría mi cuerpo ofreciéndome el placer que necesitaba, de nuevo me besaba con vehemencia, con arrebató, después con lentitud, dulcemente. Porque sus besos eran así.

Y de nuevo exploté en sus brazos. De nuevo alcancé el *summum* del amor, sintiéndome la mujer más plena y satisfecha del mundo. Y una lágrima de felicidad rodó por mi mejilla. Porque aquél había sido el regalo más maravilloso que Ander podría haberme hecho por mi cumpleaños. Porque aquello no había sido sólo puramente físico. Aquello había sido también emocional. Puro sentimiento ofrecido, puro sentimiento aceptado.

Sin embargo, después de aquello tuvimos que vestirnos corriendo para acudir sin demorarnos demasiado al restaurante donde desayunábamos. Cuando llegamos ya estaban todos acomodados, con el café con leche en la mano y esperándonos para empezar.

—Buenos días —les dije totalmente avergonzada.

Si mis padres habían ido a buscarme a mi habitación y no me habían encontrado, y ahora encima me veían aparecer con Ander, iban a pensar que allí ocurría algo más, a pesar de la justificación que les había dado Pablo la noche anterior de que Ander estaba allí porque ellos eran amigos.

Así que cogí el café que me habían servido, una vez me hube acomodado en mi silla, y comencé a bebérmelo para, de alguna manera, no tener que mirarlos. Porque, además, mi hermano y Ander se habían levantado a coger su desayuno en el bufet y yo me había quedado a solas con ellos.

—Buenos días, cielo, y ¡muchísimas felicidades! —me dijo entonces mi madre muy efusiva, dándome dos besos. Parecía tremendamente contenta—. Has dormido bien, ¿verdad? Porque traes muy buena cara —me soltó a continuación.

Me atraganté con el café y empecé a toser sin control.

—¡Ay, cielo, no te atragantes! —me dijo consternada—. Pon atención, que estas cosas son muy peligrosas, hija. Además, lleva cuidado no te manches la ropa... Por cierto —me dijo entonces mientras me hacía un repaso de arriba abajo—, ¿no llevas la misma de ayer? —terminó por preguntar mirándome de un modo extraño.

—Ehh, sí, mamá. Es que, como nos íbamos de excursión, he pensado que seguramente volveríamos con la ropa muy sucia y que para qué manchar otra.

—Ahh... —me contestó pensativa—. Pues a lo mejor debería haber hecho yo lo mismo.

—Da igual, mamá. Así vas muy bien —le sonreí.

Al parecer, mi argumento había colado y mi integridad estaba a salvo.

—¡Muchas felicidades, hija! —Ahora era mi padre el que me felicitaba el cumpleaños al tiempo que me daba dos besos—. Por cierto, ¿qué tal es la habitación de Ander? ¿Es como la

nuestra?

—¡Papá! —le contesté a mi progenitor con absoluto estupor ante su pregunta.

—¿Qué? ¿Es que no te has fijado en ella?

Pues no, no lo había hecho. Pero ése no era el problema.

El problema era que me quería morir de la vergüenza porque estaba claro que sospechaban algo.

—Es... es bonita —le contesté sin más.

—¿El qué es bonita, Vera? —Ander y mi hermano acababan de llegar, y, lejos de echarme una mano, Pablo me había complicado más aún las cosas—. Por cierto, felicidades, hermanita.

—Gracias. Igualmente. Me refería a la habitación de Ander, que es bonita —le contesté al tiempo que lo atravesaba con la mirada—. Que la he visto cuando he ido esta mañana a despertarlo por si se le hacía tarde para la excursión.

—Ah, que has ido también esta mañana... —comenzó a decir mi padre—. Yo te preguntaba porque como anoche lo acompañaste a acomodarse en ella...

Todos me miraban con cara rara.

Mis padres, porque no les cuadraba ninguna de mis explicaciones; mi hermano, porque por lo visto andaba un poco perdido de por dónde iban los tiros, y Ander porque la versión que yo había dado no coincidía para nada con la realidad.

Sin embargo, el comentario último que había hecho mi padre me daba a entender que su pregunta sobre la habitación no tenía ninguna intención oculta. Así que me relajé. Porque, además, alguien sacó otro tema y yo me agarré a hablar de él como me hubiera agarrado a un salvavidas en medio de una tormenta en alta mar. El caso era desviar la atención de todos hacia otra cuestión diferente.

Cuando terminamos de desayunar, nos subimos al autobús que nos acercó hasta el puerto desde donde saldría el catamarán que nos llevaría a nuestro destino.

Una vez allí, comenzó la verdadera excursión.

Y todo iba bien hasta que mi madre empezó a marearse. Lo hizo hasta tal punto que tuvieron que volver a tierra y dejarla allí con mi padre hasta que nosotros volviéramos de la excursión. Lo que sería ya por la tarde. Pero a Pablo le dio cosa que se quedaran allí ellos solos, en un lugar totalmente desconocido y con un idioma tan diferente, así que decidió quedarse haciéndoles compañía hasta que nosotros regresáramos.

Y, aunque en principio me dio mucha pena que no pudieran venir, no puedo negar que después me supo genial quedarme a solas con Ander.

Porque disfrutamos muchísimo de todo lo que vimos e hicimos. Los entornos que visitamos simplemente eran espectaculares. Absolutamente increíbles.

Primero fuimos a visitar la playa por la que habíamos hecho aquella excursión, esa que salía en la película de James Bond y que mis padres por desgracia se perderían. Pero estaba atestada de gente y costaba mucho poder hacerse una foto sin que saliera algún gracioso o despistado por

detrás que te la estropeará totalmente, quitándole toda la magia. Así que Ander me cogió de la mano y me hizo subir, o casi trepar más bien, por el lateral de un montículo hasta llegar a su parte superior.

Allí no había absolutamente nadie y las vistas eran espectaculares.

—¿Cómo conocías este sitio? —le pregunté curiosa.

—La primera vez que vine aquí ocurrió lo mismo y, buscando un lugar donde estar alejados del jaleo, lo encontramos.

—Ah, ¿o sea que ya habías estado aquí antes con alguien?

Ander asintió.

—Sí, fue hace unos años.

—¿Y puedo saber con quién viniste? —le pregunté temerosa de su respuesta, porque estaba convencida, por la actitud huidiza que comenzaba a mostrar, que había sido con aquella mujer.

—¿Qué más da eso, Vera? Sólo disfrutemos del momento y de la compañía del otro. Lo demás no importa.

Y tuve que conformarme con esa respuesta, hermética y nada aclaratoria, como me pasaba siempre con él.

Y eso no ayudaba en nada a calmar mis demonios.

Sin embargo, lo dejé pasar. Porque quería disfrutar al máximo de aquella experiencia, de aquel día y de aquella excursión. Pero no pensaba olvidarme del tema. Sólo lo estaba dejando aparcado hasta que llegara el momento oportuno de aclararlo todo suficientemente como para poder iniciar una relación entre nosotros. De otra forma no podría comenzarla. Eso lo tenía muy claro.

—Venga, hagámonos aquí la foto. Éste es el mejor sitio —me dijo al tiempo que me cogía de la cintura y me atraía hacia sí para hacernos un selfi con aquella preciosa playa detrás—. Sonríe y dí: «Te quiero» —me soltó entonces en lugar de la palabra «patata», que usaba todo el mundo.

Y justo cuando fue a apretar el botón de disparo de la cámara de su móvil y ante mi emoción por las palabras que había usado para hacernos el selfi, nos miramos y él me besó inmortalizando aquel momento.

No podía creer lo que había ocurrido segundos atrás, en aquel sitio tan espectacular, y ante mi total sorpresa. Porque no me esperaba una cosa así de él.

Y mi corazón, mi alma y todas las células de mi ser lo celebraron.

Pero yo aún no me lo creía.

¿Y si no lo había entendido bien? ¿Y si sólo había sido una broma suya?

Me separé de él y me quedé mirándolo buscando una respuesta a mis dudas.

Y entonces llegó la confirmación.

—Te quiero, Vera —me repitió esta vez mirándome a los ojos con absoluta decisión.

Mi alma se inundó de emoción, mi corazón de sentimiento y mis ojos de lágrimas.

Allí, en la otra punta del planeta, ante el hombre que amaba, sentí entonces que era la mujer más dichosa del mundo.

Y si aquella mañana había sentido que Ander me había hecho el regalo más increíble de mi vida con sus caricias, ahora el regalo más maravilloso me lo había hecho con sus palabras. Con esas dos únicas palabras que había pronunciado. Con esas dos únicas palabras que para mí lo eran absolutamente todo.

Me abracé a él y luego me separé para besarlo de nuevo.

—Yo también te quiero —le dije a continuación.

Y de nuevo nos fundimos en un increíble beso.

Lo hicimos hasta que fuimos conscientes de que ya no se oía jaleo porque se había ido todo el mundo, así que salimos de allí pitando para no perder el transporte que nos llevaría de vuelta hasta la civilización.

Poco después poníamos rumbo hacia nuestro siguiente punto de la excursión.

Y aquello fue absolutamente increíble. Ya no sé si por cómo me encontraba yo, ya que más feliz no me podía sentir, o porque realmente lo que estábamos viendo era de una belleza sin igual.

Nos subimos a una canoa y el remero que llevábamos en ella nos acercó hasta una montaña surgida en medio del mar. Después estuvimos esperando un poco a que bajara la marea, y cuando lo hizo pasados unos minutos, ésta dejó al descubierto una cavidad en la pared por la que tuvimos que entrar, eso sí, totalmente tumbados en la embarcación para no golpearnos con el techo de roca que teníamos justo encima. Al principio nos pareció un poco claustrofóbica la situación, teniendo el mar debajo y la montaña sobre nuestras cabezas. Pero cuando llegamos al final del recorrido y aquella cavidad se abrió, el paisaje que nos encontramos fue totalmente espectacular.

Era un enorme agujero dentro de aquella enorme roca, abierto al cielo y plagado de naturaleza y vida. Un lugar escondido de todo y accesible a muy pocos. Un lugar para no olvidar por su singularidad.

La lástima fue cuando tuvimos que irnos de allí porque la marea estaba volviendo a subir. No podíamos demorarnos porque, si no, nos quedaríamos atrapados en aquel lugar hasta el momento en el que volviera a bajar al día siguiente.

Cuando regresamos de nuevo al catamarán, yo aún estaba impresionada por su belleza. Me había parecido el más romántico del mundo.

¡Claro que yo ese día tenía otro motivo para que todo me pareciera lo más romántico del mundo!

Cuando acabó la excursión y nos reunimos con mis padres y mi hermano, no pude esconder cómo me sentía.

—Hija, pues sí que ha tenido que ser bonito todo... —me dijo mi madre de vuelta al hotel, después de que les explicara todo lo que habíamos visto— porque vienes entusiasmada.

—Lo mejor ha sido la playa de James Bond, mamá —respondí al tiempo que dirigía mi mirada a Ander—. Ésa ha sido increíble y nunca la olvidaré.

Y no lo haría. Porque después de ella había un comienzo. Había una ilusión. Después de ella, lo había todo.

Poco después llegamos al hotel y nos dirigimos cada uno a su habitación. Esa noche habían decidido que teníamos que celebrar nuestro cumpleaños por todo lo alto. Pero es que, además, era la última noche de mis padres allí y les habíamos preparado una sorpresa. Así que, después de ponernos nuestras mejores galas, bajamos a cenar.

Durante la velada todos charlamos animadamente. Era genial ver cómo mis padres habían acogido a Ander y cómo se desenvolvía éste con ellos.

Después nos fuimos al lugar donde siempre nos amenizaban con algún espectáculo. Esa noche habíamos solicitado que tocasen una canción de Julio Iglesias. Una muy especial para mis padres porque con ella se habían conocido, con ella le había pedido mi padre matrimonio a mi madre y, con ella, habían abierto el baile de su boda. Y, por suerte, aquella orquesta la conocía, así que no pusieron problemas para interpretarla justo a la hora concreta que les pedimos.

La hora en que nosotros, puntuales como un reloj suizo, entramos en aquel salón.

Cuando la oyeron, se emocionaron como niños. Obviamente, no se lo esperaban. Los animamos entonces a salir a la pista y a disfrutar de ella como lo habían hecho en anteriores ocasiones.

Desde la mesa pudimos ver cómo sonreían de felicidad, cómo se abrazaban con cariño y cómo disfrutaban de su última noche.

—Vera, tengo que decirte algo —me soltó entonces mi hermano de golpe.

—Tú dirás.

Pablo había aprovechado un momento en el que Ander había ido al baño y estábamos solos.

—Yo me voy a ir también mañana con papá y mamá.

—¿Qué?! ¿Y eso por qué, Pablo?

—Vera, yo ya no pinto nada aquí estando Ander. Sólo sería un estorbo para vosotros y me sentiría muy incómodo. Además, me da cosa dejar a papá y mamá solos con todo el jaleo de aviones que tienen que coger. Ya he llamado para cambiar la fecha de mi billete de vuelta y no me han puesto pegas, así que mañana me marcho con ellos.

—Pero, Pablo...

—Vera, es lo mejor. Además, ya sabes que a mí el rollo playa me gusta poco y ya estoy cansado de estar aquí.

—Está bien, si es lo que quieres; pero te voy a echar mucho de menos, hermanito —le dije dándole un efusivo abrazo—. ¿Papá y mamá lo saben?

—Claro. Lo hemos estado hablando hoy mientras vosotros estabais de excursión. Para ellos ha sido un alivio, la verdad, porque no están acostumbrados a coger tanto avión y, aunque para venir lo hayan hecho solos ante la necesidad, para la vuelta preferían que yo los acompañara.

—Vale, pues nada. Si todos estáis de acuerdo, yo no tengo nada más que decir.

La verdad es que me daba pena. Porque había comenzado a disfrutar de las vacaciones en familia. Era algo que nunca habíamos hecho y al final le estaba cogiendo el gusto, así que cuando mis padres regresaron a la mesa se lo hice saber.

—El año que viene tenemos que ir a algún sitio en verano y pasar unos días de vacaciones

juntos —les dije.

—Sí, pero más cerca de casa a ser posible —me soltó muy convencida mi madre.

—No te preocupes, mamá, buscaremos algún hotel al que como mucho haya que ir en coche y que tengan lentes en su restaurante.

Nos dio por reír a todos menos a Ander, que ya había vuelto del baño, pero que obviamente no sabía de qué iba la cosa.

Poco después, cuando yo ya pensaba que nos íbamos a ir a dormir, ya que mis padres y mi hermano madrugaban bastante al día siguiente, comenzamos a oír por megafonía la canción del cumpleaños feliz. Se apagaron las luces y entonces unos camareros aparecieron con una enorme tarta coronada por el número treinta, que eran los años que cumplíamos.

Pero es que la sorpresa no quedó ahí. Junto con la tarta venía un sobre dirigido a los dos, que abrió y leyó mi hermano Pablo.

Porque sois los mejores hijos del mundo,
queremos haceros este regalo.

Y junto a la nota aparecieron dos billetes de avión, sin fecha cerrada, con destino Madrid-Bangkok, ida y vuelta.

—Sabemos lo que ha supuesto este viaje para ambos... —comenzó a decirnos mi padre— y queremos que volváis cuando podáis a ver a esos niños y a quien os haya robado el corazón —añadió mirando directamente a mi hermano—. Así que aquí tenéis estos billetes, para que los uséis cuando queráis.

Me quedé estupefacta. Jamás habría imaginado que mis padres pudieran llegar a hacernos un regalo así.

Para mí fue, de lejos, el más bonito que podrían habernos hecho.

Y me abracé a ellos. Lo hice con lágrimas en los ojos. Porque habían comprendido el valor de aquel viaje y lo que para nosotros había supuesto, así que ahora querían ayudarnos a volver.

Después, cuando mis padres se fueron a descansar, le pregunté a Pablo por algo que me había llamado la atención. Y es que, al explicarnos el porqué de su regalo, mi padre se había referido a las personas que nos habían robado aquí el corazón y había mirado directamente a mi hermano.

—¿Es que les has hablado de Malai? —le pregunté curiosa.

—Sí —me respondió sin vacilación—. Lo he hecho hoy, mientras estabais en la excursión.

—Vaya, el día ha dado para que hablarais de muchas cosas, por lo que veo.

—Pues sí, la espera se ha hecho larga y al final he pensado que ése era tan buen momento como cualquier otro para contárselo.

—¿Y cómo han reaccionado? —Sentía mucha curiosidad.

—Pues ya lo ves. Facilitándome las cosas para que pueda volver a verla cuando quiera. Les he estado enseñando fotos y les he estado explicando a qué se dedica y por qué lo hace. Y eso los ha conquistado. Sobre todo a mamá, que ya sabes lo sentida que es para todas estas cosas.

—Pues me alegro muchísimo por ti, Pablo.

Todavía no habíamos hablado de qué pensaba hacer para sobrellevar su relación con Malai, pero es que creo que ni él lo tenía claro aún. Así que ya lo hablaríamos cuando ambos estuviéramos de regreso en España. Cuando de verdad él fuera consciente de la distancia que había entre ambos.

Después de eso, Pablo también se retiró y nos quedamos solos Ander y yo.

Pero no quería que acabara aún la noche.

Quería disfrutar de mi cumpleaños, pero sobre todo quería disfrutar de su compañía.

Así que fuimos a darnos un paseo por la playa. Esa que me había conquistado el corazón, al igual que él.

—Yo también quería darte un detalle por tu cumpleaños, Vera —me anunció entonces.

Para mí ya habían sido suficiente regalo las palabras que había pronunciado en aquella playa. No necesitaba nada más.

Pero me tendió la mano con una bolsita de terciopelo en ella.

La cogí y la abrí.

En ella había diferentes pulseras y varias notas.

—Este regalo es de los chavales —comenzó a explicarme Ander—. Cada uno te ha hecho una pulsera a su gusto, porque no había manera de que se pusieran de acuerdo para hacerte una sola al gusto de todos. —Sonreí—. Y también cada uno te ha escrito un deseo.

Me puse todas las pulseras en la muñeca y comencé a leer aquellos papeles.

El primero era de Khalan. «Que la vida le traiga mucha felicidad», había escrito en él.

El siguiente era de Kanya y me deseaba que tuviera muchos hijos a los que poder darles el mismo amor que les había dado a ellos.

Me emocioné.

Después abrí el de Aroon, pero tuve que mirar a Ander buscando una explicación al deseo que aquel chiquillo me había escrito.

—Pone: «Que la fuerza la acompañe» —le dije perpleja.

Ander soltó una carcajada.

—Eso ha sido porque ayer les pusimos la película y se ve que la frase le ha impactado.

No puede evitar reírme yo también.

Después abrí la nota de Anurak. Evidentemente, en ella no había nada escrito, pero sí había dibujado un enorme corazón.

Me volví a emocionar.

Y por último abrí la nota de Sunee. Ésa fue la que más gracia me hizo, porque su deseo para mí fue que me hiciera novia de Ander, para que pudiéramos ser felices los dos.

De verdad que la sensibilidad que mostraba para algunas cosas aquella chiquilla no era normal.

—Muchas gracias por traerme sus regalos. Significan mucho para mí. La pena es no poder

agradecérselo en persona.

—Bueno, pues póngelo como una tarea pendiente que tienes —me dijo al tiempo que me guiñaba un ojo.

Pero no hacía falta que él me lo sugiriera. Cada vez estaba más convencida de que, tarde o temprano, volvería allí y vería de nuevo a aquellos chavales que tanto me habían calado.

—Vera, ahora quiero darte mi regalo —me anunció Ander, y a continuación sacó dos paquetes de su bolsillo. Primero me dio el más grande.

Lo desenvolví y pude comprobar, completamente emocionada, que se trataba de un álbum de fotos en cuya portada había una instantánea que me había hecho él el día que habíamos visitado el campamento de elefantes. Había inmortalizado el momento en el que aquella cría me había abrazado con su trompa.

Se me saltaron las lágrimas al recordar aquel instante.

Pero es que, además, el hecho de darme cuenta de que Ander había sido capaz de apreciar lo conmovedor que había resultado para mí aquel suceso me emocionó más aún.

Después lo abrí y pude comprobar que en él había un precioso resumen en imágenes de mi paso por aquel país. Ander había inmortalizado, sin haber sido yo consciente, muchísimos de los momentos que yo había vivido allí; lo que convertía aquel regalo en el mejor que me habían hecho hasta entonces en toda mi vida.

A continuación, me entregó una pequeña cajita. Dentro de ella había un precioso colgante con la imagen de Buda.

Ander lo cogió, se puso detrás de mí y, mientras me lo ponía, me explicó lo siguiente:

—No soy budista, pero sí me gustan algunos de los preceptos de su filosofía, y hay uno con el que estoy especialmente de acuerdo que dice que el amor de una persona hacia otra es inagotable —terminó de decirme al tiempo que volvía a ponerse frente a mí, me miraba con intensidad y a continuación me daba un tierno beso en la boca—. Yo creo firmemente en él, Vera.

Mi corazón latió con completa y absoluta felicidad.

Ese Buda me recordaría siempre aquel viaje y lo que había supuesto para mí. Pero sobre todo me recordaría la relación tan especial que había tenido con aquel hombre, que no dejaba de sorprenderme.

Después continuamos paseando cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que me decidí a hablar y preguntarle algo que me preocupaba verdaderamente.

—Ander, necesito saber algo antes de poder continuar.

—¿A qué te refieres, Vera?

—Mira, sé que nunca has querido hablar de ello..., pero yo necesito respuestas. —Él resopló entonces. Ya sabía en qué tema quería ahondar y obviamente no le hacía ninguna gracia.

—¿Es que no es suficiente para ti que te haya dicho que te quiero, Vera? ¿No te vale con eso?

Estaba claramente molesto.

—Lo siento, pero no lo es —dije en voz baja, temerosa de su reacción. Pero a continuación

cogí aire y volví a hablar con convencimiento—: Ander, yo necesito saber que realmente has olvidado a esa mujer para que podamos comenzar algo juntos. No quiero tener que luchar contra fantasmas. No sería capaz.

—Vera —repuso cogiéndome la cara entre las manos y mirándome intensamente—, no tienes que luchar contra nada, ¿de acuerdo? Somos sólo tú y yo. No hay nadie más. Te he echado muchísimo de menos los días que no hemos estado juntos y no me imagino una vida sin ti. Sin estar a tu lado. Te necesito junto a mí para siempre. Te quiero, Vera, y espero que para ti esto sea suficiente.

Y lo era. Por fin lo era.

Pero no porque me lo hubieran dicho sus palabras, sino porque me lo habían declarado sus ojos.

Entonces lo besé. Lo hice y le dije lo que yo lo amaba también.

Y tuvimos que irnos al amparo de su habitación para fundirnos de nuevo en uno. Sin medida, sin control. Con auténtica devoción. Porque me sentía más cerca que nunca de él. Porque aquel hombre me tendría para siempre. Porque aquel hombre sería mío para toda la vida.

Al día siguiente, cuando amanecí y recordé las palabras de Ander de la noche anterior, mi corazón se desbocó. Porque ésa era la reacción que provocaba aquel hombre en mí. Daba sentido al latir de mi corazón, poniéndolo a mil.

Me sentía tremendamente feliz.

Y así transcurrieron el resto de los días que estuvimos allí. Parecíamos dos recién casados en su luna de miel.

La última mañana que íbamos a estar en Phuket me desperté y palpé el lado de la cama de Ander, pero no estaba allí. Ya me había parecido raro no haber amanecido con él completamente abrazado a mí.

Sin embargo, sobre su almohada había una nota:

He bajado a dar un paseo por la playa.

Así que decidí ir a buscarlo. Después iríamos a desayunar como hacíamos siempre.

Pero en ese momento sonó el teléfono de la habitación y lo cogí.

—*Fresitas*, soy yo. Espero no haberte despertado.

—No, no te preocupes. Precisamente acababa de ver tu nota e iba a buscarte.

—Genial, ¿puedes bajarme las gafas de sol entonces? Las tengo en el bolsillo interior de mi chaqueta. Esa que llevaba anoche.

—Vale. Las cojo, me visto y bajo. Te veo en recepción.

Y colgué.

Me fui a lavarme la cara y los dientes, después me peiné y luego me vestí.

A continuación fui a buscar sus gafas.

Me había dicho que las tenía dentro del bolsillo interior de su chaqueta, pero no me pareció

que estuvieran allí cuando lo palpé, así que metí la mano hasta el fondo de él para asegurarme.

Fue entonces cuando me encontré con un papel y una cajita de joyería.

Me puse a temblar por lo que podía implicar aquello y pensé que a lo mejor era una sorpresa que quería darme Ander. Sin embargo, y aún a riesgo de estropear la sorpresa, mi condición de mujer curiosa me empujó a leer la nota. Estaba escrita a mano por él.

¿Por qué te fuiste?

¿Por qué me abandonaste de esa manera tan cruel?

Darí­a mi vida por poder recuperarte.

Pero quiero que sepas que las ganas que tengo de compartir mi vida contigo son más grandes que la distancia que has puesto entre nosotros.

Por eso voy a luchar hasta quedarme sin aliento.

Recorreré de nuevo el camino hasta llegar a ti.

Porque mi lugar preferido en el mundo eres tú.

Déjame volver a ser. Déjame volver a quererte.

Regresa a mí.

Caí al suelo de rodillas. Aquellas palabras eran un mazazo directo al corazón. Porque la fecha de la nota era de tan sólo unos días atrás. Aún seguía queriendo a esa mujer. Aún seguía teniéndola muy presente. Hasta tal punto que deseaba por encima de todo volver con ella.

De hecho, las tres últimas palabras eran las mismas que había escrito en el árbol de los deseos del Templo Blanco.

Apenas si podía respirar. Me estaba ahogando con el nudo de mi garganta mientras las lágrimas brotaban de mis ojos sin control.

Y aún me quedaba lo peor. Lo que había en el interior de la caja.

La abrí y, con absoluta impotencia, pude comprobar que se trataba de dos alianzas. Una de hombre y otra de mujer. Cogí primero la más pequeña y miré en su interior.

El nombre de Ander aparecía junto a una fecha.

Después cogí la más grande.

Pero no me dio tiempo a ver qué ponía en ella, porque él entró en ese momento en la habitación y de un manotazo la tiró al suelo. Después me arrebató la nota.

Estaba visiblemente alterado.

Me puse en pie y me alejé de él. Entonces el pánico acudió a sus ojos.

—Vera... —me dijo titubeante intentando acercarse a mí.

Pero yo levanté las manos para que no se aproximara y sobre todo para que no continuara hablando. Porque no quería ninguna explicación suya. Ya no.

Sin embargo, él intentó hablar de nuevo, pero antes de que pudiera hacerlo unas irrefrenables palabras salieron de mi boca.

—¡Dime que no amas a esa mujer! —le dije aún consternada por la nota que acababa de leer—.
— ¡Dime que te has olvidado de ella!

—Vera, yo... —comenzó a decir agachando la cabeza—. No sé por dónde empezar..., necesito

tiempo.

Pero yo ya no podía concedérselo. No podía concederle más de mí. Porque ya no confiaba en él.

—Vera, sé que ahora mismo no lo entiendes, pero...

—¡Pero ¿qué?! —le espeté fuera de mí—. ¿Qué me vas a decir a continuación? ¿Que sigues completamente enamorado de ella pero que también lo estás de mí? ¿Es eso, Ander?

Su mirada me lo dijo todo. No necesité que me confirmara nada.

Y entonces decidí marcharme.

Salí corriendo de allí.

Ander me siguió. Me gritaba para que me parara.

Pero no lo hice. Me subí a un taxi y me alejé de aquel lugar.

Me alejé de él para siempre.

Capítulo 31

Regresaba a casa y lo hacía sola.

De camino al aeropuerto, en aquel taxi que había cogido para escapar de Ander, había conseguido que me adelantaran el vuelo y me metieran en el primero que salía hacia España.

Y allí me encontraba, esperando embarcar cuanto antes.

Me sentía absolutamente rota. Devastada.

Las lágrimas recorrían caprichosas mi cara. Porque no las podía evitar. Porque eran la única manera que tenía de mitigar el dolor que sentía.

Una mujer se me acercó y me dio un paquete de pañuelos. No había podido disimular cómo me sentía. Me había sido completamente imposible.

Cogí los pañuelos que me ofrecía. Me iban a hacer falta.

Pero aquella mujer entendió que, antes que nada, yo necesitaba vaciarme entera. Todavía no estaba lista para hablar con nadie. No estaba aún preparada para contar lo que me había pasado ni cómo me sentía. Así que se acomodó cinco sillas más allá. Lo suficientemente lejos para dejarme espacio, pero lo suficientemente cerca como para acudir a mí si la necesitaba.

Y, aunque no fui capaz de decírselo, se lo agradecí inmensamente. Porque me encontraba en un país extraño, a miles de kilómetros de mi casa y completamente sola.

Cerré los ojos y traté de no pensar en nada. Pero eso no evitaba el dolor que sentía. Porque no pensar no era garantía de dejar de sentir.

Y, con los ojos cerrados, continué llorando.

Lo hice hasta que alguien me tocó en el hombro y me obligó a abrirlos.

Aquella mujer me estaba hablando y tuve que salir de mi ensimismamiento para poder escucharla.

—Ya podemos embarcar —me anunció amablemente.

Me levanté de allí ante su atenta mirada y me puse a la cola. Ella se situó justo detrás de mí.

La fila fue avanzando lentamente, cosa que me desesperó, porque necesitaba que aquel vuelo despegara y me llevara cuanto antes a mi casa. El lugar donde yo necesitaba estar en aquellos momentos.

Pero, por suerte, poco tiempo después habíamos avanzado lo suficiente y ya me faltaba muy poco para embarcar.

Tan sólo cuatro personas había por delante de mí cuando oí pronunciar mi nombre.

Me volví instintivamente.

No me lo podía creer.

Ander venía andando con paso ligero y decidido hacia donde yo me encontraba.

Miré a la mujer que estaba detrás de mí, la que me había dado los pañuelos, y con una sola mirada mía entendió lo que yo necesitaba.

Se dirigió hacia Ander y se plantó delante de él para no dejarlo pasar, momento que aproveché para salir corriendo, ir hasta las azafatas que estaban recogiendo los billetes y pedirles que me dejaran embarcar cuanto antes.

—Vera... —Ander me gritaba desesperado—. Señora, ¿qué hace? Por favor, quítese de en medio. Vera, espera... Vera.

Y, por la razón que fuera, nadie de la cola protestó, así que aquellas amables azafatas revisaron rápidamente mi documentación y, acto seguido, me dieron el visto bueno para embarcar.

—Vera, espera —me gritó esta vez Ander más alto y con más desesperación aún—. Tienes que escucharme. Vera, por favor..., espera... Vera...

Su voz ahora sonaba completamente desgarrada.

Pero no me detuve.

Corrí hasta el final de la pasarela de embarque y, una vez dentro del avión, busqué mi asiento. Me senté en él y quise que despegáramos cuanto antes. Cerré los ojos como si así mi deseo pudiera convertirse en realidad.

Pero los tuve que abrir, porque alguien me tocó de nuevo en el hombro.

Aquella mujer me miraba preocupada.

—Me han dicho las azafatas que este sitio está libre —me dijo señalando justo el que había a mi lado—, ¿te importa que me siente en él? Creo que te vendrá bien tener compañía —terminó por decirme mientras me miraba por encima de las gafas.

Simplemente asentí. Porque, a pesar de que no me apetecía hablar con nadie, esa mujer me había echado una mano cuando más lo había necesitado, y no sabía hasta qué punto podría volver a requerirla.

Después deseé poder dormirme para que el vuelo se me hiciera más corto.

Y lo conseguí. Estaba tan exhausta que no me desperté hasta aterrizar en Abu Dabi.

Me volví hacia la izquierda y me encontré con la atenta mirada de aquella señora.

—¿Te encuentras ya más tranquila? —me preguntó entonces.

—Algo —conseguí decirle.

—Mira, no quiero agobiarte, pero mientras hacemos escala aquí voy a ir a comer. Si quieres podemos ir juntas y así tú también podrías tomar algo. No te vendrá mal. —Dudé unos instantes, así que la mujer continuó hablando para terminar de convencerme—: Prometo no meterme donde no me llaman —me dijo a continuación—. Sólo hablaremos de lo que tú quieras, si es que te apetece hablar. ¿Te parece?

No le contesté, pero me levanté y la seguí.

Y agradecí haberlo hecho, porque aquel aeropuerto era un caos y comencé a agobiarme.

—Mira, aquí hacen una especie de kebabs muy ricos. Siempre que paso por aquí me como uno,

¿te apetece?

Realmente me daba igual dónde comiéramos. No tenía hambre. Pero no quería separarme de aquella mujer, así que de nuevo la seguí.

Nos acomodamos en una mesa y ella se encargó de pedir por mí.

Apenas probé la comida, pero me sentó bien estar con alguien. La mujer me estuvo contando muchas cosas, entre otras, a qué se dedicaba. Resulta que también venía de hacer un voluntariado en Tailandia. Lo hacía, año tras año, desde hacía más de veinte. Por eso conocía tan bien aquel aeropuerto.

Pero su voluntariado era diferente del que yo había hecho. Ella se dedicaba a apoyar y proteger a mujeres maltratadas. Por eso había salido en mi defensa de aquella manera cuando Ander había intentado acercarse a mí en el aeropuerto.

Y entonces fui consciente de lo que ella había interpretado de la situación.

—Pero Ander no quería hacerme daño —le dije entonces para aclararle el porqué de su comportamiento. Podría haberme hecho daño emocionalmente, pero jamás me lo haría ni física ni psicológicamente. De eso estaba completamente segura—. Él sólo quería hablar conmigo.

Se me saltaron las lágrimas, pero aun así quise seguir hablando. Quise contarle qué había ocurrido entre nosotros.

Y ella me escuchó atentamente.

—Pero entonces ¿él nunca te dijo que había estado casado? —me preguntó la señora al terminar de escuchar mi historia.

Negué con la cabeza, porque no pude contestar. Porque, de todo lo que había pasado, ésa era una de las cosas que más me habían dolido.

—¿Y crees que aún lo está? ¿Crees que aún continúa casado con esa mujer?

Cogí aire para poder responderle.

—No lo sé. Pero, sea como sea, aún la quiere. Y, lo que es peor —terminé de decirle con la voz rota—, aún tiene esperanzas de volver con ella.

Ella no supo qué más decirme. Porque no había consuelo alguno para mí. Así que simplemente me cogió la mano, me la apretó y se mantuvo en silencio.

Después volvimos a embarcar, esta vez, ya sí, con destino directo a casa.

No volvimos a hablar en todo el vuelo. Yo no quise hacerlo. No podía.

Pero al bajar del avión aquella señora me dio una tarjeta suya y me dijo que la llamara cuando necesitara hablar con alguien.

—A veces es más fácil desahogarse con un desconocido —me dijo mientras me daba dos besos—. Me alegro de haberte conocido, y espero que pronto puedas olvidar.

Y así lo esperaba yo también. Pero sabía que aquello no iba a ser posible. Porque aquel dolor que sentía me acompañaría durante muchísimo tiempo.

Poco después estaba llegando por fin a mi hogar.

Ese que me había visto salir con ilusión y con ganas de vivir experiencias nuevas. El mismo

que ahora me vería llegar destrozada, vacía y sin esperanzas.

Cuando cerré la puerta tras de mí, me derrumbé por completo. Se me había venido el mundo encima.

No sé cuánto tiempo estuve llorando en la entrada, sentada en el suelo, a oscuras.

Lo hice hasta que el timbre me sacó de mi estado.

—Vera... —Pablo estaba aporreando la puerta—. Vera, abre. Sé que estás ahí. Me lo ha dicho el portero. Ábreme.

Me levanté como pude y me acerqué hasta la puerta. Intenté limpiarme las lágrimas y después le abrí.

—¿Qué haces tú aquí? —atiné a preguntarle.

—¿Eso no debería tener que preguntártelo yo a ti, hermanita? Porque, que yo sepa, tú no deberías haber vuelto de Tailandia hasta pasado mañana, pero resulta que aquí estás. Eso sí, sin avisar a nadie.

Pablo estaba muy cabreado y yo no entendía por qué. Mi cabeza no era capaz de procesar ninguna información.

—¿Y cómo has sabido que había vuelto? —le pregunté para intentar entender.

—Me lo ha dicho Ander —me contestó—. Menos mal que él tiene dos dedos de frente, no como tú. ¿Tú eres consciente de lo preocupados que estábamos por ti?

—¿Preocupados?

—Sí, Vera. Ander y yo, porque, por supuesto, a papá y a mamá no les he dicho nada para que estuvieran tranquilos. —Pablo caminaba de un lado a otro del pasillo—. Voy a llamar a Ander.

—¿Para qué? —le pregunté horrorizada.

—Pues para que sepa que te encuentras bien, Vera. ¿Tú sabes lo mal que lo está pasando?

—¿Que él lo está pasando mal?! ¿En serio me estás diciendo eso? —le grité desesperada ante su actitud.

—Joder, Vera. Intentó seguirte. Intentó sacar un billete para tu mismo vuelo, pero ya no quedaban plazas.

—Ah, y como hizo eso, ¿yo ya tengo que perdonarlo? —Estaba atónita—. Por cierto, ¿te ha dicho por qué salí así de allí? ¿Ha tenido las narices de contártelo? No, ¿verdad?... Eso no te lo ha contado, ¿a que no?

—Vera, Ander me lo ha contado todo. Sé lo de la nota que encontraste y los anillos.

No daba crédito.

—¿Y aun así te importa cómo esté él? —No salía de mi asombro—. Pero ¿tú de quién eres hermano, Pablo?

Fue a contestarme, pero en ese momento le entró una llamada en el móvil.

—Es Ander. Voy a hablar con él y, cuando vuelva, espero que podamos conversar tranquilamente, Vera —me dijo al tiempo que salía por la puerta de mi apartamento.

De verdad que no entendía nada. La actitud de mi hermano me estaba molestando sobremanera.

Sin embargo, esperé a que terminara de hablar con Ander. Porque necesitaba que me aclarara a qué demonios se debía su comportamiento, a todas luces desquiciante para mí.

—Ya está, ya he hablado con él —me dijo cuando volvió a entrar—. Va a coger un vuelo esta noche y mañana por la tarde estará aquí.

—¿Y se puede saber para qué viene?

—¡Pues creo que es evidente! Tendréis que hablar, Vera.

—Pues ya lo estás llamando y diciéndole que se ahorre el dinero del billete, porque no pienso hablar con él. En la vida.

Pablo se pellizcó el puente de la nariz y cogió aire antes de volver a hablar.

—A ver, Vera, yo no voy a decirle nada de tu parte. Lo mismo que no te voy a decir a ti nada de la suya. Las cosas las tenéis que arreglar vosotros.

—Pablo, hermanito, a ver cómo te lo explico para que lo entiendas y se lo hagas saber a tu nuevo mejor amigo. No voy a hablar con Ander. Nunca. Es más, no tengo nada que arreglar con él. Me ha engañado y eso no se lo perdonaré en la vida, así que dile que no se moleste en venir porque no pienso abrirle la puerta. No pienso escucharlo, ¿me oyes? —le dije ya gritando—. Ese maldito patán ya está fuera de mi vida y jamás volverá a entrar en ella, ¿te ha quedado claro?... Pues díselo y que le quede a él también.

Pablo volvió a suspirar.

—Vera, no te enfades conmigo, por favor —me pidió mirándome directamente a los ojos—. Sé que estás dolida y es totalmente lógico. Yo en tu situación estaría igual. Pero aun así te voy a pedir una cosa. Escucha lo que Ander tiene que decirte. —Fui a replicarle, pero no me dejó—. Dale la oportunidad de explicarse y, si después consideras que él debe salir de tu vida, adelante. Yo te apoyaré en lo que decidas.

No pensaba hacerlo, no pensaba escucharlo. Pero no quería seguir discutiendo con mi hermano, así que me callé dándole a entender que haría algo que definitivamente no haría.

Esa noche, cuando Pablo se fue, me sentí más sola que nunca. Volví a derrumbarme. Y volví a llorar. Hasta que caí exhausta y me dormí.

La fiesta.

La gente baila. Todos nos divertimos.

Pero nos vamos a casa.

Es tarde.

Noche cerrada.

La música.

Esa horrible música taladrando mis oídos.

No la puedo soportar.

Los dos hombres.

No, no, no.

No puede ser.

Dolor, miedo. Desesperación.

Me dejo ir. Así es mejor.

Blanco.

Después negro.

Oscuridad total.

Por fin paz.

Me desperté nuevamente sobresaltada. Sólo que esta vez me encontraba en mi cama, en mi apartamento.

Me abracé a la almohada intentando calmar mi cuerpo porque me había despertado temblando como una niña pequeña. Aún sentía el pánico dentro de mí, por lo que quise borrar de inmediato de mi cabeza aquella dichosa pesadilla.

Pero ya no me pude dormir y mi mente comenzó a pensar mil cosas, entre ellas llamar a la Seguridad Social a la mañana siguiente para solicitar un cambio de médico. Pediría que trasladaran mi expediente a otro especialista que pudiera ayudarme con el tema de las pesadillas. Una segunda opinión me vendría bien, además de que así evitaría tener que volver a ver a Ander.

Y eso fue lo primero que hice nada más levantarme. Antes incluso de desayunar.

El problema fue cuando me preguntaron la razón por la que pedía aquel cambio, porque, por lo visto, si no se encontraba dentro de una lista de motivos permitidos por ellos, como un cambio de domicilio por ejemplo, no podría solicitarlo.

Así que colgué. Porque haberte liado con tu médico y que después te hayas enterado de que estaba casado con otra a la que aún estaba intentando recuperar no creo que fuera uno de los motivos de esa dichosa lista.

No empezaba bien el día para mí, pero a pesar de ello procuré no venirme abajo, porque siempre podría buscar un neuropsicólogo por lo privado y zanjar así la cuestión.

Y es que en realidad se trataba de eso. De ir poniendo remedio a los problemas sin ahogarme en ellos. Ésa tenía que ser mi actitud si quería sobrevivir a la situación en la que me encontraba.

Así que por eso mismo decidí que sería buena idea pasarme por la oficina y hacerle saber a mi jefe que ya estaba de vuelta y lista para empezar a trabajar. Por lo que, después de desayunar y de arreglarme concienzudamente, me fui para allá.

Sin embargo, cuando llegué no me encontré lo que esperaba. Porque después de tanto tiempo lo más lógico es que tuviera ganas de volver y ponerme al día con las campañas publicitarias que había en marcha. Pero nada más lejos de la realidad. Porque el simple hecho de entrar en aquel edificio ya me deprimió, pero es que ver a todo el mundo correr, gritar y enfadarse no ayudó mucho a la sensación de ahogo que comencé a sentir. Porque allí todo el mundo estaba cansado, cabreado o estresado, y entonces no pude evitar que me viniera a la mente Tailandia, el poblado,

la escuela, mis niños. Porque allí había apreciado que mi labor era útil, que tenía sentido. Pero no sólo para aquellos chiquillos, sino también para mí.

Entonces la sensación de vacío volvió de nuevo.

Y me tuve que ir de aquel edificio porque en ese preciso momento comprendí que no era allí donde quería estar.

Volví a casa angustiada. Porque todo mi mundo se estaba desmoronando por momentos.

—Pablo, necesito verte. Necesito que vengas —le dije en cuanto descolgó el teléfono.

Y a la hora de la comida apareció.

—Perdona, Vera, pero no he podido venir antes. Me has pillado en una reunión importante — me explicó conforme entraba por la puerta, se quitaba con ansia la corbata y la lanzaba al sofá.

—¿Es que has vuelto al trabajo ya?

—Más o menos. —Me quedé mirándolo esperando que me aclarara esa ambigua contestación—. Digamos que he vuelto para decirles que me voy.

—Pero, Pablo, no puedes dejar tu puesto así como así.

—Y no lo voy a hacer, Vera. Simplemente he solicitado un traslado.

—¿Un traslado?... ¿Adónde? —Me estaba empezando a temer lo peor.

—A Tailandia. Mi empresa tiene relaciones comerciales con proveedores de todo el sureste asiático, así que he solicitado poder realizar mi trabajo directamente desde allí.

Me había quedado en *shock*.

No podía perder a mi hermano. Sin embargo, si se iba a trabajar a la otra punta del mundo, sería lo que ocurriría, porque se establecería allí y no volvería más.

—Pablo, no puedes irte..., me haces mucha falta. —Comencé a llorar—. No puedo estar sin ti, y menos en estos momentos.

—Lo sé, Vera. Por eso he pedido que el traslado no sea ahora mismo, sino dentro de un par de meses. Así tendré tiempo de organizarlo todo bien. Pero, sobre todo, así tendré tiempo para preparar a papá y mamá y también a ti. Sé lo duro que va a ser para todos, incluso para mí. Sin embargo, tengo que hacerlo, Vera. Tengo que hacerlo si quiero ser realmente feliz.

Aquello no podía estar pasando. Toda mi vida se había ido al traste.

Todo se estaba desmoronando como un castillo de naipes en un vendaval.

—Bueno, ¿por qué querías verme? —me preguntó entonces ante mi estupor.

—Porque... porque he ido a mi trabajo —le respondí sin más, aún consternada por la decisión que él había tomado.

—Y no te ha gustado cómo te has sentido..., ¿verdad?

Lo miré estupefacta. Porque eso había sido justamente lo que me había ocurrido.

—Pero ¿por qué, Pablo? —le pregunté, confirmándole así que efectivamente no me había gustado la sensación que había tenido.

—Porque está claro que ése no es tu lugar.

—Pero lo era antes de irme a Tailandia —repliqué.

—Eso creías, hasta que has hecho algo que te ha llenado más, Vera; algo que te ha hecho sentirte feliz. Y por eso ahora eres consciente de que lo anterior tan sólo era un espejismo.

Pablo llevaba razón, aunque me costara admitirlo. Porque hacerlo suponía darme cuenta de que mi vida, tal y como era antes, ahora ya no tenía sentido para mí y no podría continuar con ella. Porque ya no me llenaría. Y ahora que lo sabía tendría que lidiar con eso y con todo lo demás. Y no iba a ser nada fácil. En absoluto.

—¿Y ahora qué hago yo con mi vida, Pablo?

—Lo siento mucho, hermanita, pero con eso no puedo ayudarte. La respuesta a esa pregunta la tienes que averiguar tú sola —me dijo al tiempo que me daba un beso en la frente y cogía su corbata del sofá—. Me tengo que ir.

—¿No te quedas a comer?

—No puedo, he quedado —me soltó de una manera que me hizo querer saber con quién se iba, así que me quedé mirándolo fijamente, esperando que me lo aclarara—. Voy a ver a Andrea —terminó de decirme, dejándome absolutamente perpleja.

—¿A Andrea? ¿En serio?

—Sí, hermanita. Voy a explicarle cuatro cosas. Las cuatro que nunca me atreví a decirle.

—Eso, y restriégale por la cara lo feliz que eres ahora.

Pablo sonrió.

—No te voy a decir que no me quedo con las ganas de hacerlo, Vera, pero no soy tan malo. Sólo quiero que comprenda cómo me hizo sentir y lo mal que lo pasé porque creo que debe saberlo. Pero ya está.

Ése era mi hermano. Más noble y buena gente, imposible.

—Bueno, pues ya me encargaré yo de que le llegue a sus oídos lo feliz que eres y la suerte que tienes de tener a tu lado a la pedazo de mujer que es Malai —le solté.

Porque yo no era tan buena gente como él para esas cosas.

El caso es que tuve que comer sola y eso no me ayudó en nada a mejorar mi estado de ánimo.

Porque la soledad de mi apartamento me ahogaba. Pero es que la soledad de mi corazón me asfixiaba y no podía respirar.

Así que decidí ponerme ropa de deporte e irme a la calle. Necesitaba oxigenarme. Necesitaba actividad. Una que me hiciera sentirme exhausta para así no pensar.

Por lo que, una vez en el parque que había frente a mi casa, me metí el móvil en el bolsillo, conecté los cascos y comencé a correr.

Sin embargo, cuando llevaba cinco minutos en marcha, la música dejó de reproducirse y entró una llamada. Instintivamente, descolgué.

—¿Sí? —dije jadeante por el ejercicio.

—¿Vera? —Me quedé paralizada. Era la voz de Ander—. Vera, ¿dónde estás? Estoy en la puerta de tu casa. Tenemos que hablar.

Colgué.

Volvió a sonar, pero esta vez no lo cogí.

Recordé entonces que me había dicho mi hermano que Ander llegaría esa tarde. Pero ¿cómo demonios sabía él dónde vivía yo? Y ¿cómo había conseguido mi número de teléfono?

Evidentemente, o esa información se la había proporcionado mi hermano, o la había sacado de mi historial.

En cualquier caso, tenía un problema. Porque a ver qué hacía yo ahora teniendo a Ander en la puerta de mi casa.

El móvil volvió a sonar. Y volví a colgar.

Ya se cansaría.

Entonces me entró un mensaje:

Vera, tienes que escucharme.

Lo borré de la rabia. Porque no quería saber nada de aquel hombre.

Y volvió a sonar otra llamada.

Colgué otra vez.

Entonces me entró un nuevo mensaje.

No pienso moverme de aquí hasta que hable contigo, Vera.

Y otro más.

No voy a parar hasta que escuches lo que tengo que decirte.

Y hasta ahí llegó mi paciencia. Apagué el móvil y salí corriendo.

Lo estuve haciendo hasta que mi cuerpo, completamente exhausto, se rindió.

Había corrido durante casi una hora y me encontraba bastante lejos de casa. Así que decidí que ya era el momento de volver. Ander ya se habría cansado y se habría ido.

Pero cuando ya casi estaba llegando me fijé en que había alguien sentado en el portal. Era él. No me lo podía creer. Aquel patán seguía allí.

Pensé entonces qué podía hacer y decidí encender el móvil para llamar a mi padre y que viniera a por mí.

Había ocho llamadas perdidas y seis mensajes más sin leer. Todo de Ander.

—Papá, necesito que vengas a recogerme a mi casa. Bueno, a mi casa no, a la calle de atrás mejor.

—Pero ¿es que ya estás en España, hija?

—Sí, vine ayer. Me adelantaron el vuelo.

—¡Anda! No nos ha dicho nada tu hermano. ¿Él lo sabía?

—No, papá. Ha sido una cosa inesperada. ¿Puedes venir a por mí entonces?

—Sí, claro, hija. Pero ¿y tu coche?... ¿Es que no te arranca?

Sí que arrancaba. El problema es que estaba en el garaje y, para cogerlo, tenía que entrar por el

portal. Así que esa opción no era viable.

—Es que no tiene batería —le mentí—. Se ve que después de tantos días sin usarlo se le ha acabado.

—Ah, bueno, pues me llevo las pinzas y trato de arrancarlo.

—No, papá, hoy no. Mañana, ya si eso, lo intentamos. Hoy es que estoy muy cansada por el viaje y todo.

—Vale, bueno. Pues dentro de quince minutos estoy allí.

—Recógeme en la calle de atrás, papá. Acuérdate.

Porque sólo faltaba que Ander lo viera y lo usara para llegar hasta mí.

Pero por suerte eso no ocurrió y, media hora después, estaba instalándome en casa de mis padres.

—¿Y dices que saliste a correr y te dejaste las llaves dentro? —me preguntó entonces mi madre.

—Sí, mamá.

—¿Y por qué no has llamado a tu hermano para que te llevara las llaves que él tiene de repuesto de tu casa?

—¡Pues porque no lo he pensado, mamá! —Mi madre me estaba empezando a poner de los nervios. Como siempre.

—Pues voy a llamarlo yo para que te las traiga y puedas irte.

—¡No, mamá! No le molestes a estas horas. Mira, esta noche me quedo a dormir aquí con vosotros y ya mañana que me las acerque, ¿vale?

Mi madre me miraba con cara rara.

—¿Y dices que el vuelo te lo adelantaron? —me preguntó entonces con los ojos entornados. Definitivamente sospechaba que algo pasaba.

—Uy, mamá, me está sonando el teléfono —le dije para que me dejara tranquila aprovechando que Pablo me estaba llamando—. Me voy a la calle para tener mejor cobertura.

—¿Se puede saber dónde demonios estás? —me preguntó a bocajarro mi hermano nada más descolgar.

—En casa de papá y mamá, ¿por qué?

—Joder, Vera. Porque Ander lleva muchas horas esperándote en la puerta de tu casa, y mira la hora de la noche que es y nos has aparecido todavía por aquí.

—Ni lo pienso hacer —le contesté muy ofuscada—. Dile a ese imbécil que esto empieza a rayar el acoso y que, como no me deje tranquila, lo voy a denunciar a la policía. —Se oyó un ruido raro en la línea—. Pablo, ¿estás ahí?

—Vera, no me cuelgues. Soy Ander. Necesito que me escuches. Hay una explicación para lo que leíste y necesito que...

Obviamente, colgué.

Pero ¿qué le pasaba a mi hermano? ¿Le había sorbido el cerebro el patán ese o qué?

Estaba que trinaba, así que, en contra de todo raciocinio, le di al botón de devolver la última llamada.

—Vera, menos mal que has entrado en razón...

—¡Ander, dile a mi hermano que se ponga! —le exigí.

—Pero, Vera, tenemos que hablar...

—¡Dile a mi hermano que se ponga o cuelgo ahora mismo! —le grité, ya esta vez fuera de mí.

—Está bien —oí que me contestaba tras un suspiro.

A continuación se oyó un ruido en la línea.

—Soy Pablo, dime...

—Como se le ocurra al imbécil ese presentarse en casa de papá y mamá, ¡te juro que arde Troya! Y arde contigo dentro —le grité totalmente fuera de mí—. Pero ¿cómo puedes ponerte de su parte, joder?! No lo entiendo, Pablo. —Acababa de romperme. La tensión me había pasado factura y había comenzado a llorar de la frustración que sentía—. No lo entiendo...

—Vera, tranquilízate, ¿vale? Mira, lo siento mucho. Siento todo lo que está pasando, pero vamos a hacer una cosa... Le voy a pedir a Ander que se vaya a su casa. Después iré a por ti, te traeré a la tuya y hablaremos tranquilamente los dos, ¿de acuerdo?

Me sentía frustrada, cansada y, por ende, abatida. Porque ni mi cuerpo ni mi mente, ni mucho menos mi corazón, daban ya para más. Así que accedí. Porque tampoco quería que me vieran mis padres en el estado en el que me encontraba y porque confiaba en que Pablo cumpliría su palabra de alejar a Ander de mí.

Y no me defraudó.

Llegamos a mi casa, abrió la puerta con su llave y a continuación la dejó sobre la mesita de la entrada. Después nos sentamos en el sofá del salón y comenzó a hablar.

—Vera..., yo no sé por dónde empezar... —Hizo una breve pausa y después continuó—: Sé que Ander te ha hecho mucho daño y sé que ahora mismo no quieres hablar con él, pero... —Pablo agachó la cabeza, pensó lo que iba a decir a continuación, cogió aire y siguió hablando— ambos estáis destrozados y yo sólo quiero ayudaros.

Yo también cogí aire e intenté serenarme.

—Mira, si quieres ayudar, mejor respeta mi decisión de no querer volver a verlo. Te lo pido por favor. Porque no me gustaría que por culpa de esta situación nos llegásemos a enfadar tú y yo.

—Está bien, Vera. Supongo que estás completamente segura de lo que haces, ¿verdad?

—Sí, lo estoy.

—Y también entiendo que no hay manera de convencerte de que cambies de opinión, ¿me equivoco?

—No, Pablo. No te equivocas.

—Está bien, hermanita. Si eso es lo que quieres, a partir de ahora me mantendré completamente al margen.

—Eso es lo que quiero y lo que necesito —le contesté muy segura.

Habíamos llegado a un acuerdo y sabía que mi hermano lo respetaría.

Y eso me tranquilizó.

Pero mi calma duró poco tiempo. Porque poco después de marcharse Pablo, comenzó a sonarme el móvil de nuevo.

Era Ander otra vez.

Busqué en internet cómo se podía bloquear un número de teléfono y lo hice.

Ya no me entrarían más llamadas ni más mensajes de él.

Lo había borrado de mi móvil y de mi vida. Para siempre.

Y rompí a llorar de nuevo. Por enésima vez desde que había vuelto de Tailandia.

Lo hice hasta que caí exhausta. Como me ocurría últimamente.

Y esa noche volví a sufrir otra vez las terribles pesadillas. Esta vez, más vívidas, más reales y más atormentadoras. Me desperté gritando y más asustada que nunca. Me costó mucho volver a dormirme.

Al día siguiente amanecí con los primeros rayos del sol. La ventana estaba un poco abierta y por ella entraba la brisa fresca de la mañana, esa que tanto me gustaba y que tan bien me hacía sentir.

Me encontraba en mi cama, pero había olvidado en qué momento me había acostado en ella. Lo último que recordaba era estar tumbada en el sofá llorando desconsoladamente.

Como siguiera así, iba a perder la cabeza del todo.

Me levanté, me preparé el desayuno y me puse a pensar en lo que iba a hacer ese día. Porque, además de todos los problemas que tenía, ése era uno más. En qué ocupar el tiempo. Aún me quedaban unos días de vacaciones hasta que me incorporara al trabajo, si es que llegaba a hacerlo, y hasta entonces tendría que hacer algo para mantenerme ocupada y no pensar demasiado.

Así que fui a buscar mi móvil para ver si, al menos por la tarde, podía contar con mi hermano para ir al cine o hacer alguna otra cosa. Lo encontré en la mesita de la entrada, junto a las llaves que Pablo tenía de mi casa. Se las había dejado ahí la noche anterior.

Las guardé en el bolso para dárselas más tarde cuando lo viera y a continuación lo llamé.

—Pablo, como es viernes, podríamos ir esta tarde al cine como hacíamos antes.

—Vale —me contestó sin pensarlo siquiera—. Paso por ti a eso de las siete.

Y a esa hora, puntual como era él siempre, me recogió.

La película que vimos fue un verdadero rollo, pero al menos mantuvo mi mente ocupada, que en realidad era de lo que se trataba.

Después decidimos ir a cenar a un italiano. A los dos nos apetecía pizza.

—Vera, ¿tú te acuerdas de Jaime, aquel compañero mío de la universidad?

—Sí, claro. Me caía muy bien. ¿Qué ha sido de él? ¿A qué se dedica?

—Pues, verás, después de terminar la carrera se metió en el ejército y se hizo instructor de paracaidismo. Tiempo después montó una escuela y ahora resulta que este fin de semana ha venido

aquí para hacer una exhibición. Me ha mandado un par de entradas para que vayamos a verlo y, ya de paso, que después podamos recordar viejos tiempos. Así que, si quieres venirte, estás invitada.

—Pues claro. Me encantaría verlo otra vez. Estaba muy loco y me reía mucho con él.

Me vendría bien cambiar de aires, hacer cosas nuevas, ver a otra gente y, sobre todo, ocupar mi tiempo. Así que el plan era perfecto.

Al día siguiente Pablo me recogió y, después de desayunar en el bar de la esquina como acostumbrábamos a hacer siempre, nos fuimos directos al lugar donde se iba a hacer la exhibición.

Era una explanada que había a las afueras de la ciudad, destinada precisamente a los eventos de ese tipo.

Cuando llegamos ya había allí un montón de gente. Sin embargo, las entradas que nos había mandado Jaime nos daban acceso incluso a la zona donde ellos se encontraban. Así que nos fuimos directamente allí.

En cuanto lo vi, lo reconocí enseguida. Tenía la misma pinta de entonces, sólo que ahora estaba bastante más musculado.

—¡Vera, qué alegría que hayas venido tú también! —exclamó Jaime conforme nos vio llegar y se arrimaba a mí para darme dos besos—. Tu hermano me dijo que no era seguro.

—Pues, mira, aquí estoy —le contesté sonriente.

—Ya veo, ya —me dijo entonces, cogiéndome de la mano para levantármela y hacerme girar sobre ella. Acababa de hacer un buen repaso de mi físico—. Y sigues tan guapa o más que entonces —añadió.

Me sonrojé. Jaime estaba siendo tan adulator como lo había sido en tiempos pasados.

—Bueno, ¿y a mí qué?... ¿Es que no piensas darme el repaso también, a ver cómo me conservo? —le dijo mi hermano con toda la guasa.

—Tú estás como siempre, tío —replicó Jaime dándole un abrazo—. Me alegro mucho de que hayáis venido. Entrad por aquí —nos dijo pasándonos a una especie de grada—. Mira, desde esta zona podréis ver perfectamente la exhibición, y luego, si os animáis, podréis saltar con alguno de los instructores.

—Ah, no, no. Yo paso. Yo sólo lo veo desde aquí —le contesté.

—Venga, Vera. No me digas que no saltarías conmigo —me dijo Jaime muy zalamero—. La experiencia es increíble, te lo aseguro.

—Que no, que no.

—Bueno, os dejo que lo penséis mientras tanto. Voy a prepararme para la exhibición. Luego os veo.

—Vera, siempre hemos querido hacerlo —me recordó mi hermano una vez nos quedamos solos—. Mejor oportunidad que ésta no la vamos a tener.

—Ya lo sé. Pero es que ahora ya me da un poco de miedo.

—Venga, que no se diga.

—Bueno, lo pienso de aquí a que llegue el momento.

Pero no me dieron tiempo, porque en el instante en que se acabó la exhibición me vi arrastrada de tal manera que, cuando me quise dar cuenta, ya estaba con toda la equipación puesta, casco incluido, y en medio de la pista atendiendo a las explicaciones que nos estaba dando Jaime.

Una vez terminó la clase preparatoria que nos dio, nos acercamos a la avioneta desde la que saltaríamos, que ya estaba en marcha.

Una por una, se fueron subiendo todas las personas que había allí. Después lo hizo Pablo con su instructor y a continuación fui yo.

—Vera, al final no voy a poder saltar contigo —me dijo entonces Jaime, gritando para hacerse oír por encima del ruido del motor—, pero no te preocupes, porque te he buscado al mejor instructor que tengo. Es el primero que verás según entres a la izquierda. Ya sabes que tienes que sentarte entre sus piernas y hacer todo lo que él te diga como os he explicado antes, ¿de acuerdo?

Después me ayudó a subir a la avioneta.

—Disfruta de la experiencia, Vera —me dijo por último antes de irse.

Si hubiera podido largarme en ese momento, desde luego que lo habría hecho. Pero Jaime había golpeado dos veces con la mano en el fuselaje y el piloto había iniciado la marcha. Así que, aterrorizada como iba, corrí a sentarme entre las piernas de aquel instructor, que se encontraba manipulando algo que tenía a su espalda.

Cuando quise darme cuenta, ya habíamos despegado y el corazón se me estaba saliendo por la boca. La avioneta comenzó a tomar mucha altura y, ante el miedo que empecé a sentir, busqué con la mirada a mi hermano. Pero él sólo hizo lo único que podía hacer en un momento así; me sonrió con cariño. Sin embargo, a mí aquello no me sirvió de nada para tranquilizarme.

A continuación, cada instructor comenzó a enganchar sus arneses a los de la persona con la que iba a realizar el salto. Así que el mío también lo hizo. Noté cómo me agarraba de la cintura para después tirar de mí, dejándome completamente pegada a él. Luego oí los clics de los sistemas de seguridad que nos mantendrían unidos y, después, sentí cómo se me acercaba para decirme algo al oído:

—Ahora me vas a escuchar, lo quieras o no, *Fresitas*.

Capítulo 32

En el momento en que oí la palabra «Fresitas» comprendí toda la situación.

Miré primero a mi hermano, pero él estaba ocupado ajustándose su equipo y atendiendo a las explicaciones de su instructor, porque había llegado el momento de que, pareja por pareja, comenzáramos a hacer los saltos.

Después quise volverme, porque mi mente se negaba a creer que entre todos, incluido Jaime, me hubieran organizado aquella encerrona. Quería comprobar que aquel instructor se trataba realmente de Ander. Pero la posición, la equipación y sobre todo los cascos que llevábamos me impidieron verlo.

Sin embargo, estaba segura de lo que había oído.

«Ahora me vas a escuchar, lo quieras o no, *Fresitas*.»

No daba crédito a lo que me estaba pasando.

Entonces quise separarme de él, porque la sangre comenzó a bullirme de tal manera que se me iba a salir de las venas.

Intenté moverme hacia delante, pero al estar enganchados por los arneses no me pude desplazar ni un ápice. Era como estar anclada a una roca.

Traté de girarme de nuevo y, esta vez, Ander había adelantado la cabeza lo suficiente para que, ahora sí, pudiera no sólo verlo, sino también oírlo con claridad, a pesar del ruido de la avioneta.

—Vera, ahora mismo es importante que hagamos esto coordinados, ¿de acuerdo? Luego ya me insultarás y me gritarás todo lo que te apetezca, pero esto no es un juego, así que estate atenta a mis señales como te ha explicado Jaime.

No salía de mi asombro. Estaba tan ofuscada, tan cabreada, tan fuera de mí, que tuve que dejar de pensar; porque, si no, estoy segura de que habría hasta puesto mi integridad física en peligro con tal de liarle a darle guantazos a aquel imbécil.

No obstante, debía mantener la calma y la cordura hasta que llegásemos a tierra. Así que únicamente me concentré en lo que estábamos haciendo.

Poco a poco se fueron tirando todas las parejas hasta que llegó nuestro turno. Nos habíamos quedado los últimos.

Sin embargo, permanecimos en el avión durante al menos cinco minutos más antes de que el piloto le diera la señal a Ander. A continuación, cuando éste me la dio a mí, nos empezamos a desplazar hacia delante hasta posicionarnos en la puerta de la avioneta.

Entonces fue cuando miré hacia abajo y me entró el pánico.

Pero en ese momento Ander cogió mis manos con cariño y se aproximó otra vez a mi oído.

—¿Preparada? —me preguntó.

Y yo asentí. Porque, extrañamente, junto a él me sentía segura.

Y entonces lo hizo. Se echó hacia delante y comenzamos la caída libre.

Miles de sensaciones recorrieron mi cuerpo. Primero tuve miedo, pero luego la adrenalina hizo su trabajo y empecé, poco a poco, a sentirme cada vez más eufórica.

Ander seguía agarrándome de las manos y, mediante el juego que hacía con ellas y con su cuerpo, consiguió variar nuestra posición, de manera que a veces planeábamos y otras caíamos en picado.

Pero entonces llegó el momento de desplegar el paracaídas y él me dio la señal para que lo hiciera.

A partir de ahí, nuestro descenso se frenó considerablemente, permitiéndome ahora poder disfrutar muchísimo más del precioso paisaje. Aquello era una delicia para mis sentidos.

Y poco a poco me fui relajando y pude cada vez más deleitarme con la experiencia. Nunca había vivido nada tan alucinante, y volar de esa manera me estaba pareciendo de lo más increíble.

Pero aquello, por desgracia, duraba muy poco, y ya estábamos próximos a llegar a tierra, así que Ander comenzó a prepararse.

Íbamos a aterrizar, por lo que pude ver, en una explanada bastante grande que había en mitad de un bosque. Y lo hicimos de una manera muy suave, tocando el suelo prácticamente sentados y acabando en esa posición.

Y entonces grité para descargar la tensión. Fue un grito de pura emoción contenida por la experiencia vivida.

Después respiré hondo e intenté tranquilizarme, porque seguía teniendo el corazón latiendo a mil por hora.

Sin embargo, mi felicidad duró poco. Porque en ese instante recordé por qué estaba allí y quién me había llevado. Así que intenté ponerme de pie. Pero no pude.

Seguíamos enganchados el uno al otro por los arneses.

—Ander, suéltame —le dije intentando mantener la calma al tiempo que nos quitábamos los cascos.

—No. No lo voy a hacer hasta que me escuches.

—Mira, *Patán*... A ver cómo te lo explico para que lo entiendas de una maldita vez. No quiero escuchar tus mentiras, no quiero saber nada de ti. Me da igual lo que me tengas que decir. No me interesa. —Conforme iba hablando me iba sintiendo cada vez más irritada—. ¡Así que sal de mi vida de una puñetera vez! ¡Aléjate de mí y no vuelvas nunca! —le terminé de decir totalmente crispada.

Probé a separarme otra vez de él, pero tampoco pude. Los arneses seguían enganchados. Intenté soltarlos, pero ni llegaba a ellos por encontrarse a mi espalda ni tampoco sabía muy bien cómo se hacía.

—¡Ander, suéltame...! Te voy a denunciar por esto, ¿me oyes?

Pero él no hablaba. Simplemente me miraba y se mantenía en silencio.

Y yo le seguí gritando. Lo hice hasta que me quedé sin fuerzas.

Supongo que precisamente ésa era su estrategia. Así que, cuando comprendí eso, entonces me rendí.

Y comencé a llorar.

—Vera... —Ander intentó tocarme en el hombro, pero se lo retiré.

Y volvió a quedarse en silencio. Hasta que yo lo hice también.

A continuación, oí cómo soltaba los arneses y me dejaba libre.

Me levanté inmediatamente y me giré para verlo. Él también se había levantado.

—Vera, voy a explicártelo todo y me vas a escuchar, ¿de acuerdo?

—Ander, sigues sin entenderlo, ¿verdad? —Agachó la cabeza con resignación y yo continué escupiéndole las palabras—. Me da igual lo que tengas que decirme. Tú para mí ya estás muerto.

Y una lágrima rodó por su mejilla.

Me di la vuelta y comencé a andar.

—Vera, ¿adónde vas?

No le contesté. Seguí caminando.

—No llegarás a ninguna parte. La casa más cercana está a cinco horas andando.

Aquel patán miserable había pensado en todo.

Me paré en seco y comencé a llorar por la impotencia. No podía hacer nada por escapar de allí.

Entonces se acercó hasta mí con cautela. Después, poniéndome las manos en los hombros, me giró para que lo mirara.

—Vera, te quiero más que a mi vida —me dijo con lágrimas en los ojos y con esa mirada que traspasaba mi ser.

Dudé por un momento. Pero después seguí sin creerlo.

—Voy a solicitar que dejes de ser mi médico —le solté entonces para desviar su atención. No quería que me siguiera mintiendo con sus supuestos sentimientos.

—¡No puedes hacer eso! —me dijo con pánico en la mirada—. Vera, sé que las pesadillas de las dos últimas noches han sido las peores que has tenido hasta ahora, pero eso...

—¿Qué?!

Lo miré intentando comprender sus palabras.

Ander se quedó mirándome sin decir nada.

—¿Cómo sabes que mis pesadillas han empeorado desde que he vuelto a España? ¿Cómo coño sabes tú eso?! —le grité.

Intenté recordar si les había comentado algo a mis padres o a mi hermano, pero lo cierto es que no había hablado con ellos sobre el tema, así que no comprendía cómo demonios podía saberlo él.

—Vera... —Ander agachó la cabeza, respiró varias veces seguidas mientras sopesaba algo, cogió aire y a continuación me miró de nuevo—. He estado contigo estas dos últimas noches —me

dijo ante mi estupor.

—¿Qué?!

Y entonces pensé en las llaves que tenía Pablo de mi casa. Si mi hermano se las había dejado a Ander, me perdería para siempre. Porque jamás en la vida le perdonaría una cosa así.

Pero entonces caí en la cuenta de que Pablo no podía habérselas dado porque dos noches atrás se las había olvidado en la mesita de entrada de mi casa y yo las había guardado en mi bolso para devolvérselas. Pero no lo había hecho.

Ander debió de entender qué era lo que yo estaba cavilando, así que se llevó la mano al bolsillo de su pantalón y sacó algo que me mostró a continuación.

Un llavero con un elefante azul y las llaves de mi casa cogidas a él.

Y en ese momento mi cerebro hizo clic.

Caí al suelo de rodillas.

Porque aquel llavero, con aquel elefante, hizo la conexión final; esa que cerraba el círculo y encajaba todas las piezas del puzle, mostrándome toda mi historia.

—Vera, Vera...

Ander se había agachado y me tocaba la cara al tiempo que me hablaba.

Pero yo ya no escuchaba nada. Había cerrado mi mente a cualquier estímulo exterior.

Y mi vida, como una película, pasó fotograma a fotograma por delante de mí, permitiéndome recordarlo todo. Absolutamente todo.

Ander era mi marido.

Lo había conocido en una fiesta a la que había ido con mi hermano y que había organizado Jaime. Había sido tres años después de terminar nuestras carreras, y los amigos de universidad de Pablo habían decidido encontrarse de nuevo. Así que habían alquilado un local y habían invitado no sólo a los compañeros de clase, sino también a un montón de gente más. Entre ellos, a Ander, que había sido compañero de Jaime en el ejército. Por eso él estaba allí.

Y me lo presentaron. Estuvimos hablando bastante tiempo, a pesar de que cuando lo conocí no me atrajo para nada su aspecto. Tenía demasiados tatuajes y el pelo algo largo para lo que a mí solía gustarme en un chico.

Pero después de esa noche no nos volvimos a ver más, hasta que un verano cayó en mis manos la publicidad de una agencia que organizaba voluntariados en todo el mundo. Sentí curiosidad y eso me llevó a apuntarme y a acabar en Tailandia.

Allí me volví a encontrar con él. Lo conocí mejor y acabé enamorándome perdidamente de aquel hombre que para nada encajaba conmigo, pero que supo llegar a lo más profundo de mi corazón. Así que, cuando volvimos a España, al cabo de seis meses y ante el estupor de sus padres, nos casamos.

Y vivimos felices en mi apartamento, hasta que... Sabía que había ocurrido algo más, pero eso aún no lo recordaba.

—Vera, respóndeme, Vera..., por favor. Mírame, oye, mírame. Vera...

Y entonces lo vi. Porque volví a conectar mis sentidos.

—Ander...

—Vera, por Dios... —me dijo abrazándome con absoluto pánico.

—Ander, lo recuerdo todo.

Se separó de mí y se me quedó mirando petrificado.

—Eres mi marido.

Y comenzó a llorar como un niño.

—Vera... —atinó a decir mientras me acariciaba la cara y me miraba con absoluta ternura a pesar de tener los ojos anegados en lágrimas—. Por fin... —dejó escapar ahogadamente.

Y después de eso nos fundimos en un largo abrazo. Lo hicimos hasta que Ander se separó y, agarrándome la cara entre las manos, empezó a besarme por toda ella.

—¡Ya, ya..., no hagas como los perros! —le dije riéndome.

—¿Tú sabes lo mal que lo he pasado, *Fresitas*?!

Y eso nos hizo ponernos serios de nuevo.

—¿Por qué me ha ocurrido esto, Ander? —quise saber entonces.

Suspiró profundamente, a continuación cogió aire y después comenzó a explicármelo.

—Lo que te ha ocurrido se llama amnesia disociativa sistematizada, Vera. Se trata de una pérdida de memoria, pero únicamente para ciertos tipos de información. En tu caso, afectó a todos los recuerdos que tenían que ver conmigo.

—Pero ¿eso por qué?... No lo entiendo. ¿Por qué querría mi cerebro borrar de esa manera?

—Para protegerte.

—Pero ¿de qué? —le pregunté.

No lo entendía.

—Del sufrimiento. —Ander paró un momento, pero ante mi inquisitiva mirada continuó hablando—: Viviste un evento muy traumático y, ante eso, tu cerebro prefirió desconectar algunas partes para, digamos, evitarte un sufrimiento mayor.

Seguía sin entender, así que le pedí que fuera más explícito.

—Está bien. Te lo contaré todo. Pero tienes que prometerme que, si en algún momento comienzas a sentir ansiedad o te agobias de alguna manera, debes decírmelo, Vera. Es muy importante que me lo hagas saber, ¿me oyes?

—Está bien, pero cuéntamelo ya, por favor. Necesito saber qué demonios fue lo que me pasó.

—De acuerdo, empezaré por el principio. —Cogió aire de nuevo y comenzó a hablar—. Antes de casarnos quise celebrar mi cumpleaños de una manera especial aprovechando la ocasión para conocer a tus padres. Así que lo organicé todo en un restaurante que me gustaba mucho situado a las afueras de la ciudad. Y la cena fue genial. Tus padres me cayeron muy bien y yo a ellos también, así que todo salió a la perfección. Sin embargo, cuando volvíamos del lugar de la celebración, mi coche patinó en la carretera y perdí el control. Nos despeñamos por un barranco, Vera.

Mi mente iba a mil por hora conectando imágenes, ordenando secuencias y atando cabos. Porque lo que Ander acababa de contarme se correspondía con una de las pesadillas que había estado teniendo.

Pero él continuó hablando y seguí escuchándolo atentamente.

—El problema fue que yo no desperté de aquel accidente. Tuve un traumatismo craneoencefálico que me dejó en coma tres meses y tú lo pasaste muy mal. Perdiste mucho peso y se te vino el mundo encima pensando que no me volverías a tener en tu vida.

En ese momento empecé a hiperventilar. Porque comencé a recuperar los recuerdos de todo aquello y de cómo me llegué a sentir. Y creí morir, como lo creí hacer entonces.

—Vera, tranquila, respira. Todo aquello ya pasó. Mírame. Ya pasó.

Me quedé observándolo. Quería a ese hombre más que a mi vida, y el dolor que sufrí ante la idea de perderlo en aquella ocasión se hizo presente en esos momentos en mi corazón.

Pero aun así quise que continuara.

—Sin embargo, un día desperté —continuó diciéndome—. Y tú estabas ahí, a mi lado. Como lo habías hecho, día tras día y hora tras hora, desde que habíamos tenido el accidente. Y entonces supe que nuestro amor era inagotable, que sería para siempre.

En ese instante recordé el colgante de Buda que me había regalado en la playa y la explicación que me había dado sobre el amor. Ahora aquello cobraba sentido para mí.

Pero no quise detenerme en ello y le dejé que siguiera contándome todo lo demás.

—Así que, después de eso, nos casamos y nos fuimos a vivir a tu apartamento. Ésos fueron los días más felices de nuestra vida. —Pero en ese momento Ander se interrumpió. Lo hizo para coger aire de nuevo. Después, cambiando su semblante por completo, continuó hablando—: Entonces ocurrió todo y te perdí, Vera —me dijo otra vez con lágrimas en los ojos—. Una noche que volvíamos de tomar unas copas, dos hombres quisieron atracarnos a la salida del local. —Me estremecí, porque entonces supe que se trataba de los dos hombres que aparecían en mi otro sueño—. El problema fue que yo no quise darles nada y, como iban muy borrachos, sacaron un arma y me dispararon. —Vino a mi mente la herida de bala de Ander en el pecho y me llevé las manos a la boca. Pero él continuó hablando—: En ese momento tú te desmayaste, cayendo al suelo y golpeándote la cabeza, aunque no llegaste a perder la conciencia del todo. Entonces viste la sangre brotar de mi herida y tu mente decidió desconectar. Lo hizo para protegerte porque pensaste que me habían matado. Así que borró todo recuerdo relacionado conmigo, porque de esa manera no tendrías que volver a pasar por todo el dolor que sufriste cuando estuve en coma. Si no existía yo, no sufrirías.

Estaba completamente en *shock*. El puzle se había completado y por fin había podido recordarlo absolutamente todo.

—La canción que me hizo salir corriendo aterrorizada cuando estábamos en el poblado era la misma que llevaban puesta aquellos hombres cuando bajaron de su coche para atracarnos, ¿verdad? —Sabía la respuesta, pero quise que él me la confirmara.

—Efectivamente. Por eso reaccionaste de aquella manera tan desproporcionada cuando la oíste.

Ya todo empezaba a cobrar sentido en mi cabeza.

—Y por eso... —le dije recordando más cosas—, cuando me desperté en el hospital y te dije que, por favor, avisaras a alguien de mi familia para que entrara en la habitación, me miraste de aquella manera. Ahora entiendo tu expresión. Estabas absolutamente desconcertado.

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Ese fue el momento más duro que he tenido que vivir nunca, Vera. Porque no sólo tuve que convencer a tu familia de que no te contara absolutamente nada, sino que además tuve que desaparecer de tu vida, con lo que eso conllevaba. A partir de ese instante y hasta que me recordaras yo sólo podía ser tu médico. Así que no podría tocarte, ni besarte, ni compartir mi tiempo contigo. Y eso fue una locura.

—Pero ¿por qué lo hiciste, Ander? ¿Por qué no me lo contaste todo desde un principio?

—Porque habría sido del todo contraproducente, Vera. ¿Tú te imaginas que cuando despertaste en el hospital yo te hubiera dicho que era tu marido y que tenías que venirte a vivir conmigo? ¿Con alguien a quien no conocías de nada y que era un absoluto y completo extraño para ti?... ¿Cómo crees que habrías reaccionado ante eso? ¿Cómo crees que te habrías sentido? —Ander me dejó tiempo para que me pusiera en situación y reflexionara al respecto—. Lo he visto en cientos de casos a lo largo de mi carrera profesional, Vera, y siempre ha acabado mal. Por lo que yo tenía que intentarlo de otra manera. De una que no fuera tan invasiva para ti. Así que, con la ayuda de tu familia, decidí poner en marcha mi plan.

—¿Y en qué consistía exactamente? —le pregunté curiosa.

—Pues en hacerte recordar nuestra historia en el mismo entorno en el que nos enamoramos. Por eso tu hermano tenía que convencerte de que fueras con él a Tailandia.

—Pero no funcionó —repuse.

—No. Así que tuve que poner en marcha mi plan B.

Lo miré curiosa.

—¿Y ese segundo plan de qué iba?

—Pues de volver a enamorarte como lo hice la primera vez, *Fresitas* —me dijo al tiempo que me agarraba de la cintura y me atraía hacia él para besarme dulcemente.

Después, cuando nos separamos, me confesó algo.

—Pero mi plan, hasta que funcionó, tuvo una pega muy grande. —Me miró intensamente a los ojos—. ¿Sabes lo duro que fue para mí tenerte tan cerca en tantos momentos y no poder tocarte ni besarte, Vera? —Respiró hondo y continuó hablando—: Es como si a un drogadicto le ponen cocaína delante pero le dicen que no puede consumirla. Estuve a punto de volverme loco.

Comprendí entonces cómo se había sentido.

—Pero a pesar de todo aguantaste. A pesar de mis insultos y de mis desplantes —le dije.

Sonrió.

—Sí. Y ha merecido totalmente la pena —me contestó completamente convencido—. Volvería a pasar por ahí una y mil veces.

Lo besé. Con cariño, con amor, con dulzura.

Pero después quise continuar sabiendo más cosas.

—Ahora entiendo por qué siempre tuve la intuición de que estabas enamorado de otra mujer.

—Y no te equivocabas, Vera. Porque estaba perdida y completamente enamorado de esa otra mujer que no era otra más que tú. Pero obviamente no podía decírtelo.

—¿Y el tatuaje del corazón en tu pecho?

Ander sonrió.

—Son tus huellas y las mías, *Fresitas*. Me lo hice cuando te fuiste del hospital. Necesitaba, de alguna manera, tenerte cerca de mi corazón.

Sonreí emocionada.

Después comencé a recordar otros detalles que en su momento me pasaron desapercibidos pero que ahora cobraban todo el sentido.

—Entonces, el cepillo de dientes que encontré en mi casa cuando volví del hospital no era de Pablo, ¿verdad?

—No. Ése fue un error que cometí cuando saqué todas mis cosas de tu apartamento para que no hubiera ningún recuerdo de mí en él. El cepillo se me olvidó completamente, pero menos mal que tu hermano supo salvar bien la situación.

—¿Y la ventana abierta en mi... —carraspeé— en nuestra habitación?

—He sido yo siempre, Vera. Cuando volví de Tailandia necesitaba verte y asegurarme de que te encontrabas bien, así que estuve contigo mientras dormías.

—¡Por eso ayer amanecí en la cama en lugar de en el sofá, donde realmente me quedé dormida! —le dije atando cabos—. ¿Cómo es posible que no me enterara de que me habías llevado hasta ella?

—Pues porque estabas tan exhausta que ni siquiera te despertaste.

—Podrías haber aprovechado ese momento para explicármelo todo. Podrías haberme despertado y habérmelo contado de una vez.

—Imposible. Conociéndote, te habrías puesto a gritar como una loca, despertando a todo el edificio, y yo habría acabado con la policía deteniéndome por acosador.

Volví a sonreír. Ander llevaba razón.

Seguí repasando todo lo que había vivido durante esos últimos meses y entonces recordé al monje budista y la pulsera que me regaló diciéndome que me ayudaría a encontrar el camino de vuelta a mi familia.

Me llevé la mano a ella, porque seguía llevándola en mi muñeca.

Ander se dio cuenta.

—Imagínate la cara que pusimos tu hermano y yo cuando Malai nos explicó lo que te había dicho aquel monje. Nos quedamos absolutamente perplejos.

Y no era para menos. Aquel hombre había visto realmente lo que me ocurría.

Volví a pensar entonces en el regalo del colgante de Buda que me había hecho Ander y en el significado que él le había dado. Su amor era inagotable y me lo había demostrado de manera reiterada con todo lo que había hecho por mí. Como poner en peligro su vida para sacarme de aquella cueva. Ahora entendía perfectamente por qué lo había hecho. Su acción no podría haberse comprendido de otra manera.

Además, recordé también cómo Ander, después del duro episodio que viví con Xavi, se quedó durmiendo toda la noche en los escalones de la cabaña. Y comprendí también todos sus miedos cada vez que yo me acercaba a aquel impresentable.

Yo, en su lugar, me habría vuelto completamente loca.

A continuación vino a mi mente cada vez que mi madre había preguntado por él. Además, recordé la alegría que les había dado a mis padres cuando lo vieron aparecer en el hotel de Phuket. En aquellos momentos me pareció raro, pero ahora todo cobraba sentido.

También me vino a la cabeza cuando, estando en la famosa playa de la película de James Bond, Ander me llevó a aquel sitio apartado y me explicó que ya lo conocía de haber estado anteriormente con otra persona. Había sido conmigo. Ahora ya lo recordaba.

Mientras estuve pensando en todas esas cosas, él esperó pacientemente a que yo, poco a poco, fuera procesando toda la información. Era consciente de que me iba a llevar algún tiempo hacerlo.

Pero entonces me acordé de la nota y los anillos que encontré.

—Ander, la carta que leí en el hotel... —comencé a decirle inquieta.

—La tengo aquí. Iba dirigida a ti, Vera.

La sacó de su bolsillo y me la entregó. Volví a leerla.

¿Por qué te fuiste?

¿Por qué me abandonaste de esa manera tan cruel?

Darí­a mi vida por poder recuperarte.

Pero quiero que sepas que las ganas que tengo de compartir mi vida contigo son más grandes que la distancia que has puesto entre nosotros.

Por eso voy a luchar hasta quedarme sin aliento.

Recorreré de nuevo el camino hasta llegar a ti.

Porque mi lugar preferido en el mundo eres tú.

Déjame volver a ser. Déjame volver a quererte.

Regresa a mí.

Y empecé a llorar.

—Vera... —empezó a decirme Ander—, cuando te encontré con la carta en la mano y a punto de leer el nombre que ponía en el anillo no supe qué hacer y por eso reaccioné así. Porque no quería que te enteraras de esa manera tan brusca. Quería poder explicártelo yo poco a poco. Pero no me diste oportunidad y saliste corriendo de allí inesperadamente. Ni siquiera pude hablar contigo en el aeropuerto. Aquella mujer, salida de la nada, se interpuso en mi camino y no hubo manera de llegar a ti.

Sonreí con cariño acordándome de ella, sobre todo porque se portó muy bien conmigo.

Pero un movimiento de Ander me trajo de nuevo al presente.

Había sacado algo de su bolsillo.

Eran nuestros anillos de casados. Me enseñó el suyo, el que no pude ver aquel día porque me lo tiró antes de que lo hiciera. En él estaba escrito mi nombre.

Después sacó el mío y, mirándome fijamente a los ojos con esa mirada que por fin pude comprender por qué traspasaba todo mi ser, me lo puso.

—Vera Cano, con este anillo, yo te desposo. Otra vez.

Y a continuación me dio el beso más maravilloso e intenso que me había dado nunca.

—¡Eh, oye...! Dejad algo para después.

La voz de mi hermano hizo que nos separásemos.

Acababa de llegar en su coche y lo primero que hizo fue fijarse en los anillos y, después, sonreír abiertamente.

—¡Lo que nos ha costado, hermanita! —me dijo dándome un cariñosísimo abrazo.

Y en ese momento fui también consciente de la relación que habían mantenido Pablo y él. Ahora entendía que fueran tan amigos y que mi hermano lo hubiera defendido tantas veces.

—¡Por fin el plan ha funcionado, cuñado! —le dijo entonces chocando los cinco con Ander y envolviéndose en un abrazo de esos de tíos.

Y comencé a llorar de nuevo. Pero esta vez de alegría. De inmensa alegría.

Porque por fin mi vida tenía sentido. Por fin me sentía llena. Mi vida, ahora ya, estaba completa.

Epílogo

—Mamá, ¿qué demonios llevas en la maleta? —le pregunté intrigada.

—Pues mis cosas, ¿qué voy a llevar? —me contestó muy segura.

Pero yo no lo tenía claro. No era normal lo que pesaba su equipaje, y algo me decía que me estaba mintiendo. Sin embargo, lo dejé pasar. No quería liarme a discutir con ella en mitad del aeropuerto.

—Hija, ¿has hablado ya con Pablo? —me preguntó mi padre entonces.

—Sí, papá. Nos estará esperando en el aeropuerto cuando lleguemos.

—Desde luego... —comenzó ahora a decirme mi madre—, no podríais haber encontrado un sitio más lejos, la una para renovar sus votos de casada y el otro para irse a vivir. ¡Qué disparate, señor mío! Me queréis matar y no sabéis cómo hacerlo.

—Mamá, no empieces, por favor.

—¿Que no empiece...?! No podríais haber ido a hacer el voluntariado a Cuenca, no, tenía que ser a *Cancó*.

—Bangkok, mamá. Y tampoco lo hemos hecho allí, pero da igual, no te voy a liar más, que bastante tienes.

—¿Y a Ander cuando lo vamos a ver?

—Mañana por la noche, cuando lleguemos a Chiang Mai. Él nos recogerá en el aeropuerto y nos llevará al hotel.

—¿Y no podría haberse esperado unos días y haberse venido con nosotros?

—¡No, mamá! Ya te lo expliqué. Él tenía que irse antes para solucionar unos temas. Así, cuando lleguemos, ya lo habrá arreglado todo y podrá dedicarse a nosotros.

—¡A nosotros, dice! Será a ti, cielo, que es a la que tiene que dedicarle el tiempo, y a ver si así ya me hacéis abuela de una vez.

Sonreí. Porque mi madre se iba a llevar una gran sorpresa en ese sentido. Pero ya se enteraría a su debido tiempo.

Media hora después, estábamos embarcando, y casi dieciséis horas más tarde estábamos aterrizando en la capital de Tailandia.

—Mirad, allí está Pablo —les dije completamente emocionada.

Desde que se había ido a trabajar a Bangkok, casi ocho meses atrás, no lo habíamos visto, así que me fundí con él en un largo abrazo del que nos costó separarnos. Mis padres también querían achucharlo, pero tendrían que esperar, porque yo lo había echado tantísimo de menos que ahora que lo tenía allí, tan cerca, no quería separarme por nada de él.

Y eso que habíamos hablado a través de FaceTime prácticamente a diario. Pero no era lo mismo. Quería a Pablo con toda mi alma y, cuando se fue a vivir a Bangkok, una parte de mí se sintió muy vacía.

—¡Qué guapo estás! —le dije sonriendo pero con lágrimas en los ojos.

Y era verdad. Mi hermano siempre había sido muy guapete, pero es que ahora tenía una luz especial. Era obvio que Malai lo hacía completamente feliz, y eso se reflejaba en su rostro.

Mis padres también se echaron a llorar. Habíamos sido siempre una familia muy unida, y no es que ahora no lo siguiéramos siendo, pero la distancia había hecho que ya no pudiéramos pasar juntos el tiempo que nos habría gustado.

Después de darnos todos los besos y abrazos del mundo y de ponernos mínimamente al día, nos dirigimos hacia la puerta de embarque de nuevo. Ahora tocaba volar hasta Chiang Mai, donde nos reuniríamos con Ander.

—¿Y nuestras maletas? —preguntó preocupada mi madre.

—Van directas allí, mamá. Nosotros no tenemos que hacer nada, ya se encargan de todo ellos.

—¡Ay, Señor, como las pierdan!

Me quedé mirándola. Cada vez me tenía más mosqueada con el tema de las maletas.

El problema fue que no tardé en averiguar por qué tenía tanto interés en ellas, porque al llegar al aeropuerto de Chiang Mai, mientras todos esperábamos en la cinta a que saliera nuestro equipaje, unos guardias vinieron a por mi madre.

—Pero ¿qué demonios has hecho, mamá? —le pregunté muy nerviosa mientras esperábamos en una sala a que salieran a explicarnos por qué la tenían retenida, a ella y a su maleta.

—Yo, nada —contestó poniendo su famosa cara de cordero degollado.

—Mamá, haz el favor de contárnoslo, que aquí no se andan con tonterías —le exigió mi hermano Pablo, que estaba más nervioso aún que yo.

—Yo sólo... —comenzó a decir, pero entonces se calló, porque un guardia salió y se puso a hablar con mi hermano.

—¡¿Que ha hecho qué?! —oí que le preguntó Pablo al agente totalmente alucinado.

Entonces miré a mi madre y ella agachó la cabeza.

—Yo sólo quería que las probaran —dijo como si no hubiera roto nunca un plato.

—¡¿Que probaran el qué, mamá?! —le dije ya muy irritada.

—¡Pues las lentejas, hija! Que esta gente no sabe comer bien y me he traído unos cuantos tápers para que las cataran en el poblado ese al que vamos.

No me corría la sangre por las venas. De haberlo hecho, la habría matado allí mismo.

—¡Pero ¿tú estás loca?! —atiné a decirle.

No me podía creer el lío en el que nos había metido mi señora madre por las dichas lentejas. Porque, claro, habían retenido la maleta en la aduana por llevar contenido sospechoso en ella y estaban analizando de qué se trataba. Y, por mucho que mi hermano intentara explicarle a aquel agente qué era lo que había en los dichosos tápers, aquel hombre no terminaba de creérselo.

Así que tuvimos que estar allí retenidos más de dos horas, hasta que el laboratorio confirmó que, efectivamente, lo que llevábamos eran lentejas.

—Pero ¿qué ha pasado, Vera? —nos preguntó Ander cuando nos vio salir del aeropuerto—. Llevo más de dos horas aquí, esperándoos. Estaba ya muy preocupado.

—Mira, mejor no preguntes, porque todavía estrangulo a alguien —le contesté.

—Eso es que las han olido y se las han querido quedar para comérselas, ¡como si lo viera! —dejó caer mi madre tan pancha.

—Ander, cariño... —empecé a decirle intentando guardar la calma—, ¿tú sabes si aquí el homicidio tiene muchos años de cárcel?

—¡Pues sí que sois exagerados!... ¡Total, por unas lentejas de nada, la que me habéis liado!

Me subí al coche e intenté relajarme. Porque si, ya nada más llegar me estaba estresando de aquella manera, no quería pensar en los días que me podían esperar allí con mi señora madre y sus cosas.

No obstante, en cuanto bajé la ventanilla de aquel vehículo y aspiré el olor de aquel maravilloso país, la calma llegó a mí. Porque miles de preciosos recuerdos acudieron a mi mente.

Pero es que cuando llegamos al hotel, el mismo en el que estuvimos Ander y yo la primera vez, se me saltaron las lágrimas de la emoción.

Sin embargo, eso no fue nada comparado con el momento en el que, al día siguiente, llegamos al poblado.

Nos estaban esperando y, en el instante en que nos vieron aparecer, salieron todos corriendo a nuestro encuentro.

Cuando vi al personal, con Malai a la cabeza, me emocioné muchísimo; pero es que, cuando vi a los chavales, el corazón y el estómago me dieron un vuelco absoluto.

Comencé a llorar mientras los abrazaba a todos a la vez. Luego fui uno por uno dándoles besos y estrujándolos sin control.

Cuando llegó el momento de hacerlo con Sunee quise aprovechar para darle un regalo muy especial que le había traído. Aquella pequeña, cuando lo vio, rompió a llorar y me abrazó fuertemente. Le había dado una muñeca, ese juguete que ella tanto había deseado tener.

Después, cuando nos separamos, pude observar que habían crecido todos mucho y, además, parecían diferentes. No sabría cómo explicarlo bien, pero aquellos ingenuos chiquillos que yo había dejado se habían hecho mayores y habían madurado. Y me dio pena haberme perdido todos esos momentos de cambio en su desarrollo.

Pero ahora ya estaba de nuevo allí y me sentía completamente feliz.

Miré a mi alrededor y lo reconocí todo, porque todo seguía prácticamente igual.

Y me emocioné de nuevo al recordar lo que viví allí.

Miré a Ander. Él también me estaba mirando a mí. Porque sabíamos lo que el otro estaba pensando en esos momentos. Pero no sólo teníamos en mente todo lo que habíamos vivido en

aquel lugar, también teníamos lo que íbamos a construir en nuestras vidas a partir de entonces. Y no pudimos dejar de emocionarnos.

Se lo diríamos a todos al día siguiente, durante la renovación de nuestros votos.

Pero antes de eso teníamos que hacer muchas cosas, así que, después de presentar a mis padres a todo el mundo, incluida Malai, ya que ellos no la habían conocido aún personalmente, los acomodamos en la cabaña que en su día ocupamos Pablo y yo.

Después les enseñamos todo el poblado y los alrededores y a continuación nos fuimos a cenar.

Esa noche nos acostamos pronto y yo dormí a las mil maravillas. Ya no había vuelto a tener ninguna pesadilla, pero es que amanecer todos los días con Ander abrazado a mí era más de lo que podía pedir.

Y al día siguiente, cuando nos levantamos, todo estaba preparado.

Habían arreglado una especie de carpa blanca decorándola con flores y velas y habían traído a un monje budista para que celebrara la ceremonia.

Malai me había regalado el tradicional vestido bordado que usaban todas las novias allí. Era precioso. Y Ander también llevaría el traje típico de los novios.

Cuando lo vi aparecer me pareció el hombre más atractivo del mundo. Y yo tenía mucha suerte de estar con él. Porque me hacía completamente feliz. Porque llenaba mis días de alegría y mis noches de amor. Porque me completaba. Porque me complementaba.

Así que allí estábamos, renovando nuestros votos de casados pero de una manera muy especial. Bajo el cielo tailandés, con el precioso rito que ellos realizaban y rodeados de nuestros seres queridos.

Pero primero quisimos dar la noticia, así que, antes de empezar la ceremonia y con todos allí reunidos, lo hicimos.

—Papá, mamá, Pablo, Malai... —comencé a decir muy solemne—, queremos anunciaros que la familia va a aumentar. —Mi madre se llevó las manos a la boca de la emoción—. Pero no de la manera que tú crees, mamá —le expliqué a continuación—. Aroon, Anurak y Sunee volverán con nosotros a España. Los hemos adoptado.

En ese momento los chiquillos corrieron a abrazarse a nosotros porque estaban esperando ansiosos esa noticia. Ya lo habíamos hablado con ellos hacía tiempo y estaban muy ilusionados con la idea. Sin embargo, el papeleo se había demorado mucho y no lo habíamos conseguido hasta pocos días antes de la ceremonia.

También quisimos adoptar a Khalan y a Kanya, pero ellos habían decidido quedarse allí. Ya se habían hecho lo suficientemente mayores como para empezar a trabajar y labrarse un futuro, así que habían desestimado nuestra oferta.

—Bueno, pues ya que estamos... —comenzó a decir mi hermano, dando un paso al frente y cogiéndole de una manera muy cariñosa la mano a Malai para después besársela—, nosotros también tenemos una noticia que daros. —Nos quedamos todos expectantes porque ninguno sabía de qué podía tratarse aquello—. Mamá, papá, Ander, Vera..., queremos anunciaros que la familia

va a aumentar. Y esta vez sí que es de la manera que tú crees, mamá. Enhorabuena, vas a ser abuela.

Me dio tal alegría que no sabía si reír o llorar de la emoción.

¡Iba a ser tía!

Abracé a Pablo primero y a Malai después. La noticia no podía ser mejor. Malai estaba embarazada de tres meses.

Mis padres también se emocionaron mucho. Siempre habían deseado tener nietos, así que ahora los tendrían, y por partida doble.

Y con esa inmensa alegría celebramos aquel precioso y simbólico rito, en el que el monje, según la bendición tradicional tailandesa y haciendo uso de un simple hilo de algodón blanco, formó lazos sobre nuestras cabezas para así unir no sólo nuestro corazón, sino también nuestras almas para siempre.

Después de eso, cada uno le dijo su voto al otro.

—Ander, una y mil veces te elegiría y me volvería a casar contigo —le dije completamente emocionada y rendida ante su intensa mirada.

—Vera, una y mil veces pasaría por todo otra vez con tal de estar siempre contigo. Porque mi amor por ti es inagotable y, pase lo que pase, siempre te amaré.

Biografía



Me llamo Carolina Bernal Andrés, soy psicóloga y ocupo mi tiempo trabajando con niños que se encuentran dentro del espectro autista. Sin embargo, desde pequeña siempre tuve la ilusión de poder escribir historias que hicieran disfrutar a la gente y que por un rato les hicieran olvidarse de los problemas de esta vida loca que llevamos. Por eso un día me aventuré a perseguir ese sueño y decidí plasmar en mis libros historias a veces románticas, a veces divertidas, a veces apasionadas, pero, sobre todo, historias con ese algo más que hacen que quieras seguir leyendo y que vuelvas a sentirte viva mientras las lees.

Encontrarás más información sobre mí en:

Facebook: [Carol B.A.](#)

Una y mil veces
Carol B. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Carol B. A., 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21638-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

